





OBRAS LITERARIAS

DE

D. JOSÉ MARCHENA

OBRAS LITERARIAS

DE

D. JOSÉ MARCHENA

(EL ABATE MARCHENA)

RECOGIDAS

DE MANUSCRITOS Y RAROS IMPRESOS

CON UN ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

DEL DOCTOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

de la Real Academia Española.

TOMO II

SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1896



INTRODUCCIÓN

I



OR iniciativa y generosas expensas de un preclaro vecino é insigne bienhechor de la villa (hoy ciudad) de Utrera, D. Enrique de la Cuadra, Marqués de San Marcial, cuya reciente pérdida deploramos todos los que nos honrábamos con su amistad é hidalgo trato, salen á luz en estos dos volúmenes todas las obras inéditas y sueltas que han podido hallarse del famoso humanista andaluz D. José Marchena, más generalmente conocido por el sobrenombre del Abate Marchena. Ya que al Sr. Cuadra privó su inesperada muerte de ver terminada esta edición en que tanto empeño había puesto, justo es que en la primera página de ella cumpla yo el triste deber de estampar su honrado nombre, digno de vivir en la memoria de todos sus conciudadanos como dechado de virtudes públicas y domésticas.

Ni el Sr. Cuadra al proyectar esta edición, ni yo al aceptar el encargo de dirigirla insertando en ella todos los materiales inéditos que sobre Marchena poseo, tuvimos otro propósito que el de hacer un libro de pura erudición y destinado á correr en manos de muy pocas personas: advertencia que no considero inútil para prevenir escrúpulos y justos recelos que el nombre de Marchena trae fatalmente consigo. Este personaje, más famoso que estimable, vivió una vida de turbulencia y escándalo, difundió incansablemente las peores ideas de su tiempo, tomó parte muy enérgica en la acción revolucionaria de 1793, y ha quedado en la historia como el más radical de los iniciadores españoles de un orden de principios diametralmente contrarios á los que el señor Cuadra profesó toda su vida y á los que yo profeso. Y aunque la mayor parte de los escritos de Marchena que aquí se estampan sean de índole puramente literaria, no deja de advertirse en muchos de ellos el influjo de la prava doctrina filosófica y social con que el autor había nutrido su entendimiento. Hemos impreso, pues, estas obras á título de mera curiosidad histórica, y en corto número de ejemplares, para que corran únicamente en manos de los bibliófilos, sin daño ni peligro de barras.

La vida del abate Marchena interesa tanto ó más que sus escritos. Como propagandista en España de la irreligiosa filosofía del siglo XVIII; como representante de las tendencias revolucionarias de aquella edad en su mayor grado de exaltación; como único

heredero, enmedio de la monotonía ceremoniosa del siglo XVIII, del espíritu temerario, indisciplinado y de aventura que lanzó á los españoles de otras edades á la conquista del mundo físico y del mundo intelectual; como ejemplo lastimoso de talentos malogrados y de condiciones geniales potentísimas, aunque el aire tempestuoso de su época las hizo sólo eficaces para el mal, el abate Marchena sale mucho de lo vulgar, y merece que su biografía sea escrita con la posible claridad y distinción. Varias son las plumas que se han ejercitado en ella desde los tiempos inmediatos á la muerte del turbulento Abate. Los apuntamientos de Muriel en su *Historia de Carlos IV* (1) y de Miñano en las notas á su traducción de la *Revolución Francesa* de Thiers (2), son breves en demasía, pero merecen mucha atención por proceder de contemporáneos que habían conocido y tratado á Marchena. El artículo de la *Biografía Universal* de Michaud es digno de consultarse en lo que se refiere á la estancia de Marchena en Francia. Son más extensos é importantes los estudios de don Gaspar Bono Serrano (3) y de Mr. Antoine de Latour (4), grandemente ampliados por D. Leopoldo A. de Cueto en los tomos primero y tercero de su

(1) Recientemente dada á luz por la Real Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español*, 1893 á 1895, tomos XXIX á XXXIV. Las noticias relativas á Marchena están en el XXX, págs. 195-201.

(2) San Sebastián, 1840-41.

(3) En su *Miscelánea Religiosa, Política y Literaria* (Madrid, Aguado, 1870), págs. 308-322.

(4) En *Le Correspondant* (25 de Febrero de 1867).

bella colección de *Poetas líricos del siglo XVIII* (1). Con todos estos datos y los que pudo proporcionarme mi diligencia, tracé en 1881 un bosquejo de la vida de Marchena, en el tomo tercero de mi *Historia de los heterodoxos españoles*. En los catorce años transcurridos desde entonces, nuevos é importantes hallazgos, debidos en gran parte á un eruditísimo escritor francés, gran conocedor de nuestras cosas (2), han venido á dar inesperada luz sobre los puntos más oscuros de la biografía del Abate, y me permiten hoy rehacer aquel primer ensayo, añadiéndole gran cantidad de cosas ignoradas ó mal sabidas hasta ahora.

D. José Marchena Ruiz de Cueto, hijo de D. Antonio y de D.ª Josefa María, nació en Utrera el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de un abogado, y no de un labrador como generalmente se ha dicho.

Comenzó en Sevilla los estudios eclesiásticos, pero sin pasar de las órdenes menores; aprendió maravillosamente la lengua latina, y luego se de-

(1) En la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

(2) Vid. *Revue Historique*, Setiembre y Octubre de 1890. Art. de Mr. Alfredo Morel-Fatio intitulado *Don José Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne en 1792 et 1793*.

Posteriormente, el Sr. Morel-Fatio, que tanto me honra con su antigua y generosa amistad, me ha enviado copias de todas las poesías autógrafas de Marchena existentes hoy en la biblioteca de la Sorbona; y también otros importantes papeles del Archivo de Negocios Extranjeros, que iré utilizando en el curso de este trabajo.

Véanse también los números de Enero y Febrero de 1889 de *La España Moderna*, en que D. Adolfo de Castro y D. Antonio Cánovas del Castillo han dado á conocer nuevos documentos sobre Marchena.

dicó al francés, leyendo la mayor parte de los libros impíos que en tan gran número abortó aquel siglo, y que circulaban en gran copia entre los estudiantes de la metrópoli andaluza, aun entre los teólogos. «He leído (decía en 1791) todos los argumentos de los irreligiosos; he meditado, y creo que me ha tocado en suerte una razonable dosis de espíritu filosófico» (1).

Quién le inició en tales misterios, no se sabe: sólo consta que antes de cumplir veinte años hacía ya profesión de materialista é incrédulo, y era escándalo de la Universidad. Ardiente é impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, é indócil á todo yugo, proclamaba en alta voz lo que sentía, con toda la imprevisión y abandono de sus pocos años, y con

(1) «Según informes que he recibido últimamente de un primo suyo, anciano octogenario y respetable, que lo trató muy de cerca, no quiso aprender más que Gramática latina en sus primeros años, habiéndose resistido obstinadamente á comenzar la Filosofía, y sobre todo á dedicarse á los estudios eclesiásticos, como lo deseaba su familia.»

Así el Sr. Bono y Serrano en la biografía ya citada. Y lo confirma el mismo Marchena en la carta que citaremos inmediatamente, donde dice que la Teología era «ciencia muy distante de sus estudios»; si bien poco después parece que se contradice, afirmando que «el estudio raciocinado de la Escritura y la Historia Eclesiástica le había enseñado á discurrir.»

«No es cierto que se ordenara de diácono (prosigue el señor Bono Serrano), como dijeron muchos años después en són de crítica y de burla algunos periódicos de Madrid. Además de que no hay de esto la menor noticia en su pueblo natal, donde viven todavía algunos viejos que lo conocieron personalmente (a), mi apreciable amigo el Sr. D. Fernando de Olmedo y López, Canó-

(a) Esto se escribía hacia 1866.

todo el ardor y la vehemencia propios de su condición inquieta y mal regida.

El primer escrito en que Marchena hizo alarde de tales ideas fué una carta contra el celibato eclesiástico, y de paso contra los frailes, dirigida á un profesor de Sagrada Escritura, que había calificado sus máximas de *perversas y opuestas al espíritu del Evangelio*. Marchena quiere defenderse y pasar todavía por cristiano, y aun por *católico piadoso*, pero con la defensa empeora su causa. Verdad es que las mayores herejías las pone, por vía de precaución retórica, en boca de un teólogo protestante. El señor de Cueto, que dió la primera noticia de esta carta, hallada por él entre los papeles de Forner, juzga rectamente de ella, diciendo que «es obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores», y que en ella andan mezclados «sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin juicio

---

nigo de la Catedral de Sevilla, ha examinado detenidamente, por encargo mío, los libros de órdenes de aquel arzobispado, y de sus diligencias resulta que jamás pasó aquél de grados menores.»

(Bono Serrano, *Miscelánea*, 311.)

No creo que Marchena hiciese todos sus estudios en Sevilla. Luego veremos que en sus versos alude con frecuencia á Salamanca; y consta que estudió hebreo en Madrid, según esta noticia de la *Gaceta* de 10 de Agosto de 1784 citada por el Sr. Morel-Fatio:

«D. Carlos González Álvarez y *D. Joseph Marchena*, alumnos de los Reales Estudios de esta Corte, sustentaron examen público de la lengua hebrea y versión del texto original de la Sagrada Biblia, el primero el día 17 del mes anterior, y el segundo el 6 del corriente, presididos por su catedrático D. Tomás Fermín de Arteta.

y sin exactitud... sentimentalismo filosófico á la francesa, arranques de poesía novelesca» (1).

Más importante es otra obra suya del mismo tiempo, que poseo, y que ahora por primera vez se imprime, formando parte de esta colección. Es una traducción completa del poema de Lucrecio *De rerum natura*, en versos sueltos, la única que en tal forma existe en castellano (2). El manuscrito no parece original, sinó copia de amanuense descuidado, aunque no del todo imperito. No tiene expreso el nombre del traductor, pero sí sus cuatro iniciales *J. M. R. C.*, y al fin la fecha de 1791, sin prólogo, advertencia ni nota alguna. La versificación, dura y desigual como lo es en todas las poesías de Marchena, abunda en asonancias, cacofonías, prosaísmos y

(1) El original autógrafo de este escrito de Marchena (17 páginas en 4.°) existe hoy en la rica biblioteca de D. Antonio Cánovas del Castillo. Lleva una nota autógrafa del conocido jurisconsulto D. Joaquín María Sotelo, durísima para Marchena. «Para memoria eterna (dice) de la poca instrucción de su autor, y para prueba de la injusticia con que celebran algunos su talento y erudición, conservo en mi poder esta carta.» Ha sido impreso tan curioso documento en *La España Moderna* de Febrero de 1889.

(2) Otra hizo en prosa, pocos años antes que Marchena, el aventajado latinista y bibliófilo D. Santiago Sáiz, *rey de armas*, tío del historiador de Madrid Álvarez Baena. El manuscrito inédito existe en la Biblioteca Nacional, y de él dió cuenta, no hace mucho tiempo, á la Academia Española el Sr. D. Antonio M.ª Fabié. Fragmentos bastante extensos de una traducción en verso se leen en los *Ensayos Poéticos* del ilustre marino y astrónomo D. Gabriel Ciscar (Gibraltar, 1825), y la invocación del poema fué traducida por D. Alberto Lista (*Poesías*, eds. de 1822 y 1837). D. Javier de Burgos había hecho una versión de todo el poema, pero se perdió con otros manuscritos suyos en Granada el año 1814. Recientemente ha dado á luz una nueva versión en prosa D. M. Rodríguez Navas.

asperezas de todo género, que llegan á hacer intolerable la lectura; pero en los trozos de mayor empeño suele levantarse el traductor con inspiración sincera, porque su fanatismo materialista le sostiene, haciéndole poeta aunque á largos intervalos. En los trozos puramente didácticos el estilo decae, arrastrándose pesado y soñoliento. Pululan los desaliños y aun las faltas gramaticales, denunciando la labor de una mano atropellada é inexperta.

Marchena, ya por aquellos tiempos, era gran latinista, y en general entiende bien el texto; pero su gusto literario, siempre caprichoso é inseguro, lo parece mucho más en este primer ensayo. Así es que entre versos armoniosos y bien construídos, no titubea en intercalar otros que hieren y lastiman el oído menos delicado y exigente: repite hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la de *naturaleza;* abusa de los adverbios en *mente,* que son antipoéticos por su índole misma, y rara vez acierta á conciliar la fidelidad con la elegancia, ni tampoco á reproducir los peculiares caracteres del estilo de Lucrecio. Véanse algunos trozos para muestra, así de los aciertos como de las caídas del traductor. Sea el primero la famosa invocación á Venus: *Aeneadum genitrix, divum hominumque voluptas:*

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y dioses, alma Venus,
Que bajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando,
Pueblas el mar de voladoras naves

Y la tierra fructífera fecundas:
Por tí todo animal respira y vive;
De tí, diosa, de tí los vientos huyen,
Ahuyentas con tu vista los nublados,
Te ofrece flores la dedálea tierra,
Las llanuras del mar contigo ríen,
Y brilla en larga luz el claro cielo.
Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Recobra ya Favonio desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, oh diosa, porque al punto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento, por alegres prados
Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la férvida corriente.
Prendidos del hechizo de tus gracias
Mueren todos los seres por seguirte
Hacia do quieras, diosa, conducirlos,
Y en las sierras altivas, y en los mares,
Y enmedio de los ríos caudalosos,
Y enmedio de los campos que florecen,
Con blando amor tocando todo pecho,
Haces que las especies se propaguen.

Tampoco carece de frases y detalles graciosos esta traducción de un lozanísimo pasaje del mismo libro primero:

¿Tal vez perecen las copiosas lluvias
Cuando las precipita el padre Éter
En el regazo de la madre tierra?
Nó, pues hermosos frutos se levantan,
Las ramas de los árboles verdean,
Crecen y se desgajan con el fruto,

Sustentan á los hombres y alimañas,
De alegres niños pueblan las ciudades...
Y donde quiera, en los frondosos bosques
Se oyen los cantos de las aves nuevas;
Tienden las vacas de pacer cansadas
Su ingente cuerpo por la verde alfombra,
Y sale de sus ubres retestadas
Copiosa y blanca leche; sus hijuelos,
De pocas fuerzas, por la tierna hierba
Lascivos juguetean, conmovidos
Del placer de mamar la pura leche.

Ni falta vigor y robustez en esta descripción de la tormenta:

La fuerza embravecida de los vientos
Revuelve el mar, y las soberbias naves
Sumerge, y desbarata los nublados;
Con torbellino rápido corriendo
Los campos á la vez, saca de cuajo
Los corpulentos árboles; sacude
Con soplo destructor los altos montes;
El ponto se enfurece con bramidos
Y con murmullo aterrador se ensaña.
Pues son los vientos cuerpos invisibles
Que barren tierra, mar y el alto cielo,
Y esparcen por el aire los destrozos.
No de otro modo corren y arrebatan
Que cuando un río de tranquilas aguas
De improviso sus márgenes extiende,
Enriquecido de copiosas lluvias
Que de los montes á torrentes bajan,
Amontonando troncos y malezas:
Ni los robustos puentes la avenida
Resisten de las aguas impetuosas;
En larga lluvia rebosando el río,

Con ímpetu estrellándose en los diques,
Con horroroso estruendo los arranca,
Y revuelve en sus ondas los peñascos...

Quizá en ninguno de sus trabajos poéticos mostró Marchena tanto brío de dicción como traduciendo las imprecaciones del gran poeta naturalista. Parece como que se sentía dentro de su casa y en terreno propio al reproducir las blasfemias del poeta gentil contra los dioses; y los elogios de *aquel varón griego,*

De cuya boca la verdad salía,
Y de cuyas divinas invenciones
Se asombra el universo, y cuya gloria,
Triunfando de la muerte, se levanta
Á lo más encumbrado de los cielos.
(Canto VI.)

¡Oh tú, ornamento de la griega gente,
Que encendiste el primero entre tinieblas
La luz de la verdad!...
Yo voy en pos de tí; y estampo ahora
Mis huellas en las tuyas, ni codicio
Ser tanto tu rival, como imitarte
Ansío enamorado. ¿Por ventura
Entrará en desafío con los cisnes
La golondrina, ó los temblantes chotos
Volarán como el potro en la carrera?
Tú eres el padre del saber eterno,
Y del modo que liban las abejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así también nosotros de tus libros
Libamos las verdades inmortales...
(Canto III.)

No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento filosófico; era apasionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y así traduciendo á *su poeta* cobra, por virtud de este propio fanatismo, cierto calor insólito, que contrasta con la descolorida y lánguida elegancia de otras versiones anteriores á la suya, por ejemplo la francesa de Lagrange ó la misma italiana de Marchetti. Los buenos trozos de esta versión me parecen superiores á casi todo lo que después hizo en verso; si es que la vanidad de poseedor (1) y editor no me engaña. Todavía quiero añadir uno más, en que la expresión es generalmente feliz, adecuada y hasta graciosa:

Los sitios retirados del Pierio
Recorro, por ninguna planta hollados:
Me es gustoso llegar á íntegras fuentes
Y agotarlas del todo, y me deleita,
Cortando nuevas flores, coronarme
Las sienes con guirnalda brilladora
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las sagradas Musas;
Primero, porque enseño cosas grandes
Y trato de romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora,

(1) El MS. de mi biblioteca (único que conozco) me fué regalado por mi difunto amigo D. Damián Menéndez Rayón, que le había encontrado casualmente en un puesto de libros. Con intento de remediar algunos de los innumerables lunares de estilo y versificación que le afean, he hecho en él algunas correcciones al imprimirle.

Y hablo en verso tan dulce, á la manera
Que cuando intenta el médico á los niños
Dar el ajenjo ingrato, se prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel...

Marchena saludó con júbilo la sangrienta aurora de la revolución francesa, y, si hemos de fiarnos de oscuras y vagas tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de lo que él llamaba *superstición agobiadora,* y entró con otros mozalbetes intonsos y con algún extranjero de baja ralea en una descabellada tentativa de conspiración republicana, la cual tuvo el éxito que puede imaginarse, dispersándose los modernos Brutos, y cayendo alguno de ellos en las garras de la policía. Si tal conspiración existió realmente, tuvo que ser muy anterior á la llamada del *cerrillo de San Blas,* fraguada en 1795 por Picornell, Lax y otros. Marchena no estaba entonces en España, y su nombre para nada figura en el proceso (1), pero hay indicios para creer que no era

(1) Además de Juan Picornell, y José Lax, sólo se hace mérito especial de Sebastián Andrés, Manuel Cortés, Bernardo Garasa, Joaquín Villalba y Juan Pons Izquierdo. Su plan era destronar á Carlos IV, proclamar la República Española, y convocar una especie de Convención Nacional con el título de *Junta Suprema Legislativa y Ejecutiva.* Así lo exponen en dos papeles titulados *Manifiesto* é *Instrucción.* El Picornell cabeza de la conspiración era un mallorquín maestro de escuela, autor de varios libros pedagógicos, y padre de un niño que fué famoso en su tiempo como portento de precocidad. Lax era aragonés, y profesor de humanidades; Andrés, opositor á la cátedra de Matemáticas de San Isidro; Cortés, ayudante del colegio de Pajes; Pons Izquierdo, maestro de francés y traductor del libro de los *Derechos y deberes del ciudadano;* Garasa, abogado y escritor; Villalba,

extraño á la trama, y que por lo menos estaba en correspondencia con sus autores. Así recuerdo haberlo leído en unos apuntes manuscritos del artillero D. Juan de Dios Gil de Lara, contemporáneo y amigo de Marchena.

---

cirujano militar y agregado entonces al colegio de San Carlos. Todos, como se ve, ejercían profesiones liberales, y la mayor parte pertenecían al profesorado oficial ó libre. Villalba era un erudito notable en cosas de su profesión, como lo prueban su *Epidemiología* ó tratado histórico de todas las epidemias habidas en España desde los tiempos más remotos, y los muchos materiales que dejó preparados para la historia de la Medicina Española, y que utilizaron luego Morejón y Chinchilla. Parece imposible que pudiera entrar en un proyecto tan desatinado; y sólo se explica tal complicidad por la especie de sugestión que la Revolución Francesa ejercía entonces en el ánimo de muchos de nuestros hombres de letras. Su intervención, sin embargo, debío de ser muy secundaria, puesto que sólo se le condena á cuatro años de destierro de la corte y sitios reales. Picornell, Lax, Andrés, Cortés y Garasa fueron condenados á muerte; pero el Rey, en 25 de Julio de 1796, conmutó la pena en destierro á diversos presidios de América (Panamá, Puerto-Cabello y Portobelo). Todos ellos, y muy especialmente Picornell, hicieron causa común con los revolucionarios americanos y tramaron la primera conspiración de Caracas, la llamada de Gual y España, que costó la vida á este último y á cinco de sus compañeros. Picornell logró evadirse de las cárceles de la Guayra en 4 de Junio de 1797, refugiándose primero en la isla de la Trinidad, y luego en la de Santo Domingo, desde donde continuó atizando el fuego de la sedición en el continente americano con varias proclamas y otros escritos, entre ellos el ya citado de los *Derechos del hombre*, que suena impreso en Madrid «*en la imprenta de la Verdad*», y al cual acompañan dos canciones *carmañolas*. Posteriormente pasó á Nueva York, y allí se embarcó para Nantes, perdiéndose desde entonces toda noticia de su paradero. El embajador de España reclamó su extradición en 1807, pero Picornell no pudo ser habido. El P. Estala (en una de sus cartas inéditas á Forner) le califica de *mentecato*, y realmente todos sus actos le presentan como un furibundo fanático. Sería conveniente para la historia la publicación íntegra ó en extracto de su causa, que se halla en el Archivo de Alcalá de Henares. Véase, entre tanto, el *Memorial Histórico Español*, t. XXX, págs. 155-157, y la *Revista de España*, tomo CXXXII, págs. 588-595.

Todo este primer período de su vida está envuelto en densa oscuridad; y lo más seguro es atenerse estrictamente á las pocas indicaciones que en sus escritos dejó consignadas el mismo Marchena. En una carta escrita en Bayona el 29 de Diciembre

---

El Príncipe de la Paz en sus *Memorias* (redactadas, como es sabido, por el Abate Sicilia) habla vagamente de otras conspiraciones anteriores, pero todas ellas se fraguaron mucho tiempo después de estar Marchena en Francia.

«Desde el principio de la guerra de 1793 (dice Godoy) hubo siempre en España un partido, corto en número y recatado, mas no del todo sin influjo, que vió con pena la coalición contra la Francia ...... Los más de este partido se encontraban en la clase media y en la gente letrada más especialmente, jóvenes abogados, profesores de ciencias, pretendientes y estudiantes, mas sin faltarles apoyo de personas notables entre las clases elevadas, de las cuales, unos por vanidad, otros por estudios y lecturas que habían hecho, y otros por impresiones recibidas de los hombres de letras con quienes trataron en sus viajes por Europa, abrazaron de buen ánimo las ideas nuevas ...... En Junio de 1795 una correspondencia interceptada hizo ver patentemente que los franceses trabajaban con ahinco en formarse prosélitos en muchos puntos importantes, y ofreció rastro para descubrir algunas juntas que se ocupaban de planes democráticos, divididas solamente por entonces en acordar si serían muchas ó una sola *república iberiana* lo que convendría á España ...... Una de aquellas juntas, y por cierto la más viva, se tenía en un convento, y los principales *clubistas* eran frailes. El contagio ganaba *(sic)*: al solo amago que los franceses hicieron sobre el Ebro, una sociedad secreta que se tenía en Burgos preparaba ya sus diputados para darles el abrazo fraternal. En los teatros de la corte hubo jóvenes de clases distinguidas que se atrevieron á mostrarse con el gorro frigio: hubo más, hubo damas de la primera nobleza que obstentaron los tres colores.»

(*Memorias*, Madrid, 1836, págs. 184 y 332 del t. I.)

Estas noticias, como escritas de memoria muchos años después de los sucesos, carecen de la precisión debida, y además es evidente que el Príncipe de la Paz exagera la importancia de aquellos planes y alardes descabellados para dar á entender que su política salvó á España de un gran peligro revolucionario. Algo, sin embargo, de lo que indica está confirmado por los datos que iremos viendo.

de 1792, y dirigida al ministro de negocios extrangeros Le Brun, dice rotundamente que llevaba «*seis* años de persecuciones en el país más esclavo de la tierra», y que «hacía *ocho meses* había buscado asilo en Francia, porque la Inquisición quería perderle» (1). Si Marchena no exagera nada para captarse la gracia del Ministro, su propaganda revolucionaria en España, ó, más bien, según yo creo, sus dimes y dirétes con la Inquisición, se remontaban á 1788, lo cual ciertamente era madrugar bastante: Marchena no tenía entonces más que diez y nueve años. En la colección de sus poesías líricas, que ahora por primera vez publicamos, hay suficientes indicios para creer que durante esos *seis años de persecuciones y de inquietud* no residió constantemente en Andalucía, sinó que anduvo errante por varias partes de España, entendiéndose con los pocos y oscuros prosélitos que ya contaban las nuevas doctrinas, especialmente en la Universidad de Salamanca y en el Seminario de Vergara. Las alusiones á las orillas del Tormes son frecuentes en sus versos:

(1) *Il y a long-temps, ministre du peuple français, que j' ai consacré mes faibles forces à leur anéantissement* (de la tiranía): *il y a longtemps que je combats ces monstres; six ans de persécutions et de inquietude dans le pais le plus esclave de la terre n' ont en rien affaibli la vigueur d' un charactère indomptable. Enfin il y a huit mois que je me vis forcé de quitter le peuple du despotisme religieux et civil: l' inquisition allait m' emprisonner, je cherchais un asyle dans la France libre, et j' y vécus tranquille, consacrant tous mes travaux à la cause de l' humanité, qui est celle de la liberté, jusqu' au moment ou il plut au gouvernement espagnol de faire séquestrer le produit de mes biens.* (Documento del Archivo del Ministerio *des affaires étrangères*, publicado por Morel-Fatio en la «*Revue Historique.*»)

Belisa duerme: el céfiro suave
Agita la violeta blandamente;
El arroyuelo corre mansamente,
Y el padre Tormes con su ruido grave
Teme inquietar su sueño regalado...
(Sueño de Belisa.)

Un delicioso otero
Del Tormes rodeado
Con su sombra süave nos convida...
(El Estío.)

En Salamanca ó en Valladolid conoció á Meléndez, que fué, de los poetas españoles de su tiempo, aquel á quien admiró más, y á cuya admiración permaneció más constante. Uno de los últimos escritos de Marchena fué, como más adelante veremos, la necrología del que estimaba como su maestro. Una de sus más antiguas composiciones poéticas es la oda que le dedicó cuando en Marzo de 1789 fué nombrado Meléndez alcalde del crimen de la audiencia de Zaragoza, inaugurando así su carrera de magistrado y de hombre público, que tantos sinsabores había de reportarle.

Temis torna á la tierra,
Y en Celtiberia pone su morada...

exclamaba Marchena, en alas de su juvenil entusiasmo, y ya se figuraba ver al dulce Batilo, *vibrando la tajante espada contra el opresor poderoso y contra el inicuo tirano.* Los acontecimientos posteriores demostraron que tal papel era el menos adecuado á la blanda y algo femenina naturaleza de Meléndez.

Que Marchena residiera algún tiempo, ó como alumno, ó como profesor, en el famoso Seminario de Vergara, centro principal del enciclopedismo en las provincias vascongadas (1), parece que indirectamente resulta de algunos pasajes de sus obras poéticas; pero que sólo registrando cuidadosamente los papeles que resten de aquel instituto de enseñanza podrá documentalmente comprobarse. Los versos de nuestro Abate le presentan en relación íntima con varios profesores de aquel centro. Y en primer lugar con el catedrático de Física Chabaneau, en alabanza del cual compuso aquella notable oda que principia:

Las humildes mansiones
Desaparecen del linaje humano...

(1) En una reciente é interesantísima publicación que ha venido á dar nueva y copiosa luz sobre los oscuros sucesos acaecidos en las Provincias Vascongadas durante la guerra de 1793 á 1795 (*La Separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea*, Madrid, 1895), su respetable autor, el Sr. D. Fermín de Lasala, Duque de Mandas, procura atenuar, pero más bien confirma, esta opinión generalmente admitida. Él mismo habla, como de cosa notoria, del enciclopedismo del Conde de Peñaflorida, del Marqués de Narros y de otros nobles guipuzcoanos, de los que más parte tuvieron en la formación de aquel centro de enseñanza, por otra parte tan ilustre y benemérito de la cultura patria. Refiere el hecho de haber llegado á quince en Guipúzcoa los suscritores á la Enciclopedia, á pesar de la relativa pobreza del país y de lo carísimo de la obra. Quizá no habría otros tantos en lo restante de España. Menciona varios volterianos de San Sebastián y Azcoitia, entre ellos uno muy excéntrico llamado Eguía y Corral, que en treinta años seguidos que vivió en París apenas salió de las galerías del *Palais Royal* donde, según él, se encontraban todas las cosas necesarias y agradables para la vida intelectual y material, *pero nó lo que para nada hace falta, esto es, botica é iglesia.*

Yo añadiré que en el *Diario* inédito de Jovellanos consta que encontrando resistencia para conseguir en favor de su Instituto de Gijón licencia para tener libros prohibidos, le contestó el Inquisidor General que «*esos libros habían pervertido en Ver-*

y en la cual, confesándose discípulo del aventajado físico francés naturalizado en Guipúzcoa, exclama:

Las leyes de natura
Sublimes y sencillas, ilustrado
Con la antorcha febea,
La diosa ante tus ojos ha mostrado;
Cómo una misma sea
La que del monte en la caverna oscura
Forma el oro, y contiene
Los mundos que en sus órbitas retiene.

Y en Vergara también debió de contraer amistad, que uno y otro habían de estrechar en París durante la tempestad revolucionaria, con un profesor de

---

gara á maestros y discípulos.» Uno de estos maestros era Santibáñez, cuyas andanzas en compañía de Marchena referiré después. Quince años había pasado en el Seminario de Vergara el montañés D. Manuel Josef Narganes de Posada (de San Vicente de la Barquera), que luego pasó de Catedrático de Ideología y Literatura Española al colegio francés de Sorèze, donde en 1807 escribió tres *Cartas sobre los vicios de la instrucción pública en España, y proyecto de un plan para su reforma* (Madrid, Imp. Real, 1809), producción curiosa por más de un título, y en la cual, á vueltas de algunas observaciones sensatas, se patrocinan sin ambages las más radicales conclusiones del sensualismo del siglo pasado, atacándose fieramente toda noción metafísica y aun la posibilidad de ella. Narganes se hizo afrancesado y fué *Venerable* de una de las primeras logias establecidas en Madrid por los invasores. Las ideas de D. Valentín Foronda (alavés muy distinguido y digno de buena memoria en su país natal por otras razones) bien claras están en su exposición de la *Lógica de Condillac* (1794) y aun en sus cartas y discursos sobre asuntos políticos y económicos.

Que este fuera el espíritu de algunos socios y profesores y no el dominante en la Sociedad y en el Instituto que fundó, puede creerse sin esfuerzo; pero que la difusión de la nueva doctrina en Vergara haya de reducirse á los nombres aislados de Peñaflorida y Samaniego tampoco puede admitirse en vista de tantos indicios que corroboran la tradición en esta parte.

aquella escuela patriótica, entonces tan célebre como olvidado hoy, D. Vicente María Santibáñez, natural de Valladolid, mediano poeta y exaltado revolucionario, á quien dió entonces pasajera fama una traducción libre de la *Heroida de Eloisa á Abelardo* de Pope (ó más bien de su imitación francesa de Corlardeau), traducción que corrió anónima, y que (como veremos más adelante) ha sido erróneamente atribuída al Abate Marchena; sirviendo hoy esta misma falsa atribución para confirmar la identidad de ideas y propósitos que entre ambos escritores suponían sus contemporáneos.

Á Santibáñez dedicó Marchena una sátira literaria en tercetos, que á juzgar por las alusiones de su contexto hubo de escribirse hacia el año de 1791, puesto que en ella se habla, como de cosas recientes, de la comedia de Iriarte *La señorita mal criada,* no representada hasta el 3 de Enero de aquel año, aunque impresa desde 1788; del poema de *Las Majas* de Trigueros, que es de 1789, y del *Suplemento* de Forner *al artículo Trigueros en la Biblioteca del doctor Guarinos,* que es de 1790. En esta epístola de Marchena, á vueltas de ataques virulentos, muchas veces desacordados, contra los escritores de mérito más diverso (confundiendo en una misma reprobación á hombres tan distinguidos como Forner é Iriarte, con ínfimos y chavacanos copleros tales como Casal, Moncín y Laviano), no falta la expresión de los ímpetus revolucionarios en que el autor y su amigo Santibáñez coincidían:

Los pensamientos nobles son proscritos
Antes de ver la luz, y sofocados
De la santa verdad los libres gritos.
. . . .
Al esclavo el pensar no le fué dado;
Natura al que no hinca la rodilla
Al tirano, este dón ha reservado.

Son poco más ó menos los mismos pensamientos que pocos años después había de expresar Quintana con tan brioso empuje en el soberbio principio de la oda *Á Juan de Padilla:*

Todo á humillar la humanidad conspira;
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al genio su poder...

Pero ¡qué distancia entre el verdadero poeta y el adocenado versificador que á pesar del fanatismo que siente en el alma, no acierta á expresarle sino con formas torpes, confusas y desgarbadas!

Para propagar sus ideas fundó Marchena, probablemente en colaboración con Santibáñez, una llamada *Sociedad Literaria,* con visos de sociedad secreta y de logia masónica. No hemos podido averiguar en qué punto de España funcionaba. El único documento que nos queda de su existencia es un *discurso* en verso suelto, que leyó Marchena en su *abertura* ó inauguración, y comienza:

¡Mísera humanidad! Las sombras sigue,
Y afana por labrarse sus cadenas...

Comienza el poeta por invocar los manes del *virtuoso Sócrates*, del *inflexible Catón*,

Y el que siguió sus huellas dignamente,
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,
Y modelo á los siglos venideros...
. . . .

y luego, recordando pensamientos y frases de Lucrecio, á quien poco antes había traducido, invitaba á sus amigos á aquel sereno templo de Minerva, desde el cual podía el sabio contemplar tranquilo

El luchar de los vientos, las tormentas,
El Euro batallando con el Noto,
Á su soplo agitado el mar insano,
Y el naufragar amargo de los tristes
. . . . . . que en las ondas
Sañudas con dolor el alma exhalan.

Seguían las acostumbradas declamaciones contra el despotismo y la intolerancia, y proponíase como principal ocupación de aquellas juntas el estudio de los derechos del hombre,

que ignorados
Del hombre mismo fueran tantos siglos...
. . . .

sin perjuicio de que con estas serias lucubraciones alternasen estudios más amenos, y sobre todo *el amable trato de las Musas;* con lo cual Marchena logra pretexto para sacrificar de nuevo á sus predilectas víctimas literarias:

Ni negará Terpsícore sus sales
Alguna vez, cuando burlar queramos

Los fríos Iriartes, los Trigueros
Insulsos y pesados, la insufrible
Charla de Vaca, y el graznar continuo
De la caterva estúpida, que infecta
De dramas nuestro bárbaro teatro.
Apolo templará su acorde lira
Cuando de Jovellanos y Batilo,
Del dulce Moratín y *Santivañes*
Los loores cantemos, por quien alzan
Su voz las patrias Musas, que yacieran
En sueño profundísimo sumidas.

Á esta misma sociedad, en la cual parece evidente el doble carácter de academia literaria y de centro de conspiración más ó menos platónica (probablemente la más antigua de su género que se formó en España), aluden estos otros versos de la epístola *Á Emilia:*

De la santa amistad y de las ciencias
Al sagrario acogidos, los profanos
Asestarán en balde sus saetas
Contra nosotros. Ora, la balanza
Y el compás de Neutón en nuestra mano
Teniendo, aquel cometa seguiremos
En su alongada elipse. Ora á Saturno
Y á Júpiter pesando las distancias
De Marte á nuestra tierra mediremos,
Ó bien por el calor de nuestro globo
Su edad sabremos. Ora calculando
El infinito mismo, que no es dado
Al hombre conocer, numeraremos,
. . . .
Ó bien hasta el Eterno nuestras almas
Por grados elevando, nuestras manos

Puras de iniquidad levantaremos
Á la extensión inmensa, do el muy alto
Habita todo en todo...
. . . . y en tranquila
Paz el último día aguardaremos,
Do el alma nuestra, libre de cadenas,
De Marco Aurelio y Sócrates al lado,
En la contemplación del universo
Gozará de placeres inefables...

La mayor parte de los versos de Marchena contenidos en el manuscrito de la biblioteca de la Sorbona de que luego daremos cuenta, son indudablemente anteriores á su salida de España. Abundan en esta colección las poesías amorosas; y, contra lo que pudiera esperarse de la vehemente índole y del temperamento inflamable de su autor, son casi todas extremadamente frías: labor de pura imitación, en que el autor sigue por punto general las huellas de Meléndez, sin vislumbre alguna de carácter propio. En la poesía erótica Marchena resulta amanerado é insulso, y la flaqueza de sus dotes poéticas parece más visible en este género que en ningún otro. Habiendo sido hombre extraordinariamente sensual y libidinoso, según el testimonio de todos los que le conocieron, ni siquiera acertó á expresar nunca con calor estos bajos apetitos suyos. Pero, como materialista teórico y práctico, quemó sucesivamente incienso en las aras de muchas deidades, cuyo recuerdo queda en sus poesías: *Belisa* y la sabia *Emilia*, deidades del Tormes la una y la otra: *Licoris* la del *bruñido cabello de azabache y alta frente*, cuyas ca-

ricias le retenían en las orillas del Betis, y le hacían olvidarse hasta

del congreso sagrado
Que en Francia destruyó la tiranía;

y á la cual invitaba al placer en agradables versos, mezclando reminiscencias de Horacio, de Catulo y de Tibulo:

Tú escucha del Amor la soberana
Voz que al deleite agora te convida;
Que está la edad en su verdor lozana.
Huye la primavera de la vida
Cual un ligero soplo, un breve instante,
Y nunca torna, si una vez es ida.
Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante
Que agora sólo espera tus amores
Y que esquivas más dura que diamante,
Lejos huirá de tí:...

Todavía hay que añadir á esta lista, no menos poblada que la de D. Juan, los nombres de la bella *Francisca,* con quien el autor había ido en su niñez á la escuela y que fué sin duda su pasión más inocente; los de las tres hermanas Magdalena, Catalina y Alcinda, á quienes dirige versos más bien galantes que amorosos; y el de aquella *beldad peregrina* que desde el *hesperio suelo pasó á las Galias,* y que parece ser la misma á quien en otra elegía llama *Minerva Aglae.*

Como Marchena, á pesar de su entusiasmo erótico, no tenía ni calor de afectos ni viveza de fantasía, pero sí muchas humanidades y familiar trato

con los clásicos, resulta mucho más aventajado poeta cuando traduce ó imita que cuando expresa por cuenta propia sus versátiles enamoramientos. Por eso los mejores trozos de esta primera época suya están en sus traducciones de algunas elegías de Tibulo y de Ovidio, las cuales, á parte de cierta bronquedad y dureza de estilo de que no pudo librarse nunca Marchena ni en verso ni en prosa, y que contrastan con la blanda manera de los poetas á quienes interpretaba, demuestran, por lo demás, un estudio nada vulgar ni somero de la lengua poética castellana, y se recomiendan por un agradable dejo arcáico. Marchena, por una contradicción que en su tiempo no era rara, y que también observamos en Gallardo y en otros, era furibundo revolucionario en todo menos en la literatura y en el lenguaje. Su larga residencia en Francia, y el hábito continuo que tuvo de escribir y aun de pensar en francés, pudo contagiar su estilo de bastantes galicismos, especialmente en algunas traducciones que hizo, atropelladas y *de pane lucrando,* pero luego se verificó en él una reacción violenta hasta llegar á la manera artificiosa y latinizada del famoso discurso preliminar de sus *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia.*

La política, que tanta parte ocupó en la vida del Abate Marchena, no la tiene menor en sus versos, y suele aparecer donde menos pudiera esperarse. Hasta en las odas eróticas encuentra modo de ingerir el inevitable ditirambo en loor de la Revolución Francesa:

El pueblo su voz santa
Alza, que libertad al aire suena...
¿Quién podrá dignamente
Cantar los manes de Rousseau, clamando
Libertad á la gente,
Del tirano el alcázar derrocando,
La soberbia humillada,
Y la santa virtud al trono alzada?

La más antigua de sus poesías exclusivamente políticas parece compuesta poco después de la toma de la Bastilla, á la cual aluden de un modo terminante estos versos:

Cayeron quebrantados
De calabozos hórridos y escuros
Cerrojos y candados;
Yacen por tierra los tremendos muros
Terror del ciudadano,
Horrible balüarte del tirano.

Los versos de esta oda son medianos y declamatorios, como casi todos los versos líricos de su autor, pero tienen curiosidad histórica, por ser sin disputa los más antiguos versos de propaganda revolucionaria compuestos en España. Diez años antes de que Quintana pensase en escribir la oda *Á Juan de Padilla* y la oda *Á la Imprenta,* exclamaba el Abate Marchena, aunque á la verdad con bronco y desapacible acento:

Dulce filosofía,
Tú los monstruos infames alanzaste;
Tu clara luz fué guía
Del divino Rousseau: tú amaestraste

Al ingenio eminente
Por quien es libre la francesa gente.
   Excita al grande ejemplo
Tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados
Grillos, y que en el templo
De Libertad de hoy más muestren colgados
Del pueblo la vileza
Y de los reyes la brutal fiereza.

Quien tales versos escribía en 1791, es claro que no podía permanecer mucho tiempo en España. No obstante su juventud y la oscuridad de su persona, sus manejos no podían permanecer enteramente ocultos; y aunque haya notoria exageración en los seis años de persecuciones que él se atribuye, no hay duda que la atención del Santo Oficio hubo de fijarse en él, y que, temeroso de ser encarcelado, buscó refugio en Gibraltar, donde se embarcó para Francia en Mayo de 1792 (1). Tenía entonces veinticuatro años.

Un Mr. Reynón, de San Juan de Luz, que le conoció poco después de su llegada, nos da muy curiosas noticias de su persona, en ciertas memorias que dejó inéditas, y de las cuales hemos obtenido un extracto por mediación de nuestro amigo el ilustre vascófilo inglés Mr. Wentworth Webster, residente años hace en Sare (2).

---

(1) Mr. Latour, en el artículo ya citado de *Le Correspondant,* consigna como tradición oída en Sevilla, que fué D. Alberto Lista quien advirtió á su condiscípulo Marchena el peligro que le amenazaba, para que tuviera tiempo de ponerse en salvo.

(2) Reynón murió en Bayona en 1842. Los extractos de sus memorias están tomados de un libro de misceláneas que per-

Reynón dice que Marchena era abogado, le supone equivocadamente hijo de Madrid, y hace de él el siguiente retrato: «Su estatura no pasaba de cuatro pies y ocho pulgadas. Tenía el rostro picado de viruelas y las narices larguísimas. Era muy suelto de cuerpo y de lengua. Hablaba y escribía bastante bien el francés. Le vimos por primera vez cuando llegó á San Juan de Luz en 1792, entusiasmado hasta el delirio con la idea de vivir en el país de la libertad, y de embriagarse con ella. Lo primero que hizo fué alistarse en el club jacobino de Bayona, adoptando con furor todos los principios de la Montaña. Formó parte de la *Sociedad de los Hermanos y Amigos Reunidos,* en la cual se admitía la más ínfima canalla, y hasta al verdugo mismo, cuyo nombre habían cambiado los Representantes de la Convención en el de *Vengador.*»

Marchena pronunció en este club un discurso que fué impreso aquel mismo año en un cuaderno de 14 páginas en 8.° en casa de Duhart Fauvet, y que era probablemente su primer escrito en francés. No hemos podido hallarle, y sólo conocemos de él la siguiente frase campanuda que cita Reynón: «Pongamos sobre nuestras cabezas el gorro de los hombres libres, y á nuestros pies la corona de los reyes.»

Reynón, que era furibundo realista, añade que el discurso de Marchena estaba «lleno de infames pen-

---

teneció al Capitán Duvoisin, traductor de la Biblia al vascuence (dialecto laburtano) bajo los auspicios del Príncipe L. L. Bonaparte.

samientos que sólo el espíritu del demonio podía haber dictado»; pero á juzgar por la muestra, el demonio no se había lucido mucho en su colaboración, y los *infames pensamientos* más traza tienen de lugares comunes propios de una declamación estudiantil escrita en la jerga revolucionaria de aquel tiempo.

«Marchena (añade Reynón) obtuvo un grande éxito de tribuna entre los descamisados. Pero pareciéndole Bayona corto teatro para su ambición, pasó muy pronto á París, donde escribió en un periódico terrorista y formó parte del club de los jacobinos.»

El periódico de que Marchena fué colaborador era nada menos que el famoso *Ami du Peuple*, dirigido y redactado en su mayor parte por Marat, oriundo de España, aunque nacido en Suiza, y amigo de varios refugiados españoles, especialmente de un cierto Guzmán que fué condenado á muerte en 1794 como complicado en el proceso de Dantón. Quizá por mediación suya entró Marchena en relaciones con el famoso terrorista; pero como enmedio de todos sus extravíos conservase siempre nuestro Abate cierto fondo de humanidad y de hidalguía, no tardó en desavenirse con el tremendo y sanguinario personaje á quien ayudaba con su pluma, y comenzó á mirar con ceño las máximas de exterminio que en todos los números de aquel papel se propalaban. No pasaron muchos meses sin que Marchena renegase enteramente del bando jacobino y de los furiosos fanáticos ó hipócritas perversos que le diri-

gían, y se pasase á la fracción de los girondinos, á quienes acompañó en próspera y adversa fortuna, ligándose especialmente con Brissot. Y cuando Marat sucumbió bajo el hierro de Carlota Corday, Marchena, que se hallaba entonces en las cárceles del Terror, saludó á la hermosa tiranicida con un himno vengador, que no puede parangonarse seguramente con la hermosa elegía de Andrés Chénier al mismo asunto, digna de ser grabada en el más puro mármol de la antigüedad, pero que no deja de contener versos enérgicos y expresiones dictadas por una exaltación vehemente y sincera:

Salve, deidad sagrada;
Tú del monstruo sagrado libertaste
La patria; tú vengaste á los humanos;
Tú á la Francia enseñaste
Cuál usa el alma libre de la espada,
Y cuál sabe inmolar á sus tiranos.
. . . .
De tu pueblo infelice
Sé deidad tutelar. ¡Oh! no permitas
Que á la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay! que en balde excitas
Con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
El brazo que le libra. ¡Ay que tan bello
Heroismo es perdido,
Y pesa más el yugo aborrecido!
Que en las negras regiones
Las Furias hieran con azote duro
Del vil Marat el alma delincuente;
Que en el Tártaro escuro
Sufra pena debida á sus acciones,

Y del gusano eterno el crudo diente
Roa el pecho ponzoñoso,
¿Será por eso el pueblo más dichoso?
La libertad perdida
¡Ay! mal se cobra: en pos de la anarquía
El despotismo sigue en trono de oro;
Su carro triunfal guía
La soberbia opresión; la frente erguida
Va la desigualdad, y con desdoro
El pueblo envilecido
Tira de su señor al carro uncido.
¡Oh diosa! los auspicios
Funestos, de la Francia ten lejanos:
Torne la libertad á nuestro suelo;
Así con puras manos
Los hombres libres gratos sacrificios
Te ofrecerán, Carlota; tú, del cielo
Donde asistes, clemente
Protege siempre á la francesa gente.

Pero no adelantemos el curso de los sucesos. Á fines de Diciembre de 1792 Marchena, que ya había roto definitivamente con la Montaña, fué recomendado por Brissot al ministro de Relaciones Exteriores, Le Brun; y le dirigió desde Bayona la curiosa carta que ya hemos tenido ocasión de citar, en que, presentándose como «un amigo de la libertad que arde en deseos de verla triunfante en su patria, sometida al más violento despotismo por muchos siglos», le ofrece sus servicios para propagar las ideas de la Revolución en España «si es que Francia piensa seriamente en declarar la guerra á los Borbones españoles.» Y como muestra de su litera-

tura propagandista, le envía varios ejemplares de una alocución á los españoles, la cual había hecho imprimir y circular en la península, dando motivo con esto á que el gobierno de Carlos IV mandase secuestrar todos sus bienes.

Esta alocución está en castellano, como era natural, pero el autor se finge francés; «yo no he estado nunca en vuestro país», dice; disimulación que por lo visto no impidió que todos reconocieran su estilo, y que se procediese contra él jurídicamente. Existen de ella dos textos diversos, uno manuscrito y otro impreso. Contra lo que pudiera creerse, el primero no es el esbozo del segundo, sinó una refundición posterior que lleva la fecha de 1793, con notables supresiones y adiciones. Entre lo suprimido está una impertinente digresión literaria, en que Marchena (¡en un manifiesto político!) se desataba contra varios escritores de su tiempo, en especial contra Forner, á quien parece haber profesado particular inquina, bien explicable por ser antípodas el uno del otro en sus principios políticos y filosóficos (1). El contenido político de ambas proclamas es casi idén-

(1) «Las otras naciones (decía Marchena en la primera proclama) han adelantado á pasos de gigante en la carrera de las ciencias, y tú, patria de los Sénecas, de los Lucanos, de los Quintilianos, de los Columelas, de los Silios, ¿dónde está hoy tu antigua gloria? El ingenio se preparaba á tomar el vuelo, y el tizón de la Inquisición ha quemado sus alas. Un padre Gumilla, un Masdeu, un Forner, esto es lo que oponen los españoles á nuestro sublime Rousseau, al divino pintor de la naturaleza nuestro gran Buffón, á nuestro profundo historiador político el virtuoso Mably, al atrevido Raynal, á nuestro harmonioso Delille y nuestro universal Voltaire.»

tico: en una y otra las invectivas contra la Inquisición ocupan largo espacio, y en una y otra se aboga por la inmediata reunión de Cortes, si bien en la primera predomina más el espíritu histórico, se invocan los manes de Padilla, y hasta se solicita para la obra de regeneración nacional el concurso del clero, de la nobleza y de las clases privilegiadas. El Sr. Morel-Fatio hace notar oportunamente que en ambos documentos hay muchas reminiscencias del famoso *Avis aux Espagnols* de Condorcet. Para que se forme completa idea del extravagante y declamatorio documento de Marchena, no tenido en cuenta hasta ahora por los que han tratado de nuestra guerra contra la República Francesa en 1793, reproducimos aquí la segunda redacción íntegra, y los pasajes más importantes de la primera que fueron suprimidos después (1).

«AVISO AL PUEBLO ESPAÑOL (2)

»El tiempo llegó ya de ofreceros la verdad; en vano vuestro tirano querría sofocarla; el pays de la libertad, el pueblo soverano os ofrece un asilo en francia en el seno de los defensores de la humanidad representada en los derechos imprescriptibles del hombre, cuyas semillas fecundas producirán un dia la felicidad de todas naciones, derrivando de los sumptuosos tronos la superstición y la tiranía para

(1) Archivo del Ministerio de Relaciones Extranjeras, España, vol. 635, pieza 128. Debemos comunicación de estos papeles á nuestro amigo Morel-Fatio.

(2) Va reproducido con la ortografía del original, corrigiendo sólo las erratas evidentes. El lenguaje es incorrectísimo, é indigno de Marchena, pero quizás escribió así de propósito, para hacer pasar esta proclama por obra de un francés.

colocar sobre él la igualdad y la razon; puesto que la naturaleza no destinó el hombre á ser esclavo del hombre; la supersticion y la ignorancia solo pudieron esclavisar los hombres; pero, ahora que la razon se manifiesta, guerra á los hipócritas y opresores.

»¿Quién creerá que una nacion como la vuestra, se imagina que los franceses se hacen entre ellos una guerra cruel? ah Españoles! pueblo belicoso y magnanimo, avrid los ojos y aprended á aborrecer los infames impostores que os engañan para esclavizaros; representando os los franceses como enemigos de Dios... siendo asi que han jurado á la faz de los cielos fraternidad y tolerancia reciproca; pues aqui el judio socorre el christiano, el protestante socorre el catolico; los odios de religion son desconocidos, el hombre de bien es estimado, y el perverso despreciado. Si la religion de Jesus es el sistema de la paz y de la caridad universal, quienes son los verdaderos christianos? Creo son los que socorren á los hombres como buenos hermanos, y no los que los persiguen, y matan porque no adoptan sus ideas religiosas. Christo no vino armado para inculcar su religion, predicó su doctrina sin forzar los hombres á seguirla; y vuestra Inquisicion no cesa de avrir sus cavernas espantosas para llenarlas de aquellos (1).

»Yo no he estado nunca en vuestra nacion: el nombre

(1) En la segunda proclama, este pasaje, aunque conforme en lo sustancial, está redactado de diverso modo: «¿Quiénes son los verdaderos cristianos? Nosotros que socorremos á todos los hombres, que los miramos como nuestros hermanos, ó vosotros, que perseguís, que prendéis, que matáis á todos los que no adoptan vuestras ideas?

»Vosotros os llamáis cristianos: por qué no seguís las máximas de vuestro legislador? Jesús no vino armado de poder á inculcar su religión con la fuerza de la espada; predicó su doctrina sin forzar á los hombres á seguirla. Defensores de la causa del cielo, quién os ha encargado de sus venganzas? El Omnipotente necesita valerse de vuestra flaca mano para extirpar sus enemigos? No pudiera fulminar el rayo contra los que le ofenden y aniquilarlos de un soplo?»

solo de Inquisicion me hace erizar los cabellos: pero los viajeros que le han corrido, y vuestros mejores libros que he leido, me han hecho formar una idea cabal de vuestra nacion. Decidme si vuestra Inquisicion no ha perseguido siempre mortalmente á los hombres de talento desde Bartolomé de Carranza y fray Luis de Leon hasta Olavide y Bails? La Bastilla tan detestada y con tanta razon entre nosotros tiene algo de comparable con vuestro odioso y abominable tribunal?...

»La Bastilla era una prision de estado, como otras mil de la misma especie, que el despotismo que sólo puede conservarse por medios violentos mantiene en todas partes, pero ni los presos eran deshonrados, ni la opinion pública infamaba las familias, ni la infeliz víctima, se veía privada de todo consuelo; sus reclamaciones llegaban á los ministros, y los ministros pueden aplacarse; pero quién aplacó jamás á un inquisidor?

»Las otras naciones han adelantado á pasos de gigante en la carrera de las ciencias, y tu, patria de los Sénecas, de los Lucanos, de los Quintilianos, de los Columelas, de los Silios, donde está, ay! tu antigua gloria? El ingenio se preparaba á tomar el vuelo, y el tizon de la inquisicion ha quemado sus alas; un padre Gumilla, un Masdeu, un Fornér esto es lo que oponen los Españoles á nuestro sublime Rousseau, al divino pintor de la naturaleza nuestro gran Buffon, á nuestro profundo historiador político el virtuoso Mably, al atrevido Raynal, á nuestro harmonioso Delille y nuestro universal Voltaire.

»No es ya tiempo de que la nacion sacuda el intolerable yugo de la opresion del pensamiento? no es tiempo de que el gobierno suprima un tribunal de tinieblas que deshonra hasta el despotismo?... ¿A qué fin hacer de los hombres unos seres autómatos? Tanto vale mandar á hombres máquinas como dar cuerda á reloxes. El sistema actual del gobierno parece ser el de aligerar el peso que carga sobre

los hombros de los Españoles, pero el primer paso de toda mejora es destruir la inquisicion por sus fundamentos. No calumniemos al pueblo; los perversos pueden engañarle, pero quando se le presenta el bien lo abraza con ansia, y besa con entusiasmo la mano de donde le viene. Yo he consultado á muchos Españoles que viajan por mi patria, todos anhelan ver la inquisicion por tierra, pero algunos me han insinuado que hai hombres de mala fe, que fingen creer que la nacion engañada podria oponerse á esta medida. Oposicion del pueblo en España; donde el monarca es todo-poderoso, donde las luces no obstante todas las precauciones se han difundido harto más de lo que se piensa! Ah! tiemblen mas antes los tiranos de que el pueblo oprimido en todos los puntos de contado no estalle con una esplosion tan terrible, que destruya todos los hipócritas y todos los opresores...

»Igualdad, humanidad, fraternidad, tolerancia, Españoles, este es en cuatro palabras el sistema de los filósofos que algunos perversos os hacen mirar como unos mónstruos...

»Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el despotismo religioso; *este es la convocacion de vuestras cortes*. No perdais un momento, sea *Cortes, Cortes,* el clamor universal...

»Españoles, el *deficit* de vuestro erario aumenta á medida que crecen vuestras imposiciones; vuestro pais que la naturaleza dotó de todo, carece de todo, porque una constitucion *tabífica (sic),* y un gobierno famélico devoran vuestra mas pura substancia. Campos de Villalar sepultasteis á caso con los generosos Heroes defensores de la libertad la energía, y el patriotismo de la Hesperia?... Manes de Padilla, y tú grande alma de D.ª María Coronel *(sic)* que lloras en la tumba la cobardía de tus descendientes, inspira á los Españoles aquel valor con que defendiste en las murallas

de Toledo las últimas reliquias de la moribunda libertad. Clero, nobleza, clases privilegiadas, qué sois vosotras en un gobierno despótico? Las primeras esclavas del Sultan. El despotismo es el verdadero nivelador: queréis ver la imagen de este gobierno? Tarquino cortando los cogollos de las adormideras.

»La ignorancia mas crasa de los principios fundamentales de la formacion de nuestras Cortes es la que puede hacer temer á la nobleza la destruccion de las distinciones, al clero de sus privilegios no abusivos, y á la corona de sus justas prerogativas. En vano los ignorantes ó los mal intencionados os asustan con el ejemplo de la Francia; los estados generales de esta nacion no tenian reglas fixas ni límites invariables, y vuestras Cortes los tienen, y bien señalados. La Francia necesitaba de una regeneracion; la España no necesita mas que de una renovacion. Esta verdad solo pueden contestarla los charlatanes de política que no saben que las Cortes de Aragon y de Cataluña eran el mejor modelo de un gobierno justamente contrapesado. Si mis ocupaciones me lo permiten; si el pueblo español clama por las Cortes, yo escribiré, refugiado á un pueblo libre, qué eran estas Cortes.

»Los franceses han hecho su Constitucion con el fin de ser felices, y no con el de hacer infelices á los demas hombres; por consiguiente no quieren conquistar á nadie, no quieren apoderarse de ninguna propiedad, pero lo que quieren es destruir los tiranos, que no trabajando, aspiran á hacer uso y disponer de las propiedades y del trabajo de los pobres á su fantasía, invirtiendo ese trabajo en sus infames placeres, y en forjar hierros para aprisionar á los hombres, á quienes para engañarlos los llaman *queridos hijos y vasallos*.

»Paz, y guerra llevarán consigo los Franceses; Paz á los hombres, y Guerra á los tiranos Reyes.

»Si algun daño ocasionasen las tropas, la Francia jura y afianza pagarlo como lo ha hecho en Courtray y Alemania» (1).

II

Aunque el manifiesto de Marchena pareciese muy propio (como dice Morel-Fatio) para convertirse en catecismo de los adeptos españoles de la Revolución Francesa, no satisfizo sin embargo á todos los emigrados, entre los cuales, por imposible que parezca, los había mucho más violentos que él. Uno de los que le desaprobaron fué Guzmán (amigo de Dantón y furibundo terrorista) (2), el cual extendió

(1) Impreso s. l. n. d. de 2 ff. in 4.° (E. 8. p. 634, pièce n.° 164.)

(2) Á este Guzmán dirigió Marat, poco antes de morir atravesado por el puñal de Carlota Corday, la siguiente carta:

«Esos bárbaros, amigo mío, no me han querido dejar el consuelo de morir en vuestros brazos, pero llevo conmigo á la tumba la consoladora idea de que eternamente quedaré grabado en vuestro corazón. Este pequeño obsequio, por lúgubre que sea, os hará recordar al mejor de vuestros amigos: llevadle en memoria mía. Vuestro hasta el último suspiro.—MARAT.»

Estas líneas, escritas por la mano temblorosa del moribundo terrorista, fueron enviadas á Guzmán, que las conservó consigo hasta la muerte en una especie de relicario de tafetán negro.

El *facsímile* de esta carta está en el libro de Dulaure *Esquisses historiques sur les principaux événements de la Révolution* (París, 1823), t. II, cap. X, pág. 455.

Luís Blanc en su *Historia de la Revolución Francesa* (t. IX, 1857, pág. 85) dice que el documento presenta signos evidentes de autenticidad, pero que no parece creible que Marat, moribundo y traspasado de parte á parte, haya tenido fuerzas para

sus críticas al lenguaje, que encontraba bárbaro, y á las faltas de ortografía, que efectivamente hormiguean en la proclama de Marchena (1). Le Brun había organizado en la frontera dos comités de propaganda revolucionaria compuestos de españoles, uno en Bayona y otro en Perpiñán. Designado Marchena para formar parte de uno de ellos, dirigió al Ministro en 23 de Diciembre de 1792 una *Memoria* en francés, bastante más sensata que sus alocuciones.

«Nada es más contrario (decía) á los principios del buen juicio que obrar sin un plan determinado. El comité revolucionario establecido en las fronteras de España tiene por objeto preparar y acelerar la revolución. Pero este fin tiene que ser muy vago, mientras no se defina lo que se entiende

coger la pluma. Opina, pues, que esta carta debió de ser escrita la víspera ó dos días antes, pero su contexto parece que lo contradice.

(1) *Citoyen Ministre!*

Le hazard m' a mis aujourd hui entre les mains une brochure qui sort de Vos Bureaux, qui a pour titre Aviso á Los Españoles; *je croirais donner une preuve d' incivisme si je passais sous silence mes observations sur une brochure destinée sans doutte a éclairer les Espagnols.*

1.º On peut dire avec vérite qu' elle n' est pas du tout écrite en espagnol; les contresens, les fautes d' ortographe et les barbarismes sont en si grand nombre, qu' on est reduit aprés l' avoir lue, a se demander à soi-même ce qu' on a voulu dire; quant au peuple, il est des faits qu' il n' y entendra rien, les gens instruits, s' ils ont la patience de la lire, n' auront pas le courage de la soutenir.

2.º Je crois que l' auteur ne connait pas parfaitement bien l' espagnol; s' il l' avait connu, il aurait cherché à parler au peuple le langage qu' il entend.....

GUZMAN.

Paris, le 4 mars l' an 2 de la Republique.
Rue neuve des Mathurins n.º 36.

(Esp. 635, piece 194.) (Comunicación del Sr. Morel-Fatio.)

por revolución, cuál debe ser la que ha de operarse en España, y cuáles son los medios que se han de poner en práctica para hacerla triunfar.

»Hay un axioma de eterna verdad en todas circunstancias y en todos tiempos; y es que los hombres consultan más bien la experiencia de lo que se ha hecho que lo que debería ser. Nunca hubiera llegado Francia al grado de libertad de que ahora goza, y que va á consolidarse por la caída de los tiranos que la rodean, si se hubiese hablado en el primer momento de una Convención Nacional que había de establecer la República sobre las ruinas del trono. Los franceses del 88 creían de buena fe que sus mayores habían sido libres en tanto que se dejó oir la voz de sus Estados Generales, y no suspiraban más que por su restablecimiento. Los filósofos hombres de estado que conocían toda la imperfección de estas corporaciones aristocráticas se guardaban muy bien de entibiar el ardor impaciente del pueblo. Creían, por el contrario, que el remedio de todas las imperfecciones inherentes á la constitución de los Estados Generales estaba en estas mismas asambleas, y solamente en ellas. La experiencia ha mostrado que no se engañaban en esto.

»Hombres que no son ni filósofos ni estadistas se han aventurado á decir que el comité revolucionario de España no debía hablar de la convocatoria de Cortes; es decir, en otros términos, que el comité revolucionario no debía hablar de revolución. Y entonces los españoles podrían decir: «*Los franceses nos traen la libertad, según dicen, pero no* »*nos la presentan con las formas con que nosotros la hemos* »*conocido*. ¿Con qué derecho pretenden prescribirnos reglas »sobre la manera de ejercer nuestra soberanía? ¿Con qué »derecho se atreven á cambiar la manera de expresar la »voluntad general, que nosotros habíamos adoptado antes »que la nación hubiese decidido sobre sus inconvenientes? »No es la libertad lo que nos ofrecen: nos prescriben leyes

»imperiosas, dándose por nuestros libertadores. No hemos »hecho, pues, más que cambiar de esclavitud, porque una »nación es siempre esclava cuando obedece á otra voluntad »que la suya, ya sea esta voluntad la de un rey, ya la de »otro pueblo.» ¿Y qué habría que responder á este lenguaje? ¿Cómo queréis interesar á los demás pueblos para que rompan sus cadenas cuando vean que les preparáis otras nuevas?

»Aun en los tiempos del más espantoso despotismo no olvida un pueblo las instituciones que le han garantido en otros siglos una suma mayor ó menor de libertad. El pueblo español se acuerda siempre de sus Cortes, y en el año 89 el público recibió con la más violenta indignación una pieza en que se ultrajaba la memoria de *D.ª María Coronel* (1). Pero independientemente de estas razones universales, hay otras peculiares de la nación española, las cuales demuestran evidentemente que el único medio de hacer la revolución en España es la pronta convocatoria de Cortes.

»Cuando se habla de Cortes en España hay que distinguir entre las de Castilla, las de Aragón, las de Valencia, las de Cataluña y las de Navarra. La organización de cada uno de estos cuerpos difería enteramente de la de los otros. El poder y la influencia de los municipios era mucho más considerable, y la autoridad estaba más limitada en Cataluña que en ninguna otra parte. Se puede decir que las Cortes de Castilla no tuvieron nunca un régimen muy fijo, y que las que se celebraron durante el reinado de Carlos V diferían tanto de los Concilios de Toledo, celebrados en tiempo de los reyes godos (y que realmente no eran más que las asambleas de la nación), como los Estados Generales de 1614 diferían de las Asambleas del Campo de Marte en tiempos de Clodoveo. Así, nada es más fácil que dar á estas Cortes una forma democrática sin desnaturali-

(1) Querrá decir *D.ª María Pacheco*. Este mismo error histórico se encuentra en la alocución.

zarlas ni abolirlas del todo, lo que indispondría á todos los españoles contra reformas en que ellos no hubieran consentido.

»No debo parecer sospechoso de tibio amor á la libertad: hartos sacrificios he hecho por esta divinidad para que se crea que yo pueda apostatar de su culto. Pero examinemos friamente si los españoles son capaces, en el momento actual, de una libertad igual á la que disfrutan los franceses. Ruego que se lean con atención estas rápidas reflexiones, sugeridas únicamente por el interés de mi patria y el de la humanidad.

»Hay que convenir en que la religión papista ó católica ha echado raíces más profundas en el suelo español que en el francés; y sería temerario atacar de frente las preocupaciones religiosas...

»Por otra parte, el estado actual de España es muy diferente del de Francia: no hay que buscar allí un Mirabeau, un Brissot ó un Condorcet. Sin duda, hay gentes ilustradas, pero no se encuentra uno de esos grandes genios capaces de abrir los ojos á un pueblo entero, y de regenerar la nación. Como los hombres que piensan no se comunican con el pueblo; como el temor de la Inquisición obliga á los hombres más ilustrados á aparentar que creen en las fábulas más absurdas, todos los que no son verdaderamente filósofos están imbuidos en las preocupaciones más groseras. Un hombre que se respeta á sí mismo no se dedica en España al oficio de autor, porque no se pueden imprimir más que frivolidades ó libros ascéticos: por eso no es posible ilustrarse sin adquirir el conocimiento de las lenguas extranjeras. En este país no hay más que dos clases de hombres, unos enteramente ilustrados, otros enteramente supersticiosos.

»La manía de los mayorazgos, la indolencia de la nación oprimida por los impuestos más gravosos que se pueden inventar, han ahogado la industria y han concentrado

en muy pocas manos casi toda la propiedad territorial. Si empezamos por hablar de igualdad absoluta, antes de haber preparado al pueblo gradualmente para disfrutar de ella, podrá venir la ley agraria, esto es la rapiña, la anarquía y la disolución social.

»Francia ha adoptado una constitución que hace de esta vasta nación una república una é indivisible. La conformidad en las costumbres, la cultura difundida casi igualmente por toda la superficie del país, la hacen propia para esta institución. Pero España, cuyas diversas provincias tienen usos y costumbres diferentes; España, *con la cual debe ser unido Portugal,* no puede formar más que una república federal. Para la felicidad de la nación, se puede y se debe dejar subsistir las antiguas Cortes.

»Francia tiene, sin duda, el derecho de decir al pueblo español: «tenéis un rey, que es mi enemigo natural; os haré »la guerra hasta que le hayáis precipitado del trono.» Pero no tiene derecho para constituir nuestra nación á su modo. España es la que debe darse á sí propia una constitución. Las Cortes subsisten de derecho, mientras el pueblo español no las haya abolido.

»Como tengo el mayor interés en que estas reflexiones sean leídas por el ciudadano ministro, no añado ningún desarrollo á estas indicaciones rápidas. Notaré solamente que es indispensable que el comité tenga un punto de reunión ó un presidente instruído á fondo en la historia de España, hombre de Estado, y de carácter enérgico, que pueda dar cierta formalidad á las operaciones, y encaminarlas á un solo punto: el triunfo definitivo de la revolución.

»J. MARCHENA.»

Esta Memoria, en que, á despecho de los errores propios del fanatismo nivelador y de la abstracta política de aquel tiempo, no deja de campear cierto espíritu tradicional é histórico, no pudo ser grata á

la mayor parte de los revolucionarios franceses, que odiaban de muerte el federalismo, y no querían oir hablar de Cortes, ni de ninguna otra institución representativa de los tiempos medios. Hubo, pues, una escisión entre los que á todo trance querían, como el dantonista Guzmán y el alcalde de Bayona Basterreche, implantar en España los principios de la república una é indivisible, y los que podemos llamar *federales,* á cuyo frente estaba Marchena con otros españoles amigos suyos.

Era de los principales *el ciudadano Hevia,* antiguo secretario de la embajada de España en París, de la cual había desertado para pasarse al campo enemigo, haciendo los más violentos alardes de furor demagógico, por lo mismo que su origen era aristocrático, puesto que pertenecía á la familia de los Marqueses del Real Transporte. Cuando llegó la guerra del 93, Hevia redactó una proclama mucho más violenta y desaforada que la de Marchena, puesto que su autor descendía á innobles insultos contra Carlos IV y María Luisa, y, lo que es peor, contra la desdichada y heróica María Antonieta, cuya cabeza iba á rodar pocos meses después en el patíbulo (1). Reconozcamos que Marchena, aun en el

(1) Creemos oportuno reproducir, como muy característicos de la época, los principales párrafos de este bárbaro y grosero documento:

«A LA NACION ESPAÑOLA

»Españoles,

»Amaneció por fin el suspirado dia de la libertad de vuestra patria....

mayor arrebato de sus pasiones, jamás se deshonró con estas abominables invectivas, y mostró siempre cierta nobleza de alma que parece incompatible con el medio en que vivía.

Por lo demás, Hevia abundaba en el sentir político de Marchena en lo que toca á la convocatoria de Cortes, como lo prueban ciertas *Reflexiones* que apoyando las de su amigo dirigió al ministro Le Brun (1).

«Francia (decía) no puede pensar en la anexión de Es-

»Los Franceses habian contraido una deuda inmensa con vosotros... os habian impuesto a los principios del siglo el intolerable yugo de la dominacion de la casa de Borbon....

»Los Francos tambien eran esclavos; tambien una corte corrompida, sentina de vicios y maldades infestaba con sus ponzoñosas influencias las costumbres de la nacion entera; tambien una *Antonia de Austria* semejante á tu *Mesalina de Borbon* exprimia la sangre del pueblo para saciar á otros *Godoyes* no menos avarientos, ni menos indignos que ese vil privado que tu consientes ignominiosamente al frente de la nacion, y que debieras juntamente con su manceba haber ya arrastrado al patibulo....

»Quanto no se han aumentado las contribuciones baxo los reynados de esta funesta familia, pues en solo seis años que manejó Lerena el erario se doblaron casi los impuestos! Yo vi los funerales de ese Ministro. Yo vi su cadaver expuesto, yo vi atropellarse el pueblo por maldecir al que miraban como causador de la miseria universal....

»¿Quien os ha dicho que los franceses querían destruir vuestra antigua religion? ¡Ah! cómo los tiranos se valen de los medios mas engañosos para seduciros! Españoles, la religion de Jesus predica la igualdad, y vosotros sois esclavos...

»¡Oh! quan facil cosa fuera demostrar que la religion de vuestros abominables Inquisidores es el mas horrible anti-Christianismo, que la conducta de los franceses no es otra que la moral apostolica.....

»J. HEVIA.»

(Esp. 635, piece 310.)

(1) *Aff. Étr. Espagne*, vol. 634, pieza 165 (comunicación de Morel-Fatio).

paña á la República Francesa. El estado moral y físico de esta nación se opone fuertemente á esta reunión. Un buen tratado de comercio que asegure á Francia todas las ventajas que puede sacar de su situación respecto de España, será el bien más precioso que pueda obtener en esta guerra.

»Sostengo que si no se convocan las Cortes, la nación española no tendrá ningún punto de reunión y será desgarrada por la más completa anarquía, ó se verá obligada á echarse en brazos de Francia.

»Esos señores del *Comité* de Bayona, que no quieren las Cortes, querrán sin duda ser considerados como representantes de la nación española. Pero si la nación no los quiere mirar como tales, ¿qué podrán hacer?...

»Sin duda que hay que minar poco á poco la religión cristiana. La teocracia debe desaparecer de la superficie de la tierra, juntamente con la tiranía, á la cual sirve de apoyo. Pero no hemos de creer que en poco tiempo se logrará descuajar esta planta parásita. Díganme de buena fe si creen que *un pueblo que tiene la desdicha* (!) *de ser profundamente adicto á la religión cristiana* puede ejercer la plenitud de su soberanía...

»Aprovecho esta ocasión para ofrecer al ciudadano ministro el resultado de las conversaciones que yo y el ciudadano Marchena hemos tenido juntos sobre la organización del comité. Es indispensable que haya un punto de reunión; que haya también un presidente dotado de todas las cualidades propias para tal empleo. Los individuos de esta Junta deben ocuparse en el estudio de la historia de España, recordar al pueblo español las épocas en que gozaba de cierta suma de libertad... Hay que poner mucho empeño en hacer aborrecible la casa de Borbón, y sobre todo en disminuir el influjo de la clerigalla en el espíritu del pueblo.»

Otro de los más conspicuos individuos del grupo de Marchena era el ya citado D. Vicente María

Santibáñez, que acababa de llegar de España en Enero de 1793, y á quien en los términos más eficaces recomendaba el ciudadano Basterreche al ministro Le Brun, anunciándole de paso la próxima llegada de otro escritor español todavía de más mérito, nada menos que de un *émulo de Cervantes*, á quien por tales señas nadie descubrirá fácilmente entre los ingenios de entonces.

«Ha llegado aquí (decía el Alcalde de Bayona en 20 de Enero) un español recomendable por su talento y carácter: se llama *Vicente María Santibáñez:* viene escapado como por milagro de las persecuciones de la Inquisición y de la Corte. Era profesor de Elocuencia y de Política en una universidad, pero hace algún tiempo se había establecido en Madrid, donde cultivaba con éxito las bellas letras. Es hombre que ha frecuentado la mejor sociedad, y que conoce á fondo toda la máquina del gobierno español, y todavía mejor á los individuos que la dirigen. Nos podrá ser extremadamente útil, porque tiene conocimientos, mucho ingenio, y se expresa elocuentemente en castellano, y, si es menester, en francés... Tengo motivos para creer que dentro de poco veremos llegar también á uno de los primeros escritores de aquella nación, á un émulo de Cervantes, si es que puede escapar felizmente de las persecuciones que ya han comenzado contra él.»

Las noticias que he podido adquirir de Santibáñez son muy escasas. Debía de ser hombre de imaginación fantástica y exaltada. En sus mocedades cantaba *el amor libre*, tema de una oda ó silva que dirigió en consulta á D. Tomás de Iriarte con una carta que parece escrita por un erotómano. Más

adelante cambió de rumbo, y se dedicó á trabajos de más provecho para su reputación literaria. En la Universidad de Valencia, donde parece haber estudiado y donde desempeñó alguna cátedra, leyó la oración latina inaugural del curso de 1774 *(Oratio de eloquentiae laude et praestantia, habita ad Senatum et Academiam Valentinam in studiorum instauratione).* En 1780 aparece en las actas de la Real Academia de Nobles Artes de San Carlos de aquella ciudad, leyendo un *romance heróico* en la distribución de premios generales, y en 1783 leyendo una silva. Son suyos, aunque no llevan su nombre, los prólogos y notas de las espléndidas ediciones de las Crónicas de D. Juan II y de los Reyes Católicos publicadas por el impresor Benito Monfort en 1779 y 1780, verdaderos monumentos tipográficos, en que es lástima que la corrección del texto no corresponda siempre á la belleza y pulcritud de los tipos y de la estampación, que es de lo más perfecto que nunca se vió en España. En 1782 Santibáñez estaba ya de profesor en el Seminario de Vergara, y publicaba en Vitoria, bajo los auspicios de la Sociedad Vascongada, diversos elogios fúnebres de sus consocios, el de D. Ambrosio de Meade en 1782, el del Marqués González Castejón en 1784, el del Conde de Peñaflorida (fundador de la Sociedad y del Seminario) en 1785. Tres años después le hallamos en Valladolid, donde publicó traducida una de las *Novelas Morales* de Marmontel, *La mala madre,* con un prólogo muy curioso, en que se trata de la antigüedad,

progresos y utilidad de este género de literatura (1780) (1). Pero mucha más celebridad que esta traducción tuvo otra que no lleva su nombre, y que ha sido atribuída con error al abate Marchena, á pesar de que Quintana (2) señala con precisión su autor verdadero. Es la famosa *Heroida* de Heloisa á Abelardo, traducida libremente, y no del original inglés de Pope, sino de la paráfrasis ó imitación francesa de Colardeau. Santibáñez añadió otra *heroida* original suya, de Abelardo á Heloisa, imitada de otras francesas de aquel tiempo y también de Ovidio y otros antiguos; y con todo ello formó el tomito de las *Cartas de Abelardo y Heloisa,* que por la mezcla de sentimentalismo y voluptuosidad que en ellas rebosa, y por las declamatorias imprecaciones que contienen contra los votos monásticos y contra el celibato religioso, fueron puestas por la Inquisición en su Índice, sirviendo esto de incentivo, como de costumbre, para que fuesen más ávidamente leídas por la juventud de uno y otro sexo, en innumerables copias que corrieron manuscritas (3). El estilo poético de Santibáñez es desaliñado y muchas veces prosaico, pero algunos pasajes no

(1) Vid. Sempere y Guarinos, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, t. V, pág. 150.

(2) *Introducción á la poesía del siglo XVIII*, capítulo IV: «D. Vicente M.ª Santibáñez, traductor de la *Heroida* de Pope, con cuyo estilo y carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.»

(3) La primera edición es de Salamanca, 1796, por Francisco de Toxar. El edicto que las prohibe tiene la fecha de Abril de 1799.

carecen de pasión, y en conjunto las dos epístolas se dejan leer sin hastío, dentro de su género ficticio y anticuado. En prosa escribía mejor, y no era de los más incorrectos y galicistas de su tiempo, á pesar de su intimidad con las ideas y los libros de Francia. Pero ni en prosa ni en verso pasó nunca de una razonable medianía.

Llegaba á Francia como un arbitrista político, cargado de memorias y proyectos para hacer la felicidad de España. Una de ellas se titula *Reflexiones imparciales de un Español á su nación sobre el partido que debería tomar en las ocurrencias actuales*, y lleva la fecha de Marzo de 1793 (1). En ella Santibáñez, apartándose algo de las ideas de Marchena y sus amigos, aboga, no por las antiguas cortes, sino por un nuevo *cuerpo político*, una *representación nacional*, á la moderna.

Estalló en tanto la guerra en el Pirineo oriental, emprendiendo el general Ricardos su campaña de 1793, la más gloriosa para nuestras armas desde los días, ya lejanos, de Montemar y del Marqués de la Mina. Mientras el inmortal caudillo aragonés se aprestaba á recoger los lauros inmarcesibles de Masdeu, de Truillas, y del campamento atrincherado del Boulou, los malos españoles á quienes su impío fanatismo había arrastrado á Francia se ponían al servicio de la República para iniciar en las filas de nuestro ejército la propaganda revolucionaria. Le Brun

(1) Vid. Morel-Fatio, *Revue Historique*, en el artículo ya citado.



llamaba á París á Marchena y á Hevia, para tratar de la organización definitiva de los comités de Bayona y Perpiñán, y Santibáñez admitía el encargo de poner en castellano la ley de 3 de Agosto de 1792, provocando á la deserción á los sargentos, cabos y soldados.

Pero todavía hubo quien fuese más lejos en estos crímenes de lesa nación. En las memorias ya citadas del vasco francés Reynón, extractadas por el capitán Du Voisin, se leen los más curiosos detalles acerca de otro revolucionario español, que llevó su insano furor hasta el punto de tomar armas contra su patria. Permítase una leve digresión sobre este odioso personaje.

Llamábase D. Primo Feliciano Martínez de Ballesteros, y había nacido en Logroño por los años de 1745. Su familia era distinguida; su educación esmerada. Sabía bien el latín, y hablaba con mucha soltura el italiano y el francés. Era buen músico, y tocaba con talento el piano y el órgano. Á la edad de treinta años se estableció en Bayona, donde se ganaba la vida como intérprete y profesor de lenguas. Decíase que había sido novicio de los jesuítas, pero nunca pudo comprobarse. Hombre ingenioso y de ameno trato, ganó en breve tiempo muchos amigos, á quienes divertía con su gracia para contar anécdotas chistosas, y con sus originales y felices ocurrencias, cuyo gusto sabía variar según la calidad de las gentes con quien trataba. Escribiendo tenía menos donaire: publicó en castellano la

famosa *Academia Asnal,* con caricaturas en madera: una de las más insulsas diatribas que se han escrito contra la Academia Española desde que en tiempos inmediatos á su fundación D. Luis de Salazar y Castro rompió el fuego en la *Carta del Maestro de Niños* y en la *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá.*

De estas escaramuzas literarias pasó pronto á otras de peor calidad. En la guerra de 1793, no contento con provocar á la deserción á los soldados españoles, intentó formar una legión de Miqueletes, que él se proponía mandar con título de coronel. Llegó á reunir unos 200 hombres, que se acuartelaron en el convento llamado de *Dames de la Foi* en Bayona. Allí se encargó de educarlos en la doctrina revolucionaria otro español refugiado, el exoficial de marina Rubín de Celis (1), hombre instruído pero

(1) No sé si será el mismo D. Manuel Rubín de Celis que en 1775 publicó traducida la obra de Saverien *Historia de los progresos del entendimiento humano en las ciencias exactas y en las artes que dependen de ellas* (Madrid, en la imprenta de Sancha).

Este Rubín de Celis era asturiano, natural de Lastres. Publicó, ya con su nombre y apellido más usuales, ya con los semiseudónimos de *D. Santos Celis* y *D. Santos Manuel Pariente y Noriega,* varios librejos, en prosa y verso, de diversas materias, todos de poco fuste, y en los cuales se acreditó de incansable *grafómano.* El más conocido es un suplemento á *Los eruditos á la violeta,* que suele acompañar á las ediciones de aquella graciosa sátira del coronel Cadalso. Los restantes son: *Égloga pastoril: lamentos á la muerte de María Ladoenant, primera dama del teatro* (Madrid, 1765).—*Discursos políticos sobre los proverbios castellanos* (1767).—*Paralelo entre la juventud y la vejez* (1768).—*Carta histórico-médica sobre la inoculación de las viruelas* (1773).—*Oración fúnebre de Carlos Manuel,* Rey de Cerdeña (traducida del francés: 1774).—*Tratado del Cáñamo, escrito en francés por Mr. Marcandier* (traducido y adicionado: 1774).

fanatizado por las ideas *humanitarias* y filosóficas de la época. Celis daba conferencias á los desertores, y les explicaba el catecismo de los derechos del hombre. Pero esta instrucción teórica no bastaba para los designios de Ballesteros, y además, antes que aquella tropa estuviese en disposición de moverse, estalló una sangrienta reyerta entre el cuerpo 7.° de voluntarios de Burdeos y los miqueletes españoles, la mayor parte de los cuales determinaron volver á pasar la frontera y acogerse á indulto. Ballesteros no se desanimó por eso, y con foragidos y vagabundos de todos países formó una nueva legión, á la cual dió el nombre de *Cazadores de las Montañas*. Con ellos entró en campaña, y no dieron mala cuenta de sí; pero agotados en breve tiempo los recursos del coronel, tuvo que poner su pequeña tropa á disposición del general La Bourdonnaye, que mandaba el ejército de los Pirineos Occidentales. La Bourdonnaye le reconoció el grado de comandante de batallón, y le incorporó á su Estado Mayor en calidad de intérprete de lenguas extranjeras. Pero Ballesteros no conservó mucho tiempo su posición ni su grado, porque es bien sabido que los comisarios de la Convención hacían y deshacían diariamente generales y oficiales (1).

Quedó, pues, separado del servicio, y sólo mucho después remuneró el gobierno de la República

(1) Probablemente en este tiempo le dedicó Marchena un poema titulado *La Patria á Ballesteros*, del cual sólo quedan tres octavas, insertas en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*. Constituyen un apóstrofe á la Libertad.

sus servicios con una módica pensión vitalicia de 800 francos, harto pequeña para quien se jactaba de que el gobierno español había ofrecido cien mil reales por su cabeza. Aquí termina su papel político. En la venta de bienes nacionales había comprado á bajo precio la abadía de San Bernardo cerca de Bayona. Allí estableció una fábrica de botellas, que fué devorada por un incendio. Entonces buscó nueva y menos lícita industria, aprovechando sus conocimientos químicos para falsificar el tabaco de España. Enriquecido por la falsificación y el contrabando, alcanzó la avanzadísima edad de noventa años, y murió en 1830, «muy llorado (dice Reynón) por las muchachas del pueblo, muchas de las cuales conservaban prendas de su amor» (1).

Volvamos á Marchena y á su compañero Hevia, los cuales por este tiempo empezaban á caer de la gracia del ministro Le Brun. Había entrado éste al principio en sus planes, como lo prueba su correspondencia con el alcalde de Bayona. En 8 de Marzo le escribía:

«Persisto en creer que Bayona es el punto más conveniente para reunir á los patriotas españoles, y para trabajar en la regeneración de su país... Conviene que el comité revolucionario empiece á funcionar lo antes posible, pero ajustando su conducta á principios de moderación y prudencia. Es evidente que el lenguaje de los franceses regenerados y republicanos no puede todavía ser el de los espa-

(1) Págs. 223 y 233 de las Memorias manuscritas, ya citadas, de que nos envió extracto nuestro amigo Mr. Wenthworth Webster.

ñoles. Éstos tienen que irse preparando gradualmente á digerir los alimentos sólidos que les preparamos. Sobre todo, hay que respetar durante algún tiempo ciertas preocupaciones ultramontanas, que á la verdad son incompatibles con la libertad, pero que están demasiado profundamente arraigadas en nuestros vecinos, para que puedan ser destruídas de un golpe» (1).

En 26 de Marzo añadía:

«Ya os he hablado de la organización de dos comités, uno en Bayona, y otro en Perpiñán, y os he indicado los nombres de muchos de los que deben ser sus miembros. Uno á esta lista dos españoles que están aquí, Marchena y Hevia: partirán dentro de pocos días, y espero que quedaréis satisfecho de su celo y de su talento» (2).

Pero los tiempos eran de recelo y desconfianza.

«El grupo francés (dice Morel-Fatio) quería á todo trance excluir de los comités á Marchena y á Hevia, cuyo conocimiento de las cosas de España, así como la superioridad de su cultura, mortificaban á las medianías y á los ignorantes que tanto en Bayona como en Perpiñán pretendían tomar la dirección de los negocios españoles.»

Acordaron, pues, según era costumbre entonces, denunciarlos como sospechosos de traición é *incivismo*. El ciudadano Taschereau, antiguo agente secreto en Madrid encargado de espiar al embajador Bourgoing, y otro ciudadano todavía más oscuro, llamado Carles, escriben á Le Brun pintando á Marchena como «un joven aturdido, que no tiene más que las apariencias de un hombre instruído, y

(1) *Aff. Ét. Esp.*, 635, pieza 219.
(2) Id., 635, pieza 291.

que posee en cambio toda la presunción de un ignorante.»

«Se le ha visto (añaden) variar muchas veces en sus principios revolucionarios, entusiasmarse con los Bernardos, *(Feuillants,* sociedad compuesta de moderados), declamar como un frenético contra la famosa jornada del 10 de Agosto (asalto de las Tullerías, y caída de la monarquía)... se le ha oído en Bayona decir á gritos: *España ó la muerte.* ¿Es esto patriotismo? Este hombre es sospechoso de todo punto, y muchas cartas que ha escrito á Madrid pueden atestiguarlo. Además, fuera de algunos conocimientos en moral y en política, Marchena no sabe absolutamente nada, porque no ha meditado ni reflexionado sobre nada. El otro colaborador, llamado Hevia, está igualmente vacío que Marchena de buen sentido y de reflexión. (1)»

Estas denuncias surtieron su efecto en el ánimo del ministro, y cuando Marchena y Hevia estaban á punto de salir de París para trasladarse á Bayona, fueron arrestados por los comisarios de la sección de las Cuatro Naciones como *extranjeros* y *sospechosos*. Apenas se enteró de ello Brissot, amigo y protector de Marchena, se apresuró á intervenir en su favor, solicitando que inmediatamente fuesen puestos en libertad los dos emigrados españoles. Su carta á Le Brun es de 4 de Mayo, y dice así:

«Ciudadano Ministro:

»Acabo de saber que Marchena ha sido arrestado, y con él Hevia. Parece increible que se haya llegado á tales excesos contra hombres á quienes el amor de la libertad ha

(1) La carta de Taschereau es de 28 de Marzo de 1793; la de Carles de 9 de Abril.

traído á Francia, y que tantas pruebas han dado de sus sentimientos cívicos. No sé á qué atribuir el cambio de vuestras disposiciones respecto á ellos, y por qué, después de haberlos nombrado para el comité revolucionario español, en que podían ser tan útiles, habéis hecho borrar sus nombres sin motivo alguno. Sea como quiera, hoy la desdicha pesa sobre ellos, y al ministro de negocios extranjeros es á quien toca sacarlos de tal situación. Podéis y debéis informar á la sección de todo lo que sabéis sobre esos hombres, del empleo á que pensabais destinarles; y puesto que ya no pueden servir á la República Francesa por haber cambiado vuestra opinión en este punto, lo menos que podéis hacer es darles un pasaporte para que salgan de Francia. Están proscriptos en España como amigos de la Revolución francesa. ¿Los hemos de proscribir aquí como españoles? Cuando un extranjero no tiene embajador, al ministro de negocios extranjeros toca protegerle...

»J. P. BRISSOT.»

Esta carta no convenció á Le Brun, que sólo se prestó á intervenir en favor de Hevia, sin dignarse nombrar siquiera á su compañero. De todos modos este primer encarcelamiento de Marchena no fué largo, ya porque se le pusiera en libertad, ya porque lograra evadirse. Y entonces la gratitud le unió más estrechamente que nunca con Brissot y los girondinos, cuyas vicisitudes, prisiones y destierros compartió con noble y estoica entereza.

No hay para qué repetir aquí lo que todo el mundo sabe y en cualquier historia de la Revolución Francesa puede leerse. Proscritos los girondinos en 2 de Junio de 1793, declarados traidores á la patria en 25 de Julio, encarcelados ú ocultos al-

gunos de ellos, fueron los restantes á encender la guerra civil en los departamentos del Mediodía, del Centro y del Este. El principal foco de esta insurrección, que era federal en su tendencia aunque no llevase tal nombre, fué la Normandía, á donde se dirigieron la mayor parte de los representantes fugitivos de París, Buzot, Salle, Barbaroux, Larivière, Gorsas, Louvet, Guadet, Pétion, y otros hasta el número de veinte. Además de estos diputados bullían entre los caudillos de la insurrección el periodista Girey-Dupré, un joven literato llamado Riouffe, *y el español Marchena,* amigo de Brissot (1). Constituyóse en Caén una *asamblea central de resistencia á la opresión,* y el general Félix Wimffen se puso al frente de las fuerzas destinadas á marchar sobre París. Pero fuese por la nulidad del general, ó de los representantes, ó por la discordia de pareceres que entre ellos reinaba, aquella insurrección tuvo un resultado no sólo infeliz sino ignominioso, y algunos cañonazos disparados en Vernón el 13 de Julio bastaron para disiparla y reducir á la obediencia de la Convención toda la Normandía. Y entonces comienza la triste odisea de los girondinos, largameute relatada en las Memorias de Louvet y de Meillan.

Empezaron por buscar asilo en Bretaña, con la esperanza de embarcarse allí para la Gironda, donde

(1) J. Guadet. *Les Girondins, leur vie privée, leur vie publique, leur proscription et leur mort.* (Paris, 1889, pág, 357.)
Vid. también el excelente libro de Edmond Biré *La Légende des Girondins* (París, 1896), aunque no nombra á Marchena.

contaban con elementos para la lucha; y, después de increibles penalidades, llegaron á Quimper, donde su amigo Duchâtel había fletado una barca para conducirlos á Burdeos. Pero esta barca estaba en mal estado, exigió grandes reparaciones, y no pudo partir hasta el 21 de Agosto. En ella iban nueve viajeros: Cussy, Duchâtel, Bois-Guyón, Girey-Dupré, Salle, Meillan, Bergoeing, Riouffe y *Marchena*.

La navegación fué feliz, y el 24, á prima noche, llegaron á la Gironda, delante del pico de Ambès. Bergoeing y Meillan, únicos que conocían el país, saltaron en tierra para informarse del estado de las cosas, y los demás se quedaron á bordo hasta que sus colegas les diesen aviso de desembarcar. Á fines del mes de Setiembre llegó otro grupo de girondinos, Guadet, Pétion, Valady, Barbaroux, que venían en una embarcación procedente de Brest.

Terrible fué su desencanto al saber que el movimiento de Burdeos y Marsella había fracasado lo mismo que el de Normandía y Bretaña. Y aquí dejaremos la palabra á un sobrino del girondino Guadet, que cuenta estos sucesos con más pormenores que los que se contienen en las historias generales, como que el autor consigna sus propias tradiciones de familia:

«Al saber tan tristes nuevas, los proscritos, reunidos en el Pico de Ambès, no pensaron más que en ponerse en salvo. Guadet dejó á sus amigos en una casa perteneciente á su suegro, y partió él mismo para su pueblo natal,

St. Emilion, residencia de su familia y de la mayor parte de los amigos de su infancia. Allí esperaba encontrar protección y asilo para sus colegas, á quienes prometió enviar un emisario.

»Pero no faltó en el lugar de Ambès quien conociera á los diputados. El mismo Guadet, con su confianza ordinaria, como dice Louvet, había dado su nombre, y no era difícil adivinar quiénes podían ser los otros. Pensaron, pues, que la prudencia exigía que se mantuviesen cuidadosamente ocultos. Pero fué en vano, porque muy pronto fué conocido el punto en que estaban refugiados. Supieron que un ciudadano de aquellas cercanías, ardiente revolucionario, había hecho un viaje á Burdeos, y que había vuelto trayendo consigo gente desconocida: que se notaban en la casa conciliábulos y movimiento. La inquietud de los diputados aumentaba, y Guadet no volvía, ni enviaba aviso alguno.

»Dispuestos para cualquier suceso, se prepararon para la defensa, hicieron barricadas, y se repartieron las armas de que disponían: catorce pistolas, cinco sables y un fusil. Era de noche. Algunos se acostaron vestidos, otros hicieron centinela, pero nadie se presentó aquel día.

»Á la noche siguiente llega un enviado de Guadet. Éste no había podido encontrar más que una sola persona que se atreviese á recibir á dos de sus colegas, pero se ocupaba en buscar asilo para los demás.

»Con estas nuevas quedaron todos consternados. Entonces exclamó Barbaroux: «¿Quién de nosotros puede pen-
»sar en salvarse solamente á sí mismo, sin que le detenga
»el pensamiento de que mañana acaso no existirán los que
»va á dejar aquí? Por lo que á mí toca, no abandonaré
»nunca á los compañeros de mis trabajos y de mi gloria!
»¿No hay asilo más que para dos? Pues quedémonos todos,
»y muramos juntos. ¿Pero Guadet, si conociese nuestra po-
»sición, no enviaría á buscar más que dos? ¿No comprende-
»ría que lo más urgente es salir de aquí? Hay quien ofrece

»asilo para dos de nosotros: Pues bien, para cuatro ó cinco »días, si es menester, ¿no hemos de caber seis en el lugar »donde se espera á dos? Partamos todos.»

»Mientras así deliberaban, vino alguien á advertir que había mucho ruido en la posada inmediata. Acababan de llegar treinta oficiales, y se veían ya en aquellos contornos muchos destacamentos de la guardia nacional, y algunas brigadas de gendarmería. Con esto quedó cortada toda discusión. Partieron en silencio, siguieron á su guía hacia la barca que los esperaba, y en esto les fué propicia la fortuna, porque apenas habían abandonado la casa, cuando fué ya asaltada.

»Muy cerca de la villa de St. Emilion estaba la casa del padre de Guadet, separada de todas las demás habitaciones. Guadet (padre), un hijo suyo y una hermana componían todo el personal de la casa. El padre de Guadet era un viejo de setenta años: su aspecto, sus maneras, su lenguaje anunciaban un hombre habituado á la autoridad: sus hijos tenían por él profundo respeto y sumisión absoluta...

»Á esta puerta vinieron á llamar el 27 de Setiembre los fugitivos del Pico de Ambès. Fueron acogidos como hijos, como hermanos: encontraron afecto, de parte del viejo, tierno interés, de parte de sus hijos. Pero no podía haber seguridad para ellos en casa del representante Guadet: á mitad del día que siguió á su llegada se les vino á decir que el comandante de la expedición del Pico de Ambès seguía sus huellas, que avanzaba al frente de cincuenta caballos, y que venía seguido por un batallón revolucionario. Era domingo. Para colmo de desdichas, un hombre que desde la mañana corría por aquellos alrededores para buscarles un retiro más seguro, volvió por la noche con la triste noticia de que nadie se atrevía á recibirlos. Guadet quedó confundido (dice Louvet): ¡qué dignos de lástima éramos, pero él todavía más que nosotros!

»¿Qué podían hacer ya? Separarse, puesto que, yendo

perseguidos tan de cerca, no convenía qne marchasen juntos. Los proscritos se separaron, dándose el último abrazo de despedida» (1).

Marchena y algún otro tuvieron la temeridad de meterse en la misma ciudad de Burdeos, y fueron, por tanto, de los primeros que cayeron en manos de sus enemigos. Sobre este interesantísimo período de la vida de nuestro autor derramaban mucha luz las *Memorias* de su amigo y compañero de cautividad el marsellés Honorato Riouffe (2). De ellas resulta que Marchena fué preso en Burdeos el mismo día que Riouffe, es á saber el 4 de Octubre de 1793, conducido con él á París, y encerrado en los calabozos de la Conserjería. Riouffe le llama á secas el español, pero Mr. Thiers nos descubre su nombre al contarnos la fuga de los girondinos por el Mediodía de Francia:

«Barbaroux, Pétion, Salle, Louvet, Meilhan, Guadet, Kerbelégan, Gorsas, Girey-Dupré, *Marchena, joven español que había venido á buscar la libertad en Francia,* Riouffe, joven que por entusiasmo se había unido á los girondinos, formaban este escuadrón de ilustres fugitivos, perseguidos como traidores á la libertad» (3).

(1) J. Guadet, obra citada, págs. 376-380.

(2) Le llamo marsellés, porque de Marsella eran sus padres, aunque él naciese casualmente en Roma. El título de su libro, muy utilizado por todos los historiadores de la época del Terror, es *Mémoires d' un détenu, pour servir à l' histoire de la tyrannie de Robespierre*. Se publicaron por primera vez en la *Collection des Mémoires relatifs à la Revolution Française* de Berville y Barrière, que comprende más de sesenta volúmenes. Latour extracta del libro de Riouffe los párrafos relativos á Marchena.

(3) *Historia de la Revolución Francesa,* cap. XXIV.

Después de la prisión, Riouffe es más explícito:

«Me habían encarcelado (dice) juntamente con un español que había venido á Francia á buscar la libertad bajo la garantía de la fe nacional. Perseguido por la Inquisición religiosa de su país, había caído en Francia en manos de la inquisición política de los comités revolucionarios. No he conocido un alma más entera ni más enérgicamente enamorada de la libertad, ni más digna de gozar de ella. Fué su destino ser perseguido por la causa de la república, y amarla cada vez más. Contar mis desgracias es contar las suyas. Nuestra persecución tenía las mismas causas; los mismos hierros nos habían encadenado; en las mismas prisiones nos encerraron, y un mismo golpe debía acabar con nuestras vidas...»

El calabozo donde fueron encerrados Riouffe, Marchena y otros girondinos tenía sobre la puerta el número 13. Allí escribían, discutían y se solazaban con farsas de pésimo gusto. Todos ellos eran ateos, *muy crudos, muy verdes*, y, para inicua diversión suya, vivía con ellos un pobre benedictino, santo y pacientísimo varón, á quien se complacían en atormentar de mil exquisitas maneras. Cuándo le robaban su breviario, cuándo le apagaban la luz, cuándo interrumpían sus devotas oraciones con el estribillo de alguna canción obscena. Todo lo llevaba con resignación el infeliz monje, ofreciendo á Dios aquellas tribulaciones, sin perder nunca la esperanza de convertir á alguno de aquellos desalmados. Ellos, para contestar á sus sermones y argumentos, imaginaron levantar altar contra altar, fundando un nuevo culto con himnos, fiestas y música. Al flamante irrisorio

dios le llamaron *Ibrascha,* y Riouffe redactó el símbolo de la nueva secta, muy parecido á lo que fué luego el credo de los *theophilántropos.* Y es lo más peregrino que el inventor llegó á tomarla por lo serio, y todavía cuando muchos años después redactaba sus Memorias, convertido ya en personaje grave y en funcionario del Imperio, no quiso privar á la posteridad del fruto de aquellas lucubraciones, y las insertó en toda su extensión, diciendo que «aquella religión (!) valía tanto como cualquiera otra, y que sólo podría parecer pueril á espíritus superficiales.»

Las ceremonias del nuevo culto comenzaron con grande estrépito: entonaban á media noche un coro los adoradores de *Ibrascha,* y el pobre monje quería superar su voz cantando el *de profundis;* pero, débil y achacoso él, fácilmente se sobreponía á sus cánticos el estruendo de aquella turba desaforada. Á ratos quería derribar la puerta del improvisado santuario, y ellos le vociferaban: «¡Sacrílego, espíritu fuerte, incrédulo!»

En medio de esta impía mascarada adoleció gravemente Marchena, tanto que en pocos días llegó á peligro de muerte. Apuraba el benedictino sus esfuerzos para convertirle, pero él á todas sus cristianas exhortaciones respondía con el grito de «*Viva Ibrascha.*»

Y, sin embargo, en la misma cárcel teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leía asiduamente Marchena la *Guía de peca-*

dores de Fr. Luís de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo habría de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí en Valencia el año 1813:

«¿Ve V. este volumen, que por lo ajado muestra haber sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues está así porque hace veinte años que le llevo conmigo, sin que se pase día en que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en los tiempos del Terror en las cárceles de París; él me siguió en mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer, ni puedo dejar de leerlo. No lo puedo leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte que, mientras le estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como V. y como las monjas, y como los misioneros que van á morir por la fe católica en la China ó en el Japón. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable.»

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicación ha de buscarse en las eternas contradicciones y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el abate Marchena gustaba sólo en Fray Luís de la pureza y harmonía de la lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor cuyas ideas totalmente se rechazan. No hay materia sin alma que la informe; ni nadie, á no estar loco,

se enamora de palabras vacías, sin parar mientes en su contenido.

Pero tornemos á Marchena y á sus compañeros de prisión. Casi todos fueron subiendo en el transcurso de pocos meses al cadalso. Los veintiún diputados girondinos (Vergniaud, Gensonné, Brissot, Lassource, Lacaze, Fauchet, Fonfrède, Ducos.....) en 31 de Octubre; Mad. Roland, la ninfa Egeria, la gran sacerdotisa de la Gironda, en 9 de Noviembre; el ministro Le Brun en 27 de Diciembre; y antes y después otros más oscuros, sin contar con los que perecieron en provincias, como Salle, Guadet y Barbaroux, ejecutados en Burdeos; y los que como Roland, Condorcet y otros muchos apelaron al suicidio por medio del puñal ó del veneno.

Marchena fué de los pocos que salieron incólumes de aquella general proscripción, ya por su calidad de extranjero, ya por ser figura de segundo orden en su partido, á pesar de la notoriedad que tenía como periodista y orador de club. Pero lo cierto es que, sintiéndose ofendido por la preterición, había escrito á Robespierre aquellas extraordinarias provocaciones, algo teatrales á la verdad, aunque el valor moral del autor las explique y defienda: «Tirano, me has olvidado.» «Ó mátame, ó dame de comer, tirano.» Hay en todos estos apotegmas y frases sentenciosas del tiempo de la Revolución algo de *laconismo* y de estoicismo de colegio, un infantil empeño de remedar á Leónidas y al rey Agis, á Trasíbulo, á Timoleón y á Tráseas, que echa á per-

der todo el efecto hasta en las situaciones más solemnes. Yo no llamaré, como Latour y otros, sublimes insolencias á las de Marchena, porque toda afectación, aun la de valor, me parece mala y viciosa. La muerte se afrenta y se sufre honradamente cuando viene; no se provoca con carteles de desafío, ni con botaratadas de estudiante. Ni murieron así los grandes antiguos, aunque mueran así los antiguos de teatro.

Pero los tiempos eran de retórica, y á Robespierre le encantó la audacia de Marchena. Y aún hubo más: quiso atraérsele y comprar su pluma, á lo cual Marchena se negó con digna altivez, continuando en la Conserjería, siempre bajo el amago de la cuchilla revolucionaria, hasta que vino á restituirle la libertad la caída y muerte de Robespierre en 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794).

La fortuna pareció sonreirle entonces. Le dieron un puesto, aunque subalterno, en el *Comité de Salvación Pública*, y empezo á redactar con Poulthier un nuevo periódico, *El Amigo de las Leyes*. Pero los thermidorianos vencedores se dividieron al poco tiempo, y Marchena, cuyo perpetuo destino era afiliarse á toda causa perdida, se declaró furibundo enemigo de Tallien, Legendre y Fréron; escribió contra ellos venenosos folletos (1); perdió su empleo;

(1) «Una multitud de hombres que tenían fama en la literatura, ó que habían figurado en las antiguas asambleas, se presentaron en las tribunas de las secciones. Suard, Morellet, Lacretelle *junior*, Fiévée, Vaublanc, Pastoret, Dupont de Nemours, Quatremère de Quincy, Delalot, el fogoso converso La Harpe,

se vió otra vez perseguido y obligado á ocultarse; sentó, como en sus mocedades, plaza de conspirador, y fué denunciado y proscrito, en 1795, como uno de los agitadores de las secciones del pueblo de París en la jornada de 5 de Octubre contra la Convención (1).

Pasó aquella borrasca, pero no se aquietó el ánimo de Marchena. Al contrario, en 1797 le vemos haciendo crudísima oposición al Directorio, que para deshacerse de él no halló medio mejor que aplicarle la ley de 21 de Floreal contra los extranjeros sospechosos y arrojarle del territorio de la República. Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fué su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenía en Coppet su antigua amiga Mad. de Stael, cuyos salones había frecuentado él en París. Pero la futura *Corina* no quería indisponerse con el Directorio, y además no gustaba de la insufrible mordacidad y del cinismo nada culto de

el general Miranda, escapado de las prisiones en que había sido encerrado á consecuencia de su conducta en Nerwinde, *el español Marchena, que había logrado salvarse de la proscripción de sus amigos los girondinos,* el jefe de la agencia realista Lemaître, se distinguieron en folletos y discursos vehementes: todos los enemigos de la Convención se desataron contra ella.»

Así Mr. Thiers en su *Histoire de la Révolution Française,* t. VIII, cap. I, al referir la coalición de realistas y republicanos exaltados, contra la Convención, con motivo de la promulgación de la Constitución llamada del año III, y de los decretos de 5 y 13 de Fructidor. Sabido es que este conflicto terrible fué resuelto por Bonaparte y Barras en la jornada de 13 de Vendimiario con la derrota de las secciones insurrectas.

(1) De todo esto hay datos en la *Biographie Universelle* de Michaud, y en la ya citada nota de D. Sebastián Miñano á su traducción de la *Historia de la Revolución Francesa* de Thiers.

Marchena, á quien Chateaubriand (que le conoció en aquella casa) define en sus *Memorias de Ultratumba* con dos rasgos indelebles: «*Sabio inmundo y aborto lleno de talento.*» Lo cierto es que la castellana de Coppet dió hospitalidad á Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad, y que á los pocos días riñeron del todo, vengándose Marchena de Mad. de Stael con espantosas murmuraciones.

Decidido á volver á Francia, entabló reclamación ante el Consejo de los Quinientos para que se le reconocieran los derechos de ciudadano francés; y mudándose los tiempos, según la vertiginosa rapidez que entonces llevaban las cosas, logró no sólo lo que pedía sino un nombramiento de oficial de estado mayor en el ejército del Rhin, que mandaba entonces el general Moreau, célebre por su valor y por sus rigores disciplinarios.

Agregado Marchena á la oficina de contribuciones del ejército en 1801, mostró desde luego aventajadas dotes de administrador militar laborioso é íntegro, porque su entendimiento rápido y flexible le daba recursos y habilidad para todo. Quiso Moreau en una ocasión tener la estadística de una región no muy conocida de Alemania; y Marchena aprendió en poco tiempo el alemán, leyó cuanto se había escrito sobre aquella comarca, y redactó la estadística que el general pedía, con el mismo aplomo que hubiera podido hacerlo un geógrafo del país.

Pero no bastaban la topografía ni la geodesia para llenar aquel espíritu curioso, ávido de noveda-

des y esencialmente literario: por eso en los cuarteles de invierno del ejército del Rhin volvía sin querer los ojos á aquellos dulces estudios clásicos que habían sido encanto de los alegres días de su juventud en Sevilla. Entonces forjó su breve fragmento de Petronio, fraude ingenioso, y cuya fama dura aún entre muchos que jamás le han visto. Sus biógrafos han tenido muy oscuras é inexactas noticias de él. Unos han supuesto que estaba en verso: otros han referido la sospechosa anécdota de que habiendo compuesto Marchena una canción harto libre en lengua francesa, y reprendiéndole por ella su general Moreau, se disculpó con decir que no había hecho más que poner en francés un fragmento inédito del *Satyricon* de Petronio, cuyo texto latino inventó aquella misma noche, y se le presentó al día siguiente, cayendo todos en el lazo.

Todo esto es inexacto, y hasta imposible, porque el fragmento no está en verso, ni ha podido ser nunca materia de una canción, sino que es un trozo narrativo, compuesto *ad hoc* para llenar una de las lagunas del *Satyricon,* de tal suerte que apenas se comprendería si le desligásemos del cuadro de la novela en que entra. Sabido es que esta singular novela de Petronio, *auctor purissimae impuritatis,* monumento precioso para la historia de las costumbres del primer siglo del Imperio, ha llegado á nosotros en un estado deplorable, llena de vacíos y truncamientos, donde quizás haya desaparecido lo más precioso, aunque haya quedado lo más obsceno.

El deseo de completar tan curiosa leyenda ha provocado supercherías, y también errores de todo género, entre ellos aquel que con tanta gracia refiere Voltaire en su *Diccionario Filosófico*. Leyó un humanista alemán en un libro de otro italiano no menos sabio: «*Habemus hic Petronium integrum, quem saepe meis oculis vidi, non sine admiratione.*» El alemán no entendió sino ponerse inmediatamente en camino para Bolonia, donde se decía que estaba el Petronio entero. ¡Cuál no sería su asombro cuando le mostraron en la iglesia mayor el cuerpo íntegro de San Petronio, patrono de aquella religiosa ciudad!

Lo cierto es que la bibliografía de Petronio es una serie de *fraudes honestos*. Cuando en 1622 apareció en Trau de Dalmacia el insigne fragmento de la *Cena de Trimalchión*, que era el más extenso de la obra, y casi duplicaba su volumen, no faltó un falsario llamado Nodot que, aprovechándose del ruído que había hecho en toda la Europa literaria aquel hallazgo, fingiese haber descubierto en Belgrado *(Albagraeca)* el año 1688 un nuevo ejemplar de Petronio, en que todas las lagunas estaban colmadas. Á nadie engañó tan mal hilada invención, porque los supuestos fragmentos de Nodot están en muy mal latín, y abundan en groseros galicismos, como lo pusieron de manifiesto Leibnitz, Crammer, Perizonio, Ricardo Bentley y otros cultivadores de la antigüedad. Pero como quiera que los suplementos de Nodot, á falta de otro mérito, tienen el de dar

claridad y orden al mutilado relato de Petronio, siguen admitiéndose tradicionalmente en las mejores ediciones.

Marchena fué más afortunado, por lo mismo que su fragmento es muy corto, y que puso en él los cinco sentidos, bebiendo los alientos al autor, con aquella pasmosa facilidad que él tenía para remedar estilos ajenos. Toda la malicia discreta, y la elegancia un poco relamida de Petronio, atildadísimo cuentista de decadencia, han pasado á este trozo, que debe incorporarse en la descripción de la monstruosa zambra nocturna de que son actores Gitón, Quartilla, Pannychis y Embasicetas. Claro que un trozo de esta especie, en que el autor no ha emulado sólo la pura latinidad de Petronio, sino también su desvergüenza inaudita, no puede trasladarse íntegro en esta colección; con todo eso, y á título de curiosidad filológica, pongo en nota algunas líneas, que no ofrecen peligro, y que bastan para dar idea de la manera del abate andaluz en este notable ensayo (1).

(1) *Fragmentum Petronii, ex bibliothecae S. Galli antiquissimo ms. excerptum, nunc primum in lucem editum, gallice vertit ac notis perpetuis illustravit Lallemandus, Sacrae Theologiae doctor.* (Toda esta portada es burlesca, como se ve: la edición se hizo en Basilea en 1802; es hoy rarísima, y apenas hay biblioteca pública que la posea.) Ha sido reimpresa el año 1865 en Bruselas, con la falsa data de Soleure, precedida de una introducción biográfica, escrita por *el bibliófilo Jacob* (Paul Lacroix). La tirada fué cortísima, y sólo para aficionados (112 ejemplares numerados, y 20 más en papel superior). Es un cuadernito de VIII páginas preliminares y 53 de texto.

El fragmento sin las notas puede leerse en uno de los apéndices del *Catulo* de Noel (año XI, 1803, pág. 344) y, traducido al francés, figura también en el *Petronio* de la colección Nisard,

El éxito de esta *facecia* fué completísimo. Marchena la publicó con una dedicatoria jocosa al ejército del Rhin (1) y con seis largas notas de erudi-

---

donde es lástima que falte el texto latino. Véase alguna muestra de él:

«*Haec dum fiunt, ingenti sono fores repente perstrepunt, omnibusque quid tam inopinus sonitus esset mirantibus, militem, ex excubiis nocturnis unum, districto gladio, adolescentulorumque turba stipatum conspicimus. Trucibus ille oculis ac Thrasonico gestu omnia circumspiciebat: tandem Quartillam intuens: ¿Quid est (inquit) mulier impudentissima? ¿Falsis me pollicitationibus ludis, nocteque promissa fraudas? At non impune feres, tuque amatorque iste tuus me esse hominem intelligetis* ...... *Tum vero anus illa ipsa, quae dudum me domicilium quarentem luserat, velut e coelo demissa, miserae Pannychidi auxilio fuit. Magnis illa clamoribus domum intrat, vicum pererrare praedones autumat; frustra cives Quiritium fidem implorare, nec vigilum excubias, aut somno sopitas, aut comessationibus intentas praesto esse. Hic miles graviter conmotus, praecipitanter se ex Quartillae domo abduxit, eam insecuti comites, Pannychida impendente periculo, nos omnes metu, liberarunt....*»

Siento no poder copiar lo más característico del relato. Noel (que, como queda dicho, le copia entero y le elogia mucho) llama á Marchena *español notable por la prodigiosa variedad de sus conocimientos*.

(1) En esta dedicatoria daba cuenta de su hallazgo en los términos siguientes:

«Las conquistas de los franceses han contribuído mucho, durante estas últimas guerras, al progreso de las ciencias y de las letras. El Egipto nos ha revelado monumentos de sus primeros habitantes que la ignorancia y la superstición de los coptos y de los musulmanes ocultaban á las naciones ilustradas. Las bibliotecas de los conventos de los diferentes países conquistados han sido exploradas por los sabios, y han visto la luz manuscritos preciosos.

»No es la menos interesante de estas adquisiciones el fragmento de Petronio, que ofrecemos al público, sacándole de un antiguo manuscrito, que la bravura invencible de los soldados conquistadores de S. Gall nos ha permitido examinar. Hemos hecho este importante descubrimiento leyendo un pergamino que contiene la obra de San Gennadio sobre los deberes de los presbíteros. Este códice, por la forma de sus caracteres, nos parece datar del siglo XI. Un examen más atento nos ha hecho ver que la obra del Santo estaba escrita en hojas que contenían ya otra

ción picaresca, que pasan, lo mismo que el texto, los límites de todo razonable desenfado, por lo cual no nos hemos atrevido á incluirlas en la colección de los escritos sueltos de Marchena. Estas notas son mucho más largas que el texto que comentan, al modo que lo vemos en el *Chef d' oeuvre d' un inconnu,* y en otros pasatiempos semejantes, cuyos autores han querido satirizar la indigesta erudición con que suelen abrumar los comentadores el texto que interpretan.

Á pesar del tono de broma de las notas y del preámbulo, la falsificación logró su efecto. Un profesor alemán *demostró* en la *Gaceta Literaria Universal* de Jena la autenticidad de aquel fragmento: el Gobierno de la Confederación Helvética mandó practicar investigaciones oficiales en busca del códice del monasterio de S. Gall donde Marchena declaraba haber hecho su descubrimiento. ¡Cuál sería la sorpresa y el desencanto de todos, cuando Marchena declaró en los papeles periódicos ser único autor de aquel bromazo literario! Y cuentan que hubo sabio del Norte que ni aun así quiso desengañarse.

En las notas quiso alardear Marchena de poeta

escritura, que se había intentado borrar. Se sabe que en estos siglos de ignorancia era frecuente escribir los libros eclesiásticos sobre códices que contenían las obras de los autores de la más pura latinidad. Á fuerza de trabajo hemos llegado á descifrar el trozo que damos al público, y cuya autenticidad nadie puede poner en duda.... El estilo del latín tiene tan impreso el sello original de Petronio, que es imposible creer apócrifo este fragmento.

francés, así como en el texto se había mostrado ingenioso poeta latino. Su traducción de la famosa oda ó fragmento segundo de Safo, tan mal traducida y tan desfigurada por Boileau, no es ciertamente un modelo de buen gusto, y adolece de la palabrería á que parece que inevitablemente arrastran los alejandrinos franceses; pero tiene frases ardorosas y enérgicas que se acercan al original griego (ó á lo menos á la traducción de Catulo) más que la tibia elegancia de Boileau, de Philips ó de Luzán:

Á peine je te vois, à peine je t' entends,
. . . .
Inmobile, sans voix, accablée de langueur,
D' un tintement soudain mon oreille est frappée,
Et d' un nuage obscur ma vue enveloppée:
Un feu vif et subtil se glisse dans mon cœur.

El *tintinnant aures* nunca se ha traducido mejor (1).

Animado Marchena con el buen éxito de sus embustes, quiso repetirlos, pero esta vez con menos fortuna, por aquello de *non bis in idem.* Escribió, pues, cuarenta exámetros á nombre de Catulo, y como si fueran un trozo perdido del canto de las

(1) Á propósito de la segunda oda de Safo (de que hay en castellano seis ó siete traducciones, entre ellas una mía) recordaré que nuestro ilustre comentador de Catulo, Aquiles Estazo *(Statius)* completó la versión latina del poeta veronés con la siguiente estrofa, no digna ciertamente de caer en olvido:

Sudor it late gelidus trementi
Artubus totis, violamque vincit
Insidens pallor, moriens nec auras
Ducere possum.

Parcas en el bellísimo *Epitalamio de Tetis y Peleo,* y los publicó en París el año de 1806, con un prefacio de burlas, en que zahería poco caritativamente la pasada inocencia de los sesudos filólogos alemanes.

«Si yo hubiera estudiado latinidad (decía) en el mismo colegio que el célebre doctor en Teología Lallemand, editor de un fragmento de Petronio, cuya autenticidad fué demostrada en la *Gaceta* de Jena, yo probaría, comparando este trozo con todo lo demás que nos queda de Catulo, que no podía menos de ser suyo; pero confieso mi incapacidad, y dejo este cuidado á plumas más doctas que la mía» (1).

Pero esta vez el supuesto *papiro herculanense* no engañó á nadie, ni quizá Marchena se había propuesto engañar. La insolencia del prefacio era demasiado clara: los versos estaban llenos de alusiones á la Revolución francesa y á los triunfos de Napoleón, y además se le habían escapado al hábil latinista algunos descuidos de prosodia y ciertos arcaismos afectados, que Eichstaedt, profesor de Jena, notó burlescamente como variantes.

El aliento lírico del supuesto fragmento de Ca-

(1) *Catulli fragmentum. Paris, 1806. Firminus Didot.* (No hay más portada que ésta.) Le reimprimió Federico Schoell en su *Répertoire de littérature ancienne* (París, 1808, págs. 184-188), con las correcciones de Eichstaedt, publicadas en un programa de la Universidad de Jena el 7 de Agosto de 1807, con ocasión del nombramiento de nuevo rector.

Eichstaedt dice de Marchena: «*Josephus Marchena, natione Hispanus, inter Franco-Gallos bellica virtute non minus quam scientia clarus, caeterum, ut Catullino quodam praeconio omnia complectamur, homo venustus, dicax et urbanus.*

tulo es muy superior al que en todos sus versos castellanos mostró Marchena. ¡Fenómeno singular! Así él como su contemporáneo Sánchez Barbero, con quien no deja de tener algunas analogías, eran mucho más poetas usando la lengua sabia que la lengua propia. Véase una muestra de esta segunda falsificación:

Virtutem herois non finiet Hellespontus:
Victor lustrabit mundum, qua maxumus arva
Æthiopum ditat Nilus, qua frigidus Ister
Germanum campos ambit, qua Thybridis unda
Laeta fluentisona gaudet Saturnia tellus.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.
Hunc durus Scytha, Germanus Dacusque pavebunt:
Nam flammae similis, quom ardentia fulmina coelo
Juppiter iratus contorsit turbine mista,
Si incidit in paleasque leves, stipulasque sonantes,
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor
Saevit, et exultans arva et silvas populatur:
Hostes haud aliter prosternans alter Achilles,
Corporum acervis ad mare iter fluviis praecludet.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.
At non saevus erit, cum jam victoria laeta
Lauro per populos spectandum ducat ovantem,
Vincere non tantum norit, sed parcere victis.

No por hacer alarde de malos versos, sino para facilitar la inteligencia del fragmento poético de Marchena á los que no puedan leerle en su original, me atrevo á insertar aquí la traducción ó paráfrasis que hice veinte años há, prescindiendo de los versos añadidos por Eichstaedt, y limitándome á los de

nuestro abate, el cual los enlaza con el elogio profético de Aquiles que hay en el canto de las Parcas:

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso
Invicto en las batallas más que ningún mortal:
Será de estirpe Eácida, que sólo el fuerte Aquiles
Á tal varón pudiera noble prosapia dar:
Le admirarán los siglos, y en tanto nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,
Antes el orbe todo triunfante correrá:
Los campos de Germania, que corta el Istro helado,
Los que el Etiope Nilo fecundizando va,
La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.
Cruzando los estambres, etc.
De su valor ingente se asombrará el Germano,
Y el Dacio y el Scita guerrero temblarán;
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,
Si prende en seca paja ó en resonante espiga,
Por campos y montañas extiéndese voraz,
Así él con muertos cuerpos atajará los ríos
Cuando soberbios corran á sumergirse al mar.
Cruzando los estambres, etc.
Mas cuando la victoria su frente coronare,
¡Que brille la clemencia en su gloriosa faz!
Triunfando y perdonando someta á los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.
Cruzando los estambres, etc.
Estos serán los juegos en que el invicto Aquiles
Los años ejercite de su primera edad;
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,

Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá,
Y al pueblo y al monarca los dioses sus mercedes,
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
Cruzando los estambres, etc.
Nunca el furor impío, su veste desgarrando
En intestinas lides el pueblo abrasará,
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos
En propia sangre el brazo feroces teñirán.
Cruzando los estambres, etc.
Desde la sacra era de Deucalión y Pirra
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
Cruzando los estambres, etc., etc.

Además de estos trabajos publicó Marchena en Francia muchos opúsculos políticos y religiosos (ó más bien irreligiosos) de que he logrado escasa noticia, y también algunas traducciones, todo ello en lengua francesa. Entre los escritos originales figuran un *Ensayo de Teología,* que fué refutado por el doctor Heckel en la cuestión de los clérigos juramentados; unas *Reflexiones sobre los fugitivos franceses,* escritas en 1795; y *El Espectador Francés,* periódico de literatura y costumbres, que empezó á publicar en 1796, en colaboración con Valmalette, y que no pasó del primer tomo, reducido á pocos números (1). En los *Anales de Viajes* insertó una descripción de las Provincias Vascongadas.

(1) *Essai sur la théologie,* París, 1797.—*(Heckel à Marchena sur les prêtres assermentés.)*—*Quelques reflexions sur les fugitifs français,* 1795.—*Le Spectateur Français. Año V.* 1796. 12.°

Del inglés tradujo en 1802 la *Ojeada* del doctor Clarke *sobre la fuerza, opulencia y población de la Gran Bretaña*, añadiendo por apéndice la importante correspondencia inédita de David Hume y el Dr. Tucker. Del italiano una obra muy extensa é importante, que hizo época en los estudios orientales, el *Viaje á la India* del carmelita descalzo Fr. Paulino de San Bartolomé, misionero apostólico en la costa del Malabar, y uno de los que revelaron á Europa la existencia y los misterios de la lengua sanscrita y de las religiones del Extremo Oriente. El libro original se había publicado en Roma en 1796, dedicado al Papa Pío VI. La traducción de Marchena, emprendida por encargo del librero Levrault, mereció la honra de ser escrupulosamente revisada en sus dos primeros volúmenes por el sabio Anquetil du Perron; y habiendo fallecido éste en 1805, su amigo y ejecutor testamentario, el célebre arabista Silvestre de Sacy, se encargó de dirigir la impresión del tercer volumen y del *Atlas* que sirve de complemento á esta publicación. Las notas de Historia Natural son las mismas que acompañan á la traducción alemana de J. R. Forster, profesor de Mineralogía en Halle (1798); y al fin del tercer volumen se encuentra una memoria original de Anquetil du Perron *sobre la propiedad individual y territorial en la India y en Egipto*, leída en varias sesiones al Instituto de Francia. Con todo este aparato de erudición oriental se presentó al público la traducción de la obra del P. Paulino, que era quizá la

principal que hasta entonces se había escrito sobre la India, y puede competir con los mejores viajes del siglo pasado, por ejemplo con el de Volney á Siria y Egipto (1).

Como se ve por estos últimos escritos, la actividad de Marchena parecía dirigirse entonces á los libros de viajes y de geografía, alimento muy adecuado para su índole movediza y aventurera. Pero el círculo de sus estudios era tan vasto, que simultáneamente le vemos ocupado en una tarea de historia jurídica, que por cierto nadie esperaría de él, y que prueba su sagaz instinto, hasta en un género de erudición que apenas había saludado. En 1798, hallándose en París con pocos recursos, solicitó del Rey de España una pensión para dedicarse á investigaciones útiles á nuestra historia en la Biblioteca Nacional de la República:

«Entre los manuscritos que hay en ella (decía) citaré algunas de las leyes de los visigodos, inéditas y absolutamente desconocidas hasta ahora, que se leen en un códice del siglo VII, donde están las obras de San Jerónimo y Gennadio, *De viris illustribus*. Estas leyes se hallan esparcidas en quince ó veinte páginas, desde la 71 hasta la 144; y aunque se han raspado, y sobre el mismo pergamino se han escrito los dos tratados citados, sin embargo,

(1) *Coup—d—oeil sur la force, l' opulence et la population de la Grande Bretagne, par le docteur Clarke.* (París, 1802, 8.°) —*Voyage aux Indes Orientales, par le P. Paulin de S. Barthélemy, missionnaire, traduit de l' italien par M***, avec les observations de MM. Anquetil du Perron, J. R. Forster et Silvestre de Sacy. Paris, chez Tourneisin fils, libraire, 1808.* Tres tomos en 4.° y uno de Atlas en tamaño algo mayor.

muchas de estas leyes son aún legibles, y preciosísimas por su antigüedad, que sube hasta el siglo VI, y por ser las fuentes de nuestra legislación. Muchos de estos códices ilustran igualmente puntos muy esenciales de nuestra historia civil y eclesiástica y de nuestra cronología, especialmente desde Fernando I hasta los Reyes Católicos. Estos materiales son indispensables para saber á fondo nuestra historia. Como el que representa se haya ocupado con tesón en este género de investigaciones y desee continuarlas, haciendo útiles para la nación española sus trabajos literarios, y como para ello le fuera necesario abandonar cualquiera otra ocupación, solicita sobre los gastos extraordinarios de esta Embajada la pensión que fuere del agrado de S. M. concederle.»

El Ministro Saavedra pidió informe sobre esta petición de Marchena á nuestro embajador en París D. José Nicolás de Azara, persona (como es sabido) de grande ilustración y cultura literaria y artística, pero que, por haber trocado en odio su antigua afición á los principios de la Revolución francesa, no podía mirar con buenos ojos á los que en ella habían tomado tan activa parte. Contestó, pues, al Ministro que Marchena era una cabeza destornillada, alegando en prueba de ello que había compuesto y publicado un libro en defensa del Ateismo; que probablemente sería el *Ensayo de Teología*, impreso el año anterior.

Con tales informes es claro que no había de prosperar la pretensión de Marchena; y fué lástima; porque en vez de continuar perdiendo el tiempo en tales *teologías espinosistas*, y en otras aberraciones

más ó menos perjudiciales á su buen nombre, hubiera arrebatado á Knust la honra de copiar el primero los fragmentos de la ley primitiva de los visigodos, que aquél no leyó hasta 1828; y á Bluhme la de publicarlos, con casi medio siglo de antelación, puesto que la edición de éste, única que tenemos hasta ahora, no apareció hasta 1847 (1). El haber fijado su atención en el palimpsesto de París y haber comprendido toda su importancia en 1798, es sin duda uno de los rasgos que más evidencian el claro entendimiento de Marchena siempre que su monomanía enciclopedista no le perturbaba el juicio (2).

Después del proceso y destierro del general Moreau en 1804, Marchena, que hasta entonces había sido secretario suyo y satélite de su política, se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, en el cual veía lógicamente la última etapa de la Revolución, y primera de lo que él llamaba *libertad de los pueblos,* es decir el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendía de otra libertad, ni de otro patriotismo Marchena, aunque entonces pasase por moderado, y estuvieran ya lejanos aque-

(1) *Die westgothische Antiqua oder das Gesetzbuch Reccareds des ersten,* Halle, 1847. Posteriormente, el profesor de Bolonia Augusto Gaudenzi ha descubierto en Inglaterra nuevos capítulos de esta ú otra semejante compilación primitiva de derecho visigótico.

(2) Consta la curiosa noticia que acabamos de consignar, en el tomo II de la *Historia de Carlos IV* del abate Muriel, recientemente dada á luz por la Academia de la Historia (*Memorial Histórico Español,* t. XXX, págs. 199 y 200).

llos días de la Convención, en que osó escribir sobre la puerta de su casa: «*Ici l' on enseigne l' athéisme par principes.*»

III

La verdad es que Marchena no tuvo reparo en admitir el cargo de secretario de Joaquín Murat, cuando en 1808 fué enviado por Napoleón á España (1). Acción es ésta que pesa terriblemente sobre su memoria, y más todavía cuando recordamos que ni siquiera la sangre de Mayo bastó á separarle del infame verdugo del Prado y de la Moncloa. ¡Cuán verdad es que, perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia; ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua

(1) D. Adolfo de Castro, en el artículo que con el título de *Un girondino español* publicó en el primer número de *La España Moderna* (1889), apunta los siguientes rumores, que no he visto consignados en ninguna otra parte:

«En aquel tiempo se decía que la protesta de Carlos IV, con motivo de la renuncia que el tumulto de Aranjuez le obligó á hacer en su hijo, se publicó anónima por Marchena en una imprenta habilitada dentro del palacio donde vivía Murat, para que no pudiesen ser sorprendidos ni secuestrados los ejemplares de orden del Consejo de Castilla. Más aún: los patriotas de aquel tiempo atribuían un escrito firmado por un coronel en defensa de Carlos IV y de María Luísa contra Fernando VII, á la artificiosa y desenvuelta pluma del abate Marchena.»

Ignoro la procedencia y el valor que puedan tener estas noticias, que en sí mismas no son inverosímiles.

del bautismo y escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fué el genio tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí como es siempre el culto que se dirige al ente de razón que dicen *Estado!* Después de un siglo de enciclopedia y de filosofía sensualista y utilitaria, sin más norte moral que la conveniencia de cada ciudadano, es lógica la conducta de Marchena, como lógico fué más adelante el *Examen de los delitos de infidelidad* de Reinoso, que otros han llamado *defensa de la traición á la patria*. Uno de los más abominables efectos del positivismo filosófico y de la ideología política fué entonces amortiguar ó apagar del todo en las almas de muchos hombres cultos el desinteresado amor á la patria. Viniera de donde viniera el destructor de la Inquisición y de los frailes, de buen grado le aceptaban los afrancesados, y de buen grado le servía Marchena.

Por aquellos días que antecedieron á la jornada de Bailén y á la primera retirada del ejército invasor, solía concurrir á la tertulia de Quintana, en quien por rara y feliz contradicción, digna de tan gran poeta como él era, pudieron vivir juntos el entusiasmo por las ideas del siglo XVIII y el patriotismo ferviente que le hizo abrazar desde los primeros momentos la causa nacional. No todos sus tertulianos le imitaron en esto. En los terribles folletos de Cap-

many publicados en Cádiz en 1811 (1) pueden leerse las semblanzas de algunos afrancesados y franceses con quienes Capmany tropezó en casa del cantor de *España Libre:* tales como el reformador de la Gimnástica Amorós, el abate Alea, Esménard, y Mr. Quillet (famoso *incautador* de los cuadros del Escorial). Entre estos personajes figura Marchena.

«Allí vi (dice Capmany) sabios y sabihondos, locos y y cuerdos, eruditos y legos, hombres sanos de corazón y otros de alma corrompida... Allí vi al renegado de Dios y de su patria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat.»

Ya antes de este tiempo estaba Marchena en relaciones con Quintana y sus amigos de Madrid. Algunas alusiones de los versos del Abate nos inducen á creer que en sus mocedades cursó algún tiempo las aulas salmantinas, donde pudo conocer á la mayor parte de ellos. Lo cierto es que desde 1804 fué colaborador de las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, firmando con sus iniciales *J. M.* (2), y presentándole al público los editores (de los cuales el principal era Quintana) como «un español ausente

(1) *Cartas primera y segunda de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla, escritas á un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz* (Cádiz, en la Imprenta Real, 1811).—*Manifiesto en respuesta al folleto titulado «Contestación de D. Manuel José Quintana á varios rumores y críticas...»*

(2) Un año antes que esta Revista había comenzado á publicarse otra no menos importante y famosa en la historia literaria de aquel tiempo, el *Correo Literario y Económico de Sevilla* (1803-1808), órgano de la escuela poética sevillana, dirigido por el erudito D. Justino Matute. También en él colaboró Marchena,

de su patria, más de doce años había, y que en medio de las vicisitudes de su fortuna no había dejado de cultivar las musas castellanas.» Allí se anunció que proyectaba una nueva traducción de los poemas ossiánicos, más perfecta é íntegra que las de Ortiz y Montengón; y se pusieron para muestra varios trozos. Se conoce que á Marchena, falsario por vocación, le agradaban todas las supercherías, aun las ajenas, y por eso traduciendo las rapsodias del supuesto bardo caledonio anduvo más poeta que en la mayor parte de sus versos originales; de tal suerte que es de lamentar la pérdida de la versión entera, de la cual sólo quedan estos fragmentos, y los dos poemas *La Guerra de Caros* y *La Guerra de Inistona* incluídos en el manuscrito de París. Como la poesía ossiánica de Macpherson, no obstante su notoria falsedad, conserva cierta importancia histórica, como primer albor que fué del romanticismo nebuloso y melancólico, y como una de las primeras tentativas de poesía artificialmente nacional y autónoma, quizás no desagrade á los lectores ver estam-

remitiendo algunas de sus poesías cuyos originales se hallan en el ms. de París. En el tomo I del *Correo* (pág. 21) está la oda que principia:

Belisa duerme: el céfiro süave...

(con las iniciales *D. J. M.*).

En el tomo VII, pág. 117, la elegía que principia:

Del airado Mavorte la crueza...

(con las caprichosas iniciales *R. V.*).

En el tomo XII, pág. 5, la epístola *Á Emilia*, con estas iniciales: *P. D. J. M.*

En el tomo XIII, pág. 199, la traducción de la elegía de Tibulo, *Quisquis adest, faveat*, firmada *D. J. M.*

pado aquí, tal como le interpretó Marchena, el famoso *Himno al Sol* con que termina el poema de Cárton: trozo lírico curioso por haber servido de modelo al *Himno al Sol* de Espronceda:

¡Oh tú, que luminoso vas rodando
Por la celeste esfera,
Como de mis abuelos el bruñido
Redondo escudo! ¡Oh sol! ¿De dó manando
En tu inmortal carrera
Va, dí, tu eterno resplandor lucido?
Radiante en tu belleza
Majestuoso te muestras, y corridas
Las estrellas esconden su cabeza
En las nubes: las ondas de Occidente
Las luces de la luna oscurecidas
Sepultan en su seno; reluciente
Tú en tanto vas midiendo el amplio cielo.
¿Y quién podrá seguir tu inmenso vuelo?
Los robles empinados
Del monte caen; el alto monte mismo
Los siglos precipitan al abismo;
Los mares irritados
Ya menguan y ya crecen,
Ora se calman y ora se embravecen.
La blanca luna en la celeste esfera
Se pierde; mas tú ¡oh sol! en tu carrera
De eterna luz brillante
Ostentas tu alma faz siempre radiante.
Cuando el mundo oscurece
La tormenta horrorosa, y cruje el trueno,
Tú, riendo sereno,
Muestras tu frente hermosa
En las nubes, y el cielo se esclarece.
¡Ay! que tus puros fuegos

En balde lucen, que los ojos ciegos
De Ossián no los ven más; ya tus cabellos
Dorados vaguen bellos
En las bermejas nubes de Occidente,
Ya en las puertas se muevan de Oriente.
Pero también un día tu carrera
Acaso tendrá fin como la mía;
Y sepultado en sueño, en tu sombría
Noche, no escucharás la lisonjera
Voz de la roja aurora:
Sol, en tu juventud gózate ahora.
Escasa es la edad yerta,
Como la claridad de luna incierta
Que brilla entre vapores nebulosos
Y entre rotos nublados...

Estos versos, jugosos y entonados, aunque pobres de rima, son muestra clarísima de que sus largas ausencias y destierros no habían sido parte á que Marchena olvidara la dicción poética española, sin que todavía en aquella fecha necesitara recurrir para abrillantarla ó remozarla á los extraños giros, inversiones y latinismos con que en sus últimos años afeó cuanto compuso en prosa y verso.

Á los pocos días de haber llegado Marchena á Madrid, donde todavía imperaba, aunque solamente *pro formula,* el antiguo régimen, se creyó obligado el inquisidor general D. Ramón José de Arce (varón, por otra parte, de carácter tolerantísimo y latitudinario, y aun tildado de complicidad con las nuevas ideas) á mandar prender al famoso girondino, cuya estrepitosa notoriedad de ateo había llegado hasta España escandalizando todos los oidos piadosos. Se

le prendió, pues, y se mandó recoger sus papeles (algunos de los cuales tengo yo á la vista); pero Murat envió una compañía de granaderos, que le sacó á viva fuerza de las cárceles del Santo Tribunal. Con esta ocasión compuso Marchena ocho versos insulsos, que llamó *epigrama*, y que han tenido menos suerte que aquella su famosa chanza contra el ministro Urquijo, desdichado traductor de *La Muerte de César* de Voltaire:

Ayer en una fonda disputaban
De la chusma que dramas escribía
Cuál entre todos el peor sería:
Unos «*Moncin*», «*Comella*» otros gritaban:
«El más malo de todos, uno dijo,
Es Voltaire traducido por Urquijo.»

Otro recuerdo literario tenemos de Marchena, en este año de 1808. Es una tragedia clásica, *Polixena*, impresa entonces (1), pero no representada nunca, por los motivos que el autor, muy pagado siempre de cualquier obra suya, indica en el prólogo de sus *Lecciones de Filosofía Moral:*

«Su autor nunca quiso consentir en que se representara; no atreviéndose á fiar la obra de actores que, exceptuando Máiquez, ni la más leve tintura tienen de declamación trágica. Del mérito de esta tragedia no soy yo juez competente; mis elogios parecerían hijos de mi afecto, y si quisiera tratarla con rigor, me sucedería lo que á Dédalo: *bis patriae cecidere manus.*»

---

(1) *Polixena,* tragedia en tres actos por D. J. M. Madrid: en la imprenta de Sancha. Año de 1808. 8.° 50 páginas.

En el penúltimo número del *Memorial Literario ó Biblioteca Periódica de Ciencias, Literatura y Artes;* en el mismo que contiene los sanguinarios bandos de Murat después del dos de Mayo, publicóse un largo artículo encomiástico de esta tragedia firmado con las iniciales *M. de C.*, que eran las de D. Mariano Carnerero, el cual entonces comenzaba su varia y azarosa carrera de periodista y diplomático, protegido del Príncipe de la Paz, afrancesado después de su caída, y finalmente camaleón político de todos colores desde el liberal más exaltado hasta el realista más intransigente. Carnerero, pues, correligionario político de Marchena á la sazón, y quizá deseoso de entrar en el favor del Gran Duque de Berg por mediación de su secretario, escribió en 10 de Mayo de 1808 (fecha nada oportuna para hablar de otras tragedias que las que se representaban en la calle) un pomposo elogio de la *Polixena,* que termina con estas curiosas palabras:

«El Sr. Marchena manifiesta bien los conocimientos inmensos que posee en el arte difícil de la poesía dramática, y al mismo tiempo prueba cuán estudiados tiene los grandes modelos, cuyas huellas sigue con paso valiente. Desearíamos que esta tragedia se representase, tanto por ver el efecto teatral que puede producir, como porque es una de las poquísimas tragedias originales que poseemos dignas de citarse con aplauso. Acaso (nos atrevemos á decirlo sin rebozo) es la que más se acerca á las sublimes producciones de los griegos y de Racine. ¿Pero dónde están los actores? Los pocos que algo valían están separados y consumidos con rencillas: pero, muy pronto, *un gobierno activo y*

amante de las artes va á decidir las necias querellas y á ponernos en el sendero de la prosperidad, por el cual, al paso que las naciones se ilustran y fomentan, las artes imitadoras son protegidas, recompensadas é impelidas al punto de perfección que nunca tocan cuando *almas frías y destituidas de amor á las luces manejan á su albedrío la suerte de sus semejantes.* Entonces los literatos y los artistas ninguna disculpa tendrán si no progresan y corren á rivalizar con los más célebres modelos: entonces es interés nacional demostrar que si los españoles no habían adelantado como era justo, no era por falta de ingenio, y sólo sí *por la fatalidad del indolente y viciado gobierno bajo el cual han vivido por espacio de dos siglos.*»

No haremos alto en la frescura que suponen estos vaticinios estampados en la misma página (1) en que comienza aquella famosa *orden del día:*

«Soldados: el populacho de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato... La sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza.»

Pero apartando tan importunos recuerdos, que no dejan en muy buen lugar el patriotismo del crítico ni el del poeta, dudamos mucho que la *Polixena,* aun representada por Máiquez que á tantas tragedias débiles dió por algún tiempo apariencias de vida, hubiera podido triunfar en el teatro. El abate Marchena era humanista muy docto, pero no tenía ninguna condición de poeta dramático. Su tragedia es un ensayo de gabinete, que puede leerse con cierto aprecio, el que merecen las cosas sensatas y los productos laboriosos de la erudición y del es-

(1) 330 del *Memorial.*

tudio: hay en ella felices imitaciones de Eurípides (1), de Virgilio (2), de Séneca el Trágico (3), de Racine (4), y de otros clásicos antiguos y modernos: no falta nervio y majestad en la locución: pero todo es allí acompasado y glacial: ni Pirro enamorado de Polixena, ni Polixena fiel á la sombra de Aquiles, llegan á interesarnos: la fábula, simplicísima de suyo, se desenvuelve no en acción sino en largos y fatigosos discursos; y para colmo de desgracia, la versificación es, con raras excepciones, intolerablemente dura, premiosa y, por decirlo así, desarticulada. No hablemos de la plaga de asonantes indebidos, porque éste es vicio general de todas las composiciones de Marchena, y en él más disculpable que en otros por

(1) En su *Hécuba*.

(2) En el episodio de la muerte de Polytes (lib. II de la *Eneida*):

Ecce autem elapsus Pyrrhi de caede Polytes
Unus natorum Priami, per tela, per hostes,
Porticibus longis fugit, et sacra atria lustrat
. . . .

La imitación de Marchena está en la escena segunda del acto segundo en boca de Polixena dirigiéndose á Terpandra.

(3) En *Las Troyanas*.

(4) Principalmente en la Andrómaca, de donde está tomado el carácter de Pirro, que Marchena procuró depurar de algunos rasgos de falsa galantería. Por ejemplo: había dicho Racine:

Animé d' un regard, je puis tout entreprendre,
Votre Ilion encor peut sortir de sa cendre:
. . . .

Marchena suprime lo de la *tierna mirada*, y prosigue así:

Mi mano que rompió las fuertes puertas
De durísimo bronce, que guardaban
De Príamo el palacio, sabrá un día
Alzar del Ilión el sacro alcázar...

El sueño de Polixena está visiblemente imitado del de Atalía.

el largo tiempo que había pasado en tierras extrañas, perdiendo el hábito de la peculiar harmonía de nuestra prosodia. De todos modos estos versos faltos de fluidez y llenos de tropezones, robustos á veces por el vigor de la sentencia pero ingratos casi siempre al oído, y por añadidura mal cortados para el diálogo dramático, hubieran hecho penoso efecto en un público acostumbrado á la sonora magnificencia de los versos del *Orestes*, del *Pelayo*, del *Oscar*, del *Polinice* y de *La Muerte de Abel*. La *Polixena*, además, hasta por lo inoportuno del tiempo en que salió á luz, no fué leída ni por los literatos siquiera, cayendo en el olvido más profundo, que quizá no merece del todo, aunque sea manifiestamente muy inferior á la tragedia italiana de Niccolini sobre el mismo argumento, premiada en 1811 por la Academia de la Crusca (1).

El intruso rey Bonaparte nombró á Marchena director (ó como entonces se decía *redactor*) de la *Gaceta* y archivero mayor del Ministerio del Interior (hoy de la Gobernación); incluyó su nombre en la lista de individuos que habían de formar parte de una grande Academia ó Instituto Nacional que pensaba fundar (2); le dió la condecoración de *Caballero*

(1) En francés hay, por lo menos, seis *Polixenas*, todas poco estimadas: la de Billord (1607), la de Lafosse (1696), la de Légouvé (1784), la de Aignan (1804), la de Vauzelles (1832), además de varias óperas. Creemos que Marchena sólo conoció ó tuvo presente la tragedia de Légouvé, pero su principal modelo fué la *Andrómaca*, como ya hemos dicho.

(2) El Sr. Danvila, que posee la lista original de los individuos que habían de formar parte de esta institución *non nata*,

de la Orden española creada por él (que Moratín llamaba burlescamente *la cruz del pentágono*, y los patriotas *la orden de la Berengena)*; y le ayudó con una subvención para que tradujera el teatro de Mo-

---

la ha dado á conocer en el último de los apéndices de su voluminosa y útil compilación sobre *El Poder Civil en España* (Madrid, 1887, t. VI, pág. 688). En este proyecto, que es muy curioso, figuran una porción de nombres verdaderamente ilustres en diversos ramos del saber humano, debiendo advertirse que se incluyen entre ellos algunos, como Martínez Marina, que no fueron afrancesados jamás, pero que por una ú otra razón continuaron viviendo en Madrid durante la ocupación francesa, sin aceptar cargo alguno de los invasores. De todos modos la lista fué formada con mucha inteligencia, como lo prueban las calificaciones que acompañan á cada nombre. Aparecen en ella (aparte de otros menos conocidos) los matemáticos Pedrayes, Varas, Monasterio y Lanz (no *Sanz*, como está impreso), el físico Gutiérrez, el mecánico Sureda, los astrónomos Gutiérrez y Jiménez, los mineralogistas Hergen y Donato García, los botánicos Boutelou, Ruiz y Pavón, Zea, Rojas Clemente, Mociño, el agrónomo y veterinario D. Agustín Pascual, los médicos Luzuriaga, García Suelto, Rives y D. Eugenio de la Peña, el ideólogo Narganes de Posada, los jurisconsultos Cambronero, Arnao, y Sotelo, los economistas Sixto Espinosa y D. Fernando de la Serna, los eruditos historiadores Marina, Llorente, Vargas Ponce y Navarrete, los arabistas Conde y Bacas Merino, los helenistas Canseco, Hermosilla, Tomás y García, y D. Benito Pardo de Figueroa (advirtiéndose acerca de este último que se hallaba en Rusia, donde en efecto publicó en 1810 su traducción de once odas de Horacio en verso griego), el hebraizante Orchell, los humanistas Tineo, Melón, Cabrera, Estala y un D. Carlos Pignatelli á quien se califica de «literato muy instruído, que trabajaba en una traducción de Lucrecio celebrada por los conocedores», los poetas Moratín y Meléndez, los arquitectos Villanueva y Pérez, el escultor Agreda, los pintores Goya y Maella, los grabadores Carmona y Sepúlveda.

El nombre de Marchena, á quien se califica secamente de *escritor*, aparece colocado entre la Sección de Economía Política y la de Historia, aunque ciertamente la índole de sus estudios no parecía llamarle á ninguna de las dos. Este proyecto es curioso porque demuestra la copia y variedad de elementos científicos con que á pesar de todas sus desgracias contaba España en los primeros años de este siglo.

lière, secundando en esta tarea á Moratín, que acababa de adaptar á la escena española, con habilidad nunca igualada, *La escuela de los maridos*. Marchena puso en castellano todas las comedias restantes, según afirma en sus *Lecciones de Filosofía Moral;* pero desgraciadamente se ignora el paradero de esta versión completa, que, á juzgar por las muestras que tenemos de ella, hubiera sido la mejor obra de Marchena y la que sin escándalo de nadie hubiese recomendado su nombre á la posteridad. Sólo llegaron á representarse é imprimirse dos comedias, *El hipócrita (Tartuffe)*, en 1811, y *La escuela de las mujeres*, en 1812: ambas recibidas con grande aplauso, especialmente la primera, en los teatros de la Cruz y del Príncipe (1). Estas traducciones, ya

(1) —*El hipócrita. Comedia de Molière en cinco actos en verso. Traducida al castellano por D. J. Marchena. Madrid, 1811. En la imprenta de Albán y Delcasse, impresores del exército francés en España, calle de Carretas*, núm. 31. 8.° 142 páginas. Con una advertencia, y una dedicatoria al Ministro de lo Interior Marqués de Almenara, en elogio del cual consigna la curiosa especie de que «á su munífica liberalidad debió el Abate Casti algún desahogo en los postreros años de su vida.»

—*La escuela de las mujeres. Comedia en cinco actos en verso de Molière, traducida por D. Josef Marchena. De orden superior. Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1812.* 8.° 141 páginas.

Con dedicatoria al Rey Josef en que se advierte que la traducción se daba á luz *á expensas de la Imprenta Real por orden de V. M.*

El *Tartuffe*, sin advertencia ni dedicatoria, fué reimpreso hace años en la colección del *Teatro Selecto Nacional y Extranjero* publicada en Barcelona por el editor Manero, y dirigida en parte por D. Cayetano Vidal y Valenciano.

No es exacto que Marchena tradujese *El avaro* de Molière. Ninguna de las versiones castellanas que andan impresas es suya. Hay dos del siglo pasado, á cual peores, una de D. Manuel

bastante raras, disfrutan de fama tradicional, sancionada por el juicio de Lista y de Larra, y en gran parte merecida. Marchena puso en ellas todo lo que podía poner un hombre que no había nacido poeta cómico: su mucha y buena literatura, su profundo conocimiento de las lenguas francesa y castellana. En la pureza de la dicción mostró especial esmero, y, quizá por huir del galicismo, cayó alguna vez en giros arcaicos y violentos.

«Sé á lo menos (pudo decir con orgullo al frente del *Tartuffe)* que esta versión no está escrita en lengua franca; idioma que hablan tantos en el día, y en que allá ellos se entienden... Declamen cuanto quieran en buen hora contra los que saben el castellano los que no le han estudiado... Nuestros traductores y muchos de nuestros autores no han venido á caer en la cuenta de que como el latín se aprende

de Iparraguirre y otra de D. Dámaso de Isusquiza, que también estropeó *La escuela de las mujeres* con el título de *El celoso y la tonta*. Por el contrario, la traducción de *El avaro*, publicada en Segovia en 1820 por el capitán de artillería D. Juan de Dios Gil de Lara, está hecha con esmero, y es apreciable, aunque todavía dista mucho de las de Marchena y de los dos arreglos de Moratín.

Al éxito del *Tartuffe* en 1811 hubo de contribuir, aún más que el soberano mérito de esta comedia, el espíritu anti-clerical que reinaba entre los afrancesados, y que acaso quería ver en la pieza mucho más de lo que Molière había puesto. Prohibióse la representación en 1814, pero fué aplaudida de nuevo en la época constitucional de 1820 á 1823, sufriendo segunda prohibición en 1824. En el siglo pasado también fué puesto en el Índice el arreglo ó imitación que hizo D. Cándido M.ª Trigueros con el título de *El gazmoño ó Juan de Buen-alma*, aunque había procurado suavizar algunas frases y situaciones del original. Por el contrario, en Portugal el Marqués de Pombal, en odio á los jesuítas, había hecho representar en 1768 esta comedia, traducida por el capitán Manuel de Sousa.

en los autores latinos, así ni más ni menos el castellano se aprende en los castellanos.»

El punto flaco de estas traducciones ya le indicó Lista con su tino y buen gusto habituales, al dar cuenta de una representación del *Tartuffe,* en las revistas dramáticas que en 1821 escribía en *El Censor:*

«El Sr. Marchena, en quien la literatura española acaba de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar español, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; pero sus versos en el género cómico carecen de la fluidez y harmonía que hemos notado en las composiciones líricas de aquel sabio literato. Tiene la versificación cómica un giro particular, y con el cual es muy posible que no acierte un poeta muy estimable en otros géneros. La harmonía cómica está ya irrevocablemente fijada en nuestra lengua por los versos de *El viejo y la niña, La mogigata* y algunas escenas de *El Barón:* y todo lo que se separe de las formas que presentan estos modelos, no será más que prosa asonantada» (1).

Con menos fundamento se ha tildado á Marchena (y lo mismo hubiera podido tildarse á Moratín) de haber trasladado el escenario de estas comedias á España, cambiando los nombres de los interlocutores. Devotos habrá de Molière, sobre todo en Francia, á quienes esto parezca profanación intolerable; pero hay que tener en cuenta que estos arre-

(1) *El Censor, periódico político y literario. Madrid, 1821:* en la imprenta del *Censor,* por D. León Amarita. Pág. 113.

glos se hicieron para la representación, y que si á unos, por saber el original de memoria, puede disonar el oir los conceptos de Molière en boca de don Fidel, D. Simplicio, D. Liborio Carrasco ó D.ª Isabelita, todavía más ridículo é intolerable sería para un auditorio español el que desfilaran por la escena Mad. Pernelle, Orgon, Damis, Flipote, Sganarelle, y otros personajes de nombres todavía más revesados y menos eufónicos. Si las comedias de Molière tienen, como nadie niega, un fondo humano, poco importará que este fondo se exprese por boca de *Chrysale,* ó por boca de D. Antonio.

Lo que principalmente falta á Marchena es gracejo y fuerza cómica. Pero el talento del hombre donde quiera se muestra, aun en las cosas que parecen más ajenas de su índole; y por eso las traducciones de Marchena se levantan entre el vulgo de los arreglos dramáticos del siglo XVIII *quantum lenta solent inter viburna cupressi.* Creo, sin embargo, que hubiera acertado haciéndolas todas en prosa, en aquella prosa festiva, tan culta y tan familiar á un tiempo, en que tradujo, años andando, los cuentos de Voltaire. Pero fuesen en prosa ó en verso, siempre habrá que deplorar la pérdida de estas comedias, y también de las ilustraciones que Marchena pensó añadirlas y cuyo plan expresa en el prólogo de *La escuela de las mujeres:*

«Se irán publicando las comedias de Molière, cada una de por sí, y á medida que se fueren representando. Como apéndice de esta versión, saldrán adjuntas á algunas de

ellas disertaciones acerca de nuestro teatro, en que, sin disimular los gravísimos yerros en que incurrieron nuestros antiguos poetas, haremos notar las hermosuras que á vueltas de ellos en sus producciones se encuentran. Trataremos en otras de la comedia francesa, del teatro cómico en general, etc., de modo que la colección de estos discursos pueda ser reputada por una Poética de la Comedia.»

No sabemos si algo de esto llegó á realizarse. Los papeles de Marchena sufrieron, en su mayor parte, extravío después de su muerte, pero no hemos de perder la esperanza de que algún día parezcan.

Además de las comedias de Molière, tradujo y dió á los actores Marchena dos piezas cómicas francesas de menos cuenta, aunque muy celebradas entonces: *El amigo de los hombres y el egoista* (que es el *Philinte* del convencional Fàbre de l' Églantine, que quiso presentar en ella una tesis contradictoria de la de *El misántropo*) y *Los dos yernos*, del académico Etienne, comedia ingeniosa que había tenido gran éxito en 1810. Faltan en esta colección, por no haberse encontrado hasta ahora ejemplares de ellas. Tanto escasean nuestras comedias de principios del siglo, y especialmente las de los años que corresponden á la guerra de la Independencia.

Á pesar de sus méritos literarios, cada día mayores, Marchena no hizo gran fortuna, ni siquiera con los afrancesados (1), lo cual ha de atribuirse á su

(1) Así lo afirma uno de ellos, D. José de Lira, en carta al Sr. de Cueto, escrita desde París en 1859 (*Poetas líricos del siglo XVIII*, pág. 621).

malísima lengua, afilada y cortante como un hacha, y á lo áspero, violento y desigual de su carácter, cuyas rarezas, agriadas por su vida aventurera y miserable, ni aun á sus mejores amigos perdonaban. Acompañó al rey José en su viaje á Andalucía en 1810, y hospedado en Córdoba en casa del penitenciario Arjona, escribió de concierto con él una oda laudatoria del intruso monarca, refundiendo en parte otra que el mismo Arjona había compuesto en 1796 para dar la bienvenida á Carlos IV. La oda no es tan mala como pudiera esperarse de un parto lírico de dos ingenios; y tiene algunos versos felices, por ejemplo aquellos en que convida á José á gozar las delicias de las márgenes del Betis, en que el cantor de la venganza argiva fingió la mansión de los bienaventurados y donde los fabulosos reyes Argantonio y Gerión tuvieron su pacífico imperio. Pero son intolerables las tristes adulaciones á la dominación extranjera, hasta llamar al usurpador «delicias de España»:

> Así el Betis se admira cuando goza
> Á tu influjo el descanso lisonjero,
> Al tiempo que de Marte el ímpio acero
> Aún al rebelde catalán destroza.

Los versos son malos, pero aún es peor y más vergonzosa la idea. ¡Y no temían estos hombres que se levantasen á turbar su sueño las sombras de las inultas víctimas de Tarragona! No hay gloria literaria que alcance á cohonestar tan indignas flaquezas, ni toda el agua del olvido bastará á borrar aque-

lla oda en que Moratín llamó al mariscal Suchet *digno trasunto del héroe de Vivar*, porque había conquistado á Valencia como él!

Un curioso folleto publicado en 1813 con el título de *Descripción físico-moral de los tres satélites del tirano que acompañaban al intruso José la primera vez que entró en Córdoba* (1), los cuales tres satélites eran el Superintendente de Policía Amorós, el Comisario Regio Angulo, y nuestro Marchena, nos ofrece del último esta curiosa semblanza:

«Marchena, presencia y aspecto de mono, canoso, flaco y enamorado como él mismo, jorobado, cuerpo torcido, nariz aguileña, patituerto, vivaracho de ojos aunque corto de vista, de mal color y peor semblante, secretario del general Desolles, el segundo en la rapiña de Córdoba después de la entrada de Dupont, y con quien vino de Francia, donde se hallaba huído por su mala filosofía y peor condición (2).

(1) La portada prosigue de esta manera:
Con la descripción asimismo de la conducta rapiñadora de los generales franceses y su gran Napoleón, nuestro pérfido regenerador, con el solo fin de que todo español marche veloz á la guerra contra ese vil inhumano francés. (Al final): *Córdoba.—Año de 1813.—Imprenta Real, 1813.* 4.° Papel de cuatro páginas, del cual debo comunicación á mi querido amigo D. Manuel Gómez Ímaz, docto é incansable colector de documentos relativos á la guerra de la Independencia.

(2) Después de esta descripción en prosa comienzan unos que quieren ser versos, del tenor siguiente:

Son Amorós, Angulo y Marchena
Tres personas distintas, y ninguna buena.
¿Fiarás de Amorós, Marchena y Angulo?
De ninguno.
. . . .
¿Y qué diremos del buen Marchena?
Que ni tiene la cruz de la berengena (a)

(a) Se la dieron después, en 1812.

Ha de advertirse, en honor de la verdad y como nuevo testimonio de que Marchena valía, aun moralmente, más que casi todas las gentes con quienes tuvo la desgracia de unirse, que el anónimo autor del folleto se limita á burlarse de su menuda persona, extravagante facha y ridículas pretensiones amorosas, pero no le achaca ninguno de los asesinatos, rapiñas y sacrilegios de que acusa á Amorós y á Angulo.

Siguió Marchena en 1813 la retirada del ejército francés á Valencia. Allí solía concurrir de tertulia á la librería de D. Salvador Faulí, la cual gustaba de convertir en cátedra de sus opiniones anti-religiosas. Los mismos afrancesados solían escandalizarse, á fuer de varones graves y moderados, y le impugnaban, aunque con tibieza, distinguiéndose en esto Moratín y Meléndez. El librero temió por la inocencia de sus hijos, que oían con la boca abierta aquel atajo de doctas blasfemias, y fué á pedir cuentas á Marchena, á quien encontró leyendo la *Guía de Pecadores*. El asombro que tal lectura le produjo acrecentóse con las palabras del Abate, que ya en otro lugar quedan referidas.

Ganada por los ejércitos aliados la batalla de Vitoria, Marchena volvió á emigrar á Francia, esta-

¿No es sabio de bella opinión?
Sí, preguntádselo á su amigo francmasón.
Además, siendo como es un bicho
Pequeño, vizco, feo, y contrahecho,
Pretende con alta arrogancia
Ser de la revolución de Francia
Autor, y dice con satisfacción
Ser jefe de nuestra revolución.

bleciéndose primero en Nimes, y luego en Montpellier y Burdeos, cada vez más pobre y hambriento, y cada vez más arrogante y descomedido. En 28 de Setiembre de 1817 escribía Moratín al abate Melón:

«Marchena preso en Nimes por una de aquellas prontitudes de que adolece; dícese que le juzgará un consejo de guerra, á causa de que insultó y desafió á todo un cuerpo de guardia. Yo no desafío á nadie, y nadie se mete conmigo. (Y en postdata añade): Parece que ya no arcabucean á Marchena, y todo se ha compuesto con una áspera reprimenda, espolvoreada de adjetivos.»

Como recurso de su miseria, á la vez que como medio de propaganda, emprendió Marchena para editores franceses la traducción de varios libros, de los que por antonomasia se llamaban prohibidos, piedras angulares de la escuela enciclopédica. Vulgarizó, pues, las *Cartas Persianas* de Montesquieu, el *Emilio* y la *Nueva Eloisa* de Rousseau, los *Cuentos y novelas* de Voltaire *(Cándido, Micromegas, Zadig, El Ingenuo*, etc.), el *Manual de los Inquisidores* del abate Morellet (extracto infiel del *Directorium Inquisitorum* de Eymerich), el *Compendio del origen de todos los Cultos* de Dupuis (libro tan ruidoso entonces como olvidado hoy, en que se explican todas las religiones por la astronomía y el símbolo zodiacal), las *Ruinas de Palmira* de Volney, cierto *Tratado de la Libertad Religiosa* de un Mr. Benoist, y alguna obra histórica, como la titulada *Europa después del Congreso de Aquisgram*, por el abate De

Pradt (1). En un prospecto que repartió en 1819 anunciaba además que muy en breve publicaría el *Essai sur les moeurs* y el *Siglo de Luís XIV*; y quizá hiciera alguna otra versión que no ha llegado á mis manos: porque Marchena inundó literalmente á España de engendros volterianos, y á pesar de todas las trabas puestas á su circulación por el gobierno absoluto de Fernando VII, estos libros, introducidos de contrabando por la frontera francesa, llevaron por todas partes su maléfica influencia, contagiando á gran parte de la juventud, especialmente á los estudiantes,

(1) Como todas estas traducciones fueron impresas y reimpresas varias veces clandestinamente, no siempre es fácil apurar las fechas. De las *Cartas Persianas* conozco dos ediciones, Nimes, 1818, y Tolosa, 1821, aunque hay ejemplares con la falsa data de Cádiz, *en la librería de Ortal* (dos tomos).

—*Emilio ó de la Educación*. Burdeos, 1817, tres tomos en 12.°; Madrid, imprenta de Albán y C.ª, 1821: dos tomos en 8.° Reimpreso hacia 1850 en el folletín de *Las Novedades*, pero suprimidos los nombres de Rousseau y Marchena para evitar el escándalo.

—*Julia ó la nueva Eloysa. Cartas de dos amantes habitantes de una ciudad chica á la falda de los Alpes, traducidas por J. Marchena. Con láminas finas*. Tolosa, *Bellegarrigue*, 1821: cuatro volúmenes en 12.° francés. Reimpresos en Versalles, *Imprenta Francesa y Española*, 1823; Barcelona, 1836, imprenta de M. Sauri (otros ejemplares dicen imprenta de J. Tauló): siempre en 8.° Hay otra edición en cuarto, también de Barcelona, 1837, imprenta de Oliveres. No debe confundirse la versión de Marchena con otra que hizo Mor de Fuentes, llena de extravagancias de lenguaje (Barcelona, imprenta de A. Bergnes, 1836-1837).

Novelas de Voltaire. Burdeos, 1819; Sevilla, 1836 (una y otra en tres tomos en 12.°) Hay otras ediciones, entre ellas una reciente de la *Biblioteca Perojo* (dos tomos en 4.° con un breve prólogo de D. Juan Valera).

Compendio del origen de todos los Cultos. Barcelona, 1820 (parece impresión extranjera); Burdeos, 1821.

Las Ruinas, ó Meditación sobre las Revoluciones de los Imperios. Por C. F. Volney. Va añadida la Ley Natural Nueva, traducción en castellano de la última edición del original francés.

entre quienes corrían con profusión, como sabemos por testimonios dignos de fe respecto de Alcalá, Salamanca y Sevilla. Por desgracia, algunas de estas versiones estaban escritas con tal primor y arte, y en tan pura lengua castellana, que hacían mucho más temible y peligroso el veneno. Otras eran atropella-

---

Por Don Josef Marchena. Segunda edición, adornada con cuatro láminas. Burdeos, imprenta de D. Pedro Beaume, 1822. 8.°

Hay otra edición de París, 1842 (librería de Panckouke). *Las Ruinas* habían sido ya traducidas al castellano, é impresas clandestinamente en 1797, dando ocasión á un ruidoso proceso, de que habla demasiado rápidamente Quintana en la biografía de Meléndez.

Manual de Inquisidores, para uso de las Inquisiciones de España y Portugal, ó compendio de la obra titulada Directorio de Inquisidores de Nicolás Eymerico. Traducida del francés en idioma castellano por J. Marchena; con adiciones del traductor acerca de la Inquisición de España. Montpeller, F. Aviñón, 1819: XII-159 páginas. Hay ejemplares con portada de Burdeos.) Ésta y la que sigue son las más raras entre las traducciones de Marchena, porque no creo que se reimprimieran nunca.

De la Libertad Religiosa. Traducido del francés del señor A. V. Benoit; por D. Josef Marchena. *Impreso en Barcelona.* (Puede que así fuese, pero los tipos parecen extranjeros.) Al fin se lee esta curiosa *Nota del traductor,* la cual prueba que el libro no había sido impreso antes de 1820:

«En la obra del señor Benoit que presentamos al público español se contienen los verdaderos principios de una sana legislación en materia de religión. *Pero habiendo la constitución española privilegiado un culto religioso, nos proponemos dar á luz otra producción original nuestra con el título de «La Tolerancia Religiosa.»* En ella expondremos los medios que creemos más acertados para allanar el camino que ha de conducir á la libertad de cultos, sin excitar disturbios en la plebe, y especialmente para templar, en cuanto fuere dable, los males que acarrea necesariamente al estado un culto que se ha declarado nacional. Este libro será utilísimo á nuestra nación, porque no sólo determinaremos en él las relaciones que contrae un estado con un culto cualquiera que ha declarado privilegiado la ley, mas también concretaremos nuestras ideas á la religión católica, que es la que la nación española declara nacional, y cuyas relaciones actuales con el Estado tanto importa por consiguiente fijar con exactitud.»

das y *de pane lucrando,* hechas por el Abate para salir del día, con rapidez de menesteroso y sin intención literaria. De aquí enormes desigualdades de estilo, según el humor del intérprete y según la mayor ó menor largueza de los libreros que hacían trabajar á Marchena á destajo. Apenas puede creerse

En todas estas traducciones puso Marchena su nombre, y creemos que fueron las únicas que hizo de libros de este género; aunque con ningún fundamento le han atribuído otras, por ejemplo la rarísima de *El Contrato Social* (Londres 1799), una de la *Pucelle* de Voltaire (en prosa) que suena impresa en Cádiz, 1820, y otra (en verso suelto) de la *Guerra de los Dioses,* sacrílego, monstruoso y brutal poema de Parny, que se ha impreso en castellano dos veces por lo menos, y cuyo traductor, que á juzgar por el estilo no era lerdo, se ocultó con el seudónimo de *Ludovico Garamanta.* Algunos la atribuyen al periodista Ramajo, uno de los redactores de *El Conciso* de Cádiz, en la primera época constitucional.

Á la primera edición de las *Cartas Persianas,* hecha en Nimes, imprenta de P. Durand-Belle, 1818, acompaña una curiosa *Advertencia del traductor,* que, por no haber sido reproducida en las ediciones posteriores, creo conveniente intercalar aquí:

«Ridícula cosa fuera detenernos á recomendar el mérito de las *Cartas Persianas;* que ni necesita de nuestros encomios el nombre de Montesquieu, ni hay en Europa sujeto medianamente instruído que no haya aprendido á venerarle. Las cartas que damos á luz en idioma castellano son un entretenimiento de su esclarecido autor; pero como los juegos de Hércules: siempre en ellos se columbraba el vencedor de la Hidra y el domador del Cerbero.

»Fué nuestra primera idea quitar aquellas que aluden á sucesos del tiempo, y estilos que ya han variado; pero en breve reconocimos que perdería de su valor la obra, que en mucha parte se puede mirar como una recopilación de excelentes observaciones, que más que la historia de su siglo son su parecido y vivísimo retrato.

»Añadir notas explicativas, á primera vista parecía el medio más adecuado de aclarar pasajes que no pueden menos de hacerse obscuros para quien no esté versado en la historia de los postreros años de Luís XIV y de la regencia de Felipe de Orleans. Mas ¿qué hubieran enseñado estas ilustraciones acerca del sistema de Law, por ejemplo, á quien no sabe cuáles fueron los

que salieran de la misma pluma la deplorable versión de las *Cartas Persianas*, que parece de un principiante; la extravagantísima del *Emilio*, atestada de arcaísmos, transposiciones desabridas y giros inarmónicos; y la fácil y castiza y donosa de *Cándido*, de *Micromegas* y de *El Ingenuo*, que casi compiten en

nunca imaginables sueños de este irlandés y los desbarros de la nación entera que, como en una honda sima, sepultó, digámoslo así, sus caudales todos en el más disparatado juego que puede fraguarse la demencia humana; extraña lotería en la cual todas las boletas perdían y ninguna ganaba? El fragmento del mitólogo antiguo, varias escenas del café, la excelente carta de Usbeck que termina los raciocinios de este interlocutor aluden á este período tan lamentable por sus resultas como risible por los fenómenos que le acompañaron, de la historia de Francia. Las cartas relativas á las disputas entre jansenistas y molinistas, entre antagonistas y partidarios de la bula *Unigenitus*, no metieron menos bulla, y no sería menos prolija una circunstanciada explicación de ellas.

»Permítaseme notar aquí que en España nunca las disputas de religión y política en las postreros siglos han tenido la acrimonia que en Francia. No pende esto de más moderación ó más harmonía en los ánimos; mucho menos de una indiferencia, especialmente en cuanto á las primeras, que tan mal se avendría con la universal superstición de nuestro país. Otra es la causa, y muy más deplorable. El despotismo de la Inquisición no sufre reñidas contiendas en asuntos religiosos, que aun en las más indiferentes materias le parecen arriesgadas, porque en breve excitarían los ánimos al examen de cuestiones más altas, en que cifra este tribunal su horrenda prepotencia. Su sangrienta crueldad nunca se ha parado en imponer castigos, y su crasa y supina ignorancia dejaba chico campo á diferencias de opinión entre sus miembros, que siempre en las cuestiones teológicas seguían el dictamen más absurdo, como en las morales los principios más laxos. La ignorancia de los inquisidores es cosa tan antiguamente conocida en España, que casi desde su institución el dicho «*estudia para inquisidor*» se ha aplicado á los más zotes de cuantos cursan las públicas aulas; y es sabido que en los colegios mayores (con tanto acierto nuevamente, junto con inquisidores y jesuítas, restablecidos) aquellos colegiales que por su completísima estolidez hubieran deshonrado la toga ó la mitra eran provistos de inquisidores. Perdóneme el lector esta digresión proce-

gracia y limpieza de estilo con los cuentos originales. Esta traducción, muy justamente ponderada por D. Juan Valera, en cuyo primoroso estilo parece haber ejercido alguna remota influencia, prueba lo que Marchena era capaz de hacer en prosa castellana cuando se ponía á ello con algún cuidado y no caía

---

dida de mi entrañable cariño á este tribunal, puesto que la reflexión que la ha ocasionado sea tan obvia.

»Sólo diremos dos palabras de esta versión. Distinta es en todo de la del *Emilio,* distinta de la de las novelas de Voltaire, distinta de la de *El hipócrita*. Consiste esto en que no es traducir ceñirse á poner en una lengua los pensamientos ó los afectos de un autor que los ha expresado en otra. Débense convertir también en la lengua en que se vierte el estilo, las figuras; débesele dar el colorido y el claro obscuro del autor original. Una buena versión es la solución de este problema: ¿cómo hubieran versificado Racine, Pope, Virgilio, Teócrito, Homero en castellano? ¿cómo hubieran escrito Wieland, Adisson, Montesquieu, Voltaire, Buffon, Cicerón, Tácito, Tucídides, Demóstenes en nuestro romance? La respuesta práctica á esta cuestión ha de ser la versión de aquel de los autores que al público se diere; la solución teórica requiere un tomo entero; aquí lo único que diremos es que el profundo conocimiento de ambos idiomas, cosa tan indispensable, es todavía una mínima parte de tantas como no son menos indispensables. Añadiremos que ninguno es buen traductor sin ser excelente autor, y que todavía es dable ser escritor consumado y menos que mediano intérprete. Verdad es que solamente los dechados perfectos son los que se deben traducir: ¿pero qué, es del caso trasladar á otro idioma composiciones de una insulsa medianía, y peor aún escritos disparatados? Lidie un escritor consumado con Corneille, con Molière, con Tucídides, con Homero mismo cuerpo á cuerpo; traiga á su patria sus hermosuras todas; no le arredre ni la valentía lírica de Horacio, ni sus satíricos donaires, ni la gracia y la concisa exactitud de sus epístolas; atrévase á emular la acabada perfección de la versificación de Racine, y hasta la de Virgilio, si fuere menester; y yo le fío que sus versiones, puliendo y acrisolando su idioma, serán composiciones clásicas, como lo son en Inglaterra la *Iliada* de Pope, en Italia el Osián de Cesarotti, el Lucrecio de Marchetti, el Tácito de Davanzati, y el Homero de Voss en Alemania.

»Á 14 de Enero de 1819.

J. MARCHENA.»

en la tentación de latinizar á todo trapo, como en el famoso *discurso* de que hablaré después. El mérito de la traducción de las *Novelas* puede apreciarse con una sencilla comparación. Moratín, uno de los perfectos modelos, quizá el más perfecto de su tiempo, en la prosa festiva y familiar, tradujo también el *Cándido* de Voltaire (1). La traducción es muy digna de su talento, aunque por justos reparos no figure en la colección de sus obras; y sin embargo, con todos los respetos debidos á tal maestro de lenguaje, no nos atrevemos á decir que venza en gracejo y blanda ironía á la de Marchena. Y aunque parezca cosa baladí, y que está al alcance de cualquier jornalero literario, la traducción de un libro francés en prosa, no debe de ser tan fácil la empresa cuando se trata de castellanizar lo que se traduce, respetando el giro y propiedad de nuestra lengua. Los versos franceses suelen ganar puestos en castellano, pero las buenas traducciones en prosa son tan raras que en todo el fárrago de la literatura del siglo XVIII sólo recordamos, como dignas de especial y entera alabanza, el *Gil Blas* del P. Isla (á quien bien pueden perdonarse algunas infidelidades al texto original y algunos galicismos leves, en gracia del vigor, animación y naturalidad del conjunto), el delicioso *Robinsón* de D. Tomás de Iriarte, y las ya citadas de Moratín y Marchena.

(1) *Cándido ó el Optimismo, traducido por Moratín. Cádiz: imprenta de Santiponce. 1838.* 12.° (Creemos falsa la portada: los tipos son los de la imprenta de Cabrerizo en Valencia, y el tamaño el mismo de la colección de novelas que él publicaba.)

Pero el trabajo más meritorio y más celebrado de nuestro Abate por aquellos días fué la colección de trozos selectos de nuestros clásicos, intitulada *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia* (1). La colección en sí parece pobre y mal ordenada, comparándola con otras antologías del mismo tiempo ó poco anteriores, como el *Teatro crítico de la Elocuencia española* de Capmany ó la de *Poesías Selectas* que formó Quintana. Pero lo notable es un *discurso preliminar* y un *exordio*, en que Marchena teje á su modo la historia literaria de España, y nos da en breve y sustancioso resumen sus opiniones críticas é históricas, y hasta morales y religiosas. Lejos están ya de nosotros los tiempos en que este discurso fué puesto en las nubes, aun por literatos que no

(1) *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia, ó colección de los trozos más selectos de Poesía, Elocuencia, Historia, Religión y Filosofía Moral y Política de los mejores autores castellanos, puestas en orden por D. Josef Marchena* ...... Burdeos, imp. de D. Pedro Beaume, 1820.—Dos tomos en 4.° (el primero con 147-460 páginas y el segundo con 656).

El título, y hasta cierto punto el plan de esta compilación, parecen tomados de las *Leçons de Littérature et de Morale* de Noël y Laplace, que corrían entonces con mucho aprecio para la enseñanza de la lengua francesa en sus clásicos.

La compilación de Marchena salió como en competencia de otra más vasta y mejor ordenada que un año antes habían comenzado á publicar, también en Burdeos, otros dos emigrados españoles: *Biblioteca selecta de Literatura Española, ó modelos de elocuencia y poesía, tomados de los escritores más célebres desde el siglo XIV hasta nuestros días; y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua, por P. Mendíbil y M. Silvela. Burdeos, en la imprenta de Lawalle, 1819.* Cuatro tomos en 4.° El *Discurso preliminar* es sensato, y erudito para aquel tiempo; pero si carece de las extravagancias del abate Marchena, tampoco tiene sus genialidades felices ni sus atrevimientos ingeniosos.

participaban de las aberraciones políticas y religiosas de Marchena. D. Juan M.ª Mauri, por ejemplo, en su *Espagne Poétique,* aun deplorando «el lenguaje afectado, extraño y trivialmente indígena» de Marchena, estima que este trozo crítico es, por otra parte, «el mejor compuesto, el más nutrido de ideas, el más vigoroso que se haya publicado nunca.»

Usando de una expresión vulgarísima, pero muy enérgica, tengo que decir que se cae el alma á los pies cuando engolosinado uno con tales ponderaciones acomete la lectura del célebre *discurso,* y quiere apurar los quilates de la ciencia crítica de Marchena. Hoy que el libro ha perdido aquella misteriosa aureola que le prestaban de consuno la prohibición y el correr á sombra de tejado, pasma tanto estruendo por cosa tan mediana. La decantada perfección lingüística de Marchena en este fragmento, que quiso presentar como *pieza de examen,* estriba en usar monótona y afectadamente del hipérbaton latino con el verbo al fin de la cláusula, venga ó no á cuento, y aunque desgarre los oidos; en embutir donde quiera las locuciones *muy más, cabe, so capa,* y *eso más que,* sobre todo esta última que se le antojaba muy castiza no sé por qué razón; en encrespar toda la oración con vocablos altisonantes revueltos con otros de bajísima y plebeya ralea; en llenar la prosa de fastidiosísimos versos endecasílabos, y en torcer y descoyuntar de mil modos la frase, dándose casi siempre tal maña que escoge, para rematar el período, la combinación más áspera y

chillona. Muy loable era el purismo teórico de Marchena, excelente la doctrina que sobre este particular profesaba (1), y en algunas de sus traducciones no hay duda que predicó con el ejemplo. Pero si sólo le juzgásemos por esta muestra de su prosa original, muy menguado tendríamos que suponer el estudio que había hecho de los clásicos, puesto que no le habían enseñado lo primero que debe aprenderse de ellos: la naturalidad. Estilo más enfático y pedantesco que el del tal discurso apenas le conozco en castellano, digo entre las cosas castellanas que merecen ser leídas.

Porque lo merece sin duda, aunque esté lleno de gravísimos erorres de hecho y de derecho, y escrito con rencorosa saña de sectario, que traspira desde las primeras líneas. La erudición de Marchena en cosas españolas era cortísima. Hombre de vasta lectura latina y francesa, había saludado muy pocos libros castellanos, aunque éstos los sabía de memoria. Garcilaso, el bachiller La Torre, Cervantes, ambos Luises, Mariana, Hurtado de Mendoza, Herrera y Rioja, Quevedo y Solís, Meléndez y Mora-

(1) «De todos los modernos idiomas (dice en este mismo *discurso)* es el nuestro el que menos con el francés se aviene ..... Dejo aparte que es risible empeño el de enriquecer tan abundante idioma como el nuestro con otro que lo es mucho menos, como el francés; y me ciño á apuntar el precepto tan sabido, desde Horacio acá, que los idiomas para remediar sus necesidades han de acudir á su primitiva fuente; y siendo la del nuestro el latín, mezclado con el árabe, de la lengua latina, de la griega ...... y de la arábiga hemos de derivar los idiotismos y locuciones que necesitáremos, adaptándolos á la índole del castellano.»

tín, constituían para él nuestro tesoro literario. De ellos y pocos más formó su colección: de ellos casi solos trata en el *Discurso preliminar*. La poesía de la Edad Media es para él letra muerta, aun después de las publicaciones de Sánchez: de los romances tampoco sabe nada, ó lo confunde todo, y ni uno solo de los históricos, cuanto más de los viejos, admite en su colección. Los juicios sobre autores del siglo XVI suelen ser de una petulancia y ligereza intolerables: llama á las obras de Santa Teresa *adefesios que excitan la indignación y el desprecio,* y no copia una sola línea de ellas. Tampoco del venerable Juan de Ávila, ni de otro alguno de los predicadores españoles, porque son «*títeres espirituales.*» Los ascéticos, con excepción de Fray Luís de Granada, le parecen *mezquinos* y *risibles:* las obras místicas y de devoción, *cáfila de desatinos y extravagancias, disparatadas paparruchas.* Los *Nombres de Cristo,* del Maestro León, le agradan por el estilo; ¡lástima que *el argumento sea de tan poca importancia,* como que *nada vale!* De obras filosóficas no se hable, porque tales ciencias (basta que lo diga Marchena bajo su palabra) *nunca se han cultivado ni podídose cultivar en España,* donde el abominable tribunal de la Inquisición aherrojó los entendimientos, privándolos de la libertad de pensar. ¿Ni qué luz ha de esperarse de los historiadores, *esclavos del estúpido fanatismo,* y llenos de milagros y patrañas? Borrémoslos, pues, sin detenernos en más averiguaciones y deslindes.

Por este sistema de exclusión prosigue Marchena hasta quedarse con Cervantes y con media docena de poetas. Tan extremado en la alabanza como antes lo fué en el vituperio, no sólo afirma que nuestros líricos vencen con gran exceso á los demás de Europa, porque resulta, según su cálculo y teorías, que el fanatismo, calentando la imaginación, despierta y aviva el estro poético, sino que se arroja á decir que la canción *Á las Ruinas de Itálica* vale más que todas las odas de Píndaro y Horacio juntas: tremenda andaluzada que ni siquiera en un hijo de Utrera, paisano del verdadero autor de la oda, puede tolerarse. Bella es la canción de las *Ruinas,* y tuvo en su tiempo la novedad de la inspiración arqueológica; pero ¡cuántas composiciones líricas la vencen, aun dentro de nuestro Parnaso! Marchena, amontonando yerro sobre yerro, continúa atribuyendo (como D. Luís José Velázquez) los versos del Bachiller La Torre á Quevedo: cita como prueba de la fuerza y originalidad de la dicción poética de éste una traducción de Horacio, que es del Brocense; y finalmente decreta, sin ningún género de salvedades, el principado de la lírica á los andaluces, poniéndose él mismo en el coro (y nada menos que al lado del Divino Herrera), no sin anunciar que ya vendrá día en que la posteridad le alce un monumento, vengándole de sus inicuos opresores.

Y, sin embargo, la crítica de Marchena no es vulgar, ni mucho menos, aunque diste harto de ser la mejor de su tiempo, como han pretendido algunos.

Faltan en ella cualidades preciosas que otros tuvieron: el delicado análisis que Capmany, antes y mejor que nadie, aplicó á nuestra prosa: el hondo sentido de la forma poética, la insinuante moderación, el toque sobrio y firme de Quintana: la lucidez y simpática elegancia de Martínez de la Rosa: el buen instinto, generoso y amplio de Lista: el vigor dialéctico que muestra Reinoso aun sujeto por las trabas de la árida ideología de su tiempo. En cambio, Marchena, hombre de cultura más extensa que profunda, pero cultura notable al cabo y en algunos puntos superior á la de casi todos sus coetáneos, tiene, á falta del juicio, que es la facultad que menos le acompañó en sus obras ni en su vida, una libertad de espíritu aventurera é indisciplinada, que muchas veces le descarría, pero que también le sugiere casuales aciertos, expresados por él con su ingénita bizarría y con aquel original desenfado propio de su temperamento de polemista curtido en las más recias tormentas revolucionarias. De vez en cuando centellean en aquellas extrañas páginas algunas intuiciones felices, algunos rasgos críticos de primer orden: tal es el juicio del *Quijote;* tal alguna consideración sobre el teatro español, perdida entre mucho desvarío que quiere ser pintura de nuestro estado social en el siglo XVII, tan desconocido para Marchena como podía serlo el XIV: tal la distinción entre la verdad poética y la filosófica: tal lo que dice del platonismo erótico: tal el hermoso paralelo entre Fr. Luís de Granada y Fr. Luís de León considerado como prosista, que es

quizá el mejor trozo que escribió Marchena, por más que algo le perjudique la forma retórica de la simetría y la antítesis: tal el buen gusto con que en pocos y chistosos rasgos tilda el castellano de Cienfuegos, en quien le agradaban las ideas, y le repugnaba el neologismo. Pero repito que todos estos brillantes destellos lucen en medio de una noche caliginosa; y á cada paso va el lector tropezando, ya con afirmaciones gratuitas, ya con juicios radicalmente falsos, ya con ignorancias de detalle, ya con alardes intempestivos de ateismo y despreocupación, ya con brutales y sañudas injurias contra España, ya con vilísimos rasgos de mala fe. En literatura, su criterio es el de Boileau; y aunque esto parezca inverosímil, un hombre como Marchena, que en materias religiosas, políticas y sociales llevaba hasta la temeridad su ansia de novedades y sólo vivía del escándalo y por el escándalo, en literatura es, como su maestro Voltaire, acólito sumiso de la iglesia neo-clásica; observador fiel de los cánones y prácticas de los preceptistas del siglo de Luís XIV, y furibundo enemigo de los modernos estudios y teorías sobre la belleza y el arte, de «esa nueva oscurísima escolástica, con nombre de Estética, que califica de *romántico* ó novelesco cuanto desatino la cabeza de un orate imaginarse pueda.» Para Marchena, como para todos los volterianos rezagados, para José M.ª Chénier, para Daunou, para La Harpe antes y después de su conversión, Racine y Molière continuaban siendo las columnas de Hércules del arte. En

su crítica y en su estética (si es lícito usar aquí este nombre por él tan aborrecido) no le cuadraba mal á Marchena ese apodo de *abate* que quizá con intención sarcástica añadían siempre á su apellido sus contemporáneos: porque en esto continuaba siendo un abate del siglo XVIII. Á Shakespeare le llama *lodazal de la más repugnante barbarie:* á Byron ni aun le nombra: de Goethe no conoce ó no quiere conocer más que el *Werther*.

Juzgadas con este criterio nuestras letras, todo en ellas había de parecer excepcional y monstruoso. Restringido arbitrariamente el principio de imitación, que el realismo español había interpretado con tan amplio sentido; entendida con espíritu mezquino la antigüedad misma (¿ni qué otra cosa había de esperarse de quien dice que *Esquilo violó las reglas del drama,* es decir las reglas del abate D'Aubignac?); convertidos en pauta y ejemplar único los artificiales productos de una cultura cortesana y refinadísima, flores por la mayor parte de invernadero, sólo el buen gusto y el instinto de lo bello podían salvar al crítico en los pormenores y en la aplicación de sus reglas, y ciertamente salvan más de una vez á Marchena. Pero aun en estos casos es tan inseguro y contradictorio su juicio, parecen tan caprichosos sus amores y sus odios, y tan podrida está la raíz de su criterio histórico, que los mismos esfuerzos que hace para dar á su crítica carácter trascendental y entretejer la historia literaria con los hilos de la historia externa, sólo sirven para despeñarle. Bien pue-

de decirse que todo autor español comienza por desagradarle en el mero hecho de ser español y católico; y necesita un gran esfuerzo para sobreponerse á esta prevención. No concibe literatura grande y floreciente sin espíritu irreligioso; y cegado por tal manía, ora se empeña en demostrar que los españoles de la Edad Media eran muy tolerantes y hasta indiferentes en religión, como si no protestaran de lo contrario las hogueras que encendió San Fernando, las matanzas de judíos, los actos de la Inquisición catalana, y todos nuestros cuerpos legales; ora se atreve á poner lengua (caso raro en un español) en la veneranda figura de la Reina Católica, á quien llama «implacable en sus venganzas, y sin fe en la conducta pública»; ora coloca al libelista Fray Pablo Sarpi en puesto más eminente que á todos nuestros historiadores, por el solo hecho de haber sido tenido por protestante aunque solapado; ora desprecia como *bárbara cáfila de expresiones escolásticas* la ciencia de Santo Tomás y de Suárez; ora niega porque sí, y por quitar una gloria más á su patria, la realidad del mapa geodésico del maestro Esquivel, de que dan fe por vista de ojos Ambrosio de Morales y otros testigos irrecusables; ora explica la sabiduría de Luís Vives por haberse educado fuera de la Península (olvidando sin duda sus vehementes diatribas contra la universidad de París); ora califica de patraña un hecho tan judicialmente comprobado como el asesinato del Niño de la Guardia; ora imagina desbarrando que los *monopantos* de Quevedo

son los jesuítas; ora calumnia feamente á la Inquisición, atribuyéndola el desarrollo del molinosismo, que ella castigó sin paz y sin tregua; ora nos enseña como profundo descubrimiento filosófico que los *inmundos trágicos de la Epístola Moral* son «nuestros frailes, los más torpes y disolutos de los mortales, encenagados en los más hediondos vicios, escoria del linaje humano.» Pero lo más curioso y extravagante es la razón que da para no incluir en su colección mayor número de trozos de Fr. Luís de Granada, á pesar de lo muy persuadido que estaba del soberano mérito de este escritor, que parece haber sido el predilecto suyo entre los nuestros. ¡La razón es que le tenía por *inmoral!* Y ciertamente que su moral era todo lo más contrario á la extraña moral de Marchena, el cual en otra parte de este abigarrado discurso, donde todo es intemperante, el pensamiento y la expresión, truena con frases tan estrambóticas como grande es la aberración de las ideas, contra «*la moral ascética, enemiga de los deleites sensuales en que la reproducción del humano linaje se vincula, tras de los cuales corren ambos sexos á porfía.*» Él profesa la *moral de la naturaleza,* «la de Trasíbulo y Timoleón»; y en cuanto á dogma, no nos dice claro si por aquella fecha era ateo ó panteista, puesto caso que del deismo de Voltaire había ya pasado, y no aceptaba ningún género de Teodicea, dejando en la categoría de los asertos más ó menos verosímiles y sujetos al cálculo de probabilidades, «la existencia de *una ó muchas naturalezas*

increadas, distintas de la materia, y señoras de ella; la multiplicidad de sustancias en el sér humano; la incorruptibilidad de unas cuando se corrompen las otras.»

Qui habitat in coelis irridebit eos; y en verdad que parece ironía de la Providencia que la nombradía literaria de aquel desalmado jacobino, que en París abrió cátedra de ateismo, ande vinculada principalmente (¿quién había de decirlo?) á una oda de asunto religioso, la oda *Á Cristo crucificado*. De esta feliz inspiración quedó el autor tan satisfecho, que con su habitual é inverosímil franqueza, no sólo la pone por modelo en su colección de clásicos, sino que la elogia cándidamente en el preámbulo, y, comparándose con Chateaubriand, cuya fama de poeta cristiano le sacaba de quicio, y de cuyos *Mártires* decía que «son una ensalada compuesta de mil yerbas, acedas aquéllas, saladas estotras, y que juntas forman el más repugnante y asqueroso almodrote que gustar pudo el paladar humano», exclama con estudiantil desgarro: «Entre el poema de *Los Mártires* y la oda *Á Cristo crucificado* media esta diferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree, y cree lo que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree y no cree lo que sabe.»

La inmodestia del autor, por una parte, y por otra los excesivos elogios que en todo tiempo han tributado á esta oda los críticos de la escuela literaria á que el autor pertenecía, contribuyen á que la composición de Marchena no haga en todos los

lectores el efecto que por su robusta entonación debiera. El autor la admiró por todos y antes que todos, se decretó por ella una estatua, y nada nos dejó que admirar. Así y todo, es pieza notable, algo artificial y pomposa, demasiado *herreriana* con imitaciones muy directas, desigual en la versificación, desproporcionada en sus miembros, pequeña para tan grandioso plan, que quiere ser nada menos que la exposición de toda la economía del Cristianismo; y, por último, fría y poco fervorosa, como era de temer del autor, aunque muchos con exceso de buena fe hayan creído descubrir en ella verdadero espíritu religioso. Si lo que Marchena se propuso, según parece, fué demostrar que sin fe pueden tratarse magistralmente los temas sagrados, la erró de medio á medio, y su oda es la mejor prueba contra su tesis. Fácil es á un hombre de talento y de muchas humanidades calcar frases de los libros santos y frases de León y de Herrera, y zurcirlas en una oda, que no será ni mejor ni peor que todas las odas de escuela; pero de esto al arranque espontáneo de la inspiración religiosa, ¡cuánto camino! Júzguese por las primeras estancias de la oda de Marchena, que, si bien compuestas de taracea, tienen ciertamente rotundidad y número, y vienen á ser las mejores de esta composición, en que *todo es cabeza*, como si el autor, fatigado de tan valiente principio, se hubiese dormido al medio de la jornada:

Canto al Verbo divino,
No cuando inmenso, en piélagos de gloria,

Más allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y *el Padre se embebece*
En la perfecta forma no creada (1),
Ni cuando de victoria
La cien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo Averno,
Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre conjurada.
No le canto tremendo,
En nube envuelto horrísono-tonante,
Del Faraón el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando
Que en los abismos de la mar se hundieron,
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el raudo viento,
No fueron: la mar vino,
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amón y Canaán se estremecieron.

Muy inferiores á ésta son las demás poesías de Marchena, que él con la misma falta de modestia va poniendo por dechados en sus géneros respectivos. Todas ellas figuran en la colección manuscrita de París, siendo la más notable una *Epístola sobre la libertad política*, dirigida al insigne geómetra español D. José M.ª Lanz, creador, juntamente con D. Agustín Betancurt, de la nueva ciencia de la *Cinemática* (2).

(1) ¡Admirablemente dicho! Si toda la canción estuviese escrita como este sublime rasgo, sería de un gran poeta.

(2) La obra de estos dos ingenieros españoles titulada *Es-*

En general, esta epístola está pésimamente versificada, llena de asonancias ilícitas, de sinéresis violentas y de cuñas prosaicas: muestra patente de que el autor sudaba tinta en cada verso, obstinado en ser poeta contra la voluntad de las hijas de la Memoria. Hay, no obstante, algunos tercetos dignos de notarse por lo feliz de la idea ó de la imagen, ya que no de la expresión; y porque además nos dan el pensamiento político de su autor acerca de la revolución después de pasados los primeros hervores de ella:

Tal la revolución francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas,
Los frutos arrancando del ejido;
Empero el despotismo las entrañas
Deseca de la tierra donde habita,
Cual el volcán que hierve en las montañas.

Queriendo mostrar el autor que todos los excesos revolucionarios son consecuencia del despotismo, y que él nutre y educa la revolución á sus pechos, usa de esta notable comparación:

Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el sér el seno mismo.

sai sur la composition des machines, cuya segunda edición es de 1819 (ignoro la fecha de la primera), obtuvo los elogios de Monge, y sirvió de texto por muchos años en la Escuela Politécnica de París.

La amistad de Marchena con Lanz hubo de fundarse, no solamente en la comunidad de ideas políticas, sino también en la afición de Marchena á los estudios matemáticos. Aludiendo á esto en su *Discurso,* dice de sí mismo que «había hecho como el enano de Saturno en el *Micromegas* de Voltaire, muchos cálculos largos y muchos versos cortos.»

Tampoco carece de cierta originalidad Marchena, como primer cantor español de *la duda*, y precursor en esto de Núñez de Arce y otros modernos:

¡Dulce esperanza, ven á consolarme!
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
¿Quién me dió el sér, no puede conservarme
Más allá de la tumba? ¿Está ceñida
Á este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quién lo mida?
¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo. ¿Dónde iré? ¿De dó he venido?
¿Por qué el crimen repugna á mi conciencia?

Bien dijo Marchena que tal poesía era nueva en castellano, pero también ha de confesarse que la nueva cuerda añadida por él á nuestra lira no produce en sus manos más que sonidos discordes, ingratos y confusos.

También pagó tributo Marchena á uno de los más afectados, monótonos y fastidiosos géneros que por aquellos días estuvieron en boga: al de las epístolas *heroídas*, calcadas sobre la famosa de Pope, á la cual no llega ni se acerca ninguna de sus imitaciones. ¿Quién no conoce la famosa *Epístola de Eloisa á Abelardo*, que Colardeau imitó en francés, y que Santibáñez, Maury y algunos otros, pusieron en castellano, tomándola ya del original ya de la versión; para nocivo solaz de mancebos y doncellas que veían allí canonizados los ímpetus eróticos, reprobadas las austeridades monacales, y enaltecido sobre el matrimonio el *amor desinteresado y libre*? Ciertamente que esta Eloisa nada tiene que ver con la

escolástica y apasionadísima amante de Abelardo, ni menos con la ejemplar abadesa del Paracleto, sino que está trocada, por obra y gracia de la elegante musa de Pope, en una *miss* inglesa, sentimental, bien educada, vaporosa é inaguantable. ¿Dónde encontrar aquellas tan deliciosas pedanterías de la Eloisa antigua, aquellas citas de Macrobio y de las epístolas de Séneca, del *Pastoral* de San Gregorio y de la regla de San Benito, aquellos juegos de palabras «*oh inclementem clementiam! oh infortunatam fortunam!* mezcladas con palabras de fuego sentidas y no pensadas: «*non matrimonii foedera, non dotes aliquas expectavi, non denique meas voluptates aut voluntates, sed tuas, sicut ipse nosti, adimplere studui .... Quae regina vel praepotens femina gaudiis meis non invidebit vel thalamis? .... Et si uxoris nomen sanctius ac validius videtur, dulcius mihi semper extitit amicae vocabulum, aut (si non indigneris) concubinae vel scorti, ut quo me videlicet pro te amplius humiliarem, ampliorem apud te consequerer gratiam, et sic excellentiae tuae gloriam minus laederem .... Quae cum ingemiscere debeam de commissis, suspiro potius de amissis.*

Después de leídas tales cartas, parece amanerada, aunque agradable siempre, la *Heroída* de Pope, donde ha desaparecido todo este encanto de franqueza y barbarie, de ardor vehementísimo y sincero. Así y todo, esta ingeniosa falsificación de los sentimientos del siglo XVIII tuvo portentoso éxito, y engendró una porción de imitaciones con el nombre

de *heroídas,* dado ya en la antigüedad latina por Ovidio á otras epístolas galantes suyas, no menos infieles al carácter de los tiempos heroicos que lo eran las de sus imitadores al espíritu de la Edad-Media.

¿Pero cuál de las imitaciones de la *heroída* de Pope que hay en castellano es la de Marchena? El Sr. Marqués de Valmar, doctísimo colector de nuestros poetas del siglo XVIII, se inclina á atribuirle la más popular de todas; la que se imprimió en Salamanca por Francisco de Toxar, en 1796, con título de *Cartas de Abelardo y Eloisa, en verso castellano,* y fué prohibida por un edicto de la Inquisición de 6 de Abril de 1799. El Sr. Bergnes de las Casas, que imprimió en Barcelona en 1839, juntamente con el texto latino de las cartas de Abelardo y el inglés de la epístola de Pope, todas las imitaciones castellanas que pudo hallar de unas y otras, atribuye á D. Vicente María Santibáñez, catedrático de humanidades en Vergara, la susodicha famosa traducción que comienza:

En este silencioso y triste albergue,
De la inocencia venerable asilo...

y da como anónima la respuesta, que parece obra original del traductor de la primera epístola, si bien muy inferior á ella en condiciones literarias, porque ya el original de Pope ó de Colardeau no sostenía la flaca vena de su autor:

¿Quién pudiera pensar que en tantos años
De penitente y retirada vida...

El hallazgo del manuscrito de París ha venido á resolver la cuestión, puesto que en él aparecen dos epístolas de Eloisa y Abelardo, enteramente originales del abate Marchena y mucho más libres é impías que las que se imprimieron en Salamanca, y de las cuales una, por lo menos, es de Santibáñez, según el testimonio irrecusable de Quintana, que le había conocido y tratado mucho, como también á Marchena (1). No es maravilla que tratándose de autores tan análogos en su vida y en sus ideas, y de composiciones sobre el mismo asunto, se hayan confundido las especies. Conste, pues, que las heroídas de Marchena son las que empiezan:

Sepulturas horribles, tumbas frías...
¡Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada... (2).

Así éstas como la mayor parte de las poesías líricas de Marchena se imprimen en esta colección por vez primera, fielmente copiadas por el docto profesor y querido amigo nuestro Mr. Alfred Morel-Fa-

(1) «D. Vicente M.ª Santibáñez, traductor de la *Heroída* de Pope, con cuyo estilo y carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.» *(Introducción á la Poesía Castellana del siglo XVIII*, art. IV.)

(2) Faltan en la curiosa edición de las *Cartas de Abelardo y Eloisa* (dos tomos en 4.°), Barcelona, 1839, imprenta de A. Bergnes; que además de las cartas latinas y los estudios de Guizot, Cousin, etc., sobre Abelardo, contiene los textos originales de la heroída de Pope, y de la de Colardeau, las dos de Santibáñez, la de Maury en octavas (muy fría, pero audazmente versificada como suya: ensayo de su juventud, impreso en Málaga en 1792, prohibido por la Inquisición en 1796), y tres heroídas más de Beauchamps, Dorat y Mercier, puestas en versos castellanos nada vulgares por un poeta cuyas iniciales son J. V.

Como prueba de la aceptación que tenía este falso género á principios del siglo, puede citarse la *Colección de varias heroí-*

tio de un códice autógrafo de Marchena, que se conserva hoy en la Biblioteca de la Sorbona, y procede de la librería de Mr. Lefebure de Fourcy, antiguo catedrático de la facultad de Ciencias (1). De muchas de estas composiciones ya se ha ido haciendo mérito en el curso de esta biografía. Todas ellas parecen compuestas antes de 1808; y sin duda por eso no figura en el manuscrito de París la canción *Á Cristo crucificado,* que debe de ser posterior.

IV

Cuando la revolución de 1820 abrió á los afrancesados las puertas de España, Marchena fué de los que regresaron, muy esperanzado, sin duda, de ver

das traducidas libremente de los mejores autores franceses por D. M. A. de C... (¿D. Mariano de Carnerero?) Madrid, en la imprenta de Repullés, 1810. Dos tomos en 12.º Á imitación de estas heroídas francesas compuso algunas el P. Arolas, las cuales pueden leerse en la colección de sus versos juveniles (Valencia, 1842).

El final de la oda de Quintana *Á la Hermosura* es una reminiscencia de la *heroída* de Pope.

(1) Este códice tiene la signatura I-IV-48, y una nota en el reverso de la cubierta indica la procedencia: «*Ex libris Lefebure de Fourcy in Parisiensi Scientiarum facultate olim professoris, à filiis datum MDCCCLXIX.*» El Sr. Morel-Fatio describe el códice en estos términos:

«Tiene el códice 69 hojas escritas, y además muchas blancas; el texto acaba en la hoja 69 con el título de los *Diálogos filosóficos* en verso, que no se insertaron. Es indudablemente autógrafo, porque la letra de las correcciones es la misma que la del texto, y estas correcciones se ve luego que son del autor mismo, y no de un copista. Al principio del códice se cortaron

premiados bajo el nuevo régimen sus servicios á las ideas liberales, que ciertamente eran más antiguos que los de ningún otro español. Pero nada logró, porque la tacha de traidor á la patria le cerraba todo camino en un tiempo en que las heridas del año 1808 manaban sangre todavía; y los mismos afrancesados que apenas habían comenzado su laboriosa tarea para irse rehabilitando en la opinión (como al fin lo consiguieron en los últimos años de Fernando VII, llegando á ejercer grande influencia en sus consejos como autores ó fautores de la teoría del despotismo ilustrado), huían de Marchena, clérigo apóstata, cuyo radicalismo político y religioso, todavía raro en España, bastaba para comprometer cualquier partido á que él se afiliase. Bien á su costa lo experimentó en Sevilla, á donde le llevaron sin duda los recuerdos de su juventud y el apego al suelo natal. Sevilla era entonces un pueblo eminentemente realista, donde las ideas constitucionales sólo eran profesadas por una minoría exigua, al revés de lo que acontecía en Cádiz, Barcelona y otras ciudades marítimas. Uno de los biógrafos de Marchena (1), cuyos recuerdos personales se remontan bastante lejos, da sobre este punto curiosas y autorizadas noticias.

---

unas 20 hojas; pero como en la primera de las guardas hay el título de «*Oeuvres de Marchena*», y en la segunda *Poesías* (de mano de Marchena), es probable que dichas hojas se cortaran antes de que escribiese nada nuestro autor en el libro. En todo caso, por el título *Poesías* de la segunda hoja hay motivo de suponer que si falta algo, lo que falta será prosa, y no versos.»

(1) D. Adolfo de Castro, en el artículo ya citado de *La España Moderna*.

«La gente liberal en Sevilla era entonces baladí. La mayoría de lo que se llama pueblo, casi toda la nobleza y los propietarios y labradores pertenecían en ideas al absolutismo, fomentado por el numeroso y alto clero y por los más de los frailes.

»El bando liberal se componía de muy pocas personas importantes de la ciudad: comerciantes, tenderos, oficiales retirados, ociosos y vagabundos, alguna tropa de la guarnición y de los aficionados á alborotos.

»Se decía entonces por fina ironía que *todo el pueblo junto en el café del Turco* había promovido tal ó cual asonada, en cuya frase se pintaba gráficamente cuán reducido número de personas contaba el partido liberal en Sevilla...»

Al principio Marchena fué bien recibido por los liberales sevillanos, é ingresó á título honorífico en una Sociedad Patriótica que allí había, no menos tumultuosa que sus análogas de Madrid, aunque menos perniciosa en sus efectos, los cuales tenían más de bufo que de trágico, reduciéndose á sandias peroratas sobre los artículos del código constitucional, y á otras efusiones declamatorias propias de la candidez política de aquellos tiempos. Á Marchena, que no sólo había visto revoluciones de verdad sino que había sido actor en ellas, le parecía todo aquello una absurda mojiganga; y como no se recataba de decirlo á los propios adeptos, con toda la malignidad sarcástica propia de su carácter violento y atrabiliario, se atrajo en poco tiempo muchos enemigos que no le perdonaban aquella continua é implacable burla. Además, entre los patriotas del año 20, aunque la irreligión hubiese comenzado á hacer estragos

y estuviese de moda cierto descreimiento, había no pocos hombres sinceramente cristianos y aun devotos, que no pasaban más allá de la libertad política, y para quienes era un escándalo la impiedad que cínicamente afectaba Marchena. Á los pocos meses de su llegada hahía tenido la habilidad de ponerse mal, casi á un mismo tiempo, con los frailes de Sevilla y con el Capitán General, que era al mismo tiempo Jefe Político de la provincia. Las cosas acontecieron de este modo:

Las cortes de 1820 acababan de dar una ley (que Fernando VII sancionó á la fuerza y bajo el amago de un motín) extinguiendo las órdenes monacales y reformando las regulares. Para celebrar este decreto, la Sociedad Patriótica de Sevilla encargó un discurso á Marchena. Este discurso, que gustó en el primer momento (quizá porque la mayor parte del auditorio no le entendió del todo), fué impreso por aclamación general, y entonces es cuando se vió la gravedad de las conclusiones racionalistas que la inexperta Sociedad había prohijado. Se trataba, en efecto, de un ardiente alegato en pro de la libertad de cultos, ó más bien del naturalismo y del indiferentismo religioso, pero envuelto en cierta fraseología mística, que podía deslumbrar á los incautos. Marchena preguntaba entre otras cosas:

«¿No pertenecen al Criador, al Conservador del Universo, el hombre y sus obras todas, y la tierra que habita y el cielo que le cobija y cuantos seres animados é inanimados en su inmenso seno la naturaleza encierra? ¿Es la mo-

rada de Jehováh el monte de Garizim? ¿Es peculio privativo suyo el templo de Júpiter Capitolino, la mezquita de la Meca ó las paredes del Vaticano? ¿No es su dominio el capullo que alberga al insecto imperceptible, como la vasta órbita que describe el más remoto planeta? «*La tierra y cuantos en ella moran, el orbe entero y cuanto en él se contiene son del Señor,* dicen los salmos de los hebreos. Un dón solo puede tributar el hombre al Altísimo; y ese es el único grato á sus ojos: un pecho amante de la virtud, una razón despojada de los desvaríos de la superstición, *una vida conforme á los preceptos del Verbo, esto es, de la razón divina, que estableció el invariable orden de los seres, y por la razón de las necesidades físicas enseñó á los humanos las relaciones que con Dios y con sus semejantes los estrechan...* Los tiranos son los verdaderos rebeldes á la Divinidad, los enemigos de la eterna razón increada, los que han formado parcialidades y coligádose contra el Señor y su Cristo, mas que el Cristo ha de quebrantar con cetro de hierro, cual vasos de frágil arcilla (1).

Un fraile impugnó desde el púlpito el folleto del *ciudadano* Marchena; y el *ciudadano* Marchena, dando una muestra de intolerancia no rara entre los que teóricamente blasonan más de libre-pensadores, denunció al fraile á las iras de la Sociedad Patriótica, y aun procuró, aunque inútilmente, que se hiciese pesquisa judicial contra él. Todo ello consta por la carta al general O'Donojú, que citaremos luego:

(1) *Discurso sobre la ley relativa á extinción de monacales y reforma de regulares, pronunciado en el día 6 de Noviembre del presente año en la Sociedad Patriótica Constitucional de esta ciudad por el ciudadano D. Josef Marchena, Socio íntimo de la misma, é impreso por aclamación general.* Sevilla, 1820. Folleto de 16 páginas.

«Puesto que todas las expresiones de dicho discurso se hubiesen pronunciado delante de un inmenso concurso de sujetos de toda clase, no desaprobando ninguno una sola de ellas y aplaudiéndolas todos; puesto que estuviera ya impreso y patente á la censura de todos, todavía un fraile llamado *Salado* tuvo la increible avilantez de predicar un domingo en *Omnium Sanctorum* (una de las iglesias á donde acude más plebe, y, por consiguiente, más gente pronta á enardecerse por las irritaciones del fanatismo) que el abate Marchena era un hereje que quería trastornar la religión católica.

»Tan escandalosa tentativa de asonada no solamente permanece impune, mas ni siquiera ha tenido por conveniente V. E. hacer en la materia la más ligera pesquisa, si bien la excitación desde el púlpito contra un ciudadano que se nombra formalmente sea un delito nuevo desde el principio de las conmociones de España; y este primer ejemplo se ha dado impunemente en el pueblo cuya seguridad ha sido encomendada á V. E. No es esto articular una queja contra V. E. Bien me hago cargo de lo arduo del empeño de encontrar testigos que declarasen sobre un sermón predicado un domingo en una iglesia llena de gente. La delación que de él se hizo en la Sociedad, y que también está consignada en *La Espada Sevillana,* pareció sin duda á V. E. una denuncia vaga: por eso no ha querido hacer diligencias que probablemente ningún efecto producirían.»

Pronto surgió otra disidencia en el seno de la Sociedad. El *ciudadano* Mac-Crohón, correligionario y amigo íntimo de Marchena, leyó una noche cierto manifiesto de los oficiales del batallón de Asturias (el que había mandado Riego) en que se hacían graves cargos al general O'Donojú. Á muchos de los

concurrentes pareció tal manifiesto una insensatez y una violación de los principios más elementales de la disciplina militar; pero Marchena se encaramó en la tribuna para sostener que los oficiales manifestantes estaban dentro de «la verdadera doctrina de los pueblos libres acerca de las quejas de los ciudadanos contra los magistrados y gobernantes», y que no hacían más que cumplir con la «obligación sagrada del ciudadano.»

Publicábase á la sazón un periódico titulado *La Espada Sevillana*, órgano oficioso de la Sociedad, pero todavía más del Capitán General, que había confiado la redacción á su médico, llamado Codorniu. En *La Espada*, pues, salió un comunicado que firmaba *El Ocioso:* de tono asaz agrio, contra el manifiesto de los oficiales de Asturias, y contra los oradores que le habían apoyado en la Sociedad Patriótica. Y aquí prosigue la narración del abate Marchena, dirigiéndose al mismo general O'Donojú.

«El socio Mac-Crohón, ultrajado en una postdata del artículo comunicado salió á vindicar su honor: seguíle yo, y los aplausos del público nos acompañaron á uno y á otro. Acuérdome que en mi razonamiento dije que ni conocía ni quería conocer á V. E. Lo primero V. E. sabe ser muy cierto: lo segundo sé yo que no lo es menos. Probé que no debían los miembros de la Sociedad seguir subscribiéndose á un periódico que, costeado por ellos, insertaba violentas censuras de papeles leídos con aprobación del Cuerpo, y de socios que en vez de haber sido llamados al orden se les había escuchado con satisfacción general...

»Al siguiente día se formó, por los que llevaban la voz,

un conciliábulo con nombre de sesión secreta; y sin citarme, sin mi noticia, sin hacerme cargo ninguno, sin saber siquiera si pensaba yo en disculparme, fallan mi expulsión de la Sociedad. Tan ajeno estaba yo de esta decisión, que habiendo por acaso sabido que se celebraba sesión secreta en el teatro de San Pablo, fuí á ella, y pedí la palabra para hablar sobre no sé qué asunto que á la sazón se estaba ventilando, cuando un fraile domínico, llamado Fr. Becerro, digno presidente de la Sociedad Patriótica de Sevilla, encarándose á mí con tan furibundo ademán como si me notificara que por auto del Santo Oficio iba á ser relajado al brazo seglar, con estentórea voz me preguntó si ignoraba yo la decisión que se acababa de tomar por la Sociedad. Respondíle (como era la verdad) que nada sabía de ella. Y alargándome, con toda la insolencia y descortesía frailesca, el registro de las actas, me dió á leer la resolución de mi expulsión. Quise hablar, y me cerró la boca diciendo que la Sociedad no se volvía nunca atrás en sus decisiones.—«Si es así (dije yo entonces) la infamia de ésta recaerá sobre »mí ó sobre ella. Sobre mí estoy seguro de que no ha de »caer. Concluyan ustedes el dilema.» «Sobre nosotros (res»pondieron unos quince que formaban el conventículo).—»No retratan ustedes mal (repuse saliéndome) á los judíos »verdugos de Cristo. *Sanguis ejus super nos et super filios »nostros»* (!!).

Marchena, después de compararse nada menos que con el Redentor del mundo, echa al Capitán General la culpa de tan escandalosas escenas por haber dirigido á varios socios una circular ó exhorto secreto, preguntándoles si en efecto el Abate había hablado contra la religión católica en alguna de las sesiones públicas ó secretas. Él niega terminantemente haberse ocupado en tales asuntos; y como el

general O'Donojú no estaba en olor de santidad, sino que era antiguo afiliado de las sociedades secretas, triunfa de él con punzante y maligna ironía, diciendo que no es el celo de la casa del Señor lo que le devora.

Todo el resto de la vindicación está escrito en el mismo tono acre é insolente. Marchena contrapone su crédito literario y su vieja historia revolucionaria á la triste reputación militar de O'Donojú, que todavía no era el hombre del convenio con Itúrbide, pero que ya había dado suficientes pruebas de torpeza é ineptitud. Le echa en cara su doblez y falso juego, en 1819, el haber conspirado á medias y haber faltado á su compromiso con los liberales en el momento crítico. Y hablando de sí mismo añade:

«La persecución se había de cohonestar con las más disparatadas calumnias. Una carta he visto yo, escrita por un amigo de V. E., en que afirmaba que Mac-Crohón, Marchena y otros perversos habían pedido la cabeza de Codorniu (perdóneme V. E. si miento á este Juan Rana de la literatura). ¿Qué diablos habíamos de hacer con la cabeza de un Codorniu? Todavía, si hubiera yo proyectado un poema de La Fontaine, pudiera aquella cabeza servir de modelo para el principal héroe; mas para esto era forzoso que se mantuviera encima de sus hombros. Viva el erudito secretario de la Sociedad Patriótica sevillana quieto y sosegado; esgrima furibundos tajos con su espada de palo: todo el mundo se reirá, con contorsiones, de sus acometimientos, de sus necias malicias, y en nadie excitará afectos de amor ni de odio: yo se lo aseguro sin temor de que nadie me desmienta......

»De Codorniu, volvamos á V. E. ¿Y es verdad, señor,

que lo que más en mi discurso le ha irritado ha sido el haber hablado yo con el alto aprecio que para mí se merecen Riego y sus compañeros? Ello es cierto que es triste cosa no haber tenido parte en la restauración de la libertad de la patria quien en aquella época hubiera podido decidir oportunamente la contienda con sólo declararse. Mas también hemos de atender á que el papel de espectante, si no es el más glorioso, por lo menos es el más seguro, ya que la prudencia persuade á abstenerse de coger laureles que pueden ir envueltos en cipreses......

»Permítame V. E. que en pago de los daños que se ha esforzado en causarme le dé un consejo, que, cuando de nada le sirviese, nunca podrá serle nocivo: éste es que cuando quisiere asestar un tiro contra alguno, se funde en pretextos que lleven algún color de verosimilitud.

»En consecuencia, Sr. Excmo., ¿quién se ha de persuadir de que soy yo un enemigo de la libertad, cuando tantas persecuciones he sufrido por su causa; un hombre que anda pidiendo cabezas de majaderos, cuando por espacio de diez y seis meses en mi primera juventud me vi encerrado en los calabozos del jacobinismo?

»Cuando en España pocos esforzados varones escondían en lo más recóndito de sus pechos el sacrosanto fuego de la libertad; cuando ascendían los viles á condecoraciones y empleos, postrándose ante el valido ó sirviendo para infames tercerías con sus comblezas ó las de sus hermanos y parientes, entonces, en las mazmorras del execrable Robespierre, al pié del cadalso, alzaba yo un grito en defensa de la humanidad ultrajada por los desenfrenos de la más loca democracia. Mas nunca los excesos del populacho me harán olvidar los imprescriptibles derechos del pueblo: siempre sabré arrostrar la prepotencia de los magnates lidiando por la libertad de mi patria» (1).

(1) *Copia de la carta dirigida al Excmo. Sr. D. Juan*

Esta carta, cuyo final es elocuente, y que en todo su contexto es una curiosa muestra de la acerada prosa política del abate Marchena, fué escrita en Osuna el 6 de Diciembre de 1820, y publicada inmediatamente en el *Diario de Cádiz.* Su éxito fué grande, no sólo entre los liberales exaltados, sino entre los muchos enemigos de toda especie que tenía O'Donojú, y entre los realistas burlones que tanto partido sacaban de estas discordias domésticas de sus adversarios. Para contrarrestar el efecto de las diatribas de Marchena (á quien todos temían, aunque casi nadie le estimase) se publicó una impugnación de su carta *por un socio de la Reunión Patriótica* de Sevilla (1). Es papel bastante candoroso y pobremente escrito, pero del cual pueden sacarse algunas especies útiles para la biografía de Marchena, y sobre todo para juzgar del mal predicamento en que entonces le tenían sus paisanos. Á ello contribuía mucho su calidad de afrancesado; y este punto flaco es el primero en que el impugnador le hiere:

O'Donojú, Capitán General de la provincia de Sevilla. Jefe Político de la misma, Teniente General de los Reales Ejércitos, Edecán de S. M., gran cruz de las órdenes de Carlos III y de San Hermenegildo, etc., etc., por el ciudadano Josef Marchena.

Este curioso documento, no citado por los biógrafos anteriores, ha sido reproducido íntegramente por D. Adolfo de Castro (núm. 1.º de *La España Moderna*).

(1) *Impugnación de la carta del abate Marchena al Excelentísimo Sr. Capitán General y Jefe Político de esta Provincia D. Juan O'Donojú (inserta en el Diario de Cádiz). Por un socio de la Reunión Patriótica de esta ciudad. Sevilla, impreso por la Viuda de Vázquez y C.ª Año de 1821.* Folleto de 11 páginas.

«Esos son los que clavaron el puñal en el seno de la Madre Patria en la aciaga época de la dominación francesa ...... Aunque hoy con una falsa hipocresía se ostentan patriotas, su pasada conducta los desmiente ...... No han adoptado estos monstruos las ideas liberales sino para desacreditarlas y envilecerlas......

»El ídolo de la independencia nacional no les devuelve los falsos ósculos con que reconocen, al parecer, su soberanía, ni tiene por bien expiados sus errores por una débil analogía con el actual sistema ...... Bien á su costa lo ha experimentado el abate Marchena cuando después de algunos aplausos, hijos del momento y arrancados por sorpresa, se vió confundido y avergonzado por los mismos que antes le celebraban con entusiasmo ...... No era ya posible á una sociedad que anhelaba por la instrucción y seguridad del Pueblo Sevillano, poder abrigar por más tiempo un ciudadano de ideas tan heterogéneas y alarmantes, sin arriesgar su existencia misma y autorizar esta dañosa franqueza de hablar en sentidos opuestos á los de la muchedumbre, cuando ésta camina de acuerdo con las disposiciones del Gobierno.

. . . .

Entrando el anónimo en el examen del que llama *envenenado papel*, empieza por rechazar el inmodesto paralelo que Marchena hacía entre su persona y la de Juan Jacobo Rousseau, y entre su carta á O'Donojú y la carta del ciudadano de Ginebra al Arzobispo de París con motivo de la prohibición del *Emilio*.

«¿Qué obras pueden igualar á este nuevo autor con aquel célebre filósofo, si ya no es el desenfreno de sus pensamientos é ideas en materias de religión? Sepa el señor Marchena que la comparación hubiera sido más propia

si se hubiese acordado de Esopo y de sus fábulas, ya que *(aun olvidada la semejanza de su persona)* á este género pertenecen todos los hechos y particularidades que refiere ...... ¿Quién ha escrito entre nosotros contra las obras de este autor, cuando no se conocen ni pueden conocerse? ......

»Él es un extranjero en su propio país, por los muchos años de ausencia y sus relaciones y enlaces íntimos con algunos de los personajes de la revolución francesa, que nada tiene de común con la nuestra, á excepción de los principios generales del derecho de la naturaleza y de las gentes....»

Sobre la entrada de Marchena en la Sociedad Patriótica, y su expulsión de ella, da estos pormenores:

«Precipitóse aquella reunión hasta el punto de creer al ciudadano Marchena muy proporcionado para desvanecer en la muchedumbre las ideas góticas de una educación mal dirigida, y hacerla entrar en los senderos luminosos de nuestra felicidad pública y particular. Pero ¡oh! ¡cuánto se engañó en esta elección, nacida de sus buenos deseos! Á los primeros pasos descubrió este nuevo socio unas ideas que chocaban directamente con las de la Constitución y del Gobierno.

»Pudieran citarse muchos que le oyeron pronunciar con escándalo algunas máximas contrarias diametralmente á la piedad de los pueblos; y alarmó con esta novedad á muchos espíritus incautos, que ó no supieron ó no pudieron discernir entre los sentimientos extraviados del abate Marchena y los puros y razonables de los verdaderos liberales, amantes de su Religión y de su Patria. El mismo discurso que leyó en la tribuna, relativo á la extinción monacal, en medio de los estériles aplausos que arrancó su veloz y rápida lectura, dió muestras inequívocas del poco aprecio

que merecía á su autor la Representación Nacional, cuyas decisiones censuraba imprudentemente, para desacreditarla en el ánimo pacífico y sencillo de estos Andaluces ...... La Sociedad misma lo creyó así, y no pudo menos que atalayar la conducta posterior de este individuo, á quien desgraciadamente había honrado con la confianza de introducirlo en su seno.

»Se observó con mucho sentimiento que el ciudadano Marchena se había convertido en un triste objeto de murmuración pública, trascendental entonces al mismo cuerpo que le prestó tan fácil acogida. Los predicadores de la moral evangélica, entre ellos Fray Bartolomé Salado, del orden de San Francisco, tuvieron la imprudencia de citarle nominalmente en el púlpito por un enemigo tan encarnizado de la Religión como del sistema constitucional. Si bien fué muy reparable esta franqueza, la Sociedad no podía ni debía impedirla ...... Un ciudadano que haya merecido siempre alguna opinión de regularidad y acierto en su conducta, puede acaso aventurar alguna proposición que esté en oposición verdadera ó aparente con las ideas comunes, y encontrará acaso docilidad en los ánimos para oir y examinar sus pruebas con detención y escrupulosidad. Pero cuando esta libertad se nota en un hombre nuevo (por decirlo así) entre nosotros, y alimentado en reinos extraños con una licencia nada compatible con nuestras costumbres actuales, toda tentativa es un insulto, y todo extravío de pensamiento arrastra en pos de sí la indignación del pueblo ......

»Este raro suceso acabó de fijar la atención de la Sociedad sobre este individuo, y se vió obligada dolorosamente á expulsarle de su gremio y exigirle el diploma ......

»¿Por qué aspiraba el ciudadano Marchena á que el Gobierno Político de Sevilla desvaneciese en el pueblo la opinión que le habían acarreado sus imprudencias en los cafés y tertulias, en los teatros y corrillos de todas clases

y condiciones? ¿Por qué no usó, como podía, de la libertad de la imprenta, para apologizar sus sentimientos, ó más bien para presentarlos en un sentido católico y constitucional, único medio de obtener hoy los sufragios de los liberales prudentes y aun de la muchedumbre? ¿Por qué no hizo una denuncia formal contra el predicador que le injuriaba, y en los juzgados señalados por la ley? ¿Quién le ha sugerido que la gobernación política estaba autorizada para proceder de oficio sobre agravios particulares?

. . . .

»Con estos preliminares no debió parecer importuna la exclusión de este socio, que no observaba las leyes del Estado, ni las del reglamento interior de la Sociedad, y aspiraba á ser nada menos que un dictador absoluto, contra todo el sistema establecido para la unión y conformidad de los socios ...... Fué tal su frenesí de hacer vagar al pueblo por espacios imaginarios y quiméricos, que la Reunión Patriótica tuvo que optar entre ó perder para siempre su crédito, ó ahuyentar de su seno á un individuo que hacía peligrar su existencia.»

El folleto termina con vindicar de los ataques y vituperios de Marchena al general O'Donojú y al ciudadano Codorniu, «*Protomédico del ejército constitucional*»; y con echar en cara al Abate sus cuarenta años de expatriación voluntaria ó forzada, «bañándose en las delicias voluptuosas de París.»

Esta pequeña escaramuza fué quizá el último acto de la agitada vida política de Marchena, que, impopular ya entre los liberales andaluces, pues á los anatemas de la Sociedad Patriótica de Sevilla se habían unido las de Lebrija, Écija y otros pun-

tos (1); denunciado en públicos documentos como sedicioso anarquista por haber dicho en una especie de *meeting* celebrado en el teatro, que la patria estaba en peligro y que se requerían enérgicas medidas de salvación, incluso la convocatoria de Cortes extraordinarias, es decir de una Convención análoga á la de Francia; determinó alejarse de un medio tan inhospitalario para sus ideas, y trasladar su residencia á la corte, como lo verificó á fines de 1820, después de haber pasado una corta temporada en Osuna, al lado de su amigo el médico y diputado á Cortes D. Antonio García, padre de nuestro docto maestro de hebreo D. Antonio M.ª García Blanco, á quien en sus conversaciones familiares oímos más de una vez hacer mérito de la impresión que en su fantasía de niño había hecho la singular persona del abate Marchena. En las Memorias que dejó impresas, pero no publicadas ni aun terminadas, dice del Abate:

«Era tan pequeño, que sentado en una silla de la sala de mi casa no le alcanzaban los pies al suelo: fué á casa á despedirse para Madrid, porque siempre fué amigo y de la tertulia de mi padre, con D. Manuel de Arjona, Penitenciario de Córdoba, y su hermano D. José, Asistente de Sevilla después, y privado del rey Fernando VII.»

Luego cuenta que en su casa tuvieron disputa el año 8 Marchena y el P. Manuel Gil, de los clérigos menores, y que el segundo no acertó á contestar

(1) *Diario gaditano de la libertad é independencia nacional*, del Viernes 5 de Enero de 1821 (citado por D. A. de Castro).

al primero, á pesar de toda su facundia. Pero no puede menos de haber error en la fecha, puesto que Marchena no volvió á Andalucía hasta 1810, y entonces por primera vez pudo conocerle García Blanco, que tenía á la sazón nueve años, lo cual explica la vaguedad y confusión de este primer recuerdo suyo consignado por él en 1887 (1).

Pocos meses de vida restaban á Marchena. No sabemos que publicase ya ningún escrito, á no ser que sea suya, como lo parece por las iniciales y por el estilo, una traducción de la *Vida de Teseo*, según el texto griego de Plutarco, cuyas *Vidas Paralelas* se había propuesto traducir (según conjeturamos) en competencia con la versión, que entonces empezaba á salir, de D. Antonio Ranz Romanillos. La de Marchena (si realmente es suya, como creemos) no pasó de esta primera biografía.

Sus días estaban contados, y, apenas llegó á Madrid, hubo de adolecer gravemente. Sólo así se explica que nunca subiese á la tribuna de la Fontana de Oro, donde se discutían entonces con tanto ó más calor que en Sevilla los actos del general O'Donojú, á quien atacaron reciamente varios oradores, entre ellos Alcalá Galiano, D. Manuel Núñez, D. José Pesino y D. Juan Mac-Crhon Henestrosa, grande amigo de Marchena, á quien acogió en su casa, y que en ella murió.

---

(1) *Resumen de un siglo.... Personas, cosas y sucesos que han pasado y yo he visto en el siglo XIX*. Por A. M. G. B..... Osuna, 1887, imprenta de M. Ledesma Vidal: pág. 58.

Mac-Crhon es precisamente quien nos ha trasmitido los únicos pormenores que tenemos acerca de la enfermedad y muerte del abate Marchena. El pasaje es tan curioso; y tan raro, por no decir desconocido, el folleto en que se halla (1), que no se llevará á mal que le traslademos íntegro. Contestando Mac-Crhon á los ataques de un anónimo de Sevilla (G. A. F.), que quizá sea el mismo que escribió la impugnación antes citada, dice refiriéndose á su amigo:

«Esta persona á quien con no menos criminalidad que ignorancia trata de disfamar el folletista, es el digno don José Marchena, el cual, aunque yace en el sepulcro, vive en la memoria de todos los sabios de Europa, entre los cuales hay quien trabaja con los objetos de dar á conocer á su Patria lo que en su muerte ha perdido, y de que la posteridad le conserve el lugar que no le conservó la Sociedad Patriótica de Sevilla.

»Su singular talento, sus extraordinarios y profundos conocimientos, su mérito literario, su carácter noble y sostenido, lo sólido de sus principios, la rigidez de su conducta, y su sublime amor á la libertad, formaban un conjunto admirable que le conciliaba el respeto y veneración de cuantos llegaban á conocerle. Su muerte ha sido generalmente sentida en la corte; y en el discurso de su enfermedad recibió repetidas pruebas del aprecio que no podía menos de tributarse á una persona tan digna. Mi casa no

(1) Le debemos, como tantos otros papeles curiosos, á nuestro amigo Gómez Imaz. El folleto se titula:

Refutación de D. Juan Mac-Crhon Henestrosa á la impugnación de varios discursos pronunciados en la Tertulia de la Fontana de Oro de la Corte, escrita en Sevilla por S. A. F. Madrid, en la imprenta de Álvarez, 1821. 4.° 39 hojas.

cesó de ser concurrida de personas del mayor carácter y representación, que venían de continuo á saber el estado de su salud: de las cuales la mayor parte no tenían con él otro conocimiento que la noticia de su crédito.

»He querido desahogar mi corazón haciendo este tan breve cuanto justo elogio de un amigo que ha exhalado sus últimos suspiros entre mis brazos, y voy á dar á su disfamador la contestación que él me dejó encargada pusiese de su parte en este discurso, que ya estaba empezado antes que falleciese.

»Pocos instantes antes del que fué su postrero me llamó, y á presencia del general Quiroga, del Marqués de Almenara, de D. Manuel Cambronero y D. Ramón de Ceruti, me dijo: «Diga usted al folletista que ha pretendido »infamarme, que si quiere vivir feliz aun en medio de las »mayores desgracias, y descender á la tumba con la sere»nidad que yo desciendo, que aprenda á ser hombre de »bien.»

»Esta lección moral producida en el crítico período de la muerte, que tan aplaudida fué de los que la escucharon, como admirada de todos aquellos en quienes se ha divulgado la noticia, da la idea más exacta de la rectitud de principios de Marchena, y del temple superior de su alma. Su nombre ocupará un lugar distinguido, tanto en la historia política como en la literaria; y los tiros que contra él dirigió la malicia, sorprendiendo la sencillez, si bien surtieron el efecto de herir su amor propio en el hecho que se cita, nunca podrán eclipsar la gloria de su mérito, fundada en bases sólidas é indestructibles.»

Este folleto está fechado en 26 de Febrero de 1821. Muy poco anterior debió de ser la muerte de Marchena, que, como acabamos de ver, no falleció en el abandono y en la indigencia, según generalmente se creía, sino bajo el techo hospitalario

de un fraternal amigo, y rodeado de personas muy distinguidas en aquel tiempo. Lo que no hemos podido averiguar á ciencia cierta es si murió dentro ó fuera del gremio de la Iglesia. No faltan biógrafos que den por averiguada su conversión: yo ni la afirmo ni la niego, pero la encuentro verosímil. Consta por una nota autógrafa del diligentísimo don Bartolomé J. Gallardo que los funerales del abate Marchena se celebraron en la parroquia de Santa Cruz, costeados por Mac-Crhon, y asistiendo á ellos el referido Gallardo, que apuntó la noticia como lo apuntaba todo. El hecho de haberse dado sepultura eclesiástica á un heterodoxo público y escandaloso como Marchena, y haberse celebrado oficios por su alma, parece una prueba indirecta de que se reconcilió con la Iglesia en sus últimos momentos. Por otra parte, la impenitencia final es rarísima entre españoles, y en tiempo de Marchena lo era mucho más.

Nada sé tampoco de los discursos que se dice que algunos afrancesados pronunciaron en su entierro.

Quizá en los periódicos de aquel tiempo, que no me es fácil repasar ahora, podrá encontrarse algún vestigio de ellos. Ya por entonces comenzaba á introducirse en España esta pagana y escandalosa costumbre de los discursos funerales, que por entonces arraigó poco, pero que más adelante sirvió para profanar los entierros de Larra, de Espronceda, de Quintana, sin contar otros más recientes y en su

línea no menos famosos. Por fortuna, ahora está otra vez olvidada, y nadie piensa en restablecerla, lo cual prueba la formalidad intrínseca de nuestro carácter nacional, que no admite bromas con la muerte. Oraciones y sufragios, que no pedantescas exhibiciones de la vanidad de los vivos, es lo que reclaman los difuntos, á quienes poco puede aprovechar semejante garrulería si se cumple en ellos la terrible sentencia: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.*

Marchena legó, al morir, sus papeles y libros á su amigo Mac-Crhon. Si, como creemos, existen descendientes de este caballero, no debemos perder la esperanza de que algún día aparezca, en todo ó en parte, esta herencia literaria, que pudo ser muy valiosa si en ella se incluían, por ejemplo, la traducción completa de Molière y la historia del teatro español que Marchena tenía proyectada en 1819, según indica en el prólogo de sus *Lecciones* (1). Por las vicisitudes de su errante vida, otros escritos suyos hubieron de quedar dispersos por varias partes

(1) «No es nuestro ánimo escribir aquí la historia de nuestro teatro; acaso, si gozamos más larga vida, desempeñaremos esta tarea en una obra que tenemos meditada: el plan de este discurso no nos permite más que algunas reflexiones hijas del estudio de nuestros poetas dramáticos, y que son los últimos resultados de nuestras meditaciones en esta materia. Consideren nuestros lectores lo que vamos á decir como aquellas proposiciones de óptica, de mecánica ó astronomía donde da un autor las resultas de sus arduos y prolijos cálculos, sin corroborarlas con las demostraciones en que las funda, y que suponen la resolución de dificultosas ecuaciones diferenciales y el uso más expedito del cálculo integral.»

de España y Francia. Aún no hace muchos años que el manuscrito de su biografía de Meléndez Valdés se conservaba en poder de Mr. Pierquin, médico de Montpellier y rector de la Academia de Grenoble.

Hoy se ignora el paradero de este escrito, que probablemente hubiera sido curioso, porque Marchena trató muy íntimamente á Meléndez antes y después de su emigración, y con su genial franqueza consignaría acaso pormenores que Quintana omitió en la biografía de su maestro.

Tal fué Marchena, á quien acaso nadie ha definido mejor que Chateaubriand, llamándole «sabio inmundo y aborto lleno de talento.» Propagandista de impiedad con celo de misionero y de apóstol, corruptor de una gran parte de la juventud española por medio siglo largo, sectario intransigente y fanático, estético tímido y crítico arrojado, medianísimo poeta, aunque alguna vez llegase á simular la inspiración á fuerza de terquedad y de artificio, acerado polemista político, prosador desigual aunque jugoso y de bríos, hombre de negaciones absolutas, en las cuales adoraba tanto como otros en las afirmaciones, enamoradísimo de sí propio, henchido de vanagloria y de soberbia, que le daban sus muchas letras, las varias lenguas muertas y vivas que manejaba como maestro, la prodigiosa variedad de conocimientos con que había nutrido su espíritu, y la facilidad con que alternativamente remedaba á los autores más diversos: á Benito Espinosa, al divino



Herrera, á Catulo ó á Petronio (1). El viento de la incredulidad, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter en quien todo fué violento y extremoso, inutilizaron en él admirables cualidades nativas; y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fatuo (¡semejante ¡ay! á tantas otras brillanteces meridionales!) algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno.

Para completar el retrato de tal personaje, que en lo bueno y en lo malo rebasó tanto el nivel ordinario, añadiremos que, según relación de sus contemporáneos, era pequeñísimo de estatura, muy moreno y aun casi bronceado de tez, y horriblemente feo, en términos que más que persona humana parecía un sátiro de las selvas (2). Cínico hasta un

(1) *Il fut versé dans toutes les connaissances de notre époque, cultiva la littérature et la poésie, mania en maître plusieurs langues vivantes et anciennes; et tour à tour, continuait Spinosa, Sainte Thérèse de Jésus ou ce Pétrone qu' il cite.* (Maury, *Espagne Poétique*, París, 1826, t. I, pág. 363.)

(2) *Haut de trois pieds huit pouce, basané et affreux de figure* (dice el autor de la noticia de Marchena en la *Biographie Moderne, ou galérie historique* de Michaud, París, 1816).

Ce petit homme, haut de quatre pieds et demi, laid, difforme et grotesque, à la figure de satyre, aux cheveux crépus, au teint de bistre, au sourire libidineux... (dice el bibliófilo Jacob [Paul Lacroix] en la noticia adjunta á la reimpresión del *Fragmentum Petronii*).

«*Físicamente era chico, casi contrahecho y feo.*» (Carta de D. José de Lira al Sr. de Cueto.)

punto increible en palabras y en acciones, vivía como Diógenes y hablaba como Antístenes. Durante una temporada llevó en su compañía un jabalí que había domesticado y que hacía dormir á los pies de su cama; y cuando, por descuido de una criada, el animal se rompió las patas, Marchena, muy condolido, le compuso una elegía en dísticos latinos, convidó á sus amigos á un banquete, les dió á comer la carne del jabalí, y á los postres les leyó el epicedio (1). Á pesar de su fealdad y de su ateismo, de su mala lengua y de su pobreza, se creía amado de todas las mujeres, lo cual le expuso á lances ridículos y á veces sangrientos (2).

Todas estas y otras extravagancias que aquí se omiten prueban que Marchena fué toda su vida un estudiantón perdulario y medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada. Y con todo había en su alma cualidades nobles y generosas. Su valor rayaba en temeridad, y le tuvo de todos géneros, no sólo audaz y penden-

(1) Carta de D. José de Lira, y noticias de D. Serafín Estébanez Calderón, comunicadas al Sr. de Cueto.

(2) *Marchena était bien capable d' en rémontrer à Pétrone et de lui apprendre des mystères d' impureté, inconnus même aux anciens* (¡qué atrocidad!)... *Aimait prodigieusement les femmes, et se vantait de savoir s' en faire aimer ...... Il affichait, d' ailleurs, avec un abandon qu' il voulait rendre gracieux, la plus ebouriffante inmoralité: on ne devait donc pas s' attendre à lui voir publier des «Leçons de philosophie morale!» Il avait composé des ouvrages d' un tout autre style, mais il ne les publia pas, et il se contentait de les lire, «inter pocula», à ses amis qui admiraient son génie sotadique.* (Noticia unida al *Fragmentum Petronii*. Algo más dice el autor, pero no nos parece bien transcribirlo ni aun en francés.)

ciero, sino, lo que vale más, estoico y sereno. En sus amistades fué constante, y fervoroso hasta el sacrificio, como lo mostró compartiendo la suerte de los girondinos, con quienes sólo le ligaba su agradecimiento á Brissot. En materias de dinero era incorruptible, y cumplía al pie de la letra con la austeridad republicana que tantos otros traían solamente en los labios. Cuando, en tiempo del Directorio, se enriquecían á río revuelto todos los que iban con algún oficio ó comisión á las provincias conquistadas, Marchena, recaudador de contribuciones en el territorio ocupado por el ejército del Rin, volvió á París tan pobre como había salido, lo cual, sin ser gran hazaña, pareció increible á mucha gente: tal andaba entonces la moralidad administrativa.

Cuantos trataron á Marchena, fuesen favorables ó adversos á sus ideas, desde Brissot hasta el Conde de Beugnot, desde Chateaubriand y Mad. de Stael hasta Moratín, Maury, Miñano y Lista, vieron en aquel busca-ruídos intelectual algo que no era vulgar, y que le hacía parecer de la raza de los grandes emprendedores y de los grandes polígrafos. En el siglo XVII quizá hubiera emulado las glorias de Quevedo, con quien le comparó Maury, y con quien no deja de ofrecer remotas analogías por la variedad de sus estudios, en que predominaba la cultura clásica, por su vena sarcástica, por los caprichos de su humor excéntrico, por lo vagabundo de su espíritu, por la fiereza y altanería de su condición, y hasta por los revueltos casos de su vida. Pero no conviene

llevar más lejos el paralelo, porque sería favorecer demasiado á Marchena. Quevedo pudo desarrollar completamente su genialidad en un medio adecuado á ella; y hasta las trabas que encontró le sirvieron para saltar con más fuerza. Por el contrario Marchena, nacido y educado en el siglo XVIII, sin fe, sin patria y hasta sin lengua, no pudo dejar más nombre que el siempre turbio y contestable que se adquiere con falsificaciones literarias, ó en el estruendo de las saturnales políticas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



T. LUCRECIO CARO

DE LA NATURALEZA

DE LAS COSAS

POEMA EN SEIS CANTOS

TRADUCIDO

POR D. JOSÉ MARCHENA



AÑO DE 1791



LIBRO PRIMERO

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y dioses, alma Venus:
Debajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando,
Haces poblado el mar, que lleva naves,
Y las tierras fructíferas fecundas;
Por tí todo animal es concebido
Y á la lumbre del sol abre sus ojos;
De tí, diosa, de tí los vientos huyen;
Cuando tú llegas, huyen los nublados;
Te da suaves flores varia tierra;
Las llanuras del mar contigo ríen,
Y brilla en larga luz el claro cielo.
Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Robustece Favonio desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, diosa, porque al punto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento por alegres prados

Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la rápida corriente:
Prendidos del hechizo de tus gracias
Mueren todos los seres por seguirte
Hacia do quieres, diosa, conducirlos;
Por último, en los mares y en las sierras,
Y en los bosques frondosos de las aves,
Y en medio de los ríos desbordados,
Y en medio de los campos que verdecen,
El blando amor metiendo por sus pechos,
Haces que las especies se propaguen.
Pues como seas tú la soberana
De la naturaleza, y por tí sola
Todos los seres ven la luz del día,
Y no hay sin tí contento ni belleza,
Vivamente deseo me acompañes
En el poema que escribir intento
De la naturaleza de las cosas,
Y dedicarle á mi querido Memmio,
Á quien tú, diosa, engalanar quisiste
En todo tiempo con sublimes prendas:
Da gracia eterna, diosa, á mis acentos.
Haz que entre tanto el bélico tumulto
Y las fatigas de espantosa guerra
Se suspendan por tierras y por mares;
Porque puedes tú sola á los humanos
Hacer que gusten de la paz tranquila;
Puesto que las batallas y combates
Dirige Marte, poderoso en armas,
Que arrojado en tu seno placentero,
Consumido con llaga perdurable,
La vista en tí clavada, se reclina,
Con la boca entreabierta, recreando
Sus ojos de amor ciegos en tí, diosa,
Sin respirar, colgado de tus labios.

Ya que descansa en tu sagrado cuerpo,
Inclinándote un poco hacia su boca,
Infúndele tú, diosa, blando acento:
Ínclita medianera de las paces,
Pídesela en favor de los romanos;
Porque no puedo consagrarme al canto
Entre las guerras de la patria mía,
Ni puedo yo sufrir que el noble Memmio
Su defensa abandone por oirme.
Óyeme, Memmio, tú con libre oído,
Y sin cuidados al saber te entrega:
No desprecies mis dones, trabajados
En honra tuya con sincero afecto,
Sin penetrar primero lo que digo:
Porque serán materia de mi canto
La mansión celestial, sus moradores;
De qué principios la naturaleza
Forma todos los seres, cómo crecen,
Cómo los alimenta y los deshace
Después de haber perdido su existencia:
Los elementos que en mi obra llamo
La materia y los cuerpos genitales,
Y las semillas, los primeros cuerpos,
Porque todas las cosas nacen de ellas.
Pues la naturaleza de los dioses
Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad: muy apartados
De los tumultos de la vida humana,
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, en nada dependientes
De nosotros; ni acciones virtuosas
Ni el enojo y la cólera les mueven.
Cuando la humana vida á nuestros ojos
Oprimida yacía con infamia
En la tierra por grave fanatismo,

Que desde las mansiones celestiales
Alzaba la cabeza amenazando
Á los mortales con horrible aspecto,
Al punto un varón griego osó el primero
Levantar hacia él mortales ojos
Y abiertamente declararle guerra:
No intimidó á este hombre señalado
La fama de los dioses, ni sus rayos,
Ni del cielo el colérico murmullo.
El valor extremado de su alma
Se irrita más y más con la codicia
De romper el primero los recintos
Y de Natura las ferradas puertas.
La fuerza vigorosa de su ingenio
Triunfa y se lanza más allá los muros
Inflamados del mundo, y con su mente
Corrió la inmensidad, pues victorioso
Nos dice cuáles cosas nacer pueden,
Cuáles no pueden, cómo cada cuerpo
Es limitado por su misma esencia:
Por lo que el fanatismo envilecido
Á su voz es hollado con desprecio;
¡Nos iguala á los dioses la victoria!
Mas temo mucho en esto que te digo
Pienses acaso no te dé lecciones
De impiedad, enseñándote el camino
De la maldad: por el contrario, oh Memmio,
De acciones execrables y malvadas
Fué causa el fanatismo muchas veces:
Á la manera que en Aulide un tiempo
El altar de Diana amancillaron
Torpemente en la sangre de Ifigenia
La flor de los caudillos de los griegos,
Los héroes más famosos de la tierra:
Después que rodearon la cabeza

De la doncella con fatales cintas,
Que por ambas mejillas la colgaban:
Cuando vió que su padre entristecido
Estaba en pié del lado de las aras,
Y junto á él tapando los ministros
El cuchillo, y que el pueblo derramaba
En su presencia lágrimas á mares;
Muda de espanto, la rodilla en tierra
Como una suplicante desgraciada,
No la valía en tan fatal momento
Haber dado al monarca la primera
De padre el nombre; porque arrebatada
Por varoniles manos, y temblando,
Fué llevada al altar, nó como hubiera
En himeneo ilustre acompañada
Ido á las aras con solemne rito;
Antes, doncella, en el instante mismo
De sus bodas cayese degollada
Á manos de su padre impuramente,
Como infelice víctima inmolada
Para dar á la escuadra buen suceso:
¡Tanta maldad persuade el fanatismo!
De aterradores cuentos fatigado
Referidos por todos los poetas,
Quizá huirás de mí también tú, Memmio,
Juzgándome inventor de sueños vanos
Que sin cesar toda tu vida agiten,
Y el temor emponzoñe tu ventura.
Y con razón; pues si los hombres viesen
Que cierto fin tenían sus desdichas,
En alguna manera se armarían,
Resistirían contra el fanatismo
Y amenazas terribles de poetas:
Pero no hay medio alguno de hacer frente,
Porque se han de temer eternas penas

Mas allá de la muerte; no sabemos
Cuál es del alma la secreta esencia:
Si nace, ó si al contrario se insinúa
Al nacer en el cuerpo, y juntamente
Muere ella con nosotros; si del Orco
Corre vastas lagunas tenebrosas;
Si por orden divina va pasando
De cuerpo en cuerpo de los otros brutos,
Como cantó nuestro Ennio, que el primero
De las cumbres amenas de Elicona
Trajo guirnalda de verdor perenne
Que las gentes latinas ensalzaron:
Á pesar de que en versos inmortales
Ennio afirmó los infernales templos,
En los que ni los cuerpos, ni las almas,
Sino unos macilentos simulacros
De figura espantable sólo habitan:
Dice que allí del inmortal Homero
La sombra vió, que se deshizo en llanto,
Y los arcanos del saber le expuso.
Por lo que antes que entremos en disputa
De las cosas de arriba, y expliquemos
Del sol y de la luna la carrera;
Cómo en la tierra se produce todo;
Principalmente con sagaz ingenio
Del ánimo y del alma los principios
Constitutivos es bien indaguemos;
Y por qué los objetos que hemos visto
En la dolencia asustan, y en el sueño,
De modo que parece contemplamos
Y hablamos cara á cara con los muertos,
Abrazando la tierra ya sus huesos.
No se me oculta que en latinas voces
Es difícil empresa el explicarte
Los inventos obscuros de los griegos,

Principalmente cuando la pobreza
De nuestra lengua, y novedad de objeto
Harán que forme yo vocablos nuevos:
Pero tu virtud, Memmio, sin embargo,
Y el placer cierto de amistad suave
Me inducen á sufrir cualquier trabajo
Y á velar en la calma de las noches,
Buscando de qué modo y con qué verso
Pueda en tu mente derramar las luces
Que todos los secretos te descubran.
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
Nó con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.
Por un principio suyo empezaremos:
Ninguna cosa nace de la nada;
No puede hacerlo la divina esencia:
Aunque reprime á todos los mortales
El miedo de manera que se inclinan
Á creer producidas por los dioses
Muchas cosas del cielo y de la tierra,
Por no llegar á comprender sus causas.
Por lo que cuando hubiéremos probado
Que de la nada nada puede hacerse,
Entonces quedarémos convencidos
Del origen que tiene cada cosa;
Y sin la ayuda de los inmortales
De qué modo los seres son formados.
Porque si de la nada fuesen hechos,
Podría todo género formarse
De toda cosa sin semilla alguna.
Los hombres de la mar nacer podrían,
De la tierra los peces y las aves,
Lanzáranse del cielo los ganados,
Y las bestias feroces como hijos

De la casualidad hàbitarían
Los lugares desiertos y poblados:
Los mismos frutos no daría el árbol,
Antes bien diferentes los daría:
Todos los cuerpos produjeran frutos;
Pues careciendo de principios ciertos,
Á las cosas ¿qué madre señalamos?
Pero es porque los seres son formados
De unas ciertas semillas de que nacen
Y salen á la luz; en donde se hallan
Sus elementos y primeros cuerpos:
Por lo que esta energía circunscribe
La generación propia á cada especie.
Además, ¿por qué causa en primavera
Vemos nacer la rosa, y en estío
Los frutos sazonados, y las viñas
En los días hermosos del otoño?
Sino porque á su tiempo las semillas
Determinadamente se reúnen;
Sale la creación si ayuda el tiempo;
La tierra vigorosa con certeza
Da á luz sus tiernos hijos: si naciesen
De la nada, saldrían al momento
En tiempo incierto y estación contraria:
Pues que carecerían de principios
Cuya unión el mal tiempo no impidiera.
Ni para su incremento cualquier cuerpo
De tiempo y conjunción de las semillas
Necesitara, si crecer pudiese
De la nada: pues jóvenes se harían
En un instante los pequeños niños;
Y apenas los arbustos asomasen
De repente á las nubes se alzarían:
Y vemos que sucede lo contrario,
Puesto que poco á poco van creciendo,

Imprimiendo un carácter cierto y fijo
Con su propio crecer á cada especie.
Venir puedes de aquí en conocimiento
Que cada cuerpo crece y se sustenta
De su materia propia y de su jugo.
  Además, que la tierra no daría
Sin ciertas lluvias sus alegres frutos;
Ni el animal privado de alimento
Su especie propagara, ni podría
Conservarse asimismo: antes diremos
Que muchos elementos son comunes
Á muchos individuos, así como
Las letras á los nombres: pues sentemos
Que sin principios nada existir puede.
  ¿Qué impidió, en fin, á la naturaleza
Para que hombres tamaños nos hiciese
Que vadear pudiésemos los mares,
Arrancar con las manos las montañas,
Y vencer muchos siglos con la vida,
Sino porque ha fijado los principios
Para las creaciones de los seres?
Nada, pues, de la nada puede hacerse,
Puesto que necesita de semilla
Cualquiera cosa para ser criada,
Y del aire salir al aura tierna.
  Porque vemos, en fin, aventajarse
Á los eriales las labradas tierras
Y mejorar la tierra con cultivo,
Inferimos de aquí existir en ella
Partes elementales que nosotros
Hacemos producir, con el arado
Los fecundos terrones revolviendo,
Y sujetando el suelo de la tierra:
Luego si estos principios no existiesen,
La perfección de suyo adquirirían.

Á esto se junta que naturaleza
Nada aniquila, sino que reduce
Cada cosa á sus cuerpos primitivos;
Si los principios fueran destructibles,
De nuestra vista luego arrebatado
Cada sér pereciera en el momento;
Inútil, pues, sería toda fuerza
Que turbase la unión de los principios,
Y rompiese sus lazos: pero ahora
Porque los elementos son eternos
Sufrir no puede la naturaleza
Ponerlos á la vista destruídos,
Sino cuando una fuerza extraordinaria
El cuerpo hirió, le penetró y deshizo.
Además, que si el tiempo aniquilase
Todo lo que arrebata á nuestros ojos,
Acabando con toda la materia,
¿De dónde Venus á sacar volviera
Todos los seres á la luz de vida?
¿Cómo reproducidos la alma tierra
Los alimenta, cómo da incremento,
En general los pastos repartiendo?
¿Cómo los ríos y las fuentes bellas
De tan lejos al mar tributarían?
¿Cómo el éter sustenta las estrellas?
Pues si los elementos son mortales,
Tantos siglos y días deberían
Haber todas las cosas consumido:
Luego son inmortales los principios,
Si la naturaleza los obliga
Á las reproducciones de los seres:
Ninguna cosa puede aniquilarse.
La misma fuerza y causa últimamente
Acabaría con los cuerpos todos
Si la materia eterna no tuviera

Éstos entre sí unidos y enlazados:
El tacto sólo les daría muerte,
Porque no siendo eternos sus principios,
Cualquiera fuerza á aniquilarlos basta:
Mas como el nexo de sus elementos
Diferencia los cuerpos unos de otros,
Y como es la materia indestructible,
Cada cuerpo subsiste ileso en tanto
No reciba algún choque, que desuna
La textura y unión de sus principios:
Luego no se aniquila cosa alguna;
Antes bien, destruído cualquier cuerpo,
Se vuelve á sus primeros elementos.
En fin, ¿perecen las copiosas lluvias
Cuando las precipita el padre éter
En el regazo de la madre tierra?
Nó: pues hermosos frutos se levantan,
Los ramos de los árboles verdean,
Crecen y se desgajan con el fruto.
Sustentan á los hombres y alimañas,
De alegres niños pueblan las ciudades,
Por cualquier parte en las frondosas selvas
Se oyen los cantos de las aves nuevas,
Y los rebaños de pacer cansados
Tienden sus cuerpos por risueños pastos,
Y sale de sus ubres retestadas
Copiosa y blanca leche; sus hijuelos
De pocas fuerzas por la tierna yerba
Lascivos juguetean, conmovidos
Del placer de mamar la pura leche:
Luego ningunos cuerpos se aniquilan;
Pues la naturaleza los rehace,
Y con la muerte de unos otro engendra.
Puesto que te he enseñado que los seres
No pueden engendrarse de la nada,

Ni pueden á la nada reducirse;
No mires con recelo mi enseñanza,
Al ver que con los ojos no podemos
Descubrir los principios de las cosas;
Sin embargo es preciso que confieses
Que hay cuerpos que los ojos no perciben.
La fuerza enfurecida de los vientos
Revuelve el mar, y las soberbias naves
Derriba, y desbarata los nublados;
Con torbellino rápido corriendo
Los campos á la vez, saca de cuajo
Los corpulentos árboles, sacude
Con soplo destructor los altos montes;
El ponto se enfurece con bramidos,
Y con murmullo aterrador se ensaña.
De aquí seguramente inferiremos
Que los vientos son cuerpos invisibles,
Que barren tierra, mar, y en fin el cielo,
Y esparcen por el aire los destrozos:
No de otro modo corren y destrozan,
Que cuando un río de tranquilas aguas
De repente sus márgenes ensancha
Enriquecido de copiosas lluvias
Que de los montes á torrentes bajan
Amontonando troncos y malezas:
Ni los robustos puentes la avenida
Impetüosa sufren de las aguas;
En larga lluvia rebosando el río,
Con ímpetu estrellándose en los diques,
Con horroroso estruendo los arranca,
Y revuelve en sus ondas los peñascos,
Con furor arrollando todo obstáculo;
Del mismo modo los furiosos vientos
Semejantes á un río impetuoso
Se arrojan sobre un cuerpo, y le sacuden,

Y le llevan delante con gran fuerza,
En remolino á veces le arrebatan;
Mil vueltas le hacen dar á la redonda.
Diré y repetiré yo que los vientos
Son cuerpos invisibles: sus efectos
Y su naturaleza nos lo muestran,
Puesto que emulan á los grandes ríos.
Sentimos, además, varios olores,
Y en la nariz tocando no los vemos;
Ni el calor percibimos, ni los fríos,
Ni las voces tampoco ver solemos
Que la naturaleza de los cuerpos
Es preciso que tenga, porque pueden
Impeler los sentidos: nada puede
Tocar y ser tocado sino el cuerpo.
Por último; en las playas resonantes
Los vestidos colgados se humedecen,
Y tendidos al sol se enjugan luego:
Ni cómo se empaparon ver podemos
Ni cómo se enjugaron con la lumbre:
En partículas tenues se divide
El agua de manera que no pueden
Verse de modo alguno con los ojos.
Después de cierto número de soles
El anillo se gasta en vuestro dedo,
El gotear la piedra agujerea,
La reja del arado ocultamente
En los sulcos se gasta, y con los pasos
Los empedrados desgastarse vemos;
En las puertas también las manos diestras
De cobreñas estatuas se adelgazan
Con los besos continuos de unos y otros;
Pues que gastadas vemos se atenúan:
Pero no quiso la naturaleza
Descubrirnos su pérdida instantánea,

Celosa de que viesen nuestros ojos
El lento crecimiento con que obliga
Á aumentarse los cuerpos cada día,
Ni cómo se envejecen con el tiempo,
Ni qué pérdidas tienen los peñascos
De sales roedoras carcomidos,
Que á los mares dominan y amenazan:
Luego sólo obra la naturaleza
De imperceptibles cuerpos ayudada.
No está ocupado todo por los cuerpos,
Porque se da vacío entre las cosas:
Al entenderlo cogerás el fruto,
Ni andarás entre dudas vacilante,
Ni de continuo buscarás la esencia,
Ni desconfïarás de mis escritos.
Un espacio se da desocupado,
Impalpable, vacío: el movimiento
Sin este espacio no concebirías;
Porque propiedad siendo de los cuerpos
La resistencia, nunca cesarían
De andar entrechocándose unos y otros:
Imposible sería el movimiento,
Pues ningún cuerpo se separaría:
Por los mares ahora y por las tierras
Y por los altos cielos, con los ojos
Vemos mil movimientos diferentes:
Y sin vacío no tan solamente
De agitación continua carecieran
Los cuerpos, mas también ni aun engendrados,
Hubieran sido; porque la materia
Quieta se hubiera estado eternamente.
Aunque creamos sólidos los cuerpos,
Los vemos penetrables: por las rocas
Copiosas gotas por doquier chorrean;
Por todo el animal corre el sustento;

Los árboles crecidos dan el fruto
En tiempo señalado á manos llenas,
Porque la savia desde las raíces
Por troncos y por ramas se difunde;
Y las voces penetran las paredes,
Recorren los secretos de las casas;
Hasta los huesos nos penetra el frío;
Sin vacío los cuerpos no pudieran
Trasladarse á otro punto en modo alguno.
En fin ¿cómo unas cosas se aventajan
Á las otras en peso, y no en figura?
Pues si un vellón de lana pesa tanto
Como un cuerpo de plomo, en equilibrio
Debe estar la balanza; la materia
Hace peso hacia abajo; luego queda
Sin pesadez por su naturaleza
El vacío: pues si me das dos cuerpos
En una superficie comprendidos,
El más ligero es el de más vacío,
El más denso será de mayor peso;
La razón nos demuestra claramente
Un vacío existir diseminado.
Mas porque nadie pueda seducirte,
Me adelanto á ponerte de antemano
De algunos el capcioso raciocinio.
Sostienen que á los peces relucientes
Les abre el agua líquidos caminos,
Que después el espacio abandonado
Se ocupa por la onda retirada:
Pueden moverse así y mudar de sitio
Todos los demás cuerpos sin vacío.
En razón falsa estriba el argumento;
¿Cómo podrán los peces menearse
Si las aguas no dan lugar vacío?
¿Cómo refluirán las aguas mismas

Cuando los peces no darán un paso?
Ó los cuerpos privar de movimiento
Ó el espacio vacío confesemos
Que principia á mover todos los cuerpos.
  Con rapidez separa tú dos cuerpos
Planos y que entre sí estén bien unidos,
Verás cómo se forma allí un vacío
Que no puede á la vez llenar el aire:
Le va ocupando todo poco á poco.
  Si por fortuna alguno presumiera
Que de dos superficies separadas
El espacio intermedio es ocupado
Del aire condensado anteriormente,
Se engaña; pues se forma allí un vacío
Entonces que no hubo antes, y se llena
El vacío existente: de este modo
El aire ya no puede condensarse;
Y aun dado que pudiese como dicen,
No podría á mi juicio sin vacío
Sus partes recoger y reducirlas
Á volumen menor: para escaparte
Cualquier dificultad que me objectares,
Es preciso confieses el vacío.
  Yo podría traerte muchas pruebas
Que mis razones más acreditasen:
Á tu penetración estos ensayos
Son suficientes, si indagando sigues,
Porque así como muy frecuentemente
Rastrean las querencias enramadas
De las fieras monteses y los canes,
Cuando dieron por fin con rastro cierto,
Así de consecuencia en consecuencia
Darás en general con los arcanos
De la naturaleza, y de sus senos
Sacarás la verdad. No te empereces.

Si te apartares algo de mi objeto.
Me atrevo, Memmio, á hacerte esta promesa:
Se agotarán los grandes manantiales
Donde he bebido yo largas noticias,
Mi rico pecho dejará primero
De derramarlas con suave labio,
Y á paso lento la vejez tardía
Habrá ocupado todos nuestros miembros,
Y el principio vital habrá disuelto,
Primero que por medio de mis versos
Haya agotado esta materia inmensa.
   Á nuestros raciocinios ya volvamos:
Estriba, pues, toda naturaleza,
En dos principios: cuerpos, y vacío
En donde aquéllos nadan y se mueven:
Que existen cuerpos el común sentido
Lo demuestra; principio irresistible
Sin el cual la razón abandonada
De errores en errores se perdiera.
Si no existiera, pues, aquel espacio
Que llamamos *Vacío,* no estarían
Los cuerpos asentados, ni moverse
Podrían como acabo de decirte.
   Además del espacio y el vacío
No conocemos en naturaleza
Una clase tercera independiente
De los principios dichos: lo que existe
Es necesariamente de pequeña
Ó de grande extensión: si lo sintiere
El tacto, aunque ligera y levemente,
Debemos colocarlo entre los cuerpos,
Y al *todo* seguirá. Pero si fuere
Impalpable, y ninguno de sus puntos
Á la penetración resistir puede,
Este espacio y lugar llamo *vacío.*

En general los seres son activos;
Ó bien á la acción de otros se sujetan,
Ó bien el movimiento proporcionan,
Y la existencia, pues los cuerpos solos
Pueden ser ó activos ó pasivos:
Sólo el vacío puede darles sitio:
Luego no existe en la naturaleza
Más que los cuerpos dichos, y el vacío:
No pueden alcanzarlo los sentidos,
Ni el espíritu humano comprenderlo.
Lo que no sea materia ni vacío,
Propiedad ó accidente es de uno ó de otro.
Las propiedades son inseparables
Del sujeto; tan solamente cesan
Cuando éste es destruído: así en la piedra
Tal es la pesadez, tal en el fuego
Es el calor, fluidez tal en el agua,
La tangibilidad tal en los cuerpos
Y tal su privación en el vacío.
Los que llamar solemos accidentes,
Como la libertad y servidumbre,
La pobreza y caudales desmedidos,
La paz y guerra, sólo son maneras
De ser, que con su ausencia ó su presencia
Lo esencial no trastornan del sujeto.
El tiempo no subsiste por sí mismo:
La existencia continua de los cuerpos
Nos hace que distingan los sentidos
Lo pasado, presente, y lo futuro;
Ninguno siente el tiempo por sí mismo,
Libre de movimiento y de reposo.
En fin, cuando nos dicen haber sido
Robada Elena y las troyanas gentes
Haber sido con guerra sujetadas,
Nadie nos fuerce á confesar que pueden

Existir por sí mismos estos hechos,
Después que el tiempo irrevocable hubo
Los siglos y sucesos engullido;
Porque en diversos tiempos y regiones
Cuantas cosas pasaron, pasar pueden,
Mas sin materia, ni lugar ni espacio
Todo acontecimiento es imposible.
  Sin materia, por fin, y sin vacío,
La hermosura de Helena nunca hubiera
Los célebres combates encendido
De una guerra crüel que fomentaba
El pecho ardiente de Alejandro frigio:
No incendiara el caballo de madera
De Pérgamo las torres sublimadas
Con el parto nocturno de los griegos.
Ya puedes ver que todos los sucesos
Que agitan y revuelven nuestro globo
No existen en verdad como los cuerpos,
Ni son como el vacío, sino simples
Cambios de los principios; accidentes
Que al espacio ó los cuerpos se refieren.
  Llamamos cuerpos á los elementos
Y á los compuestos que resultan de ellos:
Los elementos son indestructibles
Porque su solidez triunfa de todo.
  Te costará trabajo persuadirte
Que existen cuerpos sólidos: el rayo
Atraviesa los muros así como
Las voces y los gritos: se caldea
El hierro si le metes en la fragua;
Peñas ardiendo arrojan los volcanes;
El oro se liquida en los crisoles;
El cobre se derrite como el hielo;
El frío y el calor de los licores
Sentimos en los vasos que bebemos:

De solidez perfecta no tenemos
Idea cierta y experiencia clara.
Mas la razón y la naturaleza
Esta verdad nos hacen que entendamos:
Óyeme en pocos versos: los principios
Que componen el gran todo criado
Tienen un cuerpo sólido y eterno.
Después, como los cuerpos y el espacio
Por su naturaleza son opuestos,
Es preciso que existan uno y otro
Enteramente puros por sí mismos:
El vacío repugna todo cuerpo,
La materia al vacío de sí aleja:
Luego sólidos son y sin vacío
Los elementos, los primeros cuerpos.
Pues que se da en los cuerpos el vacío,
Deben de partes sólidas cercados
Estar estos vacíos. Repugnante
En los cuerpos sería dar vacío,
Si á las paredes que rodean éste
La solidez quitamos. Las paredes
El agregado son de la materia:
Luego como los cuerpos se destruyan,
Es la materia sólida y eterna.
Sólido fuera el todo sin vacío:
Y sin cuerpos que ocupen el espacio
Vacío inmenso fuera el universo
Por el contrario. El cuerpo y el espacio
Son respectivamente muy distintos,
Pues que no existe lleno ni vacío
Perfecto: los principios y elementos
Diferencian el lleno del vacío.
No puede disolverlos choque externo,
Ni puede penetrar extraña fuerza
Á su tejido: ni de acción extraña

Pueden recibir daño, como he dicho.
Mas cómo pueda un cuerpo sin vacío
Ser roto, dividido ó descompuesto,
Seguramente yo no lo concibo:
Él es á la humedad inaccesible,
Al frío y al calor, que son las causas
Destructoras de todo: así observamos
Que cuanto más los cuerpos son sujetos
Á estas causas que van menoscabando,
Encierran más vacío en su tejido:
Luego si constan los primeros cuerpos
De solidez, y no tienen vacío,
Eternos han de ser forzosamente.
Si no fuesen eternos, á la nada
Todo el mundo se hubiera reducido:
Pero como la nada no produce
Ni aniquila los seres, es preciso
Que eternos sean los primeros cuerpos,
Pues los destruyen y los reproducen
Todos los seres: luego los principios
La simplicidad sólida contienen,
Porque sin ella no hubieran podido
Durante tantos siglos conservarse,
Ni reparar los seres de continuo.
En fin, si hubiera la naturaleza
Á límites precisos reducido
La divisibilidad de la materia,
Los elementos del gran todo hubieran
En la revolución de tantos siglos
Llegado luego á tal acabamiento,
Que de su unión los cuerpos producidos
Alcanzar no pudieran su incremento.
Como un cuerpo más pronto se destruya
Que lo que tarda el mismo en rehacerse,
Las pérdidas que hubiera padecido

En la edad precedente, irreparables
Fueran sin duda alguna en las siguientes:
Pero constantemente se reparan
De su menoscabar todos los cuerpos,
Y los vemos llegar á plazos fijos
Á aquella perfección que les compete.
La división de la materia tiene
Límites invariables y precisos.
Solidísimos son los elementos:
Mas como en todo cuerpo haya vacío,
Pueden hacerse blandos como el agua,
El aire, tierra y fuego; y al contrario,
Si damos que son muelles los principios,
El pedernal y el hierro cómo puedan
Consistencia tomar no explicarémos.
Porque en sus obras la naturaleza
Sobre sólidas bases no estribara.
Sólidos son y simples los principios,
Pues su unión más ó menos apretada
Resistencia y dureza da á los cuerpos.
La duración, por fin, y el crecimiento
De los cuerpos há la naturaleza
Determinado y su poder medido.
No padecen mudanza las especies,
Ni las generaciones se varían,
Como las clases diferentes de aves
Están de ciertas manchas salpicadas;
Porque son inmutables las especies.
Si admitimos mudanza en los principios
No sabrémos qué pueda producirse
Y qué no pueda, y cómo se limitan
Los cuerpos, cómo pueden traer los siglos
Naturaleza, vida, movimiento,
Y las mismas costumbres de los padres.
La extremidad de un átomo es un punto

Tan pequeño, que escapa á los sentidos;
Debe sin duda carecer de partes:
Él es el más pequeño de los cuerpos,
Ni estuvo ni estará jamás aislado;
Es una parte extrema, que juntada
Con otras y otras partes semejantes,
Forman así del átomo la esencia.
Si del átomo, pues, los elementos
De existencia carecen separados,
Será su unión tan íntima y estrecha
Que no hay fuerza capaz de separarlos.
De simple solidez los elementos
Y partes muy delgadas se componen;
Su unión no es un compuesto heterogéneo,
Sino simplicidad eterna. Quiere
De este modo formar naturaleza
Los cuerpos, sin que alguna de sus partes
Separación ó menoscabo sufra.

Además, si nosotros no admitimos
De división un término preciso,
Se compondrán los cuerpos más pequeños
De infinidad de partes, caminando
De mitad en mitad al infinito.
¿Qué diferencia habrá de un cuerpo grande
Al cuerpo más pequeño? Suponiendo
Que el *todo* es infinito, sin embargo
De partes infinitas igualmente
Se compondrán los átomos más breves:
Mas como la razón no lo comprenda,
Convencido es preciso que confieses
Que los simples corpúsculos terminan
La división y solidez eterna.

Si la naturaleza creadora
No acostumbrase á reducir los seres
Á sus mínimas partes, no podría

Rehacer unos de otros, destruídos:
Pues siendo todavía divisibles,
No podría enlazarse la materia,
Ni tener pesadez, ni ser chocada,
Ni encontrarse con otro ni moverse,
Causas engendradoras de los seres.
Si divisibles fueran los principios
Al infinito, es fuerza que existieran
Desde la eternidad cuerpos intactos:
Mas como sean frágiles, no pueden
Haber por tantos siglos resistido
Á innumerables choques de continuo.
Y por esta razón los que creyeron
Que el fuego era el origen de las cosas,
En un error grosero han incurrido.
Esta opinión Heráclito defiende
Como primer caudillo, celebrado
Por su obscuro lenguaje entre los griegos
Superficiales, más que por los sabios
Que buscan la verdad: porque los necios
Aman y admiran más lo que está envuelto
En misteriosos términos; su oreja
Suavemente puede ser herida
Y embelesada con gracioso ruido:
Y el dulce halago á la verdad prefieren.
Á Heráclito pregunto: ¿de qué modo
Podrían existir tan varias cosas
Si del fuego purísimo nacieran?
Rarificar ó condensar el fuego
De nada serviría, si sus partes
Se compusiesen de la misma esencia
Que tiene todo el fuego: reunidos
Los elementos, fuego más activo
Tendrémos, y más flojo separados:
Bien condensemos ó rarifiquemos

El fuego, como habemos ya probado,
No se pueden formar cuerpos distintos.
Y si éstos reconocen el vacío,
Enrarecer y condensar el fuego
Podrán; pero se quedan en silencio
Viendo se contradicen á sí mismos,
Y evitan admitir puro vacío;
Y mientras huyen las dificultades
Se apartan del camino verdadero.
El vacío quitado, no reparan
Que debe condensarse todo cuerpo,
Y no formar más que uno, cuyas partes
Condensadas no pueden escaparse
Como el calor y luz que arroja el fuego:
Luego de partes densas no se forman.
Porque si en defender ellos se obstinan
Que las partes del fuego recogidas
Se apagan y se mudan, á la nada
El fuego elementar reducirían,
Y todo nacería de la nada;
No puede un cuerpo transmutar su esencia
Sin que deje de ser lo que antes era.
Deben, pues, conservar los elementos
Del fuego aquella su naturaleza,
Para que ni los cuerpos se aniquilen
Ni *el gran todo* renazca de la nada.
Mas aunque existen en naturaleza
Algunos cuerpos de inmutable esencia,
Que con aumentos ó diminuciones
Y con combinaciones diferentes
Hacen cambiar la esencia de los cuerpos,
No son éstos corpúsculos de fuego.
Añadir ó quitar no importaría,
Ni cambiarles el orden, pues de fuego
Tendrían todos la naturaleza,

Y del fuego los cuerpos se engendraran.
Así es como yo pienso que se forman:
Existen ciertos cuerpos, cuyo encuentro,
Figura, situación y movimiento
Y orden forman el fuego; transtornados,
Su esencia mudan. Estos elementos
Ni son de fuego, ni otra cosa alguna
Que pueda envïar cuerpos al sentido,
Y palparlos el tacto si se arriman.
Decir que todo lo compone el fuego,
Y que éste es el principio de las cosas,
Que es lo mismo que Heráclito establece,
Me parece locura consumada.
Ataca los sentidos por sí mismos,
Los destruye y nos roba la creencia
Que pende de los mismos por los cuales
El fuego conoció; pues se persuade
Que conocen el fuego los sentidos,
Y lo demás no cree que es tan claro:
Muy necio y delirante me parece.
¿Adónde la verdad encontraremos?
¿Quién mejor que el sentido puede hacernos
Lo falso distinguir y verdadero?
¿Por qué, pues, quitará alguno los cuerpos,
Dejando por principio sólo el fuego,
Ó quitándole á éste su existencia,
Los demás cuerpos dejará tan sólo?
Uno y otro parece igual delirio.
Aquellos que creyeron ser el fuego
La materia y la suma de los cuerpos;
Y los que por principio establecieron
El aire creador; los que pensaron
El agua misma hacer por sí los cuerpos,
Y que la tierra lo criaba todo,
Y que en cualquiera cuerpo se mudaba,

En errores grandísimos cayeron.
Añadamos también los que duplican
Los elementos, cuando al fuego juntan
Con el aire, y la tierra con el agua;
Los que aire, tierra, lluvia y fuego tienen
Por creadores de los cuerpos todos.
Empédocles, el hijo de Agrigento,
Va á su frente, nacido en las orillas
Triangulares de la isla celebrada
Por las ondas azules del mar Jonio
Que la baña y rodea con mil vueltas,
Y que con altas encrespadas olas
Por un angosto estrecho la divide
De las playas y términos de Italia.
Aquí habita Caribdis anchurosa,
Aquí etnéos murmullos amenazan
De llamas recoger nuevos furores,
Vomitar un volcán por sus gargantas,
Y de nuevo lanzar á las estrellas
Relámpagos de fuego: ciertamente
Esta región que admiran las naciones,
Opima en bienes, prodigiosa, grande,
De valerosos héroes guarnecida,
No tuvo en sí varón más señalado,
Más asombroso, caro y respetable;
De su divino pecho las canciones
Pregonan sus inventos peregrinos,
Dejándonos en duda si fué humano,
Ó de inmortal estirpe descendiente.
Este sabio inmortal, y los nombrados
Inferiores á él, menos ilustres,
Divinos inventores de las cosas,
Sacaron de sus íntimas entrañas
Oráculos más ciertos y sagrados
Que la Pitia en la trípode de Apolo

Los diera con laureles coronada;
Mas cual hombres al fin, aunque tan grandes,
Erraron los principios de las cosas,
De errores en errores resbalando.
Establecen primero el movimiento,
Y dejan á los cuerpos sin vacío:
Cuerpos blandos y raros reconocen
Tal como el aire, el sol, la tierra, el fuego,
Animal, vegetal, pero no quieren
Admitir en sus cuerpos el vacío.
Dividen la materia al infinito,
La sección de los cuerpos no limitan
Ni en ellos partes mínimas conocen.
Viendo que de los cuerpos el extremo
Lo mínimo es que llega á los sentidos,
Hay que conjeturar que aquel extremo
Que en el extremo mismo no podemos
Distinguir, es el mínimo en los cuerpos.
Establecen también principios blandos,
Que nacen y perecen como vemos.
Ya se hubiera el gran todo aniquilado,
Los cuerpos renacieran de la nada:
¡Ya ves cuán grande error y qué delirio!
Enemigos, por fin, son los principios,
Y de muchas maneras se destruyen;
Chocándose entre sí se aniquilaran,
Ó se disiparían cual los rayos,
Lluvias y vientos por las tempestades.
Si todo se hace de estas cuatro cosas,
Y todo en ellas mismas se resuelve,
¿Por qué aquéllas tendrémos por principios
Mejor que no á los cuerpos? pues que mudan
De esencia y forma y de naturaleza.
Mas si al contrario acaso presumieres
Que se reune el agua, el fuego, el aire

Y tierra sin mudarse en modo alguno
Su misma esencia; de ellos no podría
Crearse cosa alguna, ya animada,
Ya inanimada sea como el árbol.
Una mezcla confusa encontrarémos
De aire, agua, tierra y fuego: nunca pueden
Estas sustancias concebirse unidas;
Su propiedad cada una desplegara.
Es necesario que obren los principios
De un modo clandestino é invisible;
No sea que dominando demasiado
Impidan á los cuerpos que se formen
Conservar su específico carácter.
Su primer elemento hacen al fuego,
Que emana según ellos de los cielos;
De éste se engendra el aire, de aquí el agua,
Y la tierra del agua es engendrada.
Retrogradando nacen de la tierra
Los demás elementos; antes la agua,
Después el aire; el fuego últimamente;
Estas transformaciones nunca cesan,
Bajan desde los cielos á la tierra,
Desde la tierra hasta los cielos suben:
No deben hacer esto los principios;
Es preciso que sean inmutables,
Porque no se aniquile el universo;
No puede cuerpo alguno de su esencia
Los límites pasar sin que al momento
Deje de ser lo que era; por lo tanto,
Si se transforman estos elementos
De contínuo, como hemos dicho arriba,
Es preciso que de otros inmutables
Se compongan; no sea que á la nada
Se vea reducido el universo.
Establece más bien algunos cuerpos,

De tal naturaleza revestidos,
Que si el fuego criasen, hacer pueden
Estos mismos el flúido del aire,
Y así los demás seres, aumentando
Ó bien disminuyendo, los principios,
Cambiando situación y movimiento.
Pero es claro, me dices, que los cuerpos
Crecen y se sustentan de la tierra:
Si la estación al aire no le presta
Una temperatura favorable,
Y si con frescas lluvias no se mueven
Las copas de los árboles, ni ayuda
Con sus rayos el Sol las producciones;
Ni sembrados, ni arbustos, ni animales
Jamás podrán llegar á crecimiento.
Sin duda es cierto; y si á nosotros mismos
No nos sustenta un sólido alimento
Y bebida suave, nuestros miembros
Su brío perderán, y el sentimiento
Se acabara del todo en nuestros huesos:
Porque nos alimentan ciertos cuerpos
Como á las demás cosas, pues mezclados
Los principios están, y son comunes
De muchos modos á otros muchos cuerpos.
De aquí la variedad en el sustento:
Mucho importa saber de los principios
La mezcla, situación y movimientos
Recíprocos; los mismos constituyen
El cielo, el mar, la tierra, sol y ríos,
Los árboles, los frutos y animales:
En cada verso de estos mismos cantos
Verás que son comunes muchas letras
De muchas voces; debes, sin embargo,
Confesar que los versos y palabras
Difieren entre sí, ya en la sustancia,

Ya en el mismo sonido que sentimos:
Tanto pueden las letras variadas.
Pero de la materia los principios
De otros mil modos combinarse pueden
Para criarse variedad de cosas.
La Homeomeria también profundicemos
De Anaxágoras, que es así llamada
Entre los griegos, y en la lengua patria
No permite nombrarla su pobreza;
Pero es fácil decirlo con rodeos
Y explicar la Homeomeria en su principio.
Los huesos, á saber, de huesecitos;
Las entrañas se forman de entrañitas;
Muchas gotas de sangre congregadas
Crian la sangre; y piensa que se forma
De moléculas de oro el oro mismo;
Que se forma la tierra, el fuego, el agua
De sus pequeñas partes respectivas,
Y que todos los cuerpos son formados
De la unión de principios similares.
Él no admite vacío en parte alguna,
Y los cuerpos divide al infinito:
Y yerra en ambas cosas, como aquellos
Que antes de él los principios indagaron.
Establece muy frágiles principios,
Si el nombre de principios puede darse
À los que son lo mismo que los cuerpos
Endebles, se destruyen y perecen.
En un ataque tan violento y fuerte
¿Quién permanecerá? ¿quién de la muerte
Cogido, escapará de entre sus garras?
¿El fuego? ¿el agua? ¿el aire? ¿sangre ó huesos?
Ninguno de estos cuerpos, según juzgo;
Pues son perecederos como aquellos
Que vemos perecer á nuestros ojos:

Nada puede á la nada reducirse,
Ni alguna cosa hacerse de la nada,
Confirman mis probados argumentos.
Por otra parte, como el alimento
El cuerpo sustentando le engrandece,
Se sigue que las venas y la sangre,
Y los huesos y nervios se componen
De heterogéneas partes: ó sustancias
Mezcladas dirán ser los alimentos,
Y que abrazan en sí pequeños nervios,
Y unas partes de sangre, y huesos, venas:
Entonces los sustentos y bebidas
De heterogéneas partes se componen.
Si los cuerpos que nacen de la tierra
Los contiene además ella en su seno,
Debe constar de tan diversas partes
Cuanto sus producciones son diversas:
De los demás compuestos raciocino
Del mismo modo; si la llama y humo
Y ceniza están dentro en los leños,
Los leños deben ser heterogéneos.
Un solo medio de defensa tiene
La opinión vacilante de Anaxágoras:
Dél se vale, y pretende que los cuerpos
Encierran en sí mismos los principios
De todos los demás; pero que aquellos
Solamente divisan nuestros ojos
Que están en mayor número mezclados,
Y ocupan la primera superficie:
La razón desaprueba este discurso;
Porque fuera forzoso que los granos
Cuando son quebrantados con la piedra
Diesen muestras de sangre, ó bien de partes
Que alimentan el cuerpo; manaría
Sangre, si se frotaran dos guijarros:

Las yerbas destilaran igualmente
Dulces gotas de leche tan sabrosa
Como las ubres de lechera oveja:
Destripando terrones, muchas veces
Yerbas encontraríamos y granos
Y árboles pequeñitos escondidos:
Hendiendo la madera, en fin, se vieran
Llamas pequeñas, y ceniza, y humo:
Mas como la experiencia contradiga
Estar así revueltos los principios,
Deben comunes ser á todo cuerpo,
Y estar diversamente colocados
En los diversos cuerpos de los seres.
Pero dirás que en montes empinados
Las copas de los árboles robustos
Del austro proceloso sacudidas
Se entrechocan y arrojan vivas llamas:
Es cierto, sí; mas no contienen fuego:
Una porción de partes inflamables
Por el frote en un punto reunidas
El incendio originan de los bosques;
Si tanto fuego en ellos se escondiera
No podría un momento refrenarse,
Consumiera las selvas de continuo,
Reduciendo á cenizas todo arbusto.
Ya ves que importa mucho, como dije,
El mixto conocer de los principios,
Saber su movimiento y posiciones,
Recíprocos; porque los elementos
Cambiados entre sí ligeramente
Sacarían el fuego de los leños
Como si estas palabras *ligna et ignes*
Sin que sus letras alteremos mucho
Con distinto sonido pronunciamos.
Si crees que no pueden explicarse

Ya, por fin, los fenómenos del mundo,
Sin que atribuyas á los elementos
Naturaleza igual á la del cuerpo,
Perecen los principios de las cosas;
De modo que den grandes carcajadas
De una trémula risa conmovidos,
Y el semblante y mejillas humedezcan
Llenándolos de lágrimas amargas.
Escucha las verdades que me falta
Hacerte conocer por modo claro.
Bien conozco que son bastante obscuras:
Pero mi corazón ha sacudido
Con fuerte tirso la esperanza grande
De gloria, y juntamente ha derramado
Suave amor de las musas en mi pecho;
Del que agitado con briosa mente
Recorro los lugares apartados,
De las Piérides antes nunca hollados:
Agrádame acercarme á fuentes puras,
Y agotarlas bebiendo, y nuevas flores
Agrádame coger para guirnalda
Insigne con que ciña mi cabeza
De un modo que las musas á ninguno
Hayan antes las sienes adornado:
Primero, porque enseño grandes cosas,
De la superstición rompo los lazos
Anudados que el ánimo oprimían;
Después, porque compongo versos claros
Sobre una cosa obscura, realzando
Con poética gracia mis escritos.
De la razón en esto no me aparto:
Así, cuando los médicos intentan
Hacer beber á un niño amargo ajenjo,
Los bordes de la copa untan primero
Con el licor de miel dulce y dorado,

Para que seduciendo y engañando
La impróvida niñez, hasta los labios
El amargo brevaje apure en tanto
Y engañado no muera, sino que antes
Convaleciendo así se restablezca;
Del mismo modo, porque las más veces
Parece trato yo de asuntos tristes
Para aquellos que no han jamás pensado,
Y que al vulgo disgustan de los hombres,
Con el suave canto de las musas
Quise explicarte mi sistema todo
Y enmelarte con música pieria,
Por si acaso pudiera de este modo
Tenerte seducido con mis versos,
Hasta que entera y fiel Naturaleza
Sin velo ante tus ojos se presente.

Mas porque te he enseñado que los cuerpos
De la materia sólidos y eternos
Giran perpétuamente indestructibles,
Examinemos hora si la suma
De éstos es infinita, ó limitada;
Si también el vacío establecido,
Este lugar y espacio en que los cuerpos
Se mueven además es limitado,
Ó si es profundo, inmenso é infinito.

Es infinito, pues, de suyo el *todo,*
Pues aunque extremidad tener debía,
Como cuerpo ninguno se concibe
Sin que á él otro cuerpo le termine,
De modo que la vista claramente
Más allá de este cuerpo no se extienda,
Confesemos por fuerza que no hay nada
Más allá de la *suma,* pues no tiene
Extremidad, de límites carece.
El sitio que tú ocupas nada importa,

Pues que por todas partes un espacio
Te falta que correr ilimitado.
Si además el espacio es limitado
Y alguno se coloca en el extremo
Y tira alguna flecha voladora,
¿Deseas que tirada con gran fuerza
Vuele ligera por llegar al blanco,
Ó piensas que la impide algún estorbo
Su vuelo y no la deja ir adelante?
Uno ú otro es preciso que confieses.
Cualquiera que tú elijas, á la fuerza
Debes quitar los límites al *todo:*
Porque bien sea obstáculo el que impida
Y estorbe que la flecha llegue al blanco,
Ó bien le pase, aquí no se da extremo:
En donde pongas límites, yo al punto
Preguntaré qué ha sido de la flecha:
Jamás encontrarás así el extremo;
Siempre su inmensidad deja un espacio
Que recorra la flecha fugitiva.
Además, que si la naturaleza
Hubiera puesto límites al todo,
Ya la materia con su mismo peso
Se juntara en los sitios más profundos;
Debajo de la bóveda del Cielo
Ninguna cosa se produciría,
Ni el Cielo ni la luz del Sol naciera;
Como que la materia toda hundida
Desde la eternidad amontonada
Inerte yacería; pero ahora
De cierto no reposan los principios,
Porque ningún lugar profundo existe
En donde puedan como reunirse
Y colocar su asiento permanente;
Y siempre un continuado movimiento

Cría por todas partes nuevos seres,
Y el infinito suministra siempre
De una materia activa eterna copia.
Que unos cuerpos, en fin, á otros limitan
Claramente lo vemos: las montañas
El aire circunscribe, á éste los montes;
Á los mares da límites la tierra,
Y los mares limitan á las tierras;
Nada hay que ponga límites al *todo:*
Porque es de los lugares y el espacio
Tal la naturaleza, que los ríos
Clarísimos corriendo eternamente
Alcanzar con su curso no podrían
Los límites del mundo en parte alguna;
Nada habrían andado: el universo,
No conociendo límites, por todas
Partes al infinito se dilata.
Seguramente la naturaleza
Impide que la suma de las cosas
Pueda circunscribirse ella á sí misma;
Porque ha hecho que el vacío limitase
Al cuerpo, éste al vacío; de este modo
Ha dispuesto su obra ilimitada.
Si el vacío tan sólo ilimitara,
Ó hiciese limitada la materia,
Ni la tierra, ni el mar, ni de los cielos
Las bóvedas lucientes, ni los hombres,
Ni de los dioses los sagrados cuerpos
De existencia gozaran un instante:
Pues la materia, sacudiendo el yugo,
Se derramara por vacío inmenso,
Ó más bien ella nunca concretada
Ni un sólo cuerpo hubiera producido,
Por no poderse unir diseminada.
Porque seguramente los principios

De la materia no se han colocado
Con orden, con razón ni inteligencia
Ni han pactado entre sí sus movimientos;
Antes diversamente combinados,
Desde la eternidad por el espacio
Agitados con choques diferentes,
Juntas y movimientos van probando,
Hasta que se colocan de manera
Que esta *suma* criada se mantiene;
La cual por muchos siglos conservada,
Y puesta en conveniente movimiento,
Hace con largas ondas que los ríos
Abastezcan los mares insaciables;
Que la tierra sus frutos reproduzca
Con los rayos del Sol alimentada;
Y que reproducidas las especies
De los brutos florezcan, y que vivan
Los fuegos celestiales resbalando:
No sucediera si infinita copia
De los principios no estuviera siempre
Reparando las pérdidas continuas:
Así como los brutos sin sustento
Se van aniquilando, y por fin mueren;
De la misma manera el *todo* debe
Perecer al momento que materia
De su recto camino extraviada
No suministre pábulo á los cuerpos.
No podrían los átomos externos
Conservar á la suma congregada;
Porque pueden con golpes repetidos
Impedir que una parte se desuna,
Y dar tiempo á los átomos que lleguen
Á completar la suma; algunas veces
Á rebotar no obstante precisados
Espacio y tiempo dan á los principios

Para que se desunan libremente:
Sin cesar es preciso se sucedan
Los átomos; materia ilimitada
Supone, pues, esta presión eterna.
Guárdate de creer en esto, Memmio,
Lo que dicen algunos: que los cuerpos
Se dirigen al centro de la *suma,*
Y que del mundo la naturaleza
No es detenida por eternos choques,
Ni á parte alguna pueden escaparse
El uno, ú otro extremo, porque todo
Al centro se dirige. Si creyeres
Que un sér puede en sí mismo sustentarse:
Que los cuerpos pesados que tenemos
Bajo los pies, gravitan hacia arriba:
Que en dirección contraria son llevados,
Como la imagen que en el agua vemos;
Defiende con razones semejantes
Que debajo vaguean animales,
Que no pueden caerse de la tierra
En las regiones ínfimas, del modo
Que no pueden al cielo remontarse
De suyo nuestros cuerpos; y que cuando
Aquéllos ven el sol, nosotros vemos
De noche las estrellas; y alternando
Parten las estaciones con nosotros;
Y que igualan sus días á los nuestros,
Y á las suyas igualan nuestras noches.
En ficciones groseras han caído
Y en errores estúpidos los necios,
Porque en principios falsos se apoyaron:
Pues en una extensión ilimitada
No entienden que no puede darse un centro,
Y aun cuando supongamos que existiera,
No se vieran los cuerpos obligados

Á pararse más bien aquí que en otra
Cualquiera parte ó sitio del espacio;
Pues la naturaleza del vacío
Cede á los cuerpos graves, hacia el centro
Se dirijan, ó nó; porque no hay sitio
En que los cuerpos una vez llegados
Pierdan su pesadez, y se detengan;
El vacío á los cuerpos dará paso;
Así lo exige su naturaleza:
No impedirá la desunión del todo
Este deseo que los lleva al centro.
También además fingen que hacia el centro
No es común la tendencia á todo cuerpo;
Los que de tierra ú agua se componen
Se dirigen á él, como los mares,
Y las que salen de soberbios montes
Y lo que encierra en sí cuerpo terrestre:
Pero del aire las sutiles auras
Y las llamas ligeras se retiran
Del centro: que por eso centellea
Todo el éter con fuegos y se nutre
Del Sol la antorcha en azulado cielo;
Porque el calor del centro fugitivo
Recoge allí sus fuegos (no pudiera
Los animales sustentar la tierra
Ni del árbol las ramas hojecieran
Si el jugo alimenticio no les diese):
Colocan más allá de las estrellas
El firmamento, para que los fuegos
Del cielo, libres, y del centro huyendo
Á la manera de voraces llamas,
No traspasen los límites del mundo
Y desordenen la naturaleza,
Ni el cielo se desplome con sus rayos,
Ni se abra la tierra de repente

Debajo de los pies, y nuestros cuerpos
Caigan en el abismo sepultados,
Descompuestos, envueltos en rüinas
De tierra y cielo; así que en un instante
Más que soledad vasta no quedara,
Y principios sin fuerza: en cualquier parte
Que empieces, pues, á disolver los cuerpos
Te hallarás una puerta siempre franca
De destrucción, por donde la materia
Amontonada escapará volando.

Si estos conocimientos que te ofrece
Mi humilde musa, hubieres comprendido,
Porque con una cosa otra se ilustra,
No te robará el paso obscura noche
Sin que penetres los secretos hondos
De la naturaleza: de este modo
Unas verdades esclarecen otras.

LIBRO II

Revolviendo los vientos las llanuras
Del mar, es deleitable desde tierra
Contemplar el trabajo grande de otro;
No porque dé contento y alegría
Ver á otro trabajado, más es grato
Considerar los males que no tienes:
Suave también es sin riesgo tuyo
Mirar grandes ejércitos de guerra
En batalla ordenados por los campos:
Pero nada hay más grato que ser dueño
De los templos excelsos guarnecidos
Por el saber tranquilo de los sabios,
Desde do puedas distinguir á otros
Y ver cómo confusos se extravían
Y buscan el camino de la vida
Vagabundos, debaten por nobleza,
Se disputan la palma del ingenio,
Y de noche y de día no sosiegan
Por oro amontonar y ser tiranos.
¡Oh míseros humanos pensamientos!

¡Oh pechos ciegos! ¡entre qué tinieblas
Y á qué peligros exponéis la vida,
Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura
No oís el grito de naturaleza,
Que alejando del cuerpo los dolores,
De grata sensación el alma cerca,
Librándola de miedo y de cuidado?
Vemos cuán pocas cosas son precisas
Para ahuyentar del cuerpo los dolores,
Y bañarle en delicias abundantes,
Que la naturaleza economiza.
Si no se ven magníficas estatuas,
De cuyas diestras juveniles cuelguen
Lámparas encendidas por las salas
Que nocturnos banquetes iluminan,
Ni el palacio con plata resplandece,
Ni reluce con oro, ni retumba
El artesón dorado con las liras;
Se desquitan, no obstante, allá tendidos
En tierna grama, cerca de un arroyo,
De algún árbol copudo sombreados,
Á cuyo pie disfrutan los placeres
Que cuestan poco; señaladamente
Si el tiempo ríe y primavera esparce
Flores en la verdura de los campos:
Maligna fiebre no saldrá del cuerpo
Si en púrpura y bordados te revuelves
Con más celeridad que si encamares
Entre plebeyas mantas y sayales.
Porque si la fortuna, el nacimiento,
El esplendor del trono hacer no pueden
Á nuestro cuerpo bienaventurado,
Presumimos que al ánimo tampoco;
Si no es que acaso cuando tus legiones
Veas que hierven por los anchos valles

En simulacro y ademán de guerra;
Cuando veas que el mar tus velas cubren,
Y que le hacen gemir por todas partes,
Te figures con esto que aterrada
La superstición huye con espanto
Del ánimo, y el miedo de la muerte
Deja entonces el pecho descuidado.
   Pues si vemos que son ridiculeces
Y vanidades estas cosas todas;
Y á la verdad los miedos de los hombres
Y los cuidados que les van siguiendo
No temen el estruendo de las armas
Ni las crüeles lanzas; audazmente
Se sientan con los reyes y señores:
Ni sus fulgentes púrpuras respetan,
Ni sus diademas de oro; único fruto
De la ignorancia dudarás que es todo,
Nuestra vida en tinieblas sepultada?
   Así como los niños temerosos
Se recelan de todo por la noche;
Así nosotros tímidos de día
Nos asustamos de lo mismo á veces
Que despavorir suele á los muchachos:
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
Nó con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.
   Sígueme siempre tú, y escucha ahora
Cuál es el movimiento con que engendran
Y á los cuerpos destruyen los principios
De la materia, y cuál es el impulso
Y cuál la rapidez que hace que vuelen
Por el espacio inmenso sin descanso.
   Porque seguramente la materia
No es una masa inmóvil, pues que vemos

Disminuirse un cuerpo, y de continuo
Manando, se consumen á la larga
Y el tiempo nos los roba de la vista;
Se conserva sin pérdidas la *suma:*
Empobreciendo un cuerpo, los principios
Van á enriquecer otro, y envejecen
Los unos para que otros reflorezcan;
Ni en un sitio se paran; de este modo
El universo se renueva siempre,
Y se prestan la vida los mortales;
Crecen unas especies y se acaban:
Y en poco tiempo las generaciones
Se mudan y la antorcha de la vida
Cual ágiles cursores se trasmiten.
Si piensas tú que los principios pueden
Cesar, y que cesando engendran nuevos
Impulsos, la verdad de tí se aleja:
Pues movidos en medio del vacío
Los principios, es fuerza que obedezcan
Ó á su gravedad misma, ó al impulso
Quizá de causa externa; desde arriba
Precipitados, pues, encuentran otros,
Que á un lado los apartan de repente;
No es maravilla, porque son pesados,
Durísimos y sólidos, y nada
Les pone estorbo alguno por su espalda.
Y para que del todo te convenzas
De que generalmente los principios
Están en movimiento, ten presente
No darse lugar ínfimo en el todo,
Donde se paren los primeros cuerpos,
Porque inmenso, infinito es el espacio.
No reposan jamás en el vacío
Los principios: por su naturaleza
En movimiento siempre variado

Unos á gran distancia son lanzados,
Otros se apartan menos, y se enlazan
En el choque. Si es breve su distancia,
Y se repelen poco, y su tejido
Se liga íntimamente, constituyen
Las rocas solidísimas, y el hierro,
Y una corta porción de otras sustancias
De esta naturaleza: si al contrario
El choque los rechaza, y los dispersa,
Y los hace vagar por el espacio,
En largos intervalos, nos ofrecen
Del Sol la luz brillante y aire raso.
Y vagan además por el vacío
Muchos que están privados de juntarse,
Ó que jamás pudieron agregados
Entrar en el concorde movimiento;
De lo cual una imagen y figura
Contínuamente hiere nuestros ojos,
Cuando del Sol los rayos se insinúan
De través por las piezas tenebrosas.
Si reparas, verás cómo se agitan
Átomos infinitos de mil modos
Por el vacío en el luciente rayo:
Y en escuadrones, en combate eterno
Se dan crudas batallas y peleas,
Y no paran jamás: ya se dividen,
Y ya continuamente se replegan.
De aquí puedes sacar que en el vacío
Eternamente los principios giran:
Un efecto vulgar puede servirnos
De modelo y de guía en cosas grandes.
En los rayos del Sol rápidamente
Movidos estos cuerpos, fijar deben
Nuestra atención, pues su girar eterno
Prueba un choque secreto y clandestino

De los átomos: muchos se extravían,
Como verás, á un golpe imperceptible;
Retroceden, y aquí y allí se lanzan
En toda dirección por todas partes:
Los principios se mueven por sí mismos
Y dan el movimiento á aquellos cuerpos
Que se componen de una masa fina
Y análoga á sus débiles esfuerzos;
Los últimos atacan á los cuerpos
Un poco más groseros; de este modo
De los principios nace el movimiento,
Y llega á los sentidos de seguida,
Hasta que los corpúsculos se mueven
Que en los rayos del Sol vemos nosotros,
Sin que podamos ver quién los agita.
   Y la movilidad que la materia
Comunica á los cuerpos, oye, oh Memmio,
Cuán asombrosa es: cuando derrama
Primeramente nueva luz la aurora
Por las tierras, y cuando revolando
En bosques retirados varias aves
Llenan la soledad y el aire tierno
De voces armoniosas, ¡cuán de pronto
El sol nacido suele en este tiempo,
Esparciendo sus rayos abundantes,
Adornar con su luz naturaleza!
Todos lo vemos y nos es muy claro:
No obstante, estos corpúsculos lucientes
Que el Sol nos manda, por vacío espacio
No atraviesan; su marcha se retarda
Dividiendo los flúidos del aire:
Y como no son átomos aislados,
Sino especie de masas y hacecillos,
Encuentran en sí mismos y por fuera
Causas que los detengan en su marcha.

Al contrario, son sólidos y simples
Los átomos que cruzan el vacío
Sin peligro de obstáculos externos.
Forman ellos un solo y mismo todo,
Y juntando el esfuerzo de sus partes
Hacia el único blanco de su impulso,
Deben aventajar en ligereza,
Y con mayor presteza ser movidos,
Que los rayos del Sol, y en igual tiempo
Deben correr mucho mayor espacio
Que cuando el Sol se lanza por el cielo.
Pues nadie supondrá que los principios
Pudieran por sí mismos detenerse
Ni entre sí calcular el movimiento
Y concertar un plan perfecto y sabio.
En vano algunos necios imaginan
Que sin la ciencia y numen de los dioses,
Tantos efectos producir no puede
La materia arreglados y precisos,
Ni las vicisitudes de estaciones
Y los varios productos de la tierra:
Ni el suave impulso del amor que mueve
Por medio del deleite á los mortales,
Ni el divino placer que da la vida;
Y á propagar les lleva las especies
Porque el género humano no se extinga.
Fingen ellos ser obra de los dioses
Y producción divina todo esto:
Muy engañados van en su sistema.
Aunque ignoraran la naturaleza
De los principios, sin embargo osara
Con la vista del cielo comprobarte
Y con otros fenómenos que el mundo
No ha sido por los dioses fabricado,
Pues es tan deficiente é imperfecto;

Yo te lo aclararé más adelante:
Explicaremos al presente, Memmio,
Lo que resta decir del movimiento.
Presumo ya ser tiempo de probarte
Que no puede subir con fuerza propia
Ningún cuerpo hacia arriba: no te engañen
Las llamas, pues que suben aumentadas;
Y los frutos hermosos de los campos
Y los árboles crecen hacia arriba,
Cuanto pueden hacer los cuerpos graves
Por dirigirse abajo. No de suyo,
Por una fuerza externa sí, los fuegos
Saltan á las techumbres de las casas
Y devoran las vigas y tirantes
Rápidamente; como nuestra sangre,
Saliendo de las venas, salta lejos
Y de púrpura un chorro al aire esparce:
¿No ves también con cuánta fuerza el agua
Despide los maderos y las vigas?
Pues aunque muchos y robustos brazos
Por hundirlos derechos se revienten,
El agua con más ímpetu los echa,
Y hacia arriba los lanza, y por defuera
La mayor parte asoma y sobresale;
No dudamos que todos estos cuerpos
Bajan por el vacío cuanto pueden.
Así también deben subir las llamas
Por una fuerza extraña, aunque su peso
Las haga que desciendan cuanto pueden.
¿No ves que los nocturnos meteoros
Largos surcos de fuego van trazando
Hacia cualquiera parte do les abre
Naturaleza misma algún sendero?
¿Que estrellas y luceros caen en tierra?
El mismo Sol desde los altos cielos

Derrama su calor por todas partes,
Y sus rayos esparce por los campos:
Luego abajo se inclinan sus ardores.
Por medio de las nubes vuela el rayo;
Con ímpetu se arroja desprendido
Unas veces aquí, y acullá otras;
Y el rayo sin cesar hiere la tierra.
Y has de entender también, ínclito Memmio,
Que aun cuando en el vacío se dirijan
Perpendicularmente los principios
Hacia abajo, no obstante se desvían
De línea recta en indeterminados
Tiempos y espacios; pero son tan leves
Estas declinaciones, que no deben
Apellidarse casi de este modo.
Pues si no declinaran los principios,
En el vacío, paralelamente,
Cayeran como gotas de la lluvia;
Si no tuvieran su reencuentro y choque,
Nada criara la naturaleza.
Y si alguno creyere por ventura
Que los cuerpos más graves, cuanto tienen
Mayor velocidad de movimiento,
Tanto mejor en línea recta pueden
Caer sobre los cuerpos más ligeros,
Y engendrar con su choque movimientos
Creadores de seres, se extravía
De todos los principios racionales.
Es verdad que en el aire ó en el agua
Aceleran los cuerpos su caida
Según su pesadez, porque las aguas
Y el flúido del aire á todo cuerpo
No pueden resistir del mismo modo;
Ceden más fácilmente á los más graves:
Mas no sucede así con el vacío;

Ninguna resistencia opone al cuerpo;
Á todos igualmente les da paso:
Por lo que los principios, desiguales
En sus masas, moverse en el vacío
Deberán todos con igual presteza.
No pueden, pues, los cuerpos más pesados
Caer encima de los más ligeros,
Ni por sí engendrar choques que varíen
Sus movimientos, para que por ellos
Forme los seres la naturaleza.
Por lo cual, yo repito ser preciso
Que declinen los átomos un poco,
Para que no parezca introducimos
Movimientos oblícuos, que reprueba
La razón verdadera; es evidente,
Y ven los ojos, que los cuerpos graves
Seguir no pueden dirección oblicua
En su caida; pero ¿qué ojo agudo
Verá que no se apartan de la recta?
En fin, si siempre todo movimiento
Se encadena y en orden necesario
Hace siempre que nazcan unos de otros;
Si la declinación de los principios
Un movimiento nuevo no produce
Que rompa la cadena de los hados,
De las causas motrices trastornando
La sucesión eterna, ¿de dó viene
El que los animales todos gocen
De aquesta libertad? ¿de dónde, digo,
Esta voluntad nace que arrancada
Á los hados nos mueve presurosa
Do el deleite conduce á cada uno?
Además de que nuestros movimientos
Ni á tiempos ni á lugares se sujetan
Determinadamente; su principio

Es nuestra voluntad; de allí se extienden
Por los miembros. ¿No ves que en el momento
Que se abre la barrera, los caballos,
Ansiosos de volar en la carrera,
No lo pueden hacer tan prontamente
Como su ardiente espíritu codicia?
Las moléculas todas esparcidas
Por los miembros es fuerza que se junten
Y se agiten por todo nuestro cuerpo,
Si han de seguir del alma los deseos.
Ya ves que el movimiento su principio
Tiene en el corazón, y que procede
De la voluntad misma: de aquí gira
Por todo el cuerpo y miembros ciertamente.
No sucede lo mismo cuando andamos
Impelidos de alguna fuerza extraña
Y superior; que entonces nuestra masa
Es arrastrada contra nuestro gusto,
Hasta que por los miembros reprimiere
La voluntad extraños movimientos.
Ya ves también, que aunque una fuerza extraña
Obligue á andar á muchos mal su grado;
En nuestro pecho, sin embargo, queda
Un poder que combate y hace frente,
Á cuyo arbitrio muda la materia
De dirección, sus ímpetus refrena,
Y la hace que por fuerza retroceda.
Esta verdad te obliga á que confieses
En los principios diferente causa
De pesadez y choque: de ésta nace
La libertad, porque nosotros vemos
Que nada puede hacerse de la nada.
La pesadez impide ciertamente
Que todo movimiento sea efecto
Como de fuerza extraña; mas si el alma



En todas sus acciones no es movida
Por interior necesidad, y si ella
Como vencida llega á ser sustancia
Meramente pasiva, esto es efecto
De declinar los átomos un poco
Ni en tiempo cierto, ni en lugar preciso.
Jamás la suma de los elementos
Más densa fué ó más rara que al presente,
Pues ni se aumenta ni se disminuye:
Por lo que el movimiento que ahora tienen,
En los pasados siglos le tuvieron,
Y siempre le tendrán en adelante:
Y los cuerpos que suelen producirse,
Producidos serán del mismo modo,
Y existirán y crecerán robustos,
Y tendrán cualidades convenientes
Á su naturaleza. Es imposible
Que á la suma trastorne fuerza alguna,
Ni se da puerta por la cual se huyan
Y escapen de la masa los principios;
Ni con incursión súbita en el *todo*
Penetrar pueden átomos extraños,
Que, trastornando la naturaleza,
Todos los movimientos extravíen.
No es de maravillar que los principios
Estando en continuado movimiento,
Parezca estarse quieto el Universo,
Á excepción de los cuerpos que le tienen
De suyo propio; pues sentidos nuestros
No pueden percibir los elementos;
Por lo que si su masa es invisible
Debe serlo más bien su movimiento,
Puesto que la distancia nos oculta
La agitación de cuerpos más sensibles:
Porque frecuentemente las ovejas

Paciendo alegres pastos por los cerros
Trepan por do las llaman y convidan
Las frescas yerbas, que el rocío esmalta,
Mientras que los corderos hartos juegan
Y topan blandamente; lo cual todo
Vemos confusamente desde lejos:
Parece la verdura del collado
Contrastar la blancura del ganado.
Y cuando desplegadas las legiones,
Numerosas también, cubren los llanos
Haciendo simulacros de batallas,
Y en torno dan carreras los corceles,
Y sacudiendo con esfuerzo y brío
Traspasan de repente inmensos campos;
El brillo de las armas sube al cielo,
Reluce con el bronce todo el suelo,
Y resuena la tierra con los pasos
De soldados valientes, y los montes,
Heridos del clamor, lanzan los gritos
Á las estrellas: sin embargo inmóvil
Parece estar aquella muchedumbre
Mirada de la cumbre de algún monte,
Y ser el brillo propio de la tierra.
   Ora procede que tu mente indague
Las cualidades de los elementos,
Cuán diferentes sean en sus formas
Y cuál la variedad de sus figuras:
No porque haya un gran número que sea
De formas diferentes; mas los seres
Que ellos componen nunca se asemejan:
Tampoco esto es extraño, pues he dicho
Ser su número inmenso, ilimitado;
No deben, pues, tener las mismas formas
Exactamente con igual contorno.
   Considera además la raza humana,

Y mudos nadadores escamosos,
Y los hermosos árboles, y fieras,
Y variedad de aves que frecuentan
Los sitios deleitosos de las aguas,
Las riberas y fuentes y lagunas,
Y las que corren bosques solitarios
Con raudo vuelo; en general compara
Los individuos de cualquier especie,
Y encontrarás en ellos diferencia:
El hijo no podría de otro modo
Conocer á la madre, ni ésta al hijo;
Vemos que se conocen mútuamente,
Como el hombre conoce sus hijuelos.
  Porque frecuentemente degollado
En los hermosos templos de los dioses
Cae el becerro al lado de las aras
Turicremas, brotando de su pecho
De sangre un río ardiente: deshijada
La madre, empero, aquí y allí corriendo
Por verdes bosques, va estampando en tierra
Las hendidas pezuñas, registrando
Con ojo ansioso todos los parajes,
Por si en alguno á su perdido hijo
Puede topar; parándose á menudo,
Llena de quejas el frondoso bosque
Y el establo revee contínuamente,
Clavada con la pérdida del hijo.
Ni las yerbas lozanas con rocío,
Ni tiernos sauces, ni la orilla amena
De ríos espaciosos la deleitan,
Ni la infunden olvido de su pena:
Ni por risueños pastos el aspecto
De los demás becerros á otra parte
La distraen y la alivian del cuidado:
¡Tan propio y conocido es lo que busca!

Conocen además los tiernos chotos
Con voz temblosa á las cornudas madres.
Y balantes corderos topadores:
Y así, guiados por naturaleza,
Á mamar corren las lecheras ubres.
Por fin, el trigo, aunque parece el mismo,
Alguna diferencia hay en sus formas;
Del mismo modo, vemos que las conchas
Hermosean el seno de la tierra
Por donde el mar la embebedora arena
De corva playa alisa con las ondas
Suaves. Luego deben los principios
Andar bajo de formas diferentes
En el vacío por naturaleza,
Puesto que ellos no han sido fabricados
Por el arte con formas peculiares.
Ya nos es fácil explicar la causa
De insinuarse mejor fulmíneo fuego
Que el nuestro producido de las teas:
Porque puedes decir que se componen
Los fuegos celestiales de los rayos
De átomos más sutiles, que se cuelan
Por poros que no puede entrar el fuego
Que hacemos de las leñas y las teas.
¿Por qué, en fin, á la luz da paso el cuerno
Y se la niega al agua? ¿No se forma
La luz, acaso, de átomos más finos
Que los que forman á las aguas bellas?
Se cuela en un instante por el filtro
El vino, y el aceite gota á gota;
Porque éste se compone de principios
Más densos, más unidos y enlazados,
Con tanta prontitud no se separa,
Pasando lentamente por el filtro.
La miel y leche deliciosamente

Por otra parte el paladar recrean;
Pero el amargo ajenjo y la centaura
Silvestre punzan con sabor ingrato:
De modo que conoces fácilmente
Que son lisos y esféricos los cuerpos
Que nos causan sabores agradables;
Que la amargura y aspereza nacen
Del conjunto de átomos torcidos
Que, fuertemente unidos, acostumbran
Abrirse paso al paladar, rompiendo
Los órganos del gusto con su entrada.
El placer y el dolor, últimamente,
Que los cuerpos excitan en nosotros
Nacen de la figura diferente
De sus principios; ni el rechino ingrato
De la estridente sierra te figures
Que elementos le engendran y producen
Tan finos como son las consonancias
De cítara armoniosa, que despiertan
Los dedos de los músicos expertos.
Tampoco debes dar la misma forma
Á los átomos fétidos que vienen
De un cadáver quemado, á los que exhalan
En el teatro aromas de Cilicia,
Y los olores del pancreo ungüento
Que embalsama los templos de los dioses.
Ni los bellos colores se componen
De los mismos principios, si recrean
La vista, ó si la punzan de manera
Que nos hacen llorar, ó la torcemos,
Por ser horribles, y de hedionda forma:
Luego todos los cuerpos que recrean
Y halagan los sentidos son formados
De los átomos finos; y al contrario,
Los cuerpos que son ásperos, molestos,

De elementos más rudos é imperfectos.
Hay principios también que no son lisos
Perfectamente, ni del todo corvos,
Sino erizados de salientes puntas
Que regalar más bien que dañar pueden
Los sentidos: se cuenta en esta clase
La fécula y la ínola gustosa.
Y últimamente, las ardientes llamas
Y los hielos de invierno á los sentidos
Punzan con aguijones diferentes;
Esta verdad el tacto nos demuestra:
El tacto, el tacto, sí: ¡deidades santas!
Del cuerpo este sentido se declara,
Ya cuando se insinúa un cuerpo extraño,
Ya cuando nos molesta causa externa:
Cuando recrea Venus enviando
Semilla creadora, ó cuando el choque
Nos inquieta turbando la armonía,
Y confunde el sentido; como puedes
Hacer tú la experiencia, si una parte
Hirieres de tu cuerpo con la mano:
Luego las diferentes impresiones
De los objetos deben explicarse
Por las distintas formas de los átomos.
Deben los cuerpos duros y compactos
Tener unos principios más corvados,
Más unidos, ramosos y enlazados,
Cuales son, entre otros, los diamantes,
Que se burlan de golpes repetidos,
El duro pedernal y el fuerte hierro,
Y bronces rechinantes de los quicios.
Empero aquellos líquidos formados
De cuerpo flúido deben componerse
De partes alisadas y redondas,
Puesto que no pudiendo entrelazarse

Glóbulos de esta clase, también ruedan
En un plano inclinado fácilmente.
  Los flúidos que ves en un instante
Disiparse fugaces como el humo,
Las nieblas y las llamas, no se forman
De lisos y redondos elementos,
Puesto que el cuerpo hieren y le punzan,
Y penetrando los peñascos, deben
Agudos ser, no corvos sus principios,
Y les daremos puntas más que ganchos.
  No debes admirarte cuando veas
Cuerpos á un tiempo flúidos y amargos,
Como el agua del mar, pues se componen
De unos átomos lisos y redondos
Los flúidos, mezclándose con ellos
Punzantes elementos, causadores
De dolor: sin embargo, no es preciso
Sujetarlos por medio de corchetes;
Basta que sean redondos y escabrosos,
Que á un mismo tiempo hacia adelante pueden
Rodar y causar daño á los sentidos.
  Para que te convenzas de la mezcla
De los principios lisos y angulosos
Que causan la amargura de Neptuno,
Contemplemos sus partes separadas:
Filtrándose en el seno de la tierra,
Endúlzanse las aguas, y se cuelan
En depósitos dulces: sus principios
De mayor aspereza se detienen
En los conductos por donde han pasado.
  Á esta verdad juntemos también otra
Que está unida con ella y lo comprueba:
Y es, que son limitadas las figuras
De los principios; sin lo cual debieran
Los átomos tener una grandeza

Ilimitada, pues tan chicos cuerpos
Pueden varïar poco sus figuras:
Tú debes contemplarlos divididos
En tres, ó bien en más mínimas partes:
Tal vez cuando las hayas colocado
De cuantos modos puedas de alto á bajo,
Pasa las de la izquierda á la derecha;
Cuando, por fin, hubieres acabado
De combinar del modo que gustares,
Si varïar quisieres las figuras,
Es preciso que añadas partes nuevas
Y otras del mismo modo al infinito.
Las formas de los átomos no puedes
Multiplicar sin que el volumen crezca,
Ni atribuirles formas infinitas
Sin que les des grandeza ilimitada:
Todo lo cual probé ser imposible.
Ya las telas riquísimas de Oriente,
La púrpura brillante Melibea
Teñida con las conchas de Thesalia,
Y el pomposo espectáculo que ofrece
De los pavones la risueña gracia,
Sobrepujados luego se rindieran
Al fulgor de más vívidos colores;
Y el olor de la mirra fastidiara,
Y el sabor de la miel, y el armonioso
Cisne, y de Febo los divinos cantos,
Con infame silencio callarían,
Pues sin interrupción se sucedieran
Las sensaciones mucho más gustosas.
Y en las desagradables cualidades
Llegáramos también al infinito:
Porque los ojos, la nariz y oidos
Y el gusto siempre sensación ingrata
Tendrían que sufrir; mas los efectos

Siendo contrarios, y teniendo el *todo*
Límites ciertos por entrambos lados,
Es preciso confieses las figuras
De los átomos ser también finitas.
Por último; hay distancia limitada
Desde el calor hasta los hielos fríos
Del invierno, y así reciprocando,
Frío y calor ocupan los extremos;
Por grados llena en medio la tibieza
El intervalo que hay; es limitada
La cualidad sensible de los cuerpos,
Pues que por ambas partes los limitan,
De aquí el fuego, de allí el rígido hielo.
Siendo, pues, limitadas las figuras
De los átomos, debe ser su copia
En cada clase de ellas infinita:
Lo inferimos así forzosamente,
Porque sin ello fuera la materia,
Contra lo que probamos, limitada.
Prosigamos ahora declarando
En pocos versos, y con dulce estilo,
Cómo el *gran todo* á conservar alcanza
De átomos la infinita muchedumbre
Por tan continuos choques agitada.
Si ves unas especies reducidas,
Y observas tú que la Naturaleza
Es en su producción menos fecunda;
En otras tierras y en remotos climas
Ella las multiplica y las completa:
Tal es aquel cuadrúpedo disforme,
El elefante, armado con su trompa,
De cuya inmensa copia la India forma
Trincheras de marfil impenetrables:
Cuadrúpedos que apenas conocemos.
Si por acaso en la Naturaleza

Ha habido un solo cuerpo que no tuvo
Igual en todo el mundo; mas no siendo
Infinitos los átomos, no puede
Existir ni crecer ni alimentarse
El cuerpo que esos átomos formaron.
  Supongamos dispersos en la *suma*
De un cuerpo los principios limitados:
¿De qué modo podrán ellos juntarse
En un piélago vasto de materia?
¿Con qué fuerza, en qué sitio, de qué modo
En tanta confusión podrán unirse?
No tienen medio alguno de enlazarse.
Pero como después de un gran naufragio
Lejos suele arrojar el mar los barcos,
La proa, las entenas, gobernalles
Y mástiles nadantes, y las jarcias
Flotando por las costas de las tierras,
Porque vean y aprendan los mortales
Esta lección terrible, y huir quieran
Las insidias y fuerzas y el engaño
De la pérfida mar, y no la crean
Cuando con engañosa calma ríe;
Si concibes así los elementos
Con número finito y limitado,
Del mismo modo nadarán dispersos
Por su misma materia rebatidos
Eternamente, sin jamás unirse:
Mas si acaso un momento se enlazasen,
Esta unión no podrá llegar á colmo
Y crecimiento; mas diariamente
Vemos las formaciones y progresos
De todo cuerpo: luego los principios
Vemos con claridad ser infinitos,
Pues que conservan las especies todas.
  Así los movimientos destructores

No pueden destruir perfectamente,
Ni acabar para siempre con los cuerpos;
Así los movimientos creadores
No pueden darles duración eterna:
Desde la eternidad viven en lucha
Con el mismo poder ambos principios:
Victorias y derrotas continuadas
De unos y otros alternan; juntos andan
La muerte y el vagido que levantan
Los niños cuando ven la luz hermosa:
Ni tras el día se siguió la noche,
Ni tras la noche aurora, sin que oyesen
Vagidos lastimosos confundidos
Con llantos compañeros de la muerte,
Y secuaces de tristes funerales.

Conviene que con rasgos indelebles
Este principio en la memoria grabes:
No haber un solo cuerpo conocido
En su propia interior naturaleza
Que de una especie sola de principios
Se forme; ni ninguno que no conste
De mezcla de principios; cuanto un cuerpo
Tiene más propiedades, más difieren
En número y figura sus principios.

Porque primero abraza en sí la tierra
Los elementos de los grandes ríos,
Que el mar inmenso sin cesar renuevan:
Tiene también los fuegos subterráneos,
Que la abrasan á veces encendidos:
Y el ímpetu del Etna se enfurece
Con vivas llamas: tiene las semillas
Con que pueda criar la raza humana,
Y árboles ledos y lucientes frutos:
Blandas hojas también, y alegres pastos
Encierra en sí, que de alimento sirvan

Á las fieras que habitan las montañas.
  Razón por qué ella sola fué llamada
La gran madre de dioses y animales;
Criadora también de nuestro cuerpo:
Los antiguos poetas doctos griegos
La cantaron subida sobre un carro,
Dos leones uncidos agitando;
Dándonos á entender que en el espacio
La tierra suspendida, no podía
Tener más firme base que á sí misma:
Y las fieras al yugo sujetaron,
Porque los beneficios de los padres
Deben triunfar aun de los fieros hijos;
De corona mural la rodearon,
Porque de plazas fuertes y ciudades
Toda la redondez está cubierta:
Y al presente ciñendo esta diadema,
Con terror de los pueblos paseada
La imagen es de la divina madre:
Varias gentes la llaman madre Idea,
Conforme á los antiguos sacrificios,
Y en su séquito van catervas frigias,
Porque dicen que allí la agricultura
Tuvo su origen y de allí triunfante
Se extendió por el orbe; son castrados
Los sacrificadores, porque quieren
Significar que deben ser tenidos
Por indignos de dar á la luz bella
Unos vivos retratos de sí mismos
Aquellos que faltaren al respeto
De sus padres, modelos de la diosa,
Y los que ingratos con sus padres fueren.
En sus manos resuenan los tambores
Estrepitosos, y los retumbantes
Címbalos, y amenazan las trompetas

Con un sonido ronco, y estimula
La flauta en tono frigio los furores;
Y empuñan lanzas, de la muerte indicios,
Para llenar de espanto á los ingratos
Y á los pechos impíos con la diosa.
   Por lo que en tanto que la estatua muda
En las grandes ciudades paseada
Ofrece á los mortales en secreto
El rico manantial de sus favores,
Arrojan al momento por las calles
Riquezas y dinero á manos llenas;
Llueven flores y rosas, sombreando
Á la madre y brillante comitiva.
   Un batallón armado, que los griegos
Llaman Curetas frigios, retozando
Con pesadas cadenas se sacuden:
Y bailan á compás, y alegres miran
La sangre que les corre, y agitando
Con furor los terríficos penachos
De sus cabezas, traen á la memoria
Los Curetas dicteos, que ocultaron
En Creta aquel vagido, según dicen,
De Jove un tiempo, mientras que giraban
En leve danza, armados los infantes
En torno al niño, y á compás herían
El bronce estrepitoso por el miedo
De que Saturno no le devorase
Con su diente crüel, y eternamente
Hiriese el tierno pecho de la madre:
Por eso la acompaña gente armada;
Cual si quisiera predicar la Diosa
Que con las armas y el valor defiendan
Los hombres á su patria, y sean á un tiempo
El amparo y la gloria de sus padres.
   Esta ficción tan bella y tan galana

La razón verdadera la reprueba;
Pues la naturaleza de los dioses
Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad: de los sucesos
Humanos apartados y distantes;
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, en nada dependientes
De nosotros: ni acciones virtuosas
Ni el enojo y la cólera los mueven.
Ciertamente la tierra en todo tiempo
Carece de sentido, y ella misma
Debe las producciones que tenemos
De átomos á la varia muchedumbre
Que en su seno contiene. Mas si alguno
Quiere más que se llame al mar Neptuno
Y á las mieses poner nombre de Ceres,
Y si el nombre de Baco prefiriere
Á aquel vocablo propio que tenemos,
Concedamos también llamar la tierra
Con el nombre de madre de los dioses,
Aunque tal madre fabulosa sea.
Así, por lo común apacentados
En unos mismos prados grey lanuda,
La prole belicosa del caballo
Y ganados cornudos, bajo un clima,
Y su sed apagando el mismo río,
Son, no obstante, diversas sus especies,
Y la naturaleza de sus padres
Conservan, imitando sus costumbres:
Tanta es la diferencia de las yerbas,
Tan grande la del agua de los ríos.
Además, que los huesos, sangre, venas,
El calor, la humedad, nervios, entrañas,
Todo animal componen; y diversas
Entre sí son tan sólo estas sustancias

Por la diversidad de sus principios.
Los cuerpos combustibles á lo menos
Contienen los principios de la llama,
De la luz, de las chispas y ceniza,
Y del humo. Tu mente si escudriña
Los cuerpos todos, todas las sustancias,
Encontrará que envuelven las semillas
De muchas cosas, y figuras varias.
Ves, en fin, que gran número de cuerpos
Son á la vez del gusto y del olfato
Percibidos: cual suelen en los templos
Expiatorias víctimas que inmola
El criminal ansiado á las deidades.
Luego los elementos de los cuerpos
Difieren entre sí; pues los olores
Penetran en los órganos por donde
No penetra el sabor del alimento.
Y el gusto y el sabor de los manjares
Por vías muy distintas se introducen:
Nacen de las figuras diferentes
De los principios estas cualidades;
Pues que se juntan diferentes formas
En un solo montón y su tejido,
De principios mezclados consta el cuerpo.
Y aunque también en estos versos míos
Observes que las mismas letras vienen
En la composición de muchos nombres,
Es forzoso, no obstante, reconozcas
La diferencia que hay entre las letras
De versos y palabras; pues que tienen
Muchas letras comunes, y á las veces
Los componen los mismos elementos,
Mas la totalidad no es resultado
De este mismo conjunto; así los cuerpos
En la naturaleza diferentes,

Aun cuando tengan átomos comunes,
Diferir pueden entre sí las masas:
Y con razón diremos que los hombres,
Los frutos y los árboles hermosos
No constan de los mismos elementos.
No creamos que puede mútuamente
Toda especie de átomos unirse;
Pues se verían monstruos de continuo,
Existirían hombres medio fieras,
Y de un animal vivo nacerían
Frondosos ramos; se unirían sustancias
Terrestes á marinas; las quimeras,
Lanzando fuego de su horrible boca,
Todas las producciones de la tierra
Devastarían: mas si nada de esto
Se hace claramente, pues los cuerpos,
Formados todos de elementos fijos,
Por una cierta fuerza creadora,
Vemos que pueden conservar su especie
Particular conforme van creciendo;
Preciso es que este orden se conserve:
Porque cada animal saca los jugos
Que le son más análogos al cuerpo
De todos los sustentos que le nutren,
Y le dan movimientos convenientes:
Empero las moléculas extrañas
Que no han podido unirse, ni animarse,
Ni consentir vitales movimientos,
Naturaleza las arroja al suelo,
Ó por una inacción se libra de ellas.
Mas por si acaso juzgas que á estas leyes
Sólo los animales se sujetan,
En toda producción verás lo mismo;
Porque como entre sí difieran todas,
Es necesario que sus elementos

De diversas figuras se compongan:
No porque de figuras diferentes
Haya muchos principios; antes nunca
Pueden enteramente parecerse
Los individuos que resulten de ellos.
Y así, esta diferencia de principios
Establece también otra forzosa
En las distancias, choques, direcciones,
En encuentros, uniones, movimientos:
Por estas cualidades, no tan sólo
Distinguimos los cuerpos animales,
Antes el mar distinguen de la tierra,
Y el cielo de la tierra diferencian.
Escucha los discursos indagados
Con mi dulce trabajo: no te engañes
Quizá creyendo que los cuerpos tienen
El color negro, blanco, ó cualquier otro,
Por ser así también sus elementos;
Pues ningún color tienen los principios
Que sea semejante ó diferente.
Si acaso te parece no poderse
Concebir sin color los elementos,
Estás muy engañado; pues los ciegos
De nacimiento, que jamás la lumbre
Del Sol sus ojos vieron, con el tacto
Conocen sin embargo desde niños
Los cuerpos de ningún color teñidos;
Así también formarnos una idea
Podemos de los cuerpos primitivos
Sin que tengan colores. Finalmente:
Cuando tocamos por nosotros mismos
Á obscuras cualquier cuerpo, no sentimos
De qué color ó tinte está teñido.
Juntemos el discurso á la experiencia:
Pues que todo color seguramente

Se muda en cualquier otro, los principios
No deben padecer estas mudanzas;
Inmutables serán forzosamente;
Á no ser que la *suma* se aniquile:
Pues traspasar no puede cuerpo alguno
Los límites que tiene, sin que deje
De ser lo que antes era; por lo tanto,
No atribuyas color á los principios;
No sea que *el gran todo* se aniquile.
  Si ha negado, además, naturaleza
Á los *primeros cuerpos* los colores,
De formas diferentes los adorna
Que producen matices varïados
De infinitas maneras. Mucho importa
Considerar la situación y mezcla,
Y aquellos movimientos respectivos
De los átomos pueden fácilmente
Dar la razón por qué los cuerpos mismos
Que mostraban poco antes color negro,
De repente le cambian en blancura
Marmórea: cuando vientos furibundos
Revolvieron los mares, por qué causa
Blanquean como mármoles sus ondas:
Puedes dar por respuesta que en un cuerpo
Si los principios negros á la vista
Se confunden, se alteran y trastruecan,
Y huyen algunos de ellos de su puesto,
Puede la superficie de este cuerpo
Llenarse de blancura relumbrante;
En vez de que si fueran azulados
Los principios del mar, no blanquearían;
Pues de cualquiera modo que perturbes
Los cuerpos azulados, jamás pueden
Blanquear como el mármol reluciente.
  Mas si el color del mar puro y sin mezcla

Resulta de elementos que contengan
Colores diferentes, como varias
Figuras y otras formas, se hace un todo
Cuadrado y uniforme: convenía,
Puesto que en el cuadrado se distinguen
Muy diversas figuras, que se viesen
Así en el mar como en los otros cuerpos
Que tienen un color puro y sin mezcla,
Colores varios y entre sí diversos.
Además, las figuras diferentes
Nada estorban, ni impiden el que tenga
El todo exteriormente producido
Forma cuadrada, mas la diferencia
En el color elemental destruye
La total unidad de los colores.
Se destruye la causa que movía
Á suponer principios colorados,
Porque lo blanco y negro no resulta
De blancos ó de negros elementos,
Antes bien de la mezcla diferente
De colores; puesto que la blancura
De átomos sin color es fácil nazca
Mejor que de lo negro ó su contrario.
Pues si la luz produce los colores,
Y su impresión no admiten los principios,
El color en los átomos no cabe:
¿Qué color podrá haber en las tinieblas,
Pues que en la misma luz se altera y cambia
Conforme son heridos los objetos
Por los oblícuos ó directos rayos?
No de otro modo que el collar brillante
De las plumas que adornan la garganta
De las palomas á las veces luce
Con encarnado brillo de rubíes,
Y á veces entrevera el color verde

De la esmeralda con azul celeste:
Y del pavón la cola, si embestida
Es de copiosa luz, del mismo modo,
Según sus diferentes posiciones,
Muda colores; luego nacen éstos
De la caída de la luz: no pueden
Existir sin la luz, por consiguiente.
 Afectan la pupila el color blanco,
El negro, ú otro de distinto modo.
Nada importa saber qué color tengan
Los cuerpos que tocamos; su figura
Es lo más esencial: los elementos
Necesidad no tienen de colores,
Pero sí de figuras varïadas,
Que exciten sensaciones diferentes.
 Pero si los colores de principios
No están sujetos á figuras ciertas,
Y una cualquiera forma de elementos
Recibir puede los colores todos,
¿Por qué los cuerpos que resultan de ellos
No son privilegiados igualmente?
¿Por qué el color señala las especies?
Nos deslumbraran, pues, con blancas plumas
En su vuelo los cuervos de ordinario,
Y de negro color, ó varïado,
Negros por lo común fueran los cisnes.
 Y cuanto más los cuerpos dividamos
En partes muy menudas, verás cómo
Se mueren y se acaban los colores:
Por eso el oro reducido á polvo,
La púrpura hilo á hilo deshilada,
Pierden su brillo y resplandor del todo:
De aquí puedes sacar que los principios
Dejan todo el color primeramente
Que en el estado de átomos se vean.

Y pues forma visible no atribuyes
Ni sonido ni olor á todo cuerpo,
Porque no todos á la vista hieren
Ni afectan al oído ni al olfato,
Debemos concluir que algunos de ellos
No constan de color, así como otros
No conocen olores ni sonidos:
Un ánimo sagaz concebir puede
Los cuerpos sin color, del mismo modo
Que de otras cualidades despojados.
Pero no pienses que naturaleza
Haya negado sólo los colores
Á los principios; el calor y el frío,
La tibieza también: y de sonidos
Estériles, y ajenos son de jugos:
Ningún olor exhalan de sí mismos.
Así, cuando compones una esencia
De mirra y olorosa mejorana
Y de la flor de nardo, que trasciende,
Tú la echas un aceite que no tenga
Olor alguno ni al olfato envíe
Aura suave, porque no corrompa
Con su hedor los perfumes de las flores
Su vapor, que ha subido en demasía.
Y carecen de olores y sonidos
Los átomos que forman á los cuerpos,
Porque de sí no pueden enviarlos;
Ni son sabrosos, fríos, ni calientes,
Ni tibios, sin aquellas cualidades
Que causan la ruïna de los cuerpos,
La flexibilidad y la blandura;
Corruptibilidad tener no pueden,
Fragilidad, ni mezcla de materia
Y de vacío, si á naturaleza
Queremos dar eternos fundamentos

En los que siempre estribe y se conserve,
Y al aniquilamiento no se rinda.
Sin embargo, es preciso que confieses
De átomos insensibles ser formados
Todos los cuerpos que de sentimiento
Están dotados; la experiencia misma
Apoya esta verdad, no solamente,
Sino que te conduce por la mano
Y te muestra nacer los animales
De insensibles recónditas semillas.
Así que vemos del hediondo cieno
Nacer gusanos vivos cuando ha sido
Podrida con las lluvias abundantes
La húmeda tierra: vemos trasformados
Todos los cuerpos; árboles y ríos
Y los prados risueños se convierten
En ganados, y en nuestros mismos cuerpos
Trasfórmase el ganado, y á menudo
Con nuestro cuerpo auméntanse los bríos
De alimañas y de aves carniceras.
Así convierte la naturaleza
Todos los alimentos en sustancias
Vivas, del mismo modo que transforma
Áridos leños en fogosas llamas.
Y ¿dudarás acaso cuánto importa
Considerar la mezcla de los átomos,
Su posición y mutuos movimientos?
¿De qué naturaleza son los cuerpos
Que el mismo ánimo agitan y conmueven,
Y en él excitan varias sensaciones,
Si niegas que produce la materia,
Insensible por sí, sensibles seres?
Es cierto que las piedras y los leños,
Aunque la misma tierra se les una,
No pueden producir el sentimiento

De la vida: por eso no pretendo
Que los átomos todos sean capaces
De componer en un momento seres
Sensibles, pero creo de importancia
Atender á su número y grandeza,
Á su orden, su figura y movimiento
Y situación; pues nada de esto vemos
En troncos y terrones: sin embargo,
Por medio de las lluvias, corrompidos
Estos cuerpos, parecen gusanillos,
Porque sus elementos, removidos
Con esta novedad, se unen de modo
Que deben engendrar los animales.
En fin, cuando establecen que resulta
La sensibilidad de los principios
Sensibles, y que aquéstos son formados
De otros también sensibles, hacen luego
Sustancias blandas, pues que está juntada
La sensibilidad con las entrañas,
Nervios y venas, y procede todo
De cuerpos blandos y perecederos.
Pero aunque sin embargo concedamos
Una existencia eterna á estos principios,
Ó ellos deben tener el sentimiento
En una parte, ó ser animalejos:
Mas no pueden sentir por sí las partes,
Y el sentimiento de los otros miembros
No se les comunica, ni la mano
Separada del cuerpo, ni una parte,
En alguna manera siente aislada:
Luego ellos son perfectos animales,
Dotados de absoluto sentimiento:
Pues ¿cómo se podrán llamar principios,
Y cómo evitarán ellos la muerte,
Siendo animales como aquellos otros

Que vemos perecer todos los días?
Pero aunque concedamos ser posible,
¿Su conjunción engendrará otra cosa
Que un pueblo numeroso de animales?
Así como los hombres, los ganados
Y alimañas por medio de la Venus
Engendran hombres, fieras y ganados.
Pero si acaso dejan los principios
Su propio sentimiento, y toman otro,
¿Por qué razón tal cualidad les dimos
Para quitarla luego por inútil?
Pues si vemos los huevos de las aves
En volanderos pájaros mudarse,
Y en gusanos hervir la tierra cuando
Por abundantes lluvias fué tomada
De podredumbre: luego nacer pueden
De átomos no sensibles sentimientos.
Y nadie piense que nacer pudiera
El sentimiento de lo no sensible
Por alguna mudanza que se hace,
Como del animal en la nacencia
Antes que salga fuera, pues más claro
Vemos que la radiante luz del día
Que no se verifica nacimiento,
Sino después de formación interna,
Ni se cumple en el sér mudanza alguna
Sin una asociación antecedente.
De modo que no existe sentimiento
Antes que el animal formado sea;
Porque antes de formarse andan dispersos
Por el aire y las aguas los principios,
Y por la tierra y fuego: no han tenido
Reunión, ni vitales movimientos,
Ni choques de aquel modo conveniente
Que inflame los sentidos luminosos,

Que al animal custodian y defienden.
Y si un choque más fuerte y poderoso
Que el que puede sufrir su resistencia
Aflige al animal en un instante,
Y confunde á la vez las facultades
Del ánimo y del cuerpo; y los principios
El desorden disuelve, y se suspenden
Del todo los vitales movimientos,
Hasta que la materia sacudida
Rompe del alma los vitales lazos,
Y por todos los poros la echa fuera
Estando derramada por el cuerpo:
¿Qué puede producir un igual choque,
Sino alterar y disolver los cuerpos?
Á las veces sucede, si el ataque
Es menos vïolento, que los restos
De vital movimiento vencen, triunfan,
Y calman los desórdenes del choque,
Y vuelven nuevamente á sus conductos
Las partes ordenadas que dominan
Ya casi á destructores movimientos
Señores de la máquina, y encienden
El sentimiento ya casi perdido:
Por lo que el alma de las puertas mismas
De la muerte á la vida es revocada
Primero que ceder á los impulsos
Que ya casi á la muerte la arrastraban.
Pues sentimos dolor en nuestro cuerpo,
Cuando de la materia los principios
De alguna fuerza extraña conmovidos
Por las vivas entrañas, por los miembros
Se agitan en desorden; y tenemos
Blando deleite cuando á su orden vuelven:
Inferimos de aquí, que los principios
Ni dolor ni deleite por sí tienen;

Supuesto que de partes no se forman,
Cuyo desorden pueda atormentarlos,
Ó algun fruto coger de alma dulzura;
Insensibles por tanto son los átomos.
Si hemos de dar sensibles elementos,
En fin, al animal para que sienta,
Será forzoso, pues, que los principios
Constitutivos de la raza humana
Den grandes carcajadas, y que bañen
Con abundantes lágrimas el rostro,
Y que penetren los secretos grandes
De la sabiduría, y que analicen
Sus propios elementos componentes:
Pues siendo en su estructura semejantes
Á todos los mortales, deben ellos
Resultar de diversos elementos,
Y éstos de otros principios, de manera
Que nunca puedas encontrar el término;
Yo no me cansaré; siempre que digas
Reir, hablar y discurrir un cuerpo,
Es preciso que tengan sus principios
Las mismas facultades; mas si vemos
Ser esta pretensión una locura
Y un gran delirio, y si reir se puede
Sin principios risueños, si se puede
Discurrir y explicarse sabiamente
Sin sabios y elocuentes elementos;
¿Por qué seres sensibles no podrían
Resultar de principios insensibles
Que carezcan de todo sentimiento?
Todos, en fin, del aire somos hijos;
Él es el padre universal de todos;
Y alma tierra la madre: recibiendo
De lo alto en gotas líquidas las aguas,
Preñada, pare los hermosos frutos

Y árboles ledos, y la raza humana,
Y pare toda especie de animales
Cuando les da alimentos con que todos
Apacientan sus cuerpos, y disfrutan
De dulce vida y sin cesar propagan:
Por lo que con razón madre es llamada.
Los cuerpos que han salido de su seno
Los vuelve en sí á abrazar; y la materia
Enviada del aire es recibida
En el espacio etéreo nuevamente:
No dudes ser eternos los principios,
Porque nosotros sin cesar los vemos
Dejar la superficie de los cuerpos,
Y á las veces nacer y morir luego:
No destruye la muerte los principios
Así como los cuerpos; su tejido
Rompe tan solamente, y los reforma,
Y nuevas formas y colores nuevos
Hace que estén tomando de continuo;
Los obliga también en un instante
Á dar y recibir el sentimiento.
 Bien sabes tú cuán importante sea
Mirar el orden, mezcla y movimientos
Recíprocos que tienen los principios;
Pues lo mismo producen mar y cielo,
La tierra, ríos, sol y las semillas,
Árboles y animales. De igual modo
Que en mis versos contemplas diferente
La combinación y orden de las letras;
Pues aunque las palabras se componen
En parte de los mismos elementos,
En el orden difieren solamente:
Así en los cuerpos de Naturaleza
Si cambian las distancias, direcciones,
Uniones, gravedades, orden, choques,

Colocación, reencuentros y figuras,
Serán los resultados muy diversos.
Aplícate ahora á la sabiduría,
Pues deseo que entiendas las verdades
Nuevas que va á exponer ante tus ojos
Con nuevo orden de cosas: sin embargo,
Como tan fácil opinión no haya
Que no sea difícil adoptarla
Al principio, y nada hay tan admirable
Y tan extraordinario en sus principios
Que con el tiempo deje de admirarse:
Si el color puro y claro de los cielos,
Y el que contienen los errantes astros,
De sol y luna el brillo luminoso,
Si fuera todo junto presentado
Á los mortales por la vez primera,
Como si lo pusieran de repente
Y de un golpe á su vista ¿qué podría
Decirse comparable á estos objetos?
¿Ó qué nación osara la primera
Creer posibles cuadros tan grandiosos?
Ninguna á mi entender: ¿mas quién podría
Sentir ahora admiración tamaña?
De la hartura de ver ya fatigados
Nadie se digna levantar sus ojos
Á la luciente bóveda del cielo.
Deja de desechar, despavorido
De aquesta novedad, la razón misma;
Pésalo tú con juicio más delgado,
Abraza mis verdades si son ciertas,
Ó armate contra ellas, si son falsas;
Con la razón el ánimo examina
Lo que hay del otro lado de los muros
Del orbe, en los espacios infinitos,
Hasta do quiera penetrar la mente,

Y el espíritu libre remontarse.
  Primero, como dije, es infinito
El *gran todo* hacia arriba y hacia abajo,
Por izquierda y derecha á todos lados:
Así lo aclama la experiencia misma,
Y lo declara la naturaleza
Del infinito: luego si un espacio
Se extiende ilimitado á todas partes,
Si semillas sin número movidas
Por este espacio inmenso nadan siempre
Desde la eternidad con mil figuras,
¿Es probable que no se haya criado
Más que el cielo y el orbe de la tierra;
Que estén en los espacios ulteriores
Innumerables átomos ociosos;
Habiendo especialmente fabricado
Este mundo por sí naturaleza,
Y los mismos principios de los cuerpos
De suyo por acaso reunidos
Con choques y continuos movimientos
Enteramente inútiles y vanos
Masas particulares produjeron
Como mar, tierra, Cielo y animales?
¿Quién no ha de confesar racionalmente
Que forma la materia reunida
Otros muchos compuestos como éste,
Que el aire abraza en su recinto inmenso?
  Cuando además materia en abundancia
Está dispuesta, y un espacio pronto
Á recibirla, ni su movimiento
Impide algún estorbo, es claro deben
Formarse seres; y hay tan grande copia
De principios, que no pueden contarlos
Aunque se junten mil generaciones:
Y si para juntarse eñ otra parte

Tienen la fuerza y la naturaleza
Igual á los principios de este mundo,
Es preciso confieses que las otras
Regiones del espacio también tienen
Sus mundos, varios hombres, y animales.
  Además de esto en la naturaleza
No hay un solo individuo de su especie
Que nazca y crezca único y aislado,
Y que no forme parte de una clase
Muy numerosa: en especial observa
Animales y fieras montaraces,
Hombres y mudos peces escamosos,
Todos los cuerpos de las varias aves;
Por lo mismo diremos precisados
Que el Cielo, Tierra, mar, el Sol y Luna,
Y todo cuanto existe no son cuerpos,
É individuos únicos aislados;
Antes llegan á ser innumerables,
Porque su duración es limitada,
Y porque nacen como las especies
Que constan de infinitos individuos.
  Después del día genital del Mundo,
Cuando mar, y tierra y Sol también nacieron,
Al rededor del Mundo y por defuera
Depositó la *Suma* en emisiones
Átomos y semillas infinitas,
Con las que el mar y tierra se aumentasen,
De do el Cielo tomara la materia
Que sus altos palacios sustentase
Tan lejos de las tierras, y saliese
El aire sin cesar; pues que de todos
Los puntos del espacio se reparten
Los acrecentamientos de principios
Con el choque, y se juntan á sustancias
De su naturaleza; se une el agua

Al agua, tierra á tierra, el fuego al fuego,
El aire se une al aire; hasta que todos
Los seres ha llevado al fin postrero
De su crecer la poderosa Madre
Que todo lo creado perfecciona:
Esto se verifica si repara
En proporción las pérdidas del cuerpo:
La vida entonces queda en equilibrio
Por un momento, y la naturaleza
Refrena con su fuerza el crecimiento.
Pues los cuerpos que ves engrandecerse
Con un feliz aumento, y levantarse
Lentamente y por grados al estado
De madurez, adquieren más que pierden:
Mientras todo el sustento fácilmente
Circula por las venas, los conductos
Ni son tan anchos y diseminados
Que gasten y disipen mayor parte
De la que ellos reciben: concedamos
De los cuerpos las pérdidas ser grandes,
Hasta llegar á su postrer aumento:
De allí las fuerzas, el valor y brío
Se debilitan insensiblemente,
Y siempre el animal se desmejora,
Pues las emaciones son mayores,
Cuando al postrero crecimiento llega,
Cuanto es mayor la masa de los cuerpos
Y mayor su extensión: no girarían
Todos los alimentos por las venas,
Ni con facilidad: naturaleza
No puede reparar con mano franca
Los hilos abundantes de materia
Que sin cesar escapan de los cuerpos.
-Perecen, sí, de cierto enrarecidos
Á fuerza de manar, sucumben todos

Á los eternos choques: pues les faltan
En su vejez por fin los alimentos,
Y en esta postración jamás descansan
Los objetos externos de acabarlos
Y domarlos con choques destructores.
Así también los cercos del *gran todo*
Por todas partes se vendrán abajo,
Reducidos á pútridas rüinas;
Porque todos los cuerpos necesitan
Ser con los alimentos reparados,
Renovados también, y sostenidos:
En vano es todo, porque los conductos
Por do el sustento pasa, no están siempre
Aptos á recibir lo necesario,
Ni la naturaleza suministra
Todo lo que hace falta. Y ya arrugado
De vejez está el mundo, y tan cansada
La tierra que no pare más que apenas
Ruines animales, la que un tiempo
Parió fecunda todas las especies,
Y dió robustos cuerpos á las fieras.
Pues la cadena de oro, yo no creo
Que haya del alto cielo descolgado
Las mortales especies en los campos:
Ni azotadoras olas de peñascos
Ni el mar las produjeron: las criara
La misma tierra, empero sustentadas
Al presente por ella; y de su grado
Ella crió además los frutos bellos,
Y viñedos gustosos á los hombres,
Suaves frutos, y risueños pastos.
Ella misma ofreció primeramente
Producciones, que apenas nos concede
Llegar á colmo á fuerza de trabajo:
Consumimos los bueyes y gastamos

Los fuertes brazos de los labradores;
Hierro apenas se encuentra para el campo;
Tanto se desmejoran las cosechas,
Y tanto van creciendo los trabajos:
Ya cuántas veces labrador anciano
Suspira meneando la cabeza
Al ver frustrados todos sus afanes;
Y si el pasado tiempo parangona
Con el presente, alaba de ordinario
La suerte venturosa de sus padres:
Se caen continuamente de sus labios
Aquellos siglos bienaventurados
En que los hombres de piedad henchidos,
Más felices, con menos heredades,
Recogían cosechas abundosas
De aquellos pegujales miserables:
No ve que poco á poco todo cuerpo
Se va menoscabando, y que se estrellan
Contra el tiempo los seres fatigados.
Si estas verdades tienes bien grabadas,
Libre al momento es la naturaleza,
De soberbios señores despojada;
Ella misma por sí rige su imperio,
Sin dar parte á los dioses. Pechos santos
De las deidades que en eterna calma
Pasan vida pacífica y serena,
Decid ¿quién de vosotros dará leyes
Al Universo, y sus valientes riendas
Es capaz de llevar entre sus manos?
¿Y hace á la vez rodar todos los Cielos?
¿Y quién con los influjos celestiales
En general las tierras fertiliza,
Y hace que en todo tiempo nos socorran?
¿Quién suspende las nubes tenebrosas,
Del Cielo atruena la mansión serena,

Y lanza rayos que regularmente
Los propios templos vuestros arrüinan,
Y su furor en vano desenvuelven
En desiertos, y pasan con frecuencia
Al lado de los hombres criminales
Y al virtuoso, al inocente matan?

LIBRO III

Oh tú, ornamento de la griega gente,
Que llevaste el primero entre tinieblas
La luz de la verdad, adoctrinando
Sobre los intereses de la vida:
Yo voy en pos de tí, y estampo ahora
Mis huellas en las tuyas; no codicio
Ser tanto tu rival, como imitarte
Ansío enamorado. ¿Pues acaso
Entrara en desafío con los cisnes
La golondrina? ¿ó los temblosos chotos
Volaran por fortuna en la carrera
Así como el caballo vigoroso?
Tú eres el padre y creador de cosas:
Sí; tú nos das lecciones paternales;
Y del modo que liban las ovejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así también nosotros de tus libros
Bebemos las verdades más preciosas;
Preciosas, varón ínclito, muy dignas
De tener larga y perdurable vida.

Pues al momento que á gritar empieza
Tu razón no ser obra de los dioses
El universo, sin parar escapan
Los terrores del ánimo; se extienden
Los límites del mundo; en el vacío
Veo formarse el universo; veo
La corte celestial y las moradas
Tranquilas de los dioses, que agitadas
No por los vientos son, ni los nublados
Con aguacero enturbian, ni la nieve
Que el recio temporal ha condensado
Con blancos copos al caer las mancha;
Y cúbrelas un éter siempre claro,
Y ríe con luz larga derramada.
Bienes pródiga da naturaleza
Á las inteligencias celestiales:
Ni un instante siquiera es perturbada
La paz de sus espíritus divinos:
La mansión infernal desaparece,
Por el contrario; ni la tierra impide
Que contemplen debajo de sus plantas
En el vacío las escenas varias.
Un divino placer y horror sagrado
Se apoderan de mí considerando
Estos grandes objetos que tu esfuerzo
Hizo patentes descorriendo el velo
Con que naturaleza se cubría.
Y puesto que hasta aquí las cualidades
De los principios te hemos explicado,
Sus formas diferentes, movimientos
Que recíprocamente experimenta
La materia agitada de continuo,
Y cómo cada sér se forma de ella:
Ya, según esto, aclararán mis versos
De ánimo y alma la naturaleza,

Y con toda violencia extirparemos
De raíz aquel miedo de Aqueronte
Que en su origen la humana vida turba,
Que todo lo rodea en negra muerte,
Que no deja gozar á los mortales
De líquido solaz deleite puro.
Y aunque muchos dirán ser más temible
La infamia y el dolor que los abismos
De la muerte; que es la naturaleza
Del ánimo lo mismo que la sangre
Ellos dicen saber; por consiguiente,
Que ellos no necesitan las lecciones
De razón nuestra, debes convencerte
Que un deseo de gloria, ó si te agrada
Más bien, la vanidad los lisonjea,
Pues por convencimiento no lo saben:
Los mismos desterrados de su patria,
Proscriptos de la vista de los hombres,
Amancillados con delito infame
Viven últimamente rodeados
De muy amargas penas; y hacen honras
Do arrastraron su mísera existencia;
Y degolladas las ovejas negras,
Las ofrecen á dioses infernales:
Con más viveza adversidad despierta
Ideas religiosas en sus almas.
Los peligros descubren á los hombres,
Les dan á conocer los infortunios,
Pues entonces por fin del hondo pecho
Son proferidas voces verdaderas:
La máscara se quita, y queda el hombre.
La avaricia, por fin, y ambición ciega,
Que obligan á los hombres miserables
Á violar torpemente la justicia,
Y emprenden y acompañan las maldades,

Á las veces sujetos noche y día
Á afán penoso por hacer fortuna,
Estas miserias de la vida alientan
Con miedo de la muerte en casi todos.
La ignominia, el desprecio y la indigencia
Se apartan de tranquila y dulce vida,
Y abren casi las puertas de la muerte:
Entre tanto los hombres, agitados
De falso miedo, quieren escaparse
De precursores lúgubres; cimentan
En sangre ciudadana su fortuna,
Y avarientos tesoros amontonan,
Maldad sobre maldad acumulando;
En la fúnebre pompa del hermano
Alégranse crüeles, y aborrecen
Y temen los banquetes consanguíneos.
El mismo miedo de la muerte roe
Al envidioso en general; le pone
Á la vista los grandes de la tierra,
Llenos de distinción y poderío;
En vileza y en cieno revolcados
Ellos mismos se quejan; se desviven
Por una estatua ó vano nombre algunos.
Á otros inspira el miedo de la muerte
Un odio tal hacia la luz y vida,
Que con pecho angustiado se dan muerte;
Olvidados sin duda que este miedo
Es manantial de penas y cuidados;
Que este miedo persigue la inocencia,
Que éste rompe los lazos amistosos,
Que éste se burla de naturaleza,
Pues que á sus caros padres y á su patria
Han vendido los hombres muchas veces
Por huir las mansiones infernales.
Los muchachos á obscuras tembletean

Y se asustan de todo en claro día.
¡Somos la diversión de unos terrores
Tan frívolos y vanos! desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.
Establezco que el ánimo ante todo,
Á quien inteligencia de ordinario
Llamamos, en el cual está sentado
El consejo y el régimen de vida,
Es una parte real de nuestro cuerpo,
Como los pies y manos y los ojos:
Sin embargo de que una turba inmensa
De sabios han creído firmemente
No tener en el hombre sitio fijo
El sentimiento; empero que del cuerpo
Era habitud vital en cierto modo,
Llamada por los griegos *armonía,*
Porque anima la máquina, y no tiene
Lugar determinado: y siendo un modo
De ser la sanidad que goza el cuerpo,
Y no una parte dél, del mismo modo
Al ánimo no asignan sitio cierto:
En lo que me parece van errados.
Porque frecuentemente sufre el cuerpo,
Su cubierta exterior, cuando el principio
Interior se solaza: y al contrario,
Si el ánimo es comido de pesares,
Se regocija el cuerpo todo entero:
Así cuando en el pie dolor sentimos,
No padece ninguno la cabeza.
Cuando además los miembros entregados
Á blando sueño, y el pesado cuerpo
En momentos de calma sumergido
Está sin sentimiento, hay en nosotros

Otro principio que en el mismo tiempo
Es agitado de infinitos modos,
Y experimenta en sí las alegrías
Y cuidados estériles del pecho.
Para que puedas conocer ahora
Que el alma también queda en nuestros miembros
Aun cuando se trastorne la armonía,
Sucede que después que se ha perdido
Una parte del cuerpo, el sentimiento
Anima sin embargo nuestros miembros,
Y perdiendo el calor algunas partes,
Y el aire respirando simplemente
Al momento las venas desampara
Y deja sólo huesos, de do infiero
No hacer igual papel en nuestro cuerpo
Todas las partes de que se compone,
Ni todas le conservan igualmente:
En aire y en calor la vida estriba:
El aire y el calor son los postreros
Que dejan nuestros miembros moribundos.
Mas puesto que del ánimo y del alma
Hemos hallado la naturaleza
Como parte del hombre, da á los griegos
Su palabra *armonía,* que sin duda
Trajeron de la cumbre melodiosa
Del Helicón ó de otra cualquier parte:
Guárdensela por mí, yo se la cedo:
Hagan de este vocablo sus delicias:
Comprende lo demás que voy diciendo.
Ahora digo que el ánimo y el alma
Están íntimamente entre sí unidos
Y una sustancia forman por sí propios;
Pero al juicio tenemos como jefe,
Él domina en el cuerpo bajo el nombre
De inteligencia y ánimo, y en medio

Del pecho tiene su morada fija:
El miedo y el pavor aquí palpitan,
En derredor halagan los placeres,
La sensibilidad aquí hace asiento,
Y la parte del ánima, extendida
Por todo el cuerpo, espera los mandatos
Con que la hace mover, la inteligencia:
Consigo mismo él solo se entretiene,
Y goza de placer en los momentos
En que el cuerpo y el ánima no prueban
Alguna sensación: y á la manera
Que el dolor siente el ojo, ó la cabeza,
Sin ser atormentado todo el cuerpo,
Así el ánimo á veces abatido
Es de melancolía, y animado
Es por el regocijo, sin que el alma
Alguna novedad sienta en los miembros:
Si el espíritu empero por el cuerpo
De miedo más vehemente es poseído,
Vemos que el alma entera toma parte,
Palidez y sudor á un tiempo embisten,
La lengua balbucea y la voz falta,
Ofúscase la vista, el oído zumba,
Aplómanse los miembros: muere el hombre
Por un terror del ánimo á menudo.
De aquí cualquiera fácilmente entiende
La íntima misión de ánimo y alma,
Pues comunica al cuerpo el mismo golpe
Que del espirtu ella ha recibido.
Esta razón enseña ser corpórea
De ánimo y alma la naturaleza;
Pues si hacen que se muevan nuestros miembros,
Si nos arrancan del profundo sueño,
Y si el color del rostro ellos alteran,
Y á todo el hombre rigen y gobiernan,

Estas operaciones sin contacto
No se pueden hacer, ni ciertamente
El contacto sin cuerpo; ¿por ventura
Negaremos que el ánimo y el alma
Son de una corporal naturaleza?
  Ves, además, que el alma toma parte
En todas las funciones que hace el cuerpo,
Y se las comunican mutuamente,
Si no daña á la vida horrible fuerza
De la muerte, si el choque no desune
Los huesos y los nervios; sin embargo
Viene la languidez y un abandono
Suave de los miembros, y una grata
Propensión de caer, á que se siguen
Esfuerzos combatidos á las veces
De incierta voluntad de enderezarse:
Luego del alma la naturaleza
Es corporal, puesto que experimenta
Todas las impresiones de los cuerpos.
  Voy á enseñarte ahora cuáles sean
De esta alma los principios, y qué especie
De átomos la componen y la forman.
  Primeramente, digo ser compuesta
De unos sutilísimos principios
Y muy delgados: convendrás en esto,
Si atiendes á la grande ligereza
Con la que se decide y obra el alma:
No nos presenta la Naturaleza
Más activos los cuerpos; luego debe
Esta movilidad extraordinaria
Componerse toda ella de elementos
Los más redondos y los más delgados,
Que puedan obligarla á que se mueva
Al más ligero impulso, pues si el agua
Por causa ligerísima se mueve,

Tiene átomos volubles y pequeños;
La miel es más tardía, y más pesada,
Su licor de difícil corrimiento,
Pues sus partes se ligan y se traban
Porque no son tan lisas y sutiles
Y redondas. Disipa en un instante
Un crecido montón de adormideras
El soplo más ligero, y no lo hace
Con un montón de piedras y hacecillos
De lanzas: luego es proporcionada
Á lo chico y lo fino de los cuerpos
La movilidad de ellos: consistencia
Tienen tanto mayor cuanto se forman
De elementos groseros y angulosos.
El alma así, que de naturaleza
Tan móvil es, debe constar de cuerpos
Los más pequeños, lisos y redondos;
Mas de una vez conocerás, lo bueno,
Lo útil é importante de mi aserto.
Te aclarará también otra experiencia
Cuán delicada es la Naturaleza,
Y cuán fino el tejido de este agente,
Y á qué espacio tan corto se ciñera
Si fuera condensable esta sustancia.
Cuando el quieto reposo de la muerte
Llega á coger á un hombre, y se retiran
El ánimo y el alma por los miembros,
Nada verás perder de peso y forma,
Á excepción del calor y sentimiento:
Por lo que esta sustancia que ha ligado
Á las vísceras, nervios y á las venas
Naturaleza, debe componerse
De partes minutísimas: no causa
Diminución alguna su salida,
Ni por la superficie ni en la masa

De los cuerpos: así cuando de Baco
La flor se ha disipado, y ha perdido
El perfume suave sus olores,
Ó los jugos salieron de algún cuerpo,
No parecen menores á la vista,
Ni mucho más ligeros; pues los jugos
Y los olores no son más que partes
Muy sutiles del cuerpo; lo repito,
Que el alma y el espíritu se forman
De átomos muy ligeros, pues huyendo
No roban peso alguno de los cuerpos.
No hemos de presumir que sea el alma
Una sustancia simple; pues exhalan
Los moribundos un ligero soplo
Revuelto con calor; éste no puede
Sin el aire existir, porque sus partes,
Si no llegan á estar muy bien unidas,
Es preciso se cuelen por los poros
Las moléculas de aire; pues hallamos
Ser ya del alma la Naturaleza
Por los tres elementos producida.
Pero todo esto junto no es bastante
Para que se produzca el sentimiento:
No es concebible, pues, que alguno de éstos
Pueda hacer movimientos sensitivos
Que en juego pongan el entendimiento;
Y así les damos un principio cuarto:
Éste no tiene nombre conocido,
No hay otro más movible, ni más fino,
Ni más pulido entre los elementos.
Él imprime el primero en nuestros miembros
Movimiento de vida: él es movido
Primeramente por tener perfecta
Pequeñez de principios: al momento
Él al calor, al soplo comunica

Y al aire el movimiento, y en seguida
En general la máquina se mueve:
La sangre entonces bate: entonces se hacen
En general las vísceras sensibles:
Por último, los huesos y medulas
De placer ó dolor son afectados.
  Penetrar el dolor aquí no puede
Ni algún mal vïolento sin que cause
En la máquina toda tal desorden
Que no encuentre la vida más asilo,
Y toda el alma sale descompuesta
Por los poros del cuerpo; felizmente
Limitan estos choques destructores
Sus impresiones en la superficie
De los cuerpos: la vida conservamos.
  Codiciando yo ahora el explicarte
Por qué secreto lazo, ó por qué mezcla
Estos cuatro elementos se combinan
Y formar pueden un sensible todo,
Contra mi voluntad no lo permite
De nuestra lengua patria la pobreza:
Yo te haré como pueda un fiel bosquejo:
Mezclados entre sí los elementos
De estos cuatro principios, de concierto
Se mueven, sin que puedan separarse
Ni en parte ejercitar sus facultades
Sino como potencias diferentes
De un mismo todo único; y del modo
Que en las entrañas de los animales
Un olor, un color y sabor propio
Hay por lo general, aunque resulte
De estas tres cualidades reunidas
Una misma sustancia; de este modo
Aire, calor y soplo, agente ciego,
Una naturaleza forman juntos

Con esta fuerza activa que principia
Á darles movimiento y hace nazca
Por la máquina toda el sentimiento:
Se oculta, pues, este primer agente
En lo más interior de nuestros cuerpos;
Partes más interiores no tenemos:
Es alma de nuestra alma, á la manera
Que el alma y el espíritu se juntan
En nuestros miembros y en el cuerpo todo
Secretamente, porque son formados
De pocos y pequeños elementos;
Este principio así, falto de nombre,
De átomos sutilísimos compuesto,
En el fondo se oculta de nosotros,
Y él es el alma de la misma alma,
Y señorea por el cuerpo todo:
El viento, el aire y el calor no pueden
Producir de este modo en nuestros miembros
La vida sin estar ellos mezclados;
Y aunque domine, ó sea dominado
Uno de estos principios por los otros,
Juntos deben de hacer un solo todo
Para que no perezca el sentimiento,
Porque no rompan los vitales lazos
Obrando cada uno separado.
 Aquel calor la cólera fomenta,
Da también á la sangre efervescencia,
Y arrojan fuego los airados ojos:
En el alma hay también mucha aura fría,
Compañera del miedo, que en los miembros
Excita horror, y hace temblar el cuerpo:
El aire, el más templado de los cuatro,
Es el que tranquiliza nuestros pechos
Y serena el semblante: predomina
En los pechos coléricos fogosos

El calor, pues se airan fácilmente.
La furia vïolenta de leones
Así es principalmente, cuyos pechos
Se rompen con rugidos espantosos,
Ni su pecho coléricos tumultos
Puede ya recoger: por el contrario,
El viento yela el alma de los ciervos,
Que excita un aire frío en sus entrañas
Con mayor rapidez, y por sus miembros
Hace que un general temblor se mueva.
Mas la naturaleza de los bueyes
Vive con aire mucho más templado.
Ni la hacha de la cólera aplicando
La causa daño, ni jamás la ofusca
Con los negros vapores de sus sombras,
Ni el helado pavón la pone torpe
Con tiros penetrantes: tiene el medio
Entre los ciervos y leones fieros.
La raza humana así es constituída;
Aun cuando perfeccione á ciertos hombres
La educación, no puede sin embargo
Borrar ella los rasgos dominantes
Que en el alma grabó la misma mano
De la naturaleza: no es posible
De ella arrancar el germen de los vicios:
De vehemente cólera arrastrado
Éste se precipita, aquél tentado
Es de la timidez, y aquel tercero
Se compadece más de lo que debe.
Hay en los caracteres diferencias
Esenciales, también en las costumbres,
Que son un resultado cuyas causas
Secretas explicarte yo no puedo;
Tampoco hallo los nombres suficientes
Á las figuras de los elementos

De que esta variedad es producida:
Me parece poder asegurarte
Que no pudiendo reflexión y estudio
Destruir los vestigios primitivos,
Los debilitan tanto, que podemos
Pasar la vida bienaventurada
Con que los altos Dioses se deleitan.
La cubierta del alma es nuestro cuerpo,
Y ella misma del cuerpo es centinela
Y causa de salud; pues que se unen
Entre sí mismas estas dos sustancias
Con raíces comunes, no se puede
Una de otra apartar sin destruirlas.
Si al incienso quitar su olor no es fácil
Sin que perezca su naturaleza;
De la misma manera es imposible
Quitar de todo el cuerpo ánimo y alma
Sin que las dos sustancias se disuelvan.
De esta manera la Naturaleza
Ha unido íntimamente sus principios
En el instante mismo de formarlas,
Y sujetólas á la misma suerte:
No pueden, pues, obrar ni sentir ellas
Sin darse mutuo auxilio: reunidos,
Empero, sus comunes movimientos,
Nos encienden la antorcha de la vida.
Ni se engendra ni crece por sí el cuerpo,
Ni después de la muerte sobrevive.
Pues aquellas partículas de fuego
Que contiene en sí el agua cuando hierve,
Pueden generalmente evaporarse
Sin que se descomponga la misma agua
Por esta causa: pero no así pueden
Los miembros resistir desamparados
La salida del alma; su tejido

Se rompe y se empodrece por entero,
Y mútuamente el peso de la vida
Aprenden á llevar desde muy tiernas
Estas sustancias en el vientre mismo
De las madres; no pueden separarse
Sin perecer: y pues que están unidas
Mútuamente entre sí por conservarse,
Claro verás que su naturaleza
Debe en unión recíproca estrecharse.
Si alguno al cuerpo el sentimiento niega,
Y cree que recibe aquél el alma
Por estar derramada en todo el cuerpo,
Ataca abiertamente la evidencia.
¿Quién dirá el modo de sentir el cuerpo,
Sino porque está unido con el alma,
Como nos ha enseñado la experiencia?
El alma retirada, queda el cuerpo
De todo sentimiento despojado:
Pierde en la vida lo que no era suyo,
Y le roba la muerte mayor presa.
Pretender que los ojos nada vean,
Y que el alma divisa los objetos
Á través de aberturas, es delirio:
Los sentidos nos dicen lo contrario;
Porque trae y recoge simulacros
El sentido en el órgano. Y á veces,
Cuando fijar la vista no podemos
En objetos brillantes, porque altera
Sus funciones la luz bastante viva,
¿Diremos que las puertas por do vemos
Experimentan sensación penosa?
Si esta suposición es admitida,
El alma ya verá mejor sin ojos,
Libre de estos estorbos de las puertas.
Ni del varón Demócrito presumas

Seguir el voto santo, que nos dice
Corresponder á cada un elemento
Del cuerpo otro del alma, y que esta mezcla
El lazo de los órganos compone;
Puesto que si del alma los principios
Más delicados son que los del cuerpo
Y vísceras, en número no exceden:
Y con economía están partidos,
Y únicamente asegurar pudieras
Que entre los más pequeños elementos,
Cuantos pueden causarnos sensaciones,
Hay divididas otras tantas partes
Del alma en nuestros miembros: no sentimos
El polvo que se pega á nuestro cuerpo
Y el afeite aplicado á nuestros miembros,
Ni el rocío nocturno, ni los hilos
Delgados de la araña, cuando andamos,
No sentimos meternos en sus redes,
Ni la camisa vieja que el insecto
Sobre nuestras cabezas caer deja,
Ni las plumas de aves, ni pelusas
Volantes, cuya extrema ligereza
Hace caer á veces lentamente;
Tampoco el paso de rastrero insecto,
Ni de los pies la huella señalada
Que dejan los insectos y mosquitos
En nuestro cuerpo; pues primeramente
Es preciso se ponga en movimiento
De átomos gran copia por el cuerpo,
Primero que los átomos del alma
Á tan grandes distancias colocados
Puedan sentir aquellas impresiones
Y puedan reunirse, entrechocarse
Y alternativamente repelerse.
El espíritu es la esencial base

De la vida; por él nos conservamos
Mucho mejor que por el alma misma:
Sin espíritu y juicio ni un momento
Puede el alma quedar en nuestros miembros;
Sus más pequeñas partes se disipan,
Sigue á su compañero por los aires
Y deja sólo los helados miembros
El frío de la muerte: queda vivo
El hombre que conserva el juicio sano
Y el espíritu: el cuerpo sin embargo
Podrá ser mutilado, y su alma en parte
Y sus miembros perder; mas vive el tronco,
Y goza auras etéreas de la vida:
Si no es de toda el alma despojado,
Cualquier pequeña parte que subsista
Será bastante para darle vida:
Por eso, aun cuando fueren desgarradas
Las partes que rodean á los ojos,
Si permanece intacta la pupila,
La potencia de ver está en su fuerza;
Como no hieras tú la cuenca entera,
Y cortes sólo las vecinas partes,
Y aisladamente dejes la pupila,
No dañará la vista: mas si un poco
Dañan del ojo aquella parte media,
Aunque por otra parte transparente
Estuviere la órbita sin daño,
Apágase la luz en el instante,
Y siguen las tinieblas: estas leyes
Unen siempre el espíritu y el alma.
Proseguiré diciéndote en canciones
Dignas de que te ocupen mientras vivas,
Que nacen los espíritus, y mueren
Con nuestro cuerpo las ligeras almas;
De un penoso trabajo prolongado

Mi canto es dulce fruto: bajo un nombre
Procura reunir estas sustancias,
Pues juntas forman un compuesto solo:
Y cuando te enseñare, verbi gracia,
Ser el alma mortal, cree que digo
Ser mortal el espíritu como ella.
Primeramente, porque te he enseñado
Constar el alma de pequeños cuerpos,
Y de elementos mucho más delgados
Que los del agua, ó nubes, ó del humo;
Puesto que en ligereza se aventaja,
Y muévese con un ligero impulso,
Como que obran los mismos simulacros
De las nubes y el humo sobre el alma:
Pues simulacros son de estos objetos
El humo y el vapor que en sueños vemos
Exhalarse y subir de los altares.
Por todas partes ves correr el agua
Cuando se hace pedazos algún vaso;
Pues si las nubes y humo se disipan
Por los aires, persuádete que el alma
Se disipa saliendo de los miembros,
Y que sus elementos se disuelven
Y perecen más pronto y velozmente.
Siendo del alma el cuerpo como vaso,
Por un mortal ataque descompuesto,
Ó perdida la sangre, enrarecido,
No puede detener su retirada.
¿Podrás tú persuadirte la detenga
El aire, que es un flúido más raro?
Nacer, crecer y envejecer sentimos
El alma juntamente con el cuerpo:
Un cuerpo quebradizo y delicado
Sirve desde la infancia como cuna
Á un ánimo tan débil como el alma:

Y los miembros la edad robusteciendo,
El consejo también se robustece,
Y el ánimo sus fuerzas va aumentando:
Después, cuando el esfuerzo poderoso
De los años el cuerpo ha quebrantado,
Y, el brío entorpecido, decayeron
Las fuerzas de los miembros, el ingenio
Claudica, y el espíritu y la lengua
Delira, y faltan todos los resortes
De la máquina á un tiempo; luego el alma
También se descompone y se disipa
Como el humo en los aires, pues la vemos
Nacer y acrecentarse con el cuerpo
Y sucumbir al tiempo fatigada.
Como del mismo cuerpo se apoderan
Dolor agudo, enfermedades graves,
Del espíritu así el espanto y duelo
Y molestos cuidados: luego debe
Partícipe como él ser de la muerte.
La razón se perturba en las dolencias
Del cuerpo muchas veces: se apodera
Del alma la demencia y el delirio:
Y á veces un letargo profundísimo
La hunde en un sopor alto y eterno,
Los párpados se caen y la cabeza:
Ni oye las voces, ni conoce el rostro
De aquellos que llamándola á la vida
La cercan y rodean derramando
Lágrimas en el rostro y las mejillas.
Es preciso confieses se disuelve
El ánimo también, pues le penetran
Los contagios del mal; amaestrado
Nos há el acabamiento de otros muchos;
Dolor y enfermedad, entrambos juntos,
Son los fabricadores de la muerte.

¿Por qué razón, en fin, luego que el vino,
Este licor ardiente, ha poseído
Un hombre penetrando por sus venas,
Y su ardor escondió metido en ellas,
Están sus miembros graves y pesados,
Sus pies entorpecidos tartalean,
La lengua torpe, y embriagada el alma,
Fluctuantes los ojos, gritos, llantos
Y riñas y pendencias van creciendo,
Y lo demás que á la embriaguez se sigue?
Del vino, pues, la fuerte vïolencia
Ataca el alma en nuestro mismo cuerpo.
Luego si puede una cualquier sustancia
Perturbarse embargada, es necesario
Que de inmortalidad esté privada,
Y que perezca, hallándose ella expuesta
Á una causa más fuerte irresistible.
De un accidente súbito atacado
Un hombre, cae en tierra á nuestra vista
Como herido de rayo: espumajea,
Gime y tiemblan sus miembros,
Se enfurece, se atiesa, y el resuello
Apenas puede echar y se fatiga;
Con inquietud se vuelve á todos lados:
Del mal la vïolencia, derramada
Por los miembros, sin duda al alma llega,
Y la trastorna: así en el mar salado
La fuerza impetuosa de los vientos
Hace hiervan las ondas espumosas.
Dolor es quien arranca los gemidos;
Los elementos de la voz echados
Á un tiempo, de tropel se precipitan
Por el conducto que avezado hubiera
La familiar costumbre á despedirlos.
La demencia proviene de que el alma

Y espíritu se turban; separados
Con la fuerza del mal, sus facultades
Ejercen en desorden: pero cuando
El humor que causaba la dolencia
Otro giro tomó, y en escondrijos
El humor corrompido se metiera,
Como tambaleando se levanta,
Recobra poco á poco los sentidos,
Y vuelve á su razón: luego si tantas
Enfermedades en el cuerpo mismo
Al alma oprimen con oprobio y mengua,
¿Te podrás persuadir que sin el cuerpo
Pueda el alma vivir allá en el aire
Enmedio de los vientos y borrascas?
Y pues que vemos que se cura el alma
Como el enfermo cuerpo, y que ella puede
Restablecerse con la medicina;
Esto presagia ser mortal el alma.
Como toda sustancia conocida
El alma viene á ser: es imposible
Mudar su estado sin juntar las partes,
Bien se las quiten, bien se las traspongan.
Pero si es inmortal una sustancia,
Jamás permite el alterar su orden,
Ni sufre se acreciente ó disminuya
El número que tiene de principios:
Porque todo aquel sér que ha traspasado
Los límites prescritos á su esencia
Haciendo mutaciones, deja al punto
De ser lo que antes era: luego el alma,
Ó bien enferme, ó bien ya convalezca,
Da señales de muerte, como he dicho.
Tan fuertemente la verdad ataca
Al error, y le cierra la salida,
Y con raciocinar sólido y sabio

Se alza triunfante del sofisma vano.
Vemos, en fin, la consunción del hombre
Por grados á las veces; y sus miembros
Pierden uno tras otro el sentimiento.
Ante todo los pies, uñas y dedos
De lívido color vemos cogidos;
En seguida los pies y piernas mueren;
Las huellas de la helada muerte ganan
Después por grados los restantes miembros.
Así que, pues el alma se divide,
Ni al mismo tiempo puede existir toda,
Como mortal debemos reputarla.
Si acaso piensas que ella misma puede
Interiormente reunir sus partes,
Y recogerlas todas en un punto,
Dando á todos los miembros sentimiento,
Parece que el lugar donde se junta
Tanta copia de átomos debía
De mayor sentimiento estar dotado.
Pues como nada de esto se perciba,
Es preciso, como antes afirmamos,
Que el alma separada de sí misma
Perezca derramada por afuera.
Aunque una falsedad te concedamos
Suponiendo que el alma se recoge
En el cuerpo de aquellos moribundos
Que por grados la vida van perdiendo,
Debe no obstante ser mortal el alma.
No importa que esparcida por los aires
Perezca el alma, ó en ocultas partes
Se embrutezca, si el hombre va perdiendo
Gradüalmente vida y sentimiento.
Y supuesto que el alma es una parte
Del hombre, y que ella ocupa sitio cierto,
Así como los ojos, las orejas

Y los demás sentidos que nos guían;
Y no pudiendo separadamente
Existir, ni sentir la mano, el ojo
Ó la nariz fuera de nuestro cuerpo,
Antes bien al instante se corrompen;
Por sí existir tampoco puede el alma
Sin el cuerpo, que viene á ser su vaso,
Ú otra cosa más íntima, pues juntos
Forman tan solamente una sustancia.
Últimamente; unidos cuerpo y alma,
Se conservan y existen mútuamente:
Porque el alma del cuerpo separada
No produce vitales movimientos
Aisladamente, ni sin alma el cuerpo
Existe y ejercita los sentidos.
Y si arrancado de raíz un ojo,
Separado del cuerpo enteramente,
No puede distinguir objeto alguno;
El alma y el espíritu no pueden
Por sí del mismo modo alguna cosa.
Los elementos, pues, diseminados
Por venas, huesos, vísceras y nervios,
Dentro de todo el cuerpo prisioneros,
No pueden apartarse libremente
Á unas grandes distancias, y encerrados
Ejercen los vitales movimientos;
Los que no existen fugitiva el alma
Fuera del cuerpo, echada por los aires,
Por no estar ya sujetos sus principios:
Aire animado podría ser el alma,
Si estrecharse pudiera el alma misma,
Y su actividad fuera tan ceñida
Como lo era antes en el mismo cuerpo.
Repito, pues: disuelta la cubierta
De todo el cuerpo, y las vitales auras

Fuera del cuerpo echadas, se disuelve
Del ánimo y del alma el sentimiento,
Como que son efectos de una causa.
No pudiendo sufrir, en fin, el cuerpo
La partida del alma sin que exhale
Fétido olor después de corrompido,
¿Dudas que el alma descompuesta escape
De lo íntimo del cuerpo como humo?
Y qué ¿tan grande alteración del cuerpo,
De sola corrupción originada,
Y su rüina general no anuncian
Que el alma de su puesto fué arrojada,
Y que sus partes por los miembros manan
Por los conductos que hay en todo el cuerpo?
Esto comprueba haber salido el alma
Dividida primero por los miembros,
Y que en el mismo cuerpo descompuesta,
En el flúido aire después nada.
Aun no dejando el alma muchas veces
La mansión de la vida, trastornada
Por alguna violenta sacudida,
Parece va á marchar; todos los miembros
Se aflojan, y el semblante desfallece
Como en la postrer hora, y vacilantes
Todos los miembros caen de exangüe cuerpo.
Este estado presenta un desmayado
Ó un hombre que perdió el conocimiento:
Terrible ataque, en que las fuerzas todas
Desea recoger por conservarse
La máquina, pues cae el alma entera,
Y se desploma con el cuerpo entonces;
Y pereciera, si llegase el choque
Á hacerse más violento. Últimamente:
¿Creerás que escapada de los miembros,
Sin poder resistir ataque externo,

Sin defensa ni abrigo, existir pueda,
No digo eternamente, un solo instante?
Ni un moribundo siente cuando sale
El alma libremente de su cuerpo,
Por la garganta al paladar subiendo:
Pero en el mismo sitio ella perece
En que naturaleza la pusiera,
Así como perecen los sentidos.
Si ella fuera inmortal no se quejara
Sintiendo disolverse con la muerte:
Antes con alegría se partiera,
Y saldría del cuerpo á la manera
Que deja sus despojos la culebra
Ó cuernos elevados ciervo añoso.
La sensibilidad y el raciocinio
¿Por qué razón, en fin, ni en la cabeza
Ni en los pies ó las manos jamás nacen?
¿Por qué se unen en sitio y región cierta,
Sinó porque les dió naturaleza
Á entrambos un lugar determinado
Para nacer en él y conservarse?
Así de muchos modos lo ha dispuesto
En favor ella de los miembros todos,
Para que nunca su orden invirtiesen.
Los efectos y causas se encadenan
Con tanta proporción; pues ni la llama
Tuvo costumbre de nacer en ríos,
Ni el hielo acostumbró á salir del fuego.
Pero si el alma por naturaleza
Es inmortal, y si de nuestro cuerpo
Separada, conserva el sentimiento,
Á mi entender la das cinco sentidos:
No podemos nosotros figurarnos
Vagar en Aqueronte de otro modo
Las almas de los muertos, como hicieron

Los antiguos poetas y pintores,
Que las imaginaron con sentidos.
Pero no puede el alma sin el cuerpo
Tener ojos, narices, ni aun las manos;
Ni sentir, ni existir sin alma pueden
La lengua y las orejas por sí mismas.
Y pues sentimos por el cuerpo todo
De vida el sentimiento difundido,
Y en general le vemos animado;
Si alguna fuerza el tronco separando
Con un rápido golpe de repente,
Sin duda á un tiempo el alma dividiera,
Y junta con el cuerpo la tumbara
Cortada en dos mitades. La sustancia
Que se divide en partes nos declara
No ser eterna su naturaleza.
Dicen que cortan los falcados carros
Los miembros del guerrero encarnizado
Con tanta rapidez en la pelea,
Que se ve palpitar aquella parte
Cortada por el suelo antes que el alma
Cogida del dolor su falta sienta:
Bien la celeridad del mal la robe
El sentimiento, ó bien que el alma entera
Con el recio combate enardecida
Lo restante del cuerpo sólo emplea
En dar ó prevenir mortales golpes.
Su brazo izquierdo y su broquel perdidos
Por entre los caballos, otro ignora
Haberse destrozado por las ruedas
Y las hoces rapaces. Presuroso
Los muros escalando, éste no advierte
Que en tierra se cayó su mano diestra:
Aquel otro procura levantarse
En la pierna cortada, cuando al lado

Agita el moribundo pie los dedos
En el suelo. Y cortada la cabeza,
Calor y vida el tronco conservando,
Un semblante animado guarda en tierra
Y los ojos abiertos mientras fueron
Las reliquias del alma disipadas.
Si quieres dividir en muchas partes
La cola de serpiente corpulenta,
La cual vibra amenazas por su lengua,
Verás atormentarse cada parte
Con la reciente herida aisladamente,
Y la verás llenar de podre el suelo,
Y la parte anterior con furia herida,
Á sí misma se daña por la espalda
Con propio diente, de dolor rabiando.
¿Diremos, por ventura, que hay un alma
En cada trozo de estos? ¿No sería
Llenar un animal de muchas almas?
Luego fué con el cuerpo dividida
La única alma que había: pues mortales
Entrambas son, puesto que se dividen.
Si el alma es de inmortal naturaleza,
Si al nacer en el cuerpo se insinúa,
¿Cómo es que no podemos acordarnos
De la vida pasada, ni tenemos
De los antiguos hechos resto alguno?
Si el alma padeció tan gran mudanza
Que se olvidó de los pasados hechos,
Yo creo que este estado se parece
Á la muerte; confiesa, pues, que el alma
De otro tiempo murió, y la del presente
Ha llegado á formarse nuevamente.
Si ya perfecto el cuerpo, se insinuase
En nosotros el alma al mismo tiempo
Que somos engendrados y pisamos

El umbral de la vida, no la vieras
Con los miembros crecer y con el cuerpo
En nuestra misma sangre: antes debía
Como en jaula vivir para sí misma,
Separada del cuerpo que ella anima:
Digamos sin cesar tener origen
Las almas, sin librarse de la muerte.
Es imposible que sustancia extraña
Con tanta intimidad pudiese unirse
Á nuestros cuerpos contra la experiencia;
Por venas, nervios, vísceras y huesos
Extenderse de modo, que aun los dientes
Participan de cierto sentimiento,
Como lo indica el mal y tiritona
Que causa el agua fría que bebemos
Y la piedra mascada en el sustento.
Añádase que, como estrechamente
Está unida á la máquina, no puede,
Sin que primero se disuelva toda,
El alma verse libre de los nervios
Y de los huesos y articulaciones.
Porque si crees tú que el alma corre
Como flúido extraño por los miembros,
Perecerá más pronto con el cuerpo;
Puesto que la fluidez es un estado
De disolverse un cuerpo y darle muerte:
Por tanto, nuestro cuerpo se reparte.
Si colando en los miembros los sustentos
Toman de suyo otra naturaleza;
El ánimo y el alma así, aunque enteros,
Cuando penetran en reciente cuerpo,
Deben descomponerse circulando;
Por todos los conductos esparcidas
Sus partículas, dentro de los miembros
Forman un alma nueva, nueva reina

De nuestro cuerpo, hija de la primera,
Que repartida entonces por los miembros,
Perece: por lo cual no está privada
De nacimiento, ni de muerte exenta.
¿Quedan por fin, ó no, semillas de alma
En exánime cuerpo? pues si quedan,
Por inmortal no puede ser tenida;
Con pérdida de partes se ha alejado:
Mas si al contrario con enteros miembros
Robada se fugó, de tal manera
Que no deja en el cuerpo parte alguna,
¿Por qué razón podridas las entrañas,
Un cadaver da vida á los gusanos?
¿Cómo tan grande copia de animales
Despojados de huesos y de sangre
Se ve bullir por los hinchados miembros?
Si crees que las almas de gusanos
Como extrañas sustancias han podido
Juntarse por fortuna con sus cuerpos;
Si tantas almas súbito allegadas
Después de la partida de una sola
No te proponen reflexión alguna;
Á una cuestión responde, sin embargo,
Que es preciso te hagamos: ¿cada una
De estas almas escoge la semilla
Que ella quiere animar, y se fabrica
Alguna habitación para sí misma,
Ó en los cuerpos formados se insinúan?
Yo no encuentro razón para que se hagan
Su prisión ellas mismas con trabajo,
Las que sin cuerpo vuelan al abrigo
De enfermedad, de frío, de hambre y males
Que le han cabido al cuerpo por herencia,
Y que el alma en unión experimenta:
Mas demos que les sea ventajoso

Un cuerpo fabricarse y habitarle;
Yo no sé cómo pueden hacer esto:
Luego cuerpos y miembros no fabrican
Las almas para sí, ni se insinúan
En cuerpos hechos: dame tú lecciones
De cómo están unidos cuerpo y alma.
¿Por qué el bravo león, en fin, conserva
Lo feroz de su especie? ¿por qué heredan
Las zorras el ardid, la huída el ciervo?
¿Y sus miembros agita el pavor patrio?
¿Por qué espiritüales afecciones
Que nacen y se engendran con nosotros,
Sinó porque el espíritu, teniendo
Su germen y elementos como el cuerpo,
Crecen con todo él al mismo tiempo,
Y del alma se van desenvolviendo
Las cualidades? pues si inmortal fuese,
Si de uno en otro cuerpo se pasara,
Andarian revueltas las costumbres
De las bestias: se viera con frecuencia
Huir de Hircania el perro la embestida
De algun ciervo cornudo, y temblaría
Gavilán fugitivo por los aires
De la paloma: fuera el hombre necio,
Y el bruto sábiamente discurriera.
En vano intentan por salir del paso
Que por ser inmortal se muda el alma
Mudado el cuerpo; todo sér mudable
Se disuelve y perece sin remedio,
Porque desordenadas y traspuestas
Sus partes son: luego las almas deben
Desatarse en los miembros, y morirse,
Sin quedar parte suya con el cuerpo.
Si dicen que las almas de los hombres
Se pasan siempre á miembros humanales,

Preguntaré, no obstante, ¿por qué causa
Se puede volver necia un alma sabia?
No hay niño alguno que prudente sea,
Ni tiene el potro la destreza y brío
Del bruto belicoso: el alma tiene
Su germen propio, que se desenvuelve
Y juntamente con el cuerpo crece.
Dirán, en fin, por última salida,
Que ella rejuvenece en tierno cuerpo;
La confinas mortal forzosamente,
Pues no puede sufrir tan gran mudanza
El alma por los miembros, sin que pierda
La vida y sentimiento que antes tuvo.
¿Cómo robustecida con el cuerpo
Podrá junto con él tocar el alma
La flor gustosa de la edad que anhela,
Si no nace con él? ¿Por qué desea
Abandonar en la vejez sus miembros?
¿Teme acaso quedarse ella encerrada
En un cuerpo podrido, ó que se hunda
Su vieja casa sobre sí cansada?
Empero lo inmortal no corre riesgo.
Ridículo es, en fin, imaginarse
Estar prontas al coito las almas,
Y á partos de animales, como enjambres
De inmortales sustancias esperando
Mortales miembros, y entre sí luchando
Por entrar en el cuerpo la primera
Cada cual de ellas, ó entre sí conciertan,
Por evitar disputas, que se meta
La que con más presteza se acercare.
Ni el árbol en el aire, ni las nubes
En el profundo mar, existir pueden,
Ni en los campos vivir pueden los peces,
Ni se puede dar sangre en la madera,

Ni jugo en piedras: tiene lugar cierto
Cada sér donde crezca y donde exista:
No puede el alma así nacer aislada,
Y no puede existir sin sangre y nervios:
Con más razón podría estar el alma
En la cabeza ú hombros, ó talones,
Y pudiera nacer en cualquier parte,
Y en el mismo hombre y vaso se quedara.
Pues si estamos seguros tiene el alma
Y espíritu en el cuerpo lugar fijo,
En donde pueden ir creciendo á un tiempo
Y tener existencia, afirmaremos
Que no pueden nacer y durar fuera:
Luego cuando la máquina perece,
Preciso es que también perezca el alma.
  Si es locura el juntar mortal á eterno,
Y suponer que están en armonía,
Haciendo mútuamente sus funciones;
¿Se puede imaginar más ardua cosa,
Más distinta y opuesta que juntarse
Una perpetua é inmortal sustancia
Con la mortal, haciéndolas que sufran
En mutua unión borrascas espantosas?
  Pero subsiste un cuerpo eternamente
Porque su solidez resiste el choque;
Él es impenetrable, indisoluble,
Como los elementos de materia
Cuya naturaleza he declarado:
Ó porque no se halla expuesto al choque,
Como el vacío, este impalpable espacio
Donde la destructora acción se pierde:
Ó porque algún espacio no le cerca
Que pueda contener en cierto modo
Sus reliquias disueltas, como el *todo*
Cuyas partes no escapan por defuera,

Ni hay cuerpos que las choquen y desunan:
Pero del alma la naturaleza
No es de algún cuerpo sólido compuesta,
Porque hay vacío, como te he enseñado:
No lo es como vacío, pues hay cuerpos
En la *suma* infinita, que atacando
Con vïolencia y rapidez, la pueden
Trastornar y ponerla en gran peligro.
Existe de seguro espacio inmenso
Do sus elementales partes pueden
Ser dispersadas, ó de cualquier modo
El alma perecer: no se han cerrado
Las puertas de la muerte para el alma.
Si inmortal puede ser esta sustancia,
Sin peligro de causas destructoras,
Será porque estas causas no la toquen
Ó porque antes que lleguen se rechazan,
Sin que podamos percibir el daño;
Pues los males del cuerpo el alma enferman,
Y la consume á veces lo futuro,
Y la fatiga con cuidado y miedo,
Y los pasados crímenes la roen:
Junta á esto el furor propio del alma
Y un olvido absoluto de las cosas,
Y hundirse en negras ondas del letargo.
La muerte nada es, ni nos importa,
Puesto que es de mortal naturaleza:
Y á la manera que en el tiempo antiguo
No sentimos nosotros el conflicto
Cuando el Cartaginés con grandes fuerzas
Llegó por todas partes á embestirnos;
Cuando tembló todo el romano imperio
Con trépido tumulto, sacudido
De horrible guerra en los profundos aires;
Cuando el género humano en mar y tierra

Suspenso estuvo sobre cuál de entrambos
Vendría á subyugarle; pues lo mismo,
Luego que no existamos, y la muerte
Hubiere separado cuerpo y alma,
Los que forman unidos nuestra esencia,
Nada podrá sin duda acaecernos
Y darnos sentimiento, no existiendo:
Aunque el mar se revuelva con la tierra,
Y aunque se junte el mar con las estrellas.
Y aunque el alma y espíritu tuvieran
Sensaciones después de divididos,
Interés no tomáramos en ello;
Siendo nosotros sólo el resultado
Del enlace y unión del alma y cuerpo:
Ni aunque después de muertos recogiese
Nuestra materia el tiempo, y la juntase
Segunda vez como al presente se halla,
Y á la luz de la vida nos volviese,
Este renacimiento nada fuera
Siendo una vez cortada la existencia.
Ninguno de nosotros se molesta
Por lo que un tiempo fué, ni se entristece
Por los sujetos que ha de hacer el tiempo
De la materia nuestra. Pues si miras
La inmensidad de los pasados siglos
Y la asombrosa variedad que tienen
Todos los movimientos de materia,
Podrás tú conocer muy fácilmente
Que en el orden actual se han combinado
Más de una vez los mismos elementos.
Esto no lo comprende la memoria,
Porque ha mediado pausa en nuestra vida
Y se han extraviado los principios
De nuestras almas con los movimientos
Nuevos enteramente á los sentidos.

No hay, pues, por qué temer desgracia alguna
Si se vive aquel tiempo que podría
Dejarse ésta sentir. Como la muerte,
Quitando de la vista aquel sujeto
Á quien pueden caber los infortunios
Que sufrimos nosotros al presente,
Su existencia anterior del todo anula,
Nada debe temer; ni desgraciado
Se puede hacer el hombre que no existe:
Y aquel á quien robó la eterna muerte
Una vida mortal, se halla lo mismo
Que si nunca jamás nacido hubiera.
Por eso, cuando veas indignarse
Un hombre por la suerte que le espera
Después de muerto, por servir de pasto
Á los gusanos, ó por ser quemado,
Ó desgarrado con ferinos dientes,
No es en verdad sincero, y en su pecho
No advierte la inquietud mal desenvuelta:
Si le oimos no duda que la muerte
Acabe en él cualquiera sentimiento:
Pero no es consiguiente, me parece:
No muere todo él, y sin saberlo
Deja subsistir siempre parte suya.
Pues cuando en vida llega á imaginarse
Que será desgarrado su cadáver
Por las aves y fieras, se lamenta
De su mismo infortunio y desventura;
Porque no se despoja de sí mismo
Ni del caído cuerpo se retira
Bastante el infeliz, y se figura
Que existe aún, y sin dejar su lado,
Le anima con su propio sentimiento:
Porque si es ciertamente una desgracia
En la muerte servir de pasto á fieras,

Encuentro yo no ser menos sensible
Ser tostado con fuegos y con llamas,
Ó ahogado con la miel, ó bien transido
De frío, cuando yace en el sepulcro
De mármol frío, y ser pisoteado
Además de oprimido con la tierra.
No te verá ya, empero, alegre casa,
No te verá la esposa virtuosa,
Ni los dulces hijuelos al encuentro
Saldrán corriendo á arrebatar tus besos
De tácita dulzura hinchendo el pecho:
Ni á tí, ni á tus amigos escudarte
Podrás jamás con tus gloriosos hechos:
«¡Infeliz! ¡Oh infeliz! dicen; un día
Fatal te roba todas las delicias
De la vida feliz»; pero no añaden:
«Ya no te queda sentimiento alguno».
Si esta verdad tuvieran bien sabida,
Y siguiera la práctica á sus dichos,
De gran pena y de miedo se libraran.
En un sopor tus párpados sumidos
Con la muerte, en los siglos venideros
No te molestarán seguramente
Dolores melancólicos: empero
Al lado de las lúgubres hogueras
Derramaremos lágrimas á mares
Nosotros sobre tí, ya hecho ceniza;
Ni el tiempo borrará de nuestro pecho
El eterno dolor. Si preguntamos
Qué significa amor tan acendrado,
Si todo pára en sueño y en reposo,
¿Á qué podrirnos en perpetuo llanto?
También de corazón dicen los hombres
En los convites, con la copa en mano
Y sombreando el rostro las guirnaldas:

«Entreguémonos, pues, al regocijo;
El fruto del placer se pasa luégo;
Muy pronto va á dejarnos para siempre».
El mal primero que en la muerte temen
Es que á los miserables los abrase
La sed, y los devore la sequía,
Ó los moleste otro cualquier deseo.
Nadie á sí y á la vida echa de menos
Cuando en sueño reposan cuerpo y alma:
Pues aunque este reposo eterno sea,
Ni nos moleste falta de existencia,
No se han extraviado, sin embargo,
Tan lejos los sensibles movimientos
Durante el sueño, que, despierto el hombre,
No pueda colocarlos como antes.
Pues la muerte supone mucho menos
Que el sueño, si es posible tenga grados
La nada, ¿por qué causa más desorden
Y confusión la muerte en los principios,
Y no permite que despierte el hombre
Que una vez consiguió reposo frío?
Si de repente, en fin, la voz alzara
Naturaleza, y estas reprensiones
Á cualquier de nosotros dirigiera:
«¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto?
¿Por qué te das á llanto desmedido?
¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?
Si la pasada vida te fué grata,
Si como en vaso agujereado y roto
No fueron derramados tus placeres,
É ingrata pereció tu dicha entera,
¿Por qué no te retiras de la vida
Cual de la mesa el convidado ahito,
Oh necio, y tomas el seguro puerto
Con ánimo tranquilo? Si, al contrario,

Has dejado escapar todos los bienes
Que se te han ofrecido, y si la vida
Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas
Multiplicar los infelices días
Que en igual desplacer serán pasados?
¿Por qué no pones término á tus penas,
Y á tu vida más bien? pues yo no puedo
Inventar nuevos modos de deleite
Por más esfuerzos que haga: siempre ofrezco
Unos mismos placeres: si tu cuerpo
No se halla aún marchito con los años,
Ni tus ajados miembros se consumen,
Verás, no obstante, los objetos mismos,
Aun cuando en tu vivir salgas triunfante
De los futuros siglos, y aunque nunca
Á tu vida la muerte sujetare».
¿Qué responder á la naturaleza,
Sinó que es justo el pleito que nos pone,
Y es clara la verdad de sus palabras?
Mas si sumido alguno en la miseria
Al pié de su sepulcro se lamenta,
¿No será su clamor mucho más justo,
Y nos reprenderá con voz robusta?
«Vete de aquí, insensato, con tus llantos;
No me importunes más con tus quejidos».
Á este otro, empero, que los años rinden,
Que en sus últimos días aún se queja:
«¡Insaciable, dirá, tú que has gozado
De todos los placeres de la vida,
Aún te arrastras en ella! consumido
En los deseos del placer ausente,
Despreciaste el actual, y así tu vida
Se deslizó imperfecta y disgustada,
Y sin pensarlo se paró la muerte
En tu misma cabeza, antes que lleno

Y satisfecho de la vida puedas
Retirarte: la hora es ya llegada:
Deja tú mis presentes; no son propios
De la edad tuya: deja resignado
Que gocen otros, como es ley forzosa.»
Con razón, á mi ver, reprendería,
Y con razón se lo echaría en cara,
Porque á la juventud el puesto cede
La vejez ahuyentada, y es preciso
Que unos seres con otros se reparen:
Ninguna cosa cae en el abismo,
Ni en el Tártaro negro: es necesario
Que esta generación propague otra:
Muy pronto pasarán amontonados,
Y en pos de tí caminarán: los seres
Desaparecerán hora existentes,
Como aquellos que hubiesen precedido.
Siempre nacen los seres unos de otros,
Y á nadie en propiedad se da la vida;
El uso de ella se concede á todos.
Mira también los siglos infinitos
Que han precedido á nuestro nacimiento
Y nada son para la vida nuestra.
Naturaleza en ellos nos ofrece
Como un espejo del futuro tiempo.
Por último, después de nuestra muerte
¿Hay algo aquí de horrible y enfadoso?
¿No es más seguro que un profundo sueño?
Y hallamos en la vida ciertamente
Cualquier horror que en Aquerón profundo
Dicen haber. El infelice Tántalo
De espanto helado bajo enorme peña
Amenazante teme como es fama;
Vano temor de dioses irritados
É incertidumbre de futura suerte

Acongoja al varón supersticioso
Mucho más que ese trémulo peñasco.
Tampoco á Ticio en Aquerón tendido
Devoran aves; ni en su vasto pecho
Algo que escudriñar encontrarían
Por una eternidad seguramente,
Aunque nueve yugadas ocupasen
Sus miembros y su vasta corpulencia,
Ó aunque toda la tierra él ocupara:
Ni un eterno dolor sufrir podría,
Ni ser su cuerpo pasto perdurable:
Para nosotros es de cierto Ticio
Aquel á quien amor ha derribado;
Éste es despedazado por las aves,
Y á éste consume pena roedora;
Ó rasgan los cuidados sus entrañas
De otra cualquier pasión con el deseo.
En la vida tenemos á la vista
Á Sisifo también, el cual se obstina
En pretender del pueblo las segures
Crüeles y los fasces, se retira
Desatendido siempre y con tristeza:
El pretender el mando, que no es nada,
Sin conseguirlo nunca, y de continuo
Sufrir duro trabajo por lograrlo,
Esto es mover la peña con ahinco
De un monte hacia la cima, la cual rueda
Sin embargo otra vez; desde la cumbre
Busca precipitada las llanuras.
Estar apacentando siempre el hombre
Á su alma colmándola de bienes
Sin hartarse jamás; ver de estaciones
La vuelta anual, y recoger los frutos;
Embrïagarse en sus dulzuras varias,
Y con estas ventajas no saciarse,

Esto es á mi entender, según nos cuentan,
Echar el agua jóvenes doncellas
En vaso agujereado sin llenarle.
Empero ya las Furias y Cerbero,
Y tenebroso Tártaro, lanzando
Horribles llamaradas por sus bocas,
Ni existen, ni existir pueden de cierto.
Porque aquí los insignes malhechores
Con miedo igual á sus delitos pagan
Su merecido, y lastan sus maldades
La cárcel, y el horrible precipicio
De la roca Tarpeya, los azotes,
La tortura, la pez, columna, teas,
Láminas, y si faltan los verdugos,
Sobresaltada la conciencia misma
Su corazón desgarra á latigazos
Y martiriza con remordimientos.
La incertidumbre de futura suerte
No puede en tanto ver, ni sabe cuándo
Tendrán por fin un término sus males,
Y temen que se agraven en la muerte:
La vida es el infierno de los necios.
. . . .
Puedes también decirte tú á tí mismo,
Hombre injusto, á las veces: «el buen Anco
Perdió también la lumbre de sus ojos,
Teniendo más virtudes que tú tienes:»
Murieron muchos reyes y señores
Que dominaron gentes poderosas:
Murió también, y abandonó su alma
El cuerpo moribundo de aquel mismo
Que antiguamente anduvo por los mares,
Y enseñó á caminar á sus legiones
Y á marchar sobre el mar hondo y salado,
Y despreció la cólera del Ponto,

Desafiando bramadoras olas.
Escipión, aquel rayo de la guerra,
El terror de Cartago, dió sus huesos
Á la tierra cual siervo de vil precio:
Los inventores de las ciencias y artes,
También los compañeros de las Musas,
Y el mismo Homero, soberano de ellos,
En el mismo reposo que los otros
Dormido se quedó: y últimamente,
Cuando sintió Demócrito caduco
Que iba ya la vejez debilitando
Los resortes del alma, salió el mismo
Á ofrecer á la muerte su cabeza
De propia voluntad: murió Epicuro
Que en ingenio venció á la raza humana,
Y eclipsó todos los brillantes genios
Como el naciente sol á las estrellas.
¿Y de morir tú dudas, y te indignas,
Tú á quien la vida es muerte continuada,
Sintiéndote morir á cada instante?
Que pasas grande parte de la vida
En dormir y roncar, aunque despierto,
Y siempre en sueños ves, y traes inquieta
El alma con quiméricos terrores?
Ni puedes dar á veces con la causa
De tu dolencia, cuando miserable
Te rodea inquietud devoradora,
Y pierdes la cabeza é irresoluto
En el incierto error del alma vagas.
Si fuera fácil conocer los hombres
Estas causas del mal que el pecho oprimen
Con su tamaña mole, como sienten
El peso abrumador que los aplana,
Tan desgraciada vida no pasaran,
Ni se les viera andar en busca siempre

De aquello que no saben que desean,
Mudando de lugar, como si fuera
Posible descargarse de aquel peso.
Uno á las veces deja su palacio
Por huir del fastidio de su casa,
Y al momento se vuelve, no encontrando
Algún alivio fuera á sus pesares:
Corre á sus tierras otro á rienda suelta,
Como á apagar el fuego de su casa;
Se disgusta de pronto cuando apenas
Los umbrales pisó, ó se rinde al sueño
Y procura olvidarse de sí mismo,
Ó vuelve á la ciudad de nuevo al punto:
Cada uno á sí se huye de este modo:
Mas no puede evitarse; se importuna,
Y siempre se atormenta vanamente:
Porque enfermo, no sabe la dolencia
Que padece; si bien la conociera,
Dejando á un lado ya todo remedio,
Antes se dedicara á la noticia
De la naturaleza de las cosas,
Supuesto que tratamos al presente
Nó del destino sólo de una hora,
Sino de aquel estado perdurable
Que sigue á los mortales en la muerte.
¿Qué tamaño deseo de la vida
Mal fundado, por último, nos fuerza
Á temblar en peligros tan dudosos?
El plazo de la vida está marcado
Á todos los mortales: no es posible
Huir la muerte sin partirnos luego.
Además, que viviendo mucho tiempo,
La misma tierra siempre habitaremos,
Ni con vivir nuevo placer se inventa;
El bien que no tenemos nos parece

El mayor bien de todos: conseguido,
Suspiramos por otro; y anhelantes,
Deseo sucesivo de la vida
Nos aprisiona siempre: incertidumbre
Hay de lo porvenir y de la suerte
Que nos prepara y trae la edad futura.
Ni por más que alarguemos nuestra vida
Algún tiempo robamos á la muerte;
Sus víctimas seremos sin remedio:
Si la revolución de muchos siglos
Fuese posible ver, eterna muerte
No por eso dejara de aguardarnos;
Y aquel que acaba de cubrir la tierra
No estará muerto ya por menos tiempo
Que el otro que murió mil años antes.

LIBRO IV

Los sitios retirados del Pierio
Recorro, por ninguna planta hollados:
Me es gustoso llegar á íntegras fuentes,
Y agotarlas del todo; y me da gusto,
Cortando nuevas flores, rodearme
Las sienes con guirnalda brilladora,
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las divinas musas:
Primero, porque enseño cosas grandes,
Y trato de romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora;
Después, porque tratando las materias
De suyo obscuras con pieria gracia,
Hago versos tan claros: ni me aparto
De la razón en esto: á la manera
Que cuando intenta el médico á los niños
Dar el ajenjo ingrato, se prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel, para que pasen
Sus inocentes labios engañados

El amargo brebaje del ajenjo,
Y la salud les torne aqueste engaño,
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;
Así yo ahora, pareciendo austera
Y nueva y repugnante esta doctrina
Al común de los hombres, exponerte
Quise nuestro sistema con canciones
Suaves de las Musas, y endulzarle
Con el rico sabor de poesía:
¡Si por fortuna sujetar pudiera
Tu alma de este modo con enlabios
Armónicos, en tanto que penetras
El misterio profundo de las cosas
Y en tal estudio el ánimo engrandeces!
  De los átomos, pues, las cualidades
Y la diversidad de sus figuras
Antes he demostrado, y cómo giran
De suyo eternamente en el espacio
Los dichos elementos de las cosas,
Y cómo pueden producirse de ellos
Todos los seres: puesto que he enseñado
Cuál es del alma la naturaleza,
Y á qué principios debe su existencia,
La actividad que tiene unida al cuerpo,
Y cómo en sus primeros elementos
Se resuelve después de separada;
Ahora daré principio á una materia
Que se une íntimamente á lo que he expuesto.
Digo que existen cuerpos á quien llamo
Simulacros, especies de membranas,
Que, de las superficies de los cuerpos
Desprendidos, voltean por el aire
Al azar, de continuo, noche y día,
Y el espíritu agitan con terrores,
Nos hacen ver figuras monstruosas

Y espectros y fantasmas horrorosos
Que el sueño nos arrancan muchas veces:
No creamos quizá que de Aqueronte
Las almas huyen, y las sombras vuelan
Entre los vivos; ni después de muertos
Puede quedar alguna parte nuestra,
Cuando el cuerpo y el alma separados
Se vuelven á sus propios elementos.
Pues de la superficie de los cuerpos
Digo salir efigies y figuras
De gran delicadeza, que llamamos
Membranas, ó cortezas, porque tienen
La misma forma y la apariencia misma
Que los cuerpos de donde se separan
Para andar por los aires esparcidas.
El hombre más estúpido bien puede
Conocer la existencia de estos cuerpos:
Primero, porque existen muchos seres
Cuyas emanaciones son muy claras:
En unos se difunden libremente
Sus partes separadas, como el humo
Que sale de la leña, y los vapores
Que despiden los fuegos: una tela
En otros viene á ser mejor urdida;
Así en Estío dejan las cigarras
Las túnicas añosas, y desprenden
Los nacientes becerros las membranas,
Y la serpiente lúbrica en las zarzas
Se despoja también de su camisa,
Pues vemos los zarzales coronados
Con aquellos despojos voladores:
Y puesto que sucede lo que digo,
Debe la superficie de los cuerpos
Enviarnos imágenes iguales,
Aunque sutiles; porque de otro modo

No se puede explicar cuál es la causa
De que existan figuras tan groseras,
Más bien que las sutiles y delgadas,
Siendo la superficie de los cuerpos
De infinitos corpúsculos compuesta,
Los que apartados pueden conservarse
En el orden y forma que tenían,
Y arrojarse con tanta ligereza
Cuanto menos obstáculos se oponen,
Por ser tan delicados y sutiles
Y estar en superficie colocados.
Porque vemos salir seguramente
Partículas sin número, no sólo
De lo interior del cuerpo, como dije,
Antes bien de su misma superficie,
Como el color. Esto hacen las cortinas
Amarillas y negras y encarnadas
Que cuelgan de las vigas y columnas,
Y flotan en teatros espaciosos;
Porque allí con sus brillos tembladores
Espectador y escena toda embisten,
Y á senadores, dioses y matronas
De móvil luz coloran: más vistoso
Y encantador al ojo es su reflejo
La luz robando al día, si el recinto
Del teatro cerrare exactamente.
Luego enviando de la superficie
Colores estos lienzos, todo cuerpo
Debe enviar también efigies finas,
Pues de la superficie salen ambas.
Tenemos así ya señales ciertas
De las formas que vuelan por el aire
Con tan finos contornos que no pueden
Verse tomadas separadamente.
Si además el olor, calor, el humo

Y otras emanaciones semejantes
Aquí y allí se esparcen, es por causa
Que de adentro del cuerpo desprendidas
No encuentran su salida en línea recta;
Por sendas tortuosas se dividen,
Por medio de las cuales se abren paso:
De los colores la sutil membrana
Que sale de la misma superficie
No puede ser de obstáculo rasgada.
En fin, los simulacros que observamos
En espejos, en agua, en brilladuras,
Siendo de todo punto semejantes
Á los objetos que ellos representan,
Por sus mismas imágenes se forman.
Luego ya no hay razón para que existan
Las efigies groseras de los cuerpos
Mejor que aquellas otras delicadas.
Porque todos los cuerpos nos envían
Similares imágenes delgadas,
Que nadie puede ver aisladamente;
Antes sus emisiones reflejadas,
Y juntas, de continuo por espejos,
Los órganos nos hieren: de otro modo
No fuera tan exacta y adecuada
La completa visión de los objetos.
La grande sutileza de la imagen
Voy á explicarte, porque sus principios
Son infinitamente más delgados
Y más imperceptibles á la vista
Que los mismos corpúsculos que empiezan
Á no poderse ver. Atiende en breve,
Por dejarte del todo convencido,
De qué delicadeza están dotados
De la materia toda los principios.
Existen animales tan exiguos

Que es invisible el tercio de su grueso:
¿Qué será un intestino de su cuerpo?
¿Cómo su corazón? ¿Cómo sus ojos?
¿Qué de sus miembros y articulaciones?
¡Cuánta delicadeza! ¿Concibieras
Un tejido más fino y delicado
Como es preciso tengan los principios
Que el alma y el espíritu componen?
Si mueves blandamente aquellas plantas
Que olor subido exhalan, la penase,
El abrótano acerbo, ajenjo amargo
Y la centaura ingrata, al punto sientes
La existencia de muchos simulacros
Que vuelan de mil modos sin esfuerzo,
É imperceptibles. Pero cuán pequeña
Sea la imagen comparada al cuerpo
De que ella emana, no puede ninguno
Apreciar ni explicar bastantemente.
Mas para que quizá no te persuadas
Que vagan sólo aquellos simulacros
Que emanan de los cuerpos; por sí mismos
Se forman también otros, y se ponen
En aquella región llamada el aire,
Do se remontan bajo muchas formas,
Mudan á cada instante de figura,
Y de mil modos el aspecto tornan.
Así á las veces vemos congregarse
Las nubes por lo alto en un instante,
Enlutando la hermosa faz del cielo,
Con movimiento al aire festejando:
Parecen ser gigantes espantosos
Que vuelan y derraman á lo lejos
La oscuridad: ó bien grandes montañas
Y peñas arrancadas de los montes
Que preceden al sol ó que le siguen;

En fin, un monstruo que amontona nubes
Y las va derramando á todas partes.
¡Con cuánta prontitud, cuán fácilmente
Ahora se forman estos simulacros,
Y con cuánta abundancia se desprenden
Y fluyen sin cesar de los objetos!
Las superficies de los cuerpos todos
Son como emanaciones perenales
Que llegadas á objetos exteriores
Penetran unos, como los vestidos,
En otros se dividen sin que puedan
Reflejarnos la imagen, como en leños
Y ásperas rocas; pero no es lo mismo
Si encuentran cuerpo denso y alisado,
Así como el espejo, pues no pueden
Atravesarle como los tejidos,
Y no se descomponen sin que hayan
Sido primeramente reflejados
Enteros por la plana superficie.
Por esto nos envían simulacros
Los cuerpos lisos: y en cualquiera tiempo
Y con cualquiera prontitud que opongas
Á éstos el espejo, allí al momento
Aparece su imagen: sacaremos
Que fluyen de su misma superficie
Sin cesar los tejidos delicados,
Y sutiles figuras: luego al punto
Se forman infinitos simulacros,
Y á su pronto nacer nada equivale.
Si debe derramar en cierto modo
Luz abundante el sol en poco tiempo
Para que en claridad rebose todo
Perpétuamente; así del mismo modo
Es preciso que salgan de los cuerpos
De pronto amontonados simulacros

En todas partes de infinitos modos;
Si se vuelve el espejo á cualquier lado,
Con su forma y color se ve el objeto.
Cuando el cielo purísimo estuviere
Se enluta y obscurece de repente
Por todas partes, tanto que pensaras
Haber abandonado las tinieblas
El Aqueronte por llenar á una
Las bóvedas inmensas de los cielos:
Formada así la noche tenebrosa
Por los nublados, vemos suspendido
Horrible espanto encima de nosotros
Bajo infinitas formas: mas ninguno
Puede explicar la relación pequeña
Que estos espectros tienen con su imagen.
Yo en muy breves canciones armoniosas
Declararé al presente el movimiento
De aquestos simulacros velocísimos,
Con cuánta agilidad corren los aires,
Y los grandes espacios que atraviesan
En un instante, hacia cualquiera parte
Que su diversa dirección los lleva:
Á la manera que el acento débil
Del cisne más recrea las orejas
Que aquel clamor ingrato de las grullas
Por la región del aire derramado.
Observemos que deben ser veloces
Los cuerpos que de suyo son ligeros
Y formados de átomos sutiles:
La luz del sol y su calor entre ellos,
Pues se forman de finos elementos;
Los que empujados fácilmente pasan
Los intersticios de aire sacudidos
Por el siguiente choque: cuando al punto
Luz á la luz sucede, y se acelera

La suma ligereza de los rayos,
Con nueva agitación de los siguientes.
Por la misma razón los simulacros
Deben correr espacios increibles
En un momento; pues primeramente
Un posterior impulso de continuo
Sacude los corpúsculos sutiles;
Siendo además tan fino su tejido,
Fácilmente penetran cualquier cuerpo
Y por los huecos de aire así se cuelan.
Si vemos los corpúsculos nacidos
De las mismas entrañas de los cuerpos
Esparcirse de pronto, á la manera
Que la luz y el calor del Sol lo hacen
Por toda la extensión de la atmosfera
En un instante y por el mar y tierras
Se derraman y al cielo se remontan
Y le bañan de luz por todas partes
Tirándole con suma ligereza,
¿Cómo no ves que ya los simulacros
Que de la superficie se desprenden,
Su emisión ningún cuerpo retardando,
Deben abalanzarse más ligeros
Y atravesar mucho mayor espacio
En tiempo igual al que la luz emplea
Del sol en extenderse por el cielo?
Quiero también poner una experiencia
Que compruebe la suma ligereza
Con que se mueven estos simulacros:
Si pones al sereno una agua clara,
En ella vienen á pintarse luego
El estrellado cielo y las lumbreras
Rutilantes del mundo: pues la imagen
Ya ves cuán poco tiempo necesita
Para llegar del cielo hasta la tierra.

Por lo cual es preciso que confieses
Las emisiones de los simulacros
Que hieren muchos ojos y producen
La visión: en efecto, los olores
De ciertos cuerpos son emanaciones
Continuas: de este modo emana el frío
De los flúidos; calor del sol emana,
Y la sal que se come las riberas
Del mar emana: y los sonidos varios
Sin cesar por el aire van volando:
Cierto sabor salado afecta el gusto
Cuando nos paseamos en la playa;
Y si miramos preparar ajenjos
Sentimos amargor: tanta certeza
Tenemos de que envían emisiones
De sí todos los cuerpos de continuo,
Que á todas partes giran sin pararse,
Y sin interrumpir jamás su flujo,
Pues tenemos continuas sensaciones,
Ver, oler y aun oir podemos siempre.
Si tocamos á obscuras algun cuerpo
De una cierta figura, conocemos
Ser el mismo que vimos por el día;
Es preciso también que el tacto y vista
Excite semejante mecanismo:
Si un cuadrado tocamos, por ejemplo,
Y nos excita sensación á obscuras,
¿Qué otro objeto afectando nuestra vista
Podrá durante el día presentarse,
Si no es que sea su cuadrada imagen?
Luego por medio de la imagen vemos;
Sin ellas no podemos ver los cuerpos.
Giran los simulacros de que hablamos
Y en toda dirección se arrojan siempre:
Mas como sólo vemos con los ojos,

Á do los dirigimos nos los hieren
Con su color y forma los objetos,
Y la imagen nos hace que veamos
La distancia que media hasta las cosas,
Porque al salir impele y echa el aire
Que media entre la imagen y los ojos;
Por el tacto del aire conmovidos,
Y lame en cierto modo la pupila,
Y en modo rapidísimo se aleja:
Entonces la distancia conocemos.
Cuanto más prolongada es la columna
Que agitada delante toca al paso
Nuestros ojos, parece más distante
Cualquier objeto; y este mecanismo
De rara y portentosa ligereza
Nos hace ver objetos y distancias.
No debe sorprenderte que nos hieran
Los ojos simulacros invisibles,
Y no obstante se vean los objetos:
Porque generalmente no sentimos
Las moléculas de aire que recrea,
Ni del frío que punza fuertemente
Cada uno de por sí, más bien sentimos
Todas las impresiones reunidas:
Las sentimos obrar sobre nosotros
Como objetos que afectan nuestros cuerpos
Con un choque exterior. Cuando ponemos
Sobre una piedra el dedo, los extremos
Tocamos del color y superficie:
Sentimos solamente la dureza,
Propiedad de la masa de la piedra.
Oye por qué razon se ve la imagen
Mas allá del espejo y bien distante:
No de otro modo vemos los objetos
Por fuera de las casas ciertamente

Cuando por sí la puerta proporciona
Veamos claramente lo que pasa
Por la parte de afuera; dos columnas
De aire, pues, entonces se interponen;
La una entre ojo y puerta, á la que sigue
La imagen de la puerta y de los cuerpos
De adentro por derecha y por izquierda:
La otra, á quien precede luz externa,
Y que viene á pasar por nuestros ojos,
Es seguida también de los objetos
Que se ven ciertamente por afuera.
Lo mismo hace el espejo: de su imagen
La proyección llegando á nuestros ojos,
Echa delante de ella el aire puesto
Entre su superficie y nuestra vista;
Y la impresión de esta columna de aire
Hace sintamos de antemano aquella
Imagen del espejo: mas al punto
Que percibimos el espejo mismo,
Llega á dar en su luna nuestra imagen,
La cual no es reflejada á nuestros ojos
Sino después de haber hecho que pase
Otra columna de aire sobre el ojo,
Que es impelida por la imagen nuestra:
Por eso ves la imagen tan distante
Del espejo: no debes admirarte,
De dos columnas de aire siendo efecto.
Si la parte derecha de un objeto
Vemos en los espejos á la izquierda,
Consiste en que después de haber tocado
La superficie plana del espejo,
Sufre la imagen antes que se vuelva,
Una mudanza que el envés refleja
Bajo el aspecto mismo que tenía
Su derecha. Y si entonces aplicando

Una máscara térrea antes de seca
Á algún poste ó columna, se pudiese
Hacer que sin perder su antigua forma
Sus partes saledizas se volvieran
En sí mismas á entrar, y que en seguida
Se ordenasen de nuevo para afuera,
Por necesaria ley sucedería
El estar colocado á mano izquierda
El ojo de derecha, y al contrario.
La imagen pasa de uno en otro espejo
De manera que suele presentarnos
Cinco ó seis simulacros: los objetos
Por detrás en el fondo colocados,
Aunque están muy oblicuos y distantes,
Á fuerza de continuas reflexiones
Salen del fondo, al parecer formados,
Por los muchos espejos en un cuarto.
Pasa la imagen de un espejo á otro;
Si el primero la pone á mano izquierda,
La refleja el segundo á la derecha,
Vuelve el tercero su primera cara.
Los espejos también de muchos lados
Hacen ver los objetos con la cara
Que les es presentada; bien ya sea
Porque la imagen llega trasmitida
De un espejo en el otro á nuestra vista
Después de padecer dos reflexiones;
Bien porque sobre sí rueda la imagen
Cuando viene á nosotros; pues la obliga
La misma curvatura de los lados
Á dar la vuelta entera hacia nosotros.
Parece entran y salen igualmente
Con nosotros también los simulacros
Imitando los gestos y actitudes,
Pues la parte que dejas del espejo

No puede hacer que vuelva ya la imagen,
Porque Natura sabia y providente
De reflexión el ángulo dispuso
Que fuese siempre igual al de incidencia.
Los ojos huyen los brillantes cuerpos
Evitando mirarlos; también ciega
El sol si se le mira de hito en hito;
Porque además que tiene propia fuerza,
Sus simulacros, de los altos cielos
Lanzados á través de un aire puro,
Rápidamente hieren nuestros ojos,
Sus organizaciones perturbando:
Un vivo resplandor quema los ojos
Frecuentemente, puesto que contiene
De moléculas ígneas grande copia,
Cuando al entrar causan dolor en ellos.
Los ictéricos ven cualquier objeto
Amarilleado, porque de sus cuerpos
Emanan abundantes las semillas
De amarillez, que se unen en el aire
De los objetos con los simulacros,
Y tienen los humores de sus ojos
Gran copia de partículas mezcladas
Que pintan amarillos los objetos.
Se ven desde lo obscuro los objetos
Que están en medio de la luz; sin duda
El aire tenebroso más cercano
Metiéndose en el órgano el primero,
Y cogiéndole abierto, es al instante
Seguido de aire claro, que despeja
Los ojos y disipa las tinieblas
Por más móvil, sutil y poderoso.
En el momento que de luz llenara
Las vías de los ojos este aire,
Y abrió las que obstruían las tinieblas,

Al punto se introducen simulacros
De cuerpos puestos á la luz, y vemos.
Viniendo de la luz es imposible
Ver en la obscuridad, por el contrario:
Porque llegando el aire tenebroso
Y más denso el segundo, llena á un tiempo
Y cierra los conductos de los ojos,
Sin que puedan pasar los simulacros
De los cuerpos que llegan á la vista.
Si á lo lejos parece son redondas
De las ciudades las cuadradas torres,
Consiste en que todo ángulo parece
Obtuso desde lejos; ó diremos
Mejor que no se ve; su acción se acaba:
Tampoco llega el golpe á nuestros ojos,
Pues son debilitados en gran trecho
Los simulacros por continuos choques
Del aire; y cuando el ángulo gastado
Llegó á hacerse insensible, se ve sólo
Como un montón cilíndrico de piedras:
No así cuerpos redondos á la vista
Nos aparecen, mas con una forma
Confusa en cierto modo é imperfecta.
También parece que en el sol se mueve
Nuestra sombra siguiendo nuestros pasos,
É imitando los gestos; si creyeres
Poder andar y remedar los gestos
Un aire que de toda luz carece,
Un aire que solemos llamar sombra:
Siendo la tierra sucesivamente
Privada de la luz del sol ó herida
Según que nuestros cuerpos van andando
Cierran el paso, ó le abren á sus rayos,
Se nos figura que la misma sombra
Viene en pos de nosotros: consistiendo

La luz en unos rayos sucesivos
Que mueren y renacen de continuo,
Como si se devana lana al fuego,
Fácil es concebir cómo la tierra
Se despoja de luz y se rellena.
Sin embargo, tampoco concedemos
Que los ojos padecen aquí engaños;
El ver la luz y sombra do las haya
Es propio de los ojos: ¿por ventura
Es ó no ciertamente la luz misma?
¿Y la misma la sombra que se pasa?
¿Ó sucede más bien como hemos dicho?
La razón debe sólo decidirlo.
En fin, no pueden conocer los ojos
Á la naturaleza de los cuerpos;
Por lo mismo no quieras imputarle
Los errores del ánimo nacidos.
La nave donde vamos embarcados
Navega pareciendo estarse quieta,
Y aquella que está inmóvil en la rada
Creemos la arrebata la corriente:
Y parece que campos y colinas
Huyen hacia la popa, hinchando el viento
Á lo largo de aquéllos nuestras velas:
Y parece que todas las estrellas
En las etéreas bóvedas clavadas
Inmóviles están; tienen no obstante
Continuo movimiento, pues que nacen
Para reveer una lejana puesta,
Después que con su claro cuerpo el cielo
Midieron: sol y luna estacionarios
De la misma manera nos parecen,
Aunque sus movimientos nos declara
La razón por sí misma; y las montañas
Que dominan los mares, entre quienes

Pasarían escuadras libremente,
Un mismo todo ofrecen desde lejos,
Y aunque estén muy distantes unas de otras,
Ofrecen sin embargo á nuestros ojos
Una grande isla congregadas todas.
Y están tan persuadidos los muchachos
Que la pieza se mueve á la redonda,
Y en derredor moverse las columnas,
Que temen acabando de dar vueltas
Que los sepulte el techo en sus rüinas.
Cuando principia ya naturaleza
Á remontar los fuegos tembladores
Del encarnado sol, y á levantarle
Sobre la cima de los montes, tiene
Al parecer en ella el sol reposo,
Tocándola de cerca con su fuego;
Apenas distan ellos de nosotros
Dos mil ó cuando más quinientos tiros
De saeta ó de dardo: inmensos mares
Entre el sol y los montes se comprenden
Debajo de las bóvedas celestes;
Y se hallan á otro lado de estos mares
Infinitas regiones habitadas
De hombres y de animales diferentes.
Empero un charco de agua que no tenga
Más que una pulgada de profundo,
Estancada en las piedras de la calle
Debajo de los pies, hace veamos
El espacio tan vasto, que separa
El cielo de la tierra por encima
De nosotros: creyéramos que el globo,
De parte á parte atravesado, ofrece
Otros nuevos nublados á la vista,
Y á los ojos presenta un nuevo cielo,
Y otros cuerpos hundidos en las tierras

Vemos en este espacio prodigioso.
  Si se nos para en medio de algún río
El arrogante bruto, y si bajamos
La vista hacia la rápida corriente,
Parece que una fuerza arrastra el cuerpo
Del inmóvil caballo río arriba,
Y por cualquiera parte que miremos
Nos parece que son así arrastrados
En general los cuerpos velozmente,
Y suben la corriente de este modo.
  Un pórtico formado de columnas
Paralelas é iguales en altura,
Mirado en su largor desde un extremo,
Se angosta poco á poco como en cono,
El techo se deprime hacia la tierra,
Y el lado izquierdo júntase al derecho,
Hasta que no descubren más los ojos
Que el ángulo confuso de su cono.
  Del seno de los mares ven que sale
El sol los marineros; y se pone
Y sepulta su luz también en ellos;
Sus ojos no ven más que cielo y agua;
No debes tú tachar de mentirosos
Ligeramente en todo á sus sentidos.
  Los ignorantes de la mar se creen
Ver deformes y rotos los navíos
En el ponto sus olas resistiendo:
La parte del timón y de los remos
Que sobresale por el agua es recta,
Y la parte que está dentro del agua
Parece que se dobla, y se levanta
En línea horizontal, que en cierto modo
Flota por refracción sobre las aguas.
  Cuando llevan los vientos por el aire
En medio de la noche claras nubes,

Parece que los fuegos celestiales
Se van contra las nubes resbalando
Y que con una dirección contraria
Al curso natural ruedan sobre ellas.
Si apretamos un ojo con la mano
Por la parte inferior, parecen dobles
Los objetos que vemos: la luz doble,
Doble el rico menaje, y que los hombres
Tienen doblada cara y doble cuerpo.
Cuando el sueño por fin los miembros ata
Con un dulce sopor, y cuando el cuerpo
En profundo reposo está tendido,
Entonces nos parece estar despiertos,
Y hacer también de nuestros miembros uso;
Creemos ver el Sol y luz del día
En medio de la noche tenebrosa:
Y en una pieza estrecha y bien cerrada
Mudar de climas, mares, montes, ríos,
Y atravesar á pie llanuras grandes;
Y en el profundo y general silencio
De la noche parece oir sonidos,
Y silenciosos responder acordes.
Vemos, en algún modo sorprendidos,
Semejantes fenómenos, que tienden
Todos á destruir la confianza
Debida á los sentidos, pero en vano:
El engaño proviene en nuestra parte
De los juicios del alma que nosotros
Pintamos con aquellas relaciones
De los sentidos, suponiendo visto
Aquello que los órganos no vieron;
Porque la distinción de relaciones
Evidentes de inciertas conjeturas
Que el ánimo de suyo nos asocia
Es la cosa más rara y excelente.

Si alguno dice no saberse nada,
Si se puede saber él mismo ignora,
Supuesto que confiesa nada sabe:
¿Quién podrá disputar con quien impugna
Las nociones más claras y evidentes?
No obstante, aun cuando yo le concediera
Por cosa cierta no saberse nada,
De qué modo aprendió le preguntara
Saber y no saber qué cosa sea,
Sin que jamás lo cierto haya encontrado;
Y cómo se formó el conocimiento
De falso y verdadero, y de qué modo
Distingue la certeza de la duda.
Encontrarás que nace la noticia
De la verdad de los sentidos mismos,
Que al error nunca pueden inducirnos,
Que merecen muy grande confianza,
Porque, según la fuerza y energía,
Si oponen la verdad, pueden lo falso
Destruir. ¿Pues en dónde encontraremos
Conductor más seguro que el sentido?
Dirás, que en estos órganos falaces
Fundada la razón. ¿Podrá contra ellos
Deponer la razón, que su existencia
Enteramente á los sentidos debe?
¿Que no es más que un error si engañan ellos?
¿Argüirán los oídos á los ojos?
¿El tacto á los oídos? ¿á este tacto
Con argumentos refutar podrían
Por ventura el olfato, el gusto, ú ojos?
Pues no sucede así, segun yo creo:
Tiene cada sentido sus funciones,
Tiene sus facultades separadas,
Y es preciso inspeccione así un sentido
Lo blando ó duro, lo caliente ó frío:

Distingue otro el olor de los colores:
Los sabores, olores y sonidos
Su propio tribunal tienen aparte:
No pueden mútuamente los sentidos
Rectificarse; ni ellos á sí mismos
Reprenderse podrán, puesto que siempre
Merecerán la misma confianza:
Inferimos de aquí que en cualquier tiempo
Serán sus relaciones verdaderas.
Si no pudiera la razón decirnos
Cómo se ven redondos desde lejos
Los objetos que cerca son cuadrados,
Nos es más ventajoso sin embargo
Dar en defecto de solución cierta
Falsa razón de esta apariencia doble,
Que soltar la evidencia de las manos,
Y destruir la confianza toda,
Y arrancar de raíz la base entera
En que conservación y vida estriban:
Pues la razón no sólo se arrüina,
Sino tambien la misma vida al punto,
Si no osares creer á los sentidos
Y huir de aquellos sitios peligrosos
Y los demás objetos que nos dañen,
Y buscar los que traen utilidades.
Vana declamación es el discurso
Que contra los sentidos se dirige.
Pues en la construcción de un edificio
Se sirve el arquitecto de una regla
Mal formada, y si no guarda la escuadra
La perpendicular, si se ladea
El nivel de su asiento hacia una parte,
Es preciso que salga el edificio
Muy lleno de defectos, ladeado,
Hundido, sin nivel, sin proporciones:

Parecerá amenaza desplomarse
Ya alguna parte dél; seguramente
Todo se vendrá abajo, porque ha sido
Mal dirigido desde sus principios:
Así en la relación de los sentidos
Si no hay seguridad y confianza,
Los juicios que formares es preciso
Te salgan todos falsos é ilusorios.
Es cosa fácil explicar el cómo
Son afectados los demás sentidos
Por el objeto propio á cada uno:
El sonido y la voz se oyen primero
Cuando sus elementos insinuados
En el oído, el órgano tocaron,
Porque de corporal naturaleza
Debemos confesar que se componen
El sonido y la voz, puesto que impelen
Los sentidos. La voz frecuentemente
Lastima la garganta, y los clamores
La tráquea irritan; porque los principios
De la voz, en gran número saliendo
Rápidameute fuera, llenan luego
El estrecho conducto, desgarrando
El orificio y lastimando el paso
Por do la voz escapa por los aires.
Así que las palabras y las voces
Constan de corporales elementos,
Supuesto que nos pueden hacer daño.
Bien sabes tú cuánto destruye el cuerpo,
Cuánto se debilitan fuerza y nervios
De los que conversaron largamente
Desde que asoma la brillante aurora
Hasta la sombra de la oscura noche,
Si ha sido la disputa acalorada.
Es corpórea la voz, puesto que pierde

El parlero gran parte de sustancia.
La aspereza de voz y la dulzura
Nacen de la figura de los átomos;
Pues no hieren lo mismo los oídos
Cuando los graves y profundos toques
Oímos del clarín, y en ronco estruendo
Retumban las bocinas retorcidas,
Y los cisnes nacidos en los valles
Frescos del Helicón con voz de llanto
Entonan su lamentos armoniosos.
Al punto que nosotros despedimos
De lo íntimo del pecho los sonidos
Á lo interior del paladar, la lengua,
De las palabras móvil formadora,
Las articula, y modifica en parte
La inflexión de los labios; y si es corto
El espacio que corre aquel sonido
Para llegar al órgano, se oyen
También perfectamente las palabras,
Las articulaciones se distinguen
Porque sus inflexiones y carácter
La voz conserva: pero si el espacio
Que se interpone es demasiado largo,
Confunde las palabras el mucho aire,
Y se pierde la voz atravesando:
Luego pueden oirse los sonidos
Sin distinguir qué dicen las palabras:
Tan confusa y revuelta la voz llega.
De todo el pueblo hiere los oídos
Con un solo pregón el pregonero:
Una voz sola se divide al punto
En otras infinitas repartida
Por todos los oídos, distinguiendo
Las articulaciones y sonidos.
Las voces que no llegan al oído

Mueren desvanecidas por los aires,
Continuando su marcha; ó estrelladas
En algún cuerpo sólido, el sonido
Repiten rechazadas; muchas veces
Engañan reflejando la palabra,
Así como la imagen el espejo.
Bien enterado tú de lo que digo,
Puedes á los demás y á tí explicarte
Cómo en las soledades los peñascos
Repiten las palabras por su orden
Y en articulación cuando buscamos
Entre montes opacos los perdidos
Compañeros, llamándolos á voces.
  Sitios he visto yo que repetían
Seis ó siete palabras, diciendo una:
Las palabras así de cerro en cerro
Reflejadas muy bien se distinguían.
Los pueblos comarcanos se figuran
Que las ninfas habitan estos sitios,
Y caprípedos sátiros, diciendo
Los faunos ser, que en estas soledades
Interrumpen la calma silenciosa
Con su nocturno estrépito y retozo,
Y que hieren las cuerdas con destreza,
Que acompaña la flauta bien tocada:
Y aseguran sentir los campesinos
Cuando Pan, agitando en su cabeza
Anfibia la corona de los pinos,
Recorre con sus labios retorcidos
Los caramillos, porque nunca deja
De sonar canción rústica la flauta.
Otros muchos prodigios de esta clase
Refieren, y los venden por milagros,
Bien porque no se mire aquella tierra
Que habitan ellos como abandonada

De los dioses, ó bien sean movidos
De otra cualquier razón, como que *toda*
La raza humana fábulas ansía.
Luego ya no debemos admirarnos
Que lleguen y nos hieran el oído
Las voces por los sitios do no pueden
Los ojos percibir á los objetos:
Con las puertas cerradas nos hablamos:
Todos lo vemos, pues sin duda alguna
Libremente la voz puede meterse
Por conductos sinuosos de los cuerpos:
Se niegan á esta acción los simulacros;
Así, pues, se dividen si los poros
No están en línea recta como aquellos
Del vidrio que la imagen atraviesa.
Se divide la voz por todos lados,
Pues nacen espontáneas unas de otras;
Una sola produce muchas voces,
Como la chispa se divide en muchas.
La voz penetra al sitio más oculto:
Se oye tan bien detrás del que está hablando
Como en todas las piezas inmediatas.
Los simulacros llegan á los ojos
En línea recta desde los objetos.
Nadie puede mirar sobre sí mismo;
Se oyen fuera las voces, al contrario;
Sin embargo, también esta voz misma
Se embota penetrando las paredes,
Y nos llega confusa á los oídos:
Más bien oimos ruido que palabras.
Algo más complicado y trabajoso
Es declarar cómo los jugos obran
Sobre la lengua y paladar: sentimos
Primero los sabores en la boca
Cuando exprimimos al mascar el jugo

Del alimento, al modo del que aprieta
Y hace salir el agua de una esponja.
Exprimidos así todos los jugos,
Del paladar se cuelan por los poros
Y vías complicadas de la lengua.
Hieren suavemente si se forman
De flúidos y lisos elementos,
Y por la húmeda estancia de la lengua
Van excitando general deleite.
El paladar nos punzan y laceran
Si sus átomos son más angulosos.
Al fin, el paladar es do sentimos
El placer del sabor. Los alimentos,
Cuando por el esófago cayeron,
Cuando se distribuyen por los miembros,
Ningún placer se siente: nada importa
Con qué vianda se alimenta el cuerpo,
Con tal que esté cocida la que comas
Para poder colarse por los miembros,
El estómago habiendo humedecido.
Explicaré al presente por qué causa
No convienen los mismos alimentos
Á cualquiera animal generalmente,
Y por qué el alimento que es amargo
Para unos animales, puede á otros
Parecer gustosísimo: es tan grande
La diferencia y variedad en esto,
Que lo que es alimento para unos
Fué para otros un veneno activo.
También vemos morir á la serpiente
Humedecida con saliva humana,
Y se devora con sus mismos dientes:
El eléboro da la muerte al hombre,
Y las cabras engorda y codornices.
Para poder saber en qué consiste

Ni apartes de tu mente lo que he dicho,
Ser muy diversas las combinaciones
De átomos formadores de los seres.
Siendo desemejantes ciertamente
En lo exterior los animales todos,
Con formas y contornos variados,
Deben diferenciarse en la figura,
Con mucha más razón, de sus principios;
Debe haber en sus poros diferencia,
En vías, é intersticios de los miembros,
De boca y paladar generalmente:
Más ancho debe ser ó más estrecho,
Muchos triangulares, ó cuadrados,
Redondos ó polígonos muy varios;
Pues deben las figuras de los poros
Variar en razón de la figura
Y el vario movimiento de los átomos,
Y deben variar las de las vías
En razón del tejido que las cerca.
Así, cuando los mismos alimentos
Gustan á un animal, y al otro amargan,
Es porque fácilmente se insinúa
Jugo en el paladar de los primeros
Bajo una forma lisa y redondeada,
Y al contrario, lastima la garganta
De los otros, por ser muy escabroso.
Estos conocimientos facilitan
La solución de otro cualquier problema:
Así cuando la bilis dominante
Enciende calentura, ó acarrea
Otra cualquiera causa la dolencia,
Ya se trastorna entonces la armonía
Del cuerpo en general, se desordenan
Todas las posituras de elementos:
Los corpúsculos que antes se juntaban

Con los órganos, rompen su armonía,
Y pasan los que excitan los dolores.
El gusto de la miel, en fin, resulta
De entrambos elementos, como he dicho.
Trataremos ahora de qué modo
Hiere un cuerpo oloroso nuestro olfato.
Precisamente existen muchos cuerpos
Que despiden olores infinitos;
Que éstos fluyen y corren, y se esparcen
De continuo debemos presumirnos:
Que es mayor ó menor su analogía
Con unos animales que con otros
Según la diferencia de figuras:
El olor de la miel desde muy lejos
Convida á las abejas, y á los buitres
Convidan los cadáveres podridos,
Y los galgos se van en pos del rastro:
El guarda del romano Capitolio,
El blanco ganso, humano olor ventea:
Así el olor que es propio á cada especie
Dirige el animal á pastos buenos,
Y le hace huir mortífero veneno,
Conservándose así los animales.
Porque la actividad de los olores
Que llegan á tocarnos el olfato
Puede circunscribirse más ó menos;
Sin embargo no llegan á extenderse
Tanto como la voz y los sonidos,
Y mucho menos que los simulacros
Por quienes todos los objetos vemos;
Extravïados llegan lentamente,
Perecen poco á poco descompuestos
En medio de los aires fácilmente,
Porque apenas exhalan las sustancias
De lo más interior emanaciones:

Como declara el ver que todo cuerpo
Exhala y fluye olores más subidos
Cuando es molido ó arrojado al fuego.
Claramente se ve que son más gruesos
Los principios que forman los olores
Que aquellos que componen el sonido,
Porque el olor no pasa las paredes,
Por do voz y sonidos se entran luego:
Por lo que no es tan fácil el que atines
Dónde se halla el olor, porque en los aires
Su acción apagan las continuas pausas;
No corren á decirnos de dó vienen:
El perro así se pierde y busca al rastro.
Estos efectos no son peculiares
En realidad de olores y sabores:
Las imágenes mismas de los seres
Y colores no están proporcionadas
Á los organos todos de manera
Que no haya cuerpos cuya vista cause
Un más vivo dolor que la de otros.
Sacudiendo á la noche con las alas
De esta manera el gallo, que acostumbra
Aplaudir á la aurora con voz clara,
No le resisten rápidos leones
Ni le pueden mirar; luego al momento
Huyen de él, porque emanan de sus miembros
Átomos que, metidos en los ojos
De los leones, su pupila hieren,
Y tal dolor excitan, que no pueden
Resistir el coraje y valentía;
Cuando dañar no pueden nuestros ojos,
Ó porque no penetran los principios,
Ó porque, introducidos, les dan paso
Francamente los ojos de manera
Que no pueden herirlos al volverse.

Ora con brevedad decirte quiero
Qué cuerpos dan al alma movimiento
Y de dónde la vienen sus ideas.
Digo que vagan muchos simulacros
En toda dirección con muchas formas,
Tan sutiles, que se unen fácilmente
Si llegan á encontrarse por los aires,
Como el hilo de araña y panes de oro;
Porque aun exceden en delicadeza
Á las efigies por las cuales vemos
Los objetos, supuesto que se meten
Por todos los conductos de los cuerpos,
Y dan interiormente movimiento
Del alma á la sustancia delicada,
Y la ponen en juego sus funciones.
Los centauros, Scilas y Cerberos
Y fantasmas de muertos así vemos,
Cuyos huesos abraza en sí la tierra:
Pues la atmósfera hierve en simulacros;
De suyo unos se forman en el aire,
Otros emanan de los varios cuerpos,
De dos especies juntas constan otros.
La imagen de un centauro no se forma
Seguramente de un centauro vivo:
No ha criado jamás naturaleza
Semejante animal; es un compuesto
De simulacros de caballo y hombre
Que el *acaso* juntó; y cual dicho habemos
Su tejido sutil y delicado
La reunión al momento facilita:
Como esta imagen se combinan otras,
Que por su extraordinaria ligereza
El alma afectan al primer impulso,
Porque el ánimo mismo es delicado,
Y de movilidad extraordinaria.

Es una prueba cierta de lo dicho
Parecerse en un todo los objetos
Que el alma mira á los que ven los ojos,
Porque nacen del mismo mecanismo:
Si enseñé que veía yo leones
Con el auxilio de los simulacros
Que llegando nos hieren en los ojos,
Se infiere que igualmente el alma mueven
Los demás simulacros de leones,
Que ve tan bien como los mismos ojos.
No de otro modo el alma está despierta
Cuando se extendió el sueño por los miembros,
Porque llegan al alma tan de veras
Los simulacros que de día hieren,
Que nos parece ver aquel desierto,
Á quien la muerte y tierra ya dominan.
Á esta ilusión naturaleza obliga,
Porque reposan todos los sentidos
En un profundo sueño y las verdades
No pueden oponer á los errores,
Porque está adormecida la memoria,
Y con el sueño lánguida no pugna;
Que aquel que el alma cree ver con vida
Despojo es de la muerte y del olvido.
Por lo demás no es una maravilla
El movimiento de los simulacros,
Y agitación de brazos y de miembros
Según las reglas, pues durante el sueño
Deben tener lugar las apariencias;
Como que si el primero se disipa
Y viene á sucederle otro distinto,
Parece que es el mismo simulacro
Que ha mudado de gesto en un instante.
Muchas cuestiones hay sobre este asunto,
Y muchas dudas que poner en claro,

Si deseamos profundar las cosas.
La primera cuestión que se propone
Es por qué el alma en el instante tiene
La idea del objeto que la gusta:
¿Miran la voluntad los simulacros?
¿Viene la imagen luego que queremos?
Si mar, si tierra, si, por fin, el cielo,
Los congresos, la pompa, los banquetes,
Si los combates, si otro objeto agrada,
¿Nos crea y guarda la naturaleza
Las efigies de todo á cualquier seña,
Mientras que en la región y sitio mismo
Profundamente están las almas de otros
De ideas muy distintas ocupadas?
¿Qué diré cuando vemos en el sueño
Ir bailando á compás los simulacros,
Cuando mueven sus miembros delicados,
Y cuando tienden sus flexibles brazos
Alternativamente con destreza,
Y lo vuelven á hacer con pie ligero?
¿Estudiaron acaso reglas y arte
Para poder de noche divertirse?
Tengo yo por mas cierto y verdadero
Que percibimos estos movimientos
En un instante solo, como cuando
Se da una sola voz, y sin embargo
Pasan muchos instantes, que distingue
La razón solamente: esta es la causa
De presentarse muchos simulacros
En cualquier tiempo, y en cualquiera parte:
¡Tanta es su muchedumbre y ligereza!
Y siendo tan delgado su tejido,
No puede el alma verlos claramente
Sin recogerse dentro de sí misma:
Si ella no se dispone á recibirlos

Con grande aplicación, todos perecen,
Y lo logra por medio de esperanza
De ver aquello que realmente mira.
¿No adviertes tú también cómo los ojos
No pueden distinguir aquel objeto
Poco sensible, porque se tendieron
Sin recogerse y prepararse mucho?
Aun los cuerpos expuestos á la vista
Son para el alma, si ella no se aplica,
Como si cien mil leguas estuvieran:
¿Á qué viene admirarse de que el alma
Deje escapar los simulacros todos
Menos los que la tienen ocupada?
Tal vez abulta el alma simulacros,
Y nos lleva al error y nos engaña:
También transforma el sexo de la imagen,
Y en vez de una mujer sólo tocamos
Un hombre trasmutado en un instante,
Ú otro cualquier sujeto que en pos viene,
De semblante y edad muy diferentes:
Esto proviene del olvido y sueño.
Debes siempre evitar lo más que puedas
Entre otros un error: pensar no debes
Que fué criada para ver tan sólo
La órbita brillante de los ojos:
Y las móviles piernas y los muslos
Sobre la base de los pies alzados,
Porque alargar pudiéramos los pasos,
Y con robustos músculos los brazos
Y que una y otra mano fueron dadas
Para poder buscarnos lo preciso.
El orden respectivo de las causas
Y de efectos ha sido trastornado
Con interpretaciones semejantes:
Pues no han sido formados nuestros miembros

Para servicio nuestro: los usamos,
Porque hechos nos los hemos encontrado:
La vista no nació antes que los ojos;
La lengua fué criada antes que el habla;
La lengua fué mucho antes que el lenguaje;
Los oídos también fueron criados
Mucho antes que se oyeran los sonidos;
Y en fin, todos los miembros existieron
Antes de que se usaran, según pienso:
No es la necesidad la que los hizo.
  Los hombres se batian á puñadas,
Y se hacían heridas con las uñas
Y sangre por sus miembros chorreaba,
Mucho antes que las flechas brilladoras
Volasen por el aire: y las heridas
Á evitar enseñó naturaleza
Antes que le colgara al brazo izquierdo
El arte algún broquel para escudarle:
Y dar reposo al cuerpo fatigado
Más antiguo es que camas y plumones;
Y el apagar la sed antes que el vaso:
Estos descubrimientos, que son fruto
De la necesidad y la experiencia,
Podemos persuadirnos que se han hecho
Por utilidad nuestra: no sucede
Con los demás objetos esto mismo
Cuyo uso es posterior al nacimiento
Como son nuestros órganos y miembros:
Ni por asomo debes presumirte
Para utilidad nuestra ser criados.
Tampoco es maravilla que se busque
Sustento el animal naturalmente:
Porque enseñé, fluían de los cuerpos
De mil modos corpúsculos sin número:
Que debe ser su emanación copiosa

Por su mucho ejercicio y movimiento
En unos animales: se evaporan
Por la transpiración otras porciones
De lo interior del cuerpo: otras exhalan
Por la respiración los animales
Que lánguidos jadéan: estos males
Envarecen el cuerpo, y se destruye
Con dolores la máquina en seguida.
  Por lo mismo se toma el alimento,
El cual metido por los intersticios
Asegura los miembros, y da fuerzas,
Y llena los conductos ensanchados
Con el deseo que á comer incita.
  De igual modo se extienden las bebidas
Por la parte que quiere humedecerse,
Y el volcán de calor que devoraba
El estómago, al punto se disipa,
Y se extingue el ardor que hay en los miembros.
De este modo se apaga sed ardiente,
De este modo se sacia y harta el hambre.
  Ahora voy á explicarte cómo andamos
Cuando queremos, cómo meneamos
Los miembros de maneras diferentes,
Y cuál es el agente acostumbrado
Que empuja hacia adelante nuestro cuerpo,
De peso tan crecido: pon cuidado.
Vienen los simulacros, como he dicho,
Á tocar el espíritu, y le invitan
Al movimiento: luego de aquí nace
La voluntad; porque ninguno emprende
Cosa alguna sin que haya examinado
El alma aquel objeto que la gusta;
Operación que exige la presencia
De simulacros: pues determinado
De este modo el espíritu declara

Su voluntad con cierto movimiento,
Que comunica al alma en un instante,
Repartida por todos nuestros miembros,
Y es muy fácil de hacerse, porque unidas
Están íntimamente ambas sustancias.
El rechazo del alma siente el cuerpo,
Y así toda la mole se menea
Y avanza lentamente: además de esto
El cuerpo se enrarece al tiempo mismo,
Y el aire siempre móvil, como debe,
Se hace dueño de todos los conductos,
Copioso se derrama por los poros,
Y por las partecillas más sutiles
Del cuerpo se reparte de este modo.
Así, el alma y el aire son las velas
Que mueven nuestro cuerpo como nave.
Sin embargo, no debes admirarte
Que puedan los corpúsculos tan finos
Empujar y volver á su albedrío
Una mole tan grave como el cuerpo:
El viento así sutil y muy delgado
Es poderoso para hacer que anden
Las más disformes naves por las ondas:
Por rápida que sea su derrota
Una mano tan sola las dirige,
Y las vira doquier un timón solo.
Por medio de poleas y de ruedas
Las máquinas manejan y levantan
Los pesos más enormes sin esfuerzo.
Para explicarte ahora cómo el sueño
Derrama por los miembros el descanso
Y ahuyenta los cuidados de los pechos,
Recurriré al encanto de los versos,
Y no á su multitud. Así del cisne
Los débiles acentos más regalan

Las orejas que aquel cridar de grullas
Que se llevan los aires. Pronta oreja
Y un ánimo sagaz préstame ahora
Para que no me nieges ser posible
Lo que voy á decirte: no repruebes
Con obstinado pecho la evidencia:
De tu ceguera cúlpate á tí mismo.

El sueño viene cuando el alimento
Llega á descomponerse por los miembros;
Y alguna de sus partes sale fuera,
Y otra se junta más y se condensa
En lo interior del cuerpo; se desatan
Y se aflojan entonces ya los miembros;
Pues debemos al alma el sentimiento
De que no puede el sueño despojarnos,
Sin que entonces nos fuera perturbada
Y echada fuera el alma, aunque no toda,
Pues yacería el cuerpo rodeado
Con el eterno frío de la muerte:
La más leve partícula de alma
No quedara escondida por los miembros,
Como el fuego tapado con ceniza,
Que encendiera de nuevo el sentimiento
De pronto por los miembros como fuego.

Diré la causa de este nuevo estado,
Y cómo puede el alma perturbarse,
Y el cuerpo desfallece lentamente:
Haz que no azote el viento con palabras.

Como la superficie de los cuerpos
El contacto del aire experimenta,
Es preciso que sea sacudida
Sin cesar por sus golpes repetidos.
Razón por qué los seres casi todos
Están cubiertos de pellejo, ó cerda,
Ó de conchas, ó callos, ó cortezas:

Y el aire respirado de continuo,
Por medio de su flujo y su reflujo
Los azota también interiormente.
Así es chocado el cuerpo por los lados,
Y este choque por medio de los poros
Llegando á los primeros elementos
La destrucción prepara poco á poco.
Los principios del ánimo y del cuerpo
Se trastornan de modo que una parte
Del alma es arrojada, y otra queda
En lo interior del cuerpo recogida:
Repartida en los miembros la tercera,
No puede reunirse, ni su parte
Alarga al movimiento de la vida,
Porque ha cortado la naturaleza
Las vías y conductos: huye al punto
El sentimiento en medio del desorden.
Y como el cuerpo ya no tiene apoyo,
Todo él se debilita y descaece,
Los brazos caen, los párpados se cierran,
Y quedan los jarretes aplomados.
  Después de la comida viene el sueño,
Porque el efecto que produce el aire,
Ese mismo produce el alimento
Cuando se va escondiendo por las venas;
Y aquel sopor es mucho más profundo
Que se sigue á la hartura, ó la fatiga,
Pues trastorna ésta más los elementos,
Deja el alma encerrada por adentro
Y la echa más copiosa y dividida,
Y la desune más entre sí misma.
  Y aquello en que más uno se ha ocupado,
Y en las cosas que más se ha detenido
Y en que más atención hubiese puesto,
Eso mismo en el sueño nos parece

Hacer por lo común; los abogados
Defienden causas, é interpretan leyes;
Combates dan y asaltos los caudillos;
Con los vientos se baten los pilotos;
Yo mismo no interrumpo mi trabajo,
Y siempre busco la naturaleza,
Y encontrada, á mi patria la declaro.
De este modo las otras facultades
Y los estudios de ordinario ocupan
En sueños á los hombres con engaños.
Y aquellos que á los juegos de continuo
Asisten muchos días de seguida,
Los vemos casi siempre, aun cuando deje
La diversión de herir á sus sentidos,
Conservar en sus almas paso franco
Por do puedan los mismos simulacros
Introducirse; y los objetos mismos
Por muchos días se les representan:
Aunque despiertos ven los danzarines
Meneando sus miembros diestramente
Y oyen la consonancia de la lira,
Y el lenguaje suave de las cuerdas;
Ven el mismo concurso, y ven la escena
Que brilla con adornos varïados.
La inclinación, el gusto y la costumbre
Tanto influyen en hombres y animales.
Como que los caballos animosos,
Sepultados sus miembros en el sueño,
Los verás en sudor todos bañados
Y resoplar y hacer esfuerzos grandes,
Soñando así como si disputaran
Sobre la palma, abiertas las barreras.
También los perros de los cazadores
Durante el blando sueño de repente
Sus pies agitan, ladran y á menudo

Oliscar se les ve cuàl si tuvieran
El rastro de la caza descubierto;
Y volviendo del sueño continúan
Persiguiendo los vanos simulacros
De los ciervos que huyendo se figuran,
Hasta que en sí volviendo, el error dejan.
Mas el perro leal y cariñoso
Que vive con nosotros en la casa,
Sacude en un instante el leve sueño
Que sus ojos velaba, y se levanta
Listo como si viera cara nueva
Y rostro sospechoso; porque inquietan
Los simulacros tanto más en sueños
Cuanto sus elementos son más rudos.
Las varias aves huyen, al contrario,
Y agitando sus alas, al momento
Se acogen á los bosques de los dioses,
Por la noche, si en blando sueño vieron
El gavilán sobre ellas arrojarse
Y con rápido vuelo perseguirlas.
Á la verdad que grandes movimientos
Agitan á las almàs de los hombres:
Proyectos vastos forman y ejecutan;
Soñando hacen los reyes prisioneros;
Esclavos son en sueños de los mismos;
Un combate se sigue á otro combate;
Claman como si allí los degollaran;
Muchos bregan y gimen doloridos
Y como si pantera ó león fiero
Los hicieran pedazos á bocados,
Así llenan el aire de chillidos:
Muchos tratan negocios importantes,
Y su acción declararon muchas veces;
Otros en sueños ven venir la muerte;
Creyendo dar con todo el cuerpo en tierra

Desde elevados montes arrojados,
Con gran congoja se despiertan muchos,
Y á duras penas vuelven en sí mismos
Con tanta agitación como han tenido:
Un sediento también á par de un río
Ó de una fuente amena está sentado,
Y se quiere beber el agua toda:
De ordinario dormidos los muchachos
Al lado de un servicio ó meadero
Para orinar creen alzar la ropa,
Inundando las telas exquisitas
Que hizo para su cama Babilonia.
Mas los que sienten por la vez primera
La juventud lozana cuando el tiempo
El semen por los miembros desenvuelve,
Se les ofrecen muchos simulacros
De cualquier cuerpo en sueños mensajeros
De un rostro hermoso, fresco y agraciado,
Que provocan el órgano atestado
De semilla abundante; y así como
Hubieran penetrado muchas veces
El santuario del placer, arrojan
Chorros de semen que los contaminan.
Bulle en nosotros, como dije, el semen
Cuando la juventud nos robustece:
Cada órgano es movido y provocado
Por el objeto propio: humana imagen
El órgano prolífico conmueve;
Cuando de sus depósitos se sale
El semen esparcido por el cuerpo,
Y se junta en los nervios destinados
Y penetra de pronto el mismo sitio
Engendrador, se atiesan los conductos,
Quiere arrojarlo la naturaleza
Do el bárbaro deseo se encamina:

Y el alma se dirige á aquel objeto
Que la hirió con sus flechas amorosas:
Todos salen heridos del combate
Y los tiros asestan hacia aquella
Que hiriéndonos se dió ella por vencida,
Y el mismo vencedor ensangrentado
Enmedio de su triunfo se presenta.
Así, pues, á quien Venus ha llagado,
Ya tomando los miembros delicados
De un muchacho, ó haciendo que respire
Una mujer amor por todo el cuerpo,
Se dirige al objeto que la hiere,
Impaciente desea á él ayuntarse
Y llenarle de semen todo el cuerpo:
El deleite presagia la ansia ciega:
Ésta, pues, es la Venus que tenemos,
De aquí el nombre de amor trajo su origen,
De aquí en el corazón se destilara
Aquella gota de dulzor de Venus
Que en un mar de inquietudes ha parado:
Porque si ausente está el objeto amado,
Vienen sus simulacros á sitiarnos
Y en los oídos anda el dulce nombre.
Conviene, pues, huir los simulacros,
De fomentos de amores alejarnos,
Y volver á otra parte el pensamiento,
Y divertirse con cualquiera objeto;
No fijar el amor en uno solo,
Pues la llama se irrita y se envejece
Con el fomento, y el furor se extiende
Y el mal de día en día se empeora.
Si no entretienes tú con llagas nuevas
Las heridas que te hizo amor primero,
Y haciéndote veleta en los amores
No reprimes el mal desde su origen

Y llevas la pasión hacia otra parte.
  Las dulzuras de Venus no renuncia
Aquel que huye de amor: por el contrario,
Coge sus frutos solo sin disgusto.
Gozan siempre las almas racionales
De un deleite purísimo y seguro,
Mejor que los amantes desgraciados,
Que al mismo tiempo de gozar fluctúan
Sobre el hechizo de su amor incierto:
No saben dó fijar ojos y manos;
Aprietan con furor entre sus brazos
El objeto primero que agarraron,
Le molestan muchísimo, y sus dientes
Clavan cuando le besan en los labios,
Porque no tienen un deleite puro;
Secretamente son aguijoneados
Á maltratar aquel objeto vago
Que motivó su frenesí rabioso:
Pero Venus mitiga los dolores
Gozando del amor suavemente,
Y con blando placer las llagas cura.
  Pues los amantes tienen esperanza
De que aquel mismo cuerpo que ha inflamado
Su pecho en amor ciego, puede él mismo
Apagar el incendio que ha movido;
Pero se opone la naturaleza:
Y es la única pasión de cuyos goces
Con bárbaro apetito se arde el pecho;
Pues el hambre y la sed se satisfacen
Fácilmente por dentro repartidos
Bebidas y alimentos en los miembros,
Y se pueden pegar á ciertas partes.
Pero un semblante hermoso y peregrino
Sólo deja gozar en nuestro cuerpo
Ligeros simulacros que arrebata

Miserable esperanza por los aires.
Así como un sediento busca en sueños
El agua ansiosamente, y no la encuentra,
Para apagar el fuego de su cuerpo,
Y sólo da con simulacros de agua,
Y con vana fatiga de sed muere
Bebiendo en algún río caudaloso;
Del mismo modo engaña á los amantes
Venus con simulacros: ni la vista
De un cuerpo hermoso hartura puede darlos,
Ni quitar de sus miembros delicados
Alguna parte pueden con sus manos,
Que inciertas manosean todo el cuerpo.
En fin, cuando sus miembros enlazados
Gozan el fruto de la edad florida,
Cuando el cuerpo presagia los contentos
Y á punto Venus de sembrar los campos,
Los amantes agárranse con ansia,
Y juntando saliva con saliva
El aliento detienen apretando
Los labios y los dientes; pero en vano
Porque de allí no pueden sacar nada
Ni penetrar ni hacerse un mismo cuerpo;
Al parecer son estos sus intentos;
Venus los junta con ansiosos lazos
Cuando en el seno del placer sus miembros
En licor abundante se derriten
Conmovidos en fuerza del deleite;
En fin, cuando la Venus recogida
De los nervios saltó, por un momento
El ardor violento se amortigua,
Vuelve después con más furor la rabia,
Buscando sin cesar tocar el blanco
De sus deseos; pero no hallan medio
Con que puedan triunfar de su desgracia:

¡Tan ciega herida errantes los consume!
Agrega á los tormentos que padecen
Sus fuerzas agotadas y perdidas,
Una vida pasada en servidumbre,
La hacienda destruída, muchas deudas,
Abandonadas las obligaciones,
Y vacilante la opinión perdida:
Perfumes y calzado primoroso
De Sición, que sus plantas hermosea:
Y en el oro se engastan esmeraldas
Mayores y de verdes más subido,
Y se usan en continuos ejercicios
De la Venus las telas exquisitas,
Que en su sudor se quedan empapadas:
Y el caudal bien ganado por sus padres
En cintas y en adornos es gastado:
Le emplean otras veces en vestidos
De Malta y de Scio: le disipan
En menaje, en convites, en excesos.
En juegos, en perfumes, en coronas,
En las guirnaldas, pero inútilmente;
Porque en el manantial de los placeres
Una cierta amargura sobresalta,
Que molesta y angustia entonces mismo;
Bien porque acaso arguye la conciencia
De una vida holgazana y desidiosa
Pasada en ramerías; ó bien sea
Que una palabra equívoca tirada
Por el objeto amado, como flecha,
Traspasa el corazón apasionado
Y toma en él fomento como fuego;
Ó bien celoso observa en sus miradas
Distracción hacia él mirando á otro,
Ó ve en su cara risa mofadora.
Si en el amor feliz hay tantas penas,

Innumerables son las inquietudes
De un amor desgraciado y miserable:
Se vienen á los ojos tan de claro,
Que es mejor abrazar, como he enseñado,
El estar siempre alerta, y no dejarse
Enredar en sus lazos; pues más fácil
Es evitar las redes, que escaparse
Y de Venus romper los fuertes lazos
Cuando el amor nos tiene ya prendidos.
Y aunque fueras cogido y enredado
Podrías evitar el infortunio
Si tú mismo no fueras á buscarle;
Si primero los ojos no cerraras
Sobre todos los vicios de su alma
Y sobre los defectos corporales
De aquel objeto por quien sólo anhelas:
Ciega por lo común á los amantes
La pasión, y les muestra perfecciones
Aéreas; porque vemos que las feas
Aprisionan los hombres de mil modos,
Y hacen obsequio grande á las viciosas:
Y unos de otros se burlan y aconsejan
El aplacar á Venus mutuamente
Que los aflige con amor infame:
Si es negra su querida, para ellos
Es una morenita muy graciosa;
Si sucia y asquerosa, es descuidada;
Si es de ojos pardos, se asemeja á Palas;
Si seca y descarnada, es una corza
Del Ménalo; si enana y pequeñita,
Es una de las gracias, muy salada;
Si alta y agigantada, es majestuosa,
Llena de dignidad; tartamudea
Y no pronuncia bien, es un tropiezo
Gracioso; taciturna, es vergonzosa;

Colérica, envidiosa, bachillera,
Es un fuego vivaz que no reposa;
Cuando de puro tísica se muere,
Es de un temperamento delicado;
Si con la tos se ahoga y desfallece,
Entonces es beldad descaecida;
Y si gorda y tetuda, es una Ceres,
La querida de Baco: si chatilla,
Es silla de placer; ¡nadie podría
Enumerar tan ciegas ilusiones!
 Pero demos que sea ella un hechizo
Y que la haya agraciado Venus misma;
No faltan en el mundo otras hermosas,
Y sin ellas pasamos. La hermosura
Á las mismas miserias está expuesta,
Y á las mismas flaquezas que la fea;
Tenemos evidencia: y la infelice
Por su hedor insufrible se sahuma,
De la cual huyen mucho sus doncellas,
Y á escondidas dan grandes carcajadas.
 Llorando, empero, el despedido amante
Muchas veces adorna los umbrales
Con flores y guirnaldas, derramando
Perfumes en los postes altaneros,
Y da en las puertas besos infelices;
Á quien si ya una vez introducido
Un ligero olorcillo molestara
Al entrar en la casa, buscaría
Al punto algún pretexto de alejarse;
Se olvida de las quejas elocuentes
Tanto tiempo pensadas, y se acusa
De mentecato por haber supuesto
En aquella mortal más perfecciones
Que es justo conceder: muy bien lo saben
Nuestras diosas: ocultan por lo mismo

Estas flaquezas de la vida á quienes
Desean sujetar de amor con grillos:
Muy necias son en esto; porque puedes
Correr el velo á todos sus misterios,
É informarte de todos sus secretos:
Y si es de buena índole y modesta,
Á mal no llevará que tú igualmente
Veas y observes la miseria humana.
  No siempre la mujer con amor falso
Suspira: cuando el cuerpo de su amante
Contra su seno aprieta entre sus brazos;
Cuando sus labios húmedos imprimen
Besos que fluyen el deleite, entonces
Su amor es verdadero, y deseosa
De gozar el placer común á entrambos,
Le incita á que concluya la carrera
Del amor: no podrían de otro modo
Las aves, los ganados y las fieras
Y yeguas á los machos ayuntarse,
Si las hembras calientes no estuvieran,
Si en ellas no excitaran los hervores
Del placer esta dulce resistencia
Tan favorable á la caliente Venus.
  ¿Por ventura no ves también aquellos
Que un deleite recíproco ayuntara
En mutua ligadura atormentados?
¿Y queriendo los perros desligarse,
En las encrucijadas muchas veces
Cada uno tira mucho por su parte
Cuando los tiene Venus aún pegados
Con fuertes ataduras? No lo harían
Si no fueran comunes los contentos
Que en aquel dulce lazo los unieron,
Teniéndolos á entrambos en prisiones.
Sólo el placer recíproco es deleite.

Y por fortuna en el ayuntamiento
Cuando ordeñó con suma ligereza
Y el viril semen embebió la hembra,
Al padre ó á la madre se parecen
Los hijos, en razón que dominare
El semen de uno ú otro; y si de entrambos
Fueren los hijos un retrato vivo,
De la sangre más pura de sus padres,
Fueron formados, cuando las semillas
Excitadas por Venus en los miembros
El recíproco ardor equilibrara,
Y con igual influjo concurrieron.
Á las veces sucede parecerse
Á los abuelos, ó á los bisabuelos,
Porque encierran los padres de ordinario
En su cuerpo muchísimos principios
Que, de padres á hijos transmitidos,
Vienen de un mismo tronco: después Venus
Varía las figuras, y remeda
El semblante, la voz y los cabellos
De los abuelos, porque son formadas
Aquestas partes de nosotros mismos,
No menos que la cara, cuerpo y miembros
De germen fijo. Y la viril semilla
En producir el sexo femenino
Influye, y los varones engendrados
Son del materno semen; porque el hijo
Resulta siempre de las dos semillas,
Y aquel á quien el hijo más saliere
Suministró más parte de elementos,
Como en varones y hembras verlo puedes.
No impiden á ninguno las deidades
El propagar su especie, y que le llamen
Padre sus dulces hijos; ó que vivan
En un perpetuo estéril himeneo,

Como lo creen muchos, y afligidos
Las aras bañan de copiosa sangre
Y llenan de presentes los altares
Para que con raudales de semilla
Empreñen sus mujeres; pero en vano
Á los dioses y oráculos fatigan.
Estériles se quedan las mujeres
Cuando el semen es flúido ó espeso
Con extremo: muy flúido no puede
Fijarse en los parajes destinados,
Se corre y se derrama en el momento;
Muy espeso, su misma consistencia
No le deja saltar bastante lejos
Y penetrar los sitios igualmente,
Ó penetrando en ellos, con el semen
De la mujer no es fácil se entrevere.
Porque en efecto hay mucha diferencia
Por la organización en las uniones,
Y unos mejor empreñan unas que otras,
Y muchas fueron antes infecundas
En varios himeneos, y no obstante
Llegaron á tener un buen marido
Que supo fecundarlas, y quedaron
Enriquecidas con sabrosos hijos:
Y después de infinitos matrimonios
Infructuosos, encontraron otros
Apoyos de vejez con nueva esposa:
Tan esencial es la correspondencia
De la organización en los esposos,
Para poder unirse las semillas
Con las que tengan más analogía,
Y adquieran la precisa consistencia.
Es preciso también ser circunspecto
Sobre la calidad del alimento,
Pues se espesan los sémenes con unos,

Con otros se atenúan y disuelven.
También debe observarse la manera
De tratar á la misma dulce venus;
Pues como los cuadrúpedos se ayuntan
Muchos son de opinión que los esposos
Deben hacerlo, porque de este modo
Pueden las partes recibir el semen
Echando el pecho y levantando el lomo.
No conviene que hagan las esposas
Movimientos lascivos, porque impiden
Hacerse la mujer embarazada
Cuando con los meneos de las nalgas
La venus del varón estorba inquieta
Y da oleadas con el tierno pecho;
La reja del arado echa del sulco,
Y el chorro seminal quita del sitio.
Por utilidad propia las rameras
Tuvieron la costumbre de moverse,
Por no hacerse preñadas con frecuencia
Y porque al mismo tiempo los varones
Tuviesen una venus más gustosa:
Mas la honesta mujer no las imite.
No es preciso el auxilio de los dioses
Ni las flechas de Venus para amarse.
Á veces la más fea mujercilla,
Su conducta, su agrado, su limpieza,
Sus artificios inocentes hacen
Que se acostumbre el hombre fácilmente
Á vivir en su trato y compañía,
Porque engendra cariño el mucho trato:
Golpes reiterados, aunque leves,
Al cabo de años triunfan de los cuerpos
Más sólidos. ¿No observas que las gotas
De la lluvia que caen sobre las peñas
Después de mucho tiempo las socavan?

LIBRO V

Quién con robusto pecho cantar puede
Según la majestad de los objetos
Estos descubrimientos asombrosos;
Ó quién tan elocuentes labios tiene
Que pueda celebrar las alabanzas
Según merece aquel sublime genio
Que nos dejó los frutos de su mente?
Nadie que mortal cuerpo haya tenido;
Porque, si como exige la grandeza
De los descubrimientos de las cosas
Es preciso que hablemos de las mismas,
Un dios fué aquél, un dios, ínclito Memmio,
Que primero inventó aquel plan de vida
Que hoy de sabiduría tiene nombre,
Haciendo que por medio de este arte
Sucediese la calma á las tormentas,
Y á las tinieblas una luz hermosa.
  Los inventos antiguos de otros dioses
Compara tú con éstos: porque dicen
Haber á los mortales enseñado

Ceres el modo de coger los frutos,
Y el zumo de la vid el padre Baco;
Pudiéndose vivir sin estos dones,
Como cuentan que viven al presente
Muchas naciones: pero sin virtudes
Vivir no se podría felizmente:
Tenemos, pues, justísimos motivos
De ser un dios para nosotros éste
Cuyos dulces consuelos extendidos
Por todas las naciones de la tierra
Los ánimos halagan en sus cuitas.
Estás muy engañado si presumes
Que los trabajos de Hércules le exceden;
¿Pues qué daño al presente nos harían
Aquella boca del león nemeo
Anchurosa, y las cerdas herizadas
Del jabalí de Arcadia? ¿qué podrían
De Creta el toro, y la lernea plaga
De la hidra atrincherada de serpientes
Ponzoñosas? ó ¿qué de los tres cuerpos
Del enorme Gerión se nos daría?
¿Y acaso los caballos de Diomedes,
Cuyas narices fuego resollaban
Allá cerca del Ísmaro en la Tracia
Y en las Bistonias costas nos dañaran?
¿Qué las aves de Arcadia con sus garras,
Del Estínfalo horrribles moradoras?
¿Qué daño, en fin, hiciera el guardián fiero
Del jardín y fulgentes pomas de oro
De Hespérides, aquel dragón furioso
Que vibraba amenazas de sus ojos,
Y cuyo enorme cuerpo el rico tronco
Con roscas y más roscas abrazaba
Del oceáno Atlántico las playas
Y cerca de aquel mar inaccesible

Sobre el cual nunca osaron exponerse
Ni romanos ni bárbaros? ¿qué hicieran,
Aunque se viesen monstruos semejantes
Y el mundo no estuviera limpio de ellos?
No causarían daño, según pienso:
Ahora hierve la tierra todavía
En alimañas, y el espanto reina
Por los bosques, y selvas y montañas;
Podemos evitarlas sin embargo.
  Pero si no tenemos limpio el pecho
¡Qué combates tan recios sostendremos!
Y á pesar nuestro, entonces, ¡cuántos riesgos
Tenemos que vencer! ¡de qué inquietudes,
De qué cuidados y de qué temores
No es desgarrado el corazón del hombre
Que se entrega sin freno á sus pasiones!
¡Cuántos estragos hacen en su alma
Orgullo, obscenidad y petulancia!
¡Cuántos el lujo y la desidia torpe!
Así el que á todos estos enemigos
Hubiera sujetado, y de su pecho
Los hubiese lanzado con las armas
De la razón tan sólo, ¿no debemos
Colocar este hombre entre los dioses?
¿Qué dirémos si en términos divinos
Su lengua desató este mismo sabio
Para hablar de los dioses inmortales
Y para descubrir á nuestros ojos
De la naturaleza los misterios?
  Entrando yo en la senda que me he abierto,
Proseguiré enseñándote las leyes
Que hacen que todo sér tenga su límite
Según su formación, y que no pueda
Pasar jamás los límites prescritos
Á su duración propia: pues habiendo

Probado nace el alma con nosotros,
Que no puede durar eternamente,
Que no son más que vanos simulacros
Las fantasmas, imágenes de muertos,
Que creemos en sueños ver nosotros:
El orden mismo de mi objeto ahora
Me conduce á tratar del nacimiento
Del mundo y de su término postrero;
Y también á explicarte de qué modo
Los átomos unidos han formado
La tierra, el cielo, el mar, el Sol, los astros,
Y el globo de la Luna: qué animales
Ha parido la tierra, y cuáles nunca
Pudieron existir: y por qué encanto,
Varïando los hombres las palabras
Entre sí, establecieron el comercio
De las ideas: cómo se introdujo
Aquel miedo á los dioses en los pechos
Que en todos los países de la tierra
Conserva templos, lagos, bosques, aras,
Y las santas estatuas de los dioses.
Explicaré las leyes que ha prescrito
Del Sol al curso la Naturaleza
Y á las revoluciones de la Luna;
Para que no creamos falsamente
Que por un espontáneo movimiento
Eternamente ruedan estos astros
Tan obsequiosos entre cielo y tierra,
Para acrecentamiento de los frutos
Y de los animales: ó que sea
Á los dioses debido en cierto modo
El periodo de sus revoluciones:
Porque los que estuvieren persuadidos
Del descuido en que viven las deidades,
Si no obstante se admiran de las causas

Aun de las naturales apariencias
Que se observan encima de nosotros
En la region etérea, nuevamente
Caen en su inveterado fanatismo
Y nos ponen tiranos inflexibles,
Á quienes para colmo de miseria
Conceden un poder ilimitado,
Por no saber qué cosa existir puede,
Cuál no puede, y los límites precisos
Que ha señalado la Naturaleza,
En fin, á la energía de los cuerpos.
Yo no ignoro cuán nueva é increible
Es la opinión de que la tierra y cielo
Se acabarán, y cuán difícil sea
Para mí convencer á los mortales
De una verdad que hasta ahora no ha llegado
Á sus oidos; que por otra parte
No pueden á la vista sujetarla
Ni al tacto, los dos únicos caminos
Que á la evidencia guían hasta el templo
Del espíritu humano: sin embargo,
Yo romperé el silencio: la experiencia
Vendrá quizá en apoyo de mi aserto;
Verás quizá dentro de poco tiempo,
Agitado de horribles terremotos,
Todo el orbe en rüinas convertido.
Aleje de nosotros el destino
Desastre semejante; el raciocinio
Convénzanos más bien que la experiencia
De que es posible se hunda todo el globo
Con un fragor horrísono deshecho.
Antes de que yo empiece á revelarte
Los decretos del hado, más sagrados
Y mucho más seguros que no aquellos
Que pronuncia la Pitia coronada

De laurel en la trípode de Apolo,
Quiero infundirte aliento con verdades
Consoladoras, por si acaso piensas,
De la superstición aherrojado,
Que la Tierra y el Sol, el mar, el cielo,
Los astros y la Luna son sustancias
Eternas y divinas; presumiendo
Que son impíos como los gigantes,
Dignos de los suplicios más atroces
Por su horrible atentado, los que quieran
Desbaratar las bóvedas del Mundo
Y apagar la clarísima lumbrera
Del Sol con vanas argumentaciones,
Tratando lo inmortal con mortal labio.
Pero están estos cuerpos tan distantes
De la divinidad, y nos parecen
Tan indignos de estar entre los dioses,
Que, al contrario, más bien nos dan ideas
De una materia bruta inanimada:
No se debe creer que el sentimiento
É inteligencia sean propiedades
De cualquier cuerpo indiferentemente.
Así como en el aire estar no puede
El árbol, ni en el mar salado nubes,
Ni peces en los campos, ni en los leños
La sangre, ni los jugos en las piedras,
Porque ha prescrito la naturaleza
Á cada sér el sitio donde nazca,
Y do se desarrolle; así no puede
Nacer el alma aislada sin un cuerpo,
Sin nervios y sin sangre: si posible
Y fácil fuera, mucho más podría
Formarse en la cabeza ó en los hombros,
Ó en los talones ó en cualquiera parte
Del cuerpo; porque al fin ella estaría

En el mismo hombre y vaso de continuo.
Mas como estamos ciertos que en el cuerpo
Tienen ánimo y alma en sitio fijo
Donde nacen y crecen apartados;
Por lo mismo diremos que no puede
El alma subsistir sino en un cuerpo,
Y sin forma animal en los terrones
Pesados de la tierra, ó en el fuego
Del Sol, ó en el agua ó en los aires:
Luego no están dotadas estas masas
De alma divina, puesto que no pueden
Gozar el movimiento de la vida.
Tampoco puedes presumir que tengan
Los dioses sus moradas sacrosantas
En una de las partes de este mundo:
Porque ellos son sustancias tan sutiles,
Que el sentido no puede percibirlas,
Ni el espíritu apenas comprenderlas:
Si escapan al contacto de las manos
No deben tocar ellos ningún cuerpo
Que podamos tocar; porque no puede
Tocar el que de suyo es intangible:
Luego muy diferentes de las nuestras
Deben ser sus moradas, tan sutiles
Como sus cuerpos: lo que extensamente
Te probaré en la serie de mi escrito.
Decir, á la verdad, que en favor nuestro
Han querido los dioses disponernos
El orden bello de naturaleza;
Que debemos loar por esto mismo
Esta obra admirable de los dioses;
Por inmortal y eterna reputarla;
Que es un crimen minar con lengua osada
De este edificio eterno los cimientos,
Que levantó para la especie humana

El saber de los dioses inmortales:
Estas fábulas y otras semejantes
Indicio, oh Memmio, son de gran locura.
¿Qué utilidad nuestro agradecimiento
Podría acarrear á aquellos seres
Inmortales por sí y afortunados,
Para empeñarlos en obsequio nuestro
Á emprender esta obra y concluirla?
¿Ó qué nuevo interés pudo inducirlos
Pacíficos después de tantos siglos
Á codiciar nuevo tenor de vida?
Aquel sólo apetece las mudanzas
Que de suerte infeliz es perseguido:
Pero aquel que jamás probó infortunio
Gozando de tranquila y dulce vida
¿Qué nuevo estado pudo enamorarle?
¿En las tinieblas y en la angustia estaba
Su vida acaso hundida hasta el momento
En que nueva brilló naturaleza?
Y de no haber nacido, ¿qué desgracia
Nos podía venir? cualquier nacido
Tan sólo debe apetecer la vida
Mientras blando placer le tenga en ella:
Pero aquel que jamás contado fuera
Entre los que gustaron su dulzura
¿En no haber existido qué perdiera?
¿De dónde, pues, sacaron las deidades
Para la creación del Universo
El ejemplar y la primera idea
De los hombres, de modo que pudiesen
Concebir claramente su proyecto
Y ejecutarle? ó ¿cómo conocieron
Las cualidades de los elementos,
Y lo que pueden sus combinaciones
Diferentes, á no ser que la misma

Naturaleza lo haya declarado?
Porque al cabo de siglos infinitos
Los muchos elementos de materia
Por choques exteriores sacudidos,
Y de su mismo peso arrebatados
Y llevados con raudo movimiento,
De diversas maneras se juntaron,
Probaron todas las combinaciones
De que pudiesen resultar los seres;
Por lo que no es extraño que hayan dado
Con la disposición y movimientos
Que forman este mundo y le renuevan.
Suponiendo que yo mismo ignorara
De los principios la naturaleza,
Á asegurar no obstante me atreviera,
Cielo y naturaleza contemplando,
Que no puede ser hecha por los dioses
Máquina tan viciosa é imperfecta.
Cuanto coge la bóveda celeste
Del globo que habitamos, en gran parte
Las montañas y selvas y las fieras
Como si fuera propio lo dominan;
El mar que nos lo estrecha con sus brazos
Las rocas y lagunas lo poseen;
Un ardor insufrible, un yelo eterno
Casi dos partes roba á los mortales:
Y llenara de abrojos lo restante
Naturaleza á sí misma entregada,
Si la industria del hombre no acudiera,
Hecho á gemir por alargar la vida
Bajo penoso afán, y á abrir la tierra
Con la pesada reja; si volviendo
Con ella los terrones, y domando
El suelo ingrato no le precisamos.
Los gérmenes no pueden por sí mismos

Salir y levantarse al aire puro:
Y á veces estos frutos tan costosos
Cuando ya tienen hoja y ya florecen,
Ó los abrasa el sol con sus ardores,
Ó con ellos acaban los turbiones,
Ó frecuentes heladas los destruyen.
¿Por qué causa sustenta y multiplica
En mar y tierra la Naturaleza
Esa horrífera casta de las fieras
Que á la raza humanal es tan dañosa?
¿Por qué las estaciones traen los morbos?
¿Por qué vaga la muerte prematura?
Y el niño, semejante al marinero
Que á la playa lanzó borrasca fiera,
Tendido está en la tierra, sin abrigo,
Sin habla, en la indigencia y desprovisto
De todos los socorros de la vida,
Desde el momento en que naturaleza
Á la luz le arrancó con grande esfuerzo
Del vientre de la madre, y llena el sitio
De lúgubre vagido como debe
Quien tiene que pasar tan grandes cuitas.
Crecen las fieras y ganados varios,
Y ni el chupar ruidoso necesitan,
Ni con alma nodriza se les pone
Para acallarlos con lenguaje tierno;
Ni acomodan al tiempo sus vestidos;
Ni de armas ni de muros elevados
Necesitan, en fin, con que defiendan
Sus bienes y riquezas; pues la tierra
Y la naturaleza largamente
Abastecen de todo á cada uno.
Primeramente, si la tierra y agua
Y los soplos ligeros de los aires
Y los vapores cálidos del fuego

Á nacimiento y muerte están sujetos,
Debe correr la misma suerte el mundo,
Que de estos elementos se compone;
Porque siendo nativas y mortales
Las partes, debe el todo ser lo mismo:
Por lo que cuando veo renacidas
Las partes y los miembros agotados
Del mundo, me persuado que han tenido
Algún primer instante Cielo y Tierra,
Y me persuado su final rüina.
No te presumas, Memmio, que yo avanzo
Una proposición aventurada
Al decir que es mortal la tierra y fuego
Y que perecerán el aire y agua;
Que los mismos renacen y se aumentan.
Abrasada una parte de la tierra
Por los continuos soles, y hecha polvo
Con el pisar, se agrupa en torbellinos
Que los vientos robustos desparraman
Como ligeras nubes por los aires.
Parte de los terrones se resuelve
En agua con las lluvias, y los ríos
Continuamente roen las orillas:
Cualquiera cuerpo, en fin, que aumenta otro
Con su propia sustancia, se consume;
Y puesto que la Tierra es común madre
Y general sepulcro de los cuerpos,
Se gasta y se repara de continuo.
Que el mar, ríos y fuentes siempre abundan
Y arrojan sin cesar copiosas aguas,
Lo declara la inmensa copia de ellas,
Que á enriquecerlos va por todas partes:
Mas las continuas y hórridas tormentas
Impiden llegue á ser muy abundante:
Barriéndola los vientos con su soplo

Y etéreo sol chupándola con rayos
Reducen su volumen: otra parte
Se sume por las tierras y se filtra.
Se limpia de sus sales, se recoge
Toda en el nacimiento de los ríos,
Fluye sobre la tierra dulcemente
Por donde, una vez rota, facilita
Que con líquido pie corran las aguas.
  Del aire voy á hablar, que cada instante
Prueba vicisitudes infinitas,
Pues todo cuanto fluye de los cuerpos
En este vasto occéano se pierde;
El cual, si no les diera partes nuevas
Y sus pérdidas siempre reparara,
Ya se hubiera disuelto todo cuerpo
Y convertido en aire: luego siempre
Es producido el aire por los cuerpos
Y los cuerpos en aire se resuelven,
Pues es ley de la vida que los seres
Fluyan en general continuamente.
  Y la perene fuente de luz pura,
El Sol etéreo, baña de continuo
El cielo con un brillo renaciente,
Y alimenta la luz con otra nueva;
Pues sus rayos se pierden al ponerse.
Lo puedes observar cuando las nubes
Hacia el Sol empezaron á arrimarse,
Y los rayos de luz casi ya cortan;
Toda su inferior parte en el momento
Desaparece, obscúrase la tierra
Por todo cuanto abrazan los nublados,
Para que veas necesitan siempre
De nueva luz los cuerpos, y que muere
Cada rayo en su mismo nacimiento;
Y sería imposible de otro modo

Percibir los objetos sin que diera
El manantial de luz rayos perpetuos.
La misma luz artificial de casa
Y las colgadas lámparas y teas,
Que despiden de sí unos torbellinos
De llama y humo, corren de este modo
Con auxilio de fuegos tembladores
Á dar una luz nueva de continuo;
Sus emisiones nunca se interrumpen:
Con tanta rapidez todos los fuegos
Reemplazan á la llama que se apaga
Con otra luz de súbito formada.
Así, en vez de tener el Sol, la Luna
Y estrellas como cuerpos inviolables,
Debes creer que sólo nos alumbran
Siempre por emisiones subcesivas,
Que sin cesar se pierden y renuevan.
Por último; ¿no ves triunfar el tiempo
Aun de las piedras, y venirse al suelo
Altas torres, y á polvo reducirse
Los peñascos, hundirse y arruinarse
Á pesar de los dioses sus estatuas;
Que la deidad no puede hacer traspasen
Los límites prescriptos por el hado,
Ni ella misma luchar contra las leyes
Que la Naturaleza ha establecido?
¿No vemos los humanos monumentos
Caer desmoronados ciertamente
Como si fueran por vejez minados?
¿No ves rodar desde los altos montes
Peñascos desprendidos, incapaces
De resistir á las gigantes fuerzas
De un tiempo limitado? de repente
No se desprenderían ni cayeran,
Si al cabo de un gran número de siglos

Hubieran resistido los asaltos
Del tiempo, sin jamás rendirse á ellos.
Esa bóveda inmensa, en fin, contempla
Que dentro de sí abraza todo el orbe;
El cielo mismo, que al decir de algunos
Crea todos los seres, y disueltos
Los vuelve á recibir, tuvo principio,
Y cuerpo mortal tiene, aunque es inmenso;
Porque el sér que otros seres alimenta
Con su sustancia, debe consumirse,
Cuando acción creadora los repara.
Si la Tierra y el Cielo no tuvieron
Jamás principio y fueron siempre eternos,
¿Cómo es que no cantaron los poetas
Los sucesos también que precedieron
Á la guerra tebana y fin de Troya?
¿Dó fueron á parar tantas hazañas
De varones ilustres, excluídas
De los eternos fastos de la fama?
Nuevo es empero el mundo según pienso,
En la infancia está aun, y muy reciente
Tiene la fecha: pues se perfeccionan
También algunas artes al presente,
Y ahora se inventan otras; se adelanta
En la navegación bastante ahora;
Inventaron los músicos há poco
Las voces y sonidos melodiosos:
Esta naturaleza de las cosas
Y esta filosofía ahora han nacido
Y ahora soy yo mismo el que primero
Puedo de ellas hablar en nuestra lengua.
Pues si acaso presumes tuvo el Mundo
Todas estas ventajas en lo antiguo,
Mas que generalmente perecieron
Con voraz llama las generaciones,

Ó que se destruyeron las ciudades,
Aun debes afirmar más convencido
La rüina también de Cielo y Tierra:
Porque atacado de tan grandes males
Y expuesto el universo á tantos riesgos
Se hubiera destruído y arruinado
Si hubieran atacado más de recio;
Una prueba clarísima tenemos
De que somos mortales, enfermando
Con las mismas dolencias que enfermaron
Aquellos que salieron de la vida.
Subsiste, pues, un cuerpo eternamente,
Ó porque siendo sólido resiste
Al choque y no permite le penetre
Otro que pueda disociar sus partes,
Como hacen los principios de materia,
Cuya naturaleza expliqué antes;
Ó porque es inaccesible al choque
Como el vacío, el impalpable espacio
Á que acción destructora nunca llega;
Ó porque no le cerca algún espacio
Que pueda recibir en sí los restos
Después de disolverse; como el *todo,*
Fuera del cual no escaparán sus partes,
Ni hay cuerpos que las choquen y dividan.
Aunque sólido el Mundo, como dije,
No es inmortal, porque se da vacío
En la Naturaleza: ni tampoco
Lo es como el vacío, porque hay cuerpos
Innumerables en el vasto espacio
Cuyos ataques súbitos conmueven
Nuestro Mundo y le ponen en peligro
De perecer. Espacios hay inmensos
También en donde pueden dispersarse
Todas las partes de sus elementos,

Ó de otro cualquier modo aniquilarse.
No se cierran las puertas de la muerte
Al Cielo, Sol, y Tierra, y hondos mares;
Antes para tragarlos les presenta
Una boca disforme y anchurosa:
Por lo que á confesar te ves forzado
Haber tenido todos estos cuerpos
Principio, porque siendo destructibles,
Después de haber corrido tantos siglos
De ningún modo hubieran resistido
De tiempo inmenso el poderoso esfuerzo.
  La lucha, en fin, que reina entre los miembros
Vastísimos del Mundo, guerra impía
Que siempre los agita, ¿no declara
Que pueden acabarse y concluirse
Estos largos combates algún día?
  Cuando hubieren el Sol y todo el fuego
Las aguas totalmente consumido,
Y hubieren conseguido una victoria
Á que todas sus fuerzas se dirigen
Sin un feliz suceso todavía,
Pues abastecen tanto al mar los ríos,
Y amenazan los mares anegarnos
Desde el profundo abismo inútilmente:
Porque siendo barridos por los vientos,
Y del Sol absorbidos por los rayos,
Se van desminuyendo y los secaran
Primero que su fin lograse el agua.
  De grandes intereses animados,
Estos dos elementos se hacen guerra
Con fuerza igual; aunque, según es fama,
Habiendo una vez sola dominado
El fuego ya en la tierra, y habiendo otra
Reinado el agua sobre el continente,
Triunfó no obstante el fuego, y una parte

Del mundo consumió con voraz llama
Cuando fué arrebatado Faetonte
Del Sol por los caballos desbocados,
Y por el aire y climas le arrastraron;
Pero entonces el Padre Omnipotente
Colérico y furioso lanzó á tierra
Un pronto rayo desde el mismo carro
Á Faetón magnánimo, y su padre
Volvió á tomar después de su caída
La sempiterna lámpara del mundo;
Y ordenó nuevamente los corceles
Por el terror atónitos, dispersos,
Y su antigua carrera prosiguiendo,
Calmó de nuevo la naturaleza:
Los poetas antiguos de la Grecia
Así cantaron; la razón lo impugna,
Puesto que puede superar el fuego,
Si moléculas ígneas abundantes
Caen desde el Universo en nuestro globo;
Ó algún poder contrario sobrepuja
La acción del fuego, ó á la vez perecen
Los seres vorazmente consumidos.
Cuentan también que en otro tiempo el agua
Victoriosa quedó, cuando anegadas
Dejó muchas ciudades; pero cuando
Desvaneció contraria fuerza al agua
De todo el Universo congregada,
Se pararon las lluvias y los ríos
Refrenaron el ímpetu furioso.
Pero de qué manera haya fundado
El casüal concurso de principios
Cielo y Tierra y abismos de los mares,
La carrera del Sol y de la Luna,
Lo dirá por su orden este canto:
No por efecto de su inteligencia

Ni por su reflexión se colocaron
En el orden que vemos los principios;
Ni entre sí, á la verdad, han concertado
Sus movimientos; sino que infinitos
Los principios, movidos de mil modos,
Sujetos á impulsiones exteriores
Después de tanto número de siglos,
Y conducidos á su mismo peso,
Cuando de todos modos se juntaron,
Y cuando todas las combinaciones
Posibles, entre sí experimentaron,
Después de mucho tiempo y muchas juntas
Y movimientos, se coordinaron
Por último, y se hicieron grandes masas,
Que llegaron á ser en cierto modo
El bosquejo primero de la tierra,
Del mar, del Cielo, y seres animados.

No se veía entonces remontado
Por los aires el carro luminoso
Del Sol, ni las estrellas del gran mundo,
Ni el mar, ni el Cielo, ni por fin la Tierra,
Ni el aire ni otra cosa semejante
Á las que nos rodean; sí un conjunto
De confusos principios borrascoso:
Después algunas partes empezaron
De esta masa disforme á separarse,
Los homogéneos átomos se juntan,
Desenvolvióse el mundo y se formaron
Sus vastos miembros, y sus grandes partes
De toda especie de átomos se hicieron:
La discordia que había en los principios
Turbaba y confundía grandemente
Los intervalos, direcciones, lazos,
Las pesadeces, fuerzas impulsivas,
Combinaciones, y los movimientos

Á causa de sus formas diferentes,
Y por la variedad de sus figuras
No podrían así quedar unidos;
El Cielo separóse de la Tierra,
Y se atrajo la mar todas las aguas,
Y los fuegos del éter también fueron
Á brillar separados con luz pura.
Porque los elementos de la Tierra
Más graves y embrollados se juntaban
Y en el centro ocupaban las regiones
Más inferiores; cuanto más estrecho
Su enlace fué, tanto mejor sacaron
Con superabundancia la materia
Que formase los mares, las estrellas,
El Sol y Luna y el recinto vasto
Del mundo; porque siendo los principios
De todos estos cuerpos más sutiles,
Esféricos y lisos que los otros
De la Tierra, rompiendo por lo mismo
El éter del primero por sus poros
Se subió á lo más alto, y muchos fuegos
Robó consigo en su ligera marcha:
No de otro modo así por la mañana
Cuando la luz dorada del Sol tiñe
Sus rayos en las yerbas esmaltadas,
Los lagos y los ríos perenales
Exhalan una niebla, y á las veces
Parece que la misma tierra exhala
Una especie de humor; emanaciones
Sutiles que, después de levantadas
Y en la atmósfera unidas, se dilatan
Debajo de las bóvedas del Cielo
En opaco tejido; y así el éter
Flúido y leve entonces condensado
Formó un vasto recinto, y esparcido

Por todas partes y hacia todos lados,
Todo lo rodeó con cerco inmenso.
Después el Sol y Luna se formaron,
Cuyos globos dan vueltas en el aire
Por entre Cielo y Tierra; sus principios
No se agregaron á los de la Tierra
Ni á los del éter vasto, porque ni eran
Tan pesados que á lo ínfimo bajasen,
Ni tan ligeros que á la parte opuesta
Pudieran elevarse; están en medio
Suspensos de manera que voltean
Como cuerpos vivientes, como partes
Las más activas de Naturaleza:
No de otro modo algunos miembros nuestros
Inmóviles se quedan en su puesto
Á pesar de que hay otros que se mueven.
Por fin, entresacados estos cuerpos,
Se hundió la tierra de repente, abriendo
Un hondo foso á las saladas aguas,
Por do al presente la llanura inmensa
Se extiende de los mares azulados;
Y cuanto más la tierra cada día
Abierta por la misma superficie,
Estaba recogida y condensada
Y más metida hacia su propio centro
Por la acción repetida de los fuegos
Del éter, y del Sol por todos lados,
Más el sudor salado se exprimía
De su cuerpo, y los mares aumentaba
Con sus emanaciones; y así mismo
Infinitas moléculas de fuego
Y del aire, escapando de la tierra
Por esta misma compresión, volaban
Y espesaban la bóveda fulgente
Del Cielo, tan distante de la Tierra:

Los campos se bajaban por lo mismo,
Las cumbres de los montes se empinaban,
Porque hundirse las peñas no podían,
Ni la tierra allanar todas sus partes.
De esta manera el orbe condensado
Á la vez adquirió peso y firmeza;
Todo el limo del mundo se hundió abajo,
Si así puede decirse, con su peso,
Y quedó allí sentado como poso:
Encima de la tierra quedó el agua;
Después el aire; luego el mismo éter
Con sus fuegos; los más puros principios
Hicieron estos flúidos que no tienen
La misma ligereza; el flúido éter,
Que es el más transparente y más ligero,
Circula sobre el aire sin mezclarse
Con las auras del aire borrascosas;
Le permite que todo lo revuelva
Con raudo torbellino; le permite
Con borrasca inconstante alborotarlo:
Con ímpetu arreglado él resbalando
Lleva consigo sus brillantes fuegos;
Porque el poder así uniformemente
Moverse el flúido éter lo declaran
Las olas de los mares, cuyo flujo
Periódico y reflujo sigue siempre
En continuo mover las mismas leyes.
Ora indaguemos cuál será la causa
Que á los astros obliga al movimiento:
Y diremos primero, que si rueda
Del cielo la gran bóveda, debemos
Suponer comprimidos los dos polos
Del mundo, y encerrados y cogidos
Por dos corrientes de aire, la una de ellas
Que empuja por encima y mueve el cielo

¿Quién puede, en fin, con un ligero salto
El cuerpo levantar, si no es el alma,
Que gobierna y dirige nuestros miembros?
Ya ves puede adquirir muy grande fuerza
La sustancia ligera cuando se une
Con sustancia pesada, como el aire
Con la Tierra, y el alma con el cuerpo.
Ni mayor ni menor de lo que vemos
Puede el disco del Sol ser al sentido;
Si un cuerpo con su luz puede alumbrarnos
Y calentar los miembros con su llama
Por distante que esté, nada nos roba
De su grandeza esta distancia misma,
Ni su aparente dimensión estrecha;
Como el calor del Sol y su luz hieren
Nuestros sentidos, cuando se derrama,
Y bañando con ella los objetos,
De aquí es que debe ser tal la apariencia
De su forma y figura, que no puedes
Suponerlas más grandes ó más chicas.
Y la Luna, bien sea nos refleje
Una prestada luz, ó bien la saque
Del mismo cuerpo, sea lo que fuere,
El Cielo no recorre con volumen
Mayor que el que aparece á nuestros ojos;
Porque desde muy lejos los objetos
Por entre aire densísimo mirados
Un aspecto confuso nos presentan
Más bien que sus finísimos contornos:
Así, pues, ofreciéndonos la Luna
Clara apariencia y una forma cierta,
Y aun de su superficie los extremos,
Es preciso que sea allá en los Cielos
Lo mismo que aparece aquí en la tierra.
Si los fuegos, por último, que vemos,

Á cualquiera distancia que estén puestos,
No aparentan tener mudanza alguna
En su grandor, mientras que distinguimos
Su luz y su temblor, deduciremos
No poder ser mayores ni menores
De lo que vemos los etéreos fuegos.
Tampoco es de admirar cómo el Sol puede
Con su circunferencia tan estrecha
Bañar de luz el mar, la tierra, el cielo,
Y extender su calor por todas partes:
Tal vez puede que no haya en todo el mundo
Más que esta fuente y manantial copioso
Por do salga la luz del mundo entero;
Ó que sea tal vez único foco
Donde los elementos de los fuegos
De todas partes puedan congregarse
Para correr por todo el Universo.
¿No ves también cómo una fuentecilla
Riega los prados y rebosa el campo?
Suceder también puede que los fuegos
Del Sol, aunque no muchos, arder hagan
El aire á ellos vecino, suponiendo
Que al más mínimo ardor es inflamable
El aire, como vemos á las veces
Las mieses y la paja consumidas
Por una sola chispa; al Sol acaso,
Á esta rosada lámpara, rodean
Innumerables fuegos invisibles
Privados de fulgor, para que aumenten
El calor y la fuerza de sus rayos.
Y cómo el Sol se pasa desde Cáncer,
De esta región ardiente, al signo helado
De Capricornio, para dar la vuelta
De nuevo hacia el solsticio del Estío;
Y cómo es que la Luna en un mes anda

De un globo luminoso que anda el Cielo.
Tampoco debe ser maravilloso
Que se junten así los elementos
De fuego en cierto tiempo, y que reparen
El resplandor del Sol, puesto que vemos
Infinitos fenómenos sujetos
En todo el universo á tiempo fijo.
Los árboles florecen, y á su tiempo
De la flor se despojan; y al anciano
Á cierto tiempo se le caen los dientes;
Se llena el joven de un suave vello,
Y tierna barba arrojan sus mejillas:
Á ley eterna é inviolable yace
La serie de fenómenos sujeta;
Porque de cada causa la energía
Habiendo sido así determinada,
Y una vez dada la impulsión primera
Desde su formación al Universo,
Los rayos, nieve, lluvias y nublados
De la varia estación el curso siguen.
Y vemos además crecer los días
Y descrecer las noches, y al contrario;
Ó porque el Sol, quedando siempre el mismo
Y describiendo desiguales arcos
Sobre nuestras cabezas y debajo
De nuestros pies, el Cielo corta y parte
Su orbe en dos porciones desiguales,
Pero con tal compensación que vuelve
Al hemisferio que le está más próximo
La porción de la luz que él ha quitado
Del hemisferio opuesto, hasta que llega
Á este signo del Cielo que hace iguales
Las noches y los días, cuando corta
El Ecuador y Eclíptica en un punto:
Pues la parte del Cielo que describe

Se halla del Aquilón y Mediodía
Á igual distancia por la positura
Oblicua del Zodiaco, en que describe
Su anual carrera el Sol y desde donde
Lanza sus fuegos hacia Cielo y Tierra:
Así lo enseñan estos hombres sabios,
Que todas las regiones representan
Fielmente de los Cielos en sus mapas
De imágenes sensibles adornados.
   Mucho más craso el aire en ciertas partes,
Tal vez pára debajo de la Tierra
También del Sol los fuegos tembladores,
Que no pueden pasar tan fácilmente
Este flúido inmenso y remontarse
Hacia el Oriente, por lo cual se espera
Mientras las noches largas del Invierno
Á que vuelva la tarda luz del día:
En fin, quizá los fuegos reunidos
Que hacen salir el Sol en puntos fijos
Del horizonte alternativamente
Con más ó menos prontitud se juntan
Según las estaciones alternadas.
   Puede tomar del Sol su luz la Luna,
Y puede más y más de día en día
Una faz luminosa presentarnos
Cuanto del solar disco se apartare
Hasta que puesta enfrente dél reluce
Con luz bien llena, y desde el alto sitio
Do se levanta ve que el Sol se pone:
Debe esconder después en cierto modo
Detrás de sí su luz muy poco á poco,
Á medida que el Sol se va acercando,
La otra mitad de círculo en los signos
Corriendo: así lo explican los que fingen
Ser la Luna á una bola semejante

Que siempre por debajo del Sol rueda:
Su explicación parece verisímil.
Aun dándola luz propia se podían
Sus varias fases concebir: bastaba
Suponer otro cuerpo para esto
Que tenga un movimiento paralelo
Al que tiene en su órbita la Luna,
Y que á su disco sin cesar se oponga
Bajo todos aspectos y figuras,
Mas que invisible fuese el mismo cuerpo
Desprovisto de luz: puede la Luna
Rodar sobre sí misma á la manera
De gran pelota, cuya mitad fuera
Con luz teñida, y sus distintas fases
Con esta rotación central pudiese
Ir descubriendo hasta que aquella parte
Nos vuelve iluminada enteramente;
Después nos va por grados ocultando
Su parte luminosa, que de nuevo
Detrás de sí se lleva: así pretende
La doctrina caldea establecerlo
En rüinas de griega astrología:
Como si verisímiles no fueran
Las dos explicaciones igualmente;
Ó como si razón alguna hubiese
Que forzase á seguir una más que otra.
¿Por qué, en fin, no podrá Naturaleza
Producir una Luna cada día
Con una serie regular de formas
Y aspectos diferentes, destruyendo
La de ayer reparándola con otra?
La imposibilidad de lo que digo
No es fácil demostrar, principalmente
Cuando ves producciones semejantes
Cada día surgir en tiempo fijo.

Viene la Primavera, y Amor viene;
Viene junto con él Céfiro alado,
Precursor del Amor, mientras que Flora
Su madre llega derramando flores
Y olorosos perfumes de antemano
Por donde pasa: en comitiva vienen
Seco calor y polvorienta Ceres
Y los vientos etesios Aquilones.
El Otoño en seguida se presenta:
Viene en su compañía el dios de viñas,
Y detrás las tormentas y borrascas,
Vulturno atronador, y el Austro, fuerte
En rayos; y, por último, entorpecen
Las nieves y los hielos y los fríos
Á la Naturaleza, y tras sí arrastran
El frío Invierno, el aterido viejo
Que da diente con diente. No es milagro
El que sea formada y destruída
La Luna en tiempo fijo, cuando vemos
Que pueden infinitas producciones
Aparecer en tiempo señalado.
   Los eclipses del Sol y de la Luna
Pueden de muchos modos explicarse:
Si á la Tierra robar puede la Luna
La luz del Sol, y su brillante frente
Ocultar á la Tierra, interponiendo
Su masa opaca á los ardientes rayos,
¿Por qué otro cuerpo puesto en movimiento
Y privado de luz perpétuamente
No puede producir el mismo efecto
En tiempo igual? ¿Y no puede el Sol mismo
Eclipsarse y perder en cierta hora
También su brillo, que recobra al punto
Que atravesó por medio de los aires
Regiones enemigas de sus llamas

Y le precisan á extinguir sus fuegos?
Si puede despojar también la Tierra
De su luz á la Luna, y prisioneros
Tener todos los rayos, colocada
Sobre el Sol ella misma ínterin pasa
El astro de los meses por la sombra
De nuestro globo cónica y espesa,
¿Otro cuerpo no puede al mismo tiempo
Rodar bajo del globo de la Luna,
Y resbalarse sobre el mismo disco
Del Sol, cerrando, así interpuesto, el paso
Á sus rayos y luz? Y si la Luna
Con brillo propio luce, ¿no puede ella
Lentamente eclipsarse en cierta parte
Del Mundo, atravesando por parajes
Capaces de apagar sus mismos fuegos?
Ya que expliqué, por fin, cómo ha podido
Formarse cualquier cuerpo de este Mundo
En el recinto azul del firmamento,
Y cómo conociéramos nosotros
De Sol y Luna las revoluciones
Diversas, y la causa y energía
Que dan á estos dos astros movimiento
Y de qué modo suelen eclipsarse;
Cómo se cierran estos grandes ojos
De la Naturaleza y alternando
Se abren de nuevo, y de repente esparcen
Sobre la Tierra inesperada noche,
Y toda la hermosean con luz clara;
Á la infancia del Mundo vuelvo ahora,
Y á los nacientes campos de la tierra,
Á examinar las nuevas producciones
Que aventuró exponer la vez primera
Á los aires y vientos inconstantes.
La tierra engalanó primeramente

De diferentes yerbas y verduras
Los cerros, y los campos extendidos,
Y brillaron los prados con las flores
Así como si fueran esmaltados;
Los árboles después, llenos de savia,
Á porfía crecieron por los aires:
Como las plumas, pelos y las cerdas
Es lo primero que en el cuerpo sale
De animales cuadrúpedos y de aves;
De este modo la tierra, entonces nueva,
Echó primero yerbas y arbolillos.
Las especies mortales creó luego
Varïadas de modos muy distintos:
Porque es un imposible hayan caído
Del cielo las especies de animales,
Y que los habitantes de la tierra
Hayan nacido de la mar salada.
La tierra con razón adquirió el nombre
De madre, por haber sido criados
Todos los seres por la misma tierra;
Y existiendo al presente muchos seres
En la tierra formados con las lluvias
Y del calor del Sol, no es maravilla
Que naciesen entonces animales
En número mayor y más robustos,
Estando en su vigor el aire y tierra.
Las varias aves por la vez primera
Salían de sus huevos, y el Verano
En libertad á todas las ponía,
Como ahora las cigarras en Estío
Se quitan los zurrones delicados,
Buscándose la vida y el sustento.
Por la primera vez la tierra entonces
Crió la raza humana, porque entonces
El mucho fuego y aguas abundantes

De los campos hicieron que creciesen
En los parajes más acomodados
Especies de matrices, agarradas
Por medio de raíces á la tierra:
Cuando la edad y madurez abrieron
Una salida á nuevos embrïones
Causados de humedad é impacïentes
Por respirar el aire, dirigía
Hacia aquel lado la Naturaleza
Los poros de la tierra, y envïaba
Por estas venas jugo como leche;
Como al presente la mujer parida
Rebosa en dulce leche, dirigiendo
Ella todo su ímpetu á los pechos:
Y la tierra á los niños sustentaba,
Y vestido el calor, y blanda cama
Las yerbas y los céspedes les daban.
Pero en su infancia el Mundo no tenía
Los duros fríos, ni calores nimios,
Ni vientos destructores; porque crecen
Y van robusteciéndose estas plagas
Como todos los seres: lo repito;
Hemos llamado con razón la tierra
Madre común, porque ha criado el hombre,
Y casi al mismo tiempo ha producido
Todos los animales cuya furia
Se desenfrena por los grandes montes,
Y produjo también distintas aves,
Que atraviesan los aires libremente.
Mas como debe un término preciso
Tener la facultad engendradora,
La tierra se cansó, como la hembra
Consumida de años, porque el tiempo
Hace mude de faz el mundo entero,
Y un nuevo orden de cosas se sucede

Al primer orden necesariamente:
Ni siempre guarda un mismo sér su estado:
Todo á la ley del cambio está sujeto;
Todo lo muda la Naturaleza,
Todo lo altera, todo lo transforma:
Pues empodrece un cuerpo y se consume
Á fuerza de años; otro crece y sale
Á la verdad del cieno: de este modo
Todo lo muda el tiempo, y de continuo
Pasa la tierra de un estado á otro
Y pierde la energía que tenía
Por hacerse de nuevas propiedades.

Y la tierra aun entonces se esforzaba
Por sacar animales de figura
Y de disposición extraordinaria:
Se vió el hermafrodita monstruoso,
Que teniendo la forma de ambos sexos,
Igualmente difiere de uno y otro;
Cuerpos sin pies, sin manos y sin boca
Y sin ojos salieron; también otros
Cuyos miembros lo largo que tenían
Al tronco íntimamente se pegaban;
Los cuales no podían manejarse,
Ni dar un paso, ni evitar un riesgo,
Ni buscarse el sustento necesario.
Viéronse además de éstos otros monstruos
Y otros prodigios, pero inútilmente,
Porque Naturaleza les quitara
El poder ir creciendo y avanzando
Hacia la edad florida; no pudieron
Encontrar su alimento, ni ayuntarse
Con los lazos de Venus: es preciso
Para que se propaguen las especies
El concurso de un número infinito
De circunstancias, y primeramente

Los alimentos son indispensables:
Es preciso que estén diseminadas
Las fecundas semillas por los miembros,
Y los conductos por do vengan éstas
Desde cualquiera parte de los miembros:
Por último, en los órganos externos
Tal proporción, que puedan macho y hembra
Ayuntarse entre sí con mutuos gozos.
Y entonces fué preciso perecieran
Muchas especies, y que no pudiesen
Reproducirse y propagar su vida;
Porque los animales existentes
Que ves ahora, sólo se conservan
Ó por la astucia, ó fuerza, ó ligereza
De que ellos al nacer fueron dotados,
Menos un cierto número que habemos
Puesto nosotros bajo nuestro amparo
Por las utilidades que acarrean.
La fuerza protegió á la raza fiera
De los leones y feroces bestias,
Á las zorras el dolo y fuga á ciervos:
Empero el fiel y vigilante perro,
Y acémilas, y ovejas regaladas,
Y bueyes laboriosos son especies
Generalmente confïadas, Memmio,
Á la guarda y tutela de los hombres:
Huían de las fieras alimañas
Y tras la paz se andaban, y querían
Los pastos con largueza y sin trabajo:
Se los damos nosotros como en premio
De los muchos servicios que nos hacen.
Empero aquellos otros animales
Á quien no diera la Naturaleza
Lo necesario para que viviesen
Independientes, ó que no traían

Alguna utilidad, ¿á qué meternos
En darles el sustento y ampararlos?
Encadenados con fatales lazos,
Á otros servían de seguro pasto,
Hasta que destruyó Naturaleza
De todo punto sus especies todas.
Pero ni hubo centauros, ni ha podido
Formarse en algún tiempo una sustancia
Con dos naturalezas y dos cuerpos,
De heterogéneos miembros un compuesto:
No podría existir una sustancia
De fuerzas entre sí tan desiguales:
Aun el hombre más rudo lo conoce.
Primeramente, al cabo de tres años
En la flor de su edad está el caballo;
No los niños así: buscan entonces
Entre sueños los pechos de sus amas.
Cuando después va la vejez gastando
Las fuerzas y vigor de los caballos,
Cuando escapa la vida fugitiva
De sus lánguidos miembros, entra entonces
La juventud, por fin, en los muchachos,
Robustece sus miembros, y les cubre
Con un ligero bozo las mejillas:
No creas tú, quizá, que los centauros
Pudieron engendrarse de semillas
De hombre ó de caballo, ó las Escilas
De los marinos perros rodeadas,
Ó los demás compuestos monstruosos
De incompatibles miembros, que no llegan
Á la flor de la edad al mismo tiempo,
Ni en madurez ni en la vejez iguales,
Ni sus inclinaciones son las mismas,
Ni los abrasa Venus igualmente,
Ni comen unos mismos alimentos;

Viendo engordar las cabras con cicuta,
Que es un mortal veneno para el hombre.
Como la llama abrase ciertamente
Y consuma no sólo el cuerpo rojo
De los leones, mas también la sangre
Y las entrañas de los animales
Que tienen existencia; ¿cómo pudo
Acontecer que esta Quimera misma
Con la cabeza de león, y el cuerpo
De cabra al propio tiempo, y con la cola
De dragón, viva llama resoplase
Del hondo de su pecho monstruoso?
Por lo que, defender como posibles
Éstas y semejantes producciones
En la infancia del Cielo y de la Tierra
Sin más razón que esta palabra vaga
De *novedad,* esto es abrir la puerta
Á todas las ficciones más absurdas.
Dígannos que los ríos de aquel tiempo
Corrieron oro puro por las tierras;
Que brotaban los árboles diamantes;
Ó que el hombre nació de una estatura
Y de una fuerza tan extraordinarias,
Que podía pasar el mar de un tranco,
Y al rededor de sí volver el cielo
Con sólo el movimiento de sus manos:
Porque el haber la tierra en sí encerrado
Semillas infinitas y diversas
Cuando sacó á la luz los animales,
Ninguna prueba es de que pudiese
Criar unas especies tan opuestas,
Y en un mismo individuo reunirse
Los miembros de animales diferentes,
Cuando las yerbas, árboles y frutos
Que aun hoy día produce en abundancia

Jamás pueden nacer entre sí unidos.
Cada sér tiene su progreso propio,
Y conforme á las leyes inmudables
De la Naturaleza entre sí guardan
Todas las diferencias de su especie.
Y los hombres que dió la tierra entonces
Eran más vigorosos que al presente:
Y así debía ser, porque la tierra,
De quien ellos nacieron, por entonces
Estaba en su vigor y lozanía:
Era más basta la armazón de huesos
Y de más solidez, y era el tejido
De sus nervios y vísceras más fuerte;
Ni el frío ni el calor les molestaba,
Ni les dañaban los sustentos nuevos,
Ni las enfermedades empecían;
Vivían un gran número de lustros,
Errantes á manera de alimañas;
Ninguno manejaba el corvo arado,
Ni sabía domar con hierro el campo,
Ni meter en la tierra los renuevos,
Ni con hoces cortar los viejos ramos
De árboles grandes; lo que el sol y lluvias
Les alargaban, y lo que la tierra
Producía de suyo, les bastaba:
Estos dones sus pechos aplacaban:
En medio de glandíferas encinas
Mantenían sus cuerpos con bellota,
Y llevaba la tierra en aquel tiempo
Muchos y más crecidos los madroños
Que ahora al madurar en el Invierno
Ves que como la púrpura coloran.
Y la florida novedad del mundo
Llevó entonces sabrosos alimentos
Para hartar á los hombres infelices.

Más; los ríos y fuentes convidaban
Á apagar nuestra sed, como al presente
Los torrentes que caen de montes altos
Convidan á las fieras con su ruido
Que vengan á saciarse en sus raudales.
Por fin; de noche en los sagrados bosques
De las ninfas venían á esconderse,
En estas soledades, do nacían
Perennes manantiales de aguas vivas
Que, después de correr entre las guijas,
Caían lentamente sobre el musgo
Verde de los peñascos, para luego
Ó saltar en los campos ó inundarlos.
El uso no sabían aún del fuego,
Ni el de las pieles, ni cubrirse el cuerpo
Con despojos de fieras; antes se iban
Á los bosques y cóncavas montañas
Y á las selvas, metiendo entre hojarasca
Sus miembros asquerosos, precisados
Á guarecerse allí contra las lluvias
Y furor de los vientos: no podían
Por el público bien interesarse;
Ni leyes ni morales relaciones
Entre sí establecer ellos sabían;
Y la primera presa que ofrecía
La suerte cada cual se la llevaba:
Sólo les enseñó Naturaleza
Á vivir para sí y á conservarse.
Y Venus ayuntaba los amantes
En medio de las selvas: sus placeres
Entre sí mútuamente compensaban;
Ora arrancados fuesen por violencia
De brutal apetito, ó los gozasen
Á trueque de algún dón, como bellotas,
Ó madroños, ó peras escogidas.

Y confiados en sus fuertes manos
Y en sus ligeros pies, hacían guerra
Á las fieras silvestres, arrojando
De lejos piedras, y de cerca dando
Con la pesada maza, y las vencían
Y huyendo á sus guaridas las burlaban;
Y cuando las tinieblas de la noche
Los sorprendían, sus desnudos miembros
En la tierra tendían á manera
De jabalí cerdoso, y se envolvían
Entre hojarasca y broza. No buscaban
En medio de las sombras de la noche,
Sobrecogidos de temor, con gritos
La luz del Sol, errantes por los campos;
Antes bien esperaban silenciosos
Y en sueño sepultados que subiendo
El Sol al horizonte, iluminase
Con su rosada luz de nuevo el cielo;
Porque desde la infancia acostumbrados
Á ver siempre alternando noche y día,
No se maravillaban ya sus ojos:
No llegaron jamás á recelarse
Que á la Tierra cubriese eterna noche,
La luz del Sol robada para siempre.
Empero mucho más les inquietaban
Las fieras que turbaban su reposo,
Funesto para aquellos infelices,
Y haciéndolos salir de su vivienda,
Huían á las cuevas, si llegaba
Enorme jabalí ó león furioso;
Y, pavoridos, á la media noche
Cedían á estos huéspedes crüeles
Sus camas con follaje aderezadas.
Ni entonces más que ahora los mortales
Dejaban la sabrosa luz de vida:

Muchos de ellos es cierto que cogidos
Y desgarrados con feroces dientes
Un pasto vivo daban á las fieras,
Y los bosques y montes y las selvas
Llenaban de gemidos espantosos,
Viendo que sus entrañas palpitantes
En un sepulcro vivo se enterraban.
Pero aquellos que huyendo se salvaron,
Lleno de mordeduras todo el cuerpo,
Y sus trémulas manos aplicando
En las malignas úlceras, llamaban
Al infierno con voces formidables,
Hasta que de la vida los privaban
Los gusanos crüeles sin amparo,
Sin saber qué aplicar á sus heridas:
Sin embargo, no daba un solo día
Á la muerte millares de guerreros
Que seguían banderas diferentes,
Ni estrellaban los mares borrascosos
Los hombres y navíos en escollos:
El mar se enfurecía vanamente;
Sus bramidos en vano suspendía;
Ni la engañosa calma de sus ondas
Era capaz de seducir á alguno
Con falsa risa: se ignoraba entonces
De la navegación el arte fiero.
La falta de alimento daba entonces
Muerte á los flacos miembros; la abundancia
Es la que mata hoy día: entonces ellos
Eran por ignorancia envenenados;
Á otros con más arte ahora envenenan.
Cuando por fin supieron hacer chozas,
Y de pieles y fuego hicieron uso,
Y cuando la mujer y el hombre aparte
Se fueron á vivir en compañía,

Y cuando los placeres amorosos
Se limitaron sólo á las dulzuras
Del casto matrimonio, y cuando vieron
Los padres á sus hijos porción suya,
Entonces empezó la especie humana
Á suavizarse por la vez primera:
El fuego hizo los cuerpos más sensibles
Al frío, de manera que ya el cielo
Abrigo suficiente no prestaba
Debajo de su bóveda; y las fuerzas
Disminuyó la Venus excesiva,
Y las tiernas caricias de los hijos
Blando y süave hicieron sin trabajo
El natural altivo de los padres.
Entonces los que estaban más vecinos
Entre sí establecieron relaciones,
Se abstuvieron de daño y de violencia,
Protegían sus hijos y mujeres,
Y en sus gestos y voces balbucientes
Indicaban ser muestra de justicia
De la imbecilidad compadecerse.
Mas no podía dominar en todos
Esta concordia; bien que exactamente
Guardaban estos pactos los más buenos,
Que eran en mayor número: sin esto
La raza humana fuera destruída
Enteramente ya desde aquel tiempo;
No se hubiera hasta ahora propagado.
Enseñó al hombre la Naturaleza
Las varias inflexiones de la lengua,
Y la necesidad nombró las cosas.
Así como los niños en la infancia,
Por no poder darse á entender, acuden
Á los gestos y muestran con el dedo
Los objetos presentes, cada uno

Siente en sí mismo aquellas facultades
Que puede usar. Airado y enemigo
El toro topa y hiere con las astas
Antes de que le apunten en su frente;
De pantera y leona los cachorros
Con garras y con pies y con bocados
Se defienden aun antes de salirles;
En sus nacientes alas confiados
Los hijos de las aves, por los aires
Se ayudan con un vuelo vacilante.
Por lo tanto, creer que un hombre entonces
Á las cosas dió nombre; que los otros
Dél aprendieron los vocablos nuevos,
Es mucha necedad: ¿cómo ha podido
Llamar á cada cosa por su nombre,
Y los varios sonidos del lenguaje
Él solo producir, al tiempo que otros
No pudieron hacer la misma cosa?
Porque, además, si no habían usado
Los demás entre sí de las palabras,
¿Cómo es que conocían sus ventajas?
Y ¿de qué modo el inventor se ha dado
Á entender á los otros, y ha podido
Hacer que ellos abracen su proyecto?
Reducir no podía un hombre solo
Á tanta multitud, y precisarla
Á que tan varios nombres aprendiese:
No podía enseñarlos: imposible
Era que hubiesen ellos aguantado
Les majase más tiempo las orejas
Con aquel ruido vano de sonidos.
¿Será, por fin, acaso maravilla
Que, teniendo los hombres voz y lengua,
Diesen distintos nombres á las cosas
Según les afectasen, cuando oímos

La variedad de voces y sonidos
Que hacen los animales y las fieras
Conforme se suceden en sus almas
El miedo ó el dolor ó el regocijo?
Pues esto lo declara la experiencia.
Cuando de los molosos la gran perra,
En el primer acceso de su furia,
Debajo de sus labios apartados
Y móviles enseña dos carreras
De formidables dientes, el sonido
Amenazante de su voz difiere
De aquel que se oye cuando sus ladridos
Hacen retumbo en todos los contornos:
Mas cuando con su lengua blandamente
Lame los tiernos miembros de sus hijos
Y con sus pies aquí y allí los echa,
Y cuando los provoca con mordiscos
Pillándolos sus dientes con blandura,
Esto difiere mucho del murmullo
De su voz maternal cuando lamenta
Su soledad aullando tristemente,
Ó cuando con acentos doloridos
Huye, arrastrando el cuerpo, del castigo.
En fin; ¿no hay diferencia en el relincho
Del florido caballo entre las yeguas
Cuando viene furioso, traspasado
Por el alado amor, á los que arroja
Por sus anchas narices en la guerra
Cuando agita sus miembros otra causa?
Y las especies varias de las aves,
Los gavilanes y quebrantahuesos,
Los somurgujos que en saladas ondas
Se buscan el sustento, diferencian
Según las circunstancias sus clamores,
Principalmente cuando se disputan

La subsistencia y luchan por la presa.
Y su ronco cantar mudan las otras
Según las estaciones, como lo hacen
Cornejas vividoras, y las bandas
De cuervos cuando anuncian, según dicen,
Y llaman vientos, lluvias y tormentas.
Pues si las diferentes sensaciones
Al animal obligan, siendo mudo,
Á proferir sonidos diferentes,
¿Cuánto más natural es que haya el hombre
Podido designar diversas cosas
Entonces con sonidos peculiares?
Mas para prevenirte una pregunta
Que quizá en tu interior me estás haciendo,
El rayo fué el primero que á los hombres
Trajo el fuego á la tierra: de allí nacen
Todas las llamas que hora disfrutamos.
¿No vemos muchos cuerpos abrasados
Con llamas celestiales cuando lanza
Su fuego en tierra el aire borrascoso?
Fuera de que se incendia árbol frondoso
Cuando, siendo agitado por los vientos,
Se frota con las ramas de otro árbol,
Y así como se va aumentando el frote
Arroja chispas y hace algunas veces
Brillar fuegos ardientes en las ramas
En medio de su mutua rozadura:
De una de aquestas causas nace el fuego.
Mas viendo que los rayos del Sol daban
Sazón y madurez á cualquier fruto,
Trataron ellos con la acción del fuego
De cocer y ablandar los alimentos;
Y aquellos que tenían más ingenio,
Y mucho más su espíritu alcanzaba,
Iban de día en día introduciendo

En el sustento y vida primitiva
Otras mudanzas nuevas con el fuego.
Á levantar ciudades empezaron
Y á construir alcázares los reyes,
Do pudiesen tener seguro asilo:
Repartieron las tierras y ganados
Conforme á la belleza y al ingenio
Y la fuerza y valor de cada hombre,
Porque eran estas prendas naturales
Las que más á los hombres distinguían:
Por fin, se introdujeron las riquezas,
Y descubrióse el oro, que al momento
Envileció la fuerza y hermosura:
Por lo común hermosos y valientes
Hacen crecer la corte del más rico.
Si la sola razón nos gobernase,
La suprema riqueza consistiera
En ser el hombre igual y moderado;
Cuando hay pocos deseos, todo sobra:
Mas los hombres quisieron ser ilustres
Y poderosos, para de este modo
Hacerse eternamente afortunados
Y tranquilos vivir en la opulencia.
¡Esfuerzos vanos! pues la muchedumbre
De los hombres que van tras la grandeza
Llenó todo el camino de peligros;
Si llegan á encumbrarse, los derroca
De ordinario la envidia, como un rayo,
En los horrores de una muerte infame.
Debe, por tanto, el ánimo prudente
Anteponer la quieta servidumbre
Á la ambición del trono soberano.
Deja á estos miserables se consuman,
Y se amancillen con sudor y sangre,
Y forcejeen en la senda estrecha

De la ambición sin fruto; pues no advierten
Que la envidia recoge, como el rayo,
Sus fuegos en los sitios más alzados:
Su saber sólo estriba en dicho ajeno,
Y apetecen las cosas más de oidas
Que consultando á sus sentidos mismos:
Al presente es el hombre como ha sido
Y como será siempre en cualquier tiempo.
Así, cuando á los reyes dieron muerte,
La majestad antigua de los tronos
Y los soberbios cetros derribados
Yacían con infamia; y de sus sienes
La brillante diadema ensangrentada,
Pisoteada por los pies del pueblo,
Se lamentaba de su inmensa gloria:
Pues codiciosamente se aniquila
Lo que antes se adoró con miedo acerbo.
La autoridad suprema se volvía
Al pueblo entonces y á la muchedumbre:
Y cada cual el cetro demandaba,
El sumo imperio y la soberanía.
Eligieron de entre ellos magistrados,
Que obedecieron voluntariamente:
Porque el género humano, fatigado
De vivir en la dura servidumbre,
Y con enemistades extenuado,
Más de su grado recibió las leyes
Y los justos derechos: pero como
El enojo llevase la venganza
Mucho más lejos de lo que las leyes
Permiten al presente, se cansaron
De la anarquía y las venganzas fieras.
De aquí nació el temor de los castigos,
Que envenena los gustos de la vida:
El hombre mismo violento, injusto,

Queda en sus propios lazos enredado:
La iniquidad se vuelve casi siempre
Contra su mismo autor: gozar no puede
De una vida pacífica y tranquila
El que viola los sociales pactos.
Aun cuando sus acciones estuviesen
Á los hombres y dioses encubiertas,
Debe estar en continuo sobresalto
De que se haga patente su delito;
Pues refieren que muchos en el sueño
Ó delirando en las enfermedades
Se descubrieron infinitas veces,
Y revelaron crímenes que habían
Tenido mucho tiempo reservados.
No es difícil el dar razón ahora
De lo que motivó entre las naciones
Á creer la existencia de los dioses,
Y las ciudades inundó de altares
Y estableció los ritos religiosos,
Estas pompas augustas que en el día
Se hacen en las empresas importantes
Por todas las naciones de la Tierra:
Y cuál sea la causa y el origen
De este horror infundido á los mortales
Que erige en todo el orbe de la tierra
Á las divinidades nuevos templos
Y con días festivos las obsequia.
Es que ya desde entonces los mortales,
Aunque despierto el ánimo, veían
Los simulacros sobrenaturales
Que la ilusión del sueño exageraba
Á su imaginación: así, creyendo
Que movían sus miembros y que hablaban
Con imperiosa voz, proporcionada
Á su gran porte y fuerzas desmedidas,

Por vivos y sensibles los tuvieron.
También los suponían inmortales;
Pues siendo su hermosura inalterable,
Con la misma belleza se ofrecían
Á ellos los fantasmas celestiales;
Y porque siempre con tan grandes fuerzas
Creían imposible que triunfase
De ellos acción alguna destructora:
También por muy dichosos los tenían,
Pues no les inspiraba sobresalto
El temor de la muerte; y porque en sueños
Los veían hacer muchos prodigios
Sin quedarse por ellos fatigados.
La morada y palacio de los dioses
Pusieron en los cielos, porque es donde
Parece que voltean Sol y Luna;
De allí viene la noche, de allí el día,
Y los astros errantes allí brillan
Y los volantes fuegos por la noche;
Los nublados, rocíos, lluvias, nieve,
Vientos, rayos, granizo y raudos truenos,
Y los murmullos largos de amenazas.
¡Oh raza de los hombres sin ventura!
¡Cuando á los dioses concedió existencia
Y los armó de cólera inflexible,
Cuántos gemidos asimismo entonces,
Qué heridas á nosotros, y qué llantos
Á nuestra descendencia ocasionaron!
No es piedad el dar vueltas á menudo,
Tapada la cabeza ante una piedra,
Ni el visitar los templos con frecuencia,
Ni el andar en humildes postraciones,
Ni el levantar las manos á los dioses,
Ni el inundar sus aras con la sangre
De animales, ni el cúmulo de votos:

Que la piedad consiste en que miremos
Todas las cosas con tranquilos ojos;
Porque cuando hacia arriba los alzamos
Á contemplar las bóvedas inmensas
Y todo el estrellado firmamento;
Cuando reflexionamos la carrera
Del Sol y de la Luna, se despierta
Entonces en el pecho de repente
Una inquietud, que al parecer habían
Los otros males de la vida ahogado,
Y el hombre se pregunta si por dicha
Hay alguna deidad omnipotente
Que estos resplandecientes globos mueve;
Pues la misma ignorancia de las causas
Hace que ande el espíritu dudoso:
Se indaga qué principio tuvo el mundo,
Y cuál será su fin y hasta qué tiempo
Él podrá resistir este trabajo
De estar en un continuo movimiento;
Ó si, inmortalizado por los dioses,
Podrá desafiar por muchos siglos
De eterna duración las grandes fuerzas.
¿Qué espíritu, además, no apoca el miedo
De los dioses? ¿Á qué hombre no se hielan
Los miembros de pavor cuando la tierra
Abrasada retiembla con el golpe
Horrible de los rayos, y recorren
Todo el cielo murmullos espantosos?
¿No se estremecen pueblos y naciones?
Sobrecogidos los soberbios reyes,
¿No abrazan las estatuas de los dioses
Temblando aquel instante formidable
De expiar sus acciones criminales
Y todos sus tiránicos mandatos?
Y cuando barren los furiosos vientos

Al jefe de la escuadra por los mares
Con sus bravas legiones y elefantes,
Pávido no hace votos á los dioses
Para obtener á fuerza de plegarias
Tranquilidad y vientos favorables?
En vano todo; porque arrebatado
Por algún violento remolino,
En los escollos va á encontrar la muerte:
Ciertamente parece que se burla
De los humanos acaecimientos
Una fuerza secreta, y se complace
En pisar con ludibrio las segures
Y los fasces hermosos. Por fin, cuando
Debajo de los pies vacila el orbe,
Cuando caen las ciudades desplomadas,
Y están amenazando otras rüina,
¿Por ventura, es extraño que los hombres
Se llenen de desprecio hacia sí mismos,
Y reconozcan un poder más grande
Y una fuerza divina extraordinaria
Que á su gusto dirija el universo?
Por lo demás, el oro, cobre y hierro,
Y la plata y el plomo, se encontraron
Cuando devoró el fuego vastas selvas
En las montañas, bien cayendo rayos,
Ó bien los hombres peleando en bosques
Fuego arrojasen contra el enemigo
Para atemorizarle; y ya movidos
De la bondad del suelo dispusieron
Hacer los bosques tierras labrantías,
Ó bien en praderías convertirlos:
Ó para destruir más fácilmente
Las fieras y quedar ricos con ellas:
Pues se usaron primero en cacerías
Los hoyos y los fuegos que las redes

Para cercar un bosque, y las jaurías
Que levantan la caza. Cualquier causa
Que haya dado principio á aquel incendio,
Cuando hubo viva llama devorado
Con un horrible estrépito las selvas
Hasta la raíz misma, y recocido
La tierra con su fuego, arroyos de oro
Y de plata, además de cobre y plomo,
Después de haber corrido por las venas
Encendidas del globo, se juntaron
En cavidades; y consolidados,
Viendo cómo brillaban en la tierra,
Prendados de su brillo y hermosura,
Los recogían cuidadosamente:
Y observando tenían la figura
De aquellas cavidades en que estaban,
Pensaron que con fuego derretidos
Se les podía dar cualquiera forma
Y cualquiera figura; y golpeando
Hacer se adelgazasen y extendiesen
Y rematasen en aguda punta:
Vieron también ser buenos para armas,
Para corta de selvas, pulimento
De materiales y cuadrar maderos,
Para taladros, para excavaciones:
Quisieron emplear la plata y oro
En los mismos servicios que hizo el cobre,
Pero fué en vano, porque no tenían
Bastante consistencia estos metales,
Ni la dura fatiga resistían.
Tuvo entonces el cobre mayor precio,
Y se despreció el oro como inútil
Embotando su punta fácilmente:
Despréciase ahora el cobre; el oro sube
Á la mayor estima: de este modo

Cambia el tiempo la suerte de las cosas;
Lo que antes se estimaba, hoy se desprecia;
Lo que no se quería, vale ahora
Y se codicia más de día en dia,
Y es el objeto digno de alabanzas,
Y tiene sumo aprecio entre los hombres.
Cómo se descubrió el uso del hierro
Tú mismo puedes conocerlo, Memmio.
Las manos fueron las primeras armas,
Y las uñas y dientes; y las piedras,
Y las ramas de árboles, y el fuego
Y la llama después que se encontraron.
Se supieron después las propiedades
Del hierro y cobre; pero el uso de éste
Se conoció mucho antes que el del hierro.
Por ser más á propósito y copioso,
Se labraba la tierra con el cobre,
Y con cobre se daban los combates,
Se sembraba la muerte y se robaban
Los campos y ganados; pues desnudos
É inermes se rendían fácilmente
Á gente armada: convirtióse el hierro
Casi insensiblemente en las espadas,
Y llegó á ser tirada con desprecio
La hoz de cobre; y á romper el suelo
Empezaron con hierro, y decidióse
De las batallas la dudosa suerte.
Y montar un caballo y gobernarle
Con riendas y con frenos, combatiendo
Con la mano derecha, fué primero
Que arrostrar los peligros de la guerra
Sobre un carro que tiran dos caballos;
Y precedió este tiro á la cuadriga
Y á la invención de los falcados carros.
Llegaron á enseñar cartagineses

Después al elefante monstruoso,
Que lleva torres y la trompa pliega,
Á recibir heridas en la guerra
Y á meter el desorden en las huestes.
Así inventó Discordia sanguinaria
Medios de asolación uno tras otro,
Todos horribles á la humana gente,
Y un nuevo colmo de terror pusiera
Á la guerra espantosa cada día:
Y se probó también en los combates
El furor de los toros, y ensayaron
Que embistiesen crüeles jabalíes
Al enemigo: y los leones bravos
En la guerra á los Partos precedían
Con conductores bien provistos de armas,
Y terribles maestros, destinados
Á refrenar su ardor con las prisiones:
Inútilmente; porque, enardecidos
Con la sangre y matanza, derramaban
El desorden, crüeles, por doquiera,
Sus melenas horribles sacudiendo.
Ni dirigir podían los jinetes
Á los caballos atemorizados
Con los rugidos, ni tampoco hacerlos
Que volviesen la cara al enemigo.
Las leonas, furiosas se arrojaban
Del uno al otro ejército saltando,
Presentaban su boca amenazante
Á todos los que al paso se encontraban,
Por detrás los cogían descuidados,
Y á tierra los echaban destrozados
Con garras y con dientes: y los toros
Lanzaban por el aire jabalíes,
Y después con coraje los pisaban;
Las tripas del caballo echaban fuera

Metiéndole las astas por debajo,
Y después de caído se arrojaban
Sobre él, amenazándole de nuevo.
Pero empleaban contra sus aliados
Los jabalíes sus colmillos fuertes,
Y teñían furiosos en su sangre
Las armas rotas, y con nueva furia
Á infantes y jinetes daban muerte.
Huían velozmente los caballos
De la fiera embestida de sus dientes,
Empinándose: puesto que allí vieras,
Rotos sus corvejones, de repente
Abandonar la mole de su cuerpo
Á pesada caída los caballos.
Creyendo que estarían bien domados,
De cara encarnizarse los veían
En medio de la acción de las heridas,
De confusión, espanto, gritos, fuga:
No se podía sujetar ninguno;
Todos se dispersaban: de manera
Que hicieron lo que aun hacen hoy en día
Los elefantes en la guerra heridos,
Que huyen después de haber desparramado
El estrago y la muerte entre las filas
Que con tanta bravura defendieron.
Sin embargo, no puedo persuadirme
De que no hayan previsto de antemano
Las comunes desgracias que traería
Entre ellos este uso abominable;
Y quisiera también que comprendieses
En estos males á los varios mundos
Que de diverso modo ha construído
Naturaleza, y no los limitaras
Á sólo nuestro mundo: la esperanza
De vencer no introdujo estos estragos;

Más bien los hombres, que desconfiaban
De su número, y armas no tenían,
Quisieron, pereciendo en el ataque,
Dar que gemir á las contrarias filas.
Eran entrelazados los vestidos
Primero que el tejido se inventara:
El arte de tejer se siguió al hierro;
Pues sólo con el hierro hacerse pueden
Instrumentos tan finos como husos,
Córcolas, lanzaderas y las planchas.
Á los hombres forzó Naturaleza
Á trabajar la lana antes que diera
Este oficio á las hembras; porque el hombre
Tiene mayor industria y sobresale
En cualquier arte: empero vergonzoso
Pareció á los robustos labradores,
Y en manos de las hembras la pusieron,
Y para sí dejaron los trabajos
Más duros y penosos, y escogieron
Fortalecer con ellos cuerpo y manos.
Pero enseñó también Naturaleza
El arte de plantar y los ingertos;
Ella dió estas lecciones la primera,
Mostrando las semillas y bellotas
Que cada una á su tiempo producía
Al pie del árbol mismo do cayera
Un enjambre de arbustos: desde entonces
Gustaron ingerir ellos en ramas
Renuevos de otra especie, y por los campos
Les agradó plantar arbustos nuevos.
Hicieron nuevo ensayo cada día
En la cultura de su dulce campo,
Y veían los frutos más silvestres,
Con el blando cultivo y el cuidado,
Llegar á suavizarse. Y obligaron

Á meterse las selvas hacia el monte
De día en día, y á dejar los llanos
Á la cultura, para que los prados,
Los lagos, los arroyos y los frutos
Y las viñas alegres ocupasen
Los campos y collados, y el olivo
Pudiese por el medio derramarse
Por cerros y por valles y por campos
En tendidas hileras, como ahora
Ves la gustosa variedad que ofrecen
Las campiñas, doquiera divididas
Ó guarnecidas de árboles frutales.
Mas los claros gorjeos de las aves
Con la voz se imitaban mucho antes
Que pudiesen los hombres regalarse
Los oidos con versos armoniosos
De melódico són y dulce halago;
Y el silbido del céfiro en los huecos
De las cañas les dió lección primera
De inflar la campesina cañaheja.
Después, por dedos ágiles tocada,
Y acompañada de la voz, la flauta
Poco á poco hizo oir sus dulces quejas:
Fué inventada en los bosques retirados,
En las selvas y montes solitarios,
Entre los dulces ocios de pastores.
Lentamente va el tiempo de este modo
Sacando á luz las artes diferentes,
Y el ingenio las va perfeccionando.
Suavizaban las penas de la vida
Con estos inocentes pasatiempos
Cuando acababan la frugal comida,
Al tiempo que el descanso es más gustoso.
Y así por lo común, ellos, tendidos
Sobre la verde grama, al pie del agua

De un arroyo, debajo de las ramas
De algún árbol erguido, á poca costa
Gozaban de placeres inocentes,
Mas sobre todo en la estación risueña,
Cuando con verde yerba engalanaba
Y con flores los prados el verano:
Entonces era el tiempo de las danzas,
Entonces de las pláticas, entonces
De las dulces risadas, porque entonces
La musa pastoril se remontaba:
Los provocaba entonces la alegría
Á adornarse los hombros y cabeza
Con guirnaldas de flores y de hojas,
Y herían sus pies rústicos la tierra,
Esta madre común, pesadamente
Sin compás ni soltura, por lo que eran
Las risas é inocentes carcajadas;
Haciendo los placeres más extraños
Su misma novedad: y, desvelados,
De aquí sacaban ellos sus consuelos,
La voz acomodando á varios cantos
Y pasando sus labios apretados
Sobre sus caramillos. Al presente
Recreamos así nuestros desvelos,
Y aprendemos la música con reglas;
Mas no cogemos frutos tan colmados
De la dulzura como los cogía
La raza inculta de hijos de la Tierra.
   Así que, el bien presente preferimos
Y nos agrada más suavemente
Si otro más superior no conocemos;
Y los nuevos inventos perjudican
Á los antiguos y del todo mudan
Nuestros gustos: por eso aborrecimos
La bellota; por eso hemos dejado

Las camas de los céspedes y hojas:
La piel cayó también en el desprecio;
Aquel vestido de feroces bestias.
¡Cuánto me temo que la envidia entonces
Contra aquel inventor se encarnizase
Que la vistió primero, asesinando
Traidoramente este hombre; y á la postre
Los demás entre sí se repartieron
La piel sangrienta sin querer dejarla!
Porque entonces las pieles, ahora el oro
Y púrpura ejercitan á los hombres
Con zozobras, combates y fatigas:
Nosotros somos más culpables que ellos,
Pues sin pieles el frío atormentaba
Á los desnudos hijos de la Tierra;
Nosotros ningún daño recibimos,
Careciendo de púrpura y de oro
Y de ricos bordados, si tenemos
Un vestido común que nos abriga.
Así en vano se afana el hombre siempre
Y de continuo se atormenta en vano,
Y en cuidados supérfluos gasta el tiempo,
Porque no pone límite al deseo,
Y porque no conoce hasta qué punto
El placer verdadero va creciendo:
Y esto es lo que ha lanzado poco á poco
Entre borrascas á la humana vida,
Y ha movido unas guerras tan crüeles
Para arruinar la sociedad entera.
El Sol y Luna, estos brillantes globos
Que van luciendo alternativamente
Por el rico palacio de los cielos,
Han dado bien á conocer al hombre
Vicisitud constante de estaciones
Y de Naturaleza el orden cierto.

El hombre ya vivía en fuertes torres,
Y la tierra se había repartido,
Y estaba floreciente su cultura;
Florecía la mar con hondas naves;
Y por medio de pactos y alianzas
Entre sí ya se unían las naciones,
Cuando con sus canciones los poetas
Á transmitir hazañas empezaron
Á la posteridad: no mucho antes
Se inventó la escritura: por lo tanto
De estos antiguos siglos no logramos
Más vestigios que aquellos que entrevemos
Por la razón guiados solamente.
Y la navegación, la agricultura,
La arquitectura, la jurisprudencia,
El arte de hacer armas y caminos,
De preparar las telas, y las otras
Invenciones á éstas semejantes,
Y aun todas las que son de mero gusto,
La pintura, escultura y poesía,
Se inventaron á fuerza de experiencias,
Por la necesidad y por la industria.
El tiempo de este modo poco á poco
Trae los descubrimientos de las cosas,
Y la industria adelanta sus progresos;
Pues vemos que el ingenio perfecciona
Las artes sin cesar unas con otras,
Hasta que logran perfección cumplida.

LIBRO VI

En otro tiempo Atenas la primera,
Ciudad famosa, descubrió los frutos
Á los mortales desafortunados,
Y les dió nueva vida, y les dió leyes,
Y la primera dió dulces consuelos
Contra las desventuras de la vida;
Cuando produjo al mundo el varón sabio,
De cuya boca la verdad salía,
Y de cuyas divinas invenciones
Se asombra el universo, y cuya gloria,
Triunfando de la muerte, se levanta
Á lo más encumbrado de los cielos.
Porque viendo este hombre que ya habían
Todo lo más preciso los mortales
Para vivir y conservar la vida;
Que tenían riquezas abundantes,
Y honor, y gloria, y bien nacidos hijos;
Pero que no dejaban de angustiarse
Y gemir como esclavos en prisiones,
Llegó á entender que todo el mal venía

Del mismo vaso, que teniendo vicio
Malea lo que se echa más precioso:
Ya porque permeable y sin asiento
No se llena por mucho que se le eche,
Ya porque el interior todo emporcado,
Con su negro veneno inficionaba
Cualquier cosa en el vaso contenida.
Limpió, pues, los humanos corazones
Con la verdad; les limitó el deseo,
Les curó sus cuidados y temores,
Y declaróles la naturaleza
Del sumo bien, á que aspiramos todos,
Y el camino más fácil y más corto
Para llegar á él derechamente;
Y demostróles cuáles son los males
Á que sujeta á los mortales todos
El poderío de Naturaleza,
Y que asaltan al hombre acometiéndole,
Ó por acaso ó necesariamente,
Según Naturaleza dispusiera:
Les dijo por qué lado debe el alma
Á sus asaltos resistir invicta,
Y probó cuán en vano ella fomenta
De ordinario en el fondo de sí misma
Las zozobras de tristes aflicciones:
Así como los niños temerosos
Se recelan de todo por la noche,
Así nosotros, tímidos, de día
Nos asustamos de lo mismo á veces
Que despavorir suele á los muchachos:
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
Nó con los rayos de la luz del día,
Sinó pensando en la Naturaleza:
Mi voz la cantará con nuevo aliento.

Y como te enseñé que el edificio
Del Mundo era finible, y que tenía
Principio el cielo, y que los seres todos
Que nacen y nacieron es preciso
Que necesariamente se disuelvan,
Oye lo que me falta descubrirte,
Puesto que la esperanza de mi triunfo
Me animó á que subiese sobre el carro
Brillante de la gloria, y nuevo aliento
Me han dado los obstáculos que había.
Y los demás fenómenos que observan
En el cielo y la Tierra los mortales
Tienen suspensas con pavor sus almas,
Las humillan con miedo de los dioses,
Y las tienen cosidas con la tierra,
Puesto que la ignorancia de las causas
Los fuerza á sujetar Naturaleza
Al imperio de dioses y á ponerles
En sus manos el cetro, y se imaginan
Que algún poder divino hace las obras
Cuyo primer resorte ellos ignoran:
Porque los que estuvieren persuadidos
De que los dioses viven descuidados,
Sinó obstante se admiran de las causas,
En especial de aquellas apariencias
Que encima de nosotros se descubren
En la región etérea, nuevamente
Caen en su inveterado fanatismo,
Y nos ponen tiranos inflexibles,
Á quienes para colmo de miseria
Les conceden poder ilimitado;
Ignorando qué cosa existir puede,
Cuál no puede, y los límites precisos
Que la Naturaleza ha señalado,
En fin, á la energía de los cuerpos,

Por lo que más y más se descaminan.
Si no desechas semejantes yerros
Teniendo por indignos de los dioses
Y ajenos de su calma estos cuidados,
Vendrán á tu presencia de continuo
Estas santas deidades resentidas;
No porque capaz sea de enojarse
La majestad suprema de los dioses,
Y deseen coléricos vengarse
Con ejemplar castigo de los hombres;
Sinó porque estarás muy persuadido
Que en el seno de un plácido reposo
Revuelven las venganzas en su pecho;
No entrarás en los templos de los dioses
Con pacífico pecho, ni es posible
Que aquellos simulacros emanados
De sus augustos cuerpos te presenten
Sus divinas imágenes con calma:
¡Ya ves cuán triste vida te amenaza!
Aunque sabiduría por mis labios
Te ha explicado verdades infinitas
Para alejar de tí tan dura suerte;
Otras muchas me faltan todavía,
Y tengo yo además que engalanarlas
Con lindos versos; tengo que explicarte
Los diversos fenómenos del cielo:
Cantaremos también las tempestades,
Y las causas y efecto de los rayos,
Porque, supersticioso, neciamente
En regiones diversas no repartas
El cielo para ver, todo temblando,
De qué parte salió el alado fuego,
Ó hacia dónde tiró precipitado,
Y cómo por las tapias se introduce,
Y cómo sale de ellas victorioso:

Pues todos son efectos naturales,
Que atribuyen los hombres á los dioses
Porque no pueden penetrar las causas.
Caliope, diestra musa, que á los hombres
Alivias, y recreas á los dioses,
Vén á instruirme tú de mi corrida
Hacia la ruta de carrera ilustre,
Para ceñir, guiándome tú ahora,
De corona inmortal mi sien gloriosa.
Tan sólo se estremecen con el trueno
Las azuladas bóvedas celestes,
Cuando agitadas por contrarios vientos
Se chocan mutuamente etéreas nubes
Por las altas regiones remontadas;
Pues no viene el tronido de aquel lado
Que hay sereno en el cielo: pero cuando
Las nubes condensadas se amontonan
En una parte, allí con mayor fuerza
Suele sentirse el tormentoso ruido.
Además, que no pueden ser las nubes
De una masa tan densa como piedras
Y vigas; ni tampoco tan sutiles
Como la niebla y humo, pues debieran
Caer en fuerza de su mucho peso
En el caso primero como piedras;
Si tuvieran la misma consistencia
Que tiene el humo, no pudieran ellas
Contener los granizos y las nieves.
En la inmensa llanura de los aires
Hacen también un ruido semejante
Al de los grandes lienzos que se agitan
Por entre las columnas y las vigas
De nuestros coliseos; otras veces,
Rasgadas por la furia de los vientos,
Imitan el sonido delicado

Que hace roto el papel entre los dedos,
Como en el trueno puedes observarlo;
Ó el ruido de un vestido que hay colgado,
Ó de una hoja volante que los vientos
En fuerza de sus golpes repetidos
Agitan y remueven por los aires.
También sucede á veces que las nubes
En lugar de chocarse por delante
Se comprimen de lado, y van raspando
Por medio de encontrados movimientos
Lo largo de su cuerpo, de do nace
Aquel sonido seco que magulla
Los oidos, y dura mucho tiempo,
Hasta que se ven libres de aquel lazo.
Otra causa hay también por la que el trueno
Nuestro mundo conmueve en ocasiones
Con estremecimientos tan horribles
Que parecen las bóvedas del Mundo
Por todas partes reventar deshechas
Con repentino golpe; cuando entrado
De pronto el huracán impetuoso
En medio de las nubes allí brega:
Rápido torbellino que condensa
La nube con esfuerzos redoblados,
La estrecha por los lados, y la ahueca;
Pero cuando por fin abrieron paso
Su impetuosidad y su violencia,
Con horrible estampido sale el viento:
No es maravilla, cuando el mismo ruido
De un estallido igual da muchas veces
Una simple vejiga llena de aire.
También puede explicarse de otro modo
Aquel ruido que excitan en las nubes
Los vientos; porque vemos de ordinario
Que las nubes presentan superficies

De ramificación larga é incierta:
Luego deben hacer el mismo ruido
Que las hojas y ramas de una selva
Cuando son de los cierzos agitadas.
Puede también la furia de los vientos
Reventar una nube si la embisten
Directamente con furioso aliento:
La experiencia nos dice cuánta fuerza
Debe tener su soplo por arriba,
Cuando aquí bajo, siendo más suave,
Echan á tierra el árbol más erguido
Y arráncanle de cuajo fácilmente.
Hay también en las nubes como olas
Que deben, estrellándose con furia,
Producir un murmullo tan profundo
Como el que hace un gran río y occeáno
Cuando es por las tormentas agitado.
También del rayo los ardientes fuegos,
Cuando de nube en nube van cayendo,
Quizá vienen á dar en nube acuosa,
Donde mueren con ruido semejante
Al chirrío del hierro caldeado,
Cuando rápidamente le metemos
Desde la misma fragua en agua fría:
Pero si árida nube coge al rayo,
Se inflama de repente con gran ruido:
De esta manera el fuego provocado
Con torbellino de furiosos vientos
Se extiende por los montes coronados
De laureles al punto consumidos:
No hay cuerpo combustible que devore
El fuego con un ruido más terrible
Que el árbol consagrado al dios de Delfos.
Por fin, el hielo haciéndose pedazos,
Y el granizo cayendo hacen retumben



Las nubes á lo lejos, cuando el viento
Las junta y amontona semejantes
Á las montañas, y por fin quebradas
Caen en tierra revueltas con granizo.
También relampaguea si las nubes
Arrojan mucha ignífera semilla
En fuerza de su choque, á la manera
Que sacudiendo un pedernal con otro,
Ó dando con un hierro, se ve entonces
Brillar la luz y chispear de lejos:
Y el relámpago ya vieron los ojos
Cuando llegan los truenos al oido;
Porque hieren más pronto los objetos
La vista que el oido, como puedes
Observarlo tú mismo, si te pones
Á ver cortar al leñador las ramas
Supérfluas de algún árbol con el hacha;
Pues le verás primero dar el golpe
Que llegue á tus orejas el sonido:
El relámpago vemos asimismo
Antes que percibamos el sonido,
Siendo uno y otro á un tiempo y siendo hijos
Del mismo choque y de la misma causa.
También explicaré de otra manera
Por qué de rauda luz bañan la tierra
Las nubes y sus fuegos tembladores
Hacen brillar durante la borrasca.
Luego que el viento acometió á la nube,
Y agitándola siempre, como dije,
Logró ahuecarla, y recogerla al centro,
Con movimiento rápido se inflama;
Porque vemos nosotros abrasarse
Todo cuerpo movido con presteza,
Y aun la bala de plomo derretirse
En un gran trecho, cuando el remolino

Inflamado rasgó la obscura nube,
Desparrama sus fuegos de repente
Lanzados de la nube con esfuerzo,
Obligando á cerrar los ojos: luego
Óyese el estampido, que la oreja
Hiere más tarde que la luz los ojos:
Todos estos efectos ciertamente
Suponen nubes densas, que arrojadas
Sean también con ímpetu admirable.
No dejes engañarte de tus ojos,
Que no te enseñan más desde aquí bajo
Que la extensión y anchura de las nubes,
Más bien que el grueso de ellas y su altura.
Para desengañarte, considera
Las nubes parecidas á unos montes
Que los vientos trasponen por los aires
En dirección contraria: ó si los vientos
Yacen en sus entrañas sepultados,
Verás amontonadas estas nubes
Unas sobre otras por los altos montes,
Apretarse entre sí por las alturas.
Entonces podrás tú formar idea
De sus masas enormes; ver en ellas
Especies de cavernas fabricadas
En rocas suspendidas, y los vientos,
Cuando llenan su centro dando muestras
De tempestad, se indignan en las nubes
Al verse dentro de ellas encerrados,
Como lo hacen las fieras en sus jaulas:
Resuenan á lo lejos sus bramidos,
Por todas partes quieren escaparse,
Desprenden de la nube unas semillas
De fuego, que amontonan y revuelven
En lo interior de sus ardientes hornos,
Hasta que ya por fin rasgan la nube

Y en torrentes de luz huyen los vientos.
  Los rápidos relámpagos que vuelan
Hacia la tierra, fuegos transparentes
Más brillantes que el oro, tal vez deben
Su nacimiento á la sustancia misma
De las nubes, que dentro de sí encierran
Precisamente una abundante copia
De moléculas ígneas; en efecto,
Cuando ningún humor tienen las nubes,
Por lo común es su color brillante
Así como la llama; porque debe
También la luz del sol precisamente
Comunicarlas infinitas partes
Para estar encendidas de este modo
Y hacerlas brotar fuego: cuando el viento
Amontonó estas partes en un sitio,
Y comprime la nube fuertemente
Por donde ellas están amontonadas,
Exprime de la nube estas semillas
De fuego, las esparce, y las obliga
Á arder con los colores de la llama.
  También relampaguea si las nubes
Están enrarecidas; cuando el aire
Agitando la nube dulcemente
Sus partes va ensanchando y disolviendo,
Es preciso que caigan por sí mismas
Las semillas de fuego causadoras
Del relámpago entonces sin estruendo,
Sin destrucción y sin causar terrores.
  Además, los efectos de los rayos
Dicen cuál sea su naturaleza:
Las señales que dejan en los cuerpos
Que consumieron, los vapores densos
Del azufre que exhalan nos demuestran
Que son de fuego, no de aire ó de agua:

Abrasan además las fuertes torres,
Y con rápida llama hacen cenizas
Los edificios: la Naturaleza
Este fuego voraz formó de intento
De sus fuegos más vivos y sutiles:
Ninguna cosa puede resistirle;
Por medio de las casas pasa el rayo
Con tanta valentía y ligereza
Como el grito y la voz; él atraviesa
Las peñas y metales; cobre y oro
Derrite en un momento, y de repente
Disipa el vino sin lesión del vaso,
Porque tal vez llegando á introducirse
Su calor fácilmente en las paredes
Del vaso, las afloja y enrarece
Y echa por todas partes los principios
Del vino adelgazándolos primero:
El mismo Sol hacerlo no podría
En todo un siglo; tanta es la ventaja
Del poderío activo de los rayos.
Ahora te explicaré sin digresiones
Cómo se forma el rayo, y cómo adquiere
Una fuerza capaz de hender las torres,
Derribar casas, arrancar las vigas,
Demoler las memorias de los hombres
Y dejar á los mismos hombres muertos,
Sin vida echar por tierra los ganados,
Y muchas destrucciones semejantes.
De las nubes espesas y apiñadas
Por las altas regiones nace el rayo:
Ninguno viene de sereno cielo,
Ni las nubes ligeras los despiden;
Como nos lo declara la experiencia
Cuando vemos cubrirse la atmosfera
De espesas nubes en aquel momento

En que la tempestad prepara el rayo:
Parece que han salido las tinieblas
Del Aquerón, á un tiempo, obscureciendo
La cavidad inmensa de los cielos;
Nos cubre horrible noche con su manto;
Pende el terror encima de nosotros.
También alguna vez la negra noche,
Como río de pez que descendiese
Del cielo por el mar, sobre sus ondas
Cae tan precipitada, y á lo lejos
Derrama las tinieblas; tras sí arrastra
La tempestad, preñada de huracanes,
De rayos y de fuegos y de vientos
Tan furibundos, que en la tierra tiemblan
Los hombres y se meten en sus casas.
Es creible que tengan mucho cuerpo
Las nubes borrascosas que se forman
Sobre nuestras cabezas; pues la Tierra
En noche obscura no se sepultara
Si multitud de nubes por encima
Toda la luz del Sol no la robaran;
Las lluvias abundantes no podrían
Hinchar los ríos é inundar los campos,
Si no estuviera la región etérea
Llena toda de nubes elevadas.
Fuegos y vientos hay por todas partes,
De cualquier lado truena por lo mismo,
Y salen los relámpagos: ya he dicho
Que tienen mucha ignífera semilla
Todas las nubes en su centro hueco:
Que los rayos del Sol y sus ardores
Las aumentan también precisamente.
Cuando el viento amontona en un paraje
Todas aquellas nubes, saca de ellas
Infinitas moléculas de fuego,

Con las cuales él mismo se revuelve:
El remolino entonces prisionero
En la nube se agita, y allí aguza
El rayo en medio de esta fragua ardiente.
El viento, pues, se enciende de dos modos:
Por actividad propia, ó por contacto
De fuego: y cuando ya de esta manera
Se encendió él á sí mismo, ó recibiera
La impresión de la llama, presto el rayo
Rompe la nube; entonces de improviso
Luces resplandecientes va esparciendo
Por todas partes, y hórrido estallido
Se deja oir, como si caminaran
Sobre nosotros, rotas de repente,
Las bóvedas del cielo: todo el globo
Retiembla entonces, y de polo á polo
Por todo el firmamento corre el trueno:
Porque á la vez se agitan y retumban
Todos juntos entonces los nublados,
Y de este general sacudimiento
Nace una lluvia tan copiosa y fuerte,
Que parece que quiere convertirse
En agua todo el cielo, y que de nuevo
Se va á anegar la Tierra con diluvio:
Tanto asusta el sonido de las nubes
Que se rompen á un tiempo, y de los vientos
Que braman agitados, y del rayo
Que reluce volando por los aires.
  También un viento externo é impetuoso
Viene á caer sobre una nube espesa
Do está el rayo formado, la que abierta,
Deja caer de pronto el torbellino
De aquel fuego que rayo le llamamos:
Esto también sucede á otros nublados
Según las direcciones de los vientos.

Puede también acontecer á veces
Que, sin estar el viento aún encendido,
Sin embargo se inflame en largo trecho;
Que en su misma carrera se despoje
De aquellos elementos más groseros
Que no pueden pasar por la atmosfera,
Y que del aire mismo tome al paso
Las más finas moléculas, que le hagan
Inflamarse volando envuelto en ellas:
Como bala de plomo se escandece
En su carrera cuando va dejando
Los principios más fríos en el aire,
Y semillas de fuego en él recoge.
La inflamación, en fin, puede que nazca
Del mismo choque; cuando el viento frío
Sin fuego azota, entonces por ventura
Saca la violencia de su golpe
Moléculas de fuego de sí mismo
Y del cuerpo chocado, como cuando
Un pedernal herimos con el hierro
Salen las chispas, y aunque el hierro es frío
Sabe la colisión sacar semillas
Refulgentes de llama; pues lo mismo
Debe encender el soplo de los vientos
Los cuerpos que sacude, si inflamable
Es la naturaleza de estos cuerpos:
Sin ser un temerario no se puede
Enteramente asegurar que el viento
Tan rápido bajando desde arriba
Sea del todo frío; y si en su curso
No se inflamó, debe llegar al menos
Entibiado y revuelto en algún fuego.
La rapidez del rayo y golpe fuerte
Y su caída violenta nacen
De su natural ímpetu: encerrado

En las nubes, y allí, cobrando fuerzas,
Con nuevo brío intenta salir de ellas;
Cuando el nublo no puede resistirse
Á este aumento de ímpetu, se escapa
Con una prodigiosa ligereza
El fuego destructor, como las piedras
Lanzadas por las máquinas terribles.
Junta también á esto ser el rayo
De finos y sutiles elementos;
Y con esta figura no es tan fácil
Hacerle resistencia, pues se cuela
Y se insinúa por lo más estrecho:
No puede cuerpo alguno con su choque
Detener su raudísima carrera.
Además de que todo cuerpo grave
Por natural impulso tiende abajo,
Pero si la impulsión se junta al peso,
Su rapidez se dobla, y se acrecienta
Aquel ímpetu suyo de contado.
El rayo así con estas fuerzas dobles
Debe quitar del medio en un instante
Cualquier estorbo que se encuentre al paso,
Y proseguir su marcha sin pararse.
En fin, la longitud de su caída
Más y más acelera el movimiento,
Que siempre va creciendo; y aumentando
Su ímpetu, vigora los ataques,
Sus divergentes átomos juntando
Y dirigiendo todos sus esfuerzos
Hacia el punto común á donde corre.
También quizá viniendo hacia nosotros
Quita de paso el rayo al aire mismo
Corpúsculos que puedan darle fuerza
Y acelerar su golpe impetuoso.
Hay muchos cuerpos que penetra el rayo

Sin daño alguno de ellos, porque encuentra
Conductos que atraviesa velozmente:
Hay otros que destruye y descompone,
Porque viene á atacar directamente
Las moléculas que unen su tejido:
Él con facilidad derrite el cobre
Y hace que hierva el oro en un instante,
Porque de átomos lisos y sutiles
Se forma el rayo, los que fácilmente
Dentro de estos metales se introducen,
Y desatan sus nudos al momento
Y todas sus lazadas desaprietan.
En el Otoño y en la Primavera,
Cuando se abren las flores por los campos,
El palacio encumbrado de los cielos
De fulgentes estrellas se estremece
Por todas partes más á la continua:
Se estremece también toda la tierra,
Porque en Invierno faltan muchos fuegos,
Y los vientos se calman en Estío,
Y las nubes no tienen tanto cuerpo.
En estaciones medias, pues, concurren
Todas las varias causas de los rayos:
Vienen á ser los límites comunes
Do el frío y el calor se están tocando
Agentes necesarios de los rayos,
Que entrambos introducen la discordia
En la naturaleza, y con gran ruido
El fuego encienden de las tempestades
Y enfurecen el aire con los vientos:
Porque el fin del Invierno y el principio
De Estío son los que hacen el Verano:
Por lo cual deben el calor y el frío,
Principios entre sí tan encontrados,
Luchar y revolver todas las cosas:

El Otoño, que forma la salida
Del Estío y la entrada del Invierno,
Debe observar las riñas y pendencias
Del frío y del calor; guerras del año
Pueden llamarse entrambas estaciones:
No es extraño que se hagan muchos rayos
Entonces, y que el cielo se alborote
Con tempestades, porque la discordia
Está continuamente fomentada
Con llamas y con vientos y con nublos.
Así se indaga la naturaleza
Del ignífero rayo y sus efectos;
Nó consultando vanas predicciones
De los toscanos para hallar indicios
Del secreto consejo de los dioses:
Ó de dónde salió el alado fuego,
Ó hacia dónde tiró precipitado,
De qué modo se entró por las paredes
Y cómo sale de ellas victorioso,
Ó qué daño presagia su caída.
¿Por qué, si Jove y las demás deidades
Estremecen las bóvedas celestes
Con sonido terrífico, y arrojan
Los rayos por doquiera que les place;
Por qué de parte á parte no dividen
El pecho del malvado que se entrega
Á odioso crimen descaradamente,
Y las llamas del rayo vaheando
Dan á los hombres documento horrible?
¿Por qué más bien revuelven en sus llamas
Al inocente á quien maldad no arguye,
Y á quien súbitamente le circunda
El fuego celestial en remolino?
¿Por qué, además, emplean su trabajo
Contra las soledades vanamente?

¿Es por ejercitar mejor sus brazos,
Ó por asegurar mejor sus golpes?
¿Por qué sufren se emboten en la tierra
Los que despide el padre de los dioses?
¿Por qué de ellos él mismo se despoja,
Y para sus contrarios no los guarda?
En fin: ¿por qué no lanza Jove el rayo
Y nunca mueve tempestad de truenos
Cuando hay serenidad por todo el cielo?
¿Cuando acaban las nubes de formarse,
Monta entonces en ellas por ventura,
Por dirigir sus tiros más de cerca?
¿Por qué razón contra la mar asesta?
¿Por qué hiere las ondas, estas masas
Líquidas, estos cuerpos fluctuantes?
Si quiere nos guardemos de los rayos,
¿Por qué no deja verlos desde lejos?
Y si quiere cogernos descuidados,
¿Por qué truena de modo que podamos
Evitarlos? ¿Á qué son los retumbos,
Tinieblas y murmullos que preceden?
¿Puedes tú concebir que los dispare
Al mismo tiempo por distintas partes?
No puedes refutarlo, sin que niegues
Una experiencia tan frecuente y cierta.
Es preciso que pueda caer el rayo
Al mismo tiempo por distintos lados,
Como vemos que llueve y caen las lluvias.
¿El rayo asolador por qué derriba,
En fin, los templos santos de los dioses,
Estas habitaciones suntuosas;
Y rompe sus estatuas bien labradas;
Y roba á sus imágenes el culto
Con golpe violento? ¿Por qué ataca
De ordinario los sitios elevados,

Y vemos en las cumbres de los montes
Más bien que en otra parte sus vestigios?
Por lo que te he explicado de los rayos
Es fácil conocer de qué manera
Sobre la mar se arrojan desde arriba
Los tifones, que *présteres* clamaron
Los griegos atendiendo á sus efectos.
Por qué bajan á veces desde el cielo
Sobre la mar como en columna larga,
Y todo alrededor bullen las ondas
Agitadas con soplo impetuoso;
Y las naves entonces sorprendidas
Por el vertiginoso meteoro
Están expuestas al mayor peligro:
Y la causa es que el viento algunas veces
No teniendo potencia suficiente
Para romper la nube que ha embestido,
La baja poco á poco hacia las aguas
Como columna echada desde el cielo,
Ó más bien como masa disparada
De arriba abajo por robusto brazo,
La cual sobre las ondas se extendiese:
Cuando rasga la nube, el viento se entra
Con ímpetu en la mar, y en ella excita
Un hervor increible; porque entonces,
Sin cesar agitándose la manga,
Baja á la par la nube, que se presta
Á cualquier movimiento de la bomba:
Y así que la extendió sobre las aguas
El vértice de pronto se zabulle,
Hace toda la mar un hervidero,
Mueven sus olas espantoso ruido.
El mismo torbellino que en el aire
Juntó los elementos de la nube,
Se envuelve algunas veces dentro de ella,

Imitando las mangas por la tierra;
Y cuando al suelo se bajó la nube,
Rasgándose, vomita de su cuerpo
Un remolino, un huracán furioso.
Mas siendo estos fenómenos muy raros
Á causa del obstáculo que oponen
En la tierra á los vientos las montañas,
Deben ser más frecuentes en los mares,
Que son tan extendidos y patentes.
Los nublados se forman cuando muchos
Angulosos corpúsculos, volando
Sin cesar en la atmósfera, se juntan
Entre sí de repente, y se condensan
Á pesar de sus débiles uniones:
Sólo son al principio nubecillas;
Empero todas juntas apiñadas,
Y entre sí reunidas, van creciendo,
Y los vientos las llevan de manera
Que nace de ellas tempestad furiosa.
Y cuanto más vecinas á los cielos
Tienen también sus cumbres las montañas,
Tanto más una niebla amarillenta
Y una especie de humo siempre espeso
Las obscurece; porque cuando empiezan
Á tomar consistencia los nublados,
Sin que puedan aún verlos los ojos,
Los vientos los conducen y aglomeran
Sobre la cima de elevado monte:
Cuando, por fin, después se reunieron
En mucho mayor número apiñados,
Condensados los vemos elevarse
Desde la húmeda cumbre por los aires:
Puesto que la razón y la experiencia
Dicen ser el teatro de los vientos
Aquellos sitios que hay más elevados.

Además quita la Naturaleza
También muchos corpúsculos de encima
De todo el mar, como nos lo declaran
Las ropas que tendemos en la playa
Poniéndose mojadas: luego es claro
Que contribuyen las emanaciones
De este salado flúido agitado
Al acrecentamiento de las nubes.
Vemos también que de los ríos todos
Y de la misma tierra se levantan
Unas nieblas y cálidos vapores
Cuyas exhalaciones se remontan
Por el aire, y los cielos obscurecen,
Y con sus reuniones insensibles
Forman espesas nubes; pues las olas
De la sustancia etérea las empujan
Por la parte de arriba, y condensadas
Cubren casi las bóvedas azules.
Puede también que vengan de otros mundos
Á reunirse en éste aquellos cuerpos
Que forman los nublados y tormentas:
Porque te he dicho que es inumerable
El número de atómos, y el *todo*
Ser también profundísimo: no ignoras
De cuánta ligereza están dotados
Los átomos, y cuán rápidamente
Suelen correr espacio inmensurable;
Por lo que no es extraño que al momento
Cubran la tempestad y las tinieblas
Colgadas en el aire mar y tierra,
Y las montañas; pues los elementos
Encuentran siempre entradas y salidas
Por donde quiera en todos los conductos
Del éter, y por todas las lumbreras
Del mundo, por decirlo de este modo.

Ahora te explicaré cómo se aumentan
Las aguas de la lluvia en nubes gruesas,
Y cómo desde allí caen en la tierra.
Y es preciso ante todo persuadirte
Que se levantan con las mismas nubes
Infinitas moléculas de agua
De todo cuerpo, y á la par se aumenta
Con la misma sustancia de la nube,
Del mismo modo que el sudor, la sangre,
Y cualquiera otro líquido del cuerpo
Crece á la par por todos nuestros miembros.
Los nublados á veces tambien cargan
De las aguas marinas, semejantes
Á vellones de lana suspendidos
Cuando son conducidos por los vientos
Sobre la superficie de los mares;
También de todo río se levanta
El agua hacia las nubes; pero cuando
Estas semillas de agua, acrecentadas
De todas partes con emanaciones
Tan grandes y diversas, se juntaron
Y las condensa el soplo de los vientos,
Entonces determina su caída
Doblada fuerza; la presión de vientos
Y la copia de nubes apiñadas,
Las cuales gravitando unas sobre otras
Hacen caer las lluvias dilatadas.
Cuando además los vientos enrarecen
Los nublados, ó cuando son disueltos
Por el calor del sol, que hiere encima,
Humor pluvioso entonces van soltando,
Y corren gota á gota como cera
Que se va derritiendo puesta al fuego.
Es copiosa la lluvia si las nubes
Experimentan esta doble fuerza,

La presión de su peso y de los vientos;
Y suele durar mucho, y encerradas
Suele tener las gentes en su casa,
Cuando están muy espesos los nublados,
Y cuando unos sobre otros se amontonan,
Y se derraman hacia todas partes,
Cuando toda la tierra restituye
El mismo humor con sus exhalaciones.
Cuando entre oscura tempestad embiste
Con sus rayos el Sol lluviosa nube
Que enfrente de sí tiene, se descubren
En medio de las nubes tenebrosas
Los colores del Íris varïados.
De otros meteoros que se forman
Y crecen combinados en las nubes,
Como la nieve, vientos y granizo,
Las escarchas y el hielo que endurece
Las aguas, y refrena la corriente
De los ríos, es fácil que comprendas
Sus efectos y causas si entendieres
Las propiedades de los elementos.
Pon atención en conocer la causa
Ahora de los temblores de la tierra;
Y debes persuadirte sobre todo
Que el globo interiormente como fuera
Está lleno de vientos, de cavernas,
De lagos, precipicios y peñascos,
De rocas y de ríos escondidos,
Cuya corriente impetuosa arrastra
Las peñas sumergidas en su madre:
La razón, pues, exige que la tierra
Se asemeje á sí misma en todas partes.
Supuestas de antemano estas nociones,
Tiembla la tierra por su superficie
Con motivo de haberse desplomado

En su interior grandísimas cavernas,
Que viene á demoler por fin el tiempo;
Como que enteros montes se arrüinan,
Cuyo sacudimiento pronto y fuerte
Extiende los temblores á lo lejos:
Cuando un carro que no es de mucho peso
Hace temblar todos los edificios
Que están al paso, no retiemblan menos
Todos los sitios del contorno cuando
Arrastran los corceles arrogantes
Las llantas de las ruedas bien herradas.
También puede caer al cabo de años
Una masa disforme de la tierra
En un lago vastísimo, y el orbe
Vacilar tal vez puede con motivo
Del movimiento que excitó en las aguas,
Así como en el suelo no está inmóvil
El vaso lleno de una agua agitada
Hasta ponerse toda en equilibrio.
Cuando, además, el viento recogido
Entre las cavidades interiores
De la tierra se arrojó violento
Sobre una parte, y con sus fuerzas todas
Hace presión en las cavernas hondas,
Inclínase la tierra hacia la parte
Donde el viento dirige sus esfuerzos,
Y las casas entonces que hay encima
Inclínanse también cuanto más altas,
Cuanto más se avecinan á los cielos;
Y perdiendo el nivel salen las vigas,
Y amenaza venirse todo al suelo.
Y temen presumirse si ha prescrito
Naturaleza un paso á la rüina
Y destrucción total del mundo entero,
Cuando ven su gran mole pronta á hundirse.

Si los vientos aliento no tomasen
Nada capaz sería de enfrenarlos,
Ni detener su furia destructora:
Mas como se sosiegan alternando,
Y vuelven al ataque nuevamente,
Y se ven rechazados con ventaja,
Amenaza la tierra desplomarse;
Ella se inclina y otra vez se alza;
Y pierde el equilibrio, y con su peso
Otra vez le recobra: por lo mismo
Toda cosa vacila más ó menos
Según su elevación, pues las más bajas
Casi no sienten el temblor de tierra.
También pueden causar estos temblores
Un viento impetuoso, un grande soplo
De fuerza introducido de repente,
Ó nacido del seno de la tierra,
Que después que se entró en las cavidades
Del globo, con tumulto anticipado
Entre inmensas cavernas va bramando
Y se revuelve mucho y no se escapa
Por fuera de la tierra hasta que la abre
Y con su gran violencia la divide,
Y forma en ella abismos anchurosos:
De esta manera fué Sidón tragada,
Obra de tirios, y en Peloponeso
También Egina. ¡Ay, cuántas ciudades
Esta erupción furiosa de los vientos
Y el temblor de la tierra han destruído!
¡Á cuántas los horribles terremotos
Han hundido debajo de la tierra,
Y con sus ciudadanos juntamente
Cuántas otras los mares sepultaron!
Pues si el viento no llega á romper fuera,
Su soplo impetuoso se divide

Por todos los conductos de la tierra
Y en sus entrañas férvidas excita
Un temblor general, del mismo modo
Que cuando se introduce por los miembros
Interiormente el frío, y los sacude,
Nos hace tiritar á pesar nuestro:
Con un doble terror vagan las gentes
Por la ciudad entonces asustadas,
Pues sobre su cabeza ven la muerte,
Debajo de los pies también la temen:
Temen que caiga derrumbado el techo,
Temen disuelva la Naturaleza
Las bóvedas del globo de repente,
De par en par abriendo estos abismos
Anchurosos, queriendo trastornada
Con sus mismas rüinas rellenarlos.
Por lo cual, aunque vivan persuadidos
De ser incorruptibles cielo y tierra,
Y destinados á existencia eterna,
La vista de un peligro tan urgente
Introduce pavor y desconfianza
En sus almas á veces, y les hace
Temer no huya la tierra en un instante
Con dirección al báratro profundo,
Y que el *gran todo* caiga detrás de ella,
Y que no reste más de todo el mundo
Que un cúmulo confuso de rüinas.
Ahora debo explicar precisamente
Cómo la mar no sabe qué es aumento.
Admíranse de que la mar no aumenta
Su volumen jamás con tantas aguas
Como corren á ella y tantos ríos
Como por todas partes desembocan:
Junta las tempestades y las lluvias
Que sobre mar y tierra caen á un tiempo

Además de sus propios manantiales;
¿Dejarán, sin embargo, de admirarse
Si consideran que estas aguas juntas,
Con el mar extendido comparadas,
Vienen á ser apenas una gota?
Roba el calor del sol una gran parte,
Pues vemos secan sus ardientes rayos
En un instante la mojada ropa:
Será su acción más fuerte y más activa
Sobre la faz inmensa de los mares;
Aunque el sol tome una porción muy corta
De cada sitio de por sí, no obstante
Debe robar en extensión tan grande
Cúmulo inmenso de marinas aguas.
Cuando con furia el mar barren los vientos
Se llevan tras de sí gran parte de agua;
Porque es frecuente á veces en la noche
Ver que se ponen secos los caminos
Y endurecido el lodo con su soplo.
Además te enseñé que los nublados
Atraen á sí las aguas de los mares,
Y por la haz de la tierra las esparcen
Cuando llueve sobre ella, y cuando llevan
Los vientos por la atmósfera las nubes.
Por fin, supuesto que es la tierra un cuerpo
Poroso, que la mar contigua ciñe
Por todas partes, recibir no puede
El mar en sí las aguas de la tierra
Sin que reciba aquésta al mismo tiempo
Las saladas del mar, que ciertamente
Se filtran por el seno de la tierra,
Y se recogen y se juntan todas
Donde tienen los ríos nacimiento,
Y fluyen dulcemente por la tierra,
Por donde, una vez rota, facilita

Que con líquido pie corran las aguas.
Explicaré al presente por qué causa
Vomita á veces Etna por sus bocas
Las llamas en espeso torbellino:
La tempestad de fuego, dominando
Con estrago en los campos sicilianos,
No hizo mirar á los vecinos pueblos;
No volviendo la vista á los torrentes
De chispas y de humo, que cubrían
La atmósfera á la vez, les daba pena,
De pávido cuidado hinchiendo el pecho,
Esperando los nuevos infortunios
Que la Naturaleza preparaba.
Si de tales fenómenos deseas
Tener conocimiento, es necesario
Que des una ojeada vasta y grande
Sobre Naturaleza, y que sus partes
Á la vez consideres todas juntas,
Acordándote siempre que el *gran todo*
Es infinito, y que supone poco
El cielo comparado al universo;
Y que es el hombre imperceptible cosa
Si se compara con el orbe entero.
Si tú penetras bien este principio,
Si te convence una verdad tan clara,
Ya no te admirarás de muchas cosas.
¿Se admira acaso alguno de nosotros
Si le abrasa á cualquiera ardiente fiebre,
Ú otra cualquier enfermedad aguda
Se extiende por sus miembros doloridos?
Porque se hinchan los pies en un instante,
El más vivo dolor coge los dientes,
Y ataca alguna vez los mismos ojos:
De San Antón el fuego va creciendo,
Y extendiéndose abrasa todo el cuerpo,

Sin admirarse, porque se conocen
De muchos cuerpos las emanaciones:
Y las exhalaciones de la tierra
Y el aire infecto son muy suficientes
Para dar ser y rápidos progresos
Á las enfermedades más terribles.
Así se ha de creer que este *gran todo,*
Como infinito, suministra al cielo
Y á la tierra los átomos capaces
De estremecer el globo de repente,
De recorrer en raudo torbellino
El mar y tierra, y de lanzar por Etna
Copiosos fuegos, de inflamar el cielo:
El mismo cielo sí puede inflamarse
Tan fácilmente como caen las lluvias
Á mares en la tierra cuando llegan
Á juntarse en la atmósfera las aguas.
Pero me dirás tú que estos incendios
Son muy considerables: lo confieso;
Así como parece grande un río
Á quien no vió jamás otro más grande:
Y así un árbol, un hombre y todo cuerpo
De la especie que quieras son disformes
Para aquel que no ha visto otros mayores:
Cuando nada suponen estos cuerpos,
Aunque juntes el cielo, mar y tierra,
Si con el Universo se comparan.
Pero expliquemos hora de qué modo
La llama enfurecida en un instante
De las vastas hornazas de Etna sale.
Lo primero, está hueco todo el monte
Por su parte interior; sobre cavernas
De pedernales casi está fundado:
Así que, las cavernas todas tienen
Vientos y aire, no siendo otra cosa

El viento más que el aire conmovido:
Y cuando este elemento furibundo
Llegó á inflamarse, y ha comunicado
Su ardor á los peñascos y á la tierra,
En torno de la cual sin cesar gira
Y saca de ellos con veloces llamas
Fuego devorador; él se levanta
Y se arroja derecho por las bocas
De la montaña, y á lo lejos echa
La llama y la ceniza, y sale envuelto
Entre humo espeso y negro, y juntamente
Lanza piedras de peso extraordinario:
Sin que te quede duda ser efectos
Del ímpetu furioso de los vientos.
En gran parte la mar, además, baña
Las faldas de este monte, y las azota
Con sus olas, y luego se retira;
Por debajo de tierra las cavernas
Desde la misma mar se comunican
Con las altas gargantas de este monte:
No podemos dudar que entran los vientos
Por estas bocas, y que se dirigen
Soplando interiormente hacia la cumbre:
Y por esto se ven volar las llamas,
Y van á dar muy lejos los peñascos
Y las nubes de arena se derraman:
Hay en la cima unos embudos anchos
Por do escapan los vientos, que los griegos
Cráteras llaman, á los que nosotros
Llamamos las gargantas ó las bocas.
Para algunos fenómenos no basta
Dar una explicación; antes precisas
Son otras muchas, para hallar alguna
Entre ellas verdadera; por lo tanto,
Si ves tú desde lejos el cadáver

De algún hombre tendido sobre el suelo,
Es preciso decir todas las causas
De la mortalidad para que sepas
La causa de la muerte de aquel hombre;
Porque no puedes decidir si ha muerto
De muerte dada á hierro ó por el frío,
Ó por enfermedad ó con veneno:
En general sabemos que él ha muerto
Por una de las causas que he nombrado;
Mas sólo los testigos oculares
Pueden decir la causa verdadera:
Así también estamos indecisos
Sobre muchos fenómenos que vemos.
Crece el Nilo y rebosa por los campos
En el estío, siendo el solo río
Que hay en todo el Egipto, y va regando
Las campiñas en medio de calores;
Ó bien porque reinando en el estío
Etesios vientos, soplan aquilones
Contra el embocadero, y la corriente,
Y su curso retardan y recrecen
Las aguas, y se llena todo el río,
Y le hacen que se pare; ciertamente
El soplo de estos vientos se dirige
Contra el curso del río, porque vienen
Etesios vientos de constelaciones
Frías del polo boreal, y el Nilo
Tiene su nacimiento en las regiones
Del Mediodía, en los ardientes climas
Que el sol visita en medio de su curso,
Entre los hombres negros y tostados.
Grandes bancos de arena tal vez forman
Al agua un dique en el embocadero
Cuando el mar agitado con los vientos
Hacia adentro la arena va metiendo,

Por lo que es menos libre su desagüe,
Y la madre está menos inclinada,
Y se refrena el ímpetu del río.
Por fortuna quizá en su nacimiento
Las lluvias son también más abundantes
En aquella estación en que las nubes
Juntas al Mediodía son llevadas
Por los vientos etesios á aquel lado,
Las cuales se amontonan apiñadas
Sobre la cumbre de elevados montes
Y la presión del peso las esparce.
Tal vez puede venir esta creciente
De los montes alzados de la Etiópia,
Cuando el sol, abrasando con sus rayos
Á la naturaleza, hace que bajen
Las nieves derretidas á los campos.
Al presente diré qué cosa sean
Aquellos sitios y funestos lagos
Que se llaman avernos; este nombre
Al principio les dieron con motivo
Del efecto que causan, porque matan
En general las aves; cuando vienen
Volando por encima de estos sitios
Directamente, de volar se olvidan
Y, perdiendo sus alas los resortes,
Torciendo la cabeza caen sin fuerzas
Precipitadas en la tierra, ó agua,
Quizá conforme á la naturaleza
De aquel averno que las da la muerte.
Cual es el que hay en Cumas y en Vesubio:
Fuentes cálidas son las que vaporan
Un humo espeso; y otro semejante
Hay también en los muros atenienses,
En el remate de la ciudadela,
Cerca del templo de tritonia Palas:

Do las roncas cornejas jamás llegan
Aunque las brinde el humo de las aras.
Huyen tan azoradas las cornejas,
Nó los vivos enojos de Minerva,
Que con su vigilancia provocaron,
Según lo cantan los poetas griegos;
Antes bien los vapores de este sitio,
Muy suficientes para hacer se vuelvan.
También cuentan que en Siria hay otro averno
Do los mismos cuadrúpedos no pueden
Sus pasos dirigir sin que al momento
Los haga el vaho caer muertos en tierra,
Así como si fueran conducidos
Á inmolarlos á dioses del Infierno.
Efectos naturales, pues, son todos,
Y se puede atinar bien con sus causas
Sin presumir que sean estos sitios
Mucho más bien las puertas infernales
Por do los dioses del obscuro imperio
Atraen quizá las almas de los muertos
Sobre la orilla de Aquerón; conforme
Á la opinión común de que la simple
Aspiración de los ligeros ciervos
Saca de sus guaridas las serpientes.
Recuerda la doctrina que he inculcado,
Á saber, que la tierra en sí contiene
Un número muy grande de elementos
Configurados de distinto modo:
Que hacen vivir al hombre muchos de ellos;
Que otros engendran las enfermedades
Y aceleran su muerte: también dije
Más ó menos análogos ser todos
Á conservar diversos animales,
Según sus diferentes contexturas
Y su naturaleza muy diversa

Y elementales configuraciones:
Entran muchos hiriendo los oidos;
Despidiendo otros un olor ingrato,
Con gran molestia hieren el olfato;
Otros evita el tacto, otros la vista,
Y son otros al gusto desabridos:
La experiencia te enseña cuántos cuerpos
Producen en el hombre sensaciones
Ingratas y molestas y penosas.
Hay árboles que tienen una sombra
Cargada de moléculas dañosas,
La cual causa dolores de cabeza
Muy fuertes á cualquiera que se tiende
Debajo á descansar sobre la yerba.
Del Helicón en la elevada cumbre
Hay un árbol también que mata al hombre
Con el olor infecto de sus flores:
Y nacen todas estas producciones
De la tierra, porque ella en sí contiene
Gran copia de semillas combinadas
De modos infinitos y diversos,
Con cuyas secreciones alimenta
Cada individuo de por sí la tierra.
Y recién apagada la luz echa
Un olor de su pábilo, que afecta
Desagradablemente nuestro olfato,
Adormece los hombres y los tumba
Como si padecieran la epilepsia:
Y se cae la mujer adormecida
Con el olor subido del castóreo;
Y la obra delicada se desliza
De entre sus tiernas manos si le huele
Al tiempo de pagar menstruo tributo:
Además también hay otras sustancias
Que aflojan el sistema de los miembros

Y el alma recogida bambolean:
En fin, si te estuvieres mucho tiempo
En un baño caliente, ó te sumerges
En el mismo saliendo de la mesa,
¡Cuánto no hay que temer el que te caigas
En medio de las aguas sin sentido!
Y el activo vapor de los carbones
¡Qué pronto se introduce en el cerebro
Si no bebemos agua de antemano!
Golpe de muerte da el olor del vino
Á aquel hombre que tiene consumidos
Todos sus miembros en la ardiente fiebre.
¿No ves también cómo en la misma tierra
Nace el azufre y el betún que exhalan
Un olor penetrante? Por fin, cuando
Con el hierro en la mano van los hombres
Rasgando las entrañas de la tierra
Para buscar las venas de oro y plata,
¿Qué vapores no salen de la mina?
¿Qué olores tan mortales no se exhalan
De este rico metal que yace en ella?
¿No ves la cara y tez descolorida
De los míseros que andan condenados
Por la ley á trabajos tan penosos?
¿Cuán en breve perecen no has oído
Y cuán corto es el plazo de su vida?
Así, es preciso que la tierra exhale
Todos estos vapores esparcidos
Por fuera en las llanuras de los aires.
Así deben también avernos sitios
Echar de sí mortiferos vapores
Á las aves; los cuales se levantan
Desde la misma tierra por los aires,
Y parte de la atmósfera envenenan,
Y cuando llega allí volando el ave,

La ponzoña invisible la entorpece
Allí su movimiento, y cae derecha
Donde el vapor dirige su caída;
Do, ya precipitada, el mismo tufo,
Entonces más activo, lanza fuera
De sus miembros los restos de la vida;
Porque el primer ataque sólo excita
En el ave unas ciertas convulsiones:
Pero ya que una vez están caídas
Las aves en las fuentes ponzoñosas,
Allí el ultimo aliento de la vida
Exhalan de ponzoña circundadas.
Puede también que estas exhalaciones
Enrarezcan la masa de aire puesta
Entre la tierra y aves, de manera
Que esté casi vacío aquel espacio:
Cuando vienen volando por encima
De estos sitios las aves, al momento
En medio del vacío inútilmente
Mueven las alas, ni su esfuerzo ayuda
Alguna reacción, porque, no hallando
Más apoyo en el aire, y no pudiendo
Sostenerse en sus alas, las obliga
Con su peso á caer naturaleza;
Y ya tumbadas dentro del vacío,
Por los poros del cuerpo echan el alma.
Está más fría el agua de los pozos
En el estío, porque enrareciendo
El calor á la tierra, prontamente
Disipa por los aires las semillas
De fuego que tal vez en sí contiene.
Cuando más caldeada esté la tierra,
Tanto más fría debe estar el agua
Escondida en su seno; y al contrario,
Cuando aprieta, condensa y une el frío

Toda su superficie, debe entonces
Por esta compresión hacer que se entre
En lo hondo de los pozos todo el fuego
Que haya diseminado por la tierra.
Junto al templo de Ammón hay una fuente
Que está helada entre día, según dicen,
Y caliente de noche: mucho admiran
Los hombres esta fuente, y se persuaden
Que oculto el Sol debajo de la Tierra,
La calienta al instante que la noche
Cubre la Tierra con terrible sombra:
Pero esta explicación es muy contraria
Á la filosofía verdadera:
Porque si el Sol, que tanta fuerza tiene
Sobre nuestras cabezas levantado,
Por contacto inmediato no ha podido
Siquiera calentar la superficie,
¿Cómo debajo de los pies podría
Por medio de una masa tan espesa
Como la Tierra hacer hervir el agua
Y en ella introducir su ardiente fuego,
Cuando el ardor apenas de sus rayos
Penetra las paredes de las casas?
¿Del fenómeno, pues, cuál es la causa?
Es que la tierra está más esponjosa
Y que en ígneas semillas más abunda
Junto á la fuente que por más afuera:
Cuando en sus sombras húmedas la noche
El orbe sepultó, la tierra al punto
Que cerca el manantial se va enfriando,
Y encógese como si la apretaran
Con la mano, de modo que en la fuente
Exprime las partículas de fuego
De que ella está impregnada, y comunica
Al agua aquel calor que experimentan

El tacto y paladar: cuando los rayos
De Sol nacientes de seguida abrieron
Los poros de la Tierra, y su tejido
Enrareció la mezcla de sus fuegos,
Se vuelven á su asiento primitivo
Las partículas ígneas, y se cuela
Todo el calor del agua por la tierra:
Fría está así la fuente por el día.
Por otra parte, herida el agua entonces
Por los rayos del Sol, y enrarecida
Con sus trémulos fuegos, es preciso
Exhale los corpúsculos de fuego
Que ella contiene, así como despide
Las moléculas frías otras veces,
Y deshace los hielos que la ataban
Y como prisionera la tenían.
También hay una fuente de agua fría,
Sobre la cual, echando alguna estopa,
Se enciende y echa llamas de repente,
Y una tea se prende de este modo,
Y va luciendo en medio de las aguas
Por do su luz nadante el aire impele:
Sin duda porque el agua de esta fuente
Contiene en sí muchísimas semillas
De fuego, y es preciso que reciba
De aquella tierra que es como su lecho
Un montón de partículas de fuego,
Que subiendo á lo alto se derraman
Por toda el agua, y por defuera á un tiempo
Se exhalan, y se esparcen por los aires;
Pero no son tan vivas las semillas
Que puedan calentar la misma fuente.
Una impulsión secreta determina
Todas estas moléculas dispersas
Á salir pronto fuera y congregarse

Por encima del agua: de este modo
El agua dulce de la fuente Aradia
Corre y aparta las saladas ondas
De alrededor: y en otras muchas playas
Ofrece el mar recursos semejantes,
Gratos á los sedientos marineros,
Manando el agua dulce entre saladas.
Pues por un mecanismo semejante
Las partículas ígneas salir pueden
Entre las ondas, y lanzarse fuera
Para encender la estopa: luego que ellas
Allí están reunidas, y se pegan
Á la sustancia de la tea, al punto
Se prenden fácilmente, porque tienen
Gran número de partes inflamables
Las estopas y teas por su parte.
¿No ves cómo la lámpara que acaba
De morir, si la arrimas á otra que arde,
Antes de ser tocada arde de nuevo?
Pues lo mismo sucede con la tea:
Ahora no trato yo de muchos cuerpos
Que se inflaman de lejos con la misma
Impresión del calor, antes que llegue
Á tocarlos de cerca el mismo fuego:
Luego de aquella fuente los efectos
Pueden ser explicados de este modo.
Empezaré tratando yo al presente
Por qué ley natural al hierro puede
Atraer esta piedra que los griegos
Magnética llamaron en su lengua;
Por qué tienen el nombre de Magnesios
Los pueblos y el país donde se encuentra.
Admíranse los hombres de esta piedra,
Porque viene á formar una cadena
De pendientes anillos unos de otros;

Á veces se ven cinco y más anillos
Que van en línea recta descendiendo,
Y los agitan los suaves aires,
Y uno debajo de otro asido cuelga;
Y ellos se comunican mútuamente
La virtud atractiva de la piedra:
Tanto su actividad llega á extenderse.
   Antes que estos fenómenos explique
Tengo yo que sentar muchos principios
Para decir la causa verdadera:
Sólo podemos arribar á ella
Por medio de grandísimos rodeos:
Presta, pues, atención á mis palabras.
   Debes tener presente desde luego
Que todos cuantos cuerpos vemos lanzan
Perpétuamente unos derramamientos,
Unas emanaciones que nos hieren
Los ojos, y producen en nosotros
La sensación de ver; y los olores
No son más que continuas emisiones
De ciertos cuerpos: como emana el frío
De flúidos, y emanan los calores
Del Sol, y de la mar la sal que roe
Los edificios que hay en las riberas:
Cuando nos paseamos en la playa,
De continuo nos zumban los oidos,
Y un salino vapor entra en la boca
Hiriendo el paladar: jamás miramos
Preparar el agenjo sin que al punto
El amargor sintamos: luego envían
Todos los cuerpos siempre emanaciones
De toda especie, las que se dirigen
Á todas partes sin reposo alguno
Y sin cesar jamás, pues de continuo
Tenemos sensaciones, y podemos

Ver, y oler y oir á cada instante.
Te volveré á traer á la memoria
Lo porosos que son todos los cuerpos;
Un principio que ya te he demostrado
En el Canto primero del poema,
Que nos da á conocer muchas verdades:
Mas sobre todo explica de tal suerte
El fenómeno extraño que pretendo
Declararte ahora mismo, que no puedo
Prescindir de probarte nuevamente
Que de todos los cuerpos conocidos
No existe uno siquiera que no tenga
Su tejido mezclado con vacío.
Las bóvedas chorrean en las grutas
Un humor que destilan gota á gota:
Mana el sudor por todo nuestro cuerpo:
Crece la barba y pelos en los miembros:
Repartido el sustento por las venas,
Sostiene y acrecienta los extremos
De nuestro cuerpo, y aun las mismas uñas:
También sentimos que el calor y frío
Penetran por el cobre, y por la plata
Y por el oro su impresión sentimos
Cuando tenemos una copa llena:
Por último, atraviesan los sonidos
El espesor de la pared, y se entran
Por ellas el olor, calor y frío;
Traspasan aun de hierro la coraza
Que ciñe todo el cuerpo del guerrero:
Vienen de fuera las enfermedades
Casi por lo común; y los contagios,
Que nacen de la tierra, ó en el aire,
Así como se forman se disipan
En un instante, porque no hay un cuerpo
Que no encierre vacío en su tejido.

Añádase que las emanaciones
De los cuerpos no tienen todas ellas
Unas mismas sensibles cualidades
Ni igual analogía con los cuerpos
Sobre los cuales obran: ante todo
El sol cuece la tierra y la deseca,
Mientras derrite el hielo y con sus rayos
Hace que corran de los altos montes
Nieves amontonadas, y liquida
Con su mismo calor, en fin, la cera:
También disuelve el fuego cobre y oro,
Mientras contrae y encoge carne y cueros:
Á la verdad el hierro caldeado
Adquiere un nuevo grado de dureza
Cuando le echan en agua; y al contrario,
Endureciendo el fuego carne y cuero,
El agua los ablanda; el acebuche,
Cuyo amargor es insufrible al hombre,
Es para las cabrillas más sabroso
Que el néctar y ambrosía. Por fin, huye
La mejorana el cerdo de ordinario,
Y teme toda clase de perfumes,
Porque son el veneno más activo
Para el cerdoso puerco los que á veces
Parece que nos vuelven á la vida:
Por el contrario, empero, siendo el cieno
La misma suciedad para nosotros,
Parece á los marranos lo más limpio,
Do se revuelcan todos sin hartura.
Aún me falta sentar otro principio
Antes que empiece á hablar de lo que he expuesto,
Y es que, teniendo muchos intersticios
Todos los cuerpos, no deben aquéllos
Ser entre sí del todo semejantes;
Antes debe tener cada uno de ellos

Naturaleza y usos peculiares:
Porque los animales ciertamente
Tienen varios sentidos, y cada uno
Tiene su objeto propio: los sonidos
Por sus propios conductos se insinúan;
Los sabores y olores van por otros
Que tienen ciertamente analogía
Con su naturaleza y su tejido:
Además, hay también emanaciones
Que penetran las piedras, y otras pasan
Por la madera, y otras por el oro,
Y algunas por la plata y por el vidrio,
Porque los simulacros se introducen
Por los poros del vidrio, y se insinúa
El calor en los poros de oro y plata:
Y hay corpúsculos que entran más ligeros,
Y otros más tardos, por el mismo cuerpo.
Arriba dije que estas diferencias
Son una consecuencia necesaria
De la infinita variedad que ha puesto
Y ha establecido la Naturaleza
Entre los intersticios de los cuerpos.
Con tanta solidez establecidas
Todas estas verdades proemiales,
Es fácil explicar lo que buscamos,
De suyo descubriéndose la causa
De la atracción del hierro: desde luego
Es preciso que emanen de continuo
De la misma sustancia de la piedra
Infinitos corpúsculos, ó sea
Un activo vapor que con sus golpes
Dé raridad á aquel aire que media
Entre el imán y el hierro: cuando encuentran
Este espacio intermedio ya vacío
Se dirigen á él en el momento

Los principios del hierro muy unidos;
Por lo que todo el cuerpo del anillo
Sigue la misma dirección: no hay cuerpo
Que tenga los principios más trabados
Que los del hierro, este metal tan firme
Que casi es al calor inaccesible.
No es maravilla, como dije antes,
Que la tendencia de sus elementos
En número copioso hacia el vacío
Arrastren tras de sí todo el anillo:
Así es en realidad, y siempre avanza
Hasta que toca con la misma piedra
Y se une con compases invisibles:
Obra el imán en todas direcciones:
El vacío se forma en todas partes,
Bien hacia arriba, bien lateralmente;
Los anillos vecinos al momento
Se inclinan al espacio enrarecido,
Conducidos de choques exteriores,
Pues su misma tendencia no podría
De esta manera unirlos en el aire:
Otra causa hay también que favorece
Á aquesta dirección, y que acelera
El movimiento: y es que, apenas
El aire se enrarece, y el vacío
Por la parte de encima del anillo
Llega á formarse, en el momento el aire
Inferior, sacudiendo en el anillo,
Le impele por detrás en cierto modo,
Porque todos los cuerpos son batidos
Sin cesar por el aire que los cerca:
Pero en esta ocasión hacen los golpes
Avanzar el anillo, porque arriba
Hay un vacío para recibirle:
Cuando el aire que digo se ha esparcido

En los poros del hierro y se ha insinuado
Hasta sus más sutiles elementos,
Los impele y los hace que adelanten
Como el viento las velas y la nave.
Deben, en fin, tener todos los cuerpos
El aire en su tejido, porque todos
Son porosos, y el aire de continuo
Los rodea y los toca; pues metido
Este flúido sutil dentro del hierro,
Se agita con continuo movimiento,
Y por esto sacude en el anillo
Y por dentro sin duda le menea,
Y ya con él se inclina hacia el vacío
Al cual todas sus fuerzas encamina.
También sucede alguna vez que el hierro
Se aparta del imán: algunas veces
Le huye y le sigue alternativamente:
Hierro de Samotracia y limaduras
He visto yo saltar y revolverse
En un vaso de cobre si acercaban
Esta piedra de imán por el asiento;
El hierro parecía que impaciente
Huía de la piedra: hace que nazca
Tanta discordia el interpuesto cobre,
Porque sin duda las emanaciones
Del cobre entonces se apoderan antes
Y poseen del hierro los conductos:
Las del imán, que vienen en seguida,
Todos los pasos hallan ocupados,
Y no pudiendo entrarse como antes
Con precisión se arrojan sobre el hierro,
Y chocan con sus olas el tejido
De este metal: la piedra así repele,
Y agita por el cobre el mismo cuerpo
Á que sin este obstáculo se uniera.

No debes extrañar que no produzcan
El mismo efecto las emanaciones
De piedra imán sobre los otros cuerpos;
La pesadez de algunos, como el oro,
Los tiene inmobles: y otros, como el leño,
Tienen poros muy anchos, por los cuales
Pasan emanaciones sin tocarlos
Y sin causar agitación en ellos:
Entre estas dos especies tiene el medio
El tejido del hierro, al cual impelen
De esta manera las emanaciones
De piedra imán cuando impregnado se halla
De unas ciertas partículas de cobre.
Sin embargo, el fenómeno que explico
No es tan extraño en la naturaleza
Que no pueda citar otras uniones
Tan íntimas como éstas: ves trabarse
Por medio sólo de la cal las piedras,
Y la cola de toro une las tablas
Tan fuertemente que antes faltarían
Las vetas y las partes esenciales
De la madera que esta unión faltase:
Gusta el vino mezclarse con el agua;
La pez no puede hacerlo con su peso,
Ni con su levedad puede el aceite:
Se identifica tanto con la lana
La púrpura, que no puede quitarse
De modo alguno su color, aun cuando
Se intente renovarle á fuerza de agua,
Aun cuando todo el mar quiera lavarle
Y con todas sus aguas desteñirle:
El oro se incorpora con la plata
Con la ayuda del fuego, últimamente,
Y une el estaño cobres diferentes:
¿Y cuántas otras mezclas encontrara

Tan íntimas como ésta si quisiera?
¿Pues, cómo nó? porque no necesitas
De tantas menudencias, y no es justo
Que emplee en esto yo un trabajo inútil:
Réstanos abrazar en un principio
Muchos hechos á un tiempo: si dos cuerpos
Se encuentran con tejidos tan opuestos
Que á los huecos del uno correspondan
Eminencias del otro, su juntura
Es muy perfecta: así pueden juntarse
Con especies de anillos y de anzuelos,
Como sucede en el imán y el hierro.
Ahora voy á explicarte yo la causa
De las enfermedades contagiosas;
De estas plagas terribles, que derraman
Sobre hombres y ganados de repente
La mortandad. Primero enseñé arriba
Que en la atmósfera había una gran copia
De corpúsculos, que unos dan la vida,
Enfermedad y muerte engendran otros:
Cuando da ser *Acaso* á los postreros
El aire se corrompe y se inficiona:
La enfermedad activa y pestilente
Ó de clima extranjero es transmitida
Por la vía del aire, como nubes
Y tempestades, ó del mismo seno
De la tierra se engendra, cuando han sido
Corrompidos sus húmedos terrones
Con el calor y lluvias desregladas.
¿No observas tú que la mudanza de aire
Y la del agua la salud atacan
Del hombre que está lejos de su patria?
Porque allí encuentra un aire diferente
Del que ha solido respirar en casa.
¿Por ventura, no encuentras diferencia

Entre la inglesa atmósfera y Egipto,
Por do el eje del mundo se ladea?
¿Y no difieren entre sí los climas
Del Ponto, y el que llega desde Cádiz
Hasta los pueblos negros y tostados?
Como estas cuatro plagas se hallen puestas
Á cuatro vientos, como estén situadas
Bajo de cuatro climas diferentes,
En situación tan sólo no difieren,
Sinó también en el color y forma
De sus habitadores, y parece
Que están sujetos á distintos morbos.
Es una enfermedad la elefancía
Que nace hacia las márgenes del Nilo,
No en otra parte, en medio del Egipto:
En Ática las piernas adolecen,
Y los ojos enferman en Acaya,
Y otras tierras atacan otros miembros;
Del aire nacen estas diferencias:
Porque si el aire de extranjero clima
De peligrosa cualidad dotado
Se muda y va viniendo hacia nosotros,
Se arrastra lentamente como nube,
Altera y muda todas las regiones
De la atmosfera por donde camina:
Cuando llegó á la nuestra últimamente
La corrompe, y así se la asimila
Y nos la hace contraria: se derrama
Este nuevo contagio y pestilencia
Al punto por las aguas, y se pega
Á las mieses y humanos alimentos
Y á la comida y pastos de ganados;
Ó se queda colgado algunas veces
Su contagio en el aire, y no podemos
Respirar este flúido mezclado

Sin sorber su infección al mismo tiempo:
Coge la pestilencia de ordinario
Lo mismo al buey que á la balante oveja:
¿Qué importa que nosotros nos vayamos
Á otro clima mal sano y enfermizo
Á una atmósfera nueva; que nos traiga
Naturaleza un aire pestilente
Y extranjeros corpúsculos que puedan
Con su pronta irrupción darnos la muerte?
Unas enfermedades de esta especie,
Causadas por mortíferos vapores,
En los pasados tiempos devastaron
Los campos de los términos Cecropios,
É hicieron los caminos soledades,
Dejaron la ciudad sin pobladores;
Porque naciendo en lo interior de Egipto,
Después de atravesar vastos espacios
De aire y de mar, por último se echaron
Y sobre el pueblo de Pandión cayeron:
Todos los habitantes á millares
Se rendían al morbo y á la muerte:
La enfermedad cogía la cabeza
Con fuego devoraz, y se ponían
Los ojos colorados y encendidos;
Estaba la garganta interiormente
Bañada de un sudor de negra sangre,
Y el canal de la voz se iba cerrando
En fuerza de las úlceras; la lengua,
Intérprete del alma, ensangrentada,
Débil con el dolor, pesada, inmóvil,
Áspera al tacto: cuando descendía
Después aquel humor dañoso al pecho
Desde las fauces, y se recogía
Alrededor del corazón enfermo,
Entonces los apoyos de la vida

Á un tiempo vacilaban, y la boca
De adentro un olor fétido exhalaba
Como el de los cadáveres podridos;
Y las fuerzas del alma se perdían,
Y con su languidez tocaba el cuerpo
En los mismos umbrales de la muerte.
Se juntaba á estos males insufribles
Una congoja de inquietud perpetua
Y una queja revuelta con gemido,
Y sollozar perenne noche y día,
Que sin cesar los nervios irritando,
Envarando los miembros, desatando
Las articulaciones, consumían
Á los que sucumbían ya cansados
Á la fatiga. Las extremidades
De sus cuerpos no obstante parecían
Estar no muy ardientes, ofreciendo
Tibia impresión al tacto: al mismo tiempo
Estaba colorado todo el cuerpo,
Con úlceras así como inflamadas,
Como si hubiera sido derramado
Fuego de San Antón sobre sus miembros.
   Un ardor interior los devoraba
Hasta los mismos huesos, y la llama
En su estómago ardía como hornaza:
La más ligera ropa los ahogaba;
Al aire y frío expuesto de continuo,
Unos á helados ríos se tiraban
Á causa de aquel fuego en que se ardían,
En las aguas más frías zabullendo;
Desnudo el cuerpo se arrojaban otros
En hondos pozos; con la boca abierta,
Ansiosos de beber, á ellos venían,
Y su insaciable sed no distinguía
Las aguas abundantes de una gota

Cuando sus cuerpos áridos metían:
Ningún descanso el mal les otorgaba;
Tendido estaba el cuerpo fatigado;
La medicina al lado barbotaba
Con temor silencioso: revolvían
Noches enteras sus ardientes ojos
Á un lado y otro sin probar el sueño.
Y muchos otros síntomas mortales
Se notaban también además de éstos:
Alma agitada de temor y pena,
Sobrecejo furioso y hosco rostro,
Los oidos inquietos con zumbidos,
Viva respiración, ó fuerte y lenta,
Cuello bañado de un sudor brillante,
Poca saliva como azafranada
Y cargada de sal, de sus gargantas
Con fuerte tos apenas arrojada.
Se aticiaban los nervios de las manos,
Los miembros tiritaban, y subía
El frío de la muerte poco á poco
Desde los pies al tronco: últimamente,
Al acercarse el tiempo postrimero
Tenían las narices encogidas
Y su punta afilada, ojos hundidos,
Huecas las sienes, la piel fría y ruda,
Los labios abultados, resaltaba
Tirante frente; á poco fallecían:
El sol octavo ó nono los veía
Las más veces lanzar su último aliento.
Mas si alguno escapaba de la muerte,
Como á las veces sucedía, en fuerza
De secreciones de úlceras malignas
Y de negros despeños, sin embargo,
La misma podre y muerte le aguardaban,
Aunque más tarde: sangre corrompida

De su nariz corría en abundancia,
Con dolores muy fuertes de cabeza;
Todas las fuerzas, toda la sustancia
Del hombre así llegaban á perderse:
Si no salía el mal por las narices,
Y si no ocasionaba esta hemorragia,
Atacaba los nervios, se extendía
El morbo por los miembros, y cogía
Hasta las mismas partes genitales:
Y unos, temiendo la cercana muerte,
Vivían por el hierro mutilados
De su virilidad; privados otros
De manos y de pies, quedaban vivos;
Y perdían, en fin, otros la vista:
Tan poderoso miedo de la muerte
Cogió á estos infelices, y hubo algunos
Que perdieron del todo la memoria
Y aun á sí mismos no se conocían.
  Aunque en tierra yacían insepultos
Montones de cadáveres, las aves
Y voraces cuadrúpedos huían
Su hedor intolerable, y no tardaban,
Si los probaban, en perder la vida:
Las aves, sin embargo, no salían
Impunemente por aquellos días,
Ni dejaban las fieras alimañas
Las selvas por la noche; casi todas
Sucumbían al morbo y fenecían:
Principalmente los leales perros
En medio de las calles extendidos
Enfermos daban el postrer aliento,
Que arrancaba el contagio de sus miembros.
Precipitadamente arrebataban
Sin pompa los cadáveres: no había
Allí un seguro y general remedio:

La pócima que había prolongado
La vida á unos, á otros daba muerte.
Pero allí lo más triste y deplorable
Era que algunos de estos infelices
Que se veían presa del contagio
Se despachaban como criminales
Condenados á muerte, se abatían,
Veían siempre á par de sí la muerte,
Y en medio de terrores perecían.
Multiplicaba empero las exequias
Principalmente el ávido contagio,
Que no cesaba ni un instante solo
De irse comunicando de uno en otro;
Porque aquellos que huían las visitas
De dolientes amigos por codicia
De la vida ó por miedo de la muerte,
Víctimas insensibles perecían
Dentro de poco tiempo, abandonados,
Necesitados y menesterosos,
Como lanar ganado y como bueyes:
Mas los que no temían presentarse
Al contagio y fatiga se rendían,
Viendo que el pundonor y tiernas quejas
De amigos moribundos precisaban
Entonces á llenar estos deberes.
Porque el más virtuoso ciudadano
Acababa la vida con tal muerte:
Y después de enterrar la muchedumbre
De sus prendas más caras, se volvían,
Fatigados de llantos y gemidos,
Á encamarse, muriendo de tristeza:
Por fin, en estos tiempos de desastre
Muertos ó moribundos, ó infelices
Que los lloraban, sólo se veían.
Además, ya pastores y vaqueros

Y el fuerte conductor del corvo arado
Enfermaban también, y los buscaba
La contagión dentro de sus cabañas,
Y allí los daban muerte inevitable
La pobreza y el morbo: se veían
Á veces los cadáveres tendidos
De los padres encima de los hijos,
Y los hijuelos el postrer aliento
Sobre padres y madres exhalaban.
El contagio en gran parte provenía
De la gente del campo, que á millares
Á la ciudad enfermos acudían:
Todos los sitios públicos y casas
Estaban llenos; por lo mismo entonces
Con más facilidad amontonaba
Apiñados cadáveres la muerte.
Muchos de sed morían en las calles;
Y después de haber otros arrastrado
Hacia las fuentes públicas sus cuerpos,
Sin vida allí quedaban extendidos,
Ahogados al sentir la gran dulzura
Que les causaba el agua que bebían:
Y las calles estaban ocupadas
De unos lánguidos cuerpos medio muertos,
Hedïondos y sucios y andrajosos,
Cuyos miembros podridos se caían:
La piel sola tenían sobre el hueso,
En la que ya las úlceras y podre
Habían producido el mismo efecto
Que hace la sepultura en el cadáver.
   La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos
Todos los templos santos de los dioses,
Y estaban de cadáveres sembrados
Todos los edificios de deidades;
Los hicieron posadas de finados

Los sacristanes: importaba poco
La religión ya entonces y los dioses,
Porque el dolor presente era excesivo.
Y se olvidó este pueblo en sus entierros
De aquellas ceremonias tan antiguas
Que en sacros funerales se observaban:
Andaba todo él sobresaltado,
Y en este general abatimiento
Cada cual enterraba á quien podía:
Y la necesidad y la indigencia
Horrorosas violencias inspiraron;
Porque algunos gritando colocaban
Á sus parientes en la pira ajena,
Y poniéndola fuego por debajo,
Con mucha sangre á veces pendenciaban
Antes que los cadáveres soltasen.

OPÚSCULOS

EN PROSA

DISCURSO
SOBRE
LA LITERATURA ESPAÑOLA

(PRELIMINAR
Á LAS **LECCIONES DE FILOSOFÍA MORAL**
Y ELOCUENCIA)

DISCURSO PRELIMINAR

Incorruptam fidem professis, sine amore
nec odio quisquam dicendus est.
TACIT. HIST. I.°

LA literatura y las lenguas de los pueblos modernos de Europa se han ido formando en épocas distintas. La Italia fué la primera de las naciones europeas que vió perfeccionarse su idioma, manejado por el audaz y sublime Dante, por el delicado cuanto puro Petrarca, por el donoso y castigado Bocaccio. Siguióse á esta nación inmediatamente la España, que á fines del quintodécimo y principios del décimosexto siglo pulió su tosca lengua, tan desaliñada en los poemas de Gonzalo de Berceo, tan llena de argucias escolásticas, y en uno tan boba y pobre en las trovas de de los copleros de la trecena y cuartadécima centuria. Todos saben que los Franceses no tuvieron idioma que á este nombre fuese acreedor hasta que los versos de Corneille y la prosa de los doctos Ermitaños de Puerto-Real le hubieron formado: los Ingleses, á quienes Shakespeare había presentado tal cual trozo sublime, anegado entre lodazales de la más repugnante barbarie, oyeron las primeras lecciones de buen lenguaje en no pocos pedazos de Milton; mejoróse luego la lengua, hablada, sinó siempre con corrección, casi siempre con acierto, por Dryden; y la fijaron al fin las

plumas de Adisson, de Swift y de Pope. Muy más modernos Gellert, Haller y Gessner, han introducido la corrección en el tudesco, que repelen aún los sectarios de una nueva oscurísima escolástica, con nombre de *estética*, que calificando de *romántico* ó *novelesco* cuanto desatino la cabeza de un orate imaginarse pueda, se esfuerzan á hacer del idioma y la literatura germánica tan desproporcionados monstruos, que comparado con ellos fuera un dechado de arreglo el que en su *Arte poética* nos describe Horacio.

Los siglos en que se apura y acendra un idioma; las circunstancias en que á la sazón se encuentra el pueblo que le habla, sobremanera contribuyen á la índole y carácter de la lengua. La indisputable primacía del toscano, comparativamente á los demás idiomas modernos, sin duda del estado de Florencia y la Italia toda en el tercio y cuartodécimo siglo proviene. Dividido el pueblo en bandos de Güelfos y Gibelinos, adictos los unos á la potencia eclesiástica, á la secular los otros, había sacudido el yugo de la superstición; y por otra parte la flaqueza de los emperadores había dado lugar á que por todas partes se formaran repúblicas, las cuales, puesto que mal organizadas para afianzar la propiedad y seguridad individual, únicos manantiales perennes de toda estable prosperidad, mantenían empero nunca extinto el sagrado fuego de la libertad política. De aquí la energía del idioma de Dante, de aquí la correcta expresión del Petrarca, y más castigada aún la del Bocaccio; que no es posible que las naciones donde es la superstición universal enuncien clara y distintamente sus ideas, acostumbradas á las densas nubes que constantemente su inteligencia ofuscan. La irreligión de los Italianos de los siglos duodécimo, décimotercio, décimocuarto, décimoquinto, y décimosexto era notoria en la Europa entera; varios sumos pontífices de aquella época, Gregorio IX particularmente y Juan XXII, han sido tildados de incrédulos por la historia; y nadie ignora cuán escandalizado con la falta de fe de los

príncipes de la Iglesia se tornó el docto y religioso Erasmo de su viaje de Roma. Acháquese en buen hora esta universal incredulidad de los pueblos de Italia de aquellos siglos á la moral laxa que entre ellos reinaba, y que freno ninguno consentía, ó admítase cualquiera otra explicación de un fenómeno que no es problemático; siempre es cierto que la libertad de pensar y expresarse, que de él es inevitable consecuencia, debió acarrear felicísimas resultas á la lengua, que entonces se formaba y perfeccionaba.

Muy menos venturosos fueron los Españoles. Desde las guerras civiles de D. Pedro el *Cruel* y el Bastardo de Trastamara, en medio de las zozobras que de la general anarquía eran consecuencia necesaria, habían cundido en la masa de la nación ideas de libertad civil y política, que echaron hondas raíces durante los reinados del flaco Juan II y del muelle y sensual Enrique IV. Á vueltas de los disturbios nacionales se iba formando y perfeccionando el idioma: remontábase á veces Juan de Mena hasta rayar con lo sublime; destellaban en las coplas de Mingo-Revulgo de cuando en cuando sales epigramáticas; maridaba el Abulense á una portentosa erudición eclesiástica y profana una libertad de pensar en las materias religiosas, precursora de la reforma por Lutero y Calvino más tarde y con más fruto llevada al cabo; cultivaba el célebre Marqués de Villena las ciencias naturales, granjeándose nombradía de mágico, sin duda con descubrimientos de que nos ha frustrado la destrucción de sus manuscritos, quemados por la superstición: todo, en fin, anunciaba la aurora de un día más puro, cuando por irreparable desgracia de la nación española subieron Isabel y Fernando al trono de Castilla y Aragón. Fernando, que sin letras y sin espíritu marcial supo ahogar aquéllas y exaltar á éste; tenaz cuanto profundo en sus maquiavélicos planes, irreligioso adalid de la fe católica, perseguidor atroz sin fanatismo, y fautor despótico de la independencia del clero: Isabel, versada en letras; halagüeña en sus palabras,

despiadada en sus acciones; tan afable en su trato, como implacable en sus venganzas; aparentando repugnancia al establecimiento de la Inquisición, y atizando socapa las hogueras en que perecieron veinte mil infelices víctimas durante su reinado; más accesible que su marido, no menos absoluta; irreprehensible y austera en sus acciones privadas, sin fe en la conducta pública; celosa de las comblezas de su esposo, soberana independiente de él en el gobierno de sus estados: reyes dotados ambos de altas prendas con feos vicios amancilladas; y que unos y otras en sumo menoscabo de la nación redundaron, por la antipatía á los fueros y derechos del pueblo y la insaciable sed de despotismo que á entrambos por igual los caracterizaba.

En tiempos tan contrarios á los sólidos progresos de los conocimientos humanos empezó el mejor siglo de la literatura española, que, menos poderosa que Alcides en su infancia, no bastó á sofocar las sierpes que en su cuna con estrechos ñudos la enlazaron. Había el sabio Antonio de Nebrija aplicado el mismo espíritu de análisis con que había estudiado las lenguas doctas, á perfeccionar, alimpiar, y fijar el idioma patrio; y poco después, en los primeros años del reinado de Carlos V, Garcilaso de la Vega y Juan Boscán, convencidos de la analogía que en la índole, y más aún en la prosodia, de los idiomas toscano y castellano reinaba, trasladaron á España el metro florentino, y al fastidioso sonsonete de las coplas de arte mayor, al insípido ritornelo de las trovas de tres ó cinco versos de siete y cinco sílabas, se sucedieron las variadas estancias, las majestuosas octavas, el severo y dificultoso terceto. Oyóse entónces con melodía encantadora

El dulce lamentar de dos pastores:

la sonante cítara del amador de la Flor de Gnido exhaló sus tristes querellas, y pintó el merecido castigo de la cruda Anaxarte, convertida en piedra en pena de su desamor, con no menos brío que el lírico latino había cantado los tormen-

tos de las hijas de Dánao, que con la sangre de sus esposos habían manchado el lecho conyugal. Caminaba á paso igual que la poesía la prosa; trasladábanse á la lengua castellana con más ó menos acierto los primores de los autores clásicos griegos, romanos y toscanos; y la Pastoral del Taso, y la *Farsalia* de Lucano encontraban con intérpretes que no sólo el sentido, mas también las perfecciones, las gracias del Taso, la energía y el calor de Lucano reproducían.

En medio de estos adelantamientos nunca pudo la literatura española competir con la italiana. Así es comparable con la *Jerusalén* del Taso la *Araucana* de Ercilla, cual el poema de Estacio con la *Eneida* de Virgilio; y del *Orlando Furioso* al *Bernardo* de Valbuena hay la misma distancia que del libro de la cueva de San Patricio á la *Odisea* de Homero, ó de las hazañas de San Cristóbal gigante á las de Ayax, Héctor y Aquiles en la *Iliada*. La explicación de este fenómeno la encontraremos en el estado político de las dos naciones, cuando se fijaron sus respectivos idiomas, y salieron á luz las obras maestras de poesía, historia y elocuencia.

Los dilatados reinados de Isabel y Fernando, el carácter absoluto de ambos, las opiniones del Cardenal Ximénez de Cisneros acerca de la obediencia que á los soberanos es debida, el vigor de su regencia, que nada dejó perder de cuanto de los privilegios de la nobleza y los fueros de las comunidades habían cercenado los Reyes Católicos en beneficio de la corona, poco á poco habían borrado en los ánimos, con las ideas anárquicas que la esencia del gobierno feudal constituían, las de verdadera libertad popular que con el establecimiento de las behetrías y las carta-pueblas otorgadas por los reyes en beneficio de las comunidades se habían ido formando. Si la insaciable codicia de los validos flamencos al arribo de Carlos V excitó el universal descontento, que en la guerra de las comunidades rompió

luego, excepto tal cual pecho generoso, los nobles todos alzaron el pendón contra la nación y en favor del despotismo; las comunidades mismas se dividieron, y vencido el noble caudillo de los comuneros en los infaustos campos de Villalar, pereció en un infame patíbulo el postrero de los españoles. Las brillantes proezas de Carlos V, vencedor á orillas del Elba, al pie del Capitolio, y en los campos donde fué Cartago, convirtieron en sed de gloria militar el amor de la libertad en los ánimos briosos; desgracia la más funesta que á una nación pueda sobrevenir, porque son tantas las nobles prendas que constituyen un guerrero esforzado y un gran capitán, de tal manera deslumbra la aureola de gloria que en torno los ciñe, que ofuscados los ojos no saben distinguir las dotes del buen ciudadano, del íntegro magistrado, las cuales principalmente en el respeto á las leyes y en la resistencia á todo arbitrario poder se vinculan. Muy menos fatal es el avillanamiento de los ánimos soeces, dispuestos en todo tiempo á ser los sayones de la tiranía; este natural instinto de las almas corvas solamente á sus semejantes contagia, que nunca un espíritu noble miró sin repugnancia y asco las torpes genuflexiones del vil esclavo.

Vencida la Italia por las armas españolas, sujetos á sus reyes Nápoles y Milán, se vió renovar el fenómeno acontecido en Roma; ilustraron los vencidos á los vencedores, pulieron los españoles su lengua, á imitación de los italianos, y cultivaron la buena literatura que tan adelantada estaba en el pueblo sojuzgado. *Gensque victa ferum victorem cepit.* La Italia es la verdadera madre de nuestra literatura; á ella en mucha parte debemos los primores de nuestro idioma. Empero cuando la conquista de Nápoles y las guerras de Italia no era tan bozal nuestra lengua que fuese dable imprimirle al antojo de los escritores de aquella era el carácter y tipo que tuviesen por conveniente: desde la terciadécima centuria el mejor de nuestros monarcas, el

sabio Alfonso X, había escrito poesías tan superiores á su siglo, como lo es el código de las siete Partidas, redactado bajo los auspicios de este excelente soberano, á los bárbaros estilos de la anarquía feudal; y ya hemos dicho que las letras hicieron en España no pocos progresos bajo los dos reinados que al de Isabel y Fernando precedieron. El continuo roce con los Árabes, que durante dilatados siglos poseyeron en todo ó en parte nuestra península, y que mientras vivieron en ella hicieron en letras y ciencias cuantos progresos de un pueblo supersticioso y esclavo pueden esperarse, comunicó al castellano aquel estilo figurado, aquellas audaces exageraciones que en los orientales son tan frecuentes. Al abandonar la España los Musulmanes nos dejaron, no sólo muchas de sus voces y sus expresiones, sinó también en mucha parte la índole de su idioma, sus osadas metáforas, el vivo colorir de sus expresiones, el arte en que á los mismos Griegos sacan ventaja de poner de bulto y pintar las ideas abstractas; arte que, si á veces perjudica y deslumbra al ideólogo severo, es la vida y el alma de la poesía, y con especialidad de los cantos líricos; arte que, no obstante la uniformidad, ó, por mejor decir, la carencia de ideas, nos embelesa aún en los salmos hebreos, y de cuya magia todavía quedan vestigios hasta en la miserable y no inteligible antigua versión itálica, admitida no sé por qué en la Biblia vulgar, puesto que de San Jerónimo no sea.

Así la conquista de la Italia, al paso que mejoró y pulió la lengua castellana, no la hizo mudar de carácter; y la literatura española, muy más cultivada que hasta entonces lo había sido, nunca se encumbró á los elevados géneros que con tanto acierto habían tratado los italianos; que mal podían los espíritus que temblaban bajo un Torquemada, un Pedro de Arbués ó un Lucero contrarrestar con el denuedo que Sarpi las pretensiones de la curia romana, poner patentes al mundo los miserables enredos y chismes

que en las decisiones de los padres de Trento influyeron; ó los esclavos del franciscano Cisneros denunciar á los pueblos los sistemáticos delitos de los monarcas, y hacer palpables las ventajas de la libertad política, como lo ejecutaba el ilustre autor del *Príncipe* y de los *Discursos acerca de Tito Livio.*

Iba creciendo la gloria marcial de los españoles al paso que se disminuía su libertad civil y política; sus victoriosas armas, después de asustar el continente europeo, abrían carrera más vasta en un mundo nuevo, donde, si bien los moradores pocas ó ningunas dificultades al verdadero esfuerzo presentaban, la inmensidad de los espacios, la insalubridad de los climas, la absoluta carencia de mantenimientos el más constante denuedo arredraban. La novela con nombre de historia de Solís retrata á Hernán Cortés como un valiente conquistador, y le hace parecido á otros mil que como él lo han sido; muy más alto aparecería este claro varón si nos le pintara su coronista como él fué verdaderamente, imperturbable en medio de las arduas dificultades que para alimentar á un millar de europeos suscitaba un país inmenso, donde solamente malezas y pantanos se encontraban, y donde la falta absoluta de hierro hasta el solicitar materias nutritivas de la tierra estorbaba. Más dieron en que entender á Cortés la enemiga de Diego Velázquez y la expedición de Pánfilo de Narváez que los decantados ejércitos de Montezuma, el pretenso ardimiento de Guatimozín, el arrojo de Xicotencal, y todo cuanto han fraguado los historiadores coetáneos del poderío del emperador de Nueva-España y de la belicosa índole de los republicanos Tlascaltecas. Empero un mundo nuevo en todo diferente del antiguo, en hombres, animales y plantas; insuperables estorbos que la vastísima extensión del país, la falta de mantenimientos, la insalubridad de los climas, lo impracticable de los caminos, lo fragoso de los más altos montes del orbe, lo raudo de los más caudalosos ríos presentaban,

vencidos y allanados á esfuerzos de la más heróica constancia: tan nuevas y magníficas escenas no podían menos de exaltar y agrandar la imaginación de los españoles, influyendo poderosamente en el carácter de sus escritores.

Resulta, pues, de cuanto llevamos dicho que el carácter de la literatura española es parto de los sucesos de los postreros años del quintodécimo siglo y de todo el décimosexto, en que se pulió nuestro idioma y salieron á la luz pública nuestras obras maestras. Era la España supersticiosa y esclava, empero militar y victoriosa; temerosos corderos los españoles en presencia de un fraile ó un inquisidor, eran leones impávidos á vista del enemigo: ni los arredraban los climas, ni los asustaban las distancias; arrostraban en las Américas el hambre y el cansancio, como en Europa el hierro de los enemigos, sus bandas jamás rompidas hasta la batalla de Rocroy. Cultiváronse con más ó menos fruto aquellas partes de la literatura que pueden adelantarse sin enfurecer el fanatismo ni sobresaltar el poder absoluto; enmudeció la sana lógica, proscribióse la buena metafísica, ó si las cultivaron algunos pocos, fué á escondidas del gobierno y la Inquisición, y con la perdurable zozobra de incurrir en el implacable enojo de ambos. La teología no fué más que el extravagante misticismo de la madre Agreda, ó Santa Teresa de Jesús, ó una bárbara cáfila de expresiones escolásticas sacadas de Escoto, de Suárez, de Santo Tomás ó del Maestro de las Sentencias. Redújose la jurisprudencia civil á casos raros y *cur-tam-varies,* la canónica al estudio de las decretales de los papas; fulminó la Inquisición sus censuras contra todos los tratados de derecho natural, contra todas las historias eclesiásticas imparciales: arrogóse un calificador estúpido el privilegio de desmentir hasta las verdades matemáticas, cuando con las sandeces de la teología de las escuelas no se avenían. Aplicaba Descartes el cálculo algébrico á la resolución de los problemas de geometría, inventaban Leibnitz y Newton el

infinitesimal, mientras los españoles calificaban de matemáticos á los que aprendían solamente las proposiciones de Euclides. De suerte que si la literatura, que, como dice el abate Raynal, hermosea el edificio de la superstición, fué cultivada no sin fruto en España, las ciencias exactas, y más todavía las morales, retrocedieron: que no ignoran los enemigos de la razón humana que las ciencias, avezando al hombre á la investigación de la verdad, le llevan por la mano á aplicar el cálculo de las probabilidades á las nociones morales que le han sido enseñadas, y que una vez que llega á cultivar este estudio, se desploma derrocado por sus cimientos el reino de la mentira. Hasta D. Jorge Juan no hubo en España un geómetra que digno de mentarse sea: el pretenso mapa geodésico de la península, alzado en tiempo de Felipe II por el maestro Esquivel, no es cosa más probada que el origen español de la novela de Gil Blas, y dado que fuese cierto que se hubiera formado un mapa, acerca del cual los escritores coetáneos observan el más alto silencio, ignoramos si era exacto; ni era prueba, cuando lo fuese, de que las matemáticas racionales estuviesen muy cultivadas: que es cosa sabida que los errores en las operaciones geodésicas se pueden ceñir á límites harto estrechos, sin que estén muy adelantadas por eso las matemáticas trascendentales.

Precursor de Bacón de Verulamio Luis Vives había el primero entre los modernos hecho palpable con razones convincentes la vaciedad del escolasticismo, y dictado las verdaderas máximas que habían de guiar á los que en investigar la verdad se ocuparan. Este ilustre español vivió la mayor parte de su vida lejos de su nación; y es indudable que, si nunca hubiera salido de ella, jamás se hubiera elevado su mente hasta concebir el plan de su obra acerca de la corrupción de las ciencias y de los medios de restaurarlas, mucho menos se hubiera atrevido á darla á luz. El primero que de los modernos filósofos presentó el de-

chado de la sana lógica fué á la verdad un español, pero ni discípulo ni imitador ninguno tuvo en su patria.

La erudición y el estudio de la historia y las lenguas antiguas con mejores auspicios se cultivaron, sin que por eso cesara el abominable tribunal de la Inquisición de perseguir con tesón infernal á cuantos en esta carrera, como en las demás, despuntaban. Abonan esta aserción las causas formadas al Mtro. Fr. Luis de León, una de las mayores lumbreras de España en el siglo décimosexto, al célebre Francisco Sánchez de las Brozas, y en tiempos anteriores á Antonio de Nebrija. Encarnizáronse más y más los inquisidores contra los que cultivaban las lenguas orientales cuando hubieron Lutero y Calvino predicado la reforma, y se esforzaron á procesar como sospechosos en materias de fe á todos cuantos procuraban entender en su original idioma los libros que contenían las reglas de moral y los dogmas de los cristianos. Todo el poder de Felipe II bastó apenas á librar de las garras del Santo Oficio al docto Arias Montano, cuyo único delito era haber dado cima á la edición de la políglota conocida con nombre de la *Biblia Regia;* y es de creer que si hubiera vivido algunos años más tarde el Cardenal Ximénez de Cisneros, nunca hubiera la Inquisición perdonado á uno de sus primeros caudillos el proyecto y la ejecución de la *Biblia complutense*. Los más de los prólogos de los libros de historia natural y física de aquella época, que en algo de los disparates escolásticos se apartaban, están llenos de amargas quejas, con más ó menos rebozo articuladas, de los estorbos que á la investigación y propagación de la verdad se ponían, hasta que la prepotencia del Santo Oficio acalló aun los suspiros que exhalaba la razón oprimida. Algunos rabinos habían hecho una versión castellana del Antiguo Testamento; los protestantes españoles Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera pusieron luego en más culto castellano la Biblia entera; esto bastó á calificar de predicadores de calvinismo á cuantos

en interpretar las Escrituras se afanaban, y la escandalosa cautividad del Mtro. Fr. Luis de León se fundó ó se coloreó con su traducción del *Cantar de los cantares*. Tal era en aquellos tiempos el gobierno español; tal la suma de libertad que á los españoles había cabido en suerte; de modo que el fenómeno más extraordinario de esta época no es explicar la cortedad de sus conocimientos en muchas materias, mas sí desenvolver las causas de sus adelantamientos indisputables en muchos ramos de artes y letras.

Si la energía y la vida que á Tácito y á Salustio animan nunca alentó á los historiadores españoles, no es dudoso que en la historia de España de Mariana, en la de la guerra contra los Moriscos de las Alpujarras de D. Diego Hurtado de Mendoza, en la de la conquista de Méjico de Solís no pocas prendas de buenos escritores resplandecen. Penden en mucha parte las dotes de los historiadores antiguos de aquella pasión de libertad, en los pechos de los Griegos y los Romanos ingénita; este noble afecto constituye el carácter dominante de las *Décadas* de Tito Livio, y con él se coordinan subordinándosele todas las demás ideas. No así en España, donde el menor respiro de independencia hubiera sido irremisible delito á los ojos del disimulado cuanto cruel Felipe II, á los del venal y supersticioso Duque de Lerma, á los del arrogante y suspicaz Conde-Duque de Olivares. Fué, pues, la historia en España un mero cuento de acontecimientos bélicos, de contiendas y guerras entre los ricos-hombres, de fútiles disputas acerca de vanos privilegios entre las diversas ciudades, de rebeliones de la aristocracia contra la monarquía, de disturbios suscitados por los hijos, hermanos y parientes de los reyes, de usurpaciones del cetro por colaterales y bastardos; mezquinos sujetos que nunca podían elevar el ánimo de los historiadores. Faltan en España más que todo varones dotados de virtudes civiles, varones que, como el canciller del Hospital en Francia, y luego los magistrados que con generoso esfuerzo

se opusieron á la liga, supieran contrarrestar la anarquía en defensa de las legítimas potestades, y tener á raya el despotismo, amparando los fueros de los pueblos; así nuestros héroes, como los andantes caballeros, no hacen más que rebanar jayanes y arrollar escuadras, y casi nunca se oye resonar su voz en utilidad de la patria.

Los más de nuestros historiadores adoptaron el estilo de poner en boca de sus personajes largas arengas; estilo que por mezquinas razones han abandonado los escritores del siglo décimooctavo. En los razonamientos en que habla el sujeto propio que ocupa la escena, se pueden explayar los historiadores, y desenvolver las circunstancias en que se encontraba á la sazón el estado, los escondidos muelles de las acciones de los principales personajes, y más que todo el carácter y los proyectos del que habla; y esta exposición, si se presenta bien, es tan natural, da viveza y colorido tal á la acción, que transforma la historia en un drama, donde oimos y vemos á los actores, y que eso más es animada que más parecidas son las facciones y la fisonomía de los personajes retratados á lo que ellos realmente fueron. Bien sé yo que hay en las historias de todos los pueblos sus épocas fabulosas, y acaso más que en ninguna otra de las naciones modernas en la de España; bien sé que las historias de Pelayo y Hormesinda, de los amores de Florinda y Rodrigo, de Ximena y el Conde de Saldaña, de las hazañas de Bernardo del Carpio, y por ventura de las del Cid Rui Díaz de Vivar, tan verídicas son como la del viaje á la Luna del Paladín Astolfo en demanda del juicio perdido del señor de Brava y de Anglante. La historia de estos tiempos tenebrosos es en todas las naciones una novela más ó menos bien entretejida, como la de los siglos que al de Milciades y Temístocles precedieron en la Grecia, la de los primeros quinientos años de Roma, y la de los reyezuelos cristianos de España desde las guerras civiles de Rodrigo y Witiza hasta la conquista de

Toledo por Alfonso VI. Empero los personajes verdaderamente históricos, Alfonso X, Roger de Lauria, el Gran Capitán, Carlos V y su ilustre hijo D. Juan de Austria, el gran Duque de Alba, Antonio de Leyva, Hernán Cortés, etc., etc., estos tales tan bien estampado han dejado el tipo de su índole en la historia, que no es menos grave culpa en los escritores no dar á los razonamientos que en boca de ellos pongan el colorido que de ellos es peculiar, que lo fuera en un autor de tragedias retratar con los colores de Nestor á Diómedes.

Aventájanse en esta parte muy principal de la historia Solís y Mariana; el primero, si en los discursos de Xicotencal y Montezuma no los pinta como ellos en la realidad fueron, los retrata á lo menos al vivo, y conforme al carácter ideal con que al lector los ha presentado; *et sibi constant.* Mariana desenvuelve á veces con admirable sagacidad en las arengas de sus personajes, no solamente quién eran ellos, mas también el estado de las cosas y de las opiniones más generales en el tiempo en que los hace hablar. Léase el discurso que en boca de uno de los principales señores pone, cuando la rebelión contra Juan II: ¿quién no ve en él los progresos que habían hecho las ideas de libertad, cuán inculcadas y arraigadas en todos los ánimos á la sazón estaban? Compárese este razonamiento con las coplas de Mingo-Revulgo, y aun con las endechas de Juan de Mena acerca del abajamiento de la potestad real, y dígase si el escritor del siglo de Felipe III no conocía bien el carácter del de Juan II y Enrique IV.

Una cosa muy extraña es que en los siglos bárbaros que al establecimiento del nuevo tribunal de la Inquisición en Aragón y Castilla precedieron, el pueblo más tolerante de la moderna Europa fué el Castellano. Á la verdad los concilios de Toledo, desde Recaredo y desde Sisebuto más particularmente, fulminaron penas contra los Judíos, que fueron la principal causa de la conquista de España por

los Musulmanes, porque, irritados con razón los Hebreos con el gobierno de los reyes godos, abrieron á los Mahometanos las puertas de la Península. Empero posteriormente á los triunfos de los Cristianos contra los Árabes se establecieron principios más humanos, y la fanática acción de Fernando III ni tuvo ejemplo en sus predecesores, ni de sus sucesores fué nunca imitada. Gobernó la hermosa Raquel con despótico dominio la Castilla, y si conjuraron los ricos-hombres la muerte de esta combleza de su monarca, no fué en calidad de Judía, mas sí de inaguantable y prepotente avasalladora de la nación. Cuando habla Mingo-Revulgo de los universales desórdenes del pueblo en su tiempo, se queja del poco aprecio que de su respectiva religión en Castilla hacían Moros, Judíos y Cristianos, sin manifestar preferencia á unos ni á otros.

Los de Cristóbal Mejía *(los Cristianos)*.
Los de esotro tartamudo *(los Judíos)*.
Los de Meco moro agudo *(los Sarracenos)*.

¿Quién ignora que casi todas nuestras más ilustres familias están emparentadas con Judíos y Moros, y quién la diferencia que en los tres últimos siglos de limpieza de sangre y de nobleza se ha hecho? Las patrañas del Niño de la Guardia, de los Cristos azotados, de las hostias profanadas y chorreando sangre, todas han sido fraguadas por el clero después del establecimiento de la Inquisición, por çohonestar con tan ridículas imposturas las atrocidades de este abominable tribunal. Con la fundación del Santo Oficio empieza un nuevo estilo en los escritores, y hasta el idioma vulgar se llena de modismos y refranes, hijos del odio profundo que á cualquiera otra creencia que el papismo inculcan las instituciones y profesan los nacionales. *La necesidad tiene cara de hereje*, es la expresión que sustituye los clavos de diamante de la dura Necesidad de los antiguos; y *hacer una herejía con uno* significa cometer con él las más exquisitas crueldades. Ardían en las hogueras de la In-

quisición de Valladolid ilustres caballeros, tiernas y nobles doncellas, inocentes religiosas, y ancianos sacerdotes tan respetables por la austeridad de sus costumbres cuanto por sus profundos conocimientos en las materias de religión y dogma; era el delito que tan horribles tormentos les acarreaba dudar de la existencia del Purgatorio, ó expresarse acerca del libre albedrío, de la fe y de la gracia en los mismos términos que San Pablo; expiraban como el Hijo de María, orando por sus verdugos; eran calificados de herejes, y la lengua vulgar hacía de la herejía el vocablo sinónimo de cuanta perversidad puede caber en la postrera depravación de la humana naturaleza. Así la superstición embrutece en uno los entendimientos, y encrudece los ánimos, apagando la razón, enardeciendo la fiereza, y dispensando á los pueblos donde reina, con la inteligencia de las ostras, la sed de sangre de los tigres.

Figúrese el lector con qué precauciones tenían que hablar los historiadores de España de cuanto con las usurpaciones de la potestad eclesiástica estaba conexo. Las continuas competencias del clero con la autoridad real y con los privilegios de la nobleza; la liga de unos y otros cuando de avasallar y oprimir al pueblo se ha tratado, parte tan importante en la narración de los sucesos de las naciones de Europa, en balde es buscarla en nuestros historiadores. Españoles fueron todos cuantos imaginaron y fundaron el más funesto instituto que ha afligido el linaje humano, el de los frailes jesuítas; y si Quevedo en su historia de los Monopantos, y Palafox en sus doctos y piadosos escritos se esforzaron á mostrar los males que de la existencia de esta guardia pretoria del papismo, difundida por todo el universo, redundaban, en breve la persecución embargó la lengua de estos buenos patricios y sepultó sus escritos en un hondo olvido.

Todo historiador moderno que fuere crédulo y supersticioso nunca podrá ser leído, muy al revés de lo que con

los antiguos sucede. Los continuos portentos de que las *Décadas* de Tito Livio están llenas son causa de que se lean con más gusto. Pende este efecto de la diferencia radical de una religión mística, espiritual y abstracta como la nuestra, y otra sensual, material y palpable, digámoslo así, cual la de los Griegos y Romanos. Los dioses de la Gentilidad eran mortales divinizados; desde Júpiter Óptimo Máximo, hasta la postrera de las deidades indigetes, todos eran hombres exentos de la mortalidad, mas no de las pasiones humanas; más fuertes y más poderosos que los mortales, sujetos empero á la fatalidad y al destino, como el más vil esclavo. El Dios de los cristianos es un espíritu inextenso que llena la inmensidad del espacio, una inteligencia que abraza ambas eternidades, sin que en ella haya sucesión de tiempos; que ve la inmensa cadena de todas las verdades posibles hasta sus más remotas consecuencias, sin que para ella existan premisas; ante cuyos ojos las más recónditas relaciones de todos los seres, ó existentes, ó posibles, son una mera percepción instantánea. Tan alta idea se aviene mal con una Providencia particular que interrumpe el curso de sus generales leyes por motivos mezquinos en su presencia; los únicos portentos que de ella pueden no desdecir son los que para fundar su Religión fueron indispensables; y habiendo ésta recibido su total complemento con la resurrección del Legislador, y la predicación de sus discípulos, parecen cualesquiera otros milagros no menos incompatibles con los dogmas religiosos que indignos de la Majestad Divina. Por eso las vidas de los santos, atestadas de prodigios, nos parecen tan insulsas y pueriles, mientras escuchamos enajenados las amenazas de Neptuno á los vientos que sin su licencia pretenden echar á pique la armada de Eneas, y contemplamos amedrentados el enojo de este dios cuando con su pujante tridente destroza á vista de las playas de Feacia la nave que lleva á Ulises á su cara Itaca. Así el milagro del obispo atanasiano que de-

lante de Leovigildo llenó de confusión al arriano, sin que por eso mudara de religión aquel monarca; el del breviario mozárabe saliendo ileso de la hoguera que consumió el romano, y tanta cáfila de paparruchas del mismo jaez que la historia de Mariana deslustran, y son todavía muy más comunes en los más de nuestros historiadores, nos causan un inaguantable hastío, y se nos cae el libro de las manos. Bastará para figurarse de qué cáfila de patrañeros milagros están atestadas nuestras historias considerar que Feyjóo ha insertado en sus obras una larga disertación acerca del toque de la campana de Velilla, probando con argumentos muy serios que nunca la tal campana se tocó por operación divina. El único de nuestros historiadores totalmente inmune de esta pueril credulidad es D. Diego Hurtado de Mendoza en su historia de la guerra de las Alpujarras; estadista y embajador en Roma, y cerca del concilio de Trento, conocía sobrado bien á los clérigos, y mal podía persuadirse de los portentos que ellos fraguan.

Generalmente hablando los historiadores nuestros sólo han imitado las externas formas de los antiguos, sin penetrar su médula, sin revestirse del generoso espíritu que los anima; no mal parecidos á aquellas figuras de cera que con bastante propiedad retratan las facciones, la estatura y el colorido, mas siempre privadas de brío, de lozanía y de vida. Así los cursantes de las aulas de Retórica se piensan que imitan á Cicerón cuando le pescan algunas frases, ó que les inspira la musa lírica de Horacio cuando hacinan de él centones, incurriendo en el defecto del que por no apartarse de las huellas de aquel á quien sigue, se atasca en un atolladero de que no puede salir. Visible cosa es que tenía presente D. Diego de Mendoza el proemio de las Historias de Tácito cuando empezó la suya de la guerra de los Moriscos; copia es el uno del otro; mas quien á consecuencia se presumiese hallar en el diplomático historiador los valientes toques con que están delineados los caracteres de

Galba, de Otón y de Vitelio, la animada escena del incendio del Capitolio, ó de la batalla dada dentro de la propia Roma entre Vitelianos y Flavianos, todas sus esperanzas las verá frustradas.

Al lado de las historias se colocan las novelas, ó los cuentos de sucesos fingidos, los cuales, por lo mismo que no son verdaderos, han de ser más verisímiles, porque si en la realidad nunca hombre fué constante con su propio carácter en todos los trámites de su vida, si en los más generosos pechos se encuentran ruindades que los afean, y en los más ruines acciones generosas que ilustran alguna época de su vida, el historiador que estos casos refiere ofrece en su abono el unánime y no controvertido testimonio de los coetáneos, que al novelista falta. Por eso es tan difícil apropiarse un carácter nuevo, y conformar con él en todas sus partes y con sus acordes proporciones el sujeto que de él se reviste, *proprie communia dicere*, sirviéndome de la expresión de Horacio. Antes de caracterizar el mérito de nuestros autores en este ramo es indispensable dar algunas ideas del género, según por mis meditaciones me las tengo yo formadas, para valuar por ellas el de los novelistas españoles.

Las llamadas novelas pastoriles más son largos idilios en prosa, ó cuando más dramas entre zagales y zagalas, que novelas verdaderas. La uniformidad inherente á esta especie de escritos los condena á empalagar al menos delicado lector. Son los sucesos tan poco variados, tan uniformes los afectos, tan ceñidas las ideas, tan poco encarnizadas las enemigas, tan fácilmente satisfechos los amores, que ni la acabada perfección de Teócrito y Virgilio, los dos escritores más perfectos de los dos más perfectos idiomas, estorbaría que fastidiasen sus églogas, si no las hubieran hecho tan cortas. Garcilaso, que con tanta maestría entonó el canto pastoril en la primera de sus églogas, en que no excedió la medida de las antiguas, es inaguantable en la segunda, que

quiso alargar sin coto. Si la *Aminta* y el *Pastor Fido* gustan, no es como idilios, sinó como acciones dramáticas; la segunda especialmente es una verdadera tragedia, donde el terror, la compasión y todos los afectos trágicos poderosamente son excitados. Y si églogas como la segunda de Garcilaso son inaguantables, ¿quién podrá sufrir novelas pastorales en muchos abultados tomos, como la *Diana* de Montemayor, ó de Gil Polo, la *Galatea* de Cervantes, y otras producciones de este jaez, á cuya lectura jamás pudo dar cima el leyente más esforzado?

Restan las otras novelas, unas cuyo principal objeto es pintar el origen y progresos de una pasión, y otras que, contando parte de la vida del héroe ideal, ó bien toda entera, enlazan con ella los sucesos de la humana, desenvolviendo progresivamente el carácter del sujeto que retratan. Á estas dos clases se ciñen todas las novelas posibles (á lo menos las que así merecen llamarse); y el examen de los requisitos que su perfección constituyen, eso más es importante, que siendo casi ignorado este género de los antiguos, carecemos de guías que nos den tan juiciosas y acertadas reglas cuales las que para otros escritos en Aristóteles, Cicerón, Horacio y Quintiliano encontramos.

Los medios de excitar vivamente los afectos del lector, la compasión, el terror, el odio, el cariño, etc., los mismos son en estos escritos que en los dramas, y según el carácter de los actores así se arrima la novela á la tragedia ó la comedia. No está empero obligado á ceñirse el novelista á la unidad de lugar, tiempo, ni menos de acción; mas no se puede desentender de la de interés, si quiere que sus composiciones saquen lágrimas, infundan pavor y dejen una duradera y viva impresión en el ánimo de los lectores. Guárdese particularmente el escritor de fino y acendrado gusto de confundir las chocarrerías con los donaires, la sencillez con el tosco desaliño; sean inocentes y cándidos sus aldeanos, no soeces y zafios; no se arrastren por los suelos

de miedo de encumbrarse á las nubes; acuérdese siempre el autor de que si la rústica pobreza excluye del prendido de las lindas villanas el brillo del diamante, los vivos colores de la esmeralda y el carbunclo, bien saben sustituir á estos arreos las guirnaldas de frescas rosas, de aromáticas violetas, de pomposas azucenas entretejidas.

Los hombres poco versados en el arte de escribir se figurarán acaso que excluyen nuestros preceptos la verdad del género de composiciones que más de ella sola saca todo su mérito, porque siendo las novelas cuentos de fingidos sucesos, en tanto les asiste un mérito real, en cuanto más los afectos, las expresiones de los actores son los que hubieran de ser cuando en la situación en que se les pone se encontrasen sujetos verdaderos que les fueran parecidos. Mas no nos equivoquemos: no es el arte una imitación de la naturaleza, tal cual ella es generalmente; que el buen imitador escoge en los objetos lo más vigoroso, y lo más puro que en muchos de ellos ve esparcido, y de estos variados rasgos, verdaderos y existentes todos, forma el tipo ideal, cuya concepción constituye el perfecto crítico teórico, cuya ejecución forma el acabado escultor, el sublime poeta, realizando el Júpiter de Fidias, el Aquiles de Homero, el Roger del Ariosto. En toda profesión, en todas clases hay hombres y mujeres dotados del tino natural que constituye el gusto práctico, que sin salir de su esfera se manejan con cierta gracia, hablan con cierta naturalidad, obran con cierto decoro que los hace dignos de ser mirados y estudiados como modelos de su clase. No se ha de confundir esta natural elegancia de costumbres con la virtud; las personas de que hablo son las que comunmente llaman sujetos finos, no virtuosos. No quiero yo decir que se excluyan recíprocamente virtud y elegancia; muy lejos de eso, las más veces se avienen en uno, y aparece más amable la virtud ornada por las Gracias, mas es cierto que no es siempre por desgracia esta unión inseparable. De suerte

que aun cuando retrate el novelista los vicios más horrendos, no ha de prescindir enteramente de este natural arreo que dejando á la perversidad todo su horror hace tolerable la presencia del malo; que tal es el secreto de pintar las ponzoñosas sierpes, y los más feos vestiglos, campeando eso más la hermosura del arte que son más disformes los originales.

Un solo caso hay en que debe el escritor novelista colorir con la mayor viveza la torpeza y disformidad del vicio, y es en aquellos pasajes en que se trata de que reciba la culpa el merecido castigo. No consiste éste en que triunfe ó no el malo del hombre de bien; ni aborrezco yo las novelas en que muere aherrojado en prisiones ó degollado en un patíbulo el héroe virtuoso, y acatado de los pueblos sube el perverso al trono. Pues tal es tan repetidas veces el deplorable desenlace de la historia verdadera, ¿por qué no la imitará en esta parte la novela? Mas lo que no hace, ni puede hacer el historiador, eso es la peculiar obligación del novelista; pintar al vivo los remordimientos, los sustos, las amarguras que roen y acibaran los inicuos pechos. No tema en tales casos una esforzada pluma descender al torpe lupanar con la deshonesta esposa del árbitro del orbe romano, rasgar cuantos velos sus adúlteros miembros cubren, señalar la villana mano abierta para cobrar el salario de un infame deleite, y mostrar patente á deshonrosas miradas, á lascivos tocamientos, á ósculos de baldón el vientre donde fué el generoso Británico engendrado. Y si un noble y nunca desmentido horror del vicio le anima, si palpita su pecho de enojo contra la villana simulación de Tiberio, no menos que contra la demencia atroz de Calígula, si envidia más la suerte de Bruto muriendo en los campos de Tesalia, la de Catón rompiéndose las entrañas en los arenales de Utica, que la triste gloria de César vencedor de la patria, usurpador de la soberanía, origen y tronco de tantos monstruos cuantos con nombre de emperadores deshonra-

ron en la serie de los posteriores siglos á Roma y asolaron el universo, no tema entonces retratar con valientes pinceladas las más torpes escenas de la disolución, no tema sumirse en los lodazales de la más villana servilidad; que ni excitarán sus vivas imágenes deseos impuros, ni se resentirá su estilo de la bajeza de los sujetos que retrate.

No nos equivoquemos empero, ni confundamos con la verdadera moral la hipocresía de costumbres que con los arreos de sobrado escrupulosa decencia se reviste. El sabio por antonomasia aconsejaba á sus discípulos que sacrificasen á las Gracias; la austeridad ascética es debida á las falsas ideas de una superstición enemiga de los deleites sensuales, cuyo infalible como inmediato efecto fuera acabar con el linaje humano, dando por el pie con los gustos con que su reproducción se vincula. Cosa es sobremanera ridícula nivelar con los más horrendos delitos que son azote y oprobio de la humanidad una propensión, aunque algo excesiva sea, á los gustos amorosos. Confundir los galanteos con los hurtos, las calumnias, los rencorosos odios; las flaquezas que al deleite arrastran, con los asesinatos y las alevosías, desacreditar es las verdaderas reglas de sana moral, y restituir á vigor nuevo la paradoja de los estoicos, *que todos los pecados eran iguales*. No diré yo como Catulo que si ha de ser casto el poeta no importa que no lo sean sus versos; no alegaré que el justo Catón estrechaba en sus brazos á los mozos que de las mancebías salían, exhortándolos á que perseveraran en sus gustos, y no solicitaran á las castas matronas; ni recordaré que Catulo su amigo le dirigía epigramas que, gracias á la mentida delicadeza de nuestras acendradas costumbres, y nuestros cosquillosos idiomas, escandalizarían á la mayor parte de nuestros lectores, si á traducirlos palabra por palabra nos atreviésemos. Consagrada nuestra pluma á la propagación de la verdad, ninguna contemplación nos arredra, cuando de establecerla tratamos; y bien avenidos con nuestra conciencia,

en inalterable paz con nosotros propios, poco nos importa ser tenidos por escritores de moral laxa por hombres que los más de ellos so la capa de anacoretas esconden las costumbres de sátiros, y eso más estrechan sus teóricas los ñudos de la castidad y la pureza, que en la vida práctica todos los eluden indistintamente. Confesamos que aquella molicie que afemina los ánimos, enflaqueciendo sus fuerzas, y robándoles la virilidad, atributo primero de la virtud, es funestísima; mas no son las halagüeñas imágenes del deleite las que este efecto producen. Antes que un puñado de Griegos desbaratara los innumerables escuadrones de Xerxes, y sembrara de millones de cadáveres los llanos de Maratón y Platea, y los mares de Salamina, había la dulce lira de Anacreonte resonado á Baco y los amores en los más blandos y deliciosos metros que hasta ahora han embelesado el linaje humano. Tibulo militó con gloria, y Horacio fué tribuno militar de Bruto, sin que el cuento de su fuga después de abandonar el broquel tenga otro fundamento que haber dicho él en una de sus odas que huyó, *relicta non bene parmula,* expresión que evidentemente no quiere decir otra cosa sinó que acompañó la fuga del ejército entero roto por Octavio y Antonio; que es cosa clara que hombre que tan bien sabía lo que era decoroso como Horacio, se hubiera guardado muy bien de acusarse á sí propio de tan villana cobardía, como la de dar á correr, arrojando su escudo, en el calor de la batalla.

Dos caminos distintos se ofrecen al novelista que pinta los efectos del amor; esta pasión es unas veces un fuego abrasador que todo lo consume, una inextinguible y activa llama que corre por las venas y enciende las entrañas; afecto tiránico que quita la vista de los ojos, roba el juicio, aportilla la razón, hace enmudecer la conciencia, y ora pone el huso y la rueca en manos de Alcides, ora despeña á Safo del promontorio de Leucate. Este es el delirio de Dido en Virgilio, el del amante de Julia en Rousseau, no pocas

veces el de Heloisa en sus cartas originales; éste el del apasionado Werther en Goëthe. El otro amor más sosegado coge la rosa y arranca las espinas, paladea los amorosos gustos, sazona los deleites, y más prendado del sexo entero que de ninguno de sus individuos, su propia inconstancia es un nuevo homenaje que al amor tributa. Todas las dotes, todos los atractivos del bello sexo le incitan, por todos se apasiona; de aquí su natural mudable, en una sola cosa firme, en vincular sus glorias todas en la posesión de las mujeres. Este es el carácter distintivo de los poemas eróticos de Ovidio, éste el de algunas de las odas de Horacio, y el de muchas novelas modernas.

Habráse notado que no hablo de una especie de amoríos frecuentes en los quinientistas italianos, y en muchas novelas españolas y francesas del siglo XVII, con tanto donaire y gracia ridiculizadas por el severo Boileau. Califican estas insulseces de amor platónico, puesto que en ninguno de los escritos de Platón ni el más mínimo resquicio de semejante desvarío se encuentre. Cífrase este amor en no sé qué afecto desprendido de todo sensual deleite, en cierta incomprehensible unión de las almas, tal que si alguna real existencia en la naturaleza este desacierto tuviera, ni la hermosura, ni la juventud, ni aun la diferencia de sexos tendrían en este caso el más leve influjo. Pudiéramos definir este pretenso amor una especie de misticismo aplicado á las mutuas relaciones de ambos sexos. *No dictaba en este estilo risiblemente triste*, dice Boileau, *el Amor los versos que suspiraba Tibulo*. Los conceptos, los perpetuos sollozos, las muertes y resurrecciones de los amantes de que están atestadas las composiciones eróticas en prosa y verso de aquellos tiempos, y que ni la más leve impresión en el lector hacen, proceden de este mal gusto, introducido primero por el Petrarca, y llevado al extremo por sus sucesores. No es posible leer cuatro versos de las perpetuas lamentaciones amatorias de Herrera, que de ellas ha llena-

do todas sus perdurables elegías, sin convencerse de que ni nunca quiso, ni era capaz de querer, ni de formarse idea de lo que constituye el amor. Más fuego hay en una elegía de Tibulo, ó en la égloga á Lycoris de Virgilio, que en los perpetuos incendios de estos enamorados poetas, siempre abrasándose por metáfora, y siempre fríos y helados en la realidad. Nunca es en ellos el amor aquella hoguera voraz que todo lo consume, aquella calentura ardiente que sume en un no interrumpido delirio á quien agita, aquel furor de Venus que, cual el estro de Baco, embarga la mísera Dido, aquel delirio estático que de la mente de Galo se ha apoderado, aquella desesperación que hace vagar continuo á Orfeo por los montes de la Tracia repitiendo inconsolable al són de su lira el nombre de la perdida Eurydice. ¿Á quién han sacado lágrimas las eternas endechas de Periandro y su cara Auristela, ni las lamentaciones de tanto enamorado personaje como en la inacabable novela de *Persiles y Sigismunda* representan su papel? Menester es confesar que pocos autores han sido menos aptos para pintar el amor, y sus furores, y sus devaneos, que el inmortal autor de *Don Quijote;* sagaz escrutador de las ridiculeces y miserias de la humanidad, como el Damasipo de Horacio, reputaba sin duda por mera locura las ansias de los enamorados, y sólo lo ridículo que en ellas siempre se halla era lo que le daba golpe. Ingenios como el de Cervantes pueden muy bien imaginar patéticas situaciones, y poner en ellas á los amantes que retratan; mas así que los hacen discurrir, sus razonamientos acaban con cuanta compasión y lástima sus desdichas habían inspirado. ¿Puede verse cosa más insulsa que cuanto Dorotea, Luscinda y Cardenio acerca de sus amores se dicen recíprocamente? ¡Qué diferencia de los furores de Dido abandonada por Eneas, de los baldones con que afea á éste su alevosía, y de las casi melífluas y nunca desconcertadas razones con que se queja Dorotea á D. Fernando de su perfidia cuando encuentra en sus brazos

á Luscinda, de quien es robador! No hablo de la canción desesperada de Grisóstomo; Cervantes siempre fué menos que mediano versificante, y no se podía encumbrar á la alteza que requiere la expresión del postrer vale de quien muere á manos de los desdenes de su desamorada dama. Los mezquinos conceptos con que Lotario declara su amor á Camila, antes hubieran debido excitarla á risa que moverla á corresponderle; y una Clori que tuviera un poco de razón y sentido común, no se curaría de tomar á su amante, de mancomún con el cielo, *la pobre cuenta de sus ricos males*.

La otra especie de amores menos veces se halla pintada en los autores españoles. *El Amor al uso,* comedia de Solís, una novela de D.ª María de Zayas, y otras pocas composiciones más, son los muy contados ejemplos que nos han dejado. Porque no se han de confundir con este amor las repugnantes escenas de disolución torpe que en nuestros poetas y novelistas son frecuentísimas, y que ofrecen el trasunto de las costumbres de España en los siglos décimosexto y décimoséptimo, época en que estaban más estragadas que en parte ninguna del orbe.

Siendo nuestro ánimo entretejer en todo este discurso la historia política con la literaria de España, mal pudiéramos pasar aquí en silencio el extraño fenómeno que en este período presentan las novelas de la *Vida del Gran Tacaño,* de *Rinconete y Cortadillo,* de *La Gitanilla de Madrid, El coloquio de los perros Cipión y Berganza, El Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, El Diablo Cojuelo,* y otras de observadores de las costumbres, que con más ó menos tino se han esmerado en dejarnos el retrato de su siglo. Á este mismo género pertenecen las comedias que como *La Bella mal maridada, Santiago el Verde, Los melindres de Belisa*, etc., de Lope; *De fuera vendrá quien de casa nos echará,* y casi todas las de Moreto; *El Amor al uso* de Solís, retratan á los hombres como á la sazón eran.

En todas estas composiciones se notan desórdenes que en mucha parte ha enmendado después el transcurso de los tiempos, puesto que la diferencia de la situación en que hoy se encuentra la nación, comparada con la de aquellos siglos, también ha sido causa de que se pierdan prendas estimables que adornaban á los Españoles de entonces.

Las no interrumpidas guerras en remotos países que desde la expedición de Nápoles del Gran Capitán hasta la paz de Utrec sustentaron los Españoles; sus repetidos triunfos en ambos mundos; el señorío de Italia y de los Países Bajos, los aventurados viajes de los descubridores, conquistadores y pobladores de ambas Américas, con la arrogancia y soberbia de un pueblo dominador y valiente habían maridado los desórdenes y el disoluto abandono de vencedores que sin freno se entregan á sus más desordenados apetitos. Enriquecíanse los Españoles, ya con los despojos de la fértil y siempre avasallada Italia, ya con las pingües cosechas del suelo flamenco, ya con las nunca exhaustas minas de Méjico y el Potosí, y se tornaban á su patria opulentos cuanto corrompidos; acostumbrados á hollar á sus plantas la santidad de las leyes, los fueros más sagrados de la humanidad, á allanar por la fuerza cuantos estorbos la flaqueza de los vencidos les oponía: todo á sus ojos debía ceder al denuedo, todo ser patrimonio del ánimo esforzado. De aquí proceden las violencias y raptos tan frecuentes en nuestras comedias y novelas antiguas, como lo eran en la realidad; las inmortales enemigas, la sed de la venganza, eso más implacable que sin fuerza las leyes para amparar los derechos de los individuos, fiaba cada uno de su propia astucia ó de su fuerza la posesión de los bienes sociales, y cifraba sus más preciosos intereses en reprimir á quien de ellos presumía privarle. Con esta prepotencia de los fuertes y esta artería de los menudos se hermanaba en todos una superstición que vinculaba en la creencia de las paparruchas del papismo la mayor y mejor parte de las

obligaciones sociales; habían los casuistas escolásticos predicado sus torpes doctrinas, abrazadas por los jesuítas y propagadas por la infame Inquisición, que, mientras con una mano tapiaba cuantas rendijas podían permitir camino á la luz, abría con la otra un inmenso cauce á los corruptores sofismas que toda moral estragan, hasta que se hicieron generales en España; estado el más funesto á que pueda verse reducido un pueblo que, mientras no ha perdido el conocimiento del verdadero bien, siempre tiene á la vista la estrella polar que ha de ser su guía, cuando á lo bueno, lo útil y lo generoso se encamine; pero condenado á vagar sin dirección ó á seguir una senda encontrada, cuando apaga la ignorancia la luz de la verdad, ó cuando erróneas preocupaciones, á guisa de fuegos fatuos, le llevan á barrancos y despeñaderos. En la comedia de Moreto intitulada *El imposible vencido,* el protagonista, ordenado de clérigo á impulsos de un enamorado despecho, se pega de cuchilladas con el amante de su dama, á quien rondaba de noche, aunque sacerdote; costumbres análogas eran comunísimas entonces, y cuantos fuera de la Corte, con especialidad en la Andalucía, han vivido, saben que aún en nuestros tiempos están muy lejos de poderse calificar de desusadas. La resistencia á la justicia, las rondas repelidas á estocadas por los guapos, los asesinatos encomendados por los nobles á valentones, por vengar el honor de sus hermanas, ó sus hijas, cuando eran los plebeyos osados á empañarle con sus galanteos; apenas hay comedia ni novela cuyo enlace y desenlace de la complicación de semejantes lances no penda. Á un caballero no era decoroso medir sus armas con un villano, mas no por eso perdía sus fueros la venganza; y la traición y la alevosía se apellidaban noble indignación de un generoso pecho, cuando en daño de un plebeyo que se había acordado de que era hombre se usaban.

La anarquía que semejante situación de cosas introdujo forzosamente en la nación, allegada á la idea en que estaban

empapados todos los Españoles, y que era debida á sus victorias y á su valor marcial, de que el nombre de Español afianzaba un derecho inconcuso de sustituir sus antojos á los preceptos de la ley, produjo en las clases inferiores no menor disolución que en los sujetos de más alta jerarquía. La sextadécima centuria y la primera mitad de la décimaséptima son dos períodos notables en la Europa entera por lo estragado de las costumbres en toda ella; verdad que comprueban de un modo irrefragable los documentos coetáneos, y que era inevitable consecuencia del estado de los pueblos en dicha época; mas en España militaban causas peculiares de corrupción que no subsistían en otras naciones. No era la menos eficaz el tesón con que se oponían los Españoles á la propagación de las doctrinas de la reforma religiosa; en todas partes donde se introdujo el protestantismo se tornaron más austeras las costumbres, ora sea por la natural propensión de todos los reformadores á profesar dogmas de privación y penitencia, ora porque en efecto la moral ascética, y enemiga de todo deleite de los cristianos primitivos, que los nuevos sectarios presumían restablecer, era diametralmente opuesta á las máximas laxas de los escolásticos y molinistas, que, como hemos dicho, exclusivamente en España se enseñaban. Omnipotente por otra parte el Gobierno cuando de reprimir el menor respiro de libertad se trataba, era el más flaco de la Europa entera para poner freno á los delitos que sólo los derechos de los particulares ofendían; que es cosa tan demostrada por la teórica, cuanto probada por la experiencia, que la fuerza con que defiende un gobierno los derechos privados es en razón inversa de la suma de libertad civil y política que disfrutan los ciudadanos. En Turquía disponen á su antojo los genízaros de las vidas y haciendas de los míseros moradores, en Persia es imposible caminar dos leguas sin ir en caravana, y en España los foragidos han andado poco menos que impunes siempre en cuadrillas; los nobles han si-

do, cuando no sus cómplices, sus protectores; y ha llegado el olvido de todo principio de justicia y orden social hasta celebrar en romances que andaban en boca de toda la plebe las proezas de los salteadores de caminos, presentando por dechado á una mocedad infatuada y pobre la vida de unos miserables que á poder de robos y asesinatos paraban en un patíbulo. Aun hoy día pocos son los Andaluces que no sepan de memoria los siete romances que dan cuenta de la vida y hechos de Francisco Esteban, apellidado el *Guapo;* y yo propio, sin ser muy viejo, me acuerdo de que habiendo ahorcado á un célebre ladrón llamado Antonio Gómez, un benévolo poeta celebró al punto sus hazañas en un romance que inmediatamente aprendieron y cantaban los chiquillos para enseñarse desde su más tierna edad á imitar los buenos ejemplos. Y es lo bueno que nunca el Gobierno ni la Inquisición, tan escrupulosos en ahogar cuanta semilla de libertad y razón columbran en cualquiera escrito, han hecho reparo en dejar libremente correr tamaños horrores; tantos y tan vigorosos han sido los esfuerzos que para estragar la nación se han hecho. Verdad es que por antídoto tienen las vidas de San Francisco de Asís, de San Francisco de Paula, de Santa Rosalía, y otras del mismo jaez; tales que si de consuno la estupidez y la demencia se hubieran apostado á escribir disparates, no pudieran haber salido de este concierto tan desatinados escritos.

Menester era esta larga digresión para que sirviera de preámbulo á lo que vamos á decir acerca de la *Vida del Gran Tacaño,* y de otras novelas en que se retratan al vivo las costumbres de los Españoles. Los lectores que no se hicieren cargo del exceso de la depravación universal, más las tendrán por *caricaturas* que por verdaderas y parecidas imágenes. Pablos, el héroe de la famosa novela de Quevedo, se encuentra en mil situaciones enteramente diversas, porque su carácter mudable le incita á querer probar todos los estados, y que tiene maña y ardid bastante para aso-

ciarse con la clase de sujetos que más le peta. En todos topa con los hombres más corrompidos que hallarse puedan, y repito que las costumbres que les atribuye Quevedo eran cabalmente las de las profesiones en que se ejercitaban. Monipodio en la novela de *Rinconete y Cortadillo* es el caudillo notorio de una banda de ladrones que viven pacíficamente en Sevilla desempeñando su oficio; los robados tratan con él del rescate de sus hurtos, y los ministros de la justicia, en vez de perseguir á él y á sus subalternos, entran á la parte en el producto de sus delitos. En *La Gitanilla de Madrid* vemos á los gitanos que forman un estado dentro del estado, que obedecen á leyes que les son peculiares, eligen sus caudillos, y no tiene su asociación otro objeto que robar y quebrantar todas las obligaciones sociales. Verdad es que en todos los países forman los malvados sociedades clandestinas; pero el vigor de las leyes que los persiguen estorba que tomen consistencia estas asociaciones, que se estrechen entre sí con vínculos de hermandad, y precisadas á esconderse bajo tupidos velos, nunca pueden ser ni extensas sus conexiones, ni apretados los ñudos que las ligan.

El roce con la Italia trajo á España la peste de los asesinatos pagados, tan frecuentes en aquel país en los postreros siglos. Consecuencia este abominable uso de la flaqueza de los reducidos y débiles señoríos en que estaba dividido aquel hermoso país, cundió en nuestra España tan fatal dolencia, y se arraigó con la venalidad de los jueces, y con una forma de enjuiciar que, eternizando los pleitos, abría la más ancha puerta á la arbitrariedad. Así no menos en nuestras novelas que en nuestras comedias salen á cada instante á la plaza asesinos con quien se concierta la muerte de un enemigo; el ajuste se hace como se pudiera celebrar el contrato de venta de una prenda, y nunca los asusta la severidad de la justicia, porque efectivamente raras veces eran por ella castigados.

Nunca hubo, dice Boileau, *monstruo tan horrible que su retrato bien hecho no agradara*. Así sucede con nuestras novelas, y eso más nos causan deleite sus pinceladas, que no es posible disimularse que, por muy estragadas que sean hoy las costumbres de los Españoles, han tenido notables mejoras, porque si bien ninguno de nuestros monarcas desde el reinado de Carlos II pueda citarse como un dechado de reyes, si bien ninguno ha dado muestras ni de un entendimiento perspicaz ni de un entrañable amor á sus vasallos, todavía la irresistible fuerza de las cosas, y el espíritu de filosofía y tolerancia que tan universal se ha hecho en Europa, han producido algunas mejoras en España, especialmente desde la expulsión de los jesuítas. De tres años á esta parte con el restablecimiento de estos frailes han cobrado nuevos bríos las más fatales instituciones, y todo anuncia que, sin una pronta y radical reforma, el país al mediodía de los Pirineos será en breve la Berbería cristiana. Apartemos empero la contemplación del doloroso espectáculo que ofrece en el día la cara patria, despedazada por las más ponzoñosas sierpes que pueblo ninguno abrigó en su seno, y tornemos á la historia de nuestra literatura.

El eminente arte de observar á los hombres que poseía Quevedo, su festivo ingenio, del cual, como de una abundosa vena, manaban los chistes y los donaires; las pinturas con suma viveza coloridas de los personajes que finge, y que con tanta propiedad á los sujetos existentes retrataban; una elocución siempre castiza, no pocas veces harmoniosa y elegante, naturalidad y gracejo en los coloquios, agudeza en los dichos; tantas dotes reunidas hubieran constituído de su vida del *Gran Tacaño* el más perfecto modelo, si sus chistes no hubieran con frecuencia degenerado en chocarrerías, si un cierto cinismo, que era en él ingénito, no le hubiera inducido á pintar torpes y sucias escenas que, no menos que mueven á irritación, levantan el estómago, y si el prurito de delinear siempre los objetos con valientes

pinceladas no le hiciera incurrir en ponderativas expresiones, ineficaces á poder de abultadas. Defecto es general de nuestros escritores incurrir en chocarreros y juglares cuando aspiran á ser chistosos, y ni aun el ilustre autor de *Don Quijote* está siempre inmune de esta labe. Pende esto de que nunca fué el palacio de nuestros reyes escuela de finura y gracia; como el de Luis XIV en Francia, y ya en el décimosexto siglo el de Francisco I. Carlos V, el único de nuestros reyes dotado de algunas prendas sociales, la mayor y la mejor parte de su vida la pasó fuera de España, ora al frente de sus ejércitos, ora en sus dominios fuera de la Península; y ni el suspicaz Felipe II, ni el devoto Felipe III, ni el estúpido y enfermizo Carlos II podían gustar de aquella libertad de trato indispensable para que se desenvuelvan las facultades del espíritu humano. Felipe IV más puede calificarse de *rey majo* y libertino que de monarca popular; y si bien es verdad que reunía á literatos, poetas y pintores en su palacio, los pasatiempos en que se entretenían, las piezas de repente que componían, más propias eran de juglares y truhanes, que de doctos que se aprecian en lo que valen y no condescienden en desairadas bajezas. Felipe V mejor que monarca fué un muñeco coronado; incapaz de entendimiento, de voluntad y de energía, divirtiéndose en cazar moscas cuando en su consejo se ventilaban á su presencia los más arduos negocios, ni más ni menos que si cabe una estatua se trataran; y muy pocas ventajas sacó á su padre el flaco Fernando VI, gobernado al antojo de la Portuguesa, con quien tanto podía el *soprano* Farinelli. La increíble pasión de cazar sin parar llenó la vida entera de Carlos III, más ocupado en otear una chocha que en pulir á sus palaciegos; y Carlos IV sólo la decoración de monarca tuvo, dejando su poder todo entero en manos de Godoy, el más zafio y el más inepto de los humanos. De suerte que la aurora del fino gusto que durante el reinado de Carlos V con Garcilaso de la Vega, D. Die-

go de Mendoza, etc., había rayado, se cerró muy luego en una densa y oscurísima noche, donde nunca ni un falleciente rayo de luz ha penetrado. Nuestros Grandes de España, unos viven en compañía de toreros, carniceros y gitanas; otros entre inquisidores y frailes: figúrese el lector cuál es su urbanidad, cuál la finura de su trato.

No es culpa nuestra si parecen severas nuestras reflexiones; comprometidos con el público á desenvolver las causas del estado de nuestra literatura, no podemos menos de decir sin rebozo por qué se encuentran tan atrasados ciertos ramos. Muchos de nuestros escritores han derramado á manos llenas la sal en sus composiciones; mas siempre ha sido la sal andaluza, nunca la sal ática. Indispensable cosa era explicar la causa de este fenómeno, y los lectores sinceros verán que hemos atinado con ella.

Sin detenernos á circunstanciar menudamente el mérito del *Lazarillo de Tormes*, de *La Pícara Justina*, de *Guzmán de Alfarache*, de la *Relación de la vida del escudero Marcos de Obregón*, tan desatinadamente indicada como el modelo del *Gil Blas de Santillana* de Lesage, puesto que sea la obra de Espinel una de las más necias composiciones de la lengua castellana, y *Gil Blas* la obra maestra en su género de la francesa, empecemos el examen de *Don Quijote*, sin disputa la primera de las novelas modernas, y que aun después de *Gil Blas* y de *Tom Jones* ni émulo, ni siquiera imitador, en idioma ninguno tiene. Aun cuando fuera exacta la exagerada expresión de Montesquieu que no hay en España más obra acreedora á ser leída que ésta, en ella sola tuviéramos una que por una biblioteca entera valiese. Sea, si se empeñan en ello, el pueblo de nuestros autores un pueblo de pigmeos; las agigantadas dimensiones de este inmenso coloso siempre infundirán admiración y respeto, y nunca podrá menos de ser mirada con aprecio la nación que le dió el ser.

Cervantes es parecido á Homero, no sólo por haber

vivido pobre, y porque después de su muerte varias ciudades han alegado la gloria de haber sido su cuna, mas también porque sus comentadores han encontrado en su *Don Quijote* todas las perfecciones, dotes y prendas, menos aquellas que en él hay. ¿Quién creerá que un tal D. Vicente de los Ríos ha compuesto una luenga, pesada y fastidiosa disertación, que él titula análisis, esforzándose á probar que *Don Quijote* es un poema épico, ni más ni menos que la *Iliada* de Homero, ó la *Eneida* de Virgilio? ¿Quién se figurará que la Academia Española toda entera haya adoptado tan solemne adefesio, y puesto al frente de su magnífica edición de esta obra esta bellísima producción? Cierto, ni á Cervantes ni á ninguno de sus coetáneos pasó nunca por la cabeza tan desatinada idea; y su pretensa epopeya le vino, como los consonantes á los copleros, de repente, sin que él pensara que tal cosa hacía. Ni se presuma por eso que ignoraba este ilustre autor su propio mérito, ni el de su obra; bien sabía que había levantado un edificio que había de durar hasta los más remotos siglos, y bien claro lo dice en el prólogo á su segunda parte, y en otros mil pasajes; mas nunca se figuró que había hecho una epopeya. Sin duda que siendo el héroe de la Argamasilla el Aquiles ó el Eneas de este poema, Sancho Panza es ó el Patroclo ó el fiel Acates. *¿Risum teneatis?*

Es la admirable novela del caballero manchego una serie de aventuras, fundadas todas en la manía del héroe de resucitar la antigua andante caballería, para deshacer tuertos y enmendar agravios. Como á fuerza de cavilar en la ejecución de su plan ha perdido la cabeza, todo cuanto ve, todo cuanto oye, lo amalgama con las ideas de caballería de que la tiene atestada, y de aquí procede una perenne vena de chistes que pueden llamarse de situación, y es la oposición entre lo que realmente son en sí los objetos que se le presentan y el modo como él los considera. Esta es la razón por qué una no corta parte de las gracias de *Don*

Quijote se traslada á todas las lenguas, y porque todas las versiones mueven á risa, puesto que la inimitable gracia de su estilo, la chistosa naturalidad de sus expresiones, y otras mil gracias que le adornan, ninguna versión las pueda trasplantar del patrio suelo: semejantes á aquellas plantas frondosas y lozanas en el sitio donde han venido, mas que se marchitan y mueren así que las mudan de la tierra donde nacieron.

Estaba por decir que es preciso ser tan loco como el héroe de Cervantes para figurarse que pueda ser un insensato el protagonista de una epopeya; mas considerado como héroe de novela, nunca otro más interesante que Don Quijote se ha presentado en la escena. Parece que tuvo su historiador presente la máxima de Horacio, que *el justo se convierte en injusto, y el sabio en loco, cuando se apasiona sobradamente hasta de la propia virtud;* y no es la novela entera otra cosa que la irrefragable prueba de esta importante verdad moral. El manchego es en todos los sucesos de ella un hombre enojado hasta la más violenta irritación con la humana perversidad, prendado hasta los más estáticos raptos de la virtud y la ideal belleza, y á quien su admirable y generoso entusiasmo persuade que le ha dotado el destino de una fuerza y un poder casi sobrenatural para socorrer menesterosos, amparar doncellas, enmendar sinrazones, y restituir á la tierra el siglo de oro y el reino de Astrea. ¡Qué desinterés, ó más antes qué amable abandono en su conducta toda! En su primera salida, ni dinero, ni ropa, ni siquiera bastimentos de boca lleva consigo; consagrado al servicio del linaje humano, ni sospecha que puedan los hombres negarle su sustento, y si estos le faltan, los encantadores, las hadas, y otros seres superiores á la humanidad vendrán en su amparo. Menester es que le advierta el Castellano que le arma caballero que se ha de pertrechar de las cosas más indispensables para vivir, para que cuide de que las lleve su escudero consigo en sus otras

dos salidas. Enamorado de su dama, no anhela disfrutar con ella los contentos del amor; todo se apura, todo se acendra en su generoso ánimo; ni siquiera ha visto á su Aldonza Lorenzo, mas idolatra en ella el prototipo de la beldad, de la honestidad, y de todas las virtudes. En vano le requiere de amores la desenvuelta cuanto donosa Altisidora; en vano pierde por él la vida, que no le restituyen los jueces del infierno sinó á costa de las mamonas, pellizcos y alfilerazos de Sancho: en vano las lindas bailarinas de Barcelona se afanan por sacarle de quicio; que imperturbable y firme resiste á todas las tentaciones, arrostra todos los embates, y guarda inviolable fe á su dama, puesto que de apuesta señora en zafia y rústica aldeana transformada por la implacable ojeriza de malos encantadores.

El desprendimiento de todo interés personal jamás en ningún actor de novela ha llegado hasta el punto que en Don Quijote, y para gloria eterna de su historiador jamás ha sido tan verisímil. Una vez determinado el carácter del andante manchego, era absolutamente imposible que procediera de otro modo en cuantos lances se presentan, que fuera menos valiente, menos comedido, menos enamorado de su dama, menos liberal de su caudal, menos abstinente del ajeno. La bella infanta Micomicona le brinda con su mano y cetro, que ha de deber ella á su esforzado brazo; Don Quijote desecha sus ofertas por no faltar á la fe de su Dulcinea, y se parte sin tardanza en seguimiento de la menesterosa Infanta, sin esperar ni querer premio de su esfuerzo. Ni pueden menos con él las desventuras de las dueñas viejas que las de las reinas mozas y hermosas; que por acabar con las cuitas de la condesa Trifaldi y su escuadrón dueñesco sube con impávido pecho en Clavileño, y se dispone á hender los aires, por venir á singular batalla con el encantador Malambruno.

No era posible que se desenvolviese todo entero el admirable carácter de Don Quijote, si no le hubiera repre-

sentado su historiador en situaciones totalmente diversas, y para esto era indispensable que fueran sus aventuras tan varias como inconexas. Así que la unidad de acción, una de las primeras leyes de la epopeya, se opone diametralmente al plan que en su obra Cervantes se propuso. Ridícula cosa parecerá á los críticos inteligentes nuestro empeño en refutar el disparatado aserto de Ríos; mas como le dió implícitamente su asenso la Academia Española, y que puede tanto con los más de los lectores la autoridad, se hace forzoso rebatir una idea que, una vez admitida, estorba que sean apreciadas en lo que realmente valen las inestimables dotes de esta obra inmortal.

Una sola vez huye el cuerpo al peligro Don Quijote; que es en la aventura del Rebuzno, donde salió Sancho tan malparado. Esta aparente contradicción es en Cervantes efecto del arte más fino. Sabía este juicioso autor que ninguno en todos los lances de su vida es constante con su propio carácter; que los más sabios y los más esforzados adolecen en ciertos instantes de las flaquezas de la humanidad; y quiso que el héroe manchego pagase el tributo de que nunca puede quedar enteramente inmune un mísero mortal. Pincelada atrevida cuanto feliz en una novela, y que sería un defecto inaguantable en una epopeya. Bien sé que ni aun en este lance es Don Quijote cobarde: que la necia sandez de Sancho no podía menos de disgustar á su amo: que no le obligaban las leyes de la andante caballería á tomar en este caso á pechos la defensa de su mal aconsejado escudero; mas siempre es cierto que pecó entonces más de sobra de prudencia que de arrojo. Nunca en Aquiles falta el valor, en Ulises la prudencia, ni la piedad en Eneas; y si Cervantes hubiera contemplado á Don Quijote como héroe de epopeya, no hubiera cometido tan solemne yerro.

Digo más; cuando compuso Cervantes la primera parte de su novela, ninguna idea se había formado del plan que

en la segunda seguiría; y acaso sin la malhadada producción de Fernández de Avellaneda la postrera y mejor parte de los hechos de Don Quijote no hubiera salido á la luz pública. Esta falta de plan, que en un poema épico fuera intolerable, deja de serlo en una novela de tal naturaleza que su principal valor, como ya hemos notado, en la variedad y aun incoherencia de acontecimientos y lances se cifra.

Se ha de notar que la locura de Don Quijote, rematada cuando su primera salida, va disminuyéndose por grados, hasta que con la pérdida de la salud recobra al fin el juicio. En la primera parte los molinos de viento se le antojan gigantes, las manadas de ovejas ejércitos de combatientes, una vacía de barbero el yelmo de Mambrino, las ventas castillos, las sucias mozas de mesón bellas y enamoradas princesas, y hasta los clérigos encantadores, y las imágenes de la Virgen en sus andas reinas encantadas. Su lenguaje es el de los caballeros andantes, y hasta los arcaísmos de los libros de *Amadís* y *Esplandián* usa. En la segunda no siempre es loco, aunque siempre maniático; de mil tretas se vale el caballero de los Espejos para que venga con él á singular batalla, las ventas las reconoce por tales, el encantamiento de Dulcinea le parece increíble, y no queda enteramente persuadido de la verdad de él hasta que en el castillo de los Duques se le confirma el sabio Merlín. Si el cautiverio de Melisendra y el hallazgo del barco encantado le vuelven á sus antiguas locuras, no se obstina en ellas, como en los primeros tiempos, y los Duques tienen que recurrir á mil ardides y tramar con sumo arte la urdiumbre de sus engaños para que dé él crédito á sus fingimientos. Lo que nunca padece la menor alteración en Don Quijote es la invariable excelencia de su alma, su imperturbable amor de la justicia, su generoso ánimo, sagrario de todas las virtudes sin flaqueza, la actividad de una beneficencia sin tasa, procedente no de una blandura de corazón que con facilidad se mueve á compasión, empero de una

fuente muy más abundosa y pura, de la obligación en que con verdad se cree constituído de consagrar todas sus facultades y su vida entera en beneficio del linaje humano y del reino de la justicia y la virtud en la tierra.

El más notable carácter después del de Don Quijote es evidentemente el de su escudero Sancho Panza. Con todos los hábitos de la educación de un zafio aldeano, tiene cierta sagacidad natural que le advierte de las celadas de los embusteros, y que es más común en los rústicos de España que en los de ningún otro país. Sancho es interesado, malicioso, nada escrupuloso en mentir; sin ser cobarde huye los peligros; y con todo eso el lector se prenda de él por el sincero cariño que á su amo tiene, y que, más que el poco crédito que á las promesas del gobierno de su ínsula da, le empeña en seguirle por barrancos y encrucijadas, sin escuchar las propuestas de Tomé Cecial, ni rendirse á cuantas tentaciones de abandonarle las locuras de Don Quijote le ocasionan.

Repetir que es la boca de Sancho un perenne manantial de donaires, fuera decir lo que todo el mundo sabe; mas no puedo menos de notar que nunca este escudero es juglar, y por eso sus chistes no le hacen despreciable. Panza no se propone decir gracias por divertir á las personas con quienes está; aun cuando se le lleva la Duquesa consigo con ánimo de entretenerse con sus dichos, todas sus respuestas y razones las dice él muy de veras, y no es culpa suya si excitan la risa de la Duquesa y sus doncellas. Provienen las gracias de Sancho de que, habiendo siempre vivido en compañía de rústicos patanes, su repentino roce con sujetos principales, y su manía de hablar perpetuamente y meterse en todas las conversaciones, son causa de que diga mil sandeces y cometa otros tantos graciosos desaciertos. Ya hemos dicho que no siempre son sus chistes exentos de chocarrería, que rayan á veces en sucios y asquerosos; no obstante, este vicio es menos frecuente en *Don*

Quijote que en ninguna otra composición jocosa española.

La historia de los diez días que duró el gobierno de Sancho en la isla Barataria es uno de los mejores trozos de esta novela. Aunque en todo el transcurso de ella haya Cervantes retratado á este escudero como codicioso y no sobrado escrupuloso, en su gobierno se porta con un ejemplar desinterés, y en las más de sus decisiones falla con rara sagacidad y tino. No es ésta una contradicción; Cervantes sabía muy bien que un hombre bajo, repentinamente encumbrado á una alta dignidad, no se entrega los primeros días á sus depravados afectos; los principios siempre son buenos, cuando la elevación es inesperada; y los impulsos de la codicia y las soeces pasiones no se hacen obedecer hasta que, sosegado ya el ánimo, los atributos del poder pierden el embeleso de la novedad. Si Sancho falla con acierto las cuestiones que se le proponen, no hay para qué extrañarlo; que Cervantes nos le pinta como un rústico que antes peca de malicioso que de necio. Por otra parte, los prudentes consejos de su amo los tiene presentes á su memoria, y la atención que en los negocios pone, y que es debida al vivo deseo de acertar, por no deslucir á su amo que ha sido su fiador con los Duques, todos estos móviles de sus acciones hacen verisímil cuanto en ellas parece que de su ordinaria capacidad excede.

Engolfarse en circunstanciar las hermosuras en que abunda esta obra magistral fuera nunca acabar, y la forma y límites de este discurso no nos permiten alargarnos. No podemos empero menos de recomendar el trozo donde describe Don Quijote la primitiva edad de oro, como uno de los más elocuentes y perfectos que en idioma ninguno se encuentran: acaso el único que en francés se le pueda comparar es el que, á imitación de Plutarco, pone Rousseau en su *Emilio* contra el uso de comer carne de animales.

La única novela española del siglo XVIII que citarse merezca es la historia de *Fray Gerundio de Campazas* del

Padre Isla, jesuíta. Fué el objeto de este ingenioso escritor enmendar ridiculizándolos los vicios de que adolecía el púlpito, y que eran tales cuales por el carácter de la sátira puede colegirse. Acometida la frailería en su alcázar, levantó los más desaforados gritos; y la siempre descarada Inquisición, no obstante el gran poder de los jesuítas, prohibió un escrito que podía contribuir á que cesaran desatinos tan absurdos como antireligiosos, pero en que cifraba la chusma frailesca una no corta porción de las estafas con que se enriquece. El más escandaloso abuso de los textos del viejo y nuevo Testamento, las más indecentes truhanerías aplicadas á la vida de Jesucristo y los santos, los más fútiles conceptillos, los equívocos más pueriles, y á veces más obscenos; en estos elementos se resolvían todos ó los más de los sermones. Juntaban los predicadores con tan relevantes dotes la más completa ignorancia de la teología dogmática, de la tradición, de las obligaciones naturales, civiles y religiosas; era su acción y su voz no la de ministros de un Dios remunerador y vengador, encargados de publicar sus misericordias, y amenazar con su justicia, mas la de viles histriones que con malos entremeces quieren entretener á un público fatuo. Mas como estas infamias producían abundantísimas limosnas para los conventos de frailes mendicantes, que son en nuestra España los empresarios de las misiones y otras farsas religiosas, la Inquisición, que se cura mucho de las religiones, y nada de la Religión, vedó al punto la lectura de un libro que podía disminuir unas rentas fundadas en la estolidez ilusa del pueblo entero. *Deja Fray Gerundio los estudios, y se mete á predicador,* es el satírico título del capítulo en que empieza el héroe la carrera del púlpito; y este título es la expresión de un hecho notorio en España hasta para los chiquillos, á saber, que los predicadores son los frailes que interrumpen sus estudios y no aspiran á la dignidad de maestros. Y hemos de confesar, si queremos ser sinceros, que merced de la prohibición

del *Fray Gerundio,* con corta diferencia los sermones de hoy día, especialmente los de los misioneros, pocas ó ningunas ventajas sacan á los de este adalid de la sacra elocuencia.

Si consideramos ahora el mérito literario de *Fray Gerundio,* hallaremos que es tan inferior al de *Don Quijote,* que aun al paralelo se resiste. No podía ser menos. Uniformes siempre los lances, ceñidos á una reducidísima esfera los caracteres de los interlocutores, privada la novela de variedad, que es el alma del deleite, á los amenos ó interesantes episodios del cuento de Cervantes sustituye el Padre Isla largas disertaciones de teología, máximas de elocuencia sagrada, refutaciones insulsas del *Barbadiño;* y como no hacen otra cosa Fray Blas y Fray Gerundio que predicar, sus sermones, puesto que entretenidos y chistosos sobre manera, empalagan al cabo al lector. Sin duda la enseñanza del maestro de escuela de Campazas y las lecciones de latinidad del dómine Taranilla provocan á risa; mas ¿cuánto no aburren los razonamientos del Padre Fray Prudencio, y en general todo cuanto serio contiene el libro entero? Acaso hubiera salido mejor esta novela si Fray Gerundio se hubiera poco á poco enmendado de sus desaciertos hasta llegar á ser un predicador tan elocuente como docto y piadoso, y si hubieran sido sus postreros sermones dechados de la sana elocuencia del púlpito, como lo son los primeros de cuantos desbarros á un loco rematado pueden ocurrirle. Pero el capital defecto de que adolece esta producción es su prolijidad; dos abultados tomos que contiene pudieran ceñirse á la mitad de uno, y entonces hubiera campeado el donaire tan natural como ameno del Padre Isla; y si hubiera seguido el plan de presentar enmendado á su héroe, habría podido ofrecer en sus últimos sermones modelos que con los de Bourdaloue y Massillón compitiesen. Alabemos, empero, el estilo siempre puro y castizo, las festivas y parecidas pinturas en que abunda esta obra, la ironía amarga

con que de muchas vulgares supersticiones se burla el autor, el aborrecimiento y desprecio que á las opiniones laxas de moral profesa, dotes eso más recomendables que era el escritor miembro de la Compañía de Jesús.

Á esta clase de escritos se pudieran reducir los viajes que, como el del pretenso *Henrique Wanton al país de las Monas,* esconden bajo la ficción de imaginarios pueblos la pintura de las costumbres, opiniones, leyes y estilos de su propio país, y también los que, figurando un viajante fantástico, como en las *Cartas Marruecas* de Cadahalso, le atribuyen las observaciones y reflexiones que los autores han hecho. El original del *Viaje al país de las Monas* es un libro italiano poco conocido y menos apreciado; pero el traductor, ó más antes imitador español, ha añadido y mudado infinitas cosas de su original, dejándole indisputablemente muy mejorado. Cadahalso tuvo sin duda presente, cuando compuso sus Cartas Marruecas, las *Persianas* del inmortal Montesquieu; mas aun prescindiendo de la notable inferioridad de ingenio, nunca su obra hubiera podido competir con la del Presidente de Burdeos. La madura reflexión de Usbek, la satírica sagacidad de Rica de todos los asuntos promiscuamente tratan; todo lo examinan; todo lo bueno lo elogian y lo aprueban, todo lo malo lo vituperan y satirizan; palacio, magistratura, clero, leyes, costumbres, religión, ciencias, moral, todo lo escudriñan, de todo fallan, y no cierto con indulgencia ni miramientos. Cadahalso vivía en el pueblo más ignorante, más avasallado y más supersticioso de Europa; y la Inquisición y el Gobierno á porfía perseguían á cuantos la verdad más indiferente publicaban, como persiguen hoy, y perseguirán por los siglos de los siglos, mientras subsistiere aquélla, y no mudare éste de naturaleza; lo dicho basta para conocer, sin detenernos mas en ello, cuán privada de fuego, acción y vida está la composición de Cadahalso. Este autor era indisputablemente hombre de talento, y en tal cual trozo de su obra

se columbra: mas ¿qué vale la agilidad de pies á quien con pesados grillos los tiene trabados?

Pasemos al poema épico, que es el que por su naturaleza más se arrima á la novela. Divídese la epopeya en heróica y jocosa, como el drama en trágico y cómico. Pérdida dolorosa para la literatura es la del *Margites,* en que nos había dejado Homero el modelo del segundo género, como en la *Iliada* y en la *Odisea* el del primero, puesto que la *Odisea* más puede mirarse en mi entender como un género medio, como el de las comedias togadas de los Romanos, ó el de los dramas patéticos de los Franceses. De la epopeya seria castellana en dos palabras concluiremos: ni *La Austriada* de Rufo, ni *La Araucana* de Ercilla, ni otros trescientos poemas calificados de epopeyas por sus autores tienen el menor viso de tales; y si los otros ramos de literatura no se hubieran cultivado con más fruto en España, en un renglón se habría concluído este discurso. Lo mismo digo del género mixto, que se puede llamar epopeya novelesca, en que se ejercitaron con acierto Bernardo Taso, padre de Torquato, y otros Italianos, y que encumbró hasta el último ápice de perfección el divino Ariosto. *El Bernardo* de Valbuena es un cuento disparatado, sin poesía, sin imaginación, sin arte; el autor tenía presente el dechado del Ariosto, y á su heroína la ha llamado Arcangélica, á imitación de Angélica; mas aunque la hubiera llamado Serafina, no dejara ella de ser el más insulso personaje que dable sea. Con suma atención he leído este poema, que había oído alabar mucho siendo mozo, sin poder nunca haberle á las manos, y el único fruto que después de leído y releído de él he sacado, es poder aconsejar á mis lectores que no se prueben á sufrir los ratos de inaguantable fastidio que me ha causado.

La Mosquea y *La Gatomaquia* son imitaciones más felices de la *Batracomyomaquia* que con nombre de Homero corre: la última, menos cargada de incidentes y lances, me

parece sacar muchas ventajas á la primera. Un juicioso crítico dice con razón que tábanos, mosquitos y otros asquerosos insectos no pueden ser actores de una epopeya jocosa, porque la idea de estos animales levanta el estómago, y que lo que es sucio no puede presentarse á la imaginación sin provocar á indignación y asco á los lectores. Lope de Vega supo zafarse de este inconveniente: Marramaquiz y Mizifuf, Zapaquilda y Micilda nada ofrecen de repugnante; el denuedo y la arrogancia del primero recuerdan no sin gloria del poeta el arrojo de Aquiles y la incontrastable furia de Rodomonte. La versificación es siempre flúida, poético el estilo sin pecar de culto ni conceptuoso, donoso sin chocarrería, y dotado de la increible facilidad que en todas las obras de Lope resplandece, y que se puede mirar como característica de este escritor. Lejos de poner en boca de héroes verdaderos razones de juglares, lejos de convertir en burlescas caricaturas propias de Pulchinela las atrevidas imágenes del ingenio, como hace Quevedo en su poema jocoso de *Orlando*, atribuye con más acierto Lope á su Marramaquiz el terrible arrojo de Aquiles, y á Mizifuf la noble generosidad de Héctor. Así la primera de estas composiciones repugna á quien tiene acendrado el gusto con la lectura de los buenos modelos, y la segunda es una de las obras que, como *El Cubo robado* de Tassoni, ó *El Facistol* de Boileau, se leen con satisfacción una y veinte veces.

El poema dramático es hijo de la epopeya, tanto que los Griegos reputaron á Homero por padre de su teatro. En este género de composiciones somos los Españoles, si á la muchedumbre de comedias, tragedias, tragicomedias, autos sacramentales, etc., atendemos, muy más ricos que todas las demás naciones juntas de Europa. Si el mérito de estas composiciones miramos, todavía ocupa nuestra escena un lugar muy eminente en la moderna historia literaria, puesto que ninguna de nuestras antiguas comedias sea, no digo yo perfecta, mas ni siquiera arreglada al arte, quiero decir á



aquella pureza de formas que nos han dejado los Griegos vinculada en los ejemplos de sus poetas, y en los preceptos de sus críticos. No es nuestro ánimo escribir aquí la historia de nuestro teatro; acaso, si gozamos mas larga vida, desempeñaremos esta tarea en una obra que tenemos meditida; el plan de este discurso preliminar no nos permite más que algunas reflexiones hijas del estudio de nuestros poetas dramáticos, y que son los últimos resultados de nuestras meditaciones en esta materia. Consideren nuestros lectores lo que vamos á decir, como aquellas proposiciones de óptica, de mecánica, ó astronomía, donde da un autor las resultas de sus arduos y prolijos cálculos, sin corroborarlas con las demostraciones en que las funda, y que suponen la resolución de dificultosas ecuaciones diferenciales, y el uso más expedito del cálculo integral. Tan pingüe es la materia, que, por más que abreviarla queramos, no podremos menos de extendernos un poco.

Ni *La Celestina,* ni las obras que á su imitación luego se hicieron, tuvieron influjo notable en la forma de nuestro teatro, y las que el actor y autor Lope de Rueda representaba bien se pueden comparar á las que declamaba Tespis cuando estaba en su cuna el teatro griego. Como no nos proponemos escribir la historia del teatro español, no diremos por qué serie de sucesos á las composiciones dramáticas de Naharro, muy menos distantes de la verdadera comedia de los antiguos que las posteriores, se sucedieron, andando los tiempos, las de Calderón y Solís; que no se trata en esta portada del edificio de nuestra literatura de seguir escrupulosamente y día por día las épocas, mas sí de hacer ver cómo el estado político de la nación ha influído en el literario, y el puesto que en cada género de literatura compete á nuestra España entre las naciones cultas de la moderna Europa.

Ya en tiempo de Naharro eran nuestros frailes los más torpes y más disolutos de los mortales. Cuando introduce

este poeta á un infame, sordo al honor, á los gritos de la conciencia, encenagado en el lodazal de los más hediondos vicios, pinta un fraile, porque en la frailería se ha encontrado en todos tiempos en España cuanto arroja más soez la escoria del linaje hnmano. Las comedias de Naharro se imprimieron sin contradicción en España (me parece que fué en Sevilla) á principios del siglo XVI, pero en breve cortó la Inquisición los vuelos á los poetas cómicos, y si permitió representar frailes en las tablas, fué pintándolos como dechados de santidad. Y no se ha de creer que la comedia del *Diablo Predicador*, en que con nombre de Fray Obediente Forzado se introduce á Lucifer en hábito de fraile francisco, predicando á los mundanos que den limosna á los religiosos de su Orden, se haya compuesto con ánimo de satirizar la frailería, como se piensan muchos: muy lejos de eso; el objeto que se propuso el poeta fué poner palpable la santidad de la regla y el mérito que las dádivas que á la religión de San Francisco se hacían tenían para con Dios, pues forzaba su omnipotencia al demonio mismo á que exhortara á los humanos á obra tan benemérita, en pena de haber endurecido los corazones de los fieles, induciéndolos á que negasen sus socorros á los hijos del seráfico patriarca. Permítaseme observar que no es de críticos prudentes atribuir á los escritores de otro siglo las ideas del presente, á los de un pueblo ignorante y supersticioso las de una nación culta y filósofa, las de un sabio académico á un zafio predicador ó á un estúpido coplero. Sermones he oído y leído yo tan atestados de blasfemias y de indignidades tan extravagantes acerca de Dios, de Jesucristo y sus santos, que parece increible que no hayan sido compuestos por un enemigo irreconciliable de toda religión, no ya del Cristianismo, con el fin de ridiculizar y hacer odioso todo culto de un ser sobrenatural. Esto no quita que sea para mí cosa demostrada que los tales sermones están escritos sin malicia, y que sus autores creían, sinó contribuir

á la gloria de Dios, á lo menos no hablar en desdoro de la Divinidad. Uno de ellos empieza su plática proponiendo á sus oyentes un casamiento, elogiando sin tasa á la novia, pintándola rica, hermosa, bien quista de los grandes de la tierra, ornada de todas las prendas, dotes y gracias; un solo defecto se le puede achacar, que es hija del diablo; la novia es la mentira... Mas no veo que sin pensar de la escena he pasado á tratar del púlpito; atajemos esta digresión, procedida acaso de la analogía entre predicadores y comediantes.

Difícil cosa es deslindar qué diferencia de comedias á tragedias hacían nuestros autores dramáticos, ni por qué Lope de Vega llamó comedias unas de sus composiciones teatrales, y tragedias otras. Cristóbal de Mesa, Lupercio Argensola, el autor de *Nise lastimosa* y *Nise laureada,* etc., compusieron tragedias que más ó menos se acercaron á las griegas; mas las que llamó así Lope en nada se parecen á las de Sófocles y Eurípides. De suerte que no siendo posible formarse idea de lo que en la mente de nuestros poetas constituía la distinción, ó más bien pudiendo afirmar, como cosa averiguada, que no distinguían las composiciones cómicas de las tragedias, tampoco las distinguiré yo tratando de las producciones dramáticas españolas de la décimaséptima centuria.

Si la fluidez de la versificación más fácil, si una elocución tan natural, puesto que sujeta á las dificultosas reglas de las quintillas en consonante, que parece que en la más libre prosa no era dable encontrar más adecuadas y propias expresiones, si la abundancia unida con la pureza y tersura del más castizo castellano bastaran para constituir el estilo propio de la comedia, nada faltaría en esta parte á Lope de Vega. Añádanse á estas dotes ya tan apreciables caracteres delineados á veces con felicidad, cual el de la Melindrosa en *Los Melindres de Belisa,* el de la Buscona en *El Anzuelo de Fenisa,* el del Marido disoluto en *La Bella mal*

maridada, el del Desconfiado en la comedia de este nombre, el de la Celosa sin amor y por mera vanidad en *El Perro del hortelano,* etc., y crecerá más la idea del relevante mérito de nuestro fecundo autor. Sin ser tan intrincados los lances de las comedias de Lope como los de Calderón, lo son bastante para excitar poderosamente la atención; y por lo común son los desenlaces más verisímiles y más naturales las catástrofes.

Adolecen casi todos nuestros poetas dramáticos del defecto capital de no retratar nunca un carácter verdaderamente virtuoso; no porque sigan el juicioso precepto de Aristóteles, que quiere que los actores no sean exentos de flaquezas para excitar los afectos de compasión y terror, mas sí porque ninguno de ellos tenía cabal y exacta idea de la virtud moral. En el siglo décimoséptimo ya habían producido todas sus perniciosas consecuencias la Inquisición y el despotismo que por espacio de doscientos años se habían enseñoreado de la nación; el Tribunal de la Fe más particularmente no se ceñía á castigar á los doctos y á sofocar el saber, mas también amparaba y propagaba manifiestamente y sin rebozo las máximas de los moralistas de la escuela del probabilismo, y á escondidas y socapa la horrenda disolución de los molinosistas. La Inquisición es ciertamente la más villana, la más infame, la más execrable institución que la lamentable historia de los horrores y torpezas de los pasados y presentes siglos ofrece; tal es empero el respeto que á la verdad profeso, que ni aun este Tribunal será nunca el blanco de una calumnia de mi boca ó de mi pluma. Dispuesto estoy á sustentar la verdad de lo que acabo de afirmar; es á saber, que á la Inquisición sola debe la España el oscuro quietismo que con nombre de molinosismo es en la nación tan general, que tiene inficionados los confesonarios, y desde ellos ha cundido en las familias, donde ha hecho espantosos estragos, desarraigando toda idea de sana moral en los ánimos en que se ha asentado,

y aflojando los vínculos del pudor aun en aquellos donde no ha tenido cabida.

Consecuencia natural de tan equivocadas ideas acerca de la esencia de la virtud, es que aquellos que presenta visiblemente el poeta como dechados de ella, cometen acciones execrables según las máximas de la sana moral. En *La Estrella de Sevilla* Sancho Ortiz de las Roelas quita la vida á su mejor amigo, que iba á ser su cuñado, sólo porque se lo manda el Rey, y luego se deja condenar á muerte por no querer descubrir que éste le había mandado tan culpada acción. Ni el más leve remordimiento embate el alma de Sancho; siente á par de muerte el habérsela dado á su amigo, al hermano de su amada; se lamenta, sí, mas no se arrepiente. Tan incomprensible conducta procede de la fatal máxima, ya entonces universalmente acreditada, de que es el rey dueño absoluto de la hacienda y vida de sus vasallos, y que honran sus preceptos á aquel á quien da el cargo de que se las quite á otro. Esta opinión tan diametralmente opuesta á las primeras nociones de moral parecía tan inconcusa en la nación, que el célebre secretario de Felipe II, Antonio Pérez, hizo asesinar á Escovedo por mandado del Monarca, y confiesa en sus cartas este abominable delito como la cosa más natural y menos digna de vituperio. Á cada paso se lavan con sangre derramada á traición los agravios recibidos; las más despiadadas crueldades son materia de encomio cuando se ejercitan contra los enemigos del rey y de la fe católica. Más descabellada es la moral de las comedias de santos; aquí San Isidro pasa los días en la iglesia en vez de hacer la labor que le tiene encomendada su amo, y su ángel de guarda conduce por él el arado y labra la tierra. Más allá un padre que teme que los Moros que van á entrar en Madrid roben el honor á sus hijas, las degüella todas por vía de precaución, sale á la batalla, vuelve vencedor, y las encuentra resucitadas por el poder de Nuestra Señora de Atocha. La tornera de un con-

vento se huye de él con su amante, encomienda al irse las llaves á una imagen de la Virgen, vuelve arrepentida al cabo de largos años, y se encuentra con la Virgen que ha tomado su figura, ha desempeñado su ministerio, y nadie ha advertido su ausencia. Así, si miramos como escuela de moral la escena, apenas se hallará otra que más influya para estragar un pueblo que la española.

Dejando aparte defecto tan clásico, no puede negarse que muchas de nuestras comedias excitan sobre manera la conmiseración, más á la verdad por lo patético de las situaciones que por lo natural de las expresiones de los interlocutores; que hemos de confesar que si en los lances cómicos, y en los coloquios en que no se trata de exhalar quejas que el dolor arranca, son á veces nuestros poetas dechados de naturalidad, se dejan casi siempre llevar de la manía de ser conceptuosos cuando debieran ser afectuosos y tiernos. La dama de *Sancho Ortiz,* forzada á demandar justicia al Rey contra el matador de su hermano, á quien adora, y desempeñando esta tremenda obligación, cohechando luego al alcaide de la cárcel que encierra á su amante, y ofreciéndole medios para la fuga, que éste desecha, es visiblemente el modelo que imitó Corneille en su Ximena; y si los Franceses sus contemporáneos hubieran sido más versados en nuestra literatura, con más razón le hubieran achacado ser plagiario de Lope de Vega que de Guillén de Castro. No obstante aun en la elocución Lope, indisputablemente superior como versificante á todos los poetas dramáticos españoles, adolece menos de la manía de sustituir conceptos y agudezas á patéticos y tiernos lamentos que Calderón y Moreto.

Cuando Lope ha representado sucesos de los pasados tiempos, ó de pueblos extraños, casi nunca ha hecho otra cosa que bautizar con nombres griegos, romanos, húngaros, polacos, ó godos, á los Españoles del tiempo de Felipe II y Felipe III. No es empero tan general este defecto en él, que

no retrate muchas veces con sumo acierto las verdaderas costumbres de otros países, y hasta de naciones salvajes. Citaré en prueba la feliz ocurrencia del Guanche que, comisionado para llevar unas frutas al gobernador español, habiéndose comido en camino la mitad, niega el hurto; reconvenido por una carta que llevaba en que se expresaba todo cuanto se le había dado, se figura que el papel ha sido su acusador, y queriendo en otra segunda ocasión repetir el hurto, entierra la carta para que no le vea, y sacándola luego muy satisfecho con su precaución, no sabe cómo explicar que le arguyan por ella de robo.

No es cierto, como lo han afirmado algunos modernos críticos, que adolezcan nuestras comedias del vicio de la uniformidad, que sean todas ellas parecidas, y que, mudados los nombres, se encuentre idéntico el enredo en todas. En Lope, en Moreto, en Solís, en Cañizares y aun en Tirso de Molina hay caracteres delineados con verdad y valentía; en las más de las comedias de figurón se retrata, á veces con suma felicidad, un carácter cómico; la credulidad risible de un escolar majadero en *El hechizado por fuerza;* la astucia, y si me es permitido usar de una voz, aunque baja, expresiva, las *marrullerías* de un hacendado sagaz y astuto en medio de los más arduos lances en que le ponen los disturbios civiles, en *Yo me entiendo, y Dios me entiende;* las locuras de una vieja beata, retrechera y aficionada á cortejos en *La tía y la sobrina,* etc. En las comedias que llamamos *de capa y espada,* es cierto que casi siempre pende el enredo de mujeres tapadas, hombres disfrazados, citas nocturnas, escondites y pendencias, que se concluyen con una ó muchas bodas de repente. Mas este defecto más es consecuencia necesaria de los estilos y costumbres del tiempo, que argumento de esterilidad de ingenio de los autores dramáticos. Calderón es el que más ha usado y abusado de estos medios, y en todo su teatro no hay una comedia que pinte un carácter teatral, como no sea la del *Garrote*

más bien dado, parto de un ingenio capaz de encumbrarse á las más altas regiones de la poesía dramática. ¡Lastimosa suerte, que un talento capaz de las combinaciones que para imaginar los caracteres del Capitán y el Alcalde de Zalamea se requieren, haya malgastado su tiempo en extravagancias, como *La banda y la flor, Auristela y Lisidante, Las manos blancas no ofenden,* y otras no menos desatinadas producciones!

Todavía es innegable que la contextura de lo que califican nuestros antiguos poetas de *comedia famosa* es tal que debía costar pocos afanes y vigilias su fábrica. Las más de las de capa y espada son lances inconexos sucedidos casi siempre en épocas muy diferentes, y en diversos países; sin más unidad de acción y de interés que de tiempo y lugar; cuatro conceptos enjergados en malas coplas de asonantes, Clicie enamorada del Sol, la Rosa reina del caduco imperio de las flores, el fénix que de sus propias cenizas, hijo y padre de sí mismo, renace, y otra cáfila de insulsos disparates. La mar es *el bruto salado,* el arroyo *sierpe de plata,* el concierto de las aves *capilla de alados músicos,* un león *el bárbaro rey del valle;* finalmente, todos los epítetos están con igual desacierto aplicados.

Con tantos y tan esenciales desvaríos, que más que en ningún otro son frecuentes en Calderón, las antiguas comedias, y más especialmente las de este poeta, producen en los lectores el efecto de que, una vez empezadas, es imposible abandonar su lectura. No son causa los chistes de los que llaman Graciosos, casi siempre insípidos, y privados hasta de aquella sal andaluza que en los dichos de los suyos derramó á manos llenas Moreto; mucho menos lo patético de los razonamientos cuando persigue la adversidad á los actores, que casi siempre prorrumpen entonces en miserables equívocos ó pueriles conceptos; tampoco la magnanimidad y nobleza de sus generosos pechos, porque ni tenía Calderón ideas más puras de lo que constituye la

verdadera virtud y el heroísmo que sus coetáneos, ni son más dignos de aprecio los héroes de sus comedias. Otra es la causa, y no importa menos el deslindarla para nuestra historia política que literaria.

Eran los Españoles del siglo de Felipe IV tan estragados en sus costumbres, como militares y valientes; acostumbrados á lidiar con los estorbos que más insuperables parecían, y á vencerlos, se había tornado en propiedad característica de su índole un tesón inflexible, y el poco vigor de la fuerza represiva de los privados delitos hacía comunes las venganzas que convertía la invencible entereza de los moradores en implacables enemistades y rencores. El asesinato del ofensor, aun cometido á manos asalariadas por el ofendido, en vez de deshonrar á éste lavaba su afrenta, con tal que no manifestase un ánimo apocado, y supiese con denodado pecho arrostrar los riesgos que de la ejecución de su venganza eran necesaria consecuencia, en un país donde era hereditario el encono, y borrón el olvido de las injurias recibidas. Cuando semejante carácter es común en los nacionales, ofrece no sé cuál grandeza que pasma á quien en acción le contempla. En un pueblo donde los habitadores suplen con su energía la insuficiencia de la ley, y se sustituyen á la impotente magistratura, la tremenda potestad que se han arrogado infunde cierto pavor que se enseñorea de la imaginación, y les tributamos mal que nos pese un involuntario acatamiento. Así sucede con los más de los galanes de Calderón; más escrupulosos, menos vengativos, más obedientes á las leyes, excitarían menos atención sus acciones, que sin ser dignas de admiración nos pasman por extrañas, y sin movernos á lástima excitan poderosamente nuestra curiosidad. Atraviesa el espectador ó el lector vivamente conmovido una intrincada maleza de sandeces y desatinos por llegar á la meta que desde lejos columbra, y tan clavados en ella tiene los ojos, tan absorto el pensamiento, que apenas distingue lo fragoso

y erizado de los senderos por donde el autor le arrastra.

Si cuando los tudescos defensores del romantismo ó novelería dijeron que cada pueblo debía cultivar una literatura peculiar y privativa, se hubieran ceñido á decir que cada nación debe pintar sus propias costumbres, y ornarlas con los arreos que más á la índole de su idioma, á las inclinaciones, estilos y costumbres de los nacionales se adaptan, hubieran profesado una máxima de inconcusa verdad. Mas lo descabellado de su proposición se cifra en que han supuesto que hay en cada país reglas diferentes y á veces diametralmente opuestas, que constituyen los preceptos de cada género de composición y poema; aserción no menos disparatada que si dijeran que las proporciones de los modelos de la escultura griega debían ser desatendidas por los modernos escultores. Las leyes de la epopeya y el drama las mismas son hoy que en tiempo de Homero y Sófocles fueron, y que serán en todos los siglos; y no porque las hayan quebrantado Lucano y Estacio, ni porque las haya violado Esquilo, pierden su fuerza, que no son los yerros de los antiguos de más autoridad contra la razón que los de los modernos. Obró, pues, Calderón y obraron los demás ingenios cómicos españoles con sumo acierto retratando las costumbres del siglo y el pueblo en que escribían, especialmente cuando no disfrazaban (yerro descomunal que casi siempre cometían) con nombre de Griegos y Romanos á sus paisanos y contemporáneos; pero se descarriaron del buen camino cuando hollaron bajo sus plantas cuantas reglas de composición dramática de los preceptos y ejemplos de los antiguos, del uso de la sana razón, de la observación de la naturaleza eran dimanadas. No son las reglas carriles por donde ha de dirigirse perpetuamente el que pretenda lanzarse en la carrera de las letras; son, sí, antorchas que le alumbran para que no se despeñe en barrancos y precipicios. La más puntual y rigorosa observancia de las reglas del arte hermosura ninguna ni poética ni oratoria en-

gendra, mas enseña á enmendar los desaciertos y borrar las disformidades. Á elogio ninguno es acreedor quien á no quebrantarlas se ciñe, si al mismo tiempo no le dicta su ingenio hermosos pensamientos, osadas y naturales figuras, y todo cuanto las dotes de una obra literaria constituye. Podrá decir: *evité los yerros, mas no merecí prez y loa;* y no pocas veces la empalagosa y nunca desmentida medianía de un autor arreglado al arte, y pobre de ingenio, es más fastidiosa que los desvaríos más desatinados de un ingenioso loco.

En *La vida es sueño* de Calderón y en otras composiciones dramáticas de este poeta y de Moreto se nota una filosofía algo menos circunspecta, un poco más de desprendimiento de las más soeces y villanas supersticiones que en las de los autores que bajo el reinado de Felipe III escribían. Más absoluto, más altivo, más avasallador el Condeduque que el Duque de Lerma, fué menos mezquino en sus ideas, menos supersticioso, menos esclavo de la ralea frailesca. La ignorancia de Felipe IV, menos supina que la de su devoto y estúpido padre, se maridaba en aquél con una disolución de costumbres, que mal podía con el fervor de la religión avenirse. En las escenas de las monjas de San Plácido, por las cuales el autor de la nueva *Historia de la Inquisición,* el señor Llorente, pasa como por cima de ascuas, sin duda porque lo escandaloso que para ser puntual había de ser su cuento desdice de su profesión de sacerdote, representó el Monarca uno de los principales papeles. Las anécdotas del siglo XVII han conservado la memoria de las comedias de repente que en el cuarto del Rey se representaban, sacadas casi siempre de historias de la Escritura tratadas á lo burlesco, en las cuales hacían papel los más ilustres ingenios de aquella época, y el mismo Rey, y en que llegaba la befa de los más sagrados misterios á tanto, que ordenado Calderón de sacerdote, se abstuvo por escrúpulos de seguir participando de ellas. La respuesta

que en una de estas farsas dió el que hacía de Eterno Padre al que figuraba el primer hombre, y que había dicho una prolija relación, bastará para que se formen nuestros lectores idea del desacato con que era la Religión tratada en estas concurrencias:

Por Cristo crucificado
Que, como soy pecador,
Me pesa de haber criado
Un Adán tan hablador.

En la comedia del *Mariscal de Biron,* del doctor Juan Pérez de Montalbán, pone éste en boca de su protagonista ideas acerca del suicidio y del temor de la muerte, más propias de un estóico criado en el pórtico de Atenas que de un católico español educado en la escuela de Santo Tomás, Suárez, ó Escoto. Quiso la fatal estrella de España que pereciera antes de su desarrollo este informe embrión de libertad de pensar; la rebelión de Portugal, donde no cesó la Inquisición de tramar conspiraciones en favor del Rey de España, y más que todo la imponderable estolidez y la flaqueza de Carlos II, con quien pudo tanto la frailería que se llegó á persuadir que estaba endemoniado, y á sujetarse á que le conjuraran como energúmeno, restituyó á la Inquisición todo su pestilente influjo. ¡Época funesta para España, que sólo con la actual puede ser comparada!

Á la época de Felipe IV pertenece también Moreto, el cual, si es su versificación menos flúida, menos harmoniosa que la de Calderón, y sobre todo la de Lope, sus planes muy mejor hilados, el desenlace de sus enredos muy más sencillo y natural, los donaires de sus Graciosos más festivos, las costumbres del país y del siglo con más propiedad y viveza retratadas, y más que todo los caracteres de los interlocutores dibujados con más maestro pincel, coloridos con más valientes rasgos, y más constantes consigo propios, le constituyen sin disputa el primero de nuestros ingenios cómicos. En las comedias de Moreto es la acción más

una, menos repugnantes las inrregularidades, menos monstruosos y estravagantes los yerros contra el arte. En poco está que en muchas de sus comedias se sujete á las tres unidades con todo rigor. Si no es su elocución tan flúida como la de Lope, ni tan poética como la de Calderón, campea casi siempre en ella tanta naturalidad, que merece estudiarse como el más perfecto dechado de diálogo, menos en aquellos trozos que se dejó arrastrar de la manía del concepto, dolencia universal de su siglo. Quítese la impertinente comparación *del pez, el hilo, y la caña,* y díganme si puede darse modelo más acabado que el coloquio de Diana y su amante en el baile, en la escena de *El desdén con el desdén.* ¡Cuántos trozos con no menos verdad y naturalidad escritos en *La tía y la sobrina!* ¡cuántos en *El estudiante Pantoja!*

El Mariscal de Biron, de Montalbán, y *El villano del Danubio* son dos comedias de aquel siglo en extremo notables, más porque una y otra están llenas de reflexiones hijas de una filosofía muy rara en los escritores coetáneos, que como producciones del arte. La primera respira el desprecio de la muerte unido al miedo de la infamia, afecto que nunca en los ánimos hidalgos muere. En la segunda el Villano afea delante del Senado de Roma los excesos y horrores que con los vencidos los Romanos cometen, con una energía propia del esforzado y generoso pecho de un republicano; valentía que eso más merece loarse que no era dificultoso reparar en alusiones que se equivocaban con las crueldades que con los flamencos habían ejercitado los Españoles. Sea como fuere, el razonamiento del Villano es un trozo de tan alta elocuencia, que con el más sublime de Corneille en este género puede cotejarse, sin temor de que de tan alta comparación salga deslucido.

Á Calderón y Moreto sucedió Solís, que puesto que escritor de tan relevantes prendas en prosa no manejó sin primor el verso de sus comedias. *El amor al uso* es la

mejor de todas ellas; retrato natural de las tretas del galanteo en los pueblos modernos, le asiste la preciosa propiedad de pintar las cosas como ellas son, y no como las fingen novelescos y mentidos convenios. El amor en los pueblos de Europa rara vez es otra cosa que el ansia de gozos, en pos de los cuales corren ambos sexos á porfía, disfrazando el uno con nombre de recato, y de pasión el otro, la corta escaramuza que al seguro vencimiento de aquél y al fácil triunfo de éste antecede. No pretendo yo satirizar por esta observación las costumbres de los Europeos modernos; la facilidad de satisfacer gustos vedados á los antiguos Griegos y á los Orientales de nuestro tiempo pende de la organización de nuestro estado social, á todas luces más perfecta que la de aquéllos y éstos. Mas no por eso es cosa menos risible ver en casi todas nuestras novelas los estorbos insuperables que á la satisfacción de sus amantes ponen sus damas, casi siempre prendadas de ellos, y que lidian contra los impulsos de su propio corazón y la porfía de sus enamorados con más valor y constancia que con el descomedido Tarquino la casta Lucrecia.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.

Así es que nadie puede leer ó ver esta comedia de Solís sin quedar prendado del desenfado y las gracias de cada una de las tres damas que en ella hablan, y creo que á las mujeres les sucede lo mismo con los galanes. La constancia de Isabel en *La más constante mujer,* dote podrá ser muy apreciable; mas lo cierto es que nunca envidié yo su amada á D. Carlos, ni hubiera dado un paso por derrocar su fastidiosa cuanto loable firmeza. *La Gitanilla de Madrid,* puesto que sacada de la excelente novela con el mismo título de nuestro incomparable Cervantes, ofrece lances verdaderamente dramáticos, y el carácter de *Preciosa* es uno de los más extraños y mejor desempeñados de nuestro teatro. Exceptuando en *Triunfos de amor y fortuna,* que más bien es ópera ó *zarzuela,* que comedia, el juicioso So-

lís se ha preservado de los desatinos tan comunes en Calderón.

Las comedias de figurón que en tiempo de Felipe V hizo de moda Cañizares se acercan mucho más á las de Plauto, Terencio y Molière que las de ninguno de sus predecesores. La comedia *chistosa* será siempre la que por antonomasia merezca este nombre; no porque no conocieran los antiguos la seria de los modernos, y aun acaso el drama, que la definición que de las *togadas* nos han dejado no se aviene mal con la contextura de lo que en estos últimos tiempos han llamado *drama* los Franceses, mas sí porque es muy más arduo empeño ridiculizar un vicio y ser chistoso sin pecar en juglar, acerar el odio contra la perversidad moviendo á risa el malo, ora de él propio, ora de los que engaña, poner patentes á los ojos de los espectadores, con ejemplos sacados de la vida común, las malas consecuencias que trae el vicio, y las buenas que acarrea la virtud, no aquella ascética que so pena de muerte eterna predican los histriones de sayal y capilla, mas sí la que so pena de odio y desprecio de sus conciudadanos está obligado á practicar quien vive en sociedad humana; enseñar y reprender, sin cesar de entretener y deleitar; más arduo, repito, es este empeño que arrancar algunos llantos con lances extraños ó inverisímiles, poner en tosca prosa, ó en desaliñados y prosáicos versos luengas y aburridoras pláticas, condenar á muerte en el teatro á un reo, hacer que le venga luego el perdón, y llenar el intervalo con comentarios, ora de Bobadilla, ora de Beccaria.

El impulso que al humano entendimiento habían dado los filósofos del siglo XVII y principios del siguiente se empezó á resentir en España á fines del reinado del primer Borbón, puesto que en nada contribuyó el inepto y automático monarca. El *Teatro crítico* de Feyjóo, el cual se propuso desterrar algunas paparruchas que en los países extranjeros solamente los hombres sin la más leve tintura de

letras podían admitir, pero que en España fomentaba y amparaba la siempre infame Inquisición, fué el primer destello de una luz que, no habiendo podido prender por falta de pábulo, siempre ha permanecido falleciente y mortecina, y que los postreros sucesos totalmente, y acaso para siempre, han apagado. Varios académicos imaginaron el proyecto de resucitar los buenos estudios de la sana literatura; escribió el apreciable Luzán su *Poética,* en que corroborró los inconcusos preceptos de la antigüedad con ejemplos sacados de poetas españoles; y los partidarios del equívoco, que al culteranismo del siglo anterior habían sustituído Gerardo Lobo, la Monja de Méjico, y un Maestro León que en nada se parece al Maestro León coetáneo de Felipe II, se callaron ó enmendados ó corridos, siendo la publicación de las poesías del cura de Fruime el postrer aliento de esta moribunda secta. Los restauradores del gusto fino dieron con los preceptos el ejemplo; Montiano compuso dos tragedias, D. Nicolás Moratín tres con la comedia de *La Petimetra;* tradujo Huerta la *Zaira* de Voltaire, y escribió la *Raquel,* original suya.

La Petimetra apareció y desapareció muy en breve del teatro, y hemos de confesar que apenas tiene otra dote que la de una insulsa regularidad que ningún realce puede dar á lances que ni llaman la atención, ni mueven á risa, á un estilo sin color, á un enredo sin acción, á un desenlace sin interés. La petimetrería no es carácter cómico; la manía de vestirse y prenderse, si es excesiva en una mujer, podrá ocasionar tal vez la risa en una concurrencia particular, mas nunca parecerá cómica en un teatro; que ha de tener el poeta presente que, puesto que todo lo cómico es risible, no todo lo risible es cónico.

Los Menestrales de D. Cándido Trigueros, aunque premiados como la mejor composición dramática que para solemnizar el nacimiento de los infantes gemelos, hijos de Carlos IV, se presentó al concurso, es aún más defectuosa

que *La Petimetra*. Toda ella está sembrada de máximas en sí muy buenas, mas inaguantables en el teatro, donde no se va á oir sermones, mas sí á ver una acción que cautive toda la curiosidad del auditorio, le entretenga y le divierta, de tal suerte que la lección de buena moral la saquen los oyentes, no de lo que se les ha dicho, sinó de lo que han visto.

El Señorito mimado y *La Señorita mal criada* de Iriarte son muy superiores á las dos comedias de que hemos hablado; aquí los caracteres son más teatrales, se trasluce más conocimiento de las costumbres del siglo y la nación, porque los interlocutores de Trigueros así se semejan á Españoles como á Lapones ó Moscovitas. La versificación de Iriarte, siempre limada, tersa y castigada, es no pocas veces animada; y si se nota en ella sobrado estudio, siempre es inmune de afectación, nunca peca en conceptuosa ni hinchada. Las exhortaciones nacen de los propios lances, y cuando se enoja Cremes es porque le da justo motivo su hijo ó su criado, y se ve que no dirige al auditorio, sinó al interlocutor, sus reprensiones y sus máximas. Con todas estas prendas todavía está el espectador atento, sí, mas no fuertemente conmovido, gustosamente entretenido, mas nunca deleitado, y sin poder más á risa excitado. En casi todas las composiciones de D. Tomás de Iriarte se encuentra todo cuanto puede alcanzar el estudio de los buenos modelos, un ímprobo trabajo, un juicio sano, junto con un mediano ingenio, y una imaginación estéril. La elocución de los interlocutores de las dos comedias de este autor siempre es pura y natural, raras veces cómica; nunca disparatan, mas tampoco les ocurre idea ninguna que digna de notar sea; jamás salen en sus acciones de su carácter, mas con ninguna acreditan que sea en ellos irresistible su impulso. Iriarte siempre tenía presente el precepto de Horacio; bien se ve que sus obras las limaba, atildaba y pulía sin cesar; sabía á fondo el arte, tenía gusto fino, exquisito

juicio, mas faltóle la *rica vena,* sin la cual poco pueden los más laboriosos esfuerzos. Escritor castigado sin calor, exacto sin imágenes, elegante sin elocuencia, versificador exento de aspereza, sin acertar con la fluidez, la buena contextura de los planes de sus dramas esconde mal la falta de lances cómicos, y si nunca corta en vez de desatar, tampoco son sus ñudos muy apretados, y por entre lo arreglado del enlace y desenlace, y la harmonía de las partes, se descubre la malhadada falta de fuerza cómica. Este poeta estimable será siempre leído sin hastío, y ocupará un honroso puesto entre los de segundo orden de nuestra nación.

Con más ingenio, más aptitud para observar á los hombres, más vigor de imaginación, elocución más poética, y más fuerza cómica, ocupó D. Leandro Moratín la escena española; y los aplausos que su primera obra *El Viejo y la Niña* le mereció, manifestaron que aguardaba de él el público la creación de un teatro cómico nacional. Las impertinencias de D. Roque, el mal humor de su criado Muñoz, enseñaron á los espectadores á distinguir el chiste gracioso de la chocarrería picaresca y de las truhanescas pilladas á que los habían acostumbrado los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Ya en esta primera obra deja ver Moratín su sagacidad para observar con las costumbres, hijas del carácter del sujeto, las formas y modificaciones distintas de que se reviste, según las opiniones, estilos y leyes del pueblo donde vive. Las viejas del *Barón* y *El Sí de las niñas* se diferencian en cuanto á su carácter; la primera es casquivana, crédula y ambiciosa; su manía es lucir en la Corte, y subir á gran señora, por vengarse de los desprecios de las hidalgas de su lugar: la segunda, supersticiosa, interesada y zalamera, no lleva más fin que disfrutar la mucha riqueza del viejo con quien quiere casar á su hija; mas tanto una como otra son vivo trasunto de las viejas de nuestro país, especialmente las de fuera de la Corte. ¿Puede darse retrato más parecido de los señoritos de nuestros pueblos cortos,

que el del amante de *La Mogigata;* que más se semeje al de un viejo agente rico, perpetuo asistente á los ejercicios devotos de San Felipe Neri, que el del padre de Clara?

El estrecho recinto á que en este discurso nos vemos ceñidos, y lo inmenso de la materia que en él tratamos, nos precisan á no detenernos en circunstanciar las dotes de este poeta, acaso el mejor ingenio cómico de cuantos hoy en Europa viven, y que sin los insuperables estorbos que presentan para toda mejora el Gobierno y la Inquisición, habría formado una escena arreglada y nacional en España. La historia del teatro que nos proponemos publicar en breve nos abrirá campo para apreciar su mérito y corroborar la aserción que hemos asentado.

También debemos á Moratín la versión de dos comedias de Molière, *El Médico á palos*, y *La Escuela de los maridos,* recibidas con aceptación del público. Al mismo tiempo que la segunda de estas composiciones, publicaba y hacía representar en Madrid el autor de este discurso una traducción de *El Hipócrita,* y *La Escuela de las mujeres,* escuchadas y leídas, especialmente la primera, con grande aplauso. Si la aprobación del público fuera seña infalible del mérito del escritor, poca duda me quedaría de haber acertado en mi versión; sólo diré que ha sido estímulo suficiente para concluir después la traducción de este autor, dechado de la verdadera comedia, y que esta versión saldrá muy presto á luz pública.

Los ilustrados y buenos patricios que á mediados de la pasada centuria quisieron restablecer las letras humanas, tributaron más cultos á Melpómene que á Talía. Mas el *Ataulfo* de Montiano y la *Lucrecia* de D. Nicolás Moratín merecen apenas citarse por otras prendas que las de su conformidad con las reglas del arte teatral. La acción de *Guzmán el Bueno* es muy más trágica, y está más bien desempeñada; Moratín, excelente versificante, y profundo en la inteligencia de nuestro idioma poético, no menos que

versado en manejarle con maestría, acertó en este drama con el estilo verdaderamente trágico, que, cuanto sobre el epistolar y didáctico se encumbra, otro tanto más bajo que el de la epopeya se queda. El impávido pecho de Guzmán, que con generoso denuedo sacrifica la vida de su hijo á la conservación de la plaza que le ha sido encomendada, y en quien ninguna mella pueden hacer los lamentos de su madre, serían una acción á la cual ningún requisito para ser trágica faltara, si fuera bastante á llenar el espacio de cinco actos, mas solamente á un corto número de escenas puede dar campo; y cuando la acción está ceñida á tan estrecho recinto, no es dable excitar con energía los afectos, la piedad, la admiración, el terror, que exigen cierta latitud para mover con fuerza el ánimo.

El plan de la *Hormesinda* es sin duda más vasto, y puesto que no sea la oposición de Pelayo al enlace de su hermana con el Moro vencedor tan juiciosa y tan noble como el doloroso sacrificio de Guzmán, todavía presenta escenas que ocupan fuertemente el ánimo de los espectadores. En esta tragedia se dejó su autor no pocas veces arrastrar de su mucho ingenio; los bellísimos versos de ella lo son tanto, que de trágicos se pasan á épicos, sin que sea dable sobrepujar en nuestra lengua las admirables imitaciones del segundo libro de la *Eneida* que en boca de Pelayo pone Moratín cuando describe la batalla del Guadalete, donde pereció el poderío de los Godos. No porque sea mi dictamen que hayan de ser desterradas las comparaciones y otras figuras igualmente atrevidas del poema trágico, como afirman los Franceses; en esto, como en todo, mi norma son los Griegos, antes que parcos pródigos de estos adornos; mas no por eso se han de confundir los géneros, á poder de enaltecer y ornar aquél en que se escribe. La prueba irrefragable de que el estilo de muchos trozos de la *Hormesinda* es puramente épico, es que serían hermosísimos en una epopeya; por consiguiente en la tragedia es-

tán fuera de su quicio. Defecto de que sólo los grandes ingenios adolecen; mas defecto palpable que condena, acatando al delincuente, la crítica severa.

Cuando compuso Huerta su *Raquel,* aún no había estragado su buen ingenio con las indecibles locuras en que le despeñó luego su amor propio. Pureza de elocución, estilo poético, unidad de acción, enlace y desenlace natural son innegables prendas de este drama; mas la acción, que podrá parecer patética, no es ciertamente trágica, ni es posible que se duelan los espectadores de la muerte de una Judía prostituta que ha avasallado el ánimo del Monarca, ni que se prenden del heroísmo de los más poderosos ricoshombres de la nación, que villanamente conspiran para asesinar á una flaca mujer. Tan poco teatral como el de la *Raquel* es el sujeto de la *Numancia:* la suerte de un pueblo tan constante y esforzado como el Numantino podrá causar admiración y pasmo en la posteridad más remota; mas la destrucción de una ciudad no es asunto dramático, ni épico. Homero no cantó el cerco y la quema de Troya, sinó la saña de Aquiles; y si compuso Estacio la *Tebayda,* el aborto de su pobre ingenio no convida por cierto á que nadie siga sus huellas. Extraña cosa es que un poeta de tanto juicio, y tan empapado en el estudio de la antigüedad clásica, como lo estaba D. Ignacio Ayala, incurriera en tamaño yerro.

En estos últimos tiempos Cienfuegos y Quintana han compuesto, el primero las tres tragedias de *Idomeneo, Zoraida,* y *La Condesa de Castilla*, y el segundo *El Duque de Viseo,* y *Pelayo*. El *Idomeneo* es una desatinada mescolanza de máximas filosóficas, de escenas de pantomima, de disparates del protagonista, que por remate sacrifica á los dioses á su hijo, y se va por los mares, sin decir adónde; acaso á la Tebayda, á hacer penitencia por haber dado pie á tanto hato de desvaríos del poeta moderno. La Condesa de Castilla es una viuda del Conde, prendada de un Moro

que ha dado la muerte á su marido; verdad es que su tierna edad en parte la disculpa, porque su hijo el Conde es un mozo de veinticinco años, y su amante con título de embajador viene á Burgos por gozar los suaves coloquios de su casta, hermosa y joven dama. La versificación y el estilo compiten con el plan; el castellano más se semeja á la *lengua franca* de los arraeces de Argel que al idioma de los Argensolas y Riojas.

Tanto Cienfuegos como Quintana se han dejado llevar de la fatal manía de querer afrancesar nuestra lengua, de todos los modernos idiomas el que menos con el francés se aviene. Un estadista no menos instruído en nuestra sana literatura que en materias políticas, el Marqués de Almenara, me decía un día que habiéndose probado á traducir al pie de la letra en castellano, y sin mudar ni la colocación de las voces, algunos trozos italianos ó ingleses, había sacado un castellano puro y conforme á las reglas de nuestra gramática; mas que nunca pudo salirse con lo mismo con ninguna versión del francés. Dejo aparte que es risible empeño el de enriquecer tan abundante idioma como el nuestro con otro que lo es mucho menos, como el francés, y me ciño á apuntar el precepto tan sabido, desde Horacio acá, que los idiomas para remediar sus necesidades han de acudir á su primitiva fuente; y siendo la del nuestro el latín, mezclado con el árabe, de la lengua latina, de la griega, madre de ésta, y de la arábiga hemos de derivar los idiotismos y locuciones que necesitáremos, adaptándolos á la índole del castellano. No obstante, nunca Quintana ha dado en los excesos que Cienfuegos, y su *Pelayo* saca tantas ventajas á todos los dramas de éste, así en la invención como en la disposición y elocución, que fuera suma injusticia cotejar siquiera cosas que tanto entre sí distan.

La tragedia de *Polixena* es más moderna que cuantas acabamos de citar. Su autor nunca quiso consentir en que se representara, no atreviéndose á fiar la obra de actores

que, exceptuando Máiquez, ni la más leve tintura tienen de declamación trágica. Del mérito de esta tragedia no soy yo juez competente; mis elogios parecerían hijos de mi afecto, y, si quisiera tratarla con rigor, me sucedería lo que á Dédalo: *bis patriæ cecidere manus.*

Poco diremos de las versiones. Una hay antigua del *Cid* de Corneille, que en muchas partes no desmerece de tan alto modelo. Las que hizo Olavide todas son insulsas y disparatadas; mala su versificación, peor su castellano, y ni huellas de las perfecciones y dotes de sus originales en ellas se rastrean. Llaguno fué más feliz en su versión de *Atalía,* trasladando con acierto los más de los primores de la más perfecta obra del príncipe de los poetas franceses á nuestro castellano. Aunque no con la propia superioridad, Huerta no deslució enteramente la *Zaira* de Voltaire, y últimamente algunos de los dramas trágicos de Alfieri han dado con intérpretes que en sus copias no han desfigurado la pintura original.

La composición teatral de especie mixta que los Franceses han llamado privativamente *drama,* presenta en *El delincuente honrado* de Jovellanos una de las mejores producciones de este género. Empero confieso que me parece en sí tan defectuoso y mezquino, puesto que he leído y meditado atentamente los ingeniosos paralogismos de Diderot, y las disparatadas aserciones de Mercier en su abono, que no me quiero detener á tratar del mérito de esta obra.

Los sainetes de D. Ramón de la Cruz no son en realidad otra cosa que nuestros antiguos entremeses con nombre distinto. Los chisperos de Madrid los aplauden sin tasa, y en un país donde no tienen muchos de los grandes ideas más sanas, no ya del decoro teatral, mas ni de la decencia en el trato, no es milagro que hayan dado tanto gusto en la escena como leyéndolos. Y cierto, si para merecer el dictado de ingenio cómico bastara representar con viveza y naturalidad las escenas más indecentes y torpes de mise-

rables abandonados á los más repugnantes desórdenes, la prostitución sin disfraz, como sin freno, la ojeriza con todos cuantos dan muestra de mejor crianza, ó pertenecen á menos baja jerarquía, la holgazanería sustentándose con la estafa, y ejercitándose para el robo, presidiarios y rameras remedando el estilo de la tragedia, y matándose á puñaladas por las espaldas, D. Ramón de la Cruz sería acreedor sin duda á este título: los que han leído á Terencio, Molière, Moratín, etc., dirán si le merece.

Nuestro discurso se alarga más de lo que quisiéramos, y vemos con sentimiento cuánto nos queda por decir acerca del teatro español; empero los otros géneros nos llaman. La poesía lírica es la que primero se presenta, y en esta parte la España se deja muy atrás á todas las demás naciones de Europa, ora se atienda al número de sus poetas, ora al mérito de sus poemas. Garcilaso, el Maestro León, Herrera, Rioja, Quevedo, los Argensolas, Lope de Vega, y el propio Góngora, cuando de la manía del estilo culto no se dejó dominar, todos presentan obras con las cuales las de Juan Bautista Rousseau no sufren cotejo, y algunas que hasta las de Gray eclipsan. La canción sobre las ruinas de Itálica de Rioja ni tiene modelo en la antigüedad, ni se iguala con ella ninguna de las odas de Píndaro y Horacio. Ateniéndonos á nuestro plan examinaremos, primero que califiquemos el mérito relativo de los líricos españoles, la causa de los adelantamientos de la nación en este ramo de poesía, mientras que tan atrasada la hemos visto en otros.

Ya hemos dicho que las locuciones y modismos que de la lengua arábiga tomó la castellana le comunicaron en parte la índole de los idiomas orientales, que con tanta viveza pintan y coloran los objetos externos, y dan vida y movimiento á las más abstractas ideas. El infernal tesón de la Inquisición en perseguir y proscribir cuanto con el cultivo de las ciencias morales está conexo, el universal terror en que perpetuamente se vían condenados á vivir cuantos

á los estudios profanos se aplicaban con fruto, ciñó casi todo el saber á la teología escolástica, á una jurisprudencia fundada en decisiones de prácticos casuístas, como se había cimentado la moral en las de casuístas teólogos; y si algunos pocos siguieron aplicándose á la erudición sagrada y profana, solamente ocultando ó disimulando las verdades que descubrían se podían librar del Tribunal infame: fué, pues, natural cosa que los poetas compusiesen y publicasen á porfía poesías devotas, para que á sombra de ellas les permitieran dar á luz las profanas; y efectivamente, de todos nuestros clásicos Garcilaso es acaso el único que no haya escrito versos devotos. De estas composiciones muchas eran un hacinamiento de conceptos, equívocos y puerilidades, cuentos de patrañeros milagros, ridículas trovas de poesías profanas ó eróticas, pero en no pocas lucía el sistema del Cristianismo en toda su majestad y grandeza. Los mayores poetas españoles parafraseaban los salmos hebreos, los valientes pensamientos y osadas imágenes de Job, los encendidos suspiros de la enamorada Esposa de los *Cantares*. Revestíase el sublime Herrera de todo el estro de Moisés, cuando, habiendo á la cabeza de sus Israelitas atravesado á pie enjuto el mar Rojo, ve el brazo de Iehovah, que para el tránsito de su pueblo escogido las contenía, despeñar las olas sobre las olas, y sepultar en los abismos de la mar las cuatregas de Faraón, y sus peones y sus jinetes, para entonar el canto de loor de la victoria de Lepanto: resonaba su lira lamentando la temprana muerte del rey D. Sebastián, los pendones de Lusitania arrollados y derribados, sus legiones desbaratadas, derrocado y desmoronado su antiguo poderío, con són no menos doliente que el del arpa que acompañaba los lamentos de Judá, que sentado triste á las orillas del río de Babylonia recuerda las caras ondas del patrio Jordán huérfano de sus hijos, el templo de Iehovah hiermo de víctimas, de pueblo y sacerdotes, el alcázar de Sión sin guardas, Jerusalén viúda de sus moradores. El

Conde de Rebolledo, menos que mediano poeta, se encumbra tanto en alas de Jeremías, en su paráfrasis de las Lamentaciones de este profeta, que merece estudiarse no pocas veces como modelo. Pende este fenómeno de la esencia misma de la religión cristiana.

Dos especies hay de cultos: los unos sensibles, materiales y palpables; los otros ideales, espirituales y abstractos. La religión judáica proscribiendo las imágenes, enseñando la doctrina de un Dios criador, condenando como la más abominable profanación el culto de los ídolos, se acercaba tanto al espiritualismo, que puesto que Moisés no le haya formalmente enseñado en el Pentateuco, en tiempos más cultos fué la opinión dominante, y excepto el Saduceo, autor del Eclesiastés ó Coheleth, todos los demás autores de los libros hebreos y griegos del antiguo Testamento profesan el dogma de la inmortalidad del alma. Jesús se le enseñó á sus discípulos; San Pablo se alababa de ser fariseo, secta que no sólo la inmortalidad de las almas enseñaba, mas también la resurrección de la carne, esto es, la transformación de nuestros propios cuerpos de corruptibles y mortales en incorruptibles y exentos de la muerte.

Tales fueron los principios del Cristianismo desde su cuna, cuando San Juan, ó el que con nombre de este apóstol compuso el cuarto Evangelio, cimentó en estos fundamentos la doctrina de la Trinidad, y todos los dogmas del platonismo. Porque se ha de notar que Jesús, que San Juan transforma en el Verbo, no es otra cosa que el *Logos* de Platón, la Divina Sabiduría, revestida de nuestra carne mortal, conversando con el linaje humano, y descubriéndole sus arcanos. La teología especulativa de los cristianos toda está fundada en tan atrevida y brillante idea, como fué la de admitir la existencia del increado y eterno *Logos,* identificarle con la humana naturaleza, y mirarle como el fundador de la nueva doctrina. Apropióse de este modo la religión cristiana toda la sublime teología del platonismo;

abrióse la imaginación fuera de la naturaleza un campo tan vasto, que los indefinibles límites del universo, si con sus dimensiones se cotejan, son como un punto matemático respecto de la inmensidad del espacio.

No nos paremos ahora en indagar cuánto los cimientos de edificio tan vasto son sólidos ó deleznables, si se aviene ó no con las demostraciones y probabilidades que de los recónditos abismos de la ideología saca á luz una lógica sagaz cuanto severa; que no es del poeta escudriñar las fuentes de donde las opiniones se derivan, y para él un error asentado es lo mismo que una verdad inconcusa. La poética del Cristianismo la misma será para el fiel creyente que para el incrédulo; grandiosa y sublime en su incomprensibilidad, en su severidad majestuosa y bella. No proviene lo escondido de los arcanos de la religión de las densas tinieblas que la escurecen, mas sí de los inexhaustos raudales de luces que de su centro sin cesar destellan, y que deslumbran y ofuscan los flacos ojos de los mortales. Así es invisible el disco del Sol á los ojos que alumbran su rayos, mientras que con su luz contemplamos cuanto el mundo encierra.

Aliméntase la poesía lírica de imágenes, y eso más se encumbra que son éstas más altas y grandiosas. Es la sublimidad el alma de la poesía lírica, y por eso ningún sistema religioso tanto como el del Cristianismo con ella se aviene. De aquí el relevante mérito de los más de los salmos del Maestro León, de las composiciones líricas de Herrera fundadas en la religión, de muchas de la novena musa de Quevedo, y de la oda á Cristo resucitado de un poeta moderno.

La perfección en el género lírico debida á la naturaleza de la religión de la nación no podía menos de influir en las odas y canciones que ninguna conexión con la religión tenían; por eso son dechados tan perfectos, no sólo nuestras odas y canciones cristianas, mas también las morales y las

eróticas. La Inquisición dejó siempre cultivar en paz la poesía lírica, porque es la que menos directo influjo en la destrucción del error tiene. Sólo los inteligentes conocen de cuán acendrada razón los raptos de la imaginación del poeta lírico proceden, y con cuánto orden está el aparente desorden de la oda concertado; los más de los lectores se dejan arrastrar del impulso que les comunica el poeta, sin ver en él otra cosa que el entusiasmo de una imaginación arrebatada. Ora el papismo halaga y acaricia la imaginación; la razón es la que le asusta y le enoja.

Como en la égloga había presentado Garcilaso una de las más hermosas, si no la más hermosa de las poesías pastorales de nuestra lengua, su canción á la Flor de Gnido es también una de las más bellas odas eróticas. Se ha de notar que las canciones de nuestros poetas clásicos son odas verdaderas, sin que se pueda entre ellas y las que han nombrado odas señalar diferencia ninguna. No pintó Horacio el castigo de las Danaidas, ni los desesperados lamentos de Europa, con más fuerza y brío que el poeta español la metamórfosis de la cruda Anaxarte,

En duro mármol vuelta y transformada.

Las exhortaciones que de ablandar su fiereza hace á la despiadada Flor de Gnido nacen naturalmente del asunto; primero le ha pintado la pasión que todo entero á su amador posee, y que cual ya á Sibaris, de Lidia prendado, le ha traído á paso tal que *huye de la palestra polvorosa,* y ya

Como solía
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Como Horacio en su oda en loor de la vida descansada y exenta de zozobras del campo, se propuso el Maestro León en la primera de las suyas elogiar la vida rústica, añadiendo á las reflexiones que al que de las ilusiones del

tráfago de los negocios está desengañado naturalmente ocurren, la pintura de un huertecillo plantado por manos de este religioso y docto varón, y que todavía subsiste á distancia de una legua corta de Salamanca, á la falda de una colina, donde está situada una casilla propia de los agustinos. La descripción de la Noche serena es la más natural expresión de aquel indefinido devaneo que en un ánimo religioso, á la manera de Platón, produce la contemplación del firmamento. Mas su oda maestra es sin disputa la Profecía del Tajo, en que, á imitación de la de Nereo á Paris robador de Helena, anuncia el río al forzador de la Cava la irrupción de los Moros, la pérdida de España, y el fin de la monarquía goda. Fuerza sería que cerrara los ojos á la evidencia el que se negase á confesar las muchas ventajas que lleva en ella el poeta español al latino. ¡Qué valentía en esta idea!:

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras;
Trabajos inmortales
Á tí, y á tus vasallos naturales.

Todavía es más perfecto el Maestro León en sus paráfrasis de los salmos, y en muchos trozos de su traducción en verso de Job. La poesía lírica nada puede ofrecer más sublime que la pintura de la divina omnipotencia en el que empieza:

Alaba, oh alma, á Dios: Señor, ¿tu alteza
Qué lengua hay que la cuente?

¿Cómo es posible pintar la nada de las criaturas y la grandeza del Criador de modo más enérgico, más conciso y más sublime que en los cuatro versos siguientes, donde dice hablando con Dios:

Si huyes, desfallece el sér liviano,
Quedamos polvo hechos;
Mas tornará tu soplo, y renovado
Repararás el mundo.

Un estudio profundo de la lengua castellana, y de los poetas españoles sus coetáneos, y que le habían precedido, una severa crítica, un oído sobre manera versado en la harmonía y el ritmo poético, distinguen especialmente á Herrera, á quien apellidó su siglo con el dictado de divino, á que le hacen de verdad acreedor sus cantos líricos, puesto que el *petrarquismo* que en sus inacabables elegías domina infunde miedo al más osado lector. Á las dos composiciones maestras que ya de él hemos citado, se ha de agregar la oda á D. Juan de Austria después de la batalla de Lepanto, en que introduce á Apolo celebrando el impávido esfuerzo de Marte en la rota de los gigantes, pronosticando empero que ha de venir día en que las hazañas del vencedor de Lepanto oscurezcan y eclipsen las del numen de la guerra. Su canción al sueño respira la molicie, tanto como la otra el ardor marcial; y con tal tino ha manejado el idioma, con maestría tal están las sílabas encadenadas, que en la primera retratan sus fuertes sonidos el estrépito de las armas, el retumbar de los truenos, el ronco estruendo de las trompas bélicas, y en la última la dulzura del sueño, el blando sosiego del mundo de su beleño tocado, el silencioso y suave vuelo de sus perezosas alas.

Suave sueño, tú que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo,
Vén á la última parte de Occidente...

Mas quien elevó hasta el ápice de la perfección la poesía lírica, fué su paisano, y acaso su discípulo, Rioja. El afecto que la célebre canción á las ruinas de Itálica anima, es la melancolía filosófica que la presencia de las vastas reliquias de los edificios en que se ufanaba el humano poderío en los mortales infunde. Tremendos documentos de la flaqueza del hombre y la fuerza de la naturaleza, el moho que sus derribadas colunas carcome, el amarillo jaramago

que en los fragmentos mal seguros de sus medio allanadas paredes crece, nos están contino señalando la honda sima que á nosotros, las obras nuestras, nuestros vicios y nuestras virtudes, en perpetuo olvido nos ha de sepultar un día. La aniquilada potencia del pueblo rey que fundó á Itálica, los soberbios edificios de esta colonia, la gloria de sus hijos, señores los unos del universo, ilustres otros por sus tareas literarias, todo se retrata con viveza á la mente del autor: las regaladas termas, el vasto anfiteatro, los palacios que habitaron los Césares hijos de Itálica, las piedras que publicaban sus hazañas; todo ha sido víctima del tiempo y la muerte. La sacra Troya, la altiva Roma, la docta Atenas se le representan entonces, y tan nobles ruinas aumentan su dolor. Por fin, en el silencio de la noche oye una lamentable voz que grita *Cayó Itálica,* Eco repite *Itálica;* y al oir tan claro nombre lanzan profundos gemidos las nobles sombras de los altos varones que en su antiguo esplendor la poblaron.

Mal podía el universal ingenio de Quevedo dejar de cultivar un ramo que tanto en su país y en su siglo florecía. Este hombre extraordinario, que unas veces se dejaba llevar del estragado gusto de su siglo, embutiendo en sus composiciones los más sofísticos conceptos, las agudezas más por los cabellos traídas, las más indecentes y zafias chocarrerías, otras gastaba los donosos chistes de la inagotable vena de sus gracias en enmendar los disparates que él propio con su ejemplo autorizaba; que en un mismo instante compónía escritos de una devoción ascética, que parecen partos de un ermitaño de la Tebayda, y obras tan obscenas que se dejan muy atrás las de Meursio y Petronio; que en muchas de sus producciones se muestra un ingenio sin cultura, sin tintura ninguna de la antigüedad, que sólo al impulso de la naturaleza obedece, y en otras descubre su inmensa erudición, no sólo en las lenguas griega y latina, mas aun en la literatura oriental, en la cual fué efectiva-

mente doctísimo; que ora huella á sus plantas las reglas, los preceptos todos de la poética, ora son sus obras el modelo más perfecto de regularidad y de escrupulosa sujeción al arte, nos ha dejado en las que bajo el pseudónimo sobrescrito del Bachiller Francisco de la Torre publicó, las poesías líricas castellanas que más por el patrón de las de Horacio están cortadas. No son por eso serviles imitaciones del poeta latino; que un ingenio tan original como el de Quevedo mal podía incurrir en la torpeza de ser un mero copiante. Hasta en las versiones de Horacio se columbra la independencia de ingenio del intérprete, que con su acostumbrada osadía castellaniza, digámoslo así, su original, y puesto que le atavíe con los mismos arreos que le ornaban, los corta á la española. Permítaseme citar en prueba de esta aserción las primeras estancias de la oda de Horacio sobre la medianía, en sáficos, como la latina.

Muy más seguro vivirás, Licino,
No te *engolfando* por los hondos mares,
Ni por huirlos *encallando* en playa
Tu navecilla.

Á quien amare dulce medianía
No le *congojan* viles *mendigueces*,
Ni le *dementan* con *atruendos* vanos
Casas rëales.

Más hiere el viento los erguidos pinos,
Dan mayor vaque las soberbias torres,
En las montañas rayos fulminantes
Dan batería.

Tan arreglados en sus composiciones todas ambos Argensolas, como Quevedo en las que quiso serlo, en sus poesías líricas se descubre casi siempre aquella filosofía que de no pocas de las de Horacio es el alma, mas nunca se encumbran á los sublimes pensamientos que en el cisne del Ofanto son tan frecuentes. El carácter que más resalta en las poesías de los dos hermanos es una razón siempre recta, un gusto acendrado; en todos sus escritos se mani-

fiesta el conocimiento profundo de la lengua, que les mereció que de ellos dijera Cervantes que dos hermanos aragoneses habían venido á dar lecciones de castellano á Castilla; mas no les cupo en suerte tanto estro poético, tanta viveza de imaginación como rectitud de juicio. Ambos abundan en reflexiones morales, consecuencia de su meditativo espíritu; mas Lupercio las funda casi siempre en solos los preceptos de la razón; Bartolomé no pocas veces las entronca con ideas de religión y con máximas sacadas de un orden sobrenatural. Los sonetos son casi siempre composiciones líricas, y los mejores que tenemos son indisputablemente de los dos Argensolas, siendo notable que hasta los eróticos de Lupercio vienen á parar en una máxima moral; tan naturales en su entendimiento eran las reflexiones acerca de las acciones humanas. Citaremos en prueba uno de los mejores suyos, dirigido al sueño, rogándole que no turbe sus amores con espantosas imágenes, y que las reserve para asustar al tirano, representándole el tumulto popular rompiendo las ferradas puertas de su alcázar, ó el sobornado siervo ocultando el hierro buído, ó para atemorizar al rico avaro figurándole sus riquezas robadas con falsas llaves ó con irresistible violencia, mas que deje al Amor sus glorias ciertas.

Lope de Vega es pocas veces comparable en sus odas con los líricos que hemos nombrado, mas en otra especie de poemas líricos, que son nuestros romances, es uno de los que más se aventajan. Estas composiciones no fueron conocidas de los antiguos, por lo cual es fuerza detenernos un poco á determinar su carácter y naturaleza.

Cuando empezó á revestirse de menos irregulares formas el castellano, se llamó *román* y luego *romance,* para distinguirle del latín, que puesto que bárbaro y desaliñado era general en las escuelas. Gonzalo Berceo, en su poema del Cid, dice que va á cantar las hazañas de este héroe *en román paladino;* y romance, como sinónimo de idioma cas-

tellano, es voz que ha quedado vinculada en nuestra lengua.

Andando el tiempo, llamaron romances las coplas en que se contaban las fingidas proezas de los primeros caballeros andantes, los amores de Rodrigo y la Cava, los de Ximena, hermana de Alfonso *el Casto,* y el Conde de Saldaña, los de su hijo Bernardo del Carpio, que en Roncesvalles ahogó entre sus brazos á Roldán cual hizo Hércules con Anteo, las hazañas de los doce Pares de Francia, y hasta las del troyano Héctor, al cual, no sé por qué, le convirtieron los escritores de caballería en un caballero andante tan generoso como valiente, que fué muerto cobarde y alevosamente por el traidor Aquiles. Los romances de Calaínos tantas veces citados por Cervantes son la historia del asesinato cometido por Carloto, indigno hijo de Carlo Magno, con el padre de Calaínos, y la venganza de este atentado.

Acrisolada la lengua en el sextodécimo siglo, pulieron los poetas las informes y toscas producciones de los anteriores siglos, y con nombre de *romanceros* se publicaron varias colecciones de romances que sólo los asuntos habían tomado de los antiguos. No se ciñeron empero á celebrar aventuras de andantes paladines; unos disfrazaron con traje y nombre de moras á sus damas, y convirtiéndose ellos en zegríes ó abencerrajes, pintaron sus amores y celebraron la blandura de sus amadas, ó lloraron sus desprecios. Otros explicaron sin rebozo sus amorosas cuitas; éste cantó al són de la pastoril zampoña, aquél vistió traje de gitano explicándose en su picaresca germanía; hubo romances jocosos, y este género los encerró todos desde la elevación de la oda hasta las burlas soeces de juglares. Mas como el romance está destinado á ser cantado, sólo aquellos en que se encuentran las propiedades de la poesía lírica son acreedores á este nombre cuando tratamos de fijar los géneros.

Los que con nombre de Belardo compuso Lope son de los mejores que tenemos. El romance se queda más bajo

que la oda, mas nunca desciende al estilo familiar; si no son sus imágenes tan sublimes como en aquélla, si no se remonta el estro del romancero hasta expresar las ideas de Júpiter con palabras que de tan alta deidad no desdigan, siempre sus descripciones son rápidas y animadas, vivos los colores, poético y figurado el estilo, vigorosa la elocución, fuertes los afectos, nobles las comparaciones. La fluidez de la versificación es uno de sus más indispensables requisitos, ora se adopte el asonante, ora el consonante rigoroso. El poema destinado al canto ha de ser un dechado de harmonía poética, ó es tan ridículo como las arias de las óperas bufas italianas, de las cómicas francesas, ó los versos de nuestras zarzuelas. Lope es el que más que ninguno de nuestros poetas romanceros estas dotes posee; en segundo lugar viene Góngora, cuando no se despeña en los desatinos del estilo culto. De Góngora es un romance sobre la brevedad de la vida, lo falible de la esperanza, la firmeza del mal y lo instable del bien, donde se hallan estos hermosísimos versos:

El bien es aquella flor
Que la ve nacer el alba,
Al rayo del sol caduca,
Y la sombra no la halla;
El mal la robusta encina
Que vive con la montaña,
Y de siglo en siglo el tiempo
Le peina sus verdes canas.
La vida es el ciervo herido
Que las flechas le dan alas;
La esperanza el animal
Que en los pies lleva su casa.

D. Nicolás Fernández Moratín en el XVIII siglo cultivó con aplauso la poesía lírica, puesto que ninguna de sus odas sufra el cotejo con las de Herrera ni Rioja. Con más acierto resucitó los romances moriscos, y en algunos de ellos no desmerece de los mejores de los dos anteriores siglos.

Ni en sus odas filosóficas ni en sus odas sagradas ha llegado Meléndez á la sublimidad que constituye el poeta lírico, ni se pueden comparar sus sonetos con los de los Argensolas. Muy más feliz ha sido en sus romances eróticos; el de *Rosana en los fuegos* respira los afectos de un pecho abrasado del amor más fino. Mas donde este amable poeta más ha descollado ha sido en sus anacreónticas, que en breve examinaremos.

Sin la manía de atestar sus poesías de máximas filosóficas al redopelo las más veces traídas, sin el neologismo de sus afrancesadas locuciones, hubiera sido acaso Cienfuegos un lírico aventajado; que no es posible negarle calor de imaginación, viveza y brío en las pinturas. Mas el prurito de filosofar, la deplorable manía de sustituir voces sin harmonía, períodos sin cadencia á la hermosa rotundidad de nuestro estilo poético, una serie casi didáctica en las ideas, como si el orden poético fuera el de la análisis algébrica, deslucen dotes tan apreciables, y son nuevos estímulos para rebatir los erróneos sistemas que los más claros entendimientos vician y descarrían.

Quintana en sus odas ha evitado los escollos en que se estrelló el ingenio de Cienfuegos, sin que pueda pretenderse inmune de todos los defectos de éste. Uno y otro han cultivado poco nuestro idioma poético, tan noble, tan copioso en Garcilaso, en Herrera, en Rioja, en los Argensolas, y á veces en Lope, en Góngora y Quevedo. Lejos de mí la máxima de tapar con un pomposo follaje la vaciedad de ideas, de recomendar, ni aun de disculpar las *nugæ canoræ,* que forman el despreciable caudal de tanto mezquino coplero. Mas no basta la elevación y grandeza de los pensamientos, si no corresponde con ellas la elegancia de la elocución, la gala de la versificación, la fluidez y naturalidad del estilo, la facilidad y riqueza del consonante. En esta parte nunca podrá sincerarse Quintana del poco uso que del consonante ha hecho; los poetas modernos no se han de olvidar de que

en nuestra versificación, en que se cuentan y no se miden las sílabas, el consonante es casi la única traba material que á los poetas queda, y si de ella se sueltan, privados sus poemas del mérito que en vencer las dificultades se cifra, en nada se diferenciarán de la prosa, y vendremos poco á poco al adefesio de Lamotte, que aconsejaba que se escribieran en prosa las tragedias y las odas.

No sé si el fenómeno de que voy á hablar es debido á causas físicas ó morales; lo cierto es que los poetas líricos andaluces se han dejado siempre muy atrás los de las demás provincias de España. Sevillanos fueron Herrera y Rioja, y Sevillano es también Lista, que en sus odas se encumbra hasta igualarlos. Góngora, ingenio portentoso en medio de sus innumerables desaciertos, nació en Córdoba, y el Maestro León tuvo su cuna en Andalucía. Si la posteridad señala entre estos escritores un puesto al autor de la oda *Á Cristo crucificado,* también dirá que el reino de Sevilla fué su patria.

La anacreóntica forma un ramo aparte en la poesía lírica; imaginada y perfeccionada por el alumno de Baco y las Gracias, los Griegos nombraron las composiciones que las del cantor de Teyos imitaban *anacreonteia,* y todos los pueblos que han tenido la dicha de instruirse en la escuela de la literatura griega le han conservado esta denominación. De nuestros poetas del séptimodécimo siglo el que más de cuantos en este género se ejercitaron merece citarse es D. Esteban de Villegas, que en sus *Delicias,*

Á los veinte limadas,
Á los catorce escritas,

se propuso por dechado las composiciones líricas de Anacreonte. Pero además de que nunca Villegas escribió cosa que con las obras de Rioja, de Herrera, de los Argensolas competir pueda, en sus anacreónticas se hallan todos los defectos que de la corta edad del escritor son de esperar. Sin duda la pintura del pajarillo á quien un fiero rústico

ha robado su amado nido, está llena de gracia y afectuosa ternura; son las locuciones tan naturales como poéticas, y el *no quiero* del rústico, con que se concluye, termina la patética escena con una pincelada maestra; mas con esta preciosa anacreóntica se encuentra en otras un *arroyuelo hecho cinta de hielo, la abeja, verdugo de las flores,* y otros disparates de la misma especie.

Cadahalso y D. Nicolás Moratín, que en el mismo género se ejercitaron, no podían cometer desaciertos que tan incompatibles eran con su acendrado gusto; mas ninguno de los dos acertó con un género que no era análogo con su talento. De suerte que cuando se presentó Meléndez en la lid, nadie se había llevado aún la palma de la poesía anacreóntica en España.

Convencido este amable poeta de que la servil imitación de tan acabado modelo como el alumno de las Gracias sólo mal formados abortos hubiera producido, se atrevió á seguir otro sendero. Las odas de Anacreonte son casi todas ellas poemas cortos, que como el drama y la epopeya abrazan toda entera una acción, con su prótasis, su enlace y desenlace, al cual llega por sus pasos contados, y este artificio es la fuente del embeleso con que se leen. Picado Cupido por la abeja, se queja á su madre, y ésta le responde con una severa reconvención: ¿quién no vé aquí todos los requisitos de la fábula dramática? ¿quién no los observa en la visita de Marte al obrador donde forja Amor sus saetas; en el hospedaje que da Anacreonte al hijo de Citerea, que paga éste pasándole el pecho con una de sus flechas?

Otro es el espíritu de las anacreónticas de Meléndez, que no tanto se propone contar acciones y sucesos como pintar y colorir imágenes, no tanto narraciones como descripciones. Bajo este aspecto es sin duda el poeta español muy inferior al de Samos: mas ¿qué autor moderno puede sufrir tan desigual cotejo? En las obras poéticas las descripciones y hasta los afectos deben ir siempre subordinados á

la acción; que es impertinente la más brillante pintura, el más patético y sublime trozo, si con naturalidad de la acción no nace. Un poema sobre las estaciones ó sobre los meses hubiera sido tenido por los antiguos por un solemne disparate; si pinta Virgilio los estragos de una tempestad, es porque trata de las producciones de la tierra que arrasa, en una obra consagrada á dar preceptos de labranza; empero ningún poeta antiguo pinta sólo por pintar. Las anacreónticas de Meléndez no son á la verdad meramente descriptivas, pero el género que en ellas domina es el descriptivo. Con ánimo sereno y contento con su suerte, rodeado el poeta de dichosos zagales y zagalas alegres, se abandona, cabe su amada, á las suaves impresiones que excitan en su pecho las escenas de una naturaleza amena, y canta sus muelles y deliciosas sensaciones. No es aquí el hórrido clima, los empinados y tremendos montes de la Caledonia, no la temida majestad de los iviernos de Septentrión, no los ardientes bochornos de los arenosos llanos de la Lybia; mas sí los suaves calores de la Iberia, sus templados iviernos, sus floridas primaveras, los ricos oteros que el Tormes coronan, los valles por el manso y sosegado Zurguen regados:

Ver ubi longum, tepidasque præbet
Iupitter brumas.

Las anacreónticas de Meléndez nos arrebatan á estos campos amados de los Dioses, que tan muellemente ha sabido describir. Si no excitan ni tiernos afectos, ni violentas agitaciones, si no hacen brotar en el alma grandes y profundas ideas, cede el lector á una dulce molicie más irresistible cuanto más halagüeña, parecida á los deleites de la isla de Chypre que describe Fenelón, que por eso mismo que no movían á violentas pasiones, más invencible era su eficacia en los pechos de los mortales.

La elegía es también un ramo de la poesía lírica; mas el *petrarquismo* endémico de nuestros poetas de los dos si-

glos clásicos las ha privado de todo afecto verdaderamente patético, ni los de nuestros últimos tiempos, puesto que inmunes de este vicio, han compuesto elegías dignas de ser citadas.

Con algún más fruto cultivaron nuestros poetas el género satírico, puesto que aun en esta parte se han quedado muy atrás de los antiguos, y que entre los modernos les han sacado los Franceses grandes ventajas. Las sátiras de los dos Argensolas más son censuras morales y filosóficas reflexiones acerca de los vicios, que invectivas que atemoricen al vicioso, como las de Juvenal, ó donaires tan picantes como chistosos que le ridiculicen, aumentando la aversión que se merece, como las de Horacio. La epístola satírica de Rioja combate con fuerza la loca solicitud de los que pasan la vida pretendiendo cargos, y humillándose ante los palaciegos; pero más bien es un elogio de la vida exenta de ambición y codicia que la expresión de un enérgico encono contra los ambiciosos. Los únicos contra quien se irrita el virtuoso y filósofo poeta son los frailes hipócritas, que, encenagados en los vicios más torpes, predican la virtud en las plazas y sitios públicos.

No quiera Dios que imite á los varones
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histrïones;
Esos inmundos trágicos y atentos
Al aplauso vulgar, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.
¡Qué plácida resuena en las montañas
El aura, respirando blandamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

La sátira del Matrimonio de Quevedo está, como todas las producciones de este agigantado ingenio, llena de numen, mas también es una de aquellas en que más se desentendió de toda regla, mas se abandonó á enormes desarreglos. En la pintura que de los desórdenes de Mesalina hace, acaso no anduvo lejos de la valentía de Juvenal; mas

otros trozos de esta sátira son imágenes tan obscenas, con tan indecentes términos figuradas, que con el cinismo de Diógenes pueden apostarse. La que dirigió al Conde-Duque no adolece de ninguno de estos vicios, mas le falta viveza y energía.

El pseudónimo Jorge Pitillas á principios del décimooctavo siglo se burló con donaire y arte de los malos autores de su tiempo, y acaso es su sátira la mejor de las que en España se han hecho, ó si alguna con ellas se iguala, es la que de Forner premió la Academia Española. Este último autor, que como Huerta compuso primero poesías escritas con tino, y como aquél se entregó luego á los más extravagantes dislates, acreditó en esta composición vena satírica, ingenio y pulso, no menos que desbarro en sus *Discursos filosóficos*.

Dos clases hay de poemas filosóficos; los primeros que con más propiedad se llaman didascálicos, y son aquellos en que se dan preceptos de un arte ó ciencia, como las Geórgicas de Virgilio, el de la Naturaleza de Lucrecio, y el de la Agricultura de Arato. De esta especie es el de Pablo de Céspedes sobre *la Pintura,* del cual por desgracia solamente pocos fragmentos nos han quedado, y el de *la Música* de Iriarte. Lo poco que del primero poseemos será materia de eterno desconsuelo por lo que de él hemos perdido; el episodio en que con el motivo de la tinta introduce el elogio de los escritores que han ilustrado el linaje humano, de los grandes poetas, y especialmente de Virgilio, nada tiene que envidiar al más perfecto de cuantos en las Geórgicas de éste leemos.

No menos exacto, no menos arreglado Iriarte en su poema de *la Música* que en los demás escritos, tampoco se encumbra más alto. Una elegante medianía, una castigada uniformidad, una facilidad sin fluidez son casi siempre los atributos de este apreciable autor.

Los otros poemas filosóficos son aquellos en que como

en los discursos sobre el hombre de Pope, y Voltaire, ó los del orden de los seres de Meléndez y los sermones morales de Quevedo, se propone el poeta inculcar algunas verdades prácticas, ó especulativas, ornándolas con todos los arreos de la poesía. Las locuciones de Quevedo son siempre poéticas, valientes y felices, empero muy ceñido el coto de sus ideas, casi siempre sabidas éstas, y tan original autor apenas tiene una suya propia en sus poemas filosóficos.

Meléndez trata sujetos más altos y variados; ora representa ensañados los volcanes vomitando caudalosos ríos de abrasadoras llamas que con temeroso estrépito se llevan en pavesas las densas selvas, las ricas mieses, las vastas y populosas ciudades, y amenazan el trastorno del orbe terrestre; ora la harmonía de los planetas que en sus concertados movimientos en torno de un centro común de gravedad á las invariables leyes de la atracción se sujetan. Este poeta no era geómetra, ni por consecuencia buen físico; mas (digámoslo con la venia de los matemáticos que componen versos) la profunda inteligencia de las ciencias físico-matemáticas poco vale para los poemas en que se describen los fenómenos de la naturaleza. Esta aserción parecerá acaso una paradoja, y si por tal la tuviera, eso menos me empeñaría en sustentarla, que habiendo, como el enano de Saturno de Micromegas, hecho muchos cálculos largos y muchos versos cortos, mi interés me induciría á llevar la opinión contraria; mas fundo mi dictamen en razones que me parecen inconcusas, y que voy á deducir.

No son los argumentos y los cálculos el alma de la poesía, mas sí las descripciones y las imágenes; ni es su blanco la verdad matemática ó física por donde se descubren y apuran los escondidos muelles de la naturaleza, sinó la verdad ideal que todos los fenómenos los eslabona con una idea primordial, arbitraria unas veces, y otras manifiestamente falsa. Así, por ejemplo, la tierra girando en torno de su eje produce la sucesión de los días y las noches, y empieza

el crepúsculo así que el punto iluminado de la esfera terrestre se encuentra diez y ocho grados sexagesimales debajo del horizonte, pendiendo su duración de la mayor ó menor oblicuidad del globo, etc... ¡Qué floridas ideas para hermosear los cantos de un alumno de las musas! Poeta, deja á los geómetras y á los astrónomos tan abstrusas verdades; píntame la Aurora colorando con su luz suave el universo, vertiendo llantos por la muerte de su caro hijo; muéstrame las flores que con ansia en tan preciosas lágrimas se empapan; enséñamela descogido el rubio cabello, y abriendo con sus róseas manos las puertas del palacio del Sol; preséntame á Febo que refulgente en su lucido carro se asienta, *parecido al esposo que de su lecho nupcial sale, y cual un gigante terrible corre acelerado á la meta;* que de las ondas orientales vaya á sumirse en las olas de occidente, y á descansar en brazos de Anfitrite de su inmensa carrera.

¿Por qué es tan propicia á la poesía la mitología griega? ¿Acaso porque, como sin fundamento ninguno lo han soñado algunos autores, bajo misteriosas figuras escondía la explicación de los fenómenos naturales? ¿En qué pruebas se funda esta aserción; ni qué física podían saber los que en tiempos anteriores á Hesiodo y Homero vivieron? ¿Cómo podían concertarse con la verdad sus ideas? Empero las fábulas religiosas de los Griegos poblaban de seres siempre activos y muchas veces agitados de pasiones el universo; seres que, si por lo común se escondían de la vista de los humanos, se les aparecían cuando querían; que, dotados de poder superior al nuestro, tenían nuestras virtudes y nuestros vicios, y con más fuerzas cometían mayores desaciertos. Por eso sus aventuras nos mueven por la parte humana que en ellas había, y nos pasman y asustan por la divina.

Acaso en prueba de que es indispensable el conocimiento de la verdadera física para tratar en hermosos versos de materias científicas, me dirán que Lucrecio, tan perfecto cuando en el exordio de su poema invoca á la madre

de los Amores; tan sublime cuando las vanas fantasías de la superstición ó los pánicos terrores de la muerte fulmina; tan terrible cuando pinta los estragos de la peste que asoló la Ática, es tan uniforme como prosáico cuando conforme á la ridícula física de Epicuro explica los fenómenos de óptica y astronomía. Mas si los versos en que desenvuelve Lucrecio las ideas físicas de los epicúreos son tan poco poéticos, no consiste en que sean éstos disparatados, sinó en que estas materias pertenecen exclusivamente al dominio de la geometría, y nada tiene que ver con ellas la imaginación. Tan absurda cosa es probarse á versificar los descubrimientos de Newton sobre el sistema planetario, como los que hizo sobre el cálculo de fluxiones. Diránme que estrecho el campo de la poesía, como si no fuera muy más lato el de la ficción que el de la realidad; como si los hombres, *que son de escarcha para la verdad y de fuego para las mentiras,* carecieran nunca de objetos que los animasen y que los inflamasen. ¡Ah, pluguiera al cielo que sólo con el método y rigor geométrico habláramos de las verdades físicas y morales, que así atriburíamos al dominio de la poesía todo cuanto enardece la imaginación, y nos convenceríamos acaso de que las ideas que más nos acaloran no son más ciertas que las ficciones mitológicas de los antiguos poetas griegos!

Volvamos á Meléndez y á sus poesías filosóficas. Aunque muy superiores sus descripciones de los grandes fenómenos de la naturaleza á las de los poetas españoles de los pasados siglos, los cuales, á decir verdad, nunca cultivaron este género, no son nunca comparables con las de Thomson y Saint-Lambert, ni sus reflexiones con las de Pope y Voltaire. Con dificultad se podía encumbrar á la alteza que se requiere para delinear las vastas, ó tremendas, ó sublimes escenas que el espectáculo de la naturaleza presenta, el amable autor del sueño de la pastora del Zurguen; y más de cuatro veces hubo de decirle Apolo:

Pastorem, Tytire, pingues
Pascere oportet oves, diductum dicere carmen.

Con esto se añade que ya entonces había empezado á viciar su estilo con las locuciones afrancesadas que el primero introdujo en nuestra poesía, desterrando el poético, osado y harmonioso idioma de Herrera, de Rioja y los Argensolas; defecto capital, que en sus imitadores ha llegado al último ápice, y que si por la oposición de los hombres de gusto fino no hubiera sido, hubiera dado al traste con la hermosa lengua castellana.

Entre los poemas filosóficos pueden colocarse las epístolas, en que casi todos nuestros poetas se han ejercitado. Los que más han sobresalido son indisputablemente los dos Argensolas, puesto que se han quedado muy atrás de Horacio, y que ni aun con Boileau son comparables. La epístola dirigida al célebre geómetra Lanz por un poeta moderno es de una nueva especie en este género; mas no estando aún impresa, no sabemos cómo pensará acerca de ella el público.

El autor de esta epístola, Meléndez y Quintana, puesto que el primero haya seguido en sus poesías principios muy distintos de los dos últimos, coinciden en que el blanco principal de sus versos ha sido desterrar las preocupaciones funestas, propagar las verdades útiles, y contribuir al triunfo de la razón y la libertad civil y religiosa. Despojadas las composiciones poéticas de Quintana, como las de M... (1), de cuantos arreos á la elocución y á la versificación deben, nunca desmerecerán la atención del filósofo, y en cualquier idioma que se viertan conservarán las altas y generosas ideas que á los hombres acostumbrados á profundas meditaciones embelesan... De estos dos autores, el uno está prófugo de su patria, el otro gime aherrojado en un calabozo. Un día la posteridad alzará un monumento á la

(1) El propio Marchena.

memoria de uno y otro, y condenará á ignominia perdurable la de sus perversos cuanto estúpidos opresores.

Hasta Iriarte y Samaniego ninguno de los poetas españoles se había ejercitado en la fábula, puesto que las que el primero intituló literarias más son preceptos de sana literatura, ó críticas de escritores so color de fábulas, que poemas semejantes á los que con este título Fedro, Lafontaine y Gay escribieron. Todavía es cierto que en ninguna de las demás obras de este poeta hay tanta poesía como en ésta. La excelente crítica de Iriarte, su fino gusto, una amenidad de estilo que en él se maridaba con cierta mordacidad exenta de malevolencia, un conocimiento profundo de las letras humanas y del idioma castellano, han dado á sus fábulas aquella originalidad que coloca á un escritor entre los clásicos, y que en todas las otras poesías suyas en balde se busca.

Samaniego se arrimó mucho más al género de Fedro y Lafontaine, y, si no igualó al último, se dejó muy atrás al primero. Sin manejar con la maestría del poeta francés todos los estilos, sin que haya en sus fábulas aquella inefable gracia, aquel natural donaire, aquel colorido y aquella verdad que dieron motivo á comparar á Lafontaine con un *fábulo* que daba fábulas como un avellano produce avellanas, no reina en sus composiciones la uniformidad que en las del liberto de Augusto, que con su continua elegancia y su castiza elocución no deja de aburrir al lector. Fedro es poco dramático; sus interlocutores todos hablan de un mismo modo: Samaniego varía los estilos según difieren los caracteres de cada uno, siguiendo las huellas dè Lafontaine, puesto que á pasos muy más cortos. De éste se puede decir lo que de los dioses de Homero, que cuanto los ojos humanos alcanzan en un espacioso y despejado horizonte, tanto se dejan atrás de un solo paso los inmortales; mas si no puede competir Samaniego con el gran maestro, ninguno de cuantos se han probado en este género en España sufre

cotejo con él. Ni dudaría yo en darle la palma, si otros émulos que el inglés Gay ó el alemán Gellert no tuviese.

Réstannos las poesías sueltas, entre las cuales pondremos las jocosas. Ya hemos dicho que los más de nuestros autores pecaban en truhanes cuando querían ser chistosos, deduciendo de nuestra situación política algunas de las causas de este efecto. La principal razón de él es la forma de nuestro gobierno; el despotismo, que es su esencia, no admite aquellas chanzas finas, aquellos donaires que excitan una ligera y blanda sonrisa. Penden éstos las más veces de alusiones que por entre un semitransparente velo se columbran, y que eso más contento dejan al lector que, adivinando el enigma que encierran, acredita su propia sagacidad. Ningún pueblo presenta dechados tan perfectos de esta especie de chistes como los que viven regidos por una monarquía contrapesada con ciertas leyes y usos que no puede violar el monarca á su antojo, y en que cuerpos independientes le oponen insuperables estorbos cuando pretende salvar ciertas vallas. En España ningún cuerpo hay que pueda tener á raya al déspota, como el clero no sea; y éste, en vez de contribuir jamás á mantener los fueros de la nación, se pone siempre de parte del soberano, á menos que pretenda éste cercenar sus riquezas ó disminuir su influjo. Quien hubiera querido decir pullas con solapa de las más remotas alusiones acerca de la superstición, pensando tirar la piedra y esconder la mano, infaliblemente hubiera pagado tamaño atrevimiento en las hogueras de la Inquisición. Al ejemplo de este sangriento tribunal se ha conformado de tres siglos acá el Gobierno, y las burlas más inocentes han bastado á veces para causar la ruina de familias enteras. Los pueblos libres se explican con sumo vigor acerca de los que reputan por enemigos suyos; sus burlas son acerbas befas y escarnios infamantes; ese es el *humour* de los Ingleses, y las chanzas que de Catón, de Labieno y otros Romanos de aquel tiempo nos han quedado. Las na-

ciones esclavas ni á quejarse son osadas, y el susto que la idea de sus opresores en ellas infunde no les deja libertad para ridiculizarlos, ni aun envolviéndose en densas tinieblas, porque siempre temen que la perspicacia de la tiranía atine en ellas con sus víctimas. En las monarquías donde no se ha soltado de todos sus frenos el soberano; donde suele á veces la opinión corregir la arbitrariedad; donde, si es frecuente la violación de los derechos individuales, y comunes los agravios, no se vedan totalmente las reclamaciones y las quejas; donde descargan muchas veces el azote en el inocente, mas no le ponen una mordaza para estorbar sus gritos; en semejantes gobiernos, que llaman monarquías moderadas, fundándose sin duda en las propiedades que nombra Tácito regias, florece este chiste donoso. Empero la España desde el reinado de los Reyes Católicos, y más especialmente desde Carlos V, ha sido una monarquía tan absoluta como la de los sucesores de los Califas, ni por sus prendas personales han sacado muchas ventajas nuestros monarcas á los Mustafaes y Selines. Tan apocados ha tenido el miedo los ánimos, que el portentoso ingenio de Quevedo, poniéndose de intento á escribir donaires, ha figurado las bodas de la berza con el repollo:

Don Repollo y doña Berza,
De una sangre y de una casta,
Sinó caballeros rancios,
Verdes fidalgos de España.

Á tamañas insulseces ha tenido que abajarse el numen de nuestros más ingeniosos escritores cuando se han esforzado á decir chanzas.

Pasemos á aquellos escritos en prosa de que aún no hemos hablado. Los diálogos filosóficos, ora alegóricos en que se introducen fantásticos personajes, como en el *Criticón* de Gracián, en la *Visita de los chistes* de Quevedo; ora sujetos reales como en *Los nombres de Cristo* del Maestro León, son los que primero examinaremos.

De los diálogos unos son jocosos, como los más de los de Quevedo; éstos adolecen de los vicios que hemos señalado como inherentes á las obras chistosas de nuestros autores. Á los diálogos de esta especie en tanto les asiste un mérito real, en cuanto llevan por blanco desterrar acreditados errores, ó hacer palpables verdades útiles que mira el vulgo como mentiras. El más perfecto modelo de estas composiciones son los diálogos de Luciano; en ningún escrito aparece la superstición más risible, más extravagante la mentira; su Menipo se encumbra tan alto, y abaja en tal manera á Júpiter, que no es posible que un lector racional no saque de esta lectura el desprecio más desdeñoso á los sueños de la superstición. Si en *El sueño de las calaveras*, ó en *La visita de los chistes* se hubiera probado Quevedo á escarnecer los errores y patrañas del papismo, no hubiera habido bastante leña en los montes de Sierra-Morena para reducirle en pavesas. Los dogmas de las religiones falsas son de todas las paparruchas las más ridículas, y una vena festiva encuentra en ellas una mina inagotable de risa cuando á ridiculizarlas se pone. El papismo, si es por una parte la más funesta de todas cuantas doctrinas ha abrazado el linaje humano, por otra es la más desatinada, la más inconsistente, y la que más á risa mueve. Precisados nuestros autores á respetar doctrinas tan despreciables, á venerar lo que hubieran debido escarnecer, á tributar adoración á cosas que son blanco de perpetua mofa para cuantos entendimientos no están ilusos, el más copioso manantial de chanzas finas cuanto chistosas estaba para ellos vedado, y mal se podían probar á imitar, no ya á Luciano, mas ni á Erasmo siquiera. ¿Á quién ve Quevedo en su visita á los infiernos? no á los tiranos que han esclavizado los pueblos, no á los clérigos que con sus imposturas los han engañado, no á los frailes que á la filosofía del primitivo Cristianismo han sustituído los antisociales dogmas de la curia romana, y sus propias socaliñas, mas sí á poetas que han abusado

del consonante, y que, habiendo puesto en un soneto *escudos,* habían hecho que siete maridos con mujeres honradas fueran *cornudos*. Tan mezquinos sujetos poco pueden interesar á los lectores.

Lástima es que la materia de *Los nombres de Cristo* sea en sí de tan poca importancia; que es innegable que cuanto puede el ingenio dar realce á las cosas que nada valen, tanto ha dado á su asunto el Maestro León. Mas si el platonismo convertido en religión dogmática es una inexhausta vena de sublimidad para el poeta, para el dialéctico lo es de contradicciones y sofismas, por la perpetua discordancia entre la inmensa elevación y magnitud del edificio y lo ruinoso y aéreo de sus cimientos. Es el platonismo una magnífica fantasmagoría; la imaginación cierra primero todos los portillos á la luz de la razón, y figura luego las más grandiosas, las más tremendas, ó las más deliciosas escenas: mas si un rayo de luz disipa la oscuridad, al punto se deshace el encanto. El Maestro León, precisado por la naturaleza de su obra en muchas partes á ventilar los fundamentos en que estriba esta doctrina, descubre su ninguna solidez. Verdad es que no es posible pintar con más vigor y elevación los más altos misterios del Cristianismo, y es tal la fuerza de convencimiento del autor y su estático rapto, que sus argumentos nunca concluyentes siempre son persuasivos, y, si no satisfacen el entendimiento, arrastran la voluntad.

En la forma de sus diálogos siguió este gran escritor á Cicerón; quiero decir que sus interlocutores no se preguntan y responden, antes disertan sucesivamente y asientan sus doctrinas. Este modo de tratar las materias filosóficas deja más campo á la elocuencia, y en el género serio me parece en todo preferible al método socrático, el cual más veces es fuente de paralogismos que medio adecuado para indagar la verdad.

Las disertaciones filosóficas son por consiguiente las que

más analogía con esta especie de diálogos tienen. Las que consagró Feyjóo á rebatir vulgares preocupaciones, son muchas veces notables por una dialéctica concluyente, por lo bien hilado de los argumentos, y la lucida colocación de las pruebas, que unas á otras se ilustran. Puesto que los errores que rebate son por lo común tan extravagantes que con el mero gusto de una mediana razón sobra para desprenderse de ellos; que no pocas veces sustituye mentiras á mentiras; que nunca asienta aquellas verdades fecundas en corolarios que las tinieblas del ánimo disipan; finalmente que tributa acatamiento á cuanto embuste la Inquisición y el despotismo abroquelan con su férreo impenetrable escudo, todavía fué no poco provechoso el *Teatro crítico* de este autor, no tanto por las patrañas que desterró, como porque dió documento y ejemplo de examen de proposiciones inculcadas en los ánimos por la autoridad, sin estar arraigadas en el convencimiento. La perpetua seriedad de estilo de Feyjóo, siempre puro, siempre correcto, las más veces noble, toca á veces en uniformidad, y engendra fastidio. Errores hay tan ridículos que no merecen un acometimiento serio, y que las veras parecen demás para rebatirlos. Mas no perdamos de vista las profundás tinieblas que envolvían la España cuando escribió Feyjóo, y confesaremos que es su obra modelo del modo como han de refutarse las mentiras universalmente admitidas.

De las obras ascéticas, las unas dan preceptos de vida devota, y otras enseñan á elevar la mente á Dios por la oración. Las últimas de nuestros autores son por lo común mezquinas y risibles, como no sean las que, como materia de meditaciones, el Maestro Fray Luis de Granada y Palafox nos han dejado. Aquí la religión se reviste de toda su venerable y tremenda majestad, porque no se deslindan los fundamentos de sus dogmas, mas se profundizan las consecuencias que de la verdad de ellos resultan. La muerte considerada como el umbral de la vida perdurable; el

alma citada á juicio ante su Criador, que de sus más ignoradas acciones, de sus pensamientos más recónditos, de sus más fugaces deseos le pide estrecha cuenta; los ojos de Aquel para quien son más claras las tinieblas del caos que los lucientes rayos del sol, escudriñando los senos de nuestro corazón; el cielo y los infiernos atentos al tremendo fallo; el mar sin fondo ni orillas de amargura perpetua volviendo por toda la eternidad en sus sonantes remolinos al precito, la gloria del justo para siempre á la fuente de felicidad, de luz y de verdad reunido; los mundos aniquilados, el voraz tiempo sumido en los abismos de la eternidad; el hombre resucitado sobre la tumba de los seres para recibir el premio ó la pena que sus obras han merecido: estas son las altas ideas de las meditaciones religiosas del cristiano, que con fuerza digna de su alteza ofrecen las meditaciones de Fray Luis de Granada. La harmonía de estilo, la pureza de elocución, todas cuantas prendas constituyen un buen escritor se reunen en sus escritos, utilísimos para el que en ellos tome lecciones de elocuencia, no menos funestos para los espíritus melancólicos, ilusos y preocupados, en quien no pocas veces su continua lectura ha engendrado la demencia.

Las reglas de la *vía purgativa*, principio de la vida contemplativa hasta las de la *vía unitiva*, término de ella, forman tal cáfila de desatinos y extravagancias cual apenas se pudiera aguardar de la locura humana, y estas disparatadas paparruchas componen lo que llaman los doctores papistas *teología mística*. Muchos de los que van por esta senda, que es de todas la más segura y perfecta, son favorecidos con visiones de cosas celestiales, no menos bien compaginadas que cuantas vió D. Quijote en la cueva de Montesinos. El Padre Villacastín y Fray Luis de Granada con otros muchos nos han dejado los preceptos de devoción tan acendrada, y Santa Teresa corroboró sus máximas con su ejemplo. Las cartas de esta Santa, que en muchos parajes son

pauta del estilo epistolar, deslucidas con tanto adefesio, excitan la indignación y el desprecio en un trozo que sigue á otro que se ha leído con mucho gusto.

De nuestros sermones poco tenemos que decir: las misiones son títeres espirituales, y por lo general nuestros predicadores ni la más leve idea tienen de la elocuencia del púlpito.

Tal es el estado de nuestra literatura, tal la cultura del espíritu humano en España. Este Discurso es la respuesta corroborada con hechos á la cuestión, *si las buenas letras pueden prosperar en los gobiernos despóticos*. Contémplese el estado literario de nuestra nación, cotéjese con el político, y está el problema resuelto.

4 de Mayo de 1819.

EXORDIO
Á LAS
LECCIONES DE FILOSOFÍA MORAL
Y ELOCUENCIA

EXORDIO

Sobre el plan de estas Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia.

MENESTER es que confesemos que las más de las recopilaciones de trozos selectos que de los autores castellanos de más nota hasta ahora se han hecho, antes que metódicas colecciones merecen el dictado de centones de fárrago y broza, en que el oro y las margaritas están enterrados. Sin duda la causa de este mal es la falta de tino, la carencia de acendrado gusto de los recopiladores, no menos que estos mismos achaques, de que casi todos nuestros mejores autores adolecen. No fueron solos Góngora y Jáuregui, Calderón y Lope, los escritores españoles que con un eminente ingenio juntaron el más depravado gusto; mácula casi universal es ésta en nuestra literatura; ni Solís ni el propio Cervantes se eximieron de ella. Requiérese, por tanto, mucho pulso en la elección de los trozos que como dechados se presentan; que si bien no todos han de estar totalmente inmunes de yerros, han de ser éstos tales que los que en las nuevas colecciones quisieren beber saludables y limpias y dulces aguas, no hallen ponzoñosos charcos, con hediondo azufre y sales mortíferas inficionados. ¡Cuán fácil cosa fuera en la colección de poesías, con nom-

bre de *Parnaso español,* publicada por Sedano, en la de Escritores en prosa de Capmany, en la más moderna de Poesías selectas por Quintana, hallar repetidas pruebas de este vicio capital! ¿Qué es ver en la colección de poetas de don Ramón Fernández, junto con los Argensolas, Herrera, Rioja, y el Maestro León, un Diego Mejía colocado entre nuestros poetas clásicos, sin duda como Saúl entre los Profetas? Á nuestros lectores toca fallar si á esta nuestra puede achacarse el mismo yerro; nosotros lo que aquí pretendemos, es decir por qué principios nos hemos guiado.

En el prospecto dijimos qué causas nos habían movido á seguir en estas Lecciones el orden de materias, más antes que poner de seguida todo cuanto de un mismo autor copiamos, y fuera inútil tarea repetir razones que nos parecen inconcusas. Hemos, pues, formado un número de capítulos, á que hemos reducido las materias todas: hemos así evitado la confusión que de una división en más crecido número hubiera resultado, y los capítulos son los que bastan á desvanecer la oscuridad, sin originar la confusión. Hemos puesto largos trozos, en cuanto nos ha sido dable; más cortos nada enseñan, y engendran aburrrimiento y hastío. Eso más es necesario que sean más largos los trozos de los escritores que citamos, que son éstos más castigados y elegantes; que ¿á quién se esconde que los primores de la sana elocuencia en la perfecta harmonía y unidad de las partes se cifran, y que entonces resplandecen, cuando tiene el todo la conveniente magnitud? Hermosísima por sí sola es sin duda la pintura de la blanda paz de la naturaleza en una serena y sosegada noche del cuarto libro de la *Eneida;* empero lo que más realce le da es la natural oposición del descanso de todo lo criado con las tormentas que el pecho de la desventurada Dido furiosamente embaten. La belleza literaria no menos que la física se aviene mal con la suma pequeñez, y si no están las Gracias enteramente reñidas con lo diminuto, nunca la verdadera beldad puede figurarse

enana. Fuera de que no es nuestro intento presentar máximas, reflexiones, ó imágenes hermosas, que en tal caso algunas hubiéramos encontrado al espacio de uno ó pocos renglones ceñidas, mas sí descripciones, pinturas, razonamientos que requieren un conjunto de partes artificiosamente distribuídas.

No hemos hacinado los escritores, porque, como ya dijimos, no es esta obra aborto de una impertinente indigesta erudición, antes parto de una acendrada crítica. Quevedo, Lope, Feijóo, Hurtado de Mendoza, Mariana, Solís, el Maestro León, Cervantes, son casi los únicos escritores en prosa que nos han dado los trozos que insertamos: si los autores de nuestro tiempo no han tenido parte en ella, excusado es que digamos el porqué, ni creemos que á ninguno de nuestros lectores se le esconda.

Extrañaráse acaso que tan poco sea lo que de Fray Luis de Granada copiamos. Nadie más que nosotros está persuadido del soberano mérito de este escritor; ni nos hemos movido por razones literarias á excluir de él mil y mil elocuentes razonamientos y acabadas pinturas. Mas no nos hemos olvidado de que no son éstas meramente *Lecciones de literatura,* que también lo son *de moral,* y esto nos ha retraído de acotar más los escritos de tan bien cortada pluma. Es la materia de casi todos ellos *la religión,* y acerca de los dogmas y moral religiosa nos hemos conducido por los principios que voy á manifestar.

Compónense todas las religiones positivas de asertos de tres especies distintas. Son los unos verdades inconcusas, cuales por ejemplo la brevedad de la vida humana, lo deleznable de nuestros contentos, la inmensidad de la naturaleza, lo inacabable del tiempo, los embelesos y utilidades de la virtud, la fealdad y estragos del vicio. Los segundos son más ó menos verisímiles, sin que ninguno pueda evidenciarse: en esta división se colocan la existencia de una ó muchas naturalezas increadas, distintas de la materia, y

señoras de ella; la multiplicidad de sustancias en el sér humano; la incorruptibilidad de unas, cuando se corrompen las otras: proposiciones todas que sujeta la sana filosofía al cálculo de probabilidades, graduando el asenso que se merecen por la suma de las que en su abono presentan. Son las terceras aquellas cuya falsedad es demostrable; cuales son las que atribuyen á las acciones humanas un mérito ó demérito independiente de su moralidad natural, ora mandando un culto externo y exclusivo, ora vedando lo que no defiende la razón, suponiendo siempre que ha podido y querido comunicarse la Divinidad á los mortales por otro conducto que el de la razón humana. Los que llaman dogmas revelados son todos de esta última especie, sin que pueda existir uno cuya falsedad *à priori* no se demuestre.

Y como sea la verdad único estable cimiento de la sana moral, claro es que cuanto en mentiras se apoye, no es dable que pueda mirarse como reglas éticas de la vida humana. No es mi ánimo establecer que este ó aquel sistema religioso sea incompatible con la más escrupulosa conducta y las costumbres más irreprensibles; lo que sí sustento, es que moral fundada en una religión positiva no es la moral de la naturaleza, y por tanto no es la sana moral. Avénganse cuanto quieran los preceptos religiosos con los morales, mas no aspiren á ser su sustentáculo y norma, que en tal caso sólo veo desorden, confusión y ruina. Pues cabalmente esto es lo único que en todos sus voluminosos y elocuentes escritos ha hecho Fray Luis de Granada. ¿Y cuáles han sido las resultas? Arredrar á los hombres del trato con los los humanos, incitándolos á perpetua oración, esto es á continuas conferencias con imaginarios y fantásticos seres; raros y nunca vistos coloquios en que pregunta la locura y responde la necedad. Lejos de pretensos moralistas de este jaez las exhortaciones á las altas y varoniles virtudes, que al linaje humano tanto encumbran y enaltecen: ¿que cómo se sacrificará por esta patria terrenal y perecedera el que

no tiene otra patria que la Jerusalén celestial, no otros conciudadanos que los monjes de la Tebaida, los mártires de Alejandría? ¿Cómo se prendará de los embelesos de la libertad civil y política el que á ninguna otra libertad aspira que á la de la divina Gracia, avasallando la parte irascible y concupiscible de su naturaleza? ¿Á cuál dará la palma, á la incontrastable resignación del esclavo Epicteto y á la igualdad de ánimo del emperador Marco Aurelio, ó á las desatinadas mortificaciones del ermitaño Hilarión, y los deliquios místicos del fundador de frailes Francisco de Asís? ¿No llama el propio Fray Luis de Granada *ximios de virtudes* á cuantos dechados de vida humana la antigua Grecia y Roma nos dejaron como inestimables mandas, á Sócrates y Foción, y Timoleón, y ambos Cipiones, y ambos Brutos, y ambos Catones? ¿Qué importa al varón espiritual que modere Trasíbulo la república, ó que la aherrojen y ensangrienten los treinta tiranos, si los únicos tiranos que él ha de combatir son los enemigos del alma, sus únicas prisiones temibles las mazmorras cuyas puertas de diamante tiene eternamente cerradas el Príncipe de las tinieblas?

Y si esto es así, como lo es, ¿era conveniente atestar de tan perniciosas y soñadas máximas una obra destinada no menos á presentar modelos de elocuencia, que dechados de verdaderas virtudes? El tiempo, dice Tulio, que acaba con las ficciones de la opinión, fortalece las máximas de la naturaleza. Salgan nuestros lectores más justos, más tolerantes y mejores de la escuela de estas Lecciones, aficiónense con ella á la libertad, á la razón, á las leyes iguales y justas, y saldrán ciertamente más instruídos en la oratoria, la cual no es otra que el arte de hablar bien, junto con la práctica de bien obrar.

En las poesías hemos admitido no pocos trozos de las que llaman sagradas, sin creer por eso que de nuestros principios nos apartábamos. Una verdad hay filosófica, y otra



poética; preside aquélla á los escritos en prosa, ésta es lo que los escolásticos llamaban *forma esencial* del poema. Nadie acude á los poemas por averiguar qué ha de creer, ni menos qué creía el poeta; que cierto ni estaba Virgilio persuadido de la verdad del vaticinio de Celeno, ni Horacio de la aparición de Baco, ni de ninguna de sus transfiguraciones Ovidio. Desatino fuera colegir de la *oda á Cristo crucificado* del autor de este artículo, la cual en nuestras poesías insertamos, que estuviese persuadido de las opiniones de los teólogos cristícolas acerca de la redención del linaje humano: la verdad poética está satisfecha cuando no desdicen punto las ideas del poema de las que establece el sistema de filosofía ó religión en que va fundado. Tan arregladas están con la mitología gentílica las odas de Horacio á Venus, Mercurio y Baco, como conforme con los dogmas de la teología cristiana la oda á Cristo crucificado. ¿Pues en qué se diferencian verdades de naturaleza tan diversa? en esto:

La verdad filosófica es la exacta conformidad de una proposición con la existencia real del objeto, ora físico, ora moral, ora intelectual. El sistema de Newton es verdadero porque realmente se ejerce, como él lo dijo, la atracción en razón inversa del cuadrado de las distancias. Tucídides, Polibio, Hurtado de Mendoza son historiadores verídicos, porque, como ellos cuentan los acontecimientos, así sucedieron; y Locke ha escrito verdades en su *Ensayo sobre el entendimiento,* porque efectivamente proceden nuestras ideas y raciocinios del modo que lo observó este profundo ideólogo. Mas la verdad de los poemas de Homero, de Virgilio y de Ariosto no se cifra en que saliera Tetis de la mar á consolar á Aquiles, en que hiriera Diómedes á Venus y á Marte; no en que Minerva enviara dos sierpes á despedazar á Laocoonte con sus hijos; ni menos en que montado Astolfo en su hipógrifo trajera del orbe de la Luna el perdido juicio de Orlando. Empero estos tres admi-

rables poemas casi nunca se apartan de la verdad poética, porque en las costumbres las pintan tales cuales en la realidad eran en el tiempo que sus héroes vivían; porque las fábulas que imaginan no se apartan en los dos primeros de la índole de la mitología griega, ni en el último de la creencia de las hadas y magos que á Europa trajeron los bárbaros del Setentrión que de ella se apoderaron, y que, amalgamada con la teología cristiana, estaba universalmente admitida en Italia y Francia cuando imperaba Carlo Magno; en fin, porque los actores de la *Iliada* y la *Odysea*, como los del *Orlando furioso*, jamás se olvidan de su carácter, el cual en las dos primeras es conforme al que les señalaban las tradiciones populares perpetuadas por los rapsodas cíclicos, como en el postrero al que les suponían las antiguas leyendas de caballerías.

Pues la verdad poética de las religiones judáica y cristiana, que tanto en los salmos y en otros cánticos del Viejo Testamento resplandece, luce fulgidísima en el Maestro León, en el himno *Á la batalla de Lepanto* de Herrera, y en no pocos poemas líricos de otros autores españoles. El autor de la *Índole poética del Cristianismo*, en esta materia como en todas cuantas su rara y estrambótica pluma ha tratado, se engaña *de la cruz á la fecha* (como dice el vulgar adagio) en cuanto de ella dice: y no es cosa extraña, pues acometió y dió cima á su obra sin entender palabra de teología cristiana, sin examinar los libros de los primeros escritores de esta doctrina religiosa, sin conocer el idioma que hablaron Moisés y los Profetas, en cuyos libros fundaron los cristianos los suyos; creyendo sin duda que le bastaba hojear la versión de Homero por Bitaubé y Madama Dacier, y la *Historia del pueblo de Dios* del jesuíta Berruyer, para fallar *ex tripode* acerca del carácter poético del cristianismo. Así su pretenso poema de *Los Mártires* es una ensalada compuesta de mil y mil yerbas, acedas aquéllas, amargas éstas, saladas estotras, y que juntas forman

el más asqueroso y repugnante manjar que gustar pudo el paladar humano. Entre el poema de *Los Mártires* y la oda *Á Cristo crucificado* media esta diferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree, y cree lo que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree, y no cree lo que sabe.

Con no poco sentimiento nos hemos visto precisados á excluir de nuestra colección cuanto con ciencias naturales y físicas dice relación. No ignoramos cuánto luce una valiente pluma en estas materias; sabemos que Plinio entre los antiguos y Buffón entre los modernos son escritores de primera nota. Mas en España padecemos total carencia de autores de esta especie, por lo poco ó nada que estas ciencias se han cultivado. Apenas es dable figurarse cuántas paparruchas, cuando de las costumbres de los animales, de su organización, etc., hablan, hacinan nuestros autores. De la *Introducción al símbolo de la Fe* de Fray Luís de Granada quisimos poner algo de lo que de historia natural dice, empero es todo ello tal cáfila de desaciertos y patrañas, que en breve desistimos de nuestra idea. La ideología, la buena física, la sana política, la economía civil, la filosofía de la jurisprudencia ni se han cultivado, ni podídose cultivar en España; por consiguiente nada hemos podido insertar que con ellas tuviera conexión.

No se presuma el lector que hallará todos cuantos trozos hacen parte de esta colección totalmente inmunes de los vicios de estilo de que adolecen los más de nuestros autores, puesto que serán muy contados, ó acaso ninguno, aquellos en que no encuentre muy apreciables dotes. Fatalidad nuestra es que, en saliendo de Fray Luís de León y Fray Luís de Granada, apenas se hallan en otros autores pedazos que se puedan ofrecer como verdaderos dechados. Mariana y Hurtado de Mendoza son los que á estos dos se siguen; mas aquél, siempre puro, es no pocas veces desaliñado; éste raya en oscuro á poder de afectar en su *Historia de los Moriscos* sentenciosa concisión. Permítasenos en este

lugar hacer un cotejo de aquellos dos grandes autores; los estudiosos de las letras humanas fallarán si el juicio que de uno y otro hemos formado se acerca á la verdad.

Puesto que las similitudes que entre los grandes ingenios se descubren son siempre en extremo defectuosas, porque, guiados todos ellos del impulso de su alta inteligencia, cada uno vuela por regiones distintas, todavía es cierto que entre los clásicos franceses el que más á Granada se asemeja es Bossuet, como Massillón al Maestro León. León y Granada fueron ambos versadísimos en la antigua literatura eclesiástica y profana; ambos desterraron de su estilo los muelles y afeminados adornos, los retruécanos, las argucias y las sutilezas; ambos manejaron con indecible maestría el habla castellana; ambos la pulieron y perfeccionaron: Granada se deleitó más en la literatura sagrada que en la profana, la cual empero en alto grado poseía: León hallaba más embeleso en la imitación de los modelos de los siglos de Augusto y de Pericles. El idioma en el Maestro León es más terso y más cadente; en Fray Luís de Granada más osado y más vigoroso. En aquél luce más el buen tino y el acendrado gusto; en éste campea el alto ingenio y la vasta imaginación. La inteligencia del primero es más valiente; la razón del segundo más fuerte, más consiguiente y más metódica. Granada arrastra con su elocuencia, cual desatado raudal sin márgenes ni vallas; León, semejante á un purísimo y caudaloso río que por amenos prados se desliza, plácidamente nos lleva adonde van sus corrientes. El robusto estilo del primero linda á veces con la aspereza; la blandura del segundo nunca degenera en afeminada molicie. La pluma del Maestro Granada corría más suelta por las pinturas tremendas de las venganzas de la justicia divina, de la fealdad del pecado, de las grandezas de Dios, de la nada del sér humano: la del Maestro León se complacía en celebrar las misericordias de la redención, el infatigable afán del buen Pastor, el cariño del Padre univer-

sal, la mansedumbre del Príncipe de paz, la benignidad del Rey del siglo futuro. Aquél sólo de vida cristiana y devota da reglas; éste enseña en uno las obligaciones de la civil: aquél dedicó sus escritos al monarca; éste nunca mentó á los reyes en los suyos que para censurarlos ó reprenderlos no fuese. Ambos se grangean el respeto de los lectores; pero mezclado con cierto involuntario temor el primero, con cariñoso afecto el segundo. En suma, la meditación de los libros de ambos y su contínua lectura son acaso el estudio más provechoso para los que quisieran escribir dignamente en el idioma castellano.

Y aquí conviene rebatir el yerro de los que piensan que el estudio de los mejores dechados contribuye poco, cuando no perjudique, á la elocuencia. El arte de decir le dicta, según ellos, la naturaleza, y más vale escuchar sus preceptos que los de los retóricos; seguir sus impulsos que imitar á los escritores famosos, los cuales por eso mismo lo fueron que aprendieron de aquella gran maestra. Y si nosotros somos, como ellos, dóciles á sus inspiraciones, también como ellos cobraremos eterna gloria; ¿donde no, qué nos vale estudiar sus obras? Demóstenes no escribió reglas de elocuencia forense, ni Tucídides de historia, ni de epopeya Virgilio, ni de poesía pastoril Teócrito, ni Sófocles de tragedias. ¿Quién sabe si hubiera sido Quintiliano un buen orador? Corta la imitación los vuelos al ingenio, y los que en la lectura de los grandes escritores se ejercitan, rara vez traspasan el coto de la medianía.

¿Mas quién no ve la vaciedad de estos sofismas, que ni aun con el dictado de especiosos merecen alzarse? Sin duda los preceptos de la retórica no son otros que los de la naturaleza, aquél es más perfecto escritor que más atento ha seguido sus inspiraciones; empero por eso mismo se han de seguir con más escrúpulo las huellas de los que por la vía por ella indicada se han encaramado al templo de la inmortalidad. Decir que un autor no escribió la teórica de

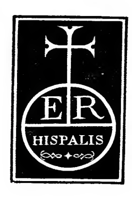
los escritos en que sobresalió, no es para colegir que no meditó en las reglas de ellos porfiadamente. ¿Y cuánto no hubo Demóstenes de aplicarse al arte de decir y escribir, pues sabemos que copió varias veces de su propio puño las historias de Tucídides? ¿No es Cicerón el mejor autor de preceptos de elocuencia que nos dejó la antigüedad, y Horacio el que con más tino dió reglas de poética?

Sin duda el imitador falto de ingenio y entendimiento sólo el esqueleto de sus modelos representa; mas el verdadero arte de imitación no es el copiar lineamentos, á guisa del muchacho de la escuela que sigue hasta los perfiles del seguidor que le dan para pauta, mas sí ver cuáles son las hermosuras y dotes peculiares de cada escritor, no estorbando esto aficionarse á uno más que á otro. San Crisóstomo leía sin cesar á Aristófanes, sin que en su estilo se eche de ver lo empapado que estaba en las comedias de este poeta. La imitación liberal (si se me permite usar aquí esta voz) no quita que sea original un autor; y de otro modo imitan Canova y Micael Ángel á los escultores antiguos, que un principiante que modela en yeso para vender á cientos las copias del Apolo de Belvedere.

Baste lo que hemos dicho para exordio ó prólogo de estas *Lecciones;* ahora dirá el lector si hemos errado ó acertado en la elección de materias.

ÍNDICE

POR INICIATIVA Y Á EXPENSAS
*del Excmo. Sr. Marqués de San Marcial y de Jibaja
(q. s. g. h.) fueron impresas por primera vez las*
OBRAS DE D. JOSÉ MARCHENA *en Sevilla,
en la tipografía de E. Rasco Sanromán,
Bustos Tavera 1. Se acabaron de
imprimir en Jueves 31 días
del mes de Diciembre del
año de 1896.*



COMPROBACIÓN DE LA TIRADA

Se han impreso 250 ejemplares.—De ellos solamente 100 se destinan á la venta.



